

**CNT
SER**

**O NO
SER**

la crisis de

1976 - 1979

**suplemento
cuadernos de**

ruedo

ibérico

ri

miendo de Madrid

IBÉRICA DE EDICIONES Y PUBLICACIONES

Extremadura saqueada

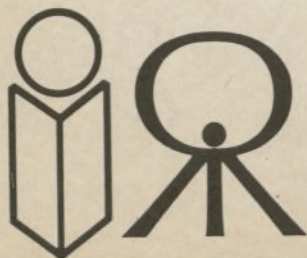
Recursos naturales y autonomía regional

Surgida a raíz de la oposición popular a la central nuclear de Valdecaballeros, esta obra resulta ejemplar tanto por el carácter colectivo de su elaboración como por el trabajo de reflexión y actividad que ha significado para sus autores, un amplio equipo de investigadores coordinado por Mario Gaviria, José Manuel Naredo y Juan Serna.

Las relaciones de dominación y dependencia que impone a Extremadura el actual sistema socioeconómico, son analizadas a través de un enfoque global que desborda los esquemas economicistas comúnmente empleados para ello. Este análisis no pretende agotar el tema, sino recaer sobre ciertos aspectos clave del expolio extremeño que sugieren otras alternativas en la gestión de los recursos naturales que permitirían a los extremeños vivir mejor. Tales alternativas no tienen nada de utópicas ni sofisticadas. Si estas alternativas tan reales y concretas no se ponen en práctica es porque el actual sistema, aunque se intente disfrazar con la máscara de la democracia, es jerárquico y autoritario y continúa imponiendo coercitivamente sus relaciones de dominación y sus agresiones contra la naturaleza y los individuos.

664 páginas, numerosos gráficos, planos y mapas

1200 pesetas



Ruedo ibérico

Ibérica de Ediciones
y Publicaciones

Ayuntamiento de Madrid

cuadernos de

**ruedo
ibérico**

fascículo
extraordinario



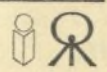
1. Aproximación al enfrentamiento «industrial»
2. «Exilio»-«Interior»: La CNT que se fue
3. Reconstrucción o liquidación: La lucha por el «poder orgánico»
4. La «columna vertebral»
5. La unidad institucional
6. La carrera de transición
7. Las mutaciones y las resoluciones
8. La «organización interna»
9. Asambleísmo, colectivismo, autonomía de clase
10. El horizonte del anarcosindicalismo

José María Peña: *Optimista y desilusionado millonario de la CNT de la reconstrucción*
Felipe Recio: *El «desempeño» hereditario de la CNT*
Alberto Huesca: *«Ruedo Ibérico» y la crisis de 1976-1979*
Obrera, 1976-1979
Tribuna libre

cnt: ser o no ser

la crisis de 1976-1979

Ruedo ibérico/Ibérica de Ediciones y Publicaciones



Ayuntamiento de Madrid

Cuadernos de Ruedo ibérico están animados por un conjunto de grupos e individualidades (Arturo Cabello, Genaro Campos Ríos, Francisco Carrasquer, Aulo Casamayor, Centro de Estudios Extremeños, Círculo de Información y Estudios Sociales de Galicia, Colectivo Autonomía de Clase, José Antonio Díaz, Freddy Gómez, Juan Goytisolo, Alberto Hernando, Javier López Linage, Santiago López Petit, Gerard I. Martí, José Martín Arancibia, Salvador Martín Arancibia, Juan Martínez Alier, Juan Muñoz, José Manuel Naredo, Gerardo Núñez, Felipe Orero, Nicolás Ortega, Carlos-Peregrín Otero, José María Peña, César Portela, Enrique Rodríguez, Juan Serna, Verena Stolcke, Emiliano Vega), coordinados por José Martínez.

© 1979 Editions Ruedo ibérico, SARL
6, rue de Latran - 75005 Paris

© 1979 Ibérica de Ediciones y Publicaciones, S. A.
Zaragoza, 16 - Barcelona (6)

ISBN: 84-85361-15-6

Depósito legal: B. 31.754 - 1979

Artes Gráficas Rafael Salvá - Casanova, 140 - Barcelona-11

Ayuntamiento de Madrid

Sumario I. La crisis de la CNT, 1976-1979

Freddy Gómez: <i>Grandezas y miserias del movimiento libertario español hoy</i>	5
Alberto Hernando: <i>Nuevas crisis/viejas causas: La reconstrucción de la CNT en Cataluña</i>	29
Felipe Orero: <i>CNT: ser o no ser</i>	43
Advertencia preliminar	44
1. Aproximación al enfrentamiento «tendencial»	47
2. «Exilio»-«Interior»: La CNT que no lo fue	54
3. ¿Reconstrucción o liquidación?: La lucha por por el «poder orgánico»	65
4. La «columna vertebral»: El mito de la FAI	108
5. La unidad institucional del movimiento	121
6. La correa de transmisión	128
7. Las tentaciones reformistas	132
8. La «organización integral»	149
9. Asambleísmo, consejismo, autonomía de la clase	162
10. El horizonte del anarcosindicalismo	179
José María Peña: <i>Ópticas y dioptrías. Hablan dos militantes de la CNT de la reconstrucción</i>	65
Felipe Orero: <i>El federalismo confederal, la herencia de los congresos y el sexto congreso de la CNT</i>	179
Alberto Hernando: <i>Tópicos, mitos, iconofilia y hagiografía del movimiento libertario</i>	213
Pedro Bergés y José García: <i>Una experiencia frustrada de prensa confederal: Solidaridad Obrera, 1978-1979</i>	229
Tribuna libre	
Colectivo Autonomía de Clase: <i>Algunas consideraciones sobre la crisis actual de la CNT</i>	231

II. Al margen

Raúl Forbe y Alfredo Gómez: *Apuntes para una anarquización de la anarquía*

237

Cubierta de Xosé Díaz Arias

Condiciones de suscripción en la página 27.

La intención de dedicar un fascículo extraordinario de *Cuadernos de Ruedo ibérico* al presente de la Confederación Nacional del Trabajo es relativamente vieja. Este fascículo debía prolongar, en cierta medida, el que en 1974 publicamos con el título de *El movimiento libertario español*.

En los primeros meses de 1978, el proyecto parecía haber llegado a la etapa de ejecución por un amplio equipo de militantes confederales comprometidos a ello. Este era el plano del fascículo proyectado: «Introducción. 1. Aproximación histórica: Historia de una represión; Papel del exilio; Los años 60. 2. El proceso de reconstrucción: El neanarquismo; La práctica sindical. 3. La legalización: El crecimiento; Las primeras huelgas; La violencia. 4. Formación de las tendencias: Papel de la ideología; Carisma del jefe; Las condiciones objetivas. 5. Radiografía de las tendencias: Anarquistas: FAI «oficial»; Grupos anarquistas autónomos; Los nuevos anarquistas; — Anarcosindicalistas: Los no alineados; Consejistas; — Reformistas; — Otras tendencias. 6. La CNT en el movimiento obrero actual: Fuerzas que empujan al desarrollo; Fuerzas que limitan el desarrollo. ¿Es posible hoy la CNT?»

Las servidumbres de la vida militante hicieron que las energías de la mayor parte de los miembros de aquel grupo se concentraron prioritariamente en la vida orgánica confederal y el proyecto fue pospuesto de manera tan indefinida que pudo ser considerado como abandonado.

Volvería a ser planteado de manera concreta a comienzos de 1979, pero también esta vez la complicada vida orgánica de la CNT —concretamente las numerosas expulsiones que en esa primavera afectaron a varios miembros del colectivo que había asumido la tarea de desarrollar el índice transcrito— influiría desfavorablemente sobre el proyecto.

Las páginas que ahora ofrecemos al lector sólo en ínfima medida son obra del colectivo original, su índice se aleja considerablemente de la arquitectura del plano primitivo y, si bien abarca muchos de los temas sugeridos en éste, también es posible señalar lagunas en su conjunto, que somos los primeros en lamentar.

Grandezas y miserias del movimiento libertario español hoy*

Primeros pasos, primeras esperanzas, primeras crisis

La asamblea que el 29 de febrero de 1976 reunió en Sans (Barcelona) a más de 700 personas significa, indiscutiblemente, una fecha importante del proceso de reconstrucción del movimiento libertario español, y más concretamente de la CNT. Tolerada, pero simplemente tolerada, la reunión tuvo sobre la militancia, presente y ausente, el efecto previsto: verse a cara descubierta, sentirse, reunirse sin mediación ni delegación alguna. Después de los duros años de clandestinidad lo importante era ante todo eso: contarse antes de seguir adelante. Y luego disolverse para reconstruir a partir de la idea de reconstrucción de la CNT. Idea motriz, en realidad. Disolverse significaba disolver las estructuras existentes (grupos, distintos comités, coordinaciones más o menos clandestinas, tendencias, etc.) para formar algo nuevo, mancomunadamente, mezcladas todas las sensibilidades. Sabiendo los problemas que eso significaría, pero con la firme voluntad de superarlos y con una colosal esperanza de resolverlos. La reunión tuvo, ante todo, esta significación, determinante en lo que después sucedería.

En la primavera de 1976, poco después de la muerte de Franco y en la más completa incertidumbre por lo que a la evolución de la situación política se refería, era cuanto menos arriesgado hacer un pronóstico sobre el desenvolvimiento del movimiento

libertario. La reunión de Barcelona estuvo precedida (Madrid, el 8 de febrero) o seguida (Valencia) por asambleas semejantes en su forma y su espíritu, y las más de las veces los resultados fueron idénticos. Empero, la reconstrucción de la CNT era más un deseo que una necesidad sentida en los lugares de producción. Hay que reconocerlo; pero la idea fue el cimiento que permitió alzar, piedra a piedra, esa frágil edificación sometida a todos los vientos. Viejos sindicalistas y fogosos libertarios de la última hornada aunaron sus esfuerzos, sus sensibilidades, y también sus obsesiones y contradicciones, para conformar esa CNT.

Ahora bien, tales reagrupamientos se hicieron la mayoría de las veces contra la voluntad de ciertos grupos autónomos y, más a menudo aún, sin la autorización de los «consulados» de la CNT «oficial» del exilio, la cual, por otra parte, ya disponía de un «Comité nacional» (fantasmal, desde luego), cuya principal misión era velar por los intereses de la burocracia celetial. Ante el cariz que tomaban las cosas, y la voluntad de reagrupamiento manifestada aquí y allá, el sector «oficial» se vio obligado a aceptar el cuestionamiento. Rápidamente, pues, fue disuelto el tal «Comité nacional» y reemplazado por una estruc-

* Artículo inicialmente publicado —en francés— en el número 16 de *Interrogations* (octubre de 1978), revista internacional de investigación anarquista.

tura de coordinación nacional, establecida, provisionalmente, en Madrid, a la espera de la convocatoria de un Pleno nacional de la CNT reconstruida.¹ En un primer momento, ese «Secretariado permanente» (SP) se ocupó en ayudar al desarrollo de las reagrupaciones regionales y en asumir la representación de la CNT a nivel nacional.²

El proyecto comenzaba a tomar cuerpo. Existía, por fin, esa CNT renaciente, tan esperada, tan discutida, demasiado acogedora.

Esperada, sin duda alguna. Por la generación privada de sol, la de la represión y los combates dudosos, la generación vencida, llevada de un lado para otro, dividida en mil pedazos, deportada. Todos esos jóvenes de los años cuarenta, envejecidos lejos de la tierra, lejos del país, lejos de sus espacios de luchas y de alegrías. Todos esos heroicos y contradictorios combatientes de una revolución traicionada en y por la historia. Todas esas pobres gentes supervivientes de los campos de concentración, de la miseria, las prisiones, el conformismo y el exilio. Todos y todas los que durante casi cuarenta años vivieron gracias a un sueño, a un recuerdo y a veces, pero sólo a veces, gracias a una esperanza. Los que padecieron en su propia carne la muerte de un compañero. Los que para no morir de vergüenza vincularon su dignidad a empresas quiméricas. Los que, acunados por ilusiones, desesperaban de tanto esperar... La diáspora. Los exilados del exterior y del interior. Los abuelos de hoy en día. Esos sí que esperaban la reconstrucción de la CNT. Ellos, pero no sólo ellos. Ellos y los otros. Esos otros privados de historia, atiborrados de mentiras. Esos otros que no supieron las cosas más que a fuerza de buscarlas. Esos otros que por odio al enemigo se alistaron en la izquierda sin demasiados conocimientos. Que se alistaron donde los más

eficaces o que parecían serlo. En el PCE y en las Comisiones Obreras. En el ámbito de los cristianos progresistas también. Y que luego, decepcionados, desertaron para seguir los surcos de una extrema izquierda menos fuerte pero más dura. El gusto por la aventura llenó las hermosas y arriesgadas horas del izquierdismo, esa radicalidad de un ayer. Clandestinos y militarizados, esos otros se sentían salvadores de un pueblo arrodillado. Y luego, una vez más, desertaron, las más de las veces desalentados por el espíritu de partido. Y así, por el camino, redescubrieron su historia ignorada y, a veces, toparon con rostros, los de los supervivientes, con los que disputaban a menudo pero que en el fondo apreciaban muy de veras. Esos otros eran los nietos, los retoños de una generación que había andado a rastras, llena de miedo y olvidadiza de los crímenes pasados y actuales de los grandes cruzados de la España tradicionalista, apostólica y reaccionaria. Esos otros eran los hijos de los franquistas por consentimiento. Habían recorrido solos el camino del antifranquismo a la idea libertaria. También ellos, como los abuelos, esperaban la reconstrucción de esa CNT mítica que embarazaba parte de sus sueños.

La reconstrucción de la CNT era esperada, pero también discutida. La CNT había existido. ¿Por qué iba a existir de nuevo? Cabía preguntárselo y no se dejaba de hacer. Había incluso quienes sin más ni más teorizaban su definitiva extinción. Una antigualla, como habría dicho Engels. Una forma atrasada de organización obrera libertaria. Una fantasía de nostálgicos, simpáticos, pero superados.³ Incluso había muchos que no veían en el anarcosindicalismo más que un sucedáneo del sindicalismo reformista, integrador y contractual de nuestras democracias liberales europeas. Otros grupos libertarios vacilaban entre lo nuevo y lo antiguo. Sin

pronunciarse definitivamente sobre las posibilidades de la CNT. Sin hacer tabla rasa de la especificidad obrera del anarquismo español. Pensando —secretamente— en una CNT sólidamente cimentada, bien enraizada en la clase obrera, pero abierta al espíritu de la época, a la gran marea posterior al mayo de 1968, a las nuevas formas de lucha, a las sensibilidades diseminadas y diluidas del frente de lo cotidiano. Y luego estaban los otros, los mantenedores de una especie de culto del pasado, los de «la CNT será siempre la CNT», los inamovibles guardianes de la ortodoxia, sujetos a una miserable parcela de poder (una CNT en exilio, reducida a poco más que nada, sacudida por las crisis in-

ternas, vaciada de su sustancia crítica por una burocracia celestial confortablemente instalada en Toulouse), los aplastados del más mínimo síntoma de modernidad, montando guardia —últimas sacudidas de una época— junto a principios caducos, principios que por otra parte no dudaban en transgredir para asegurar su pitanza burocrática.⁴ Todo eso existía, y muchas cosas más. Un océano de contradicciones.

El debate fue rico, pero resultó inacabado. Y no casualmente. La muerte del viejo dictador precipitó los acontecimientos. Para el movimiento libertario, dividido en tendencias, repleto de grupos y subgrupos, la reconstrucción de la CNT se convirtió

1. No resisto a la tentación de reproducir una cita, sacada de un acta elaborada por ese «Comité nacional» fantasmal. Se trata de una comunicación, fechada el 25 de enero de 1976 (la fecha es importante), y cuya finalidad es poner en guardia a una base manipulable contra eventuales intentos de reconstrucción de la CNT. Este documento, evidentemente reproducido por la CNT en el exilio en sus publicaciones, es una perfecta ilustración del grado de estupidez de los guardianes de la ortodoxia: «Como en el año 1965, los supervivientes del pacto cincopuntista preparan otra ignominiosa maniobra contra la CNT y el Movimiento Libertario, tratando de montar frente a la auténtica CNT una situación confusionista utilizando sus siglas, contando con cuantiosos medios económicos, para preparar su organismo usurpador puesto al servicio del capitalismo y sumiso al régimen posfranquista de Juan Carlos I. Estos elementos viajan por todas las regiones de España y con falsos argumentos procuran engañar a los compañeros que les son conocidos, buscando con habilidad atraérselos con la finalidad de que secunden su traición. Quieren esos elementos presentar una CNT domesticada, sumisa a las consignas de los verticalistas, cosa que ya fue, desde hace años, la pretensión y el sueño de los Girón y ahora lo es de los Solís Ruiz y compañía. Disponen de prensa y voceros televisados. Probablemente a primeros de febrero van a hacer pública esa nefasta operación con un manifiesto «sensacional» en el que estamparán buena parte de ellos sus nombres, pues tienen las espaldas guardadas y la protección oficiosa de los servicios del régimen. Posiblemente, en el mismo mes de febrero o en marzo, van a convocar y a celebrar un «congreso», para lo cual tendrán la consabida autorización y todas las facilidades para desplazamientos. Al exilio y al extranjero van a mandar emisarios a granel. ¡Alerta compañeros, estemos vigilantes por todas partes!

¡Seamos más activos que nunca! ¡Estrechamente unidos dentro de la CNT, los que la hemos defendido siempre con todas nuestras energías, haremos fracasar la maniobra traidora!». Tal era, pues, la disposición de ánimo de la burocracia celestial. Inútil insistir en la estupidez de tales expresiones, pues hoy en día ya se conoce la importancia histórica de esa «operación pública» del 29 de febrero de 1976 en Barcelona.

2. La existencia de ese «Secretariado permanente» ofrecía una garantía de seriedad de la que evidentemente carecía el anterior «Comité nacional». El sector «oficial» no aceptó de muy buen grado dejar el primer plano que hasta entonces ocupaba. En realidad, como los acontecimientos posteriores muestran, nunca lo aceptará.

3. El pequeño panfleto del amigo Carlos Semprún Maura, *Ni dios, ni amo, ni cnt*, ilustra perfectamente esta tesis. Fue publicado en París, en 1975, por *El Viejo Topo*. En una reciente entrevista en la revista contracultural *Ajoblanco*, Carlos Semprún —tres años después— no varía en un ápice su análisis. Para él, por el contrario, la actual situación de la CNT confirma sus previsiones en lo referente a la imposible reconstrucción de una CNT no burocrática y sus afirmaciones sobre la inviabilidad del anarcosindicalismo. En todo hay que ser constantes...

4. Por la fuerza de las cosas me veré obligado a volver en bastantes ocasiones, en este artículo, sobre el exilio. Para facilitar la comprensión utilizaré el término genérico de «CNT oficial» para designar a la rutinaria y burocrática organización exilada (cuyo organismo «dirigente» —el Secretariado Intercontinental— reside en Toulouse) y el de «Tendencia Frente Libertario» para hablar del sector marginal del exilio que dispone de una «Comisión de relaciones» en Toulouse y París.

en una alternativa, en la alternativa. La mayoría de los libertarios se adhirieron a tal proyecto. Puede que lo hicieran apresuradamente, sin antes definir los contornos de esa CNT en gestación, sin certezas en cuanto a la justeza teórica del anarcosindicalismo. Y así la incoherencia de los primeros tiempos ciertamente tuvo algo que ver en el posterior estallido de las contradicciones. ¿Pero podía haber sucedido de otra forma?

En sus primeros instantes de libertad vigilada, la CNT fue acogedora. Se entraba en ella sin demasiados requisitos. Era a la vez un gran grupúsculo, un pequeño sindicato y una familia ampliada. En ella había antisindicalistas, sindicalistas reconocidos, activistas más o menos delirantes, anarquistas de la vieja escuela, contraculturales escindidos entre un discurso «de-seante» y una voluntad de pragmatismo social. Un cajón de sastre, en suma. ¿Y quién iba a quejarse de ello? Esa CNT pretendía ser acogedora y no podía por menos que serlo. La decantación se realizaría por sí sola más adelante, y con ella vendría la clarificación. Pero antes de llegar a ello la propia existencia de la CNT suponía una capacidad de acogida y una práctica cotidiana del respeto de la diferencia.

Las primeras épocas fueron esperanzadoras, pero también cargadas de desilusiones. Las reagrupaciones regionales no se realizaban siempre sin problemas. Se veía ya cómo apuntaban los feos morros del sectarismo. Al negarse algunos grupos a disolverse y al mostrar otras pretensiones claramente exclusivistas, no se puede decir que todo transcurriese del mejor modo posible. En Valencia, por ejemplo, se esbozaron dos corrientes y, curiosamente, su enfrentamiento no se debía precisamente a una divergencia ideológica, sino que más bien se trataba, localmente, de una lucha entre clanes que buscaban apo-

derarse de una parcela de poder. Tras esas rivalidades se adivinaba una voluntad de ajuste de cuentas. Cuentas que la mayor parte de las veces se remontaban al período de clandestinidad. Acá y allá se mantenían en vigor los odios, adoptando en ocasiones la forma de querellas puramente personales, siendo, en realidad, las escorias de una época no tan gloriosa como se tenía tendencia a hacer creer.

En el interior de esa CNT en reconstrucción resultan ya perceptibles algunos signos anunciadores de crisis. La coexistencia de corrientes diferentes —aunque todas libertarias— no se realiza automáticamente por doquier. Incluso cabría decir que tiende a realizarse más bien mal y, sirviéndose de esa conflictividad, algunos sectores —más hábiles que otros en el arte de la manipulación— hacen filigranas para complicar algo más una situación ya de por sí compleja, tratando de trasponer, de manera extraordinariamente artificial aunque planificada, problemas de relaciones y de funcionamiento al terreno del enfrentamiento ideológico. Y así, sin la menor base, a tal sector se le aplican calificativos más o menos divertidos («reformista», «posibilista», «treintista», «infiltrado marxista», «consejista», etc.), creándose una verdadera sicosis del deviante, sicosis que se manifiesta, en determinados lugares, de manera sórdida mediante prácticas más cercanas al gangsterismo y a la caza de brujas que al espíritu libertario. Para algunos grupos, el fin acaba por justificar los medios. Y el fin es determinado modelo («ideal») de organización. Para alcanzarlo no hay que pararse en barras. Todo vale: las manipulaciones periodísticas de declaraciones hechas por antiguos militantes de regreso al país (como Diego Abad de Santillán), la rebusca policíaca en el pasado militante de tal miembro de tal comité (pasado las más de las veces inventado, desde luego, para

los efectos de la causa), etc. O sea, un ambiente bastante particular... Un clima sumamente curioso... ¿Qué hay tras todo eso? ¿Quién está tras todo eso? Difícil decirlo con exactitud. Más adelante se sabrá —pero sólo más tarde— que ya germinaba en algunas cabezas un vago proyecto de organización específica: una FAI pura y dura, demencialmente ortodoxa, convencida de su misión purificadora. Un discurso, por otra parte, nada nuevo. Volveremos sobre ello.⁵

Consolidación de las estructuras y contornos de la CNT

Es en este contexto donde, a trancas y barrancas, la CNT reconstruida decidió convocar un Pleno nacional los días 24 y 25 de julio de 1976 en Madrid. Primer intento serio de clarificación interna y de consolidación orgánica, este Pleno es una fecha importante en la historia de la reciente CNT reconstruida. Los temas abordados son diversos (problemas de organización, prensa y ediciones, defensa confederal, presos, solidaridad, relaciones exteriores, etc.). Figuraba igualmente en el orden del día el problema del exilio, problema espinoso si los hay. Tras un debate, la CNT de España declaraba sentirse solidaria de la CNT en el exilio, «entendiendo por tal al conjunto de los compañeros» del exterior, proponía la incorporación al Comité nacional —a título consultivo— de delegados de «cada uno de ambos grupos» del exilio e invitaba a las dos tendencias a buscar un terreno de entendimiento y unificación.⁶ Además, el Pleno consideraba que había que otorgar prioridad absoluta a la consolidación de las estructuras existentes y confirmaba al «Secretariado permanente» en su papel de coordinación de las actividades a nivel nacional. La designación del nuevo «Secretariado permanen-

te» se confiaba a la Federación local de Madrid y debía ser ratificada en un siguiente Pleno, a celebrarse en septiembre.⁷

En el intervalo, la CNT rechazó una propuesta de entrevista del ministro de Relaciones sindicales y —al contrario que otras organizaciones sindicales aún ilegales— al hacerlo rehusaba oficialmente asociarse a cualquier refundición más o menos liberal del sindicato vertical.

El 26 de septiembre de 1976, la CNT reconstruida se reunía, pues, nuevamente en Pleno. Las delegaciones asistentes ratificaron unánimemente la postura adoptada por el «Secretariado permanente» en cuanto a la invitación ministerial. En el orden

5. Poco más o menos por la misma época tiene lugar una polémica acerca de la oportunidad de proseguir la publicación de la revista *Sindicalismo*, creada pocos meses antes de la muerte de Franco. La heterogeneidad de la revista había planteado siempre problemas, así como el hecho de que desde sus comienzos fuese distribuida legalmente. Los suspicaces asomaron en seguida la oreja. Resulta difícil, a menos de dar muestras de verdadera mala fe, negar el papel enormemente positivo jugado por esta publicación en la primera etapa de reconstrucción confederal. Incluso llegó a favorecer localmente reagrupaciones y sirvió de órgano de expresión a la CNT cuando ésta aún no disponía de los suyos propios. Pero, súbitamente, como consecuencia de una polémica acerca de la unidad o la pluralidad sindical, *Sindicalismo* atraviesa una situación de crisis que divide a los colaboradores y significa su desaparición.

6. El exilio estuvo doblemente representado en el Pleno, al que asistieron una delegación de la «CNT oficial» y otra de la tendencia *Frente Libertario*. Pero, curiosamente, la prensa «oficial» del exilio (*Espoir* y *Le Combat Syndicaliste*) no dijo ni una palabra de la resolución del Pleno sobre el exilio que reconocía en pie de igualdad a ambos sectores. Por su parte, *Frente Libertario* le dedicó un amplio espacio en su número de septiembre de 1976.

7. Conviene señalar, a título informativo, la curiosa maniobra organizada por los incondicionales del exilio «oficial» en Madrid para apoderarse a raíz del Pleno de julio del «Secretariado permanente». Acostumbrados a practicar el putschismo, los infatigables manipuladores organizaron en pleno mes de agosto (cuando en Madrid apenas si quedaban militantes) una elección a su antojo y tomaron las riendas del «Secretariado permanente». Desafortunadamente para ellos, la maniobra fue unánimemente rechazada, la elección aplazada hasta septiembre y los «elegidos» tuvieron que abandonar sus puestos.

del día de esta importante reunión había varios puntos conflictivos, relativos en su mayoría al período de la clandestinidad. El problema del «cincopuntismo»⁸ fue resuelto mediante un acuerdo que dejaba a cada sindicato entera libertad para solventar la cuestión caso por caso. En cuanto a los demás puntos a debate, los delegados acordaban:

1. Adoptar una estrategia de ruptura tendente a dismantelar la organización sindical vertical.
2. Presentar a las autoridades, con vistas a la legalización de la CNT, los estatutos que han regido siempre a la Confederación y no aceptar ninguna «legalización condicionada».
3. Defender una concepción sindical libre y pluralista, adaptando las estructuras a las «particularidades» de cada región.
4. Aceptar la afiliación de cualquier trabajador, «sin distinción de ideología ni de creencia», al tiempo que se confirmaba la imposibilidad de ejercer funciones de representación a todo miembro de partido o de secta.
5. Concentrar los esfuerzos para disponer, en el plazo más breve posible, de un órgano nacional de prensa.

Transcurrido ya casi un año desde la muerte de Franco, España había cambiado ya innegablemente. Aunque los burócratas de antes siguieran en sus puestos. Aunque las estructuras políticas no habían variado prácticamente. A pesar de todo, el cambio era fulgurante. Fue la gran época del *marketing* publicitario de los partidos aún «ilegales» pero ya no clandestinos. En el terreno sindical, la caza de adherentes estaba abierta.⁹ En tales condiciones, las perspectivas de la CNT resultaban bastante endebles. El adversario, múltiple y organizado, podía contar con apoyos considerables, en tanto que la CNT sólo podía basarse en sus propias fuerzas. La tarea iba a ser ardua. La reconquista de las antiguas posiciones del anarcosindicalismo en la clase obrera no se daba por descontado.

Y, sin embargo —¿a qué negarlo?—, esos primeros tiempos fueron de euforia... Eu-

foria justificada por el silencio de la larga noche de la clandestinidad y el exilio. Euforia necesaria como liberación de las angustias y las represiones acumuladas. Euforia legítima, sin duda. En las paredes, en las octavillas, en los boletines «sindicales», en las manifestaciones callejeras, la euforia campaba a sus anchas. Y, claro está, significaba simplismo, regodearse en el espectáculo, huida ante los verdaderos problemas, discursos repetitivos, triunfalismo barato. Lo cual también era perfectamente normal. Una manera de afirmarse, en suma. Sin matices. Euforia molesta, empero. Incluso indecente. Esa euforia funcionaba como una bomba de evacuación, reemplazando la lucidez por la confianza en un futuro radiante, excluyendo el verdadero debate en beneficio del discurso tradicional, aplastando el presente y su especificidad socioeconómica bajo el peso del pasado mítico. A base de eslóganes —cierto que llenos de imaginación— se cultivaba la ilusión de estar rehaciendo las barricadas, las colectividades, la columna Durruti y todo lo demás. Persistencia del gran mito. Representación imaginaria de una ilusión esterilizante. Ambigüedad de una época en la que el radicalismo verbal determina la corrección de una idea, en la que lo político se presenta como un no pensamiento, una manera de cerrar los ojos para no ver esa realidad embarazosa y compleja, agotadora y desmoralizante. El renaciente movimiento libertario —la CNT sobre todo— tuvo tendencia a pensar que bastaba con dar una mano de barniz a los iconos y proclamar su pureza ideológica para que acudieran a él —a ella— unas masas deseosas de autoemancipación. ¡Burdo y funesto error! En los restos de memoria colectiva que no había conseguido hacer desaparecer el franquismo, la CNT ocupaba un lugar, desde luego. Un lugar escogido. Se le atribuía la honradez. Ese lugar era una posibilidad más

para el movimiento, un filón a explotar. Utilizar ese crédito popular —esa tradición— para auscultar la realidad, tan distinta a la que conocieron los abuelos, para definir formas nuevas de intervención, para integrar en el discurso antiguo formulaciones más modernas, para limpiar de telarañas el lenguaje, para obrar sobre la historia de hoy en día sin buscar en un ayer —en ocasiones discutible, por otro lado— fórmulas y soluciones. Sí, la tarea era ardua —¿quién lo negaría?—, pero merecía la pena.

¿Cuáles eran, pues, a finales de 1976, los contornos de la CNT? ¿Qué había tras de la sigla? ¿Qué representaba? Preguntas to-

das éstas que hay que hacerse y tratar de contestar. Las dudas relativas a la necesidad de la organización hacen a menudo difícil, por no decir que imposible, la solución de los problemas de organización. Decir que el militante de la CNT no conoce con exactitud las motivaciones y las consecuencias de su adhesión al anarcosindicalismo es algo perfectamente fútil. La reconstrucción de la CNT se derivaba más del voluntarismo que de algún tipo de reflexión que viniese a parar en el esbozo de un proyecto organizativo consecuente. Confundiéndose con el movimiento libertario, tratando de ajustarse a todas sus sensibilidades, no delimitando más que

8. Esta denominación procede de un contacto establecido, en 1965, en Madrid, entre algunos ex miembros de la CNT y funcionarios verticalistas. Tomando en consideración el carácter obligatorio de la afiliación a los sindicatos verticales, impuestos por los vencedores de la guerra civil, los ex cenetistas en cuestión creyeron entrever la posibilidad de conquistar posiciones en el interior del aparato vertical, con las cuales asegurar un futuro desarrollo de la CNT. Estos antiguos cenetistas (Natividad Adalia, Eduardo de Guzmán, Luis Orobón Fernández, Enrique Marco Nadal, Lorenzo Iñigo, Manuel Fernández, Gregorio Gallego, José Marín, Francisco Royano, José Espín Rey, Juan Ferrer Vilamada y Saturnino Carod) tenían, en su mayoría, un excelente pasado de militantes libertarios. Apenas si encontraron apoyos para su intento y fueron muy correctamente criticados, en especial por el exilio, cuya organización rechazó unánimemente el contacto establecido en Madrid. En aquel entonces, por otro lado, la unanimidad del exilio contra el intento madrileño no suponía, ni mucho menos, un entendimiento perfecto de todas las tendencias sobre todos los puntos. Antes bien, apuntaban ya luchas sordas y querellas de influencias. Había habido la experiencia de la ASO (Alianza Sindical Obrera), que, a pesar de algunos éxitos iniciales, tuvo consecuencias catastróficas, y en último término condujo —sin ningún apoyo por parte de los militantes partícipes de la experiencia ASO— al incomprensible pactismo del grupo madrileño. Los ex miembros de la CNT comprometidos en este sórdido intento de acercamiento a los «liberales» del verticalismo fueron desde entonces designados corrientemente con el apelativo de «cincopuntistas», dado que el acuerdo en cuestión —establecido el 4 de noviembre de 1965— comprendía 5 puntos: 1) Sindicalismo unitario; 2) independencia con respecto a los partidos y el gobierno; 3) participación en la política de desarrollo económico; 4) derecho de huelga; 5) cooperativismo. El pacto no tuvo ninguna conse-

cuencia, a no ser la de haber introducido en la CNT nuevos gérmenes de división. Llegado el momento de la reconstrucción de la CNT, no podían dejar de plantearse tales problemas, y lo fueron, a menudo interesadamente, por sectores deseosos de ocultar su propia impotencia y sus graves errores bajo una supuesta lucha contra los desviacionistas «cincopuntistas». Con todo, nadie se opuso a la admisión de los supervivientes de la experiencia de los «cinco puntos» de Madrid (que, por cierto, eran más numerosos en Barcelona y otras localidades que en el propio Madrid) y los que lo desearon —salvo escasas excepciones— pudieron reintegrarse a sus sindicatos de origen.

9. A diferencia del pasado, en que el panorama sindical resultaba claro, pues estaba constituido por dos bloques, la CNT y la UGT, en la actualidad la realidad es más compleja. En efecto, además de la CNT existen: 1) la UGT, adherida antes de la guerra a la Federación Sindical Internacional y posteriormente — desde su fundación— a la CIOSL (Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres); las *Comisiones Obreras*, apoyadas por la FSM (Federación Sindical Mundial), correa de transmisión del PCE; la USO (Unión Sindical Obrera), de origen cristiano, sostenida por la FITIM (Federación Internacional de Trabajadores de la Industria Metalúrgica) y otros sectores profesionales internacionales —que le facilitaron, como a la UGT, una considerable ayuda financiera—, así como por la CFDT francesa; 4) las centrales «regionales» STV (Solidaridad de Trabajadores Vascos), afiliada como la UGT a la CIOSL y al mismo tiempo, como la SOC (Solidaridad de Obreros de Cataluña), a la CMT (Confederación Mundial del Trabajo), ex CITL (Confederación Internacional de Trabajadores Cristianos); 5) por último, los «unitarios» de servicio (maoístas y bolcheviques disidentes), integrados durante largo tiempo en las *Comisiones Obreras* con la esperanza de desplazar a la dirección carrillista y que actualmente disponen de sus propios tenderetes sindicales.

de modo muy elástico su territorio, en esa primera etapa la CNT pretendía ser una estructura abierta en la que cada cual hallase una justificación a su presencia, sin por ello sentirse solidario de una estructura de organización que funcionase conforme a criterios muy precisos. Lo cual no dejaba de plantear problemas. La voluntad de apertura significaba también incapacidad de definirse. Paradójicamente, había en el interior de la CNT un fuerte porcentaje de antisindicalistas, enormemente sensibilizados ante el discurso ultrazquierdista y, por ello, muy críticos en lo que respecta al desenvolvimiento del anarcosindicalismo. Por otra parte, la renaciente CNT se situaba más, al menos exteriormente —por los temas más a menudo abordados y las formulaciones empleadas—, en el ámbito del anarquismo que en el del anarcosindicalismo. La lectura de la prensa confederal de este período resulta al respecto enormemente reveladora. En ella podemos encontrar más «adoquines» ideológicos que análisis concretos, más proclamaciones incendiarias que informaciones de luchas. La CNT, ciertamente y salvo en raras ocasiones, apenas estuvo presente en las movilizaciones de ese primer año del posfranquismo. Poco implantada en los lugares de producción, no podía pretender jugar un papel determinante en el desencadenamiento, la organización y la prosecución de las luchas. Ese desarrollo desigual de la implantación se hacía sentir igualmente, por otro lado, al nivel territorial.

Si bien la CNT existía —al menos como fuerza potencial— en Levante (Valencia), Centro (Madrid) y sobre todo en Cataluña (Barcelona), apenas si iba tirando en regiones de implantación histórica tradicional como Aragón y Andalucía, y sus proporciones eran las de un grupúsculo en Asturias, el Norte (Santander), Euzkadi, Extremadura, Galicia y la Rioja. Esta

débil implantación se ve compensada las más de las veces por el dinamismo y activismo de los nuevos cenetistas, los cuales, en su mayoría muy jóvenes (la media de edad está muy por debajo de los treinta años) son movilizables en todo momento. Entre ellos y los «viejos» (los del 36), la generación política de los 30-40 años está casi totalmente ausente, y la traducción política de esta ruptura generacional resulta evidente. No hay un conflicto generacional en sentido estricto, pero sí diferencias notorias de comportamiento, de análisis, de sensibilidades. La ausencia de generación-tampón se hace sentir gravemente. Para muchos jóvenes cenetistas la organización no se concibe en términos muy distintos a la de la clandestinidad (grupos cerrados). Empero, al no ser ya idénticos los datos políticos (y no por nada), el paso de la clandestinidad a la existencia tolerada supondría necesariamente una nueva percepción del concepto de organización, tanto en la forma como en el contenido. Otra concepción del papel a jugar por la organización y, sobre todo, nuevas prácticas militantes. Pero la evolución se realiza muy lentamente y no es raro ver a pequeños sindicatos funcionando como un grupo de afinidad, conforme a criterios de selectividad extremadamente rígidos y sobre una base ideológica dogmática. La consecuencia directa de esta rigidez funcional es inmediatamente verificable: los sindicatos se estancan y no se desarrollan más que a condición de saber dar muestras de ductilidad y abrir sus puertas. Así, la débil influencia social se deriva de esos errores, errores que a su vez resultan de una profunda incomprensión del papel y las funciones de la organización sindical y de un desconocimiento general de los fundamentos teóricos del anarcosindicalismo. En el cerebro de los cenetistas de formación reciente, la CNT funciona más —no está de más repetirlo— como organización

específica que como sindical. Rehacer la CNT era más, en un primer momento, manifestar la voluntad de reapropiarse una sigla y una historia que forjar un instrumento de intervención libertaria muy concreto. La ausencia de formación sindical se hace sentir fuertemente desde los primeros momentos y muy a menudo va acompañada de un desconocimiento casi absoluto de la historia del movimiento obrero en general y del movimiento libertario en particular. Para comprobarlo, basta, una vez más, con examinar la producción teórica de la renaciente CNT (boletines y publicaciones diversas). La machaconería y la declamación a duras penas disimulan esas lagunas.¹⁰

El primer Comité nacional —representativo y elegido regularmente— de la CNT reconstruida le confirió, indiscutiblemente, un sello de seriedad. Estaba compuesto por militantes de primera fila y que además eran tenidos por independientes de toda tendencia. Su primera tarea consistió en dinamizar, a través de sus tradicionales publicaciones, la prensa confederal, hasta entonces especialmente desfalleciente. La región catalana fue encargada de la confección de *Solidaridad Obrera* y la región Centro (Madrid) de la de *Castilla Libre*, órgano regional, y —bajo la responsabilidad del Comité nacional— de *CNT*, órgano nacional de la Confederación. Este esfuerzo de dinamización de la prensa estuvo acompañado de una campaña internacional, señalada por un llamamiento —patético y algo grandilocuente, pero muy significativo del estado de ánimo de la militancia cenetista— a los «militantes emigrados y anarcosindicalistas del mundo». Fue un éxito. El llamamiento, ciertamente, no despertó, como algunos quisieron creer, la conciencia universal, pero innegablemente movilizó aquí y allá las afinidades libertarias y creó un movimiento de solidaridad hacia la CNT de España.

Como desafortunadamente el movimiento libertario no disponía de gran capacidad financiera, el resultado no fue extraordinario. Pero existió. Gracias a los esfuerzos y a las prendas de solidaridad de los libertarios de Italia (donde el Comitato Spagna Libertaria tenía ya prevista la eventualidad y se había ocupado asiduamente de recoger algunos fondos para este fin), gracias a los anarcosindicalistas de la SAC sueca, a los compañeros norteamericanos, franceses y a otros muchos, la CNT estuvo en condiciones de volver a publicar su órgano nacional. Sin esa ayuda es indudable que en esa primera etapa la organización española habría topado con muchas dificultades para realizar ella sola el proyecto.

A fines del año 1976 —tan rico en acontecimientos—, la CNT estaba dando aún sus primeros pasos. Y también conoce sus primeras crisis, crisis que se irán precisando hasta monopolizar la vida interna de la organización. Para comprenderlas, debemos recurrir necesariamente a la cronología.

¡ Viva la CNT!... ¿ Pero cuál?

A comienzos de 1977, se observan algunos progresos en el funcionamiento interno. La CNT empieza a disponer de una infraestructura de cierta envergadura (se abren

10. En estos primeros tiempos de remozamiento libertario, son ya perceptibles algunos síntomas. La CNT se halla ya en la encrucijada: puede escoger desarrollarse cuantitativa y cualitativamente precisando su carácter anarcosindicalista, o bien reducirse, lenta pero firmemente, hasta convertirse en un gran grupúsculo más o menos radicalizado, recogiendo sobre un anarquismo selectivo. Esta elección, simple, es empero difícil de asumir, pues el problema —en realidad el único problema verdadero— es el de la impotencia sindical o, más bien, la dificultad de una organización libertaria, con vocación y definición sindicales, para pensarse, actuar y funcionar como sindicato revolucionario. Las causas de esta impotencia son indiscutiblemente múltiples.

locales en bastantes lugares), aunque mínima con respecto a las otras centrales sindicales. Empero, a pesar de todo, las perspectivas de desarrollo son enormes. El sindicalismo reformista, representado por organizaciones que hasta entonces se beneficiaban de una imagen adquirida bajo el franquismo, revela su verdadera naturaleza. Una tendencia —difusa— a la autonomía obrera resulta perceptible a través de los conflictos más recientes, conflictos que a menudo escapan al control de la UGT y de las CCOO. La crisis económica afecta a una clase obrera aún sin domesticar por el reformismo, aún no controlada por los aparatos sindicales, abierta a toda alternativa de organización que garantice su autonomía de clase. Todo ello son elementos favorables a la CNT, pero ésta parece incapaz de aprovechar la oportunidad.

Abundan los rasgos folklóricos, especialmente en el crisol catalán, a pesar de que la organización había logrado dotarse, en diciembre de 1976, de un comité regional relativamente representativo de las distintas corrientes existentes en su interior. No cesaron las luchas de influencias, pues cada tendencia pretendía que la CNT fuese a su imagen y semejanza. Por un momento, a raíz del conflicto de Roca,¹¹ parecía que la conflictividad interna iba a remitir y que la CNT iba por fin a poder verificar, en concreto, su capacidad de movilización. No ocurrió así. Los dudosos combates eran más importantes que cualquier otra cosa. Cada tendencia acusaba a la otra de todos los males, inventaba estrategias subterráneas que conducirían a la toma de tal o cual comité. Una verdadera guerrilla a base de golpes bajos y violencias verbales. Contra la voluntad de amplios sectores de la base, la CNT estaba transformándose en una feria de la rebatiña. Pretendiendo sanarla de tantos males imaginarios, sus médicos —enfrentados sobre las

medicinas a aplicar— estaban a punto de acabar con ella.

FAI y voluntad de poder

El 30 de enero de 1977, la policía detenía a cerca de cincuenta personas, reunidas en un bar de Barcelona, acusándolas de intento de reconstitución de la Federación Anarquista Ibérica (FAI). A partir de ese momento, la situación se complicará. Dos miembros del Comité regional de Cataluña, el secretario general y el tesorero, ausentes de Barcelona por asistir a la Conferencia del MLE (sector *Frente Libertario*), celebrada en Narbona (Francia), se vieron enfrentados a su regreso a Barcelona con esa extraña situación. Los comunicados de prensa recogían la tesis de la policía y a decir verdad la CNT no sabía muy bien qué pensar ni qué hacer. El Comité regional resolvió, pues, salir lo mejor posible del paso, en un asunto que —como veremos— iba a provocar enormes tensiones entre la base confederal.

Pocos días después, tras múltiples y laboriosas intervenciones de la CNT, parte de los «faístas» detenidos eran puestos en libertad, entre ellos buen número de españoles residentes en Francia y algunos extranjeros.¹² Otros ingresaron en la cárcel Modelo de Barcelona, y a ellos se unieron otros compañeros procedentes de Murcia, Málaga y otras ciudades, detenidos bajo las mismas acusaciones policíacas. Tales son los hechos.

¿Se trataba realmente de un intento de reconstitución de la FAI? Nadie podía decirlo entonces con certeza. Nadie reivindicó la paternidad «faísta» de la reunión y —una vez más— la CNT tuvo que asumir en solitario la defensa de los encarcelados. Cosa que no resultaba nada sencillo, dado que —ignorando completamente el carácter de la reunión— la CNT fue la primera

sorprendida ante la incomprensible operación. No obstante, consiguió rápidamente echar el alto a la campaña policíaca y denunció la tesis de ésta, negando pura y simplemente la existencia de cualquier FAI. Como no todo el mundo entiende siempre la solidaridad del mismo modo, no tardaron en darse críticas sobre la «falta de energía» de la CNT en la ocasión, críticas procedentes, claro está, del sector más o menos vinculado a la operación, y que calificaban perfectamente cierta concepción práctica, disimulando a duras penas una voluntad de poder.

FAI o no FAI, no era eso lo importante, y los militantes no se llamaron a engaño. La reunión fue percibida como punto culminante de una serie de tentativas abortadas, claramente planificadas desde el sector «oficial» del exilio, cuya finalidad —declarada, por otro lado— era tomar posesión de los comités de la Confederación y apartar de ellos a las tendencias que pudieran comprometer la esencia «anarquista» de la CNT, tal como la concebían los ortodoxos. La identidad de los reunidos dejaba poco lugar para la duda en lo que al objetivo de la reunión se refiere, y las declaraciones de la CNT podían despistar fuera del marco de la organización; en su interior, a nadie embaucaban.

Desde la perspectiva actual, se imponen varias observaciones: en aquel entonces, la CNT habría prescindido muy gustosa de las complicaciones ocasionadas por la operación «faísta». Al negar la existencia de la FAI, trataba de aliviar las acusaciones hechas a los detenidos, pero se colocaba en una situación difícil. Con o sin FAI, los «faístas» existían.¹³ ¿Por qué, entonces, negarlo con vehemencia?

En general, la base recibió bastante mal el golpe. Al solidarizarse con los detenidos, caía en la manipulación «faísta». ¿Pero cómo iba a adoptar otra actitud? Una vez más, actuó el viejo reflejo de la solidari-

dad libertaria frente al hostigamiento policíaco. Pero las críticas no fueron por ello menos vivas. ¿Por qué no habían aprovechado la ocasión los «faístas» clandestinos para reivindicar su condición de tales? ¿Acaso preferían presentarse ante una base estupefacta y manipulada como los peores enemigos del poder y servirse de su situación de nuevos mártires para llevar a cabo sus proyectos? Preguntas sin respuestas, pero que desde entonces quedaban planteadas.

11. La ayuda de la CNT fue más que apreciable, pero los militantes anarcosindicalistas cometieron el error de creer que bastaba con apelar a la solidaridad obrera para que ésta apareciera. Para ello había que disponer de una organización estructurada y capaz de moverse sobre el terreno resbaladizo de las relaciones sindicales internacionales, y la CNT aún no había llegado a eso.

12. Como Umberto Marzocchi, viejo militante de la FAI italiana y responsable de la CRIFA (Comisión de relación de las federaciones anarquistas). Es poco probable que Marzocchi estuviese al corriente de los matices y las sensibilidades que componían el renaciente movimiento libertario español y, por lo tanto, de las manipulaciones orquestadas desde el exilio para imponer el predominio de una tendencia sobre las demás. Sólo esa «desinformación» puede explicar su presencia en una reunión tan particularmente partidista.

13. El secretario de propaganda del Comité regional de Cataluña declaraba el 16 de febrero a *Interviú*: «Los militantes detenidos se habían reunido de una forma orgánica y, por supuesto, no pertenecían a la FAI, por la sencilla razón de que esta Federación [...] hoy no existe». Diez días más tarde, el 26 de febrero, Juan Gómez Casas, secretario general de la CNT, declaraba a un periodista de *Opinión*: «La organización tiene suficiente contenido anárquico y doctrinal y no necesita ningún tipo de gendarme u organización paralela». Empero, por aquellas mismas fechas, en febrero, Federica Montseny propagaba distintas declaraciones de tono muy diferente. En una entrevista con Ramón Pi, periodista de *La Actualidad Española*, aseguraba que «la FAI está en trance de reconstruirse». En una charla con J. M. Gironis, de *Opinión*, cuando este último le señalaba que según declaraciones de responsables de la CNT «la FAI no existe», se sintió obligada a responder: «No existe, pero se está organizando. Ahora se tiende a la organización de grupos autónomos reconstruyendo la FAI». No por curiosa, resulta menos reveladora esta contradicción.

Primeras salidas de la CNT, o la voluntad de escapar del ghetto

A propuesta del Comité regional de Cataluña, el Comité nacional de la CNT decidía, el 19 de febrero de 1977, presentarse a la opinión pública mediante una conferencia de prensa organizada en Madrid. Primera señal de una voluntad declarada de salir del ghetto para abrirse al exterior, esa conferencia de prensa sólo alcanzó parcialmente sus objetivos. No asistieron a ella muchos periodistas, pero sí estaban los principales diarios. La conferencia abordó principalmente los siguientes puntos:

1. La CNT, como en el pasado, tenía la firme intención de rechazar la profesionalización de la organización, renovando periódicamente los puestos de responsabilidad, que, por otra parte, no eran retribuidos para evitar la instalación al frente de la organización de una burocracia de permanentes.
2. La CNT preparaba una puesta al día de sus estatutos para aprovechar las ventajas de un reconocimiento legal.
3. La CNT reivindicaba la libertad sindical frente a las maniobras seudounitarias tendentes a prolongar el «verticalismo» bajo otra forma.
4. La CNT proponía la alternativa autogestionaria y el comunismo libertario, que entendía como una articulación socialista de la sociedad, desde abajo, a partir de las asambleas de trabajadores.
5. La CNT lucharía para obtener la liquidación total de la CNS y se opondría a las elecciones llamadas «sindicales».

El Comité nacional aprovechó la ocasión para hacer algunas puntualizaciones. Así, por ejemplo, se criticó vivamente la violencia minoritaria («sus consecuencias serían capitalizadas por una extrema derecha deseosa de restablecer la dictadura», declaró el secretario general). En cuanto al número de afiliados, el Comité nacional, criticando de paso las absurdas manipulaciones de cifras, se refirió a 20 000 militantes, en su mayoría de menos de treinta años. Por último, anunció que era intención de la CNT organizar su primer mitin

de afirmación anarcosindicalista en el mes de marzo, en San Sebastián de los Reyes (Madrid).

Indudablemente, la CNT trataba de ofrecer cierta imagen coherente de sí misma. Con ello intentaba igualmente crear una dinámica interna y esperaba poner término provisionalmente a las luchas de tendencias y a las distintas rivalidades que se manifestaban en su interior. Evidentemente, no se alcanzó totalmente el objetivo,¹⁴ pero por un momento pareció como si esa apertura al exterior movilizara las energías militantes hacia terrenos menos enturbiados.

El 27 de marzo de 1977, cuando nadie se atrevía a creer en tal posibilidad, la CNT llenó el coso de San Sebastián de los Reyes. Todas las condiciones estaban reunidas: la cantidad (cerca de 25 000 personas), la alegría en los rostros, las banderas ondeando, el encuentro de los abuelos y los nietos, la fiesta, el sol y también las consignas, los discursos grandilocuentes, las certezas y los mitos. Una condensación de las grandezas y miserias del movimiento... Y luego hubo el mitin de Valencia,¹⁵ en mayo del mismo año: una *re-make* algo más tradicional, algo menos lúdica, pero en cualquier caso una confirmación de la capacidad de movilización de la CNT. Luego, en julio, se colmaron todas las esperanzas. En Montjuich (Barcelona), primero, con ocasión del gran mitin (cerca de 150 000 personas). A raíz de aquella Semana Libertaria, luego, que fue tan elogiada, tan denigrada, tan contradictoria. A esa Barcelona tan cara a los libertarios de todo el mundo, a esa Cataluña legendaria y «orwelliana» acudieron en peregrinación los libertarios de todos los rincones de Europa para contemplar con sus propios ojos el nacimiento de una esperanza. ¡Un «mayo del 68» suyo propio! Una mezcla explosiva. Un apogeo. Y, una vez

más, la indiscutible confirmación de una fuerza. Al menos así lo creyeron...¹⁶ Ahora mismo hay que hacer distinguos y reconocer que las grandes movilizaciones de 1977 tuvieron una doble significación. *Simbólicamente*, tenían un valor tranquilizador. La CNT no era aún una organización de masas, pero con ocasión de esas manifestaciones públicas dejaba de aparecer como un grupúsculo. Los militantes tuvieron conciencia de ello por primera vez y no eran los menos sorprendidos. Por múltiples razones, dependientes a la vez del recuerdo, de la curiosidad, pero también de la originalidad que representa la CNT en el panorama politicosindical de la España actual, esas movilizaciones fueron los puntos culminantes de un año de intensos esfuerzos militantes. A través de ellas, la CNT —más o menos ignorada

14. Poco después de la conferencia de prensa, el Comité nacional celebró una reunión plenaria (reunión a la que asisten el Secretariado permanente y los secretarios de los distintos comités regionales de la Confederación). Había varios temas en el orden del día: estado de la CNT, situación politicosocial, problema de la puesta al día de los estatutos y preparación del mitin de San Sebastián de los Reyes. Otro punto de la discusión estaba relacionado con el exilio y merece la pena que nos fijemos en él. Uno de los «grupos» del exilio —el sector *Frente Libertario*— se había reunido en enero, como se ha dicho anteriormente, en Narbona (Francia), en presencia de dos miembros del Comité regional de Cataluña. Esta Conferencia tuvo importancia ya que pronunció la autodisolución de *Frente Libertario* y la integración del sector en la CNT de España, y mediante la afiliación directa de los militantes en sus diferentes regiones de origen y el envío de las cotizaciones al Comité nacional. Tales decisiones, ejemplares en su voluntad de poner fin a una de las más tristes etapas de la reciente historia del movimiento, significaban el fin histórico del exilio. La moción adoptada señalaba, en efecto, que *«todo organismo que, desde fuera del territorio español, pretenda de ahora en adelante denominarse CNT resultará apócrifo y sin razón de ser»*, y concluía en los siguientes términos: *«Esta decisión corresponde a la necesidad elemental de reforzar nuestras posiciones en el Interior, eliminando todo conato de dualismo que pudiera perjudicar al desarrollo y a la acción común, pero mantenemos en pie las bases esenciales del federalismo y reafirmamos los derechos de todo militante o agrupación, a analizar y discutir los actos y la trayectoria de nuestra organización»*. Empero, la reunión plenaria en cuestión no estuvo

hasta entonces por los *media*— adquirió un lugar específico en el damero de las fuerzas sindicales. Gracias a ellas, la CNT tuvo derecho a la consagración y se convirtió en una especie de nebulosa, difícil, desde luego, de aprehender (¡y se comprende por qué!), pero que pesaba o podía pesar considerablemente en la modificación del tejido social. Era diferente, heterogénea, todo lo contradictoria que se quiera, pero empezaba a existir de nuevo, no ya con respecto a su pasado, sino como alternativa y movimiento social del momento. Tal fue la primera significación de las grandes reuniones libertarias del año 1977.

Prácticamente, en cambio, sólo tenían un valor indicativo en lo que respecta a la profundidad del fenómeno anarcosindicalista y por consiguiente no podían perci-

a la altura de las circunstancias al no saber aprovechar la ocasión para liquidar el problema del exilio, a pesar de que tenía posibilidad de hacerlo. Pero, por ignorancia o asentimiento a ocultas manipulaciones, el Comité nacional no supo tener en cuenta la voluntad manifestada por uno de los dos sectores y no aceptó la afiliación directa. Prefirió «dejar hacer al tiempo», incapaz como era de proceder a un profundo encausamiento de la CNT en el exilio, encerrada en una dialéctica de la exclusión, inerte pero guardiana de las tablas de la ley, celosa de su miserable «representatividad». El Comité nacional no halló nada mejor que hacer que legitimar tal anacronismo viviente representado, desde entonces, por esa maquinaria atorada. Bien corta tenía que ser su visión de las cosas. Los errores se pagan, y a veces bien gravemente.

15. Recordemos que entre el mitin de Madrid y el de Valencia la CNT obtuvo su legalización.

16. Contrariamente a lo que se podría pensar, la organización de la Semana libertaria de Barcelona no corrió a cargo de la totalidad de los sindicatos de la CNT, los cuales participaron con mucha moderación —y en ocasiones no participaron en absoluto— en la preparación de la gran reunión del verano de 1977. Ciertamente que la iniciativa de la fiesta procedía de *Ajoblanco*, revista contracultural de expresión libertaria, y no de la CNT. Apoyada por el Comité regional entonces en funciones (apoyo que, a continuación, ocasionó numerosas polémicas, al no haber pedido la opinión de la base el Comité regional), la iniciativa de *Ajoblanco* no provocó el entusiasmo del conjunto de los militantes cenetistas, a menudo más sensibilizados hacia la lucha de clases que hacía el «cotidianismo» de la contracultura.

birse como otras tantas pruebas de la implantación nueva y de la popularidad de la CNT. Eso era reducir la necesaria voluntad de análisis al grotesco triunfalismo que abundaba en ciertas publicaciones del movimiento. Era tomar los deseos por realidades, pasando por alto algunos aspectos muy significativos de la realidad del movimiento español. Era, una vez más, reemplazar la lucidez por el discurso complaciente e inquebrantablemente optimista. Era igualmente dar muestras de una asombrosa cortedad de visión, pues esas reuniones —y especialmente la de Barcelona— demostraban prácticamente las fantásticas incoherencias del movimiento libertario y, sobre todo, los difíciles problemas que la CNT tendría que resolver para no perecer, las numerosas contradicciones que tendría que superar para comenzar a existir realmente, más allá de las plazas de toros y de los eslóganes, en la ingratitud de lo cotidiano.¹⁷ Hubiese resultado desmoralizador decirlo entonces, cierto. El arrobamiento que iluminaba el rostro de los libertarios de España y de otros lugares en las grandes reuniones del año 1977 era en cierto modo el espíritu de familia...

Nuevo pleno y persistencia de las luchas internas

Se convocó un nuevo pleno de la CNT para los días 3 y 4 de septiembre de 1977 en Madrid. El orden del día era particularmente copioso, ya que comprendía, además de los puntos relativos a la información del Comité nacional y a los problemas de funcionamiento interno, los siguientes temas de discusión:

1. Estudio de la situación de la organización en el contexto nacional (acción sindical en la empresa, patrimonio confederal, pacto social, pluralidad o unidad sindical, nacionalidades y do-

ble afiliación). 2. Prensa y propaganda. 3. Cotizaciones sindicales. 4. Federaciones de industria. 5. Articulación CNT/movimiento libertario (ateneos, grupos de barrio, organización juvenil, estudiantes, organización específica, etcétera). 6. Problemas del exilio (propuesta de Narbona, etc.). 7. Oportunidad de la celebración de un congreso nacional. 8. Cuestiones diversas.

El orden del día era probablemente demasiado ambicioso para que todas las delegaciones pudiesen expresarse plenamente en dos días de reunión. En consecuencia, algunos temas fueron tratados apresuradamente, en beneficio de otros. En lo que se refiere al tema que tratamos, parece de interés examinar la moción relativa a la acción sindical en la empresa, definitiva de las líneas maestras de una estrategia de intervención en los lugares de producción. Tras haber manifestado su rechazo de las denominadas elecciones «sindicales», la CNT define la acción sindical en los siguientes términos:

«La CNT considera que la asamblea de trabajadores es el único organismo soberano y decisorio, y del único que pueden dimanar decisiones y acuerdos. Entendemos que nuestra alternativa pasa también por potenciar sin miedo y sin reservas la coordinación que a todos los niveles necesitan los trabajadores. Entendemos que esta coordinación debe darse a partir de las asambleas de sección de tajo, de fábrica, de sector, de zona, etc., donde se nombrarían uno o varios compañeros que, relacionados con otros de distinta sección, tajo, fábrica, etc., elegidos igualmente en asamblea, supondrían la coordinadora de delegados, organismo de unidad de acción, y que daría a la organización de los trabajadores un mayor índice de calidad de lucha y protagonismo en el planteamiento y solución de sus problemas. [...] Entendemos que el sindicalismo revolucionario debe ser de apoyo y solidaridad y no de intermediación [...] Los comités confederales de taller y sección vigilarán en todo momento la puesta en práctica y la no mixtificación de esta metodología.»

El carácter «asambleísta» de esta moción no se le escapará a nadie, pues, en efecto, se sitúa más en una trayectoria neocentista que en una óptica puramente sindi-

calista y con ello da testimonio de las preocupaciones de inserción obrera de la nueva CNT.

Con todo, el pleno fue en conjunto bastante decepcionante. No llegó a aprovechar la oportunidad ofrecida por la presencia de delegaciones de todas las regiones y de los dos «grupos» del exilio para realizar un examen serio de las crisis internas que agitaban a la organización y presentar alternativas susceptibles de modificar las cosas. Prefirió tergiversar y hacer como si todo fuese estupendamente, minimizando las verdaderas dimensiones del problema. De la misma manera, el pleno no aportó nada nuevo, nada original en todo caso, acerca de cuestiones relativas tanto a la situación politicoeconómica como a la articulación CNT/movimiento libertario. Se prefirió una actitud vaga. En consecuencia, nada trascendental. Nada que justificase, como se hizo, la edición de un suplemento de *CNT* consagrado al pleno de septiembre de 1977 y a las resoluciones adoptadas... Sea como fuere, a raíz del pleno del Comité nacional, tras un recuento por regiones organizadas, aseguró que la CNT contaba con 120 000 adherentes.

En concreto, el pleno, más que resolver la crisis interna, la amplificó. Por su carácter irrevocable, la dimisión —por otra parte, lógica y justificada— del Secretariado permanente tuvo, en efecto, por consecuencia abrir una verdadera carrera hacia el poder. Olvidando que, en una organización libertaria de tipo federalista, tal Secretariado no tenía más que una función coordinadora, las tendencias comenzaron a dedicarse a toda una serie de maniobras y contramaniobras para ocupar los primeros puestos de la lista, confundiendo a la CNT con un partido cualquiera y al Secretariado permanente con un comité central con vocación ejecutiva. Varias delegaciones, conscientes del problema, habían tratado en el pleno de que el

Secretariado permanente anulara su decisión y de convencerle para que permaneciese aún por algún tiempo en funciones, ya que, a pesar de sus flaquezas, al menos había sabido mantenerse más o menos por encima de las tendencias y conservar una imagen de independencia. Pero no lo consiguieron. El Secretariado permanente mantuvo su decisión y la región Centro fue encargada de designar al nuevo Secretariado, siendo justamente en ella donde más acerba resultó la lucha, y más especialmente en Madrid. Duró ocho largos meses. ¡Quién lo iba a decir! Ocho meses insostenibles, durante los cuales la organización, perdiendo toda credibilidad, fue incapaz de hacer frente a la situación y asistió, impotente, a la marcha de numerosos militantes, desalentados por el triste espectáculo que se desarrollaba ante ellos.

Presa de sus problemas domésticos, la CNT resultaba, sobre todo en Madrid, incapaz de promover un verdadero movimiento de resistencia al Pacto de La Moncloa, acuerdo de paz social establecido entre la «oposición», la patronal y el gobierno y ratificado por las centrales reformistas. La situación, sin embargo, hubiera exigido una movilización efectiva de la CNT, tanto más teniendo en cuenta que entonces comenzaba un período de elecciones «sindicales».

A finales de 1977, pues, únicamente en Cataluña podía afirmar la CNT que contaba con una existencia real. Allí, se había hecho notar en movimientos importantes como el de los estibadores de Barcelona y,

17. Paradójicamente, la Semana libertaria frenó, más que aceleró, el desarrollo de la CNT. Al insistir desmesuradamente —e interesadamente— en su aspecto folklórico y desmesuradamente espontaneísta, la gran prensa deformó algo más la imagen de la CNT. Aparte de esto, es verdad que la Semana libertaria ofreció una muestra perfectamente realista de las múltiples contradicciones del área libertaria, de la que la CNT no era más que un componente.

sobre todo, el de las gasolineras, que terminó en una verdadera victoria y provocó un importante desarrollo numérico de la CNT, permitiéndole alcanzar los 70 000 afiliados, reagrupados en 70 federaciones locales y con un órgano de prensa regular, *Solidaridad Obrera*. Pero en otros lugares aún había mucho que hacer.

Algunos datos en desorden

En esa época, la CNT presenta las siguientes características:¹⁸

En el *Norte* (Santander), un millar de afiliados, reagrupados en cuatro federaciones locales. En el *Centro* (Madrid), 7 000 militantes, reagrupados en 29 federaciones locales, con un órgano de prensa regional, *Castilla Libre*. En *Euskadi*, unos 2 000 afiliados, con *Euskadi Confederal* como publicación. En *Extremadura*, un millar de afiliados y cinco federaciones locales. En *Galicia*, un millar de afiliados y ocho federaciones locales. En *Murcia*, 2 000 afiliados, doce federaciones locales y un órgano de prensa, *Confederación*. En *Levante* (Valencia), 15 000 afiliados y la publicación *Fragua Social*. En la *Rioja*, menos de 1 000 afiliados y *Acción Directa* como órgano de prensa. En *Andalucía*, 20 000 militantes, 60 federaciones locales y un órgano de prensa, *Andalucía Libertaria*. En *Aragón*, unos 2 000 militantes, 22 federaciones locales y un órgano de prensa, *Acción Libertaria*. En *Asturias*, 5 000 militantes, 7 federaciones locales y un órgano de prensa, *Acción Libertaria*. En *Canarias*, 2 000 afiliados y 4 federaciones locales. En *Cataluña*, 60 000 y *Solidaridad Obrera* como órgano de prensa.

Estas cifras necesitan algún comentario. En primer lugar, que el número de afiliados coincide con la cifra dada a raíz del pleno de septiembre de 1977, es decir, 120 000 afiliados. En segundo lugar, que la distribución por regiones sigue siendo enormemente desigual. Aparte de Cataluña, la implantación es grupuscular. Levante, Centro y Asturias van muy detrás. Andalucía, en cambio, había progresado espectacularmente en el espacio de un año. En contra de la tradición rural del anar-

quismo andaluz, el desarrollo de la CNT resulta mayor, ahora, en las ciudades que en el campo. Hay que observar igualmente la presencia en la región de un sindicato «unitario» de inspiración maoísta relativamente bien implantado. Por último, resulta difícil no sorprenderse del estancamiento de la CNT en Aragón, región tradicionalmente favorable al anarquismo y que parece tener grandes dificultades para «despegar». La organización —ciertamente— presenta algunos caracteres muy definidos y la extremada selectividad en la afiliación confiere a algunos sindicatos o federaciones locales un aspecto esencialmente específico.

En general, por otra parte, las bajas cifras se explican por ese proceso de afiliación, eminentemente consciente y voluntario, y en ocasiones incluso demasiado exigente para una clase obrera que acababa de salir de cuarenta años de dictadura.

Anarquismo, anarcosindicalismo y autonomía

Detrás de la profusión de etiquetas aplicadas a tal o cual tendencia («marxista infiltrado», «consejista», «asambleísta», «anarcocomunista», «sindicalista puro», etcétera), a menudo se disimulan conflictos de personas o apetitos de poder. Lo cual no obsta para que la CNT sea una encrucijada de mil caminos, un caldo de cultivo en donde se manifiestan sensibilidades contradictorias, a su vez difícilmente definibles.

Algunos «asambleístas» (o consejistas) se oponen, por ejemplo, a toda forma de organización de tipo permanente (incluida la CNT) y tratan de transformar a los militantes sindicales en simples «animadores» de la asamblea soberana. En la prác-

18. Datos tomados del número 1 (noviembre de 1977) de *Bicicleta*.

tica, empero, el consejismo topa con graves dificultades, pues, efectivamente, nada más fácil de manipular que una asamblea (y los grupúsculos lo saben perfectamente, se aplican a ello y lo consiguen si no se les opone una organización capaz de contrarrestar sus maniobras y de presentar alternativas antiburocráticas). El consejismo, en segundo lugar, tiende a reforzar —objetivamente— cierto corporativismo heredado de 40 años de dictadura, al desarrollar un «patriotismo de empresa» o de rama, frente a las concepciones globales relativas a toda la clase. El consejismo, además, a menudo queda preso de sus propios esquemas y, fetichizando a la asamblea soberana, llega a defender posturas aberrantes, pudiendo provocar verdaderas escisiones en la CNT. Cosa que se ha producido, por ejemplo, en la CNT de Levante, en especial entre los metalúrgicos y los obreros de la construcción naval, al haber adoptado algunas secciones de la CNT las decisiones de la asamblea soberana de participar en las elecciones sindicales, en tanto que el conjunto de la CNT se había pronunciado por el boicot. Por reacción, otro sector de la CNT (los «sindicalistas puros») defienden posiciones extremadamente rígidas: apoyo exclusivo a las secciones sindicales cenetistas, rechazo puro y simple de la asamblea. También en este caso, como en el de los «asambleístas», se trata de posturas extremas, teñidas en ambos casos de un fuerte sectarismo. Entre ambas parece esbozarse —a este respecto así como a propósito de otras cuestiones— una postura intermedia tendente a atribuir a la asamblea su papel fundamental (la decisión soberana) y a la sección sindical el suyo —no menos fundamental— (la capacidad de animar y hacer propuestas generales, y no sólo sectoriales). En esta óptica, la asamblea y la sección sindical se presentan como realidades convergentes —y no anta-

gónicas— que permiten la expresión de una alternativa obrera y libertaria al reformismo.

A este debate que atañe directamente a la estrategia de la CNT¹⁹ vienen a injertarse otros asuntos enormemente conflictivos, que giran siempre en torno al problema de la articulación entre la CNT y las demás organizaciones del movimiento, en especial la FAI. Algunos grupos de vocación «específicamente anarquista» no cesaron, durante 1977, de dedicarse a tentativas hegemónicas, no dudando en paralizar localmente la vida de la CNT. Esos grupos, vinculados por algunos al intento de enero de 1977, practican el verbalismo más delirante. En octubre de ese mismo año, en respuesta a un texto fechado el 30 de septiembre y distribuido en Barcelona, extremadamente crítico con respecto a toda reconstitución de la FAI,²⁰ la FAI catalana (¡o sea, que sí que existe!) declara en extenso comunicado:

«La FAI no lucha por el poder dentro de la CNT por la sencilla razón de que la FAI no existe dentro de la CNT. El anarquismo es demasiado rico como para limitarlo a un solo terreno, el sindical [...] La FAI mira con simpatía el anarcosindicalismo y, como trabajadores, sus miembros militan casi en su totalidad en la CNT y, como afiliados a la CNT, exponen sus ideas *sin coacción alguna* [...] La CNT es, sin embargo, un hervidero de tendencias, grupos y capillitas muy numerosos. En la CNT hay, por ejemplo, seleccionadas por cuarenta años de selva fascista, unas bestias que se han adaptado a ella y que tienen muy poco de anarcosindicalistas y un mucho de franquistas [...] Hay toda una pléyade de marxistas [...] Hay quienes soñaron convertir a la CNT en el sindicato de Suárez [...] Hay masones [...] Hay infiltrados, provocadores, agentes de la CIA, e incluso fascistas [...] Hay también unas capillitas de difícil nomenclatura, que po-

dríamos llamar anarcmafiosos, que muchas veces viven sin trabajar [...] Hay, incluso, quien destripando dialécticamente a los «federiquistas» se dejaría cortar un brazo para posar para los periodistas con la hija de Urales [...] Hay desde luego mucha mala hierba dentro de la CNT.»

Ante semejante prosa, nos parece superfluo todo comentario. Pero no es de extrañar, desde luego, que tales ambiciones purificadoras exasperen a numerosos militantes de la CNT.

En el interior o en la periferia de la CNT son igualmente dignos de atención otros sectores. Algunos grupos autónomos, por ejemplo, reprochan a la CNT el reproducir las insuficiencias «clásicas» del sindicalismo al separar el campo social del campo politicosocial, y teorizan una CNT «global» o «integral». Para ellos, la autonomía se presenta como un intento de integración de todos los frentes de lucha en una sola organización que permitiría la conciencia y la práctica de la globalidad, mediante la articulación de la lucha tradicionalmente sindical y la lucha tradicionalmente política y cultural. Pero los autónomos son legión. Algunos de ellos buscan a partir de su cotidianeidad vínculos organizativos de nuevo tipo. Sus espacios de lucha —lugares de intervención— son diversos (ecología, feminismo, marginalidad, homosexualidad, cárceles, siquiatria) y definen el territorio de un movimiento, un área de la autonomía a la italiana. Un punto común: el deseo, primero vago y después consciente, de quebrar las formas de integración social. Y, dialécticamente, la voluntad de reconstruir la diversidad, la lucha de lo múltiple contra el centro único, contra el poder. Pero la diversidad no debe ocultar la divergencia. Los autónomos difieren en numerosos puntos. Unos entienden la autonomía como práctica. Otros como línea política que tiende, aunque ellos digan que no, a la centraliza-

ción. Algunos están a gusto en la CNT, otros tienen su lugar en una constelación espontaneísta y marginal. Otros, por su parte, buscan una salida política a sus prácticas. Otros, finalmente, sucumben a la tentación activista. La autonomía es, en cierto modo, un mundo sin fronteras.²¹ Por temor a dar una imagen demasiado heterogénea de sí misma, la prensa de la CNT (*CNT*, pero igualmente *Solidaridad Obrera* y *Castilla Libre*) no refleja en sus columnas esta diversidad ni sus contradic-

19. Debate que ha atravesado a menudo a la CNT en el curso de su ya larga historia. No hay que olvidar que, por su estructura, la CNT es una organización esencialmente «asambleísta», en la que la autonomía se practica a diferentes niveles (individuo, sindicato, federación local y regional). El ejemplo de octubre de 1934 —cuando la CNT de Asturias, en contra de la opinión general de la CNT, firmó un pacto revolucionario con la UGT y participó en el movimiento insurreccional, salvando así el honor del movimiento libertario— está aún presente en las memorias.

20. El texto, titulado «A todos los anarquistas», pretende ser un análisis crítico de la situación interna de la CNT catalana y propone a los grupos e individuos que se consideran anarquistas una discusión en torno a las estructuras y objetivos que hoy en día debería darse un movimiento libertario. De paso, los autores del texto en cuestión ajustan severamente sus cuentas a los «faístas», acerca de los cuales dicen: «Existe una tendencia *anarcoleninista*, vanguardista, que arranca de compañeros vinculados al Secretariado Intercontinental (Toulouse) y organizados en FAI [...] El anarquismo no puede imponerse mediante presión, no resulta de ninguna vanguardia iluminada [...] Hay que rechazar todo tipo de connotaciones violentas que pretendan igualar anarquismo con terrorismo, imagen propiciada por la implícita asunción de la ideología de la virilidad, el machismo y la violencia por parte del pasado histórico de la FAI».

21. Intentar una delimitación del área de la autonomía es casi una empresa quimérica. Pero sí cabe decir que se articula en torno a algunas revistas como *Ajoblanco* (contracultural), *El Viejo Topo* (marxista crítica), *Negaciones* (*idem*), *Ozono*, *Teoría y Práctica* (espontaneísta), *P'Alante* (marxista libertaria) y una infinidad de pequeños boletines. La autonomía engloba a movimientos como la COPEL (Coordinación de los presos en lucha), grupos de homosexuales (FHAR, Mercurio), de mujeres, de siquiatriados, etc. Otros sectores de la autonomía se orientan hacia una concepción más política en el sentido tradicional del término, habiéndose constituido en organización en marzo de 1978, con el nombre de «Autonomía Obrera» y publicando la revista *Emancipación*.

ciones. Cosa que cabe reprocharle. Tales lagunas motivaron, además, en septiembre de 1977 la aparición de *Bicicleta*, revista de expresión libertaria que ha dado muestras de un espíritu crítico sin por ello caer en el rechazo sistemático. Al proporcionar a los militantes elementos diversificados de información sobre el debate interno del movimiento libertario, *Bicicleta* adoptó la postura de alterar la paz reinante, y supo hacerlo inteligentemente.

1978: difícil comienzo

El 15 de enero de 1978 se desarrollaba en Barcelona la primera manifestación autorizada de la CNT catalana. Diez mil personas desfilaron, a raíz del llamamiento del Comité regional, para denunciar el pacto de La Moncloa. De Atarazanas a la avenida Mistral, la manifestación —alegre pero combativa— se desarrolló sin incidente alguno de importancia. En el momento de su disolución, Enrique Marcos, secretario del Comité regional, declinaba toda responsabilidad de la CNT en eventuales incidentes ulteriores y exhortaba a los cenetistas a disolverse. Empero, cerca de quinientas personas —entre ellas militantes del PCE(I), un grupúsculo maoísta— se dirigieron hacia la cárcel Modelo, donde la policía las dispersó. Instantes después, por encima de La Scala, sala de fiestas muy conocida, se alzaban unas altas llamaradas. Y en el incendio perecieron cuatro trabajadores. La policía, que intervino de inmediato, apoyándose en una prensa servil y cínica, atribuía el atentado a «un grupo de la CNT, compuesto por militantes de la FAI y las Juventudes Libertarias» (*sic*). En menos de nada, varias personas se encontraban en los locales de la policía, algunas de ellas ya fichadas como libertarias. Fotografías en primera plana de los diarios... Grandes titulares sobre el

terrorismo... Nació así el *affaire* de La Scala.

La provocación, pues, era bastante burda, pero eficaz. Apuntaba directamente a la CNT, acreditando la vieja tesis de «la FAI-brazo armado». Era el primer intento serio del poder de evaluación de la capacidad de resistencia de la CNT, haciendo de ella «un sindicato terrorista».

Empero, y contrariamente a lo que cabía esperar dada la débil estructura de la organización, la CNT reaccionó en seguida y con vigor y durante la movilización desaparecieron todas las rivalidades internas. El Comité regional y la Federación local de Barcelona no vacilaron ni un solo instante. Sin esperar a que llegasen las consignas, la base tomó la iniciativa y organizó la contrainformación. Y la CNT exigió reparación por parte del Estado y de la policía, abriendo inmediatamente una contrainvestigación para denunciar a los verdaderos autores del criminal atentado. Perfectamente desarrollada, la campaña de la CNT obligó al gobierno civil a dar marcha atrás y declarar: «Evidentemente, la CNT no tiene nada que ver con el incendio de La Scala».²²

La CNT catalana había, pues, resistido, pero —posteriormente— la operación Scala tuvo innegablemente repercusiones en el interior de la organización, dejando huellas. A través del asunto Scala se planteó, una vez más, la cuestión de la lucha violenta y del activismo de determinados grupos autónomos.²³ Debate difícil y tormentoso, polarizado en dos tendencias, una que consideraba que la CNT no se había implicado suficientemente en la defensa de los encarcelados, y la otra que se negaba a todo apoyo —declarado o tácito— a grupos que podían comprometer la consolidación de la CNT en el mundo del trabajo. Este antagonismo se manifestó particularmente en el curso de un pleno regional en el que cada sindicato presentó

su moción en un ambiente de apasionamiento. Esta situación provocó un freno —pasajero pero real— del proceso de desarrollo de la organización catalana.

Hacia nuevas perspectivas

A pesar de la persistencia de las rivalidades internas y de las provocaciones policíacas, la CNT manifestaba, en esos primeros meses de 1978, la voluntad prioritaria de esforzarse en apegarse a la realidad del movimiento social. Esta orientación no tardaba en mostrarse especialmente fructuosa en Cataluña, donde la implantación anarcosindicalista era cada vez más efectiva en los lugares de producción, en ocasiones incluso netamente mayoritaria en determinados sectores. Paralelamente, se percibían aquí y allá síntomas de una nueva mentalidad cenetista, más sindical que específica, más apta para intervenir concretamente en las luchas que para entregarse a la abstracción teórica. Algunos vieron en ello un «viraje a la derecha» e incluso llegaron a presagiar un «recentramiento» reformista, lo cual era adelantarse a los acontecimientos e ignorar las motivaciones profundas de la orientación más expresamente sindicalista de la CNT. Más bien habría que ver en ello, al parecer, la intención firme de romper con cierto verbalismo esterilizante para enfrentarse a situaciones concretas, de salir del ghetto para volver a insertarse en el movimiento real de las luchas obreras.

La decidida participación de la CNT en la huelga de los empleados de gasolineras —sector en el que la central anarcosindicalista es mayoritaria— había terminado en una victoria, a pesar de que el adversario era múltiple (el poder y el reformismo) y las condiciones objetivas (las consecuencias de la crisis económica) no resultaban especialmente favorables.²⁴ De la misma manera, la campaña en favor de la

libertad de expresión, centrada en la defensa del grupo teatral Els Joglars, censurado por las autoridades, permitió a la CNT —a través de su sindicato de Espectáculos, sector de implantación anarcosindicalista igualmente mayoritaria— afirmarse como fuerza autónoma, capaz de paralizar enteramente un sector de actividad.

Otros ejemplos —no sólo catalanes— podrían ilustrar esta nueva orientación. En sentido contrario, en cambio, se hacían notar aún ampliamente la inexperiencia e inmadurez, que en ocasiones disimulaban

22. Cita tomada de *Cambio 16*, 26 de enero de 1978. Al organizar la oposición activa al Pacto de La Moncloa y el boicot a las elecciones «sindicales», la CNT había estado contradiciendo en todo momento los planes del poder, de la patronal y de los «interlocutores válidos» (las centrales reformistas). Estas, después de algunas vacilaciones, aprovechando la situación para tratar de desacreditar a la «irresponsabilidad» de la CNT, no pudieron por menos que firmar una declaración (UGT, CCOO y «unitarios») de solidaridad con la CNT, sometida a las persecuciones policíacas.

23. La tentación activista —constantemente presente— estuvo, en los últimos tiempos, en el centro de las preocupaciones de la renaciente CNT. Varios grupos autónomos de combate acababan de ser desmantelados por la policía en Madrid, Valladolid, Córdoba, etc. Ante el fenómeno, los militantes de la CNT no negaron nunca su solidaridad a las víctimas de la represión, pero se consideraban en cualquier caso con derecho a criticar la incoherencia fundamental de quienes, asegurando aborrecer a los «sindicalistas de la CNT» cuando los vientos les eran contrarios, no dudaban en exigir su protección en caso de necesidad. Cabe comprenderlos.

24. Por otra parte, no todo el mundo quedó satisfecho con la actitud de la CNT cuando la huelga en cuestión. Algunos —que siempre son los mismos— habrían deseado que la CNT prescindiese de las decisiones adoptadas en asamblea por los trabajadores implicados y prosiguiese la huelga, cuando las principales reivindicaciones ya habían sido satisfechas. Esta actitud maximalista era característica de determinados «específicos», y se manifestó de nuevo poco después, cuando «el congreso de la IFA» (Internacional de las Federaciones anarquistas), celebrado en marzo de 1978 en Carrara (Italia), en el que la delegación española declaró públicamente —según una reseña publicada en *Umanità Nuova* (30 de marzo de 1978)— que la CNT poseía «más de medio millón de afiliados» (*sic*), cuando es sabido que la cifra oficial se situaba entonces por debajo de los 200 000, por lo que tal entusiasmo parece fuera de lugar.

concepciones elitistas inexplicables en una organización que pretendía ser la expresión organizada de la clase obrera; concepciones que, ciertamente, las más de las veces eran expresadas por grupos más tentados por la experiencia «específica» que por el anarcosindicalismo. Los repetitivos y monótonos llamamientos a la huelga general insurreccional procedían la mayoría de las veces de una profunda ignorancia de la realidad social. En última instancia, recubrían la incapacidad crónica de cierto radicalismo para someterse a la experiencia de los hechos. Y, a falta de cosa mejor, ese radicalismo hallaba en la CNT una posibilidad de expresión. Así, la CNT, imperfectamente estructurada aún, no conseguía escapar totalmente al milenarismo vagamente anarquista de los guardianes de la santa ideología.

Continuidad y renovación

En vista de la imposibilidad de resolver el problema de la elección de un nuevo Secretariado permanente de la organización (tarea confiada a la región Centro, siete meses antes, por el pleno de septiembre), la CNT se reunió de nuevo en un pleno nacional en abril. El orden del día giraba en lo esencial en torno a esta cuestión y comprendía los siguientes puntos:

1. Ratificación o no del Secretariado permanente propuesto por la Federación local de Madrid.
2. En caso de no ratificación, elección del nuevo secretario general y lugar de residencia del Secretariado.
3. Número de secciones vinculadas al Secretariado y funciones de cada una de ellas.
4. Funcionamiento del Comité nacional.

Al comenzar la reunión, el anterior Secretariado permanente pidió la inclusión en

el orden del día de los siguientes puntos:

1. Posibilidad de transferir automáticamente el Secretariado permanente al lugar de residencia designado, a fin de terminar con la situación caótica de la organización.
2. Situación interna del órgano nacional, CNT.
3. Situación del aparato de propaganda instalado en Madrid.
4. Actitud a adoptar ante los grupos autónomos libertarios.

Tras la audición de un largo informe del secretario general dimisionario, los delegados propusieron, por mayoría, que el nuevo Comité nacional residiese en Barcelona y que Enrique Marcos, hasta entonces secretario del Comité regional de Cataluña, fuese designado secretario nacional de la CNT.

Así, la CNT entraba en una nueva etapa. Es evidente que la elección de Barcelona como lugar de residencia del secretariado de la organización respondía a una necesidad sentida por la casi totalidad de las regiones. Ciertamente que la CNT catalana no estaba tampoco libre de rivalidades internas, pero seguía siendo el punto fuerte, el verdadero centro de la organización. No cabe, pues, decir que la decisión fuese una sorpresa.

En una conferencia de prensa de presentación del nuevo Comité nacional, celebrada en mayo de 1978 en Barcelona, Enrique Marcos trazaba, para la nueva etapa, los ejes mayores de intervención que a continuación detallamos:

Desarrollo de la acción directa en los conflictos sociales, al tiempo que apartamiento de todo tipo de violencia minoritaria y elitista. Potenciamiento de las secciones sindicales cenetistas en las empresas y defensa de la unidad en la base de los trabajadores frente a los acuerdos burocráticos entre centrales. Solidaridad activa con los grupos «marginales» (ecologistas, feministas, antiautoritarios, etc.), mediante el establecimiento de contactos entre la CNT y los estudiantes e intelectuales li-

bertarios, pero afirmación del carácter esencialmente obrero y sindicalista revolucionario de la CNT. Independencia con respecto a la FAI y el exilio. Estudio de una nueva estructura interna que debería ser ratificada en un próximo congreso de la CNT.

Continuidad, pues, pero también voluntad de renovación. En una entrevista concedida posteriormente a *Solidaridad Obrera* (20 de julio de 1978), el Comité nacional precisaba:

Sobre estrategia sindical: «La nueva etapa tendrá que ser más activa; hay nuevos problemas que urge abordar: ley de acción sindical, recuperación del patrimonio confiscado a la organización en 1939, defensa del patrimonio de todos los trabajadores [...] También hace falta avanzar, consolidar, reforzar la estructuración y organización de la Confederación. Se trata de impedir que haya una CNT amputada o distorsionada, reducida únicamente a Cataluña. Hay que llegar a todas partes». *Sobre grupos de presión:* «La CNT tiene una normas de funcionamiento que tienen que aplicarse. Conviene recordar que CNT está compuesta por sindicatos y no por grupos; en este sentido, se actuará con la mayor energía contra los grupos de presión, sean éstos del extranjero o del interior. Hay que acabar con las particulares guerrillas de estos grupos de influencia. CNT no es correa de transmisión de ningún grupo, ni de nadie, sino una organización obrera [...] Su grupusculation no podrá conducir a otra cosa que a su destrucción. Igual que la puerta es grande para los que quieren entrar, también debe serlo para los que deban salir». *Sobre FAI:* «El Comité nacional saliente se dio por enterado de lo que manifestó la Comisión relacionadora de la FAI. No hay, pues, reconocimiento». *Sobre sindicalismo/asambleísmo:* «La estructura de base de CNT es el sindicato y no podemos cambiarla si no es por acuerdo de un congreso. CNT es una organización anarcosindicalista y lo demás no cabe. Los grupos deben respetar los acuerdos orgánicos [...] En fin, CNT no es una organización integral —al menos hasta que un congreso lo decida—, sino un sindicato de trabajadores, revolucionario, que a través de la acción reivindicativa y diaria lucha por el comunismo libertario [...] Así, la asamblea cubre el espacio de la unidad de acción, pero hay que defender la estructura del sindicato como organizativo de lucha».

Algunas conclusiones provisionales

Tres años después de la muerte de Franco, la CNT ha pasado del estado de proyecto al de realidad. Y la historia —su historia— continúa, formada por esperanzas y crisis, grandezas y miserias, nimiedades y grandes cosas. Historia difícil, sin la menor duda, ya que —de improviso— los militantes tuvieron que aprender a superar los viejos reflejos de la clandestinidad y quebrar las estructuras caracteriales y las formas de organización adquiridas bajo el franquismo. Y fue labor dura y larga. Una cosa, con todo, salta inmediatamente a la vista del observador atento de estos tres últimos años: la extraordinaria riqueza de los acontecimientos que han atravesado la vida de esta renaciente CNT. Un fantástico hervor de vida, con su inevitable fardo de contradicciones, incompatibilidades, divergencias. La CNT ha sido campo abierto a todas las interpretaciones, a todas las batallas, a todas las maniobras, a todas las invectivas, pero igualmente a todos los debates de ideas. Ha sido y será, pues la CNT no puede no serlo. Hoy en día, empero, una vez pasados los primeros tiempos, esta CNT, siempre sometida a múltiples y persistentes querrelas de tendencias, parece querer orientarse hacia nuevas perspectivas, ciertamente más constructivas. Este momento corresponde, ciertamente, a un período de necesaria —y esperada— clarificación interna. Clarificación y voluntad —experimentada aquí y allá— de devolver a la CNT su capacidad de intervención en el movimiento social. Esta voluntad se manifiesta indiscutiblemente a diferentes niveles: mejora de la prensa confederal, tanto en la forma como en el contenido, bien visible a través de la lectura de *CNT* (órgano nacional, actualmente editado en Barcelona, por ahora mensual) y de *Solidaridad Obrera* (órgano catalán, igualmente edita-

do en Barcelona, quincenal); rechazo de cierto «amateurismo» en la manera de aprehender determinadas cuestiones como las relaciones internacionales o la participación de la CNT en tal o cual movimiento; delimitación de un territorio propio del anarcosindicalismo. Voluntad de madurez, igualmente. ¿Una apuesta, quizá?

Con seguridad, la búsqueda —penosa pero apasionante— de una organización libertaria vuelta hacia el presente y capaz de evitar los escollos y los callejones sin salida.

(Traducción de José Martín)

Ibérica de Ediciones y Publicaciones, SA
Zaragoza, 16 - Barcelona-6

Condiciones de venta y suscripción a *Cuadernos de Ruedo ibérico*

Condiciones de venta

	Pesetas
Cuaderno ordinario (números 1 a 6)	250
Cuaderno ordinario	125
Cuaderno doble	250
Cuaderno triple	375
Cuaderno cuádruple	500
Precio de la colección completa (números 1 a 60)	8 000

Condiciones de suscripción

España	700
Otros países (correo ordinario)	1 000
América (correo aéreo)	1 400
América latina (correo certificado)	1 200

Condiciones de suscripción extraordinaria ¹

Suscripción mínima	8 000
--------------------	-------

1. La suscripción de apoyo da derecho a los números publicados en el año en curso y a una colección completa de *Cuadernos de Ruedo ibérico* (números 1 a 60). Llénese la tarjeta de suscripción adjunta.

Ediciones Ruedo ibérico

Ibérica de Ediciones y Publicaciones

César M. Lorenzo

Los anarquistas españoles y el poder 1898-1969

Historia general del anarquismo español desde sus orígenes, el autor ha primado el estudio del periodo 1936-1937, en el que las organizaciones del movimiento libertario español desempeñaron un papel hegemónico en la zona no dominada por los militares sublevados contra la segunda República española. Las características de la guerra civil española impusieron a los anarquistas españoles la asunción de responsabilidades de gobierno a todo nivel. El autor analiza las causas de los éxitos y de los fracasos libertarios en este terreno y prolonga hasta los años 60 el estudio de las mutaciones que la experiencia de ese periodo introdujo en el anarquismo español. Hijo de un destacado militante libertario, César M. Lorenzo ha manejado fuentes inéditas de gran interés.

420 páginas

Ayuntamiento de Madrid

Nuevas crisis / viejas causas: la reconstrucción de la CNT en Cataluña

Una crisis dentro de una organización no por ser estertórea tiene necesariamente que ser grave. Su dimensión no se juzga por la calidad intelectual o conspirativa de los protagonistas sino por las consecuencias reales que comporta para la organización.

La diferencia entre la crisis que ha desembocado en la expulsión de los llamados «Grupos de Afinidad Anarcosindicalistas» y otras que se han manifestado desde la reconstrucción de la CNT en Cataluña estriba en que la crisis ha tenido, en esta ocasión, más publicidad. La crisis —simplificando— no es más que un resultado de la lucha entre tendencias en el seno de la CNT. Es el efecto de la confrontación de proyectos que entienden de manera diferente cómo debiera ser la CNT.

Al margen del deterioro de la propia organización, el resultado de la crisis ha sido el quedar descartado de la lucha tendencial uno de los proyectos que a ésta concurrían: el que sustentaban los grupos que propugnan la autonomía obrera. Este desenlace no elimina la lucha tendencial; sólo aclara la maraña de intereses que aparecían en el origen de la reconstrucción para mostrarnos que el enfrentamiento determinante es aquel que opone el proyecto de una CNT-organización sindical de trabajadores a una CNT-organización integral. Tengamos presente que la expulsión de los «Grupos de Afinidad Anarcosindicalistas» se traduce en un reducido número de militantes separados

de la CNT y que muchos de los que tenían con ellos una alianza táctica, en base a hacer sindicatos frente al proyecto de organización integral, continúan dentro de la organización. La expulsión de los «Grupos de Afinidad Anarcosindicalistas» es un coste secundario del enfrentamiento principal antes aludido, pues nunca ellos, como traducen sus manifiestos justificatorios e incluso el mismo nombre con que se escudan, pujaron a ser, por lo menos en esos momentos, uno de los proyectos principales como organización estable de la autonomía obrera frente al resto de proyectos.

A pesar de que esta crisis podría estar resuelta, ha reavivado la realidad de la profunda crisis estructural en que está inmersa la CNT desde los orígenes de su reconstrucción. Crisis estructural que se caracteriza por una disfuncionalidad generalizada de sus aparatos orgánicos. Disfunción no tanto por la incapacidad de poner en marcha esos aparatos, o porque sus titulares fueran desbordados por su propia dinámica, sino por la crisis de identidad que sufre la CNT, consecuencia del enfrentamiento de los diversos proyectos tendenciales. Ambivalencia de identidad agudizada por el uso mixtificador de la propia ideología en esa pugna de tendencias.

Antes de pasar a constatar cómo se ha producido esa disfunción es necesario despejar dos puntos: 1) ¿La reconstrucción es una necesidad o un anacronismo? 2) Las

pautas mínimas de funcionamiento que deben regir cualquier organización.

¿Necesidad o anacronismo?

Una organización difícilmente puede prosperar si su origen ha sido una transposición mecánica de un modelo histórico o la aplicación de un esquema teórico más o menos racionalizado sin contar con la realidad del momento de su construcción. Una organización surge de la necesidad de un sector social determinado como instrumento para la defensa de sus intereses inmediatos y mediatos, o bien para conseguir un fin a largo plazo. Sin embargo, no existe una correspondencia directa e ineluctable entre un sector social determinado y un modelo de organización. La utilización o no de un medio o un instrumento organizativo por un sector social dependerá de múltiples causas, siendo imposible una correlación en exclusiva entre medio y sector social. Este último puede estar representado por diferentes opciones organizativas incluso y aunque, con matices, el fin sea el mismo. La adscripción de un sujeto de ese sector social a las diferentes opciones organizativas dependerá de múltiples factores, en la mayoría de los casos subjetivos, siendo posiblemente el determinante de la elección su identificación con la idea de la eficacia, de la funcionalidad, que debe tener un medio como vehículo para conseguir el fin deseado.

Si la necesidad es factor determinante en la construcción de una organización, por el entronque que supone con la realidad histórica, también es de suma importancia la posibilidad de su desarrollo. Posibilidad que dependerá asimismo de esa realidad histórica.

¿Es la reconstrucción de la CNT una necesidad de un sector social o por el con-

trario es un anacronismo? En un principio, se podía criticar el proyecto de reconstrucción de la CNT aduciendo que es un modelo desfasado de organización que imposibilita cualquier acción contra el capital y el Estado; que los sindicatos más que liberar integran en la sociedad dominante; que su acción sólo puede abocar a una práctica reformista y nunca revolucionaria; que la sindicación sólo afectará a un tanto por ciento reducido de trabajadores y su función será la de domeñar a éstos; que la complejidad de la organización social dominante a través de sus aparatos represivos aplastará fácilmente a un tipo de organización como la CNT que en su origen se enfrentaba con una sociedad predominantemente campesina; que su proyecto finalista es utópico y que en ninguna parte existen organizaciones anarquistas o anarcosindicalistas de envergadura. Todas estas críticas aducían proyectos revolucionarios de tipo marxista y la preponderancia de sus organizaciones en los Estados capitalistas, en especial el nuestro, omitiendo la crisis por la que atraviesan estas organizaciones; o bien proyectos que bajo formas aparentemente innovadoras aportaban a los viejos problemas más carga confusionista que esclarecedora.

Pese a todas esas críticas, la realidad es que los tipos de organización que las clases sometidas pueden utilizar contra las dominantes y la estructura de clase no han variado sustancialmente: siguen existiendo dos clases antagónicas fundamentales y las variantes organizativas de ambas son limitadas.

En el reciente movimiento obrero se manifiestan corrientes antiautoritarias de base asamblearia que desechan los modelos en presencia o en proyecto de futuros sindicatos o partidos burocratizados, centralizados y jerárquicos, por ver en ellos una imagen fiel de la estructura organi-

zativa de la empresa capitalista o del Estado. Esos flujos optaban por un tipo de organización en el que el intermediario político no existiera, en el que el poder interno de la organización recayera sobre la totalidad de ésta y no en dirigentes perpetuos; en suma, una organización en la que predominase la democracia directa. Inicialmente, esos sectores eran proclives a llevar su lucha fuera del marco tradicional de la práctica parlamentaria y a desarrollar procesos de movilización de masas en los lugares de producción.

El cuerpo de normas de funcionamiento básicas de la CNT se convertía en una oferta organizativa válida para encuadrar a esos flujos de trabajadores desorganizados que se identificaban *a priori* con este tipo de organización y, a su vez, con su proyecto finalista, pese a la vaguedad del mismo visto desde la óptica actual. El comunismo libertario suponía un punto de referencia en el horizonte, lejano, pero susceptible de ser enriquecido o revisado en su formulación. El comunismo libertario, como ya se ha dicho en otra parte de este fascículo, cobraba significación como negación de capitalismo autoritario y de su Estado.

Optar por reconstruir la CNT implicaba necesariamente asumir la continuidad histórica del anarcosindicalismo hasta nuestros días. Suponía asumir su experiencia histórica, a la vez que sus lastres y traumas del pasado, en especial la práctica confederal durante la guerra civil y durante la larga dictadura franquista. Ese período y la mitificación que de él se ha hecho originan hoy una gran confusión que es necesario esclarecer. Por ello, la reconstrucción de la CNT implicaba una reflexión sobre su pasado y extraer experiencias de él, pero paralelamente —y no de forma prioritaria— a la propia práctica a desarrollar por la CNT, y que justifica su existencia en el presente. El pun-

to de partida de la reconstrucción tenía que ser el último congreso ordinario de la CNT y la herencia de los congresos anteriores a éste en lo que a normas de funcionamiento se refiere.

La lucha de clases en el Estado español dejaba poco margen para otras experiencias de tipo organizativo más vanguardistas y el modelo de organización de la CNT aunque partiera de un sector minoritario del movimiento obrero era posible. Detrás de la euforia de la desaparición del franquismo se avecinaba un fuerte repliegue del movimiento obrero en su conjunto que lo situaría en posiciones defensivas frente a la ofensiva del capital. El entorno no ofrecía posibilidades ilimitadas de organización al bloque sometido; éstas se limitaban, con raras excepciones, a las organizaciones utilizadas tradicionalmente por el movimiento obrero como instrumentos de lucha: partidos y sindicatos. Sobre todo estos últimos a consecuencia del hundimiento de los sindicatos verticales. Pero encuadrarse en una práctica defensiva reformista no era el único camino. Tampoco lo era aventurarse en experiencias organizativas que, sin implantación real en determinados sectores sociales, llevaría ineluctablemente a convertirse en grupos testimoniales sin capacidad de intervención en la práctica social. Dado el alto nivel de lucha de clases alcanzado en las postrimerías del franquismo, existía un espacio de lucha que, sin ser aventurerismo, escapaba a los proyectos del reformismo obrero. Este espacio y las posibilidades que el entorno ofrecía al desarrollo de organizaciones sindicales, daban a la CNT una viabilidad que se concretaría en su reconstrucción.

Es importante destacar, sin embargo, que la existencia de posibilidades no implica que necesariamente éstas se desarrollen por sí solas.

La disfunción orgánica

En una organización, el interés del conjunto de sus miembros debe primar sobre los intereses individuales o de grupo parcial. El acuerdo entre la totalidad de los componentes de la organización se regula con un cuerpo de normas, que deben regir los márgenes de derechos y deberes, los límites de actuación interna y externa; cuerpo de normas susceptible de ser revisado en función de realidades concretas para evitar que la organización se paralice o se convierta en un fin en sí misma. En una organización inmersa en un proceso de definición de una sociedad en contradicción con la presente existen múltiples contradicciones; pero si estas contradicciones fundamentales entre el proyecto final y los medios para llegar a él se perpetúan, la organización se convertirá en un fin en sí misma a pesar de las justificaciones que intenten legitimar ese proceso.

La diferencia entre la CNT y otras organizaciones reside en la complejidad de su funcionamiento orgánico. Cada sección sindical, sindicato o federación tenía autonomía propia, cuyo límite no era otro que el pacto federal que establecía la Confederación. Las decisiones iban de abajo a arriba. La división de funciones-cargos, cuadros de empresa, militantes y afiliados— no era jerárquica en la CNT. Nadie era imprescindible ni los cargos perpetuos, evitándose la profesionalización política, el intermediario y el culto a la personalidad de líderes carismáticos. Las relaciones entre los comités y entre éstos y la militancia también era compleja dada la limitación ejecutiva de los distintos comités. De no mediar una aceptación clara de la norma confederal, se corría el peligro de que por criterios de interpretación o por la lucha tendencial que se desarrollaba en el seno de los comités marchasen

en sentido diferente éstos y la militancia. Las relaciones entre los miembros de la CNT estaban regidas por el sentimiento de solidaridad y no por la coerción. La responsabilidad suplía a la disciplina autoritaria. En suma, se intentaba establecer unas relaciones sociales que avanzaran hacia el proyecto de sociedad que se proponía. La vocación de la CNT de abarcar todos los frentes de lucha, posibilitaba la extensión de su acción más allá del marco sindical, pero sin perder de vista que éste es su razón de ser.

En la CNT no se concreta una correlación directa entre un sector ideológico del movimiento obrero, el anarquismo, y un tipo de organización. El anarquismo ha utilizado históricamente otros tipos de organización. La CNT se definía como organización de trabajadores «sin prejuicio de la religión, la creencia o el sexo». Quedaba claro que ni el monolitismo ideológico ni el unitarismo forzado figuraban en sus postulados, sobre todo, por la dificultad de establecer la «propiedad patrimonial» del concepto de anarquismo y por la diversificación de éste.

Al menos teóricamente, esto era lo que figuraba en las normas básicas de funcionamiento de la CNT. Luego veremos que estos principios han sido bastardeados y utilizados para encubrir prácticas en sentido contrario. El desarrollo práctico de la CNT no ha cumplido aquellas pautas mínimas de comportamiento, originando en ella, en consecuencia, una disfuncionalidad que es uno de los factores determinantes de su crisis actual; disfuncionalidad que por un proceso acumulativo retrasa, bloquea e incapacita la acción orgánica de la CNT y su proyección exterior. Esta disfuncionalidad se remonta al inicio mismo de la reconstrucción de la CNT en Cataluña.

Por su composición, por su actuación y por su nexa con la militancia en los co-

mités regionales de la CNT de Cataluña, uno de los aparatos formales de la Confederación, es tal vez donde mejor se refleja la disfuncionalidad. El origen de ésta lo encontramos en el primer comité provisional que surge de la Asamblea de Sants.¹ Reproduzco su convocatoria: «Con el fin de dar coherencia al pensamiento y la acción de todos los núcleos libertarios interesados en la reconstrucción de la CNT —reconstrucción y coherencia imprescindible para proyectarse ante nuestro pueblo en forma seria y responsable—, ha sido programada una Asamblea ampliada de sindicatos, locales, grupos y militantes, a la que quedas por la presente invitado y cuyo orden del día será: Punto A) Criterios organizativos en torno a la reconstrucción de la CNT en el momento actual. Punto B) Tácticas de acción sindical ante la actual situación socioeconómica. Planteamientos reivindicativos. Punto C) Unidad-pluralidad sindical. Postura ante este problema. La comisión organizadora».

Al margen del efecto objetivo logrado de hacer confluír y permanecer sin ruptura distintas tendencias que hasta la fecha aparentemente eran irreconciliables, la Asamblea tuvo como único resultado la creación de un Comité regional provisional.²

De los puntos B y C del orden del día, pese a haber sido discutido el primero de éstos, no se llegó a tomar acuerdos. Este era un pobre resultado, consecuencia del sesgo que tomó la Asamblea: las propuestas de aplicar sin más las estructuras de una CNT en su máximo desarrollo no correspondían con la realidad de que se partía de incipientes núcleos de sindicatos. Incluso, como vemos en el texto de la convocatoria, ya se daba por supuesto la existencia de sindicatos e incluso federaciones locales cuando la realidad distaba bastante de ello.³ No se trataba de in-

ventar nada nuevo, pese a los intentos que ya aparecen en la Asamblea de dar forma a la CNT reconstruida de una organización integral donde confluyeran barrios y estudiantes. La CNT debía reconstruirse sobre una base sindical y de trabajadores sin ambivalencias ni contemporizaciones con otros grupos fuera del ámbito del trabajo, prescindiendo de la obsesión de crecer en número. Una explicación a estas posturas en cierta manera maximalistas podría ser que muchos de los participantes allí congregados eran escépticos sobre que aquella Asamblea fuera el punto de partida de una reconstrucción de la CNT. Otro intento más abocado al fracaso, pensarían muchos. Sus propuestas estaban impregnadas, por una parte, del irrealismo de la clandestinidad y significaban más una definición política respecto a los demás grupos allí reunidos que proyectos de aplicación práctica.

Así pues, poco más se podía hacer que llegar a un comité provisional de síntesis con más que reparos respecto a sus posibilidades de coordinar la organización y sin medios a su alcance para su desarrollo. Los comités de síntesis se irán repitiendo a lo largo de la reconstrucción. Esta vocación de juntar en un mismo comité los distintos grupos mayoritarios no era consecuencia de una reacción mecánica, sino que se trataba de conjugar los

1. La Asamblea se celebró en el cine de la parroquia de San Medir.

2. El comité estuvo formado por Luis Edo como secretario, José Cases, Juan Manuel Tapia, Jorge Farreras y Pedro, de la Federación local de San Adrián del Besós.

3. En el momento de la Asamblea de Sants existían cuatro comités en Cataluña que se disputaban las siglas y cuya capacidad de intervención social era escasa. Al margen de ellos existían varios grupos de cariz libertario organizados bajo distintos nombres: MCL, OLT, «Solidaridad», GOA, CGA, FSR... Igualmente confluyeron en la reconstrucción distintos grupos de afinidad provenientes de barrios y miembros de la Federación anarquista de estudiantes.

intereses de lo que aparentemente eran las distintas tendencias de la organización. Este hecho, que sin duda tenía de positivo llegar a un acuerdo de funcionamiento basado en concretar una acción según el interés del conjunto de la organización, no llegó a cuajar por cuanto los intereses particulares de lo que debían ser las tendencias no estaban delimitados, se diluían en la nebulosa vaga que formaba la mezcla de conceptos ideológicos apriorísticos de los distintos grupos; difícilmente significativos para delimitar intereses concretos de tendencias y que por la propia práctica de quienes los esgrimían o bien por la vacuidad de los conceptos utilizados impedía el nexo interés particular-interés del conjunto. Nunca en los conflictos de interés se llevó la discusión a terrenos ideológicos concretos que confluyeran en una estrategia definida, con viabilidad de ser llevada a la práctica y que favorecieran el desarrollo de la CNT.

Este comité provisional no tuvo tensiones internas por su escasa coordinación. Al margen de la secretaría general y la de prensa y propaganda (Luis Edo Martín y José Cases), el resto fueron obsoletas. Sin embargo, sí hubo presiones externas al comité que se configuraban como opciones para integrarse en el primer comité ordinario que se formase. Tras las críticas de que es objeto ya en la constitución de la Federación local de Barcelona, en junio de ese año, tendrá que afrontar una ofensiva durante los tres meses que duran los Plenos para la elección de dicho comité ordinario. En diciembre de 1976, el Comité regional quedaba constituido, según el orden obtenido de votos, por: José Padilla (secretaría general), Luis Andrés Edo (coordinación), Antonio Morales (organización), Francesc Boldú (formación), Sebastián Puigcerver (prensa y propaganda), Matías González (contaduría), Eloy Moliner (archivos, estadística

y documentación), Luis Edo (tesorería), José Cases (jurídica-propresos). Aparentemente, este comité volvía a ser de síntesis, pero la crisis estaba larvada, pues los enfrentamientos que se prodigaron durante las sesiones del Pleno ocultaban la pugna entre Luis Andrés Edo y Luis Edo Martín, anterior secretario, por la titularidad de la secretaría general. Aunque el secretario cesante, junto con Cases, podría representar el ala reformista de la CNT de Cataluña, Luis Andrés Edo, a pesar de apoyarse en una nebulosa de partidarios radicales, por la disparidad de éstos, no constituía una tendencia. A lo sumo era una alianza táctica, que traslucía como única motivación la aspiración personal de Luis Andrés Edo a la secretaría general. Las fricciones originaron posturas irreconciliables en el seno del Comité que quedó dividido en dos bloques el mismo día de su elección,⁴ reproduciéndose en él las discusiones que habían tenido lugar en el transcurso del Pleno.

La elección de José Padilla —del grupo vinculado a Federica Montseny—, quien por su pusilanimidad podría haber despejado la crisis de representación, fue estéril y, en abril de 1977, rebrotó la polémica con más virulencia al dimitir Padilla. Aprovechando este hecho, Luis Andrés Edo dimite también provocando el estallido de la crisis. A ésta se había llegado después de aventar la distorsión interna creada por las detenciones de los miembros de la FAI a finales de enero de 1977.⁵ Los enfrentamientos internos que provocaron paralizaron durante todo el mes de febrero el funcionamiento sindical de la CNT, agudizando los enfrentamientos internos en el Comité regional. El resultado de la crisis producida por las dimisiones de Padilla y Luis Andrés Edo fue la composición de un nuevo comité, tras virulentas discusiones en el Pleno re-

gional donde es elegido; en él no figuran ni Cases ni Luis Edo Martín, pero es de nuevo reelegido Luis Andrés Edo.⁶ Es un Pleno henchido de violencia en el que las cuestiones personales priman sobre los intereses colectivos de la organización, en el que delegaciones sin acuerdos asisten impertérritas a una serie de maniobras de baja calaña, en el que se habla a título personal y se toma partido por la tendencia preferida sin atenerse a la lógica del debate. Así se llega a elegir a Enrique Marcos —gracias a los votos de su sindicato, el de Metalurgia— y a un comité tan coyuntural que sólo dura de mayo a septiembre.

Ante el cansancio y abstención de los sin-

dicatos por el desgaste que suponen tantas reuniones seguidas, en junio de ese año se vuelve a elegir secretario de la Federación local de Barcelona. Sale elegido Jesús García,⁷ con apenas medio centenar de votos, cuando los afiliados a los sindicatos de Barcelona ascendían a más de 4 000.

Durante el primer año de su constitución la Federación local de Barcelona sufre igualmente problemas de funcionamiento. Aunque la lucha tendencial no tenía lugar en el seno de su comité, pues éste nunca fue permanente (las secretarías, con excepción de la secretaría general, cambiaron cada una varias veces de titular y permanecieron incluso durante largas tem-

<i>Sindicatos junio de 1976</i>	<i>Afiliados</i>	<i>Sindicatos junio de 1977</i>	<i>Afiliados</i>	<i>Trabajadores censados</i>	<i>%</i>
Artes gráficas	30	Artes gráficas	425	34 861	2
Enseñanza	25	Enseñanza	58	12 065	0,5
Químicas	10	Químicas	125	61 127	0,3
Textil	200	Textil	346	52 551	0,8
Banca	25	Banca	180	28 378	0,5
Sanidad	10	Sanidad	52	27 564	0,2
Varios	50	Varios	161	79 311	0,2
Transportes y Comunicaciones	20	Transportes	510	45 635	1,2
Espectáculos	75	Espectáculos	665	20 343	3
Metal Vallés	5	Metal	1 069	197 633	0,8
Metal Barcelona	16	Administración pública	34	(no censados)	
Metal Pueblo Nuevo	10	Agua, Gas y Electricidad	165	9 431	1,8
		Comercio	50	(incl. en Act. divers.)	
		Comunicaciones	20	(incl. en Transportes)	
Resumen:		Construcción	48	63 431	0,1
Total trabajadores censados	757 812	Profesionales liberales	40	(no censados)	
Total afiliados	4 177	Hostelería y Turismo	56	31 159	0,2
% sobre censados	0,7	Oficinas y Despachos	34	7 828	0,5
		Correos	15	(no censados)	
		Alimentación	40	12 136	0,3
		Madera	15	14 785	0,1
		Seguros	44	11 334	0,4

4. Luis Edo y José Cases frente a Sebastián Puigcerver, Francesc Boldú y Luis Andrés Edo. El resto de los componentes del comité oscilaban entre unos y otros según el caso.

5. La celebración de la reunión de los miembros de la FAI era un secreto a gritos, pero la CNT no fue informada oficialmente. La FAI no publicó ningún comunicado reivindicando la adscripción de los detenidos a su grupo ni desvinculándose orgánica-

mente de la CNT. Sin embargo, ésta cargó con la mayor parte de la solidaridad con los detenidos.

6. La crisis supuso la ruptura de la alianza entre Luis Andrés Edo y Sebastián Puigcerver. Desde ese momento serán enconados adversarios.

7. Jesús García sustituyó a Alberto Hernando, elegido secretario de la Federación local de Barcelona en junio de 1976.

poradas vacantes); los enfrentamientos tendenciales se producían en las sesiones semanales de los Plenos de delegados de sindicatos que asumían las funciones de comité. La virulencia de los enfrentamientos en estas sesiones no tenían parangón con las producidas en los Plenos regionales.

El crecimiento de la afiliación a los sindicatos de la Federación local de Barcelona durante el primer año de su funcionamiento es el que muestra el cuadro anterior.⁸ Los afiliados a los sindicatos de Barcelona suponían por entonces entre el 50 y el 60 % del total de la organización en Cataluña.

Tras el *boom* de afiliación que se produce a finales de 1977 y principios de 1978, donde la organización en Cataluña pasó a tener entre 25 000 y 30 000 cotizantes; se ha descendido en la actualidad a cifras que oscilan entre 15 000 y 20 000 cotizantes, con tendencia a decrecer más. Estos datos señalan que, con todo, en su época de mayor expansión afiliativa la CNT en Cataluña no alcanzó el 2 % de la población activa en Cataluña.

El comité elegido en septiembre de 1977, en el que continúa Enrique Marcos, conservó cierto equilibrio interno gracias a la gestión coordinada de Sebastián Puigcever, Fernando Ramos y Paco López. Sin embargo, no estuvo exento de sobresaltos a causa de las presiones de que es objeto —presiones dentro del marco de la lucha de tendencias— por circunstancias externas al comité: la huelga de gasolineras y el caso de La Scala. El primero por las críticas que suscita su desarrollo y el segundo por la conmoción interna que produce, originan un nuevo colapso del desarrollo uniforme y lineal que imposibilita la respuesta coherente de la CNT al Pacto de La Moncloa y a las elecciones sindicales de empresa.

El Comité regional que sucede a éste en el verano de 1978, en el que figura como secretario Benjamín Vidaller, del sindicato de Banca, hereda una organización en franco retroceso militancial y cada día más alejada de intervención en la práctica social.

La Federación local de Barcelona, dominada desde el verano de 1977 por partidarios de una CNT-organización integral o de conspicuos faístas,⁹ será utilizada como bastión, como centro de poder, de esas tendencias. Rara vez colaborarán con el Comité regional donde las tendencias opuestas son preponderantes. Los sindicatos de Barcelona en este proceso irán progresivamente languideciendo.¹⁰

Aunque, aparentemente, en esta lucha por el poder orgánico pareciera que los grupos en pugna sólo buscaban usufructuar el poder a solas prescindiendo de los grupos rivales, tras ella se ocultaba la contraposición de proyectos diferentes sobre la función y composición de la CNT. Una vez delimitadas las tendencias, la crisis actual muestra cómo su determinante principal reside en el enfrentamiento tendencial entre un proyecto de CNT-organización integral y otro de CNT-organización sindical, al margen de las variantes de ambos proyectos.

La continua elección de comités tras los penosos plenos que les antecedían, los sobresaltos orgánicos que desviaban la actuación de la CNT hacia otros terrenos, el definirse improvisadamente sobre acontecimientos políticos del país, el llevar una acción irregular junto al movimiento obrero, conferían a los comités de la organización un extraño *status* respecto a la militancia: si se pudiera mostrar gráficamente la actuación de los comités, la de la militancia y la realidad del país veríamos que raramente las tres líneas coinciden y que cuando esto ocurre es por im-

perativo exterior a la voluntad de los comités y de la militancia.

En la mayor parte de las ocasiones, a pesar de no tener capacidad ejecutiva, los comités embarcaban al conjunto de la organización en acciones que la militancia tenía que asumir como hechos consumados. Estos flujos de iniciativa de arriba a abajo, contrarios a los planteamientos de la CNT, eran en muchas ocasiones consecuencia de justificaciones personales o empresas de prestigio interno, motivadas en ambos casos por las luchas de tendencias. El no funcionamiento conjunto de los comités, a causa de sus pugnas internas, tenía como consecuencia la disfuncionalidad implícita en la división de funciones de las secretarías: confusión de áreas de trabajo de distintas secretarías; existencia de secretarías honoríficas, vaciadas de contenido práctico, que permitían la inclusión en el comité de algún conspicuo miembro de alguna tendencia y que permitía a su titular participar en las decisiones unitarias; tareas de secretaría que desbordaban a su titular o que éste no asumía; utilización de las secretarías en la lucha de tendencias... Nunca se previó armonizar y coordinar las distintas secretarías de los comités en función del interés del conjunto de la organización. Las secretarías cuando no se interferían se enfrentaban entre sí. No se atendía a la capacidad de los titulares sino a figuras de fila de los distintos grupos, aunque sus virtudes, en la mayoría de los casos, sólo fueran las conspirativas. Nadie se preocupó del abandono de la CNT, de los cuadros de empresa, de la carencia de éstos o de su creación. Nunca se llevó a cabo una labor de formación que disipara la confusión ideológica entre anarquismo y anarcosindicalismo; por el contrario, se buscaron augures ideológicos que generalizaron su propia confusión al mixtificar los principios de la CNT y del anarquismo.

La pose sustituyó a la razón. Todas las tendencias suministraron a sus clientelas el discurso que éstas querían escuchar para justificar su propia inacción. Los medios de expresión orgánica, la *Soli* y los boletines de los sindicatos, si se exceptúa la época en que Barnils dirige la *Soli*, tampoco fueron utilizados de acuerdo con la función que debe asumir la prensa obrera. Nunca sirvieron de arma de combate a los trabajadores. Fueron tribunas de las tendencias que, tópico tras tópico, sustituyeron el análisis e hicieron de ellos baluartes en el enfrentamiento de las tendencias.

Otro factor que influye en la disfuncionalidad de la CNT han sido las continuas transgresiones de las normas de funcionamiento orgánico. Pese a asumir la herencia de los congresos confederales, las normas se han eludido o se han interpretado fraccionalmente o abusando de ciertas exégesis subjetivas. Desde el cambio, sin consulta, del nombre de Comité regional de la CNT de Cataluña y que, pese a las protestas, se mantuvo la supresión del término regional, hasta la afiliación de no trabajadores o incluso pequeños patronos, pasando por la violación de la norma sobre convocatoria de los Plenos, la asistencia a éstos sin delegación, el impago de cuotas, o pago de éstas según criterio particular del sindicato; la no difusión de las actas de los plenos; la ignorancia de los acuerdos de acción, etc., obligaba a la constante reafirmación de la norma, tras el agobio de las largas discusiones para su ratificación, distrayendo

8. Informe de gestión del secretario saliente en junio de 1977.

9. En junio de 1978, resultó elegido secretario de la Federación local Joaquín Pascual (Quimet).

10. Los sindicatos de la Metalurgia y de la Construcción, las dos ramas de la producción que agrupan a un mayor número de trabajadores, se convertirán en dos sindicatos sin apenas intervención en su sector y con unas cifras reducidísimas de afiliación respecto al resto de sindicatos.

de los problemas propios a los sindicatos y paralizando o retardando el desarrollo de toda la organización confederal. Junto a la norma, la transgresión se ha extendido a los principios de la CNT. El federalismo y la democracia directa han sido puestos en entredicho por la práctica de la lucha de tendencias. Los acuerdos han sido condicionados y presionados por el ámbito de influencia de las distintas tendencias sobre los sindicatos. Desde la asamblea de sindicatos hasta los Plenos de las federaciones, en la trastienda de la Organización se conciertan las composiciones sobre los acuerdos que afectan a la práctica de la Organización, su funcionamiento o la composición de sus comités.¹¹

La solidaridad se ha convertido en un concepto vacío de contenido. El bulo, la difamación, las cortes de las distintas tendencias, las etiquetas fáciles, han ido envenenando progresivamente el ambiente de la CNT. Todos estos recursos han sido utilizados para conformar partido. Las acusaciones mutuas sólo esconden una guerra pírrica que justifique delante de las clientelas respectivas la existencia de las tendencias, pero nunca revelan el calado de éstas.

Cuando la práctica social se limita a la discusión de taberna o de camarilla, el enemigo principal de clase es suplantado por el enemigo inmediato, íntimo, fácil: la otra tendencia. La etiqueta actúa: éste es reformista, nosotros somos revolucionarios. No importa que la revolución se reduzca a este aserto. ¿Dónde, cuándo han demostrado ser revolucionarios? ¿En alguna manifestación, llevando armas, en sus tertulias? ¿Es esto ser revolucionario? ¿Cómo se mide el grado de revolucionarismo? Del enfrentamiento verbal se pasa en ocasiones a la amenaza o la agresión: «¿No erais provisionales? ¿Dimitiréis o tendremos que fusilaros por traído-

res?», decía un anónimo mandado al Comité provisional en 1976. Un anónimo. Sin embargo, la amenaza recibida por la hija de Juan Peiró llevaba un sello de la FAI: «Ya sabes cómo actuamos [...] abandona la CNT», decía. A Sebastián Puigcerver ni siquiera le llegó el anónimo o la amenaza: tres matones le pegaron.

Aunque las relaciones orgánicas internas en la CNT sean complejas en relación con otros tipos de organización con poder ejecutivo, los aparatos orgánicos crean también en la CNT relaciones de poder. El poder, incluso, no se inserta necesariamente en los aparatos; puede originarse y mantenerse al margen de ellos: determinadas personas que por su larga militancia, por ser portadores —o aspirar a serlo— de una moral ideológica sin mácula, o porque se constituyen en augures o en mentores de algunas de las tendencias, son centros de poder aunque no ocupen cargos o no controlen directamente algún aparato orgánico.

Desde los comités se pueden promocionar personas afines a la tendencia del titular. Poseer información o conocimiento de la mecánica orgánica permite ofrecerse como gestor eficaz de los intereses de la organización en las campañas electorales internas.

Un periódico orgánico también es un centro de poder y uno de los puntos en que se manifiesta más claramente la pugna de las tendencias. El caso de *Solidaridad Obrera* en la última crisis es ilustrativo. Igualmente, otras fuentes de opinión no controlables por la organización, pero que originan flujos de opinión dentro de ella, son también centros de poder: éste es el caso de los periódicos y revistas extra-orgánicos.

Factores subjetivos tales como hacer historia, relacionarse con dirigentes de otras organizaciones, la publicidad alrededor de la propia persona, los cargos retribu-

dos, etc., atribuyen poder al cargo. Por ello, el número de miembros de la élite que accede a ellos es restringido y se ven siempre las mismas caras a pesar de la alternancia frecuente en los cargos. Así, el poder se manifiesta multiformemente en la CNT, organización con vocación de antipoder, constituyendo tramas, en ocasiones invisibles, fenómenos de fidelidad, privilegios, en suma, relaciones de poder.

Otro factor disfuncional que aparece a lo largo de la reconstrucción y que se va exacerbando conforme la crisis interna de la CNT se agudiza es la desproporción entre posibilidades de acción y la capacidad para realizar ésta.

A lo largo de estos años la actividad de la CNT se ha limitado a cuestiones de organización. A pesar de que en algunos órdenes del día aparecieran alusiones al tema, la estrategia quedó siempre en el vacío. La CNT tuvo que definirse siempre *a posteriori* en relación con los acontecimientos y en función de las estrategias de las otras organizaciones obreras. Nunca tuvo una clara estrategia a corto y medio plazo que asentase los estadios de su desarrollo. Durante el primer año de la reconstrucción la estrategia giró fundamentalmente en torno a su configuración como sindical con personalidad propia, frente al debate respecto a la creación de una central sindical única. El que la unidad sindical no fuera posible no dependió tanto de que la estrategia de la CNT fuera más eficaz que la que propugnaba la unidad sindical, sino porque otras centrales sindicales, entre ellas la UGT, tampoco querían perder su identidad.

Entre las maniobras de las organizaciones del bloque dominado en que prevalece la voluntad de solucionar problemas internos antes que definir una estrategia conjunta de ataque contra los proyectos de transición del bloque dominante, figu-

ra la abortada Alianza Sindical de Cataluña entre la UGT, el SOC y la CNT, proyectada durante el verano de 1976. De haber sido firmada, posiblemente no hubiera cambiado el posterior desarrollo de la CNT e, incluso, la propia Alianza hubiera desaparecido en la inacción. La Alianza fue sacrificada,¹² en prueba de buena voluntad, para llegar a un acuerdo con las tendencias o grupos opuestos a ella en la elección del primer Comité regional ordinario durante el Pleno de octubre a diciembre de 1976. Sin embargo, su sólo anuncio hizo posible que en Cataluña no prosperase la COS (Coordinadora de Organizaciones Sindicales) constituida a nivel del Estado español entre la UGT, la USO y las CCOO. Este hecho permitió que la identidad de la CNT prevaleciera sin quedar marginada de un posible bloque sindical y sin necesidad de esotéricos contenciosos con las CCOO, tales como los que había reflejado la prensa desde mayo a septiembre de ese año.

El orden del día que recoge más explícitamente la necesidad de una definición estratégica confederal a nivel de Cataluña es el del Pleno regional de la CNT de Cataluña del 9 de octubre de 1976. Este orden del día recogía puntos que habían sido debatidos en la constitución de la Federación local de Barcelona. El orden del día decía así:

«*Cuestiones previas:* Revisión de credenciales. Informe del Comité regional (provisional).

»*Temario:* 1.º Ratificación de los principios, tácticas y finalidades de la CNT acordados en el Congreso de Zaragoza y de los Estatutos orgánicos adoptados en el Congreso de Sants, en

11. Las listas cerradas de candidatos para las elecciones a los distintos comités es una práctica frecuente en la CNT. Es obvio que estas listas se preparaban en cenáculos exógenos a la CNT y son una constante en la lucha de tendencias.

12. Del acuerdo de no consumir la Alianza Sindical nunca tuvieron notificación oficial ni la UGT ni el SOC.

sus apartados de: a) Sindicato único de industria. b) Secretarías del CR, composición, responsabilidades, etc. 2.º Sindicación de campesinos, técnicos y profesionales, trabajadores autónomos y jubilados. 3.º Análisis de la situación actual. 4.º Táctica y estrategia. a) Ruptura sindical; actitud ante la CNS, patrimonio, etc. b) Actitud con otras centrales sindicales, organismos unitarios, alianzas, etc. c) Actitud frente a los órganos unitarios de la oposición política y los partidos políticos. d) Plataforma reivindicativa de acción inmediata (plataforma única interrampa). 5.º Elección de Comité regional. a) Modo de elección. b) Lugar de residencia. c) Número de secretarías. d) Secretaría de Formación. e) *Solidaridad Obrera*. 6.º Ratificación acuerdos Pleno nacional. a) Cuotas y proporcionalidad. b) Prensa: revista legal e ilegal. c) Defensa confederal. d) Comités pro-presos. e) Residencia y estructura del Comité nacional. f) Relaciones con la AIT, con otras organizaciones sindicales internacionales y con el exilio. 7.º Vinculación de la CNT con otros frentes de lucha del Movimiento Libertario: barrios, Mujeres Libres, Juventudes, etc. 8.º Asuntos varios.»

A pesar de lo ambicioso que parecía su contenido, los acuerdos los diluyó el rápido desarrollo de los acontecimientos políticos del país. Se acordó, como ya apuntaba, el rechazo de la Alianza Sindical con la UGT y el SOC. La definición del Pleno respecto a la CNS no influyó sobre el desenlace de ésta. Tampoco la decisión de ruptura sindical tuvo mayores consecuencias y quedó a nivel de declaración de intención por cuanto las CCOO mantenían la postura de permanecer en los cargos de enlaces sindicales de la CNS hasta la desaparición de ésta. La decisión del Pleno de no participar en los organismos interclasistas no afecta a la composición interna, ni a la estrategia de la CNT; ni por supuesto al desarrollo de aquellos organismos que se disolverán *per se*.

En los siguientes órdenes del día, hasta 1978, el problema de una estrategia fundada en los análisis de la realidad será arrinconada para dejar paso a sempiternas discusiones y acuerdos sobre el funcionamiento de la Confederación. Acuer-

dos, como ya he dicho, existentes, pero eludidos y que planteaban constantes crisis a la organización. A pesar de que la ratificación de los acuerdos normativos siempre fue favorable a una organización de base sindical, el enfrentamiento entre las dos concepciones de lo que debía ser la CNT impedía que éstos se llevaran a la práctica.

La desproporción entre posibilidades y capacidad de acción se ha manifestado todavía más claramente cuando la CNT ha tenido que afrontar acciones coyunturales. La huelga de Roca de enero de 1977 es un claro ejemplo de ello, al volcar la organización todos los medios, incluyendo un transvase militancial de Barcelona al Bajo Llobregat. Pese que se esgrimía la solidaridad de clase como motor de esas movilizaciones, la realidad es que existió mucho interés por parte de ciertos miembros del Comité regional de utilizar al conjunto de la organización para prestigiarse ellos mismos o como justificación de su elección. El desenlace de la huelga no trajo consigo ni siquiera la esperada afiliación masiva de los propios trabajadores de Roca. Otras huelgas —pese a la espectacularidad de algunas como la de gasolineras— han tenido idénticos resultados y han servido de justificación o de argumento en la lucha de tendencias.

Un elemento clarificador de la capacidad de movilización de la CNT lo tenemos en la escasa concurrencia a las manifestaciones o actos —con excepción del mitin de Montjuich de julio de 1976— que ha convocado.¹³ Las manifestaciones se han convertido, en la mayoría de las ocasiones, en una verbena para los cocteleros que hacen de ellas demostraciones de violencia gratuita, pantalla de su propio miedo.

La vocación de ser una organización a nivel nacional aunque no se tuviera una implantación real, imponía a la CNT una

política hacia las demás centrales sindicales de sublimación de su propia capacidad, que la marginaba de las luchas de conjunto con aquéllas por pruritos difíciles de entender, dando a las relaciones con ellas un carácter tenso y agresivo.

En ningún momento se planteó la CNT la adaptación a sus posibilidades de desarrollo tomando como base los lugares en que contaba con una implantación real. Ni siquiera se lo planteó como punto de partida. Nunca pensó en fortalecer los ramos de producción donde existía numerosa militancia o donde pudiera ser suscitada por la ausencia de otras sindicales. De igual forma, se olvidó de potenciar las regiones en las que los sindicatos contaban con implantación, donde, incluso, la memoria histórica de la CNT estaba viva. Por el contrario, se despilfarró el esfuerzo en la creación de sindicatos testimoniales, en la proliferación de locales, de revistas y propaganda de estos sindicatos, en lugar de unir éstos como secciones sindicales de otros sindicatos de mayor dimensión y con mayores recursos.

El bloqueo de las estructuras regionales, comarcales, locales y sindicales de la CNT por las pugnas de tendencias; la incoherencia en la división de funciones dentro de la organización (incompatibilidad de secretarías en los comités, interferencias de funciones entre ellas, obsolescencia, incapacidad o infrautilización); la subjetividad en la interpretación de la normativa orgánica, cuando no el abandono, y la desproporción entre posibilidades de acción y capacidad para la misma, son factores que impiden no sólo que se realicen las posibilidades que el entorno brindaba para su desarrollo a la CNT, sino que provocan un movimiento de paralización o de retroceso de su desarrollo tras la euforia que supuso el *boom* de afiliación de finales de 1977. Movimiento de retroceso

o paralización sin relación con el proceso de repliegue general del movimiento obrero, sino que va más allá de él agudizando la crisis interna de la CNT y poniendo en cuestión su propia existencia.

Esta situación no se habría producido en los términos actuales a no ser por la crisis del movimiento obrero en general y del movimiento libertario en particular. La incapacidad de este último de organizarse en frentes de lucha con autonomía orgánica propia le ha conducido a buscar en la CNT una cobertura organizativa de refugio.

Si la lucha de tendencias en la que enfrenta una organización sindical de trabajadores y una organización integral esta última se impusiera, la CNT resultante sería cualquier cosa menos lo que representó históricamente.

Evitar el enfrentamiento definitivo ante el temor de un mayor deterioro o de la propia desaparición de la CNT provoca, en los intentos de contemporizar con esas dos posturas, una permanente crisis de identidad que impide la acción y cuando ésta se da no escapa a la ambigüedad original que la engendró. La CNT no puede demostrar lo que es porque duda de lo que es.

Si los aparatos de la organización no funcionan, si los principios están deformados, si no se sabe cómo alcanzar los fines propuestos, e incluso éstos también están mixtificadas, si la capacidad de intervención sobre la realidad social es marginal, cabe preguntarse: ¿una organización en esas condiciones puede servir de vehículo para alcanzar su finalidad declarada, o, por el contrario, reduce el universo de sus objetivos a sí misma?

13. La concentración mayor que consigue la CNT en la calle fue la manifestación contra el Pacto de La Moncloa, el mismo día del accidente de La Scala. Se llegó a agrupar a más de 10 000 personas. El mitin del pasado Primero de Mayo apenas reunió 2 000 personas.

Una de las críticas que se hacen desde el campo libertario a las organizaciones le-ninistas es que su forma orgánica, jerár-quica y autoritaria, conduce inexorable-mente a una sociedad jerárquica y autori-taria. ¿Qué se podría decir de la organi-zación actual de la CNT, donde sus apa-ratos no funcionan o se contradicen, don-de el bulo, la difamación, la amenaza, los malsines y las virulentas luchas de ten-

dencias son lo cotidiano y no la excep-ción? ¿A qué tipo de sociedad nos condu-ciría?

La CNT existe, está entre nosotros; pero no tiene nada que ver con la que dice lla-marse CNT. Habrá que construirla y no necesariamente paralela a la usufructua-ria del nombre, por eso seguimos tenien-do fe aunque sólo sea para calmar nues-tra mala conciencia.

Sumario del número 63/65 de cuadernos de Ruedo ibérico

Energía política, información

Editorial

Martha Ackelsberg y Verena Stolcke: *La significación política de la abstención*

I. Energía y civilización

José Manuel Naredo: *Energía y crisis de civilización: 1. Energía e histo-ria. 2. La ideología del progreso y de la producción encubre la práctica de la destrucción. 3. Sobre el uso de la energía.*

Juan Martínez Alier y José Manuel Naredo: *La noción de «fuezas produc-tivas» y la cuestión de la energía.*

II. Energía, política e información

Javier López Linaje: *Opciones energéticas y condicionantes sociales*

Angel Serrano y Juan Muñoz: *La configuración del sector eléctrico y el nego-cio de la construcción de las centrales nucleares.*

Salvador Martín Arancibia: *Energía y política*

Salvador Martín Arancibia: *Los engaños del Plan Energético Nacional* (redac-tado sobre materiales de la Comisión de Energía del PSOE).

Raúl Pillado: *La manipulación de la opinión pública a través del sistema informativo.*

Enjuiciamiento de los tópicos energéticos

Cubierta de Xosé Díaz Arias. Dibujos de Jiménez y Cordón

CNT: ser o no ser

A mi padre

1896-1979

uno de tantos hombres que hicieron la CNT

Advertencia preliminar

1. Aproximación al enfrentamiento «tendencial»
2. «Exilio»-«Interior»: La CNT que no lo fue
3. ¿Reconstrucción o liquidación?: La lucha por el «poder orgánico»
4. La «columna vertebral»: El mito de la FAI
5. La unidad institucional del movimiento
6. La correa de transmisión
7. Las tentaciones reformistas
8. La «organización integral»
9. Asambleísmo, consejismo, autonomía de la clase
10. El horizonte del anarcosindicalismo

Advertencia preliminar

«Aussi longtemps que le Temple existe, les royaumes païens vous attaqueront, mais si le Temple est détruit, ils ne vous attaqueront pas.»

(Cita rabínica de Pierre Vidal-Naquet, *Du bon usage de la trahison.*)

Las páginas que siguen fueron suscitadas por mis conversaciones con militantes de la Confederación Nacional del Trabajo a lo largo de los años 1976-1979. Son la manifestación de una voluntad de esclarecimiento —en primer lugar para mí mismo— del proceso de reconstrucción de la CNT y de las causas de la permanente situación de crisis que lo ha caracterizado.

No cabe limitar esa situación de crisis a su manifestación paroxística en la primavera de 1979. La crisis, cuyo fenómeno más aparente y más significativo es el enfrentamiento, sin claro desenlace hasta hoy, de las «tendencias» que coexisten en la CNT comienza en el momento mismo en que se inicia la reconstrucción de la CNT y perdura hasta hoy. Esa es la razón que me hace centrar el estudio del proceso de reconstrucción de la CNT en el análisis de las «tendencias» y en la naturaleza de su enfrentamiento.

No he podido evitar una exposición deshilvanada de mis reflexiones. En su superficie, el proceso de reconstrucción de la CNT se manifiesta de manera harto desordenada y las carencias informativas, características del proceso, hacen más inextricable el desorden. Sólo mediante sucesivas calas verticales me ha sido posible atravesarlo y tal metodología se refleja en la exposición de los resultados a que he llegado.

La aceleración de la crisis confederal me ha impuesto concluir precipitadamente y algunas de las partes previstas para este trabajo quedan en un estado que no permite la publicación. Otras —de manera especial el capítulo final: «El horizonte del anarcosindicalismo»— exigen mayor profundización. Sobre los temas esbozados en ese capítulo es necesaria una profunda reflexión individual y una amplia discusión de los anarcosindicalistas. Pero, de manera general, los problemas que abordo en este trabajo piden análisis más reposados sobre una más amplia información.

Muchas cosas se dan por sabidas en estas páginas. Otras son sólo rozadas, aludidas. Estas circunstancias y el espacio impartido a mi trabajo en *Cuadernos de Ruedo ibérico* dan un carácter perentorio a muchas afirmaciones, a muchas negaciones, que habría que matizar o fundar con más detalle. A riesgo de hacer pesado el discurso, recurro en lo posible a citas ajenas por dos razones que hay que relacionar con las características informativas del periodo tratado: considero más valioso en ese contexto asumir afirmaciones ajenas cuando con ellas coincido que aducirlas como propias bajo nueva forma; considero preferible impugnar las afirmaciones ajenas, cuando estoy en contra, citándolas ampliamente a aludir libremente a ellas.

El estilo de la guerra de las «tendencias» que critico en estas páginas hace prever que este trabajo será atacado de manera más adjetiva que sustantiva. El ataque pasional que le atribuya esta o aquella inconfesable intención es más presumible que el análisis, la impugnación intelectual de las afirmaciones o negaciones en él contenidas.

Lo difícil que se hace manejar la materia de este trabajo —la lucha de las «tendencias» por el «poder orgánico» confederal— sin ser presa con mucha frecuencia de la indignación, puede haber dado a mis opiniones un tono agresivo, insultante incluso. No me disculpo. Positiva o negativamente, esas circunstancias han tenido que influir mis análisis.

No me ha sido dado ser afiliado a la CNT y carezco de experiencia directa de la vida orgánica confederal y de la guerra de las «tendencias» durante el período estudiado. Pero participo de una memoria —colectiva e histórica— estrechamente ligada al desarrollo de la CNT.

Se podrá aducir que no me toca vela en este entierro. Pero sobre la CNT —incluso sobre su vida interna, incluso de manera voluntarista— puede opinar cualquiera y la significación de la opinión vendrá prioritariamente de su valor intrínseco y no de la personalidad de quien la formula. El repliegue de la CNT sobre sí misma, consecuencia de la lucha de las «tendencias», no suprime ese hecho.

El carácter polémico de estas páginas es innegable. La polémica ha sido dirigida preferentemente contra los lugares comunes, ideológicos, históricos, que circulan en la CNT y sus alrededores. En sus enfrentamientos, las «tendencias» que hoy cohabitan en la CNT o giran en torno suyo se apoyan generalmente en falsificaciones del pasado confederal que han llegado a ser ya lugares comunes, mitos. «Las leyendas tienen la vida dura». El lugar común es una poderosa arma de lucha ideológica. El lugar común histórico produce automáticamente un vacío; es más eficaz por lo que borra que por lo que afirma o niega. Por eso los lugares comunes son perennemente nutridos y aseados; sobre los ya establecidos se superponen nuevos lugares comunes; rara vez son unos y otros destruidos por quienes los imponen. Los lugares comunes sobre la CNT son utilizados como valor entendido por sus enemigos. Pero son también valor entendido entre quienes se consideran parte de la CNT. Tan falaz es la mentira laudatoria como la mentira denigrante. Las más graves falsificaciones sobre la CNT son aquellas a que dan lugar las polémicas entre confederales. La historia de la CNT es todavía en gran parte historiografía hecha por sus enemigos fanáticos y por sus partidarios fanáticos. Unos y otros han dado del pasado de la CNT la imagen que exigían sus concretos e inmediatos intereses políticos. La imagen de algo inerte, muerto. Al servicio siempre de un grupo de poder, de una «élite», la historiografía establece un vínculo entre el pasado y el presente que desvirtúa a uno y a otro: esteriliza la carga positiva del pasado y desarma las potencialidades del presente. Acabar con las falsificaciones de esa historiografía es una tarea necesaria, pero tan ardua, que dudosamente será emprendida de manera sistemática. En este trabajo sólo incidentalmente, cuando el tema lo ha exigido apremiantemente, he podido hacer referencia a alguna de aquellas falsificaciones. Sólo he pretendido oponerme a los efectos más inmediatos en el actual presente de algunos de los lugares comunes impuestos por la historiografía o la tradición. Ello era inevitable. En su *aspecto anecdótico, en su subjetividad*, la guerra de las «tendencias» en la CNT puede ser reducida al choque de dos constelaciones de «élites» en lucha por la propiedad de unas siglas, instrumento de intervención en el presente, y precisamente por ello esa guerra se manifiesta como una serie de fenómenos de parasitismo histórico que exige la manipulación del pasado confederal, unánimemente hecha —por todas las «tendencias»— a expensas del carácter primordial, fundamental y actual de la CNT: el anarcosindicalismo.

He criticado copiosamente los correctivos propuestos a la CNT por las «tendencias» y he impugnado sus *alternativas* porque, por un dinamismo propio, impuesto por los objetivos perseguidos y que el doble plano del discurso y de la acción de la «tendencia» enmascara, éstas *tienden* a «reproducir» aquello que aparentemente impugnan. Sólo así me era posible llegar a su caracterización. No he partido, sin

embargo, del supuesto inductivo cuyo inevitable corolario fuera el que a falta de algo mejor la CNT sigue siendo un tipo de organización válido y el anarcosindicalismo un método de intervención social válido. En algún modo, ese corolario sería imperfecto. El estudio de la guerra de las «tendencias» en el seno de la CNT me ha llevado a la conclusión de que la CNT y el anarcosindicalismo son hoy válidos pura y simplemente.

Esta conclusión implica un supuesto: la existencia de la propia CNT, de una CNT con una práctica, interna y externa, anarcosindicalista. No una existencia nominal, de organización residual, de organización testimonial, sino una existencia acreditada por su intervención en la sociedad española, por una actuación abierta al futuro, como corresponde a todo grupo humano en desarrollo. En este supuesto, el crecimiento *orgánico* —no sólo organizativo, numérico— de la CNT tiene mayor importancia que cualquier orientación seudofinalista de su acción, que cualquier espejismo que guiase el crecimiento, la estabilización o la decadencia orgánica de la CNT, pues ésta —antes que «un pasado», antes que «un futuro»— ha de ser un presente en acto, una unidad inescindible de una forma y una acción.

Limitado al riguroso presente o extendiéndolo al inmediato futuro, este estudio no tendría objeto en su forma polémica. No ignoro que muchas de mis aseveraciones sobre las «tendencias» que se han enfrentado, se enfrentan o han de enfrentarse en la CNT, y sobre el propio proceso de reconstrucción de ésta, perderían gran parte de su significación o toda ella aunque la CNT *no desapareciera*. Basta para ello que su decadencia orgánica descienda más allá de cierto nivel, casi alcanzado ya hoy, cualquiera que sea la pretensión histórica, política e ideológica de la organización residual, cualquiera que sea la forma que *de jure* o *de facto* conserve la Confederación Nacional del Trabajo. Empero, el trabajo emprendido no hubiera sido concebible si no se partía del supuesto de que la guerra de las «tendencias» es compatible con cierto desarrollo, con cierta actividad externa de la Confederación, y que esa guerra no conduce ineluctablemente la *organización* CNT al colapso. Pero no hay que ver en ese supuesto otra cosa que una hipótesis de trabajo, un *a priori* ineludible. Pues *a partir de cierto grado de disfunción orgánica, todo lo vivo muere*.

1. Aproximación al enfrentamiento "tendencial"

La manera en que afloran las tensiones internas de la CNT en el período de reconstrucción hace imposible establecer un espectro riguroso de las tendencias que pueden hallarse en el origen del conflicto.

Si para delimitar una *corriente*, una *tendencia* o un *grupo* político es necesario circunscribir su ideología, ponderar su proyecto político, el grado de diversificación de la organización en que se manifiesta, la comunidad de itinerarios políticos vividos, la adhesión a la misma cultura política, la fidelidad de sus partidarios a una o varias personalidades, las manifestaciones públicas de las tendencias que se enfrentan hoy en la CNT no dan bases suficientes para hacerlo. La diversificación sociológica es algo connatural a la Confederación, pero éste es un dato pasivo en sí mismo. No habiendo sido expuesto de manera concreta en los límites del enfrentamiento el proyecto político de cada una de las «tendencias», hay que darlo por supuesto y tratar de aprehender su contorno a partir de datos exteriores al conflicto, pero que tengan valor operativo en el área de la CNT. La fidelidad a personalidades, los itinerarios políticos recorridos en común por los miembros de cada grupo y la adhesión a una común cultura política son datos que por sí solos permitirían despejar numerosas incógnitas, pero en la escena confederal son también materia de microhistoria por hacer y, en consecuencia, son difícilmente aprehensibles. La forma que adquiere en superficie el enfrentamiento «tendencial» en la CNT permite definirlo como un mero proceso de luchas por el «poder orgánico» entre grupos cuyo objetivo prioritario no es la imposición de una estrategia y de una finalidad propias a la CNT, sino la conversión de ésta en instrumento ajeno. En el esta-

dio en que se halla el conflicto, así es, y en los meses venideros —de cara al anunciado Congreso nacional— ese talante se acentuará.

El mecanismo que Juan Gómez Casas atribuye a los grupos marxistas incluso en la CNT puede ser atribuido estrictamente a la acción de *todas* las «tendencias», explica las alianzas *contra natura* de que está esmaltado el camino de la reconstrucción de la CNT: «Esta gente adecua su acción en CNT según los momentos: su finalidad es lograr un verdadero proceso de descomposición dentro de la CNT. En ocasiones juegan al asambleísmo radical, sosteniendo al sector ácrata que no tiene clara la delimitación entre anarquismo y anarcosindicalismo, otras apoyan al consejismo, no muy extendido, que se bate en retirada y está neutralizado. Finalmente han apoyado la ofensiva anarcocomunista dentro de la CNT muy activamente, con el fin de aumentar la confusión actual».¹

La ausencia de verdadero debate público, es decir, sometido al arbitraje del conjunto de la Confederación y expuesto ante la sociedad entera, sobre ideología, estrategia, táctica y problemas de organización es tan evidente que basta para fundar la hipótesis de la mera lucha por el «poder orgánico». Pero esa ausencia no despoja, en principio, de todo contenido trascendente a las alianzas, a los compromisos, a las rupturas que se producen en los vértices orgánicos. El desarrollo de la lucha de «tendencias» simplificará cada vez más los sistemas de alianzas entre ellas. La voluntad de llegar a un desenlace de la relación de fuerzas favorable para él conducirá, en buena lógica, a cada grupo

1. Juan Gómez Casas, *Saliendo al paso*, Madrid, 10 de agosto de 1978.

de poder a manifestarse públicamente cada vez con mayor claridad y frecuencia en términos de tendencia portadora de un proyecto global.

La inflación verbal, el abuso de un lenguaje formal intensamente agresivo, pero de contenido nebuloso o simplemente carente de él, llevan en sí su propia devaluación. La inflación verbal con la que las «tendencias» encubren su silencio programático sólo tiene una función terrorista de cara a los rivales, de cara al conjunto de la organización. Pero, ni la agresividad del lenguaje reemplaza la eficacia política (o revolucionaria), ni el abuso de vocablos con prefijo *auto-* resuelve los problemas de subordinación.

En los textos originados por la lucha de «tendencias», la utilización del vocabulario es muy poco estricta y el recurso a un vocablo u otro obedece a estrechas consideraciones tácticas. *Tendencia, corriente, secta, fracción, sector, grupo de presión, mafia*. Todos esos vocablos designan corrientemente realidades sociales, grupos humanos caracterizados. Pero que, en la lucha de «tendencias», la aplicación indiscriminada de una u otra de esas palabras a la misma «realidad» no inspire más que objeciones moralizantes —ausencia de espíritu libertario— dice mucho sobre la trivialidad de las «tendencias».

Esa confusión en el vocabulario no deja de tener consecuencias. «Tendencia» llega a ser sinónimo de *fracción*. La coincidencia de numerosas posiciones individuales es lo que constituye fundamentalmente una tendencia. Y si bien la tendencia es una realidad sociológica más «estructurada» que la corriente, sigue perteneciendo al plano de las formas de socialidad y no al plano de las formas de organización, al que pertenecen realidades tan rígidamente institucionalizadas como son la *secta*, el *grupo de presión* y la *mafia*. Simplificando, una tendencia es algo *inorganiza-*

do. Sin corrientes, sin tendencias, una organización de «masa» es algo inerte; o, peor, algo condenado a la subordinación a las «fracciones», a las «sectas», a los «grupos de presión», a las «mafias». Esa circunstancia puede explicar el mínimo esfuerzo realizado a lo largo de 1976-1979 por las «tendencias» que se han enfrentado en la Confederación para encarnarse en corrientes, en verdaderas tendencias. El estilo de la lucha de «tendencias» habrá sido causa y consecuencia a la vez del carácter maltusiano y esotérico de la vida orgánica de la CNT.

Los debates ideológicos, teóricos o políticos en que se han expresado corrientes y tendencias que podrían ser consideradas como sustrato natural de la Confederación han tenido lugar virtualmente al margen de ella. Sólo de manera indirecta —a través del escaso contenido de las adjetivaciones que se han prodigado los grupos enfrentados en su seno— parece haberse sentido concernida por la fermentación de ideas que ha tenido lugar lejos de su periferia, alrededor de ella y en sus alrededores, durante el período de la reconstrucción.

El discurso generalmente adoptado por la lucha de «tendencias» niega lo real, o lo enmascara. Hace imposible el diálogo, se instala en múltiples monólogos. El carácter *terrorista* de la lucha de «tendencias» ha sido traducido por un lenguaje, por un discurso violador, que proyecta sobre el enemigo las propias intenciones. Esa literatura no ha podido escapar a la ley de todo discurso político: dividir el quehacer político en dos planos autónomos: la manifestación pública que disimula la naturaleza de los conflictos entre las «tendencias» y la práctica secreta con que tales grupos dirimen los conflictos.

El sigilo que ha presidido hasta hoy al enfrentamiento «tendencial» es un fenómeno que no se dio siempre en la CNT.

Al renunciar al enfrentamiento polémico, a cara descubierta, las «tendencias» han sacrificado la eficacia pedagógica a consideraciones tácticas. Cabe que el abandono de esa eficacia pedagógica sea expresión de un objetivo subyacente en el conjunto de las «tendencias» o en la mayor parte de ellas, por concentrar sus esfuerzos hacia la victoria comiteril, dando por supuesto que una organización anarcosindicalista se dirige desde los comités.

El «secreto» tiene una influencia directa sobre estas páginas. Obliga a establecer una clasificación simplificadora de las «tendencias» por métodos indirectos. No es posible limitar la crítica de las tendencias susceptibles de manifestarse en el seno de la CNT a las que hoy se disputan los comités, a las que hoy se manifiestan, de una manera u otra, dentro de sus límites. Existen tendencias anarquistas (o libertarias) fuera de los sindicatos, cuya influencia sobre la Confederación no es desdenable ya hoy, y que desempeñarán un papel —positivo o negativo, pero importante— en el próximo futuro. Existen tendencias potenciales que terminarán por aflorar a medida que el enfrentamiento «tendencial» adquiere verdaderos caracteres de polémica y a medida que el proceso de reconstrucción multiplique las relaciones conflictivas entre la CNT y la sociedad global que le sirve de marco. En pocos casos es posible aplicar una nomenclatura a las «tendencias» fundada en afirmaciones de cada una en lo que a ella se refiere. Los documentos ocultan, en general, el objetivo perseguido, se mantienen en una indefinición propicia a la libertad de movimientos tácticos y, con frecuencia, evitan autodesignarse o lo hacen falsamente. Pero el choque entre las «tendencias» proporciona una abundante nomenclatura. Cada «tendencia» se aplica tesoneramente a designar y a definir peyorativamente, con agresividad sumaria e insultante, a las

«tendencias» rivales. Este exceso no compensa, sin embargo, las carencias de unas designaciones y definiciones dictadas exclusivamente por las «necesidades» de quienes las formulan.

*Emancipación*² dividía las «tendencias» en dos vertientes: los *sindicalistas clásicos*, que comprenden a *cincopuntistas*, *reformistas*, *faístas* de diversas tendencias, *anarcosindicalistas*, etc., y «las nuevas generaciones de militantes formados en el interior» que, a su vez, comprenden a *jóvenes anarcosindicalistas críticos y abiertos*, *anarcocomunistas* y *comunistas libertarios* puestos al día, *jóvenes más tocados por el marxismo*, *jóvenes consejistas*. El choque de las dos vertientes está «complejificado por la componente *pasota* y por los *leninistas infiltrados*». La enumeración corresponde más a un criterio ideal *a priori* que al reflejo de los hechos: dos vertientes: *viejos-exilio* y *jóvenes-interior*. No hay más materia en otras nomenclaturas.

Askatasuna simplifica el problema desde su perspectiva particular, reduciendo la importancia de la mayor parte de las «tendencias» en otros lugares señaladas: «Dos tendencias son [...] la *anarcosindicalista* y la *anarcocomunista*. La primera pretende continuar la tradición cenetista, y la segunda pretende dotar a la CNT de nuevas estructuras orgánicas».³ Jóvenes y viejos una vez más.

En octubre de 1978, Juan Gómez Casas ve la CNT polarizada «alrededor de un claro concepto *anarcosindicalista clásico*, por un lado, y por otro, alrededor de una idea más *ácrata* de la misma», en la que participan «partidarios del *espontaneísmo*, del *asambleísmo radical*, del *antiburocratismo*

2. «Perspectivas de la CNT», abril de 1978. Las cursivas son mías.

3. Ponencia de la Federación local de Sestao al Pleno regional de la CNT de Euskadi, julio de 1977. Las cursivas son mías.

y del concepto de *organización integral*».⁴ Jóvenes y viejos otra vez. ¿No se nos quiere aparentemente poner en presencia de un simple fenómeno de «relevo de élites»? El documento sin fecha (1978) de la Federación Anarquista de la Región catalana, que responde al *Manifiesto a todos los anarquistas*, da una imagen del panorama de las «tendencias» menos sobria: «Un hervidero de tendencias, grupos y capillitas muy numerosos [...] una pléyade de *marxistas de diversa denominación* [...], emisarios de *viejas rencillas del exilio* [...], *infiltrados, provocadores, agentes de la CIA*, e incluso *fascistas* [...], capillitas de difícil nomenclatura, que podríamos llamar *anarcomafiosos* [...], e incluso nos tememos que hay otro grupo, aún no detectado, que edita la hoja llamada "A todos los anarquistas" [...], hay desde luego *mucho mala hierba* dentro de la CNT». Este texto es de gran valor descriptivo, de gran interés sociológico, pero su carácter más relevante es su rigor teórico. *Ellos y nosotros*. ¿Cómo definir ideológica y políticamente a tendencias así designadas? Freddy Gómez enumera a las bestias negras de los «autoproclamados *ortodoxos*»: *consejistas, reformistas, sindicalistas, asamblearios, cristianos disfrazados*. En *Interrogations*, completa la lista: *posibilistas, treintistas, infiltrados marxistas*.⁵

En *Teoría y Práctica*, tres militantes «sin cargos» delimitan dos bloques irreconciliables en la CNT: el *sindicalista puro*, en el que existen muchas familias: *cincopuntistas*, gente del *partido sindicalista*, otras que provienen del *sindicato vertical, marxistas reformistas*; el *libertario*: miembros del *ex MIL*, grupos creados a partir de *Mayo del 68*, *antiautoritarios* de los Grupos Obreros Autónomos, *situacionistas, anarquistas de consejo*.⁶

Para José María Elizalde, las tendencias podrían ser agrupadas en dos vertientes:

una, la *sindicalista* en cuyo seno hay una «enorme diversidad»: desde el *viejo sindicalista pestañista*, un poco *apolítico*, o *reformista*, hasta los *grupos más duros de la organización específica*; otra, *más asambleísta* comprendiendo desde movimientos *espontaneístas* hasta *marxistas-consejistas*.⁷ ¿Puede cada una de esas vertientes constituirse en verdadera tendencia política?

El *Manifiesto a todos los anarquistas*⁸ establece tres vertientes, descontada la que sin duda él expresa: la tendencia *amarilla*; la que el documento denuncia prolijamente como constituida por «militantes de *grupos y partidos políticos* tales como LC, MCL, PORE, OICE, PSC, AC, Partit Carlí, ERC y otros»; y los *anarcosindicalistas de la FAI*. El texto manifiesta una voluntad de precisión, al menos en lo que a las siglas se refiere.

En una amalgama, aparentemente delirante, pero en la que subyace una intención de gran coherencia, Juan Ferrer describe a la CNT desgarrada entre quienes consideran a la Confederación como la organización de los *sindicatos anarcosindicalistas* y quienes quieren convertirla en una *organización integral* para acabar con ella, situando entre estos últimos a *Askatasuna, consejistas y asambleístas*, grupos de *Solidaridad* de Carrasquer, sectores del *cincopuntismo* como González Inestal, grupos ligados a la *Iglesia*, al *gobierno*, a sectores del vertical (*gironistas*), *posibilistas, oportunistas, autogestionarios*, etc.⁹

4. *Interrogations*, octubre de 1978. Las cursivas son mías.

5. *El Topo Avizor*, julio-agosto de 1978. *Interrogations*, octubre de 1978. Las cursivas son mías.

6. «La CNT a debate», octubre de 1977. Las cursivas son mías.

7. «La Autonomía Obrera a debate», *Emancipación*, marzo de 1978.

8. Barcelona, septiembre de 1978.

9. Anexo al acta de la segunda sesión del Pleno intercontinental ampliado de la CNT en el Exilio, mayo de 1978. Las cursivas son mías.

En *La Lanterne Noire* se transcriben dos clasificaciones aparentemente más objetivas. La atribuida a David Urbano: los *treintistas, sindicalistas puros; los cincopuntistas, infiltrados de derecha; los marxistas; los anarquistas* de todas las *tendencias*. La atribuida a Andrés Grimá: las *tendencias históricas: sindicalistas, anarcosindicalistas, anarquistas; las tendencias modernas: consejistas, marxistas «modernos», autónomos, trotskistas*.¹⁰

Es imposible proceder a un aislamiento ideológico y político de las realidades que encubren esos insultos, designaciones oscuras, calificativos morales y definiciones codificadas. Muchos de ellos carecen de real significación política; otros se superponen; algunos, aparentemente contradictorios, están abocados a confluir en la práctica; la propia aceleración de la vida orgánica debiera digerir y expulsar, en el sentido más fisiológico del término, la mayor parte de esos vocablos; y es de suponer que esa amplia gama no cubre el espectro de las «tendencias» habidas y por haber.

En las enumeraciones que he recogido, apunta la inclinación a dividir las «tendencias» en dos vertientes: «las dos tendencias que chocan en el seno de la CNT», «el divorcio entre las dos versiones». Pero esa dualidad carece, incluso, de valor metodológico.

La función real de tales clasificaciones la señala el colaborador de *La Lanterne Noire*: «No sirve para nada más que para delimitar arbitrariamente los falsos de los auténticos, los buenos de los malos y con frecuencia a partir de querellas puramente personales [...] no sirve la mayor parte de las veces más que para desplazar un comité para hacer elegir otro, porque el primero es «reformista» y el segundo «faísta». «Ello no quiere decir que no haya debate alguno, que quienes impugnan esta o aquella decisión, esta o aque-

lla orientación, no vean sus críticas tomadas en consideración, al contrario. *Pero esas críticas participan siempre o son siempre recuperadas por la lucha de «tendencias»*».¹¹

Ni las vertientes ni las partes que las componen merecen ser definidas como «corrientes de opinión». No hay que fundar siquiera este aserto citando el baile de alianzas, aparentemente sin compás, que lleva esta o aquella «tendencia» de una a otra vertiente. Lo adjetivo prima sobre lo sustantivo. La ausencia de base teórica autoriza incluso a negar a la mayor parte de ellas el carácter de «secta».

«Hay una lucha por el poder, sorda pero a gritos», ha escrito uno de los protagonistas de esa lucha. La pobreza intelectual del debate público originado por la lucha de «tendencias» nos deja indefensos ante las consecuencias visibles de la práctica secreta. El desenlace de la pugna entre «apaches» y «paralelos» —utilizando las recíprocas definiciones de los interesados— puede ser considerado a estas alturas como la apoteosis de la lucha de «tendencias». Sólo cuando las consecuencias de la práctica secreta son consideradas como irreversibles para la propia situación, sólo cuando los *mass media* se adueñan del tratamiento de esas consecuencias, el debate público adquiere importancia y refleja un tanto las razones de la práctica secreta. No puedo menos que considerar significativo que la pieza más importante producida por aquel lamentable desenlace —pieza importante por su formulación, por la personalidad del autor y por la calidad del órgano que la ha publicado—¹² sea fundamentalmente una reacción contra un periodista ajeno al que

10. Félix, «El movimiento libertario español», *La Lanterne Noire*, julio de 1978.

11. *Ibid.* Las cursivas son mías.

12. Juan Gómez Casas, «Puntualizaciones sobre la crisis de la CNT», *El País*, 25 de mayo de 1979.

se *culpa* de no haber respetado el sigilo, «la escala de valores» utilizada hasta aquí en la lucha de «tendencias». Lo que Juan Gómez Casas reprocha a Alfons Quintà son fundamentalmente errores de valoración política, errores de óptica, que sólo lo son desde la perspectiva opuesta. La «inefable y pintoresca conglomeración a la que denomina "frente apache"», no es una invención de Alfons Quintà, y absurdo mayor que «una práctica subrepticia anarcosindicalista dentro de la CNT» es la propia decadencia del anarcosindicalismo en una organización que sólo en él tiene su razón de ser. Seguimos en el dominio de las cortinas de humo.

Los regímenes en peligro, las oligarquías amenazadas interiormente suelen llamar a la unidad contra el enemigo exterior, real o ficticio.¹³ La «Unión Sagrada» enseña ya la oreja, si no con la solución a los problemas, sí con la posibilidad de enterrar una vez más la crisis.

En su comunicado del 29 de abril de 1979, el Comité nacional de la CNT afirma que la campaña de prensa provocada por las expulsiones de «catorce compañeros de la FL de Barcelona» «responde únicamente a un intento más de desprestigiar a la Confederación». *Ser desprestigiado* sugiere una imagen verbal opuesta a la que evoca *desprestigiarse*. Seriamente, poco permite afirmar que exista una conspiración exterior contra la CNT como pretende hacer creer Juan Ferrer, tarea que, dicho sea de paso, no asume solo él. La CNT despierta —¡todavía!— apetencias externas y tiene enemigos exteriores numerosos, en planos diferentes, en grados de inmediatez distintos: el Estado y sus agentes, la clase dominante, las sindicales concurrenciadas, los partidos políticos, sin duda alguna. ¿No es ello la razón misma de ser de la CNT? Pero en el universo de la política prima siempre lo inmediato. Esgrimir el espantajo de la conspiración, si en ella

se cree, es dar a la CNT-organización una importancia que hoy está lejos de tener —pese a sus patriotas de campanario—. Empero, levantando otra barrera más contra la clarificación de la maraña de «tendencias», el fantasma de la amenaza exterior tendrá como efecto de puertas adentro de la CNT perpetuar el estilo de su vida actual. Y hoy el peor enemigo de la Confederación es su propia vida orgánica, tal como la denuncia la lucha de «tendencias».

Se justifica, pues, un esfuerzo de simplificación de las «tendencias» que quizá no se funde tanto en su significación o insignificancia actual como en las potencialidades de enraizarse más o menos profundamente en una CNT en devenir y en el movimiento obrero. En mi clasificación, atribuyo más importancia a la función que desempeñan o están llamadas a desempeñar cada una de las tendencias de la CNT, considerada globalmente, que a las propias afirmaciones de cada «tendencia» en lo que le concierne o las denuncias de sus rivales. Sólo en su aspecto operativo pretende cierta validez la clasificación que propongo y que, como toda clasificación, adolecerá de rigidez. 1) La tendencia *panorganizativa* «teorizada» de manera pluscuamperfecta por el grupo animador de *Askatasuna*, que pretende que el marco organizativo de la CNT sea el continente de la casi totalidad de la sociedad española. 2) La tendencia que enarbola la bandera de la FAI, de las diversas posibles FAI o «específicas», tentada por la institucionalización de una *dualidad organización sindical-organización «específica»*. 3) La tendencia nostálgica de un pasado «utópico» concretado en la institucionalización del *Movimiento Libertario Español* con mayúsculas. 4) La tendencia en que cabe englobar a todos los minipartidos enumerados en el *Manifiesto a todos los anarquistas*, cuyo objetivo —expreso o tá-

cito, pero insoslayable, consciente o subconsciente— es hacer de la CNT una «*correa de transmisión*». 5) La tentación reformista encaminada a convertir la CNT en *sindical meramente reivindicativa*, con o sin órgano político propio. 6) La tendencia «*asambleísta*», «*consejista*» y «*autonomista*», paladín esforzado de la «*autoorganización de la clase*». 7) Y la tendencia *neanarquista*, a caballo entre la periferia y los aledaños de la CNT.¹⁴

Si excluyo de esta clasificación a la tendencia anarcosindicalista¹⁵ no es por considerarla inexistente, sino por razones obvias. El anarcosindicalismo sólo puede manifestarse en la CNT como mayoritario. Sus caracteres se irán perfilando en el análisis

de cada una de las tendencias enumeradas y su lugar en la CNT y en el movimiento obrero español es expuesto en la parte final de este trabajo: «El horizonte del anarcosindicalismo».

13. ¿No ha podido decir uno de los principales protagonistas de la maniobra de que han sido víctimas los Grupos de Afinidad Anarcosindicalista que, de no haber existido, hubiera sido necesario inventar la «organización paralela»?

14. La crisis que se ha manifestado en la CNT de Barcelona en la primavera de 1979 me hizo acelerar la redacción de este trabajo y el capítulo relativo al «neanarquismo» ha quedado en estado de borrador incompleto.

15. No es posible identificar actualmente los Grupos de Afinidad Anarcosindicalista con una *corriente* o una *tendencia* en el sentido estricto de la palabra. (Véase en este trabajo el capítulo «¿Reconstrucción o liquidación?: la lucha por el "poder orgánico"».)

2. "Exilio" - "Interior": La CNT que no lo fue

Las luchas intestinas entre las organizaciones libertarias residuales del «exilio» y del «interior» en el período 1945-1976 y, después de éste, lo azaroso de las relaciones entre los representantes de la «CNT de España en el exilio» y los comités surgidos del proceso de reconstrucción de la CNT iniciado en 1976, hundieron sus raíces en el supuesto, rara vez impugnado, de que en el largo «interregno» que va de 1939 a 1976 la Confederación Nacional del Trabajo nunca dejó de existir.

El proceso de degradación de las organizaciones libertarias españolas del que son hitos importantes el Pleno nacional económico ampliado de la CNT y el Pleno de Regionales de la FAI, ambos celebrados en Valencia (1937), culmina en la constitución por el Comité nacional de la CNT y los Comités peninsulares de la FAI y de la FIJL, el 25 de febrero de 1939, ya en exilio, del Consejo general del Movimiento Libertario Español, compuesto de cuatro miembros de la CNT, cuatro de la FAI y dos de la FIJL. Si el movimiento anarquista español no constituía una sola organización, por lo menos disponía de un *órgano supremo que se había nombrado a sí mismo*. Con arreglo a las normas federativas, cabe tildar de *ilegítimos* a aquellos tres comités. A lo largo de la guerra civil, y usando y abusando de un sistema de «Plenos ampliados», los comités superiores de las «tres ramas del Movimiento Libertario» eludieron el remitir su representación a las organizaciones respectivas. No es lugar aquí de enumerar las infracciones de las normas federalistas no justificadas por el estado de guerra en que se cometieron. Pero cabe insistir sobre el concepto de *legitimidad*, pues sobre la prolongación de la legitimidad de aquellos organismos y de su creación, el Consejo general, girará la vida «orgánica» a

lo largo del período que va de 1939 a nuestros días.¹

En los años que siguen inmediatamente a la derrota en la guerra civil, los militantes libertarios exilados emplean la mayor parte de sus energías, con un fervor digno de mejor causa, en construir una organización, la «Organización», que calca en el vocabulario el dispositivo confederal. Triste período en el que gracias a ese talento, un solo individuo podrá manipular los destinos de una organización que en sus primeros tiempos, sólo en Francia, supera los 30 000 afiliados.²

Órgano de emergencia, justificado quizá por el estado catastrófico que provocó la derrota de 1939, la legitimidad del Consejo general no podía venirle más que del prestigio de sus componentes³ y de su acción, y en primer lugar de sus esfuerzos para reconstruir organizaciones básicas con los militantes exilados. La historia dice que la primera legitimidad desapareció pronto a causa de las tempranas dimisiones, de los fallecimientos y de la dispersión. La segunda nunca la buscó el Consejo general. Sin embargo, los muy escasísimos miembros no difuntos, no di-

1. Véase en este trabajo «¿Reconstrucción o liquidación? la lucha por el "poder orgánico"».

2. Este período ha sido poco historiado más allá de la anécdota y de la explotación de escasos documentos orgánicos. Por los materiales que contienen, son de interés los siguientes libros: Octavio Alberola y Ariane Gransac, *El anarquismo español y la acción revolucionaria*, Ruedo ibérico, París, 1975; José Berrueto, *Contribución a la historia de la CNT de España en el exilio*, Editores Mexicanos Reunidos, México, 1967; José Borrás, *Políticas de los exilados españoles*, Ruedo ibérico, París, 1976. Antonio Téllez, *La guerrilla urbana: I. Facerías*, Ruedo ibérico, París, 1974.

3. Eran miembros de este Consejo según Juan García Oliver: Por la CNT: Francisco Isgleas, Valerio Mas, Juan García Oliver y Mariano R. Vázquez; por la FAI: José Xena, Germinal Esgleas, Pedro Herrera y Federica Montseny; por la FIJL: Juan Rueda Ortiz y Serafín Aliaga. (Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, Ruedo ibérico, Barcelona, 1978.)

mitidos y no expulsados de sus organizaciones básicas, reivindicarían para el Consejo general su calidad de detentador legal, ya para siempre, de la representación del movimiento anarquista español.

Los escasos centenares de militantes exilados en México, entre los que se encuentran algunos de los más prestigiosos anarcosindicalistas de su generación, reconstruyen en 1942 las Regionales (Andalucía, Aragón, Rioja y Navarra, Asturias, León y Palencia, Cataluña, Centro y Galicia...) y designan un Comité nacional de la CNT en el exilio. Las Regionales en México son «de origen», en buena lógica, pues sólo de «grupos de afinidad» podía tratarse. No así en Francia, donde el proceso de reconstrucción es más tardío. Este proceso adopta un estilo espontáneo; se hace al margen del Consejo general del Movimiento Libertario o de lo que de él pudiera existir. Hay un «interregno» (1940-1944) en el cual la «Organización» se ve reducida a grupos locales de afinidad enteramente informales. El híbrido organizativo que se constituye en Francia y en África del norte toma como nombre las siglas MLE-CNT, hecho por sí sólo elocuente: no basta la sigla CNT.

El proceso de reconstrucción en el exilio está recorrido por una falla, que pronto se convertirá en abismo, que separa a los libertarios exilados —como también a los libertarios del «interior»— entre quienes consideran que el período de participación gubernamental —cuyo grado fija cada cual a su gusto—, abierto en julio de 1936, no está cerrado, y aquellos que condenan la participación y entienden que la Confederación debe volver a un punto de partida que cada cual, igualmente, fija donde le parece. Esta querrela «ideológica» la hacía vana la propia solidez del régimen franquista.

El tipo de organización adoptado en Francia traducía un gran pesimismo en lo que

respecta a la capacidad de los obreros españoles de construir por sí y para sí, llegado el momento, el movimiento anarcosindicalista, la CNT. La organización en Francia tiene una base geográfica: la unidad fundamental es la «Federación local» que, en la mayoría de los casos, sólo agrupa a unas decenas de individuos; éstas se organizan en «Federaciones departamentales», que calcan las divisiones administrativas francesas; el edificio es coronado por un Comité nacional y un Comité intercontinental, el primero para Francia y el segundo para el mundo.

La institucionalización de este tipo de organización tiene como objetivo prioritario evitar que surjan otros sistemas de organización más «espontáneos», objetivo sólo en parte alcanzado: las Regionales de origen harán su aparición en Francia y alguna llegará casi a nuestros días; intentos de reconstruir las Juventudes Libertarias son incluso anteriores al Congreso de París de mayo de 1945; el Congreso «autorizará» la existencia independiente de la FIJL; después se «reorganizará» la FAI. El sistema se perfecciona a lo largo del período y, con la ayuda de las escisiones y de las «purgas» que el propio sistema organizativo engendra, logrará esterilizar la acción del conjunto de los confederales exilados. Una sola justificación podía tener el tipo de organización adoptado: reforzar la posición del anarcosindicalismo frente al resto de los grupos políticos exilados —menos numerosos cada uno y posiblemente menos numeroso su conjunto. El camino que dictaban los tan sobados «principios» era dar a los anarquistas españoles un tipo de organización que hiciera compatibles la dispersión geográfica de tan importante masa humana, su riqueza en matices y tendencias, las limitaciones que imponía el Estado francés y la eficacia que exigía la solidaridad hacia los compañeros y la lucha contra el franquismo. Es

decir, una organización con objetivos limitados: conservar y aumentar el potencial del grupo y dirigirlo contra la dictadura.⁴

Pero la organización que se constituyó asumió objetivos maximalistas: «políticos» y «revolucionarios» a la vez antes de la gran escisión (1945), «políticos» y «revolucionarios», por separado, después de la escisión. En tierra ajena, lo que debió ser una organización «discreta», fue una organización ruidosamente pública. La legalización de la organización ante las autoridades francesas constituiría siempre el principal obstáculo con que tropezaron los grupos de acción que se proponían operaciones de guerrilla en España y el que pondría fin en definitiva al único intento coherente de envergadura que intentarían llevar a cabo los libertarios contra el franquismo desde Francia: Defensa Interior.⁵

Aparentemente distinto, el proceso de reconstrucción iniciado en España tras la derrota sigue los mismos alineamientos y está impulsado por los mismos fenómenos profundos que la reconstrucción que se lleva a cabo contemporáneamente en el exilio: reconstruir, al menos en el vocabulario y en la realidad comiteril, la organización sindical CNT. Si en Francia se institucionalizan las siglas MLE-CNT, aquí se institucionalizarán las siglas CNT-MLE. Si en Francia el Estado francés hacía imposible la lucha sindical a una sindical «extranjera», la clandestinidad impedía en España la lucha sindical y las organizaciones aptas para ella, a las que el mero *status* de semiclandestinidad acentúa su vulnerabilidad. Se constituirá una red de comités regionales, provinciales, comarcales y locales, que en algunas regiones alcanzará considerable densidad y una suma de afiliados desproporcionada para los objetivos que se propone la organización, víctima fácil e indefensa fren-

te a la represión franquista, todo ello coronado por una serie ininterrumpida de comités nacionales que se prolonga más allá de la década de los cuarenta. ¿Para qué este tipo de organización en la circunstancia? Los objetivos son también en este caso maximalistas, aunque por su naturaleza descubren que poco se espera del esfuerzo concreto de los afiliados, a los que se organiza para dar respaldo a las alianzas políticas con el resto de las familias del antifranquismo y al monopolio frente a la organización exilada de la representatividad de la CNT y del conjunto del movimiento libertario.

Idénticas en su dispositivo orgánico y su manera de funcionar, en la monopolización de la representatividad y de la legitimidad del conjunto del movimiento anarquista español, en la maximalización de los objetivos que declaradamente persiguen y en muchos de los objetivos subyacentes, ambas organizaciones estaban abocadas a hacerse una guerra que no siempre fue sorda, pero que siempre sería despiadada. Fundamentalmente incapaci-

4. El Partido Obrero del Trabajo (POT) fue una tentativa (1940) encaminada a concretar la intuición de las consecuencias negativas que iba a traer consigo el exilio para el futuro de la CNT: «El llamado Movimiento Libertario debe desaparecer. Solamente deben quedar las siglas de nuestra organización sindical, CNT [...] considerando que la CNT solamente existe cuando puede constituir sus sindicatos en la legalidad o en la clandestinidad [...] considerando que si no se dotaba a la emigración de un órgano político de combate, nunca se podría iniciar y llevar a cabo la liberación de España [...] convenía ceñirse a tácticas que en cualquier circunstancia emergente posibilitasen la liberación de España [...] estudiar la posibilidad de dotar al anarcosindicalismo de un órgano transitorio de lucha». (Juan García Oliver, *op. cit.*, p. 535.) El POT no podía prosperar. Pero su fracaso no hay que atribuirlo a la desafortunada elección de un nombre permanentemente aborrecido entre los confederales. Fracasó porque el fenómeno de burocratización, la voluntad de poder, el ansia de liderazgo, habían calado ya profundamente en gran parte de la «élite» confederal, incluida la que propiciaba la constitución del POT. 5. Véase Alberola, Gransac, *op. cit.*, y *El movimiento libertario español*, Ruedo ibérico, París, 1974, página 265.

tadas para encontrarse en un punto dado, cada una de ellas dispondría de una miniorganización en el «terreno» de la rival. La gran cantidad de afiliados que encuadrarán en ciertos momentos presta un carácter dramático a estas organizaciones cuyas funciones —en el mejor de los casos— confluyen en la práctica en una sola: servir los intereses de grupos restringidos —la «élite»— con vocación de burocracia politicosindical a la cabeza de lo que un día puede ser otra vez la potente y prestigiosa Confederación Nacional del Trabajo.⁶

¿Quiénes constituyen esa «élite»? Su composición la hace muy diferente de lo que cabe llamar élite en las dos décadas precedentes. Los hombres que han dirigido «la CNT», una y otra, a lo largo del interregno 1939-1975 no eran en su mayoría anarcosindicalistas caracterizados.

En muchos de los componentes de esa «élite», la vida sindical había sido breve, accidental, o simplemente inexistente. Los residuos del sindicalismo puro y del treintismo son abundantes en ella, lo que permitirá ciertas maniobras sindicales de gran calado (el Partido laborista y el «cincopuntismo»). La militancia de muchos de ellos tiene un pasado estrictamente «específico». Abundan los intelectuales poco vinculados al movimiento obrero. No escasean quienes se incorporaron a la CNT durante la guerra civil española, es decir, en una época en la que la lucha sindical y la formación que trae consigo había pasado a segundo plano, en una época en que pertenecer a los comités confederales atribuía parcelas de «poder». Y, sobre todo, abundan los militantes procedentes de las Juventudes Libertarias, que envejecerán en los comités de la organización del «exilio» y de la organización del «interior», sin haber participado nunca en el movimiento sindical: la llamada «generación perdida» a la que pertenezco y que, a juz-

gar por el origen, la «vivencia» y la trayectoria de sus más destacados representantes en la «élite», no éramos lo más apto para asegurar el relevo de los luchadores que hicieron la CNT. Esta «élite» era sustancialmente incapaz de asumir una tarea modesta, callada; su carácter común es la suficiencia, el personalismo, la carencia de solidaridad más allá del exiguo grupo a que se pertenece. Y una de sus primeras tareas habrá sido la de destruir concienzudamente las personalidades que les hacían sombra, aquellas cuyo prestigio hundía sus raíces en suelos que pocos de ellos hollaron. Aquella común suficiencia encubre un no menos común complejo de inferioridad: esa «élite» necesita representar para ser, le basta con parecer y retirar provecho de ello, talante éste poco libertario. Y la explicación hay que buscarla en el pesimismo, en el desplome de su voluntad de lucha que les llevó a considerar definitivamente perdida la partida tras el doble triunfo de Franco y de Hitler. Con muy escasas excepciones, sólo *a posteriori*, tardíamente, considerarán la segunda guerra mundial como prolongación de la guerra civil española. Ese pesimismo permanecerá intacto bajo el aparente optimismo, el delirante optimismo, que vinculó la revancha contra Franco a la victoria de los Ali-

6. El aparente respeto de las normas federalistas —congresos, plenos, referéndums— no logra ocultar un hecho flagrante: la manipulación de ambas organizaciones por un reducido número de individuos. Y a estos individuos limito mi caracterización. «Las consecuencias que supuso el mantenimiento de la estructura confederal en la clandestinidad, con la detención de muchos compañeros que trabajaron dentro de ella se dejaba ya sentir. Muchos grupos de compañeros pensaron en la conveniencia de reducir su actuación a grupos de afinidad y desde ellos proyectar en la medida de lo posible y de sus fuerzas, el ideario anarcosindicalista. Esta posición no era espectacular, pero podía dejar sembrada para el futuro la semilla para el resurgimiento de militantes jóvenes.» («Informe sobre el problema de los cincopuntistas realizado por la Comisión nombrada para este fin por el Pleno local de militantes de la CNT de Madrid», junio de 1976.)

dos sobre el fascismo, es decir, revancha sin esfuerzo, susceptible de procurar un poder reflejo, un poder burocrático, un poder de Estado. Esas características tenían que favorecer de manera «natural» la prepotencia de uno de los miembros de la «élite». Pocos de ellos escaparán a ese talante. El período ve la desaparición de esa especie rara que es el militante anarcosindicalista.

La bibliografía citada no basta para disipar la oscuridad en que el silencio histórico ha dejado a este período. En la circunstancia, el silencio no cabe atribuirlo, como en otros casos, a la propia incuria de los interesados o al peso de agentes exteriores (carencia de fuentes, censura...). El reiterado alegato de lo inoportuno de hacer públicas las «lacras orgánicas» que pueden dar armas al enemigo no oculta ya las profundas razones de la «élite» para mantener ese silencio. Los miembros de la «élite», aun implacablemente opuestos entre sí, respetaron ampliamente la «ley del silencio» como cualquier mafia, y sus querellas sólo darán lugar a alusiones ininteligibles para los no iniciados. Todavía a mediados de 1978 es explicable que se pueda escribir que «hubiera sido necesario hablar del oscuro período 1939-1976, detallar más el turbio papel que jugó y juega el exilio y sus diversas mafias; entrar en datos concretos sobre la materialidad del poder de las diversas mafias del exilio y del interior, tanto las «ortodoxas» como las «sindicaleras», incluso dar nombres; datos con pelos y señales [...] una fenomenología del poder en la CNT y las razones económicas, psicológicas, patológicas, por complicidad, gangsteriles [...] de ese poder. [...] Lo inoportuno hoy es callar».⁷ Y, todavía hoy, el velo del secreto sólo discretamente es descornado por unos⁸ y mantenido rígidamente tendido por otros sobre los procesos más significativos del período.

Reprochando a los editores⁹ de *Elementos para una comprensión correcta de cuarenta años de exilio confederal y libertario* lo tardío de la publicación y sus significativas lagunas, puede alegar *Confrontación*: «Este retraso se hace curiosamente significativo por cuanto evita toda referencia a lo ocurrido con anterioridad al magno congreso celebrado en París durante los primeros días de mayo de 1945, es decir, un período, el de los comienzos del exilio, sobre el que existe, orgánicamente, la mayor desinformación [...] faltan precisiones en cuestiones graves concernientes a esa época, y los editores del “libro blanco” deben, sin duda, encontrarse en condiciones de ofrecer algunos “elementos” de valor para aclararnos como es debido [...]».¹⁰ Las páginas más sombrías de la historia del movimiento libertario español serán, sin duda alguna, las que deben escribirse sobre el período 1939-1945, sobre el que el libro inspirado por los mantenedores del «oficialismo» escamotea la información. El saber es poder, el secreto poseído confiere poder o conserva poder, como descubre la propia conclusión de *Elementos para una comprensión...: «No hemos dado todos los documentos que podíamos dar. Hemos dado los que hemos considerado indispensables, pero existen muchos más. Y sepan todos que nuestra historia escrita, como la otra, nos la haremos nosotros mismos; lo que equivale a decir que no dejaremos*

7. *El Topo Avizor*, julio-agosto de 1978. La formulación de este texto es excesiva y ha irritado a más de un timorato; empero, la idea central del mismo corresponde correctamente a una situación de hecho.

8. Entre la reciente bibliografía, son ejemplares: Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, op. cit.; Juan Manuel Molina, *El movimiento clandestino en España, 1939-1950*, México, 1977. Consúltense Alberto Hernández y Javier Fernández, *El movimiento libertario español y su desarrollo en Cataluña, 1939-1950*, inédito.

9. «CNT de España en el Exilio», Toulouse, 1978.

10. «Arbitraria selección», *Confrontación*, febrero de 1979.

que nos la deformen, por interés o conveniencia». Germinal Esgleas sigue siendo propietario de la historia de la CNT.¹¹ Pero también es cierto que ese secuestro de historia puede ser atacado eficazmente. Y puede serlo por el propio grupo animador de *Confrontación*, como prueba su número citado.

El choque de la «élite» —interior y exilada— con los hombres que en la década de los 70 inician la tarea de reconstruir la CNT, algunos no tan jóvenes, no puede ser calificado de «choque generacional», porque esto escamotea el problema fundamental. Cuando dentro de las fronteras del Estado español se manifieste de nuevo un movimiento obrero auténtico y autónomo, las Comisiones obreras de 1960, los cuadros confederales residuales se inhibirán ante el mismo. La vacuidad del razonamiento de que se trataba de un movimiento inspirado por el PCE la probará la propia historia de las Comisiones obreras.¹² Si en ese período todavía aquellos cuadros son capaces de oponerse victoriosamente a maniobras políticas de especulación con la sigla («cincopuntismo»), y si todavía pueden gastar militantes en luchas políticas o «terroristas», ya no disponen de militantes de prestigio aptos para la lucha sindical, es decir, en los lugares de trabajo. Los obreros anarquistas o anarcosindicalistas se perderán en la marea de militantes comunistas, cristianos y neomarxistas.

Los resultados del período que analizo en este capítulo permiten diferenciar las intenciones de la «élite interior» de los objetivos perseguidos por los inspiradores de la fracción hegemónica de la «élite exilada». Es difícil —generoso— limitar las intenciones de esos inspiradores a la conservación de un poder ideológico, político o simplemente burocrático sobre las organizaciones residuales exiladas en cada momento presente y, en el futuro, sobre

la renaciente CNT, cuando el conjunto de los resultados de la estrategia por ellos impresa cabe ser interpretado como empresa de liquidación del anarcosindicalismo español. Y es plausible la hipótesis de que el estudio del período final de la guerra civil y el ya aludido de 1939-1945 pueda revelar la naturaleza de aquellos objetivos.

La «élite interior», tanto en las más aberrantes empresas (Partido laborista, «cincopuntismo»...), encaminadas a poner a la CNT al servicio de fuerzas ideológicas y políticas exógenas a la Confederación, como en aquellas más «legítimas», dirigidas a desviar a la CNT por éste o aquel derrotero (sindicalismo «puro», sindicalismo «moderno», reformismo, gubernamentalismo...), o mantenerla en sus tradicionales vías (anarquismo, sindicalismo

11. Las maniobras en torno a los archivos del Comité nacional de la CNT depositados en 1939 en el Instituto de Historia Social de Amsterdam, a los que aún aludía recientemente la prensa no confederal ni afín, constituyen un avatar más de la solapada lucha por conseguir el monopolio de la información, por perpetuar el secreto sobre determinados capítulos de la historia confederal.

12. Desde la fundación de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, en sus páginas se dio amplia cabida a los problemas que suscitaba la manifestación en el movimiento obrero español del original fenómeno que constituyeron las Comisiones obreras en la década del sesenta y, especialmente, a las luchas de las tendencias que en ellas se enfrentaron. Esas luchas revelan que el dominio del PCE sobre las Comisiones obreras fue largo tiempo combatido. Por su «forma», las Comisiones obreras constituían un sindicalismo de transición, ideológicamente disponible, pero inmerso en las luchas obreras. La reconstrucción de la CNT será posible, en gran parte, años después, gracias a numerosos grupos obreros separados de las Comisiones obreras a causa del control tardíamente alcanzado sobre ellas por el PCE. [Véase en *Cuadernos de Ruedo ibérico* (las cifras entre paréntesis corresponden al número de orden del fascículo): ***: «El año X de las Comisiones obreras. Historia y análisis de un proceso de degradación política» (31-32); Jerónimo Hernández: «Aproximación a la historia de las Comisiones obreras y de las tendencias forjadas en su seno» (39-40); Julio Sanz Oller: «La larga marcha del movimiento obrero español hacia su autonomía» (*Horizonte español* 1972, II); Andrés Vidal: «Peligros y posibilidades de las Comisiones obreras» (20-21).]

revolucionario...), se desgarran en facciones alrededor de la posible función, en un sentido esquemático y empobrecido, de la Confederación en la sociedad española. Ello permite limitar las intenciones de esa «élite interior» al dominio de la CNT, de su CNT, por cada una de sus fracciones, en fin de cuentas a la conservación de la CNT y a su desarrollo o a su transferencia unilateral. Por ello, las pugnas —siempre de consecuencias graves— que desgarraron a la «élite interior» en el período que concluye en 1976 permitieron cierta coexistencia de las diversas «tendencias» en el marco de los comités «orgánicos».

Ese carácter «conservador» se manifiesta claramente en el período de reconstrucción de la CNT, en contraste evidente con el talante intransigente —«ideológicamente» intransigente— de la fracción hegemónica de la «élite exilada». Si el arma predilecta de la «élite interior» es el uso y el abuso de su pretendido monopolio del conocimiento *canónico* de la normativa confederal, de lo que es «orgánico» y no lo es, de lo que es propio de «nuestros medios» y no lo es, la «élite exilada» recurre a un arma *teológica* más eficazmente destructora: el anatema ideológico. «Los compañeros del exilio [...] siempre tuvieron el máximo respeto para nuestras decisiones, sin que desde 1976 se hayan dado interferencias de ningún tipo, ni de ellos en nuestro desenvolvimiento interno ni de nosotros en el suyo», podrá alegar Juan Gómez Casas en su polémica con Juan Ferrer.¹³ La afirmación puede ser fácilmente impugnada, pero lo significativo de ella no reside en su desacuerdo con los hechos.¹⁴ Implícitamente, este elocuente texto, como otros de carácter orgánico, atribuye carácter confederal a las organizaciones residuales exiladas. La beligerancia hacia los representantes de éstas —dictada por consideraciones tácticas, incluso de orden financiero, o por imperativos

moral y políticamente más estimables— ha sido uno de los granos de arena que entorpecieron, y paralizaron a veces, el desarrollo del proceso de reconstrucción. Aduzco solamente una de las líneas de fricción en que tanto tiempo y energía se consumieron: la que se polarizaba entre la existencia autónoma —detentadora de la legitimidad— de las organizaciones residuales dominadas por la fracción hegemónica de la «élite exilada» y el funcionamiento de tales organizaciones como parte integrante de la CNT «de España», fricción que acentuaba la existencia de la agrupación de los expulsados de la «CNT de España en el Exilio»: *Frente Libertario/Presencia Confederal y Libertaria*. Desde el primer Pleno nacional de la CNT reconstruida (24-25 de julio de 1976), la cuestión quedaba planteada de manera ambigua: «El problema del exilio estaba igualmente al orden del día, problema espinoso si los hay. Tras debate, la CNT de España declaraba sentirse solidaria de la CNT en el exilio, “entendiendo por ello el conjunto de los compañeros” del exterior, proponía la incorporación al Comité nacional —con carácter consultivo— de delegados de “cada uno de los dos grupos” del exilio e invitaba a las dos tendencias a buscar un terreno de entendimiento y de unificación».¹⁵

Desde entonces poco se ha adelantado. En el Pleno nacional de septiembre de 1977, el asunto parece definitivamente zanjado: «El Pleno acuerda: Para ser miembro de la CNT de España, hay que trabajar y residir en España; se agradecen y aceptan las colaboraciones que vienen aportando los compañeros del exilio, pero se les recomienda que, dada la posición

13. *Saliendo al paso*, Madrid, 10 de agosto de 1978.

14. Véase en este trabajo las páginas 62-64.

15. Freddy Gómez, «Grandezas y miserias del movimiento libertario español», en este mismo fascículo.

internacionalista del anarcosindicalismo, se afilien o contribuyan a crear secciones de la AIT en los países donde viven y trabajan; en cualquier caso, los problemas del exilio o la emigración los deben resolver los propios interesados sin interferencia nuestra, ni de ellos en la CNT».¹⁶ Aparentemente claro, este texto contiene contradicciones profundas y su operatividad será nula. En los hechos no se habrá dado ni un paso. La afirmación del secretario del Comité nacional de la CNT en una Plenaria anterior («No podemos dar la cara en problemas que no hemos creado y éste es uno de ellos. No podemos salir en Quijotes a resolver un caso que no tiene solución»), no habrán sido palabras vanas.

Los hechos despojan de validez a las afirmaciones destinadas a anclar la idea de que el «exilio» es actualmente sólo un fantasma enarbolado por «quienes sin conocimiento real de los problemas o por mala fe, o por intentar justificar actitudes de grupo, hablan hoy de “mafias del exilio”, intentando transferir a España problemas ya viejos y superados y que no tienen aquí y ahora ninguna razón de ser».¹⁷ Contra las afirmaciones en sentido contrario, la fracción hegemónica de la «élite exilada» sigue siendo un actor importante en el desenvolvimiento de la CNT, directamente o a través de sus aliados en España, y ello quizá no es ignorado por quienes las formulan: «La postura real del exilio ha sido primero la de conciliar las diferentes opciones [...], propugnar un equilibrio [...] respecto a las corrientes históricas confederales [...]. Pero aun habiéndose establecido relaciones con tal o cual sector según la mayor o menor afinidad, ello no tiene ninguna incidencia».¹⁸ Establecer relaciones, conciliar opciones, propugnar equilibrios no son sino esfuerzos encaminados a perpetuar el cordón umbilical que, al parecer, *debe* unir a la CNT a su

madre exilada, es decir, a los sempiternos representantes de un grupo «en vías de extinción natural», porque «la CNT es de ellos. Por consiguiente, mientras ellos no den el visto bueno, la voluntad de miles de trabajadores de organizarse según los principios confederales no tiene ningún valor. Ellos son los jueces que deciden la homologación de la CNT del interior».¹⁹ No se trata de una afirmación meramente simplificada al servicio de una polémica de «tendencias». Desde el polo opuesto, había explicitado Juan Ferrer, con sinceridad digna de encomio si la hubiera formulado en un marco menos secreto, la «doctrina» impugnada por Díaz: «El exilio es responsable de la existencia de la CNT [...] solamente él tiene capacidad para fijar posiciones y, con su ascendencia moral sobre el conjunto de la militancia, delimitar los campos, delimitar las actividades respecto al anarcosindicalismo. El papel es importantísimo [...] y, por supuesto, anula cualquier intención y cualquier camino que lleve a la destrucción o desaparición del propio exilio [...]. Asegurar el exilio es precisamente asegurar el interior».²⁰

Las afirmaciones de Ferrer tienen una clara motivación táctica y revelan las alianzas de quien las ha formulado. Pero de ellas se deriva automáticamente el corolario, que trasciende lo táctico, de la permanente minoría de edad de la CNT mientras exista un «exilio» —su fracción hegemónica y «legitimista»— que *no debe* morir. Corolario derivado de premisas delirantes, formuladas en un contexto orgá-

16. Actas del Pleno.

17. Informe del Secretariado permanente saliente, en CNT, Madrid, 3 de junio de 1978.

18. Luis Andrés Edo a *El Viejo Topo*, 31 de abril de 1979.

19. José Antonio Díaz, *ibid.*

20. Del Informe de la delegación [Juan Ferrer] del País valenciano al Pleno intercontinental ampliado, Toulouse, mayo de 1978.

nico malsano, pues de la perennidad del «exilio» sí es, en gran parte, responsable la CNT reconstruida. Es la CNT de los comités —resultado del enfrentamiento de las «tendencias» y de sus sistemas de alianzas— la que privilegia con sus reticencias y ambigüedades al «exilio» y, en consecuencia, a su sector «legitimista». La ambigüedad resuena todavía ayer mismo como un eco —«ellos [la “CNT de España en el Exilio”] tienen que aceptar que ha llegado el momento del traspaso de poderes»— en un artículo que, por lo demás, plantea el problema crudamente: «El último servicio que el exilio puede rendir a la CNT es el de entregar sus sellos, sus archivos y sus fondos, o lo que quede de ellos, al Comité nacional legítimamente elegido».²¹

Una organización establecida sobre bases sanas poco más podía esperar del «exilio» a la altura de 1976. Una organización *sindical* no podía esperar afiliados de ese exilio. La impotencia del exilio libertario español en materia de estrategia política, de desarrollo ideológico y de investigación teórica no me parece necesario demostrarla aquí. La estrategia se formula de acuerdo con las fuerzas en presencia. La ideología y la teoría se asumen o se crean, y no se heredan. La representatividad legítima de la CNT embargada por las organizaciones residuales libertarias, según la normativa confederal, era discutible incluso para el legista de más ancha manga: la CNT está donde están sus sindicatos y, en la circunstancia —reconstrucción de la CNT—, bastaba engarzar con la CNT de 1936 a través de formas organizativas, *en primer lugar*, y asumiendo el acervo ideológico, político y táctico de los congresos nacionales del pasado, *en segundo término* —hasta el congreso de la reconstrucción.

Ni siquiera como banderín de enganche eran necesarios o útiles el «exilio» o las

«figuras históricas». El banderín de enganche anarcosindicalista en el período de reconstrucción de la CNT —en menor medida que las circunstancias objetivas globales, hay que insistir en ello— ha sido la propia sigla CNT, una presencia difusa, más o menos deformada por propios y extraños, de la acción confederal antes y durante la guerra civil en la memoria colectiva, algún símbolo mítico, más o menos sólido, como Durruti. Pero no el prestigio del «exilio» o de los militantes «históricos». Entre los viejos militantes de la CNT del interior y los nuevos militantes de la CNT reconstruida, el prestigio del «exilio» ha sido nulo y —más allá de las alianzas tácticas— ha estado siempre viva en ellos la resistencia, clara o ambigua, a las empresas de aquél.

«Los afiliados recién llegados siguen fijando sus posiciones por las figuras características de la propia organización confederal. Y esas figuras, que se quiera o no se quiera, están todas en el exilio [...]. Es necesario intervenir porque si no son esas figuras relevantes las que marcan las posiciones anarcosindicalistas, la pérdida de la brújula es peligrosísima y lleva inexorablemente a la destrucción del conjunto de las ideas anarcosindicalistas como elementos motrices de la actividad confederal», afirma Juan Ferrer.²²

La alusión es clara y no puede sino converger en dos individuos únicamente,²³ uno de los cuales —precisamente el vértice de la fracción hegemónica de la «élite exila-

21. José Antonio Díaz, *loc. cit.* (Todos los acuerdos relativos a la CNT de España en el Exilio están minados en su base. Los órganos de coordinación de la CNT reconstruida no fueron capaces de alcanzar autonomía financiera. Vivieron siempre en la penuria, pero en la penuria fácil, pasiva. Esos órganos fueron siempre dependientes financieramente del Secretariado intercontinental de la CNT de España en Exilio. Esta circunstancia despoja de gran parte de su vigor a los acuerdos de Plenos y plenarios en relación con el «exilio».)

22. Informe del País valenciano, *op. cit.*

da»— es todavía hoy escasamente conocido entre los «afiliados recién llegados» a la CNT y perfectamente desconocido del conjunto de la clase obrera, como corresponde al estilo de su actividad como ideólogo anarquista, como estratega revolucionarios y como organizador confederal desde 1939.

El Pleno nacional de Regionales de la CNT de abril de 1979 discutirá todavía quién representará a la CNT en el Congreso internacional de la AIT. La decisión del Pleno es elocuente: la CNT será representada «únicamente por la CNT de España»; pero a «título informativo» podrá estar representada en el Congreso la «CNT de España en el Exilio».

En la primavera de 1979, la influencia del «exilio» en la crisis de la CNT de Barcelona ha sido decisiva. Ha apoyado a Luis Andrés Edo. ¿Han influido en ello las decisiones del Pleno nacional de Regionales de la CNT de abril de 1979? Tres años después de iniciarse la reconstrucción de la CNT en España, un Pleno nacional aprueba por unanimidad: «Considerando la real implantación de la CNT en España, y habiendo desaparecido las condiciones que justificaron la razón de ser de la CNT del Exilio, se solicita la disolución de la misma. Paralelamente a esta disolución se solicitará, por el conducto orgánico, la devolución a la CNT de España de los archivos, bienes, etc., procedentes de España en 1939, que se encuentren en su poder». ²⁴ El heroísmo de la decisión sólo tiene parangón con la ambigüedad del texto que refleja, una vez más, la problemática de las relaciones entre la «CNT de España en el Exilio» y la Confederación Nacional del Trabajo.

Federica Montseny afirmará en París que habiendo «ingentes problemas que debe hoy resolver la CNT [...] ¿qué necesidad había de entretenerse en un Pleno nacional, a decidir en la cúspide, cosa que no

se ha hecho nunca en nuestra organización donde los acuerdos se toman en la base, a decidir que el exilio se disuelva?». ¿Hoy? ¿Es éste el primer acuerdo que no se adopta en la base? La elegía es un género literario tan respetable como cualquier otro: «¿Qué necesidad había de dar a esta vieja guardia, a esta militancia heroica que siempre ha dicho presente y que ha compartido todos los sinsabores y todas las luchas, la bofetada de decirles, no misión cumplida, sino disolveros». ²⁵ ¿Qué misión?

Federica Montseny ignora «cuál será la resolución del exilio». Formalmente los acuerdos del Pleno quizá tengan efecto. En los hechos, los términos de la ecuación variarán poco.

«La CNT del exterior no va a hacer la revolución, ni fuera ni dentro». ²⁶ No la hizo ni la intentó ayer. La penosa situación individual de sus miembros no puede justificar el fracaso político de su conjunto. Los exilados libertarios españoles de 1939 se enfrentaron con realidades sociales y políticas difíciles de modificar. Pero ningún otro exilio dispuso en potencia como él de tantas posibilidades —demográficas, geográficas y coyunturales— para afirmarse políticamente. Esas posibilidades hacen que el fracaso se manifieste con evidencia agresiva y que plantee preguntas a las que sólo puede responder la historia aún no escrita. No podemos esperar esas respuestas, por necesarias que sean. Tardíamente ya, hay que hacer frente a las con-

23. Federica Montseny y Germinal Esgleas. No sé si las «figuras relevantes» que escucharon la demagógica oración de Juan Ferrer ante el Pleno intercontinental ampliado enrojecieron de vergüenza o palidieron de miedo ante las responsabilidades que les adjudicaba el orador. También cabe que consideraran que aquellas palabras eran simplemente un homenaje merecido.

24. Actas del Pleno, citadas en CNT, Barcelona, junio de 1979.

25. CNT, Barcelona, junio de 1979.

26. José Antonio Díaz, *loc. cit.*

secuencias del fracaso del exilio libertario. Hasta hoy se prolonga en el fracaso de la reconstrucción de la CNT y puede perpetuarse en el fracaso definitivo de ésta, cubriendo con una losa de silencio causas objetivas y responsabilidades subjetivas. Adoptando nueva forma, la larga guerrilla entre la «CNT de España en el Exilio» y la Confederación Nacional del

Trabajo va a prolongarse, confundiendo-se con ellas, en las maniobras que oponen a los partidarios de la FAI, «columna vertebral de la CNT», a los mantenedores de la autonomía de la Confederación, a la «tendencia ortodoxa» que considera secundario el carácter sindical — obrero — de la CNT a quienes dan la primacía a ese carácter.

Editions Ruedo ibérico

Gabriel Jackson
Breve historia
de la guerra civil
de España

Síntesis brillante de la guerra civil española. Jackson ha hecho compatible la brevedad y el rigor con la claridad de las exposiciones — son notables las descripciones de la vida políticosocial en las retaguardias republicana y sublevada —, con la profundidad de los análisis de los hechos políticos y la riqueza de las interpretaciones originales sólidamente fundadas.

Índice: Prólogo. El trasfondo de la guerra civil. De la rebelión de octubre a la sublevación militar de julio de 1936. De un pronunciamiento a una guerra civil internacional. La revolución y la contrarrevolución. El asedio de Madrid. La evolución política desde octubre de 1936 hasta mayo de 1937. Un año de guerra: de abril de 1937 a abril de 1938. Aspectos internacionales de la guerra civil. Desde la consolidación pacífica del régimen hasta la victoria nacionalista. La importancia actual de la guerra civil. Bibliografía. Índice de nombres.

212 páginas

Ibérica de Ediciones y Publicaciones

Ayuntamiento de Madrid

3. ¿Reconstrucción o liquidación?: La lucha por el "poder orgánico"

«Agrupar conjuntos homogéneos no valía la pena; establecer la convivencia de los diferenciados, ése había sido el problema que hoy tenemos aún planteado entre nosotros», ha dicho Max Nettlau, refiriéndose a la ruptura de la primera Internacional. Mientras tuvo existencia como organización sindical, la CNT obedeció al profundo impulso que revelan esas afirmaciones y fue una organización heterogénea desde su fundación. Sin embargo, en su primer Congreso (1910) fue capaz de adoptar una serie de acuerdos que ponen de manifiesto una unidad profunda, buscada a través de su propia variedad y de su propia acción. Cuando la CNT volvió a ser una organización sindical, la heterogeneidad se manifestó agresivamente: «Una de las cosas que más sorprenden al simpatizante de la CNT es la gran variedad humana que albergan esas siglas. Desde los sindicalistas conscientes hasta los folklóricos de la bandera negra y la A pintada en el culo, sin olvidar los marxistas libertarios, los "pasaos" de Ajoblanco, los malos copistas del situacionismo, algún ex MIL, en vía de regeneración, una cierta *gauche anarco-divine*, los exilados que han parado su reloj en el 36».¹ Importa subrayar que en la heterogeneidad descrita prevalecen los caracteres «vivenciales» sobre los políticos.

La reconstrucción de la CNT tiene el talante de una empresa voluntarista. Empero, su relativo éxito en los años 1976-1977 es explicable porque el entorno en que se insertaba aquel voluntarismo era favorable a la reconstrucción —o a la recreación— de una organización como fue la CNT. Es decir, la existencia de un «espacio político» para la CNT.²

A lo largo del período 1939-1976 existió la voluntad de mantener la exis-

1. Julio Sanz Oller, en *Solidaridad Obrera*, marzo de 1977.

2. Véase en este trabajo «El horizonte del anarco-sindicalismo».

J. M. Peña

Ópticas y dioptrías

Hablan dos militantes de la CNT de la reconstrucción

Cualquiera de los trabajos que se ofrecen en este suplemento de *Cuadernos de Ruedo ibérico* sobre la CNT, tienen sin duda el común denominador de basarse en una documentación contrastada, «fiable». Seguro estoy de que cualquiera de las argumentaciones seguidas por mis compañeros se apoyan en un conjunto de datos comprobables y se habrá pretendido, sean del tipo que sean las conclusiones a las que el lector llegue, facilitar una información que le permita medir la actual vitalidad de la CNT como organización anarcosindicalista y distinguir entre la colección de sus distintas «imágenes», cuál de todas ellas es la que nos remite o nos acerca a su propia realidad, así como qué tipo de «intereses» pudieran animar a los que fabricaron aquellas otras (imágenes) que nos la ocultan o nos distancian de ella (la CNT).

En ese mismo afán desenmascarador, pareció oportuno incluir también una «imagen introspectiva» de la CNT: que la misma CNT, por sus mismos militantes y de manera directa, inmediata, se nos mostrase.

tencia de la CNT y sólo pudo concretarse en la presencia de una red más o menos permanente de comités que se asignaban el nombre de CNT. La capacidad de la sigla CNT de suscitar «organización», de asimilar a organizaciones existentes no confederales, su capacidad de movilización y la resonancia que halla en las «masas» a lo largo del año 1977, son fenómenos no imputables a aquel voluntarismo. No puedo detenerme en el análisis de los caracteres del entorno que hace posible que aflore con cierto vigor la CNT en 1976-1977. Cabe, empero, señalar dos circunstancias. Los rápidos y superficiales cambios políticos que tienen lugar en ese período inspiran un innegable triunfalismo en la clase obrera española, al que son muy sensibles los primeros protagonistas de la reconstrucción de la CNT. No obstante ese triunfalismo, el análisis de la coyuntura lleva a la conclusión de que la clase obrera está abocada en ese período a la defensiva —por dos series de fenómenos: los inherentes a la desaparición formal de la dictadura franquista y los que tienen su causa en la crisis mundial del capitalismo—, y se bate en retirada, aunque sólo tardíamente vaya tomando conciencia de ello.

Parecería inevitable que, en la circunstancia, la vida de la CNT tuviera que estar determinada hegemonícamente por los fenómenos del entorno en que se desarrollaba. Pero, constatación de grave significado, ello no ha sido así, al menos de forma directa. Todo indica que la CNT ha vivido en el período que aquí trato al margen de ese entorno, pendiente de manera narcisista de la imagen que de sí misma contempla. Con escasas excepciones individuales, los protagonistas, los manipuladores de la reconstrucción de la CNT no han visto, o no han querido ver, el entorno que la globaba. La CNT apenas incidirá sobre ese entorno.

El proceso de reconstrucción de la CNT que se inicia en febrero de 1976 tiene escasos puntos comunes con el proceso que dio origen a la CNT en 1910. El acto fundacional de la CNT fue un congreso —el primero de

Ópticas y dioptrías

Buscábamos reflejar la vivencia, satisfecha o frustrada, del ideario «anarcosindicalista» o «anarquista» o «libertario», en los hombres y mujeres vinculados con las siglas CNT. Era nuestro interés recoger lo que en concreto animaba a la gente para «hacer CNT»; referir los «caracteres» de ese vínculo que liga a un individuo con la organización CNT y también, en la medida de lo posible, ofrecer un testimonio del «sentimiento de protagonismo» que respecto de su organización tiene el cenetista.

Resulta claro, pues, que en nuestra intención estaba evitar lo «orgánico», lo «político» y cuanto hiciera referencia a ese colectivo abstracto que pueda ser la CNT y a su aparato burocrático, porque nos preocupaba mucho más lo personal, lo individualizado y lo que en el militante produce unas sensaciones o sentimientos concretos en relación con su organización y los ideales que su militancia pretende subrayar.

En razón de esto, se preparó un cuestionario muy determinado que fue aflorando al hilo de la conversación y que sería desarrollado de forma libre y espontánea, pudiendo el entrevistado «derivar» el coloquio en el sentido que le pareciera más oportuno, siendo por ello de lo más significativo los aspectos abordados o eludi-

Bellas Artes— al que concurren más de cien delegados que representan a sindicatos o a organizaciones obreras preexistentes.

En el proceso de reconstrucción confederal que ahora concluye ha desempeñado un papel importante la voluntad de permanecer de la vieja militancia, incrustada en los comités de dentro y de fuera, servida más que por su experiencia por sus redes de relaciones, por una moral hartó relajada, traducida en el hecho de condicionar la poca ayuda que podían aportar a los nacientes sindicatos, a la *naciente* CNT.³ No obstante, la responsabilidad no es imputable únicamente a la existencia de los viejos comités «exilados» o «interiores». La denodada resistencia de los antepasados ha sido un caldo de cultivo propicio para los gérmenes de burocracia que innegablemente contiene todo el proceso de reconstrucción de la CNT: los viejos comités fueron barridos, pero la influencia de sus componentes seguirá pesando gravemente; los nuevos comités han seguido siendo a lo largo del período que hoy concluye (?) el resultado de compromisos entre facciones, entre «minimafias» en más de un caso, de trabajos de zapa y entre bastidores en los más, de «golpes de Estado», incluso: esos comités serán el terreno predilecto en que se diriman los conflictos entre «tendencias», y esa circunstancia hace de ellos el lugar de una práctica orgánica «reformista», más allá de cualquier afirmación anarquista o de cualquier imputación de reformismo.

La CNT actual ha renacido, en sus grandes líneas, a partir de una red comiteril. Los sindicatos vinieron de otra parte, o fueron viniendo, insertándose en una estructura ciertamente renovada en sus componentes, pero bastante rígida girando ya sobre sí misma. Los hechos sociales no obedecen de manera absoluta a esquemas teóricos. Pero fue posible aplicar en la circunstancia con bastante pureza la línea que imponían los postulados todavía válidos del *corpus* que constituyen los acuerdos de los congresos y las costumbres confederales. Los mismos militantes que impul-

Ópticas y dioptrías

dos por cada uno de nuestros personajes, máxime teniendo en cuenta que, tanto el cuestionario ofrecido como la forma de registrar sus respuestas fueron idénticos en ambos casos.

Por otro lado, resulta evidente el carácter parcial y subjetivo de este trabajo. No queríamos hacer una encuesta porque no se trataba de pulsar un estado general de opinión, sino más bien sumergirnos en unos estados particulares de ánimo. Tampoco se ha buscado una «muestra-tipo» o un grupo de militantes con cuyas actitudes se pueda generalizar y sirvan para explicar las del colectivo, porque la cuestión era mostrar «cómo estaban sintiendo las cosas de la CNT algunos cenetistas», en el convencimiento de que este tipo de información «deformada», circunstancial y aleatoria también es información (generalmente despreciada), pero además y sobre todo, es comunicación.

Se recurrió a la relación de amistad o de conocimiento que nos ligaba personalmente con algunos militantes de CNT a la hora de fijar el grupo de participantes, y, en ningún momento, nos importaron las diferentes motivaciones o intereses que cada uno de ellos tuviera a la hora de aceptar nuestra invitación, siendo el único rasgo selectivo el que se pretendió la participación de militantes adscritos

saron el movimiento de reconstrucción de la CNT desde los lugares de trabajo pudieron empezar por el sindicato, por los sindicatos, en vez de disputar legitimidades preexistentes, primero; en vez de disputarse, después, el dominio de la estructura comiteril. Debieron partir de un principio agresivamente claro: la CNT son sus sindicatos, no sus comités.

Los grupos organizadores de la CNT debieron haber pululado, pero con un solo objetivo: contribuir a organizar sindicatos, salir al terreno, manera más confederal de crear militantes que los debates de comité. Ni la pureza ni la homogeneidad ni el rigor pueden constituir valores primeros en la etapa reconstructiva y el haber seguido otro camino tampoco ha aportado la pureza ni la homogeneidad ni el rigor. Y esos grupos debieron afirmar tajantemente su provisionalidad, su unifuncionalidad y su objetivo imperativo de ir rápidamente a la celebración de un Congreso nacional de sindicatos. Los hechos prueban que no se quiso que fuera así.

El acto que inicia oficialmente la reconstrucción de la CNT —la Asamblea ampliada de sindicatos, locales, grupos y militantes de Cataluña (Sans)⁴ reúne casi quinientas personas, pero está lejos de ser un Congreso o una Conferencia regional de sindicatos. Las actas de esta asamblea son poco explícitas en lo que se refiere a la naturaleza de aquellas delegaciones, muchas de las cuales sólo a sí mismas se representan. Reunión informal si cabe, encaminada no a crear algo nuevo sino a «revalorizar y dinamizar la CNT», algo que «existe», la asamblea se propone, sin embargo, objetivos que desbordan ampliamente las atribuciones que puede asignarse un comicio de tal índole: aborda con carácter deliberativo problemas organizativos, competencia exclusiva del sindicato y del congreso según las normas de una organización que *sólo se reconstruye*. Desde el

3. Véase en este trabajo el capítulo «Exilio»-«Interior»: la CNT que no lo fue».

4. Fue precedida de una reunión semejante en

Madrid y seguida inmediatamente de otra en Valencia.

5. Juan Gómez Casas, en *El Noticiero Universal*, 2 de marzo de 1977.

a sindicatos de diversa implantación (Telefónica, muy escasa; Banca y Artes Gráficas, de nivel medio, y Enseñanza, de implantación muy extendida). Y si, finalmente, las entrevistas han quedado reducidas a dos es porque el resto de los inicialmente comprometidos declinaron la invitación en última instancia, no siendo ya posible —por falta de tiempo físico— contactar con cualquier otros que estuvieran realmente interesados.

principio se instala la ambigüedad en la vida de la Confederación renaciente. En esa asamblea apuntan claramente diversas «tendencias» (anarcosindicalistas, assembleístas, consejistas, partidarios de la organización integral...), en un enfrentamiento, no sobre la finalidad de la CNT, sino sobre la forma de su organización. En esa asamblea se llama a los militantes del exilio y a los viejos militantes jubilados a colaborar en la reconstrucción de la Confederación. Es un mal comienzo. En esa asamblea están ya presentes todos los gérmenes cuyo desarrollo va a caracterizar hasta nuestros días el proceso de reconstrucción de la CNT.

Será un proceso lento, excesivamente largo, en el que no se dispone de los instrumentos orgánicos aptos para dirimir los conflictos. Ello terminó por dar a ciertas tomas de posición un carácter rancio: «La CNT de hoy es la CNT de siempre. Es una CNT clásica [...] [que], implícitamente, mientras no se celebre este nuevo congreso, se atiene a los resultados del último celebrado en Zaragoza en 1936».⁵ Para los nuevos afiliados, las afirmaciones de este tipo, por muy justificadas que fueran un momento, traducen un esquema injusto para ellos, esquema que puede ser simplificado de esta manera: la CNT no son los hombres que la componen sino las siglas. Y, en consecuencia, los viejos propietarios de las mismas.

Los esfuerzos realizados por el PCE desde su fundación para dotarse de una sindical sumisa fueron durante mucho tiempo estériles. Sólo tendrán resultados apreciables en la última década. Al igual que el PCE, los minipartidos marxistas y los grupos procedentes de las vanguardias cristianas se esforzaron en implantarse, al final del período franquista, en los medios obreros, primero en forma de células políticas, luego con pretensiones «sindicalistas». Los resultados obtenidos por ellos no han sido comparables a los del PCE. Favorecidos por los desgarramientos internos de las Comisiones obreras, también surgieron en la última década grupos obreros autónomos cuyos análisis los acercaban a las posiciones prácticas

S. T. Natural de Toledo. 25 años de edad. Auxiliar administrativo de primera en la Compañía Telefónica Nacional de España. Militante de la CNT desde marzo de 1976. Encuadrada en el Sindicato de Telefónica. Delegado de dicho Sindicato en la Federación local de Madrid de junio a septiembre de 1977.

«Yo voy a CNT, aparte de porque tienes cuatro ideas sobre el anarquismo que te gustan, porque da la casualidad de que la Lola, la única amiga y amigo que tengo entonces, se ha enrollado con los de la CNT... Antes había tenido relación con las Comisiones Obreras esas; nunca había cotizado porque no acababa de ver claro el asunto allí y entonces fui a ver cómo se lo montaban los de la CNT... Yo me he hecho una idea del cenetista que no tenía nada que ver con la realidad: pensaba

que fueron un día las de la CNT, pero que consideraban a ésta en manos de comités sin apoyo obrero, sin contacto con la realidad, y condenada, por tanto, a ser agua que molió molino. Sólo tardíamente se plantean su incorporación a la CNT. Antes se oyó decir en alguno de esos grupos: «Hagamos una CNT, pero llamémosla de otra manera».

El proceso de reconstrucción de la CNT empieza a tener lugar cuando se acrecientan las libertades públicas de los españoles, cuando se inicia el desmantelamiento de la organización sindical estatal; pero también cuando se manifiesta el resurgir de la UGT y se perfecciona el monopolio del PCE sobre las CCOO. Estos dos últimos hechos —unidos a cierta proliferación de minisindicales dominadas por burocracias estrictamente cerradas— dejaban pocas esperanzas de porvenir autónomo a los grupos organizados no partícipes de las «ideologías» dominantes en la UGT y en las CCOO o en las minisindicales. La sigla CNT, «propiedad» de una burocracia residual, pero realmente horra de sustancia orgánica, se convirtió en un polo de atracción para esos grupos.

El período posfranquista pondrá de relieve la dificultad de crear *ex nihilo* una organización sindical. El terreno social no permite la posibilidad de construir un número indefinido de sindicales. No sólo por los límites que impone la demografía, sino por el reducido número de formas organizativas y de estrategias entre las que puede optar la clase obrera. Cada uno de los dos grandes partidos de «izquierda» española dispone de su sindical fuertemente enraizada, estructurada y dominada. La naturaleza de esas sindicales hace necesaria, luego posible, una sindical autónoma, revolucionaria; y/o algún sindicato nacional o regional independiente, es decir, dominado por una burocracia sindical propia. Nada más.

La consecuencia natural de esas circunstancias es que entre los afiliados

6. El calificativo no es quizás el más adecuado. Me refiero a *Ajoblanco*, *Bicicleta*, *Emancipación*, *Nega-*

ciones, *Ozono*, *P'alante*, *Teoría y Práctica*, *El Topo Avizor* y *El Viejo Topo*...

Ópticas y dioptrías

en ellos como una gente muy comunera, por decirlo de alguna manera, con un determinado plan de vida... e incluso me atraía mucho más la forma de vida que yo creí que llevaban que el cómo trabajaban en el plano sindical. Pero llegué allí y me encontré que no, que las experiencias que habían tenido de reforma de su vida no les habían llevado a nada, no había salido ninguna y entonces se dedicaban exclusivamente al terreno sindical y yo voy buscando a CNT una manera diferente de vivir, unas expectativas diferentes de vida.»

¿Cómo deseabas vivir?

«En aquella época pensaba: pues nada, cojo y me voy a una comuna en el más amplio sentido de la palabra: todo es de todos, todos somos de todos, todos nos queremos mucho y además cojemos y nos enfrentamos con el sistema social éste tan horrible... Pero conforme va transcurriendo tu vida te das cuenta de que compartir, bueno, pero si se trata de objetos, y no del todo; ahora, ya el hecho de compartir personas es mucho más complejo... y no, te das cuenta de que no... hoy por hoy no doy para más... a nivel teórico, pues tú hasta has leído cosas y di-

de la CNT haya militantes dispersos, o militantes agrupados, de grupos políticos inspirados por ideologías diferentes a la que fue mayoritaria en la CNT, y que se manifieste en la Confederación el fenómeno del «entrismo» tan ferozmente denunciado por ciertas «tendencias» de la CNT. La intuición de esa dificultad bastaría para explicar la aspereza de la lucha alrededor de unas siglas que, incluso para algunos de los grupos que se las disputan «ya no significaban, ni significan casi nada».

Estudiar la reconstrucción de la CNT plantea un problema de fuentes, pues uno de los caracteres más significativos del período de reconstrucción confederal es la carencia informativa. Sus más decisivos procesos no han tenido lugar a la luz del día, no han sido claramente planteados ante la opinión pública ni ante los propios militantes. Los documentos oficiales son poco numerosos y su manejo plantea graves dificultades de comprensión aun para el medianamente enterado. Aun siendo de carácter reservado, las actas de los Plenos regionales o nacionales, en la mayor parte de los casos, son confusas e incompletas y no permiten por sí solas hacer la historia de la reconstrucción de la CNT. La responsabilidad de este hecho no cabe atribuirlo enteramente a los encargados de redactar esos documentos, pues una atenta lectura convence de que traducen bastante fielmente el estilo de las reuniones de que son acta. Revelan el agobio por la discusión de problemas de calado mínimo, tras los que se esconden las tensiones subyacentes. No pecan de formalistas. Revelan con frecuencia la ignorancia o el desprecio de la norma confederal. En muchos casos ni siquiera ha sido regular su aprobación.

Sin las revistas «marginales»,⁶ poco hubiera sabido la sociedad española y, lo que es peor, la «masa» de los afiliados, sobre el desarrollo de la vida orgánica global de la CNT. Sin esas revistas sería imposible abordar el análisis de las «tendencias». Sin esas revistas, afiliados y simpatizantes

Ópticas y dioptrías

ces, pues esto es de puta madre, pero cuando he tenido la oportunidad de llevarlo a cabo no he sido capaz... Me cabreo, tengo celos, me gusta que mi tronco sea mi tronco, y si se va con otra me jode, de nada sirve lo que habías leído... Y se quedó la cosa en lo que se hiciera a nivel sindical y nada más... Pero en el terreno sindical lo mismo: se ha hecho muy poco en la CNT, antes y ahora, se sigue en el mismo plan testimonial, no se ha dado ninguna alternativa concreta a nada... Tiras una serie de panfletos, explicas cómo tú crees que debería ser la cosa, pero no se ha llevado nada a la práctica; se ha quedado todo en papel escrito y muchas horas de reuniones...»

¿Cómo hubiera tenido que ser la práctica sindical que te satisficiera?

«Es muy distinto ver la CNT desde un sindicato como Telefónica (que es como yo la he vivido), a ver la CNT desde un sindicato como el de la Construcción, por ejemplo, en donde parece que la relación con el que te explota es más directa... En la Telefónica todo es más complejo, queda todo más difuminado; tienes que darle una hostia a alguien, por decirlo de alguna manera, y en definitiva no sabes

hubieran estado todavía más a oscuras en lo que respecta a la marcha de la CNT.

La pobreza de los flujos de información orgánica será una de las causas del absentismo militante, y así es considerada por los afiliados: «En el seno de la CNT hay ciertas discusiones siempre basadas sobre rumores que llegan a los militantes por caminos no muy claros y cuyas fuentes de origen son siempre difíciles de averiguar. Si un militante y, sobre todo, si está viviendo en un pueblo y además no tiene un «contacto directo» con los círculos de la «gente informada» de Barcelona o de Madrid y quiere saber algo sobre los hechos que están pasando en el interior de la organización, la única solución que tiene es ir a los locales de Barcelona o de Madrid [...] porque nunca salen en la prensa confederal tales discusiones, tales hechos, tales luchas de tendencia».⁷

Estos hechos subrayan la incapacidad de los órganos de coordinación confederales de crear un instrumento de información y de reflexión a la altura de las pretensiones que revela la empresa de reconstruir la CNT. Como en otros aspectos, la CNT reconstruida se nutre de sucedáneos, y se echa de menos un «órgano de prensa de la Reconstrucción y del Congreso». La debilidad teórica de la CNT en su conjunto ha sido ampliamente resentida. Resentida por sus afiliados y por sus órganos. A nivel de las instancias nacionales, la necesidad de un órgano teórico aparece al repudiar a la revista *Sindicalismo* que, por la presencia en su redacción de algunos notables miembros de la CNT, durante cierto tiempo cumple

7. «Algunas reflexiones sobre la situación de la CNT», en *Solidaridad Obrera*, septiembre de 1978.

8. Actas de la Plenaria. Prescindamos de tan anarcosindicalista lenguaje, que presupone que los *mass media* capitalistas no debieran hacer el silencio alrededor de una «fuerza sindical independiente y autónoma». Si la parcialidad de los *mass media* es indiscutible, también es cierto que la CNT pocas ve-

ces procura en este período materia que pueda interesar a la sociedad global. Pero como prueba la actual crisis interna, cuando esa materia existe, la prensa la explota ampliamente.

9. Antonio Vicente, en *Solidaridad Obrera*, junio de 1978.

10. «Sobre la polémica ideológica en la CNT», *Bicicleta*, enero de 1978.

Ópticas y dioptrías

a quién se la tienes que dar... Y eso lo deberíamos tener claro, pero como no lo tenemos, realizar en Telefónica los ideales de la CNT es muy difícil. Lo primero es que siempre hemos sido muy pocos, y lo segundo, porque ahí cada uno iba buscando cosas diferentes: había gente que, como yo, iba buscando simplemente otras cosas y gente que le interesaba de verdad la situación del currante en Telefónica... Entonces había gente que lo tenía muy claro, sobre todo entre los mecánicos o los de las brigadas de construcción, donde sus problemas son muy concretos, mucho más concretos que los que podamos tener los oficinistas, que llegas a una mesa, te sientas y ya tienes resueltas una serie de cosas, pero ellos, que los llevan de aquí para allá, que no tienen sitio para lavarse, que los capataces les chulean las dietas... Claro, es un panorama mucho más concreto, pero la CNT ha fallado porque no ha buscado la comprensión entre los que buscaban algo nuevo y los que veían la labor sindical... Yo ahora pienso que lo que CNT tiene que hacer es eso, labor sindical, pero lo que no acabo de entender es cómo sería esa labor sindical dentro de la Telefónica, que es el campo en el que yo me muevo; además pienso que CNT no ha funcionado mejor porque los diversos sindicatos se han encerrado en sus problemáticas particulares, no había una relación entre los sin-

«oficiosa» y tendenciosamente aquel papel.

El Pleno nacional de junio de 1976 —el primero de la CNT reconstruida— acuerda el lanzamiento de una revista de ese tipo. Pero —tónica general que se perpetuará— el problema se arrastra y, en la Plenaria del Comité nacional de febrero de 1977, vuelve a ser planteado sin más resultados. Hasta la fecha.

La conciencia del aislamiento de la CNT en la sociedad global española preocupa a los órganos coordinadores de la CNT a lo largo de su proceso de reconstrucción. Un ejemplo: la Plenaria de enero de 1977 se lamenta del intento «llevado a cabo desde diversos ámbitos y sostenido por determinados sectores de la prensa para silenciar a una organización que, como la CNT, es una de las raras fuerzas sindicales independientes y autónomas del país».⁸

La prensa confederal del período es deficiente —deficiente por su concepción, por su redacción, por su periodicidad, por su circulación. Hay que esperar a la segunda mitad de 1978 para que *Solidaridad Obrera* adquiera el tono y el aspecto de un verdadero periódico y asuma en parte el papel que debió ser impartido al «órgano de la Reconstrucción y del Congreso». No con agrado de todos. La asunción de esta función valdrá reiteradas censuras a *Solidaridad Obrera*, publicadas en sus propias columnas: «Dar a conocer públicamente todo aquello que no se comparte es dar armas al enemigo que tanto interés tiene en destruirnos».⁹ Cabe preguntarse si el haber dado armas al enemigo es lo que se reprocha a la etapa de *Solidaridad Obrera* que concluye con el número 43, o es el no haberse resignado a cultivar exclusivamente cierto esoterismo libertario. Lo que da armas al enemigo es la propia impotencia. Las frecuentes llamadas a «levantar» el secreto en la CNT revelan lo enraizado de su práctica: «No creemos que ninguna organización obrera, y menos que ninguna la CNT, deba tener intimidación oculta ante los trabajadores».¹⁰

Ópticas y dioptrías

dicatos; la cohesión entre los sindicatos se ha reducido a pedirse dinero los unos a los otros para mantener huelgas o cosas parecidas (porque las reuniones de la Federación local, en los tres meses que yo estuve allí, no han sido otra cosa)... aparte de que influyera el rollo de las famosas dos tendencias, entre los que dicen que esto es un sindicato y los que quieren hacer de la CNT la sede del Movimiento Libertario para arreglarlo todo, barrios, empresas, ciudades...»

¿Qué te aporta entonces la CNT?

«A mí la CNT me ha dado muy poco; así, a niveles vitales, muy poco. Porque, en definitiva, la CNT la forma la gente, y la gente deja bastante que desear... Se habla mucho y muy bonito y razonado, pero, en la práctica, tú no ves nada de todo eso que se dice... Me imagino que yo tampoco he aportado nada a la CNT, entre otras cosas porque en las reuniones, ¿a quién le interesaba mi vida? Allí sólo se iba a tratar la rutina del trabajo... Mira, un ejemplo. En CNT, hablo de Telefónica, la mayoría de la gente estaba casada y, cuando descubrieron que se sentían anarquistas se montaron una comuna... Pasaron de parejas y todas esas cosas...»

No cabría detenerse tan ampliamente sobre la circunstancia si el ataque contra *Solidaridad Obrera* en la etapa que concluye no fuera pieza de un *puzzle* cuyo conjunto nos da una imagen aberrante de la CNT.¹¹ *Solidaridad Obrera* llega a ser un órgano de prensa confederal con real eficacia interna y, lo que es más insólito, con una influencia que desborda los límites —¡tan estrechos!— de la CNT. Pero ese hecho llevará a afirmar: «La *Soli* está dirigida, orientada podríamos decir, por [...] Ramón Barnils, que es un buen periodista, pero que no tiene ni idea de lo que es la CNT. La prensa confederal no tiene nada que ver con la prensa. Es otro periodismo si es que de periodismo se puede hablar.»¹²

La deficiente información —propia y ajena— reduce casi exclusivamente la vida de relación global de la CNT a los Plenos regionales y nacionales. Las carencias de la prensa confederal traen consigo que los Plenos no tengan audiencia eficaz entre los afiliados, aun suponiendo que los órganos confederales tengan la voluntad de alcanzar tal audiencia, supuesto del que no he hallado muchos indicios dignos de crédito. Las actas de los Plenos revelan que la vida orgánica global de la CNT en el curso de la reorganización ha sido precaria e irregular. Las referencias al desarrollo de la Confederación están ausentes de ellas. Sólo dos actas de Plenos y Plenarias nacionales proporcionan datos numéricos con cierta precisión.¹³ Sólo en una de ellas el problema del crecimiento —o del decrecimen-

11. Véase las páginas 227-230.

12. Luis Andrés Edo a *El Viejo Topo*, abril de 1979. Estas sumarias afirmaciones no desdichan del talante general del proceso de reconstrucción de la CNT. A lo largo del periodo, afirmaciones y negaciones no precisan, al parecer, de razonamiento: la «idea de lo que es la CNT», es algo que no se adquiere ni se demuestra en la práctica, es algo reservado a quienes lo poseen de nacimiento o lo reciben del espíritu santo.

13. Plenaria del Comité nacional de la CNT, febre-

ro de 1977, y Pleno nacional de Regionales de la CNT, septiembre de 1977.

14. Actas del Pleno.

15. Informe del Secretariado permanente saliente, en *CNT*, Madrid, 3 de junio de 1978.

16. Editorial de *Confrontación*, febrero de 1979. En septiembre de 1978, se quejará el Sindicato de Energía y Combustible de Madrid que el «Comité regional [del Centro] aún no ha pasado a la Federación local de Madrid las actas de la Plenaria nacional de Regionales del 2 de julio de 1978.»

Ópticas y dioptrías

pero pasaron quince días, y luego, pues eso, al cabo de un mes que duró la experiencia, cada mochuelo volvió a su olivo, y aunque no todos volvieron con su pareja anterior, la mayoría terminó haciendo otra vez pareja... Y es que la gente no está preparada, y para cambiar muchas cosas lo primero que tiene que cambiar es la gente, la gente que está en CNT y que, en cierta manera, las cosas están como están, porque la gente no da para más... Y no es que me conforme por eso, sigues intentando lo de los panfletos, lo de las reuniones..., un poco con la esperanza de que eso llegue a servir... Y no se trata de ningún consuelo, porque hay días que te vale y otros días que realmente te preguntas qué coño haces ahí... Y es que muchas veces te sientes como rodeado; hagas lo que hagas te dan la hostia; es como si te fueras dando cabezazos contra un muro, pero vuelves a ir a las reuniones, aunque estés hasta las pelotas de ellas, y supongo que un día me daré un cabezazo más y mandaré a la mierda a la CNT y me iré a otra cosa... Y conste que yo, cuando entré en CNT de Telefónica, no pensaba que mañana mismo nos autogestionáramos la empresa... Pero lo que sí pensaba, al hundirse el vertical, es que seríamos capaces de organizar una fuerza, a nivel asambleario, que permitiera hacer realidad el que fuera el trabajador y la asamblea quien decidiera

to— de la Confederación figura como tema central del Pleno. En el Pleno nacional de julio de 1976, la delegación de Euskadi «hace votos por que el carácter personalista de las relaciones orgánicas tenidas hasta la fecha dé paso a unas relaciones auténticamente orgánicas y confederales».¹⁴ Estos votos no serían satisfechos y de la circunstancia se hallan múltiples ecos en los documentos orgánicos. Un año después, la Confederación, incapaz a causa de querellas internas de darse un nuevo Comité nacional, funcionará largos meses con un Comité nacional dimitido. «Los mecanismos de relación con las regionales se han aflojado, y el propio Secretariado acusa el gran desfase ocasionado por las condiciones en que ha venido actuando.»¹⁵ No se trata de deficiencias administrativas subsanables aunque sea penosamente, sino de otro rasgo característico del proceso de reconstrucción.

El mejoramiento de las relaciones interorgánicas no ha sido —antes al contrario— un objetivo real del conjunto de las «tendencias»: «Siempre disponen de algún pretexto para prolongar —con insinuaciones o gratuitas impugnaciones— las dificultades del funcionamiento. Es este terreno el que mejor se prestaba —por no haber logrado todavía la normalización de la vida orgánica— a las escaramuzas grupistas o confabulaciones de capilla para presionar en el sentido que les interesa y asegurarse, donde fuere posible, el acopio de cargos».¹⁶

El intento de algunas de las «tendencias» («asambleísmo», «consejismo», «autonomía de la clase»...) de frenar «el desarrollo de la organización», de reducir la función de la CNT a «apoyar las luchas obreras», ha tenido consecuencias negativas menos graves que el mal funcionamiento de la relación entre las diversas instancias confederales.

Las actas de las Plenarias del Comité nacional y de los Plenos nacionales de la CNT ponen de manifiesto la impotencia de las instancias coordinadoras nacionales de la CNT. No se puede reprochar con fundamento a

Ópticas y dioptrías

(fue cuando propusimos lo del sistema de representación por delegados, de asambleas, de centro natural de trabajo)... Aquello tampoco salió, pero, en esa línea sí estaría dispuesta a seguir trabajando, aunque me saliera de CNT, porque ése me parece el sistema adecuado de lucha.»

¿Qué imagen tienes de la CNT?

«Mi visión de la CNT se ha quedado reducida al Sindicato de Telefónica, por lo que te contaba de que no se da relación alguna entre los diferentes sindicatos... Y en este sindicato el ambiente no es malo: nadie tiene más razón que otro y, generalmente, lo poco importante que se ha decidido, se ha decidido por unanimidad; se han mantenido discusiones de muchas horas para resolver diferencias y que todos se quedaran a gusto; eso es bueno... Y respecto a las intrigas, éstas se han dado siempre a nivel organizacional... Y aquí no cabe decir eso de que la organización soy yo, el militante, porque eso sólo es verdad sobre el papel, en los estatutos, pero luego, en la práctica, observas cómo hay unos que saben cosas que no te las cuentan, por seguridad, por "higiene", por lo que sea... Y yo comprendo

esas instancias su protagonismo. Pero sí cabe acusarlas de haber pecado por defecto en el ejercicio de sus responsabilidades naturales aumentadas por el talante de las circunstancias en que debían ser ejercidas.

Los temas prioritariamente debatidos en esas instancias, sobre todo la persistencia de ciertos temas, revelan las razones de esa impotencia. La hipostenia de las instancias coordinadoras nacionales traduce el exceso de presión de la vida interna de las organizaciones básicas. Desde el inicio del período de reconstrucción confederal, en ésta se discuten temas que desbordan su marco, cuya discusión carece de sentido si el acuerdo o desacuerdo no es llevado a la instancia confederal adecuada para adoptarlo o rechazarlo. No sólo se trata en la mayor parte de los casos de temas vanos, sino también de temas de congreso. La vida interna de las organizaciones básicas pone de manifiesto un talante generalizado en sus componentes activos,¹⁷ y que expresa perfectamente esta frase: «No, la CNT va a ser lo que nosotros queramos [...] hemos cogido esas siglas porque tienen un sentido; históricamente supusieron mucho».¹⁸

La «forma», la «normativa confederal», la historia interna de la CNT son el resultado de la voluntad de neutralizar todo germen de institucionalización de poder individual y colectivo. Y si es cierto que el exceso de for-

17. Mínima parte de la masa humana confederal a causa del absentismo asambleario de los afiliados. «Se genera así toda una casta especial de gente que se sucede a sí misma, gente que es, lógicamente, la que va por el sindicato, que empieza a diferenciarse; se acaba estableciendo una confusión entre el sindicato-edificio y el sindicato como organización en las fábricas, que es lo que debería ser.» (Sebastián Puigcerver a *El Viejo Topo*, mayo de 1979.)

18. Recogida en «Libertarios críticos frente al marxismo y al anarquismo histórico», *Emancipación*, mayo-junio de 1978.

19. «Dictaduras camufladas, no», en *Solidaridad Obrera*, 5 de octubre de 1978.

20. Los sindicatos representados en el Congreso dispondrían:

Adherentes	Votos
1 a 500	1
1 a 1 000	2
1 a 3 000	3
1 a 6 000	4
1 a 10 000	5
1 a 15 000	6
1 a 25 000	7
Más de 25 000	8

Ópticas y dioptrías

que ciertas cosas no se pueden ir por ahí cantando, pero eso es una cosa y otra cosa son los tejemanejes y asuntillos de unos sindicatos con otros que no han seguido un curso, digamos, normal... De las cosas te enteras por los pasillos y te enteras mal, de tal forma que luego hay montones de situaciones que se hacen alucinantes: recuerdo, por ejemplo, que justo en el anterior Comité local que estuvimos haciendo el pleno en las AISS de María de Molina, ya estaban las dos tendencias muy claras, los asambleístas en sentido general, y los sindicalistas... bueno, pues un grupo de la gente de la Construcción y de Varios, como salió elegido un menda de los asambleístas, pues abandonaron el local a hostias (y eso no son cuentos, que lo vi yo con estos ojitos)... Bueno, y, claro, tú no entendías a qué venía tanta intransigencia... porque habías oído cosas, sabías que ya se estaba cociendo el asunto entre los de Toulouse y los asambleístas, pero lo que desde luego no sabías era que el enfrentamiento tenía que ser a esos niveles... ¿Por qué no se puede discutir en CNT? ¿Por qué no se puede dialogar?... Yo nunca he participado en un debate en que con claridad se planteara si nos hacíamos sindicalistas o asambleístas, como tampoco, en ningún momento, me he enterado en el como el rollo de las tendencias... No veo por qué, precisamente en un asunto

malismo es antesala de la dictadura de las «élites» sobre las masas, la ausencia de todo formalismo, de toda norma, es también puerta por la que puede introducirse en un grupo la arbitrariedad, la manipulación. Una reunión de cualquier instancia de la CNT no puede escapar a una norma preestablecida. Esa norma existe y está claramente explicitada aunque se ignore o se soslaye. Y la manipulación de la colectividad puede ser lograda tanto por la observancia rígida de la regla preestablecida como por el desprecio de toda norma. El absentismo asambleario de los afiliados es un fenómeno común en todas las sindicales, pero es un fenómeno grave. La actual vida orgánica de la Confederación estimula hasta extremos insólitos ese absentismo. Por sí sólo ese fenómeno presta valor a la proposición de Saturnino Lozano: «2. No aceptar acuerdos de los tomados por “ley de mayorías” en los Plenos, si no constan número de afiliados asistentes a la reunión, votos a favor, en contra y abstenciones».¹⁹

Problema tan sencillo como es el de la modalidad de voto ha dado lugar a conflictos en varias instancias confederales, que el espíritu federalista, tan reivindicado en la CNT, y la claridad de las normas por ella establecidas y probadas durante el período 1910-1936 hubieran debido evitar. En el pasado, el modo de decisión —el sistema de voto en la mayor parte de los casos— originó ricas polémicas en todas las organizaciones inspiradas por el anarquismo, en España y en el mundo. La norma aplicada a sí mismos por los Congresos nacionales de 1931 y 1936 fue la del voto proporcional, cuyo objetivo era claramente libertario: evitar que los sindicatos mayoritarios —más afectados por el absentismo asambleario de sus afiliados— aplastaran gracias a la ley de mayorías a los sindicatos menores, de más rica vida orgánica, en general.²⁰ Es precisamente el absentismo asambleario de los afiliados el que ha dado lugar al caso más lamentable en este terreno durante el período de reconstrucción confede-

como CNT, no pueden convivir mil tendencias diferentes.»

¿Son tan importantes las diferencias?

«No hay por qué rechazar nada. Fíjate bien que el rollo es el siguiente: los unos dicen (la gente digamos sindicalista) que en las empresas han de presentarse las proposiciones de la CNT como proposiciones de una organización sindical; los cenetistas defenderán la alternativa de CNT en cada caso y la asamblea vale en la medida en que tú, cenetista, la “utilizas” para hacer propaganda de esas proposiciones y alternativas de tu organización, procurando ganarte compañeros para defender esas alternativas que los cenetistas, sin su concurso, han visto que eran las más convenientes... Por otra parte, al ser una organización anarcosindicalista, forma parte del Movimiento Libertario, y quien quiera currar en otras cosas que no sean las sindicales, pues que curre, pero metiéndose en esos grupos libertarios que están al lado de la CNT, pero que no son la CNT. Los otros, los asambleístas, dicen que toda decisión salga de la asamblea donde se discuten los problemas, sea el que sea el resultado de esa asamblea, te guste o no te guste como militante

ral. El Sindicato del Metal de Valencia ha probado la pertinencia del aserto de Malatesta: la mayoría puede muy bien ser la mayoría de la mayoría, es decir, una minoría.²¹

Al absentismo asambleario de los afiliados se une otro carácter generalizado de la vida interna de las organizaciones de base: la informalidad —el no respeto de las formas— de sus reuniones. Ya he señalado ese carácter en el caso de la Asamblea de reconstrucción de febrero de 1976. En las actas de la Asamblea constituyente de la Federación local de la CNT de Barcelona (junio de 1976), asamblea necesariamente reservada a delegados de sindicatos, se lee: «Ante el problema suscitado por la presencia de compañeros libertarios no vinculados a la Confederación o a la Federación local de Barcelona», se acuerda admitir la «permanencia en la Asamblea de los invitados sin voz ni voto, con derecho a intervenir al final de la misma». En este plano, los acuerdos nunca llegan a ser nítidos. La confusión entre la CNT y el movimiento libertario se mantiene y aflora insistentemente la entelequia de la organización integral.

El tiempo no eliminará, al contrario, ese estilo de vida interna. Las con-

21. «En Valencia, para discutir los 13 puntos del orden del día del Pleno regional se convocó en el Sindicato del Metal a la sección "Pequeño metal". De sus afiliados asistieron 26 a la reunión; antes de acabar la reunión, estos 26 se han reducido a 11 que toman los acuerdos para el pleno con ocho votos a favor y tres en contra. Por el sistema de "ley de mayorías" a los ocho votos en favor les suman los de los 874 afiliados que no han asistido, los de los 15 que se han marchado, y los tres votos en contra hasta completar los 900 afiliados del "Pequeño metal". Como las demás secciones del Sindicato del Metal tienen menos afiliados que "Pequeño metal" (unos 400 afiliados), los 900 votos se convierten por la misma "ley" en 1 300 que se llevan como acuerdo del

Sindicato del Metal. De los demás sindicatos de la local, con menos afiliados nominales, unos no llevan acuerdo y algunos no asisten a la local; de cualquier modo, todos son aplastados por el voto "mayoritario" del Metal y por estos procedimientos acude Valencia con 2 600 votos a los Plenos para ahogar la voz de más de 30 Federaciones locales en las que en la práctica, sin sindicatos de 1 300 afiliados, son muchos más que en Valencia los afiliados que han tomado parte en las reuniones para tomar los acuerdos para el Pleno.» (Saturnino Lozano, *loc. cit.*)

22. Actas del Pleno.

23. Sindicato de la Enseñanza de la Federación local de Madrid, en CNT, Madrid, 3 de junio de 1978.

Ópticas y dioptrías

anarcosindicalista... Lo que importa es que la gente participe, que se exprese... Pero todos olvidan que en las asambleas se sufre la presión de los que hablan mejor, de los que saben cómo decir las cosas, y eso no significa que el que mejor habla es el que tiene más razón... Por eso sucede que la mayor parte de las asambleas no vinculan a nadie; entonces seguir defendiendo la asamblea como única práctica sindical es idiota... Está claro que hay que estar haciendo cosas antes y después de las asambleas... La asamblea es fácil de manipular; yo, ahora mismo, no le veo otro valor que el de ser un centro de debate... Tampoco veo eso de ser una CNT al servicio de los currantes, haciendo lo que los currantes dicen que hay que hacer, porque los currantes a veces dicen tonterías como pisos de grandes. Lo suyo es hacer tu proposición, y si la gente te quiere secundar, pues de puta madre, pero si sólo quieren hacer la mitad, pues ellos que hagan esa mitad y tú procura, si puedes, hacer la mitad que falta. Si se puede llegar más lejos de lo que dicen los currantes, hay que ir más lejos... pero sin imponer nada, porque entonces ya no sería efectivo... El asunto éste de las tendencias, en definitiva, es una forma falsa de ocultar la falta de coherencia que se da entre todos nosotros, los anarquistas... La gente habla porque no vive, no se viven los ideales anarquis-

secuencias han sido siempre graves y —como lo prueba la crisis actual— hoy lo son mucho más.

Una lectura somera de los documentos confederales del período descubre numerosos y graves atentados a las normas confederales, al «espíritu federalista» y a la «moral libertaria», sin que el problema haya sido encarado valientemente por la CNT en su conjunto. Apenas iniciado el proceso de reconstrucción, el Pleno nacional de Regionales de julio de 1976 se plantea la necesidad de cortar ciertas prácticas que se manifiestan en la vida interna de la Confederación. En ese Pleno la Regional catalana propone «el nombramiento de una comisión que investigue sobre actividades “chequistas” dentro de la Organización», propuesta a la que se opone la Regional del País valenciano «por considerarla [a la comisión] contraproducente y contraria en estos momentos a los intereses de la Organización». El Pleno zanjará el asunto refugiándose en una declaración de mera intención moral: «Las delegaciones presentes acuerdan manifestar claramente su condena de cualquier actividad coactiva o represiva contra militantes de la CNT ejercida por otros militantes o determinados grupos, entendiéndose que la defensa confederal se ha de ejercer sobre el exterior cuando sea necesaria y nunca dentro de los sindicatos, por cuestiones de interpretación de los problemas orgánicos».²²

Se puede dudar de la operatividad de la declaración a juzgar por la larga serie de violencias y coacciones a que la diversa «interpretación de los problemas orgánicos» ha dado lugar desde entonces.

En Madrid, un grupo de «anarquistas» quemó las publicaciones en venta en un sindicato: «1. Ha sido violada la autonomía de un Sindicato mediante una agresión absolutamente *totalitaria* [...] 3. Existe un clima represivo impuesto por un pequeño grupo organizado al margen de la CNT que pugna por controlar los comités».²³ «Semejante folleto y semejante texto [*Crítica de la vida cotidiana y Sobre la delincuencia*] fueron juzga-

Ópticas y dioptrías

tas, y ni se respetan los viejos ideales ni se conciben unos nuevos, no se es coherente con la forma en que se piensa... Y no es que haya que seguir unas normas, sino ser más serios humanamente hablando... Es muy cachondo conocerse de arriba a abajo toda la historia de la CNT, sus congresos, sus líos, mucha historia de la FAI y estas mierdas, y luego andar empeñados por una moto de esas bestias o una televisión en color. Como es muy cachondo hacer campaña contra la familia burguesa, la pareja burguesa, la cama burguesa y llegar de la noche a la mañana y casarse... Yo, de todas formas, es que de vez en cuando me hago algunas pajitas y entonces piensas, no en aislarte de esta puta sociedad, pero sí desde luego en estar mucho más en contra de lo que se está, no aceptar tanto... Es necesario más acción, y aquí no ves a nadie con ánimos para montarse empresillas autogestionadas, ni ninguna otra cosa, y sigues atrapado... Y son los mismos compañeros, la gente, la que te atrapa más. No es la organización, que podría ser bastante flexible, sino la gente que no es anarcosindicalista, que no vive como anarquista, por eso no sabemos hacer CNT... Y yo sí me encuentro decepcionada de las pocas cosas que se han hecho en CNT, que hemos hecho los cenetistas, y, claro, entonces te planteas el seguir o no seguir, porque, a nivel personal, cada vez te sirve menos,

dos por los señores que controlan la Federación local de Barcelona de la CNT como "marxistas". En consecuencia, fue prohibida su venta y difusión en dicha FL [...] también *Askatasuna, P' alante, Emancipación, El Topo Avizor, Punto y Aparte*, etc., están vetados en la FL [...] La mismísima *Solidaridad Obrera* no deja de ser sospechosa de herética.»²⁴

En febrero de 1978, *Anarcosindicalismo* se dirige a una «tendencia» adversa: «Humildemente les rogamos que inicien un discreto emigrar, si así no fuera, pensándolo objetivamente, mucho nos tememos que sonará la cigarra; los anarcosindicalistas no tenemos nada que perder». En las actas del Pleno de septiembre de 1978 de la Federación local de la CNT de Madrid se lee: «De la sala se vierten numerosos insultos y amenazas, [...] de Químicas se abalanza hacia la mesa y dice: "Si tienes cojones ven a decirlo aquí"». «El Sindicato del Metal de Quart de Poblet, con 235 afiliados, fue expulsado por su Federación local, reduciéndose ésta a 37 afiliados.»²⁵

«En Valencia se desconfedera al Sindicato de la Enseñanza, seis sindicatos se solidarizan con Enseñanza y son también expulsados. Desconfederar a siete sindicatos no es un hecho muy normal y aún no se ha dado una explicación [...] En Quart de Poblet, una minoría ha echado a una mayoría. No queda nada claro aquí el asambleísmo de la CNT porque sería tonto pensar que la mayoría votase en su propia contra.»²⁶

El Sindicato de Enseñanza de Valencia se dirige a todos los confederados: «No nos consideramos desfederados porque no se puede desfederar a un sindicato porque: a) al "Secretario general" (?) "le pase por los cojones" (!), como textualmente dijo».

Un documento firmado por las Federaciones locales de la CNT de Mani-

24. «Crítica de la vida cotidiana», en *El Topo Avizor*, julio/agosto de 1978.

25. Del Informe del Comité regional al Pleno.

26. Carnet confederal 3046, Sindicato de la Enseñanza.

27. 26 de septiembre de 1978.

28. Del Informe cronológico y valorativo en relación con su expulsión. Sindicato del Metal de la CNT de Quart de Poblet.

Ópticas y dioptrías

cada vez te sientes unido a menos gente, te relacionas menos... porque en cuanto te descuidas te salta el pope, el superior, el que está por encima y te luce sus cargos de tesorero, de secretario de tal cosa o de cual otra... Ellos son los que se callan las cosas que debieran ser de dominio público, los que no hacen posible la participación, la radicalización... Quizá si se hiciera un Congreso en el que todo esto se viera detenidamente...»

¿Autoritarismo disfrazado?

«¡Hombre! Una cosa es que el rollo no vaya bien y otra cosa es lo que tú dices. No, no. CNT no es autoritarismo disfrazado, pero dentro de CNT sí hay autoritarios que se lo montan muy raro y muy oscuro y dan lugar a tantas historias e intrigas... y a los rollos de si existen tres FAI distintas, de si los grupos "apaches", de si los grupos "paralelos", de si la CLA... Y yo, por ejemplo, de los CLA éstos lo único que sé es que en una plenaria aparecieron unos que se decían de la Coordinadora Libertaria Antirrepresiva, diciendo que se desafilaban de CNT porque CNT no había querido defender a los presos y, por ponerte otro ejemplo, en el

ses, Torrente, Aldaya, Alacuás, Camp del Turia, así como los sindicatos de Enseñanza y Varios de Valencia y militantes de Masanasa, Altea, Benidorm, Alicante, Gandía, Chirivella, Pedreguer, Chella y de los sindicatos de Valencia de Artes gráficas, Servicios públicos, Piel, Metal, Sanidad y Telefónica se quejan de los siguientes atentados a la *norma confederal*: «Utilización de una ley de mayorías para imponer su dictadura, manejos en las cotizaciones para tener más votos, falsificación de actas, utilizar al Comité regional para bloquear las informaciones "molestas", expulsiones de sindicatos enteros y militantes que no están dispuestos a aceptar cuanto ellos deseen, amenazas en los Plenos a los delegados que se oponen a sus planes, agresiones físicas a compañeros, manipulaciones por lo alto en conflictos y convenios colectivos».

En un informe orgánico del secretario de la Federación local de la CNT de Madrid, se lee: «El Comité regional del Centro intervino los bienes del Sindicato de Telefónica, alegando Jaime Pozas [secretario regional] que lo hacía dada la mala compostura del delegado y del secretario de Telefónica y para preservar la honorabilidad de la CNT y dado que el Comité local no había tomado medidas "disciplinarias"». Jaime Pozas afirmaría «que el Comité regional podía incautarse de los bienes de un sindicato». El mismo secretario de la Federación local de la CNT de Madrid, en una circular «A todos los compañeros», afirma: «Estos métodos no son desde luego confederales, sino auténticamente fascistas, con lo cual califican al que los usa o a quienes los usan».²⁷

El 20 de noviembre de 1978 aparece en *Levante* (Valencia) una nota de prensa en donde la Federación local de la CNT expulsa a la sección sindical de la CNT de AESA (Elcano). El 2 de diciembre desfedera al Sindicato del Metal por entender que implícitamente ha tomado una decisión a favor del Comité de AESA.²⁸

En abril de 1979, un sindicato de 1 000 afiliados (Artes gráficas de Barcelona) expulsará a doce afiliados por 48 votos, 18 en contra y 18 abstencio-

Ópticas y dioptrías

tiempo que llevo en la CNT sólo he visto un panfleto de la FAI (que apareció en la manifestación antinuclear de Madrid), y sé que fulanito es de la FAI porque lo dice la gente, o que menganito es de FAI porque se va tirando el moco y te enseña las herramientas y te dice "mira qué pipa tengo"... Son cosas que te confunden. A mí estos líos me desbordan por completo... y me joden, y me desaniman... Yo he sido muy ingenua; he creído que de las cosas que pasaban en CNT te podías enterar por las actas de la Federación local; que propuestas y acuerdos que aparecieron en las actas te permitirían conocer los entresijos de la organización. Y, claro, pues no; para enterarte de algo tenías que hacer labor de pasillo, y como un espía, aguantar todas las reuniones de los diferentes sindicatos... Para colmo, los del Sindicato de Telefónica nos fuimos de Libertad a raíz de que, tras una reunión en la que Carlos Pilán nos comentara algo en relación con la FAI del Ferrer de Valencia, y de que se mosqueara el Fidel Gorrón —un tío de la Construcción que se dice que es de la FAI—, pues a la salida de la reunión le estaban esperando dos mendas en el portal con navajas, y allí se entabló una pelea a cuchilladas, porque él iba también armado... Carlos Ramos bajó a defenderle... Pero al Carlos Pilán le amenazaron de muerte y estuvo «desaparecido» algún

nes. En mayo, un sindicato de 3 500 afiliados (Metal de Barcelona) expulsó a seis afiliados por 40 votos, 12 en contra y 6 abstenciones.

En el Pleno regional de la CNT de Cataluña de mayo de 1979, se destituyó al director de *Solidaridad Obrera*. El problema no figuraba en el orden del día y las delegaciones no traían acuerdos al respecto de sus sindicatos. Votaron la destitución 30 de las 90 delegaciones. Las restantes no impusieron la incompetencia del Pleno para discutir lo que no figuraba en el orden del día.

Militantes de la CNT de Málaga afirman: «En este pleno (mayo de 1979), que no fue convocado en los medios de comunicación ni anunciado visiblemente en el propio local confederal, no se respetó el orden del día fijado, viéndose claro el hábil manejo del citado Pleno por los "purificadores" de CNT».²⁹

«En lo que queda de la Federación local de Madrid: la sección de Energía y Combustible del Sindicato de Oficios varios es amenazada de disolución; la sección del Piramión del Sindicato de Sanidad por motivos fútiles es obligada a abandonar la organización [...] En el transcurso de los Plenos en que se trató el problema, la sala estuvo llena de individuos ajenos al Sindicato que de una forma chulesca interrumpieron las sesiones del Pleno.»³⁰

En el Pleno regional de la CNT de Cataluña, de diciembre de 1978, se volverá a denunciar la existencia de «grupos de presión»: «Observamos la nefasta influencia de los grupos de presión, que por considerarse los únicos, verdaderos y genuinos "ortodoxos" aspiran a desplazar en los sindicatos a todos los sectores de la militancia que no comparten sus ideas».³¹

29. «Los que expulsan buscan el poder», *Sol de España*, 6 de mayo de 1979. Firman nueve carnets confederales.

30. *Antecedentes y situación actual de la CNT*, junio de 1979.

31. Saturnino Lozano, *loc. cit.*

32. Informe del Secretariado permanente saliente, *loc. cit.*

33. José Luis Taberner, en «Encuesta Congreso», *Bicicleta*, n.º 13, sf.

Ópticas y dioptrías

tiempo... Después la mesa de nuestro local fue desvencijada por el Jaime Pozas que entonces estaba en la Regional... Vacío armarios... Y todavía no sabemos lo que buscaba, porque se pidieron explicaciones, pero allí nadie las dio. Por eso nos largamos de Libertad, pero seguimos reuniéndonos en el Ateneo de San Vicente Ferrer y de la Latina. Ahora se ha pensado en volver a Libertad, porque la idea de desfederarnos parece que no prospera, pero sucede que no sabemos si nos dejarán, y se habla de meternos como sección en el Sindicato de Transportes, lo que no mola nada, porque con éstos también tuvo Telefónica sus roces... Así, no es de extrañar que la labor sindical sea tan pobre: los de Telefónica, ahora mismo, lo único que tenemos planteado a nivel sindical es sacar una revista —otra de las mil que se han intentado y que no dan de sí más que dos o tres números—, y colaborar con los demás sindicatos en una campaña proamnistía... Durante la discusión del Convenio nuestra labor fue de mera denuncia... Ya llega un momento que te aburre decir que todos los demás están pactando, o demostrar que los aumentos salariales son raquíticos y no sirven para nada... Habiendo tantos puntos por los que se deberían atacar los convenios, empezando por las mil y una comisiones sindicales totalmente inútiles, que ni pinchan ni cortan y que, una y

Los insultos públicos, las violencias contra individuos aislados son frecuentes, las coacciones sin número, las expulsiones irregulares dejan exangües los sindicatos, cuando no son ellos mismos expulsados colectivamente. No se trata de una apreciación subjetiva fundada en una experiencia personal, necesariamente limitada, y en un escaso número de textos dispersos. Corresponde a la apreciación públicamente expresadas por el Secretariado permanente que ha coordinado la vida confederal a lo largo de dos años, en un documento genuinamente orgánico: «En estos últimos tiempos, como consecuencia de estos fenómenos [el debate interno] se han producido algunas tensiones y anormalidades dentro de la organización, la aparición de documentos, unos anónimos, otros firmados, con ataques, impugnaciones, planteamientos, actitudes críticas que no siempre se pueden reivindicar a la luz de nuestros principios libertarios».³²

La «restauración del respeto recíproco» hubiera sido un objetivo plausible si los enfrentamientos hubieran sido la manifestación enfermiza y superficial de tensiones profundas de carácter ideológico, teórico o político. Pero la inexistencia de esas bases confina en sí mismos los ataques, impugnaciones y actitudes críticas, haciéndolos inevitablemente irreducibles.

Sólo cuando se dirimen conflictos ideológicos, teóricos o políticos con la voluntad de abrir y ensanchar el horizonte de una organización común puede alcanzar eficacia la apelación a una ética común: «Reivindicar una ética libertaria no me parece una ridícula inutilidad [...] Habría que investigar si mucha de la fuerza del movimiento libertario no se basó precisamente en el cultivo de la ética propia».³³

Cierto. Pero cuando lo que se dirime son conflictos de «poder» en los que se manifiesta la impotencia y el amor propio de los aspirantes, que sólo «copar juntas» se pueden proponer como objetivo, es ridículo apelar a una ética que el contexto no puede sino reducir a «hojarasca inútil». La

Ópticas y dioptrías

otra vez son sopapeadas por la empresa... Pero no te creas por lo que te digo que soy partidaria de negociar los convenios; tal y como están las cosas es mucho más sano no hacerlo porque la gente se pone ciega con las pelias, no ve otra cosa. Olvida los otros aspectos de la negociación y olvida incluso a los compañeros que están sancionados o despedidos (el año pasado al segundo día de las negociaciones ya las dejábamos porque la empresa no aceptaba la exigencia de amnistía laboral... con el visto bueno de las otras centrales, claro)... ¿Qué es lo que negocias? No negocias nada, todo camelo. Al final no te queda otra cosa que lo de siempre, denunciar el manejo que se hace de los fondos sociales de la empresa... Probablemente es necesario trabajar más otros aspectos, pero no negociando los convenios... De todas formas te digo que estoy aburrida; yo ya no sé qué es hacer CNT, no tengo nada claro... Nunca he participado de ninguna decisión que haya supuesto un cambio significativo en la organización. CNT como organización siempre me ha venido grande y, pese a la estructura ésta —teórica—, desjerarquizada, nunca he sentido que para la CNT tuviera ninguna importancia la militante Sagarario Torregrosa. Por eso llega un momento en que te desentendes de todo y si sigo es por esperar al Congreso que yo creo que no debería retrasarse más, y ver

«moral libertaria» será un valor de escaso curso en la CNT a lo largo de este período.

La conquista del «poder orgánico» sólo rara vez será abordada claramente enfrentando la «finalidad» o la «estrategia» de la CNT. La primera es «sagrada». Todo indica que las tendencias no se sienten con arrestos para formular la segunda. En las organizaciones básicas, las «tendencias» se enfrentarán a través de problemas organizativos. La «forma» de la Confederación es lo que se pone en causa, no a nivel de la elaboración crítica y teórica *versus* Congreso, sino a nivel de las resoluciones y de la práctica cotidiana. Este talante de la lucha por el «poder orgánico» ha impuesto un ritmo lento, hasta el estancamiento, a la «rotación de las élites» en la Confederación, ritmo que se hubiera acelerado si la misma lucha se hubiera desarrollado en el terreno ideológico, teórico y político. Recién constituida, la Federación local de Barcelona acuerda dar «forma al organismo entre sectores», encargado de la coordinación con barrios, estudiantes, etc.³⁴ En el Pleno regional de Cataluña de diciembre de 1976, el problema de «los barrios» dará lugar a una ponencia que concluye proponiendo un nuevo «esquema organizativo», en forma de organigrama, que hubiera podido hacer suyo *Askatasuna* en sus mejores momentos.

El alegato de eficacia, de puesta al día, de tener en cuenta nuevas realidades sociales, encubre siempre la voluntad de dar a la Confederación una estructura paralela a los sindicatos, necesariamente interclasista, y más fácil de influir por grupos «específicos».

La ignorancia normativa será duramente resentida a lo largo del proceso de reconstrucción. Las primeras víctimas de esa ignorancia y de la no aplicación neta de la norma confederal serán las propias instancias en-

34. Actas de la Asamblea de junio de 1976. Véanse en este trabajo las páginas 149-161.

35. *¿Qué es la CNT?*, publicación nacional; *Estatu-*

tos, normativa confederal y estructura orgánica, Secretaría de Prensa y Propaganda del Comité de Cataluña de la CNT, sf.

Ópticas y dioptrías

si se aclara todo esto... Porque, de todas formas, si yo pudiera dejar la Telefónica algún día, creo que dejaría también la CNT y buscaría mi campo de lucha, por decirlo así, en otro sitio, porque lo sindical no me motiva... Estoy en CNT sin saber lo que es la CNT y convencida de que lo que hace CNT no sirve... Cada año van cambiando las cosas un montón y esto cada vez se va haciendo más complejo, y el mundo del trabajo es un puntito entre otras miles de cosas que suceden... Y a mí, en cierta manera, me preocupa más que el mundo del trabajo —que no me jode tanto porque yo ahí, en Telefónica, no me siento tan amenazada, y estoy segura de que si fallara Telefónica podría vivir de otra cosa... y me gustaría vivir de otra cosa—... Me preocupa el asunto de las centrales nucleares, la delincuencia juvenil, o que detengan al Negri y a ochenta más y, en definitiva, siempre al final te sientes impotente y dices que es tan terrible el aparato éste que se han montado que es muy poquito lo que se puede hacer si la gente no lo quiere hacer... Por eso si CNT se queda como grupo testimonial, yo no me quedo con CNT porque te puedes quemar la vida haciendo testimonio y a mí me tira mucho el cuerpecito y no me merece la pena quemarme por CNT.»

cargadas de velar por su observancia entre congreso y congreso. El maximalismo de los objetivos que en materia organizativa se proponen las organizaciones de base se traduce en el minimalismo, en la astenia, de las instancias coordinadoras globales. Plenarias y Plenos nacionales perderán sus energías discutiendo y volviendo a discutir temas que escapan a su competencia para llegar a resoluciones entreveradas o ambiguas o para «ratificar», tras arduo forcejeo, las normas establecidas por los Congresos. En el Pleno nacional de julio de 1976, la Regional andaluza propondrá «la redacción de un folleto a escala nacional explicando qué es la CNT y cuál es su postura actual», estimando que la persona idónea para hacerlo era Juan Gómez Casas. Tardíamente, algunas publicaciones a escala regional o nacional³⁵ tratarán de subsanar la carencia. Cabe atribuir a esas publicaciones la mejor intención. Pero su operatividad no ha alcanzado el objetivo perseguido. En el Pleno de la región catalana de julio de 1978, Francesc Moreno, secretario de organización del Comité regional, vuelve dos años después sobre la cuestión: «Hay sobre todo una serie de problemas claramente atribuibles a una carencia de conceptos que sólo se conocen al nivel de tradición y que deberían ser de conocimiento general [...] para evitar toda una serie de problemas que se dan en cuanto a la aplicación de la normativa orgánica».

Las actas de los Plenos y Plenarias ponen de manifiesto la preferencia por llevar a estos problemas de tipo formal: afiliación, doble militancia, estatuto de los afiliados militantes de partidos políticos, constitución de estructuras paralelas (barrios), relaciones con las organizaciones «específicas», vínculo con la FAI, institucionalización («resurrección») del MLE y, sobre todo, de manera casi permanente, estatuto y relaciones con el «exilio». Planteamientos en los que inevitablemente chocan los objetivos tácticos —cambio de la «forma» de la Confederación— de las «tendencias» y los estatutos vigentes, que no podían ser dirimidos en las instan-

A. G. Natural de Torres de Belleren (Zaragoza), 29 años de edad. Profesor de Instituto (PNN). Militante de la CNT desde mayo de 1976. Encuadrado en el Sindicato de Enseñanza. Ocupará los cargos de secretario de dicho Sindicato y secretario general de la Federación local de Madrid. Dimite de dicho cargo en septiembre de 1978 y permanece en funciones en el mismo hasta noviembre. Deja la CNT con el grupo de profesores que se escinde en junio de 1979.

«Llego a CNT ganado por los ideales anarquistas que me transfieren los viejos militantes con los que convivo de niño. Soy aragonés y en Aragón CNT tuvo una

cias en que se planteaban y que sólo cabía abordar —si es que el federalismo no es sólo algo valioso sino fundamental en la CNT— mediante el respeto estricto de la norma confederal establecida, la discusión ampliamente pública de esa norma para elevar sus resultados al Congreso nacional de sindicatos, la preparación metódica y la aceleración de la celebración de ese Congreso.³⁶

Todavía, en el verano de 1978, el actual Comité nacional de la CNT afirma: «Este Comité nacional estudiará la normativa confederal, intentando aplicarla y que se aplique en su integridad».³⁷

En la Plenaria del Comité nacional de febrero de 1977 se planteará —¡ todavía!— el problema de la afiliación a la Confederación. *Euskadi*: «Se debe estudiar en un próximo pleno la afiliación masiva. Somos contrarios, de momento, a esta forma de afiliación».³⁸ *Murcia*: «No nos interesa el número. Hay que concienciarlos antes». *Cataluña*: «Nuestros principios son aceptar a los asalariados». *Vitoria*: «Con el purismo estamos negando la formación de sindicatos».³⁸⁻³⁹ El problema será llevado al Pleno nacional de septiembre de 1977, llegando a un acuerdo por mayoría que

36. Es fácil proponer medidas *a posteriori*. Si me permito aducir las precedentes es porque la no adopción de pautas tan evidentes tiene valor significativo, es un rasgo que permite comprender el propio proceso de reconstrucción.

37. «Habla el Comité nacional de la CNT», *Solidaridad Obrera*, julio de 1978.

38-39. Aunque propone que un Pleno nacional zanje un punto resuelto por *todos* los congresos de la CNT, estima que el cambio de forma del carnet confederal es asunto que debe ser reservado al Congreso nacional. La atribución a esa instancia de tan nimia cuestión *administrativa* tiene un significado profundo en este caso: a los afiliados confederales de la *nación vasca* no puede corresponderles un carnet de la Confederación *Nacional del Trabajo de España*. Actas de la Plenaria.

40. Actas del Pleno. Pero el ulterior no respeto de la norma de afiliación llevará, en la lucha por el «poder orgánico», a ocupar puestos hasta en instancias coordinadoras regionales a afiliados que nunca fueron asalariados, hará posible que en las asambleas de los sindicatos voten quienes no son miembros de ellos.

41. «En gran parte, la situación actual de la organización se debe a ese despegue inicial, al que no se prestó la debida atención.» (Juan Gómez Casas en *Interrogations*, octubre de 1978.) Véase en este trabajo «La organización integral».

42. Documento dirigido por el Comité nacional de la CNT al congreso de la IFA, citado por Juan Gómez Casas en *Interrogations*, *loc. cit.*

43. Véase en este trabajo «La unidad institucional».

Ópticas y dioptrías

fuerte implantación... Serán muchos los que te hablen y cuenten de la CNT. Otra parte de esos ideales libertarios llegan a través de los libros que leo: Peirats, Kropotkin, Bakunin, Proudhon... Si bien cuando llega a mí la inquietud por la problemática social empiezo leyendo marxismo; precisamente mi incorporación al movimiento anarquista se produce como rechazo a la práctica marxista, al funcionamiento de las células del PCE en Zaragoza —1969— con las que entro en contacto. Pero mi llegada a CNT es algo vital, en absoluto responde a ningún planteamiento teórico previo: soy temperamentalmente rebelde, rechazo cuanto me viene impuesto... Al llegar a Madrid vivo con más gente con quien lo tengo todo en común, libros, ropa, dinero, experiencias, aunque no se trata de una comuna. Juntos también nos damos cuenta de que hay que extender nuestras ideas, de que para que la situación cambie las nuevas ideas han de ser tomadas por un número grande de personas, cuanto más grande mejor... Y salimos al barrio... Primero con los chavales, comiendo con nuestras actividades el espacio que allí tenían los grupos religiosos; después empiezan a pasar por casa los padres de aquellos chavales... Y entonces tratas de explicar ideas tan simples como la necesidad de abolir la propiedad privada, la colectivización de las fábricas o el concepto de auto-

convalida (!) la norma establecida por los congresos: «Reafirmar el derecho de todo trabajador por el hecho de serlo a militar en la CNT».⁴⁰ Como en tantos otros casos, la «ignorancia» normativa, que puede explicar proposiciones aparentemente vanas u ociosas, expresa profundas corrientes «tendenciales». En los albores de la reconstrucción confederal se discutía en ciertos ambientes libertarios la opción entre una CNT organización anarcosindicalista *obrera* y una CNT organización anarquista *pluriclasista*. Desde la Asamblea ampliada de Sindicatos, locales, grupos y militantes de Cataluña hasta las actuales crisis de las Regionales del País valenciano y Cataluña, pasando por la crisis de la Regional del Centro, no será ni lo uno ni lo otro.⁴¹

Esta opción —aparentemente de carácter corneliano para muchos militantes confederales— abrirá el camino en 1978 a una «tercera vía» inspirada, como todas las de la especie, por motivaciones tácticas a las que, en este caso concreto, no es posible negar enteramente las buenas intenciones: «Hay que desarrollar un movimiento libertario abarcador de las múltiples facetas del globalismo que el anarcosindicalismo como expresión sindical del anarquismo no puede abarcar solo».⁴²

Como toda «tercera vía», el carácter medianero de esta proposición es sólo aparente. Su objetivo concreto e inmediato era provocar una sangría que drenara lo que se consideraba plétora de la CNT. Pero el remedio apuntado —el Movimiento Libertario Español— era tan nocivo para la CNT como la enfermedad que se pretendía curar.⁴³

La ausencia de correctivos externos que contrasten la aptitud de la estructura, la propia vida orgánica de la CNT, irá acentuando el carácter ambiguo que, desde el inicio de la reconstrucción, le da la heterogeneidad social de muchas de sus organizaciones básicas, debida a la no aplicación estricta de la norma de afiliación establecida en el momento de la fundación de la Confederación y que ratificaron los congresos sucesivos.

Ópticas y dioptrías

gestión... Reconozco que a todo esto le daba un tratamiento muy idealista, estaba muy lejos de la realidad... Pero estábamos ahí colaborando con la gente del barrio en mejorar el nivel de habitabilidad, de vida... Esto era hacer intirrepsión, anti-autoritarismo.

«Más tarde, ya integrado en una comuna, y funcionando prácticamente como uno más de los muchos grupos autónomos que posteriormente convergerán en la CNT, organizamos en el barrio de La Fortuna una escuela para tratar de acoger a todos los niños descolarizados... Al intentar reconocer oficialmente la escuela, buscando ampliar la perspectiva de nuestra labor, las trabas burocráticas y el montón de pelotas que son precisas para ello nos hacen desistir... Y a partir de ahí la experiencia se va agotando por puro cansancio de los que allí jugábamos el papel de profesores... Y porque la gente que hubiera podido hacernos el relevo no termina de identificarse con nuestros postulados.»

¿Tu incorporación al movimiento obrero?

«Resulta imposible no percibir la injusticia... Sientes opresión... La brutalidad

La membrana que aquella norma establecía entre la CNT —organización estrictamente obrera— y la nebulosa sociológica que es el movimiento libertario desaparece en la práctica. Numerosos individuos que forman parte ideológicamente de esa nebulosa ingresan, de manera más o menos formalista, en la CNT, impulsados por la imagen mítica que de ella se habían hecho. Esa invasión será instrumentalizada en la lucha de las «tendencias», tanto por las que se manifiestan contra ella, como por las que la favorecen declaradamente. La divisoria entre ellas no será neta una vez más y en cada una de las dos vertientes es posible identificar grupos que ideológica e históricamente tienen aparentemente más puntos en común con grupos situados en la circunstancia en la vertiente opuesta que con algunos de los que los acompañan en la que se sitúan. La presencia de una masa de afiliados no obreros, en el sentido estricto del término, en las organizaciones básicas a que se han acogido da un sustento objetivo a una de las vertientes «tendenciales» en su intento de reemplazar la forma de la CNT convirtiéndola en una sindical apta para detener la invasión y expulsar a los afiliados alógenos; la presencia de numerosos afiliados no obreros permite a la otra vertiente no sólo oponerse a los intentos de la primera, sino encaminar a la CNT por derroteros que la conducen inevitablemente a su transformación —de hecho, en espera de que lo sea de derecho— en organización «integral».

La inexistencia de esa membrana la revelan dos textos contrapuestos: «Los grupos más radicales están penetrados y cobijan gran cantidad de infiltrados, de confidentes, etc., que pueden llevar al traste las acciones emprendidas o ser los auténticos inductores de éstas, *con el objetivo de destruir el movimiento revolucionario y la CNT*».⁴⁴ «La existencia de esa

44. Declaración del Secretariado regional al Pleno regional de la CNT de Cataluña, julio de 1978. Las cursivas son mías.

45. Luis Andrés Edo a Ajoblanco, agosto de 1978.

Las cursivas son mías.

46. Véase en este trabajo «La organización integral».

47. *Solidaridad Obrera*, julio de 1978.

Ópticas y dioptrías

del ambiente alimenta tu rebeldía... Empiezan a producirse las huelgas de una forma más continua, las detenciones arbitrarias están a la orden del día... En la Universidad, donde colaboro en una revista, me censuran o me impiden publicar todo artículo de temática social... Y cuando por fin consigo utilizar mi título para dar clases, me echan de forma consecutiva de cuatro colegios... En un solo curso me mandaron tres veces a la Guardia civil.»

¿Cuál es la imagen que tienes en ese momento de la CNT?

«CNT no existe... Lo único que existe es la evidencia propia, la necesidad de construir un sindicato... Y me afiliaré a CNT porque soy anarquista y trato de encauzar tu rebeldía a través de sus aspectos productivos y solidarios con otras rebeldías que puedan hacer la revolución y liberarte individual y colectivamente... Sin embargo, no reconozco ahora que se diera en mí una asunción de tipo ideológico propiciada por la acción proselitista de la CNT.»

nebulosa tan contradictoria formada de pasotas, ácratas, gais, feministas, autónomos, etc., *obligó a la CNT a reconsiderar su política*. Sin ellos, la CNT hubiera estado en el Pacto de la Moncloa y hubiera aceptado la unidad sindical.»⁴⁵

Ambos textos tienen en común su carácter desorbitado. Ambos también niegan el protagonismo de la CNT al atribuirlo —negativa o positivamente— a entes que la inexistencia de aquella membrana sitúa dentro y fuera de ella a la vez.

Las razones profundas de la penetración masiva de la CNT por su entorno libertario no obrero trato de analizarlas en otro lugar.⁴⁶ Señalo, solamente, que esa penetración —que tan grave crisis provoca en la Confederación— revela que el «medio» anarquista español (movimiento libertario con minúsculas o «nebulosa contradictoria») está más gravemente enfermo que la propia CNT, y ésta no puede esperar de él antídotos para sus males que sólo un «medio» sano puede aportar. «En el pasado la CNT formaba parte del movimiento libertario. Hoy la CNT es la única organización del movimiento libertario», ha dicho el actual Comité nacional de la CNT,⁴⁷ y esas dos esquemáticas afirmaciones llevan implícito un diagnóstico acertado. La invasión de la CNT por afiliados no obreros es al mismo tiempo una huida de la nada.

Me limito aquí a subrayar su instrumentalización, favorecida por el escamoteo de una polémica que calara hasta las razones profundas del fenómeno. Presente en todo momento, la instrumentalización fue claramente perceptible —como lo vuelve a ser en la crisis de la Regional catalana de abril-mayo de 1979— en una de las circunstancias que más conmovieron a la Confederación en el período de reconstrucción: «los hechos de la Scala».

La amalgama CNT-Scala que intentan el aparato del Estado y los *mass-media* la hacía inevitable la propia situación de la CNT. Las contradictorias posiciones con las que los órganos coordinadores de la CNT se en-

Ópticas y dioptrías

¿Qué era para ti hacer la CNT?

«Participo en la reconstrucción de CNT aquí en Madrid pensando que el comunismo libertario, los ideales revolucionarios anarquistas, deben ser propagados por una organización que ofrezca una praxis sindical... Veo claro que si esas ideas son asumidas por la mayoría de la clase trabajadora será factible una revolución social, cambiar unas estructuras por otras.

»Hacer CNT es hacer sindicalismo... Destruir muchos mitos, como el de las colectividades (que en muchos sitios se hicieron a punta de fusil) o el de las escuelas racionales... Para poder hacer sindicalismo: participar en los convenios porque es el sitio en el que se movilizan los trabajadores... CNT debe estar presente allí donde se dé una lucha obrera..., pese a la presencia de los partidos políticos..., sin dogmatismos. Existe un campo sindical específicamente anarcosindicalista. De haber fundado CNT, sindicatos como USO, CSUT, SU no existirían o existirían como tendencias minoritarias dentro de CCOO... En este sentido, recuerdo cómo, siendo yo secretario local, USO —a través de su secretario de Organización de Madrid— me propone la disolución de las dos organizaciones para construir una

frentan con los hechos en este caso no podían ser más que las de una organización sin perfil orgánico claro y sin estrategia explícita contrastada por la acción anterior. Importa señalar que los hechos de la Scala no provocan un análisis profundo de sus causas y su contexto general en el que fundamentar la respuesta que cabría esperar de una organización que no puede asumir responsabilidades ajenas ni condenar la violencia a la manera reformista. En una organización sin norte real, posiciones ideológicas individuales e instinto de conservación de grupo son fácilmente manipulables para dirimir un conflicto de «poder» interno.

La Declaración del Secretariado permanente del Comité regional al Pleno regional de la CNT de Cataluña subraya vigorosamente la instrumentalización: «Estas posiciones en el seno de la CNT proporcionan argumentos de signo contrario, tanto a aquellos que quisieran convertir a la Confederación en una organización vanguardista y elitista, separada de las aspiraciones de los trabajadores, como a aquellos que quieren convertirla en una organización domesticada y puramente reivindicativa. *Es precisamente en la práctica donde ambos sectores se complementan y justifican mutuamente*».⁴⁸ Los hechos de la Scala tendrán escasa repercusión en el contexto general español —hinchado de violencia. Pero en los organismos confederales provocarán una ininterrumpida serie de cólicos.⁴⁹

El crecimiento de la CNT se detendrá en 1977. Todas las «tendencias» de la CNT han coincidido en dar primacía a las cuestiones organizativas. No al desarrollo de la Confederación, sino a la «forma», al funcionamien-

48. Actas del Pleno. Las cursivas son mías.

49. Y todo acabó como en un cuento de hadas: «Como ha manifestado el propio fiscal, la CNT no intervino en el caso Scala y los compañeros presuntamente implicados no constituían ningún tipo de banda armada. La CNT los considera inocentes y asume incondicionalmente su defensa». (Francesc Boldú, secretario de Organización en funciones del

Comité nacional de la CNT, en *CNT*, Barcelona, junio de 1979.)

50. *Punto y Aparte*, n.º 1, marzo de 1978.

51. *Ibid.*

52. Declaración al Pleno regional del Secretariado permanente de la CNT catalana, julio de 1978 (Actas del Pleno).

Ópticas y dioptrías

única que cubra el campo del sindicalismo revolucionario y del socialismo autogestionario.

»Pero ya desde 1976 se cometen errores: se confundirá el ideal revolucionario con el vandalismo en multitud de manifestaciones...»

¿El apoyo de CNT al movimiento pro presos sociales, al movimiento homosexual será también un error?

«Hay que recuperar todo lo que sea lucha marginal para una «política» de clase... pero distinguiendo bien el carácter de muchos de estos movimientos; el feminista, por ejemplo, tiene un carácter interclasista y apoyarlo es un error básico porque no conduce a la revolución... Pero la CNT es una organización integral, un método, un conjunto de opciones integrales para conquistar la sociedad anarquista... Y para eso hubiera sido necesario una separación de funciones dentro de la organización: las Federaciones de Industria, bien estructuradas, llevarían las cuestiones laborales y específicamente reivindicativas, mientras que las Federaciones locales, como órganos de coordinación de los sindicatos de una localidad,

to, a la vida interna de una organización que alcanza pronto sus dimensiones máximas para empezar rápidamente su decrecimiento. La CNT ha empezado pronto a girar sobre sí misma.

Las «tendencias» han hablado mucho a lo largo del período 1976-1979 de crisis de organización en la CNT, cuando lo que hubiera debido polarizar la atención de sus militantes era la crisis de la CNT. Hay que poner en pie el problema. No es la crisis de organización la que se refleja en la «ausencia desesperante de la CNT de la realidad cotidiana»,⁵⁰ sino que es esa ausencia —innegable— la causa fundamental de aquélla.

Si a nivel de la mera intención moralizante puede ser cierto que «sólo la CNT puede acometer la ingente tarea de frenar al reformismo político y sindical en nuestro país» y que la CNT «está dotada de unos esquemas organizativos lo suficientemente amplios como para albergar a la gran mayoría de los trabajadores»,⁵¹ no hay que esperar que esos «esquemas organizativos», tan generalmente impugnados tácita o expresamente por las «tendencias», basten por sí solos para atraer a los trabajadores, ni que la hipotética afluencia de éstos frene el reformismo. La regeneración de la vida orgánica es inimaginable sin una proyección exterior. Y esa proyección no ha sido seriamente encarada por el conjunto de la Confederación.

Al lado de la prioridad concedida a los problemas formales internos, los que sitúan a la Confederación en la sociedad española son superficialmente tratados o brillan por su ausencia de las actas de Plenos y Plenarias. Si se da en varias ocasiones importancia a la legalización de los estatutos, cuya puesta en discusión no es ajena a las polémicas sobre problemas de forma; si los problemas relacionados con el «patrimonio histórico» de la CNT merecen la atención de varios Plenos nacionales, los problemas de estrategia están prácticamente ausentes de esas instancias. Si al final del período se puede afirmar, sin titubeo alguno, que «en ade-

Ópticas y dioptrías

hubieran podido dedicarse a esos otros campos donde la explotación existe porque está claro que el revolucionario ha de estar allí donde haya explotación, pero también está claro que uno no puede dedicarse de manera eficaz y responsable a todo... En mi opinión, CNT no ha hecho ni lo uno ni lo otro: ni ha trabajado en los convenios, ni en las asociaciones de vecinos, ni en los movimientos ecologistas...

»Tras la reconstrucción la labor sindical es mínima. Desde mayo hasta septiembre de 1976 todo son discusiones inútiles sobre dónde, cuándo y por qué nos manifestamos... En Enseñanza, sólo cuando sale del mismo el elemento "pasota" se consigue estructurar el sindicato...»

¿No desconfías de las posibilidades de una organización minoritaria?

«Es ahora cuando realmente CNT es minoritaria porque entonces, en el momento de la reconstrucción, teníamos futuro... En 1976, tras la huelga de la Construcción (sector éste en el que la afiliación a cualquier otra Central sindical también es mínima), CNT hubiera podido ganarse al 90 % de los trabajadores porque

lante, gran parte del trabajo de la CNT se dirige hacia su interior, en lugar de hacia el movimiento obrero, mientras se inicia un proceso que conduce a la falta de alternativas globales de la organización y, de rechazo, a la toma de posiciones a remolque de los acontecimientos y de forma no coordinada, por parte de los sindicatos y comités de empresa»,⁵² todo el período de reconstrucción permite dar un valor general a ese aserto. Como se desprende del texto citado, el «taifismo», so capa de federalismo, ha sido tan grave en el plano de la estrategia como en el de la vida interna de las organizaciones básicas.

La Confederación ha sido incapaz de dotarse de una estrategia global que le permitiera incidir en un movimiento obrero en el que los acontecimientos se suceden con rapidez vertiginosa.

La carencia de estrategia global confina en la hornacina de la inoperancia a los «sagrados» principios y compromete el propio desarrollo de la CNT. «En lo que respecta a las luchas, las estamos aceptando en el campo que nos marcan el capital y las centrales sindicales mayoritarias, CCOO y UGT. Esto conlleva [...] el constituirnos en una minisindical, como USO, SU, CSUT, etc.»⁵³

«Si no se atiende lo que fue siempre característico del anarcosindicalismo, o sea, la presencia en los lugares de trabajo y la iniciativa en la reivindicación, no cabe extrañarse de que la clase obrera nos ignore, pues ni siquiera se le ha expuesto aún con claridad nuestra concepción de la acción directa.»⁵⁴

En el número 1 de la V época de *CNT*, publicado en Barcelona en julio de 1978, Sebas, del Comité nacional de la Confederación, publica «Refle-

53. Secretaría de Comarcas del Comité regional al Pleno regional de la CNT de Cataluña, julio de 1978. (Actas del Pleno.)

54. Informe del Secretariado permanente del Comité nacional al Pleno nacional de Regionales de diciembre de 1978.

55. Véase en este trabajo «Asambleísmo, consejismo y autonomía de la clase».

56. El mejor intento en este plano, aunque sus conclusiones sean negativas, es el de la Internacional nexialista, fechado en mayo de 1977. [Véase en este trabajo «La organización integral.»]

Ópticas y dioptrías

juega un papel relevante y encuentra eco en los tajos... Pero entonces, llegado el momento de la afiliación, los popes supremos que controlan ese sindicato, representación exclusiva del exilio, deciden impedir la afiliación en masa... Es entonces cuando determinado elemento del sindicato coge una lista de nombres y dice quién sí y quién no puede afiliarse... Evidentemente este señor es un subcontratista, un pistolero, que se encubre bajo postulados de pureza anarquista...

»En Enseñanza se podría ser la fuerza mayoritaria, en especial en el sector institutos. A finales de mayo-junio de 1978 se afilia muchísima gente que, tras los incidentes de septiembre y aquella exhibición de navajas, abandona el sindicato. Algo parecido sucede en el sector de enseñanza privada, y recuerdo como muy significativo de la fuerza que está adquiriendo CNT, la discusión de la plataforma del Convenio que se vota por bloques —lo que fue un error táctico por nuestra parte—, reivindicaciones salariales, reivindicaciones de tipo social y reivindicaciones de acción en la empresa... Nuestra plataforma era la más progresiva... Pues bien, esta última la ganamos en las votaciones por un margen muy amplio... y las otras dos votaciones las perdimos por aceptar la estrategia de las votaciones por bloques... Esto da una idea de nuestra implantación. CNT gana infinidad de vo-

xiones para una estrategia del anarcosindicalismo», en cuyas proposiciones hay materia polémica para alimentar un debate de largo alcance sobre lo que debe o no debe ser la práctica concreta de la CNT en tanto que organización anarcosindicalista o anarquista, global o sectorial, reformista o revolucionaria, pero organización extrovertida y compuesta de obreros. La prensa confederal, llena de minipolémicas, en la mayoría de los casos sobre puntos sin otro interés que el subjetivo, no ha reflejado el que tal polémica exista o haya existido. Ciertamente es que el trabajo de Sebas no encaraba —al menos directamente— el problema del «poder» dentro de la CNT, sino el problema de la influencia de la CNT fuera de ella, en la sociedad española. La polémica alrededor del ambiguo término «autonomía de la clase», cuya impugnación hubiera podido ser explotada por los anarcosindicalistas, tiene lugar enteramente fuera de la prensa confederal, en las revistas ya citadas.⁵⁵ El problema de la violencia, inseparable del que plantea la estrategia política, se encaró con olvido total del análisis teórico y político, para facilitar su instrumentalización en la lucha de «tendencias» por las «formas» confederales, por el carácter de la afiliación. Es total la carencia de textos de origen confederal que se planteen la función que, en la sociedad capitalista que le sirve de marco, debe asumir la CNT.⁵⁶ El conjunto de la «literatura» confederal inspira el sentimiento de que este punto está resuelto desde siempre.

Todas las «tendencias» que es posible delimitar en la CNT —hasta las más reformistas— se pretenden revolucionarias. Pero con notoria unanimidad todas ellas salen del paso mediante una inflación verbal en la que «revolución» es una palabra vacía de contenido operativo. La elisión del hiato entre los dos tipos de sociedad —la sociedad capitalista y la sociedad libertaria— revela una fuga ante el problema. Una teoría de la revolución no puede ser reducida a la nominación de las finalidades sedicentemente perseguidas. El esquema «principios-métodos-fina-

Ópticas y dioptrías

taciones cuyo fruto luego no se sabe recoger... La propia dinámica de la organización lo va a impedir.»

¿Por qué es inoperante la CNT?

«Hasta que llega el momento de elegir un Comité nacional que sustituya al de Gómez Casas, la afiliación crece... Entonces se plantea el pleno de La Paloma... Los sindicatos dicen que quieren elegir el Comité en asamblea local y no en pleno de sindicatos (con la cuestión proporcional de los estatutos por medio). De ahí sale un Comité nacional que no es aceptado por la FAI (entre otros salgo elegido yo, Carlos Ramos, Chema Elizalde...), y aprovechando una impugnación a un compañero se monta un gran follón y el pleno se invalida a sí mismo... Vuelven a plantearse las elecciones, pero esta vez hechas por los sindicatos, con votos nominales y vuelve a salir prácticamente el mismo Comité, que tampoco es aceptado por la FAI, que se dedicará a calumniar a los que componíamos aquel Comité, y, dando muestras de una agilidad operativa que antes no han utilizado para potenciar a CNT, llegan informes falsos sobre nuestra identidad a toda España antes

lidades» puede ser válido en tanto que resumen, símbolo, de algo coherentemente formulado. Pero puede ser en sí, o puede convertirse en la práctica, en algo vacío de sentido. ¿Qué grado de conciencia permiten alcanzar a los afiliados esas palabras, aun traduciendo «principios» por anarquismo, «métodos» por acción directa y «finalidades» por comunismo libertario? Esa trilogía no sólo soslaya de manera total el problema de la estrategia confederal, sino que permite olvidar la necesidad de su planteamiento. Pero su condensado vacío hace de ella un arma ofensiva y defensiva eficaz en la lucha «tendencial».

La decadencia de una organización que gira sobre sí misma, en un movimiento espiral centrípeta que concluye en la nada, es inevitable: «El proceso de consolidación se ha detenido [...] La afiliación se ha detenido en casi todas las federaciones locales e, incluso, en muchas de ellas ha retrocedido. No asistimos al surgimiento de nuevas federaciones».⁵⁷ Si de algo pecaban estas afirmaciones hace un año era ya entonces de optimismo. Hoy a ningún observador se le oculta que la situación es peor. Tanto peor cuanto la «consolidación» o la «no consolidación» de la CNT es una baza que se disputan las «tendencias» en liza.

El remedio indicado por la Declaración del Secretariado permanente de la Regional catalana está dictado por la coyuntura; pero su valor es general, permanente: «La organización debe retomar, en el plazo más breve posible, el camino de la lucha, la senda de la línea sindical vinculada muy estrechamente a los intereses y necesidades de toda la clase obrera y no sólo a su fracción "afiliada" [...] O la CNT es una alternativa abierta a toda la clase trabajadora, incluso a la organizada en otros sindicatos, o la CNT se convertirá en un coto cerrado».⁵⁸

Empero, el maltusianismo orgánico de ciertas «tendencias» es evidente y,

57. Declaración del Secretariado permanente del Comité regional al Pleno regional de la CNT de Cataluña, *loc. cit.*

58. *Ibid.*

59. Actas del Pleno.

60. *Loc. cit.*

Ópticas y dioptrías

de que se ratifique por las regionales el Comité que ha salido en Madrid... En un pleno se demuestra la falsedad de aquellos informes que nos presentan como infiltrados marxistas... Se acuerda enviar un contrainforme... pero éste nunca llega a las regionales... En este clima de desconcierto la labor sindical es mínima y se abandonan incluso luchas que estaban ya planteadas...

«Así las cosas, y habiendo sido todo esto provocado por las interferencias de la FAI (y otros grupos específicos como la FIGA), cabe pensar, aunque yo nada puedo probar, que esa FAI (la más ligada a la gente del exilio, del SI [Secretariado intercontinental de la CNT de España en el Exilio]) ha pactado con el gobierno...»

¿Qué clase de pacto sería ése?

«Se consiente la existencia oficiosa de FAI para que ésta se transforme en la ejecutiva de una CNT que, frente a CCOO y UGT, asegure la existencia de un sindicalismo antimarxista y les coma afiliados a las anteriores... Por otro lado, a nadie asusta una CNT que pueda ser llevada por cuatro o cinco personas y que además está ocupada por infiltrados de todo tipo: aquí en Madrid hay gente de Fuerza

en ocasiones, explícitamente expresado en una posición de repliegue que compromete el carácter obrero de la Confederación.

La vía indicada para salir de la impotencia orgánica era la convocatoria de un congreso y así lo entendió el Pleno nacional de septiembre de 1977: «El Pleno acuerda por unanimidad la conveniencia de celebrar un congreso de la organización, con la debida preparación por toda la militancia [...] El Pleno no puede pronunciarse sobre la fecha»,⁵⁹ pero el congreso debía celebrarse en el curso de 1978. El acuerdo quedará sin efecto práctico y, casi un año después, en el Informe del Secretariado permanente saliente⁶⁰ se dirá que la viabilidad del acuerdo «se va a ver afectada por la dilatada interinidad del Secretariado actual, interinidad que ha durado siete meses por la incapacidad en que se halló la Federación local de Madrid para dar cumplimiento al mandato de designar el nuevo Secretariado del Comité nacional». Habrá que reiterar el acuerdo año y medio después, tiempo que pudo ser utilizado en trabajos preparatorios del congreso. La prensa confederal —incluida *Solidaridad Obrera*— se ha preocupado poco y con escasa profundidad del congreso durante ese período. Se puede pensar que el enorme problema que en sí constituye la celebración del sexto —y no quinto— Congreso nacional de la CNT ha inhibido incluso a quienes sienten su necesidad y piden su celebración. Esta inhibición es un rasgo más del talante general del período confederal 1976-1979, es decir, la inclinación de los militantes a esconder la cabeza debajo del ala frente a los problemas esenciales que su propia realidad y el entorno global plantean a la CNT.

Sólo *Bicicleta*, en su «Encuesta Congreso»⁶¹ se ha esforzado en situar en 1979 el problema en un horizonte realista.

El congreso ha sido visto por muchos militantes como la panacea absoluta a los males que afectan a la Confederación. Luis Andrés Edo dice que los congresos de la CNT tuvieron «una clara incidencia» en la orientación del

Ópticas y dioptrías

Nueva que llegó atraída por el anticomunismo... Hay policías... y montones de militantes que no sabes de lo que viven... que son "espadistas", que son "chorizos"... En fin, una verdadera mafia...»

¿Y las luchas internas?

«Es un enfrentamiento entre los digamos heterodoxos, entre los que me encuadro, que deseamos un análisis profundo de la actual situación social, política y económica... que nos permita ver qué significa hoy federalismo, autogestión, acción directa... Y es un enfrentamiento, digo, con la FAI empeñada en mantener e imponer su óptica dogmática... empeñada en controlar la línea sindical que ha de seguir la CNT. Esta disputa es lo que ha condenado a la CNT a la esterilidad... y pondré ejemplos concretos: en Valladolid, tras un proceso de presentación en fábricas y barrios, CNT está creciendo... Entonces surge lo del Primero de Mayo, donde son detenidos dos grupos armados que cubren de desprestigio a la organización. En Sevilla, justo en el momento en que la CNT empieza a funcionar bien, con afiliación creciente, surge lo del atraco a un banco que pringa las siglas.

movimiento obrero. Pero la confianza que en el congreso deposita hoy la militancia tiene su origen, sin duda, en el hecho de que en 1919, en 1931 y en 1936, bien que mal, los congresos resolvieron las crisis profundas que atravesaba la CNT en cada una de esas fechas. También ha habido numerosas manifestaciones contrarias a la celebración del Congreso.

Así, se arbitran proposiciones milagreras: «Un Congreso en este ambiente sería la última puñalada al servicio que la CNT puede prestar al mundo del trabajo y a la entera España. Es una Conferencia de militantes lo que urge realizar».⁶² ¿Quién designaría a esos militantes? ¿Con qué autoridad? ¿Cuáles son los criterios que conceden o niegan la calidad de militante?

Pero, más allá de las afirmaciones de principio en uno u otro sentido, son significativas las razones en que éstas se fundan. Aducir, como lo hace Gómez Casas, «la necesidad de que todos los compañeros, viejos y jóvenes, participemos en un congreso que sea el congreso de *todos*», está dentro del estilo que ha caracterizado al proceso de reconstrucción a cuyo desenlace estamos asistiendo. Al no afirmar tajantemente que el congreso nacional debe ser imperativamente un congreso de sindicatos, Gómez Casas sugiere que el congreso debe ser de individualidades libertarias, imagen que remachan sus afirmaciones siguientes: «El congreso debe estudiar con atención la cuestión del movimiento libertario en España [...] Podría pensarse en un organismo encargado de coordinar este ML a niveles locales».⁶³ El congreso nacional no puede tener más límites que los que él se imponga. Con una salvedad: para ser un congreso de la CNT, el sexto congreso tiene que ser estrictamente un congreso de sindicatos; cualquier modificación *a priori* de ese carácter por ésta o aquella instancia confederal coordinadora haría de él otra cosa, lo anularía en tanto que congreso nacional confederal.

61. *Bicicleta*, n.º 13, sf.

62. Isidro Guardia, *La CNT ante el presente, pasado y perspectiva*, 1977.

63. Juan Gómez Casas, *loc. cit.*

64. Eloy Martín Nieto en *ibid.*

65. Luis Andrés Edo, en *El Viejo Topo*, *loc. cit.*

66. En *Bicicleta*, n.º 13, sf.

67. En *El Viejo Topo*, *loc. cit.*

Ópticas y dioptrías

En Málaga, cuando se intenta tirar hacia delante surgen las expulsiones de federaciones enteras. En Valencia se cargan al sector que no sigue al faísta Ferrer... Gente valiosa y que hasta entonces había hecho sindicalismo serio. En Barcelona salta lo de la Scala..., etc. Y, claro, hasta en mi colegio, chavales de 13 y 14 años ya te vienen con el cuento de qué es lo que pasa... que si los de la CNT sois una panda de criminales... En todo momento que la labor sindical de CNT ha gozado de una cierta pujanza, han saltado a la opinión pública acontecimientos del tipo que te he señalado que cubren a la organización de mierda. Por otra parte, ya desde el mismo momento de la reconstrucción se produce en su seno una verdadera "caza de brujas"... Y éste es el verdadero sentido que tendrá el próximo congreso: la "caza de brujas". La CNT, al quedar confiscada su libertad, lo ha perdido todo... Ya no es nada... en Andalucía no existe, está por reconstruir; en Galicia no existe, excepto en el sector de los pasteleros y algo de banca; en Extremadura hay doce federaciones locales... controladas la mitad por unos y la otra mitad por otros... y a hostias todos los días; en la regional Centro no llegan a 2 000 los afiliados con casos de Federaciones locales "fantasmas"... La CNT ha perdido su espíritu anarcosindicalista.»

La soberanía del congreso sólo comienza en el instante en que los delegados al mismo se constituyen como tal. Intentar establecer límites previos a su acción por parte de individualidades u organizaciones básicas es inevitable y conveniente. Nada como la inminencia del congreso puede agudizar en los militantes la conciencia de la situación actual de la CNT. Las tomas de posición ante el congreso delimitan netamente las bazas que han sido disputadas a lo largo del período confederal 1976-1979, al mismo tiempo que revelan agresivamente las carencias fundamentales de ese período. La primera de éstas es que el conjunto de la Confederación —a pesar del ya lejano acuerdo de un Pleno nacional— no se ha preparado para la celebración de tal congreso: «Exceptuando algunas zonas, la organización brilla por su ausencia no existiendo la estructura de base de la organización confederal: el sindicato [...] Para un congreso se debe abrir un debate por parte de todos, tanto los ortodoxos como los que se encuentran marginados, que como mínimo debería durar un año. Todo ello a nivel de sindicatos».⁶⁴

«Va a ser un congresillo si no hay una reacción sensible. Si las cosas continúan como hasta ahora, no tendrá categoría de congreso [...] Se ha manipulado la convocatoria del Congreso y se ha manipulado precisamente para poder manipular el Congreso [...] En un momento en que no funcionan los sindicatos».⁶⁵

La confluencia de dos representantes destacados, por citar sólo dos ejemplos, de «tendencias» que se enfrentan en la CNT es significativa. Pocos han sido los militantes que «manipularon» la Confederación en su período de reconstrucción que hayan aspirado sinceramente a la celebración de un congreso nacional, incluso entre los que han afirmado su parentoría necesidad. Cada «tendencia» ha querido «su» congreso, el congreso que legitimara su hegemonía (o su monopolio) sobre la Confederación, lo que implicaba, no la preparación del congreso, sino la conquista pre-

Ópticas y dioptrías

¿Cómo se presenta este proceso de «descomposición»?

«Se inicia con la reconstrucción de CNT. Es una reconstrucción desde arriba. Todos los grupos autónomos que convergemos en CNT pedimos en ese momento un debate que aclare lo que se quiere hacer... En ese momento el único grupo que quería salir como CNT era el de Construcción, que era gente ligada al SI, al exilio, a la Federica Montseny. Ya aquí se producen los primeros enfrentamientos, y en un clima de verdadera tensión se saca un Comité regional de compromiso y que es una comisión para reconstruir la regional Centro y que, en definitiva, actuaba casi como Comité nacional... Así se aborta lo que hubiera podido ser un proceso de discusión fructífero y una reconstrucción real, por la base... Esto va a determinar la dinámica posterior de CNT, y, en el primer pleno de la reconstrucción, celebrado todavía en la clandestinidad en una iglesia de Aluche, en el mes de septiembre de 1976, se elige el Comité nacional cuya tendencia será la del exilio, porque aunque ahí hay gente que pretende hacer síntesis entre el exilio y el interior, creo que nunca lo consiguieron, porque se da en ellos un rechazo a la realidad que nosotros representamos. Desde el principio queda claro el enfrentamiento entre

via de aquélla, es decir, el dominio de sus comités. La baza está clara en las declaraciones de Eloy Martín Nieto y en las de Luis Andrés Edo. Por razones opuestas, ambos están de acuerdo. Dice Martín Nieto: «Un congreso ahora significaría la consolidación de la tendencia integrista de los apóstoles de la ortodoxia anarquista, lo cual significaría la total destrucción del sindicalismo revolucionario en este país». ⁶⁶ Dice Luis Andrés Edo: «Un congreso iría a abrir las compuertas, a vaciar a la CNT de una serie de referencias y de contenidos, es una operación de alta política.

68. Las afirmaciones de Luis Andrés Edo me sugieren las siguientes puntualizaciones. Repito que la celebración de un congreso nacional en 1978 fue decisión adoptada en un Pleno nacional de regionales celebrado en septiembre de 1977. No tengo noticia de que tal congreso se desconvocara. A comienzos de 1979, no se podía tomar un acuerdo ya adoptado sino recordar su vigencia. Hay tendencia a establecer un paralelo entre los actuales partidarios en la CNT del «sindicalismo moderno» o «de empresa», los «grupos de afinidad anarcosindicalistas» y los «treintistas». Estos fueron incapaces de aplastar a los anarcosindicalistas. Los anarcosindicalistas tardarían más de dos años —tras una ardua lucha ideológica— en desalojar a los «treintistas» de los comités. Hoy, dos miembros del Comité nacional, en un Pleno nacional en el que debieran estar en proporción al menos de 1 contra 5, parecen bastar no sólo para imponer la convocatoria de un congreso nacional ya convocado, sino para dar ritmo *in crescendo* a la caza del anarquista. Y sin embargo la «tendencia» en cuestión no ha podido evitar ser expulsada del campo de batalla antes de comenzar ésta. Es evidente que lo que ha cambiado es el campo de batalla. Un bebedero de patos no es el terreno más apropiado para batallas ideológicas, o, simplemente, orgánicas. En los *medios* libertarios es harto sabido que durante el período de reconstrucción de la CNT no ha habido caza —¿cómo entendernos si no damos un sentido usual a las pala-

bras?— de anarquistas. Y todos sabemos en esos medios que durante el mismo período la violencia interna fue ejercida por individuos o grupos que no sólo pretendían ser anarquistas sino que como tales eran considerados, para mal de la CNT, por los ingenuos en general y por los incautos opositores.

69. En muchas de las afirmaciones de la conveniencia de limitar los objetivos del Congreso aflora el criterio de que la crisis actual de la CNT tiene su origen en la «forma» orgánica heredada de un pasado superado. La casi unánime afirmación de que el congreso no debe «cambiar los principios» obedece en muchos casos no a la convicción de su validez sino a un abordecimiento táctico que facilite su abandono.

70. Calificada así por la «gran prensa».

71. En *Solidaridad Obrera* (20 de abril de 1979), José María Berro, miembro del Comité nacional de la CNT, expulsado del Sindicato de la Construcción de Barcelona, dirá: «1. El congreso de CNT está a seis meses vista y va a suponer una definición de CNT; por tanto interesa ir a él con el mínimo de oposición y para ello cargarse a todo aquel que propone algo distinto con cierta coherencia. 2. En poco tiempo se va a elegir el Comité local de Barcelona, así como el sustituto del Sebas en el Comité nacional». Sebas [tián Puigcerver] dimitió de su puesto en el Comité nacional a comienzos de 1979.

Ópticas y dioptrías

los partidarios de hacer una organización sindical que, aunque incluyese otros campos que no fueran propiamente los sindicales, sí recogiera unas bases teóricas y estratégicas desde las que trabajar... respetadas por todo el mundo... Frente a todo esto estarán todos los que rechazan cualquier tipo de organización: los «pasotas», esos que se dicen anarquistas puros o los más dogmáticos. Sin embargo, las diferencias no eran tantas... A niveles de estrategia sindical los puntos de contacto entre los primeros que he señalado, dentro de los que me incluyo, y por ejemplo la FAI, son muchos... Pero es el carácter refractario de la FAI a todo lo que no sea FAI, a todo lo que suponga una innovación en CNT que resulta imposible cualquier tipo de síntesis... Y estos enfrentamientos se harán personales: las amenazas de muerte, las bofetadas, las navajas han estado al orden del día, y el que aparezcan pistolas en los plenos ha dejado de causar sorpresa... La falta de respeto por la persona humana se ha transformado en un valor «revolucionario»...»

Entonces sí que podría hablarse de la caza del anarquista». ⁶⁷ E iniciar esa operación de alta política ha sido posible, según Andrés Edo, no gracias a «la tolerancia del Comité nacional, no», sino «con la participación de dos miembros del Comité nacional». Ciertamente, posiblemente. Pero inverosímil. Y conocer los detalles de la maniobra no la hará más verosímil si no se acepta —¡qué remedio!— que se ha desarrollado en un universo de orates. ⁶⁸

La intuición de muchos militantes de que ese enfrentamiento —más bien esa convergencia— hará imposible la próxima celebración de un congreso nacional, se manifiesta en las opiniones que asignan a éste objetivos estrictamente limitados que excluyeran los conflictos irreductibles. ⁶⁹ Pretensión hoy «utópica» y que los hechos no harán quizá realidad; pero pretensión «razonable» en la intención. ¿Qué duda cabe de que sería útil incluso un congreso que, limitándose a sí mismo, sólo comprobara el estado real de la Confederación y —con el prestigio de la instancia— acordara *únicamente* la celebración del siguiente Congreso y, en consecuencia, la fecha y los medios de su celebración? Porque, en la situación actual de la Confederación, la hipótesis más plausible nos enfrenta con una opción: la celebración del congreso nacional en el que la CNT estalle; la no celebración del congreso nacional prolongando hasta su ineluctable desenlace el actual proceso de descomposición.

El *segundo anuncio* de la inminente celebración de un congreso nacional ha desencadenado en la CNT una guerrilla que ha superado la incoherencia y la violencia de la vida orgánica que debutó en 1976. La iniciativa de las maniobras ha correspondido esta vez a la «corriente Luis Andrés Edo». ⁷⁰ El arma absoluta de esta «tendencia» ha sido la explotación de la existencia de una organización «paralela», atestada por actas que probarían la existencia de grupos de afinidad anarcosindicalistas en varios sindicatos.

Ópticas y dioptrías

Pero, ¿qué esconde esta violencia?

«Represión... y un complejo terrible a la hora de afrontarla... Se utiliza para sublimar la propia incapacidad... Es pura expresión de la miseria que es la gente a nivel personal.»

¿CNT produce frustración?

«Lo que insinúas es algo así como que el que está en CNT queda frustrado por la falta de realizaciones, no siente que CNT le aporte lo que el creía que le iba a aportar... y entonces busca una alternativa más radical... como la que aparentemente ofrece la FAI... Pues bien, sí, es posible que algo de eso se dé... pero me parecería exagerado admitir que es la misma CNT, impotente, la que revitaliza a la FAI... Ante la inoperancia de la organización caben actitudes más positivas que la de incrustarse en la FAI, FIGA o cualquiera de los mil grupúsculos que pululan en torno a la CNT y se reclaman anarquistas... y cuya función hasta la presente no ha sido otra que la de obstaculizar a quienes dentro de CNT no han compar-

No seamos hipócritas. A esta acusación la despojan de valor dos circunstancias: hoy, las miniorganizaciones paralelas —la CNT no da para más— con el objetivo de «defender», «regenerar», «restaurar», «reformar» la CNT son innumerables, aunque no dejen actas de su existencia; el proceso «paralelo» que ahora se condena, precisamente ahora,⁷¹ era conocido tiempo ha por la «corriente Luis Andrés Edo».

En febrero de 1978, el Sindicato de la Construcción de Barcelona —asumiendo de hecho funciones de los órganos de la Federación local y de la Confederación regional— convoca a una reunión a los sindicatos afines a sus posiciones. Este hecho puede ser calificado de intento escisionista. Empero, es el Sindicato de la Construcción quien lanzará contra los Grupos de Afinidad Anarcosindicalistas la acusación de constituir una «organización paralela».

La crisis de la CNT de Barcelona será la apoteosis del estilo de vida orgánica de la CNT reconstruida. En un organismo sano, esa crisis podría tener efectos positivos. Contrariamente a las afirmaciones que contiene el artículo «La CNT, dispuesta a acabar con los grupos vertebrados»,⁷² en lo fundamental, esa crisis denuncia la existencia de una grieta en la CNT que va ensanchándose entre «específicos» y «sindicalistas de masa». Negar de puertas a fuera la intervención de una FAI en el proceso puede haber sido estimado necesario, pero no corresponde a la verdad. Y es innegable la intervención del «exilio» en el desenlace de la crisis. Definir este desenlace como resultado del enfrentamiento exclusivo de dos tendencias extremas y buscar, mediante negociaciones, su resolución en el «centro» —la tercera vía de Enrique Marcos y de parte de la vieja mili-

72. Enrique Marcos, secretario general de la CNT, Marcelino Reyes, secretario de la Federación local de Barcelona, y Esteban Alonso y José Castells, del Comité regional de la CNT de Cataluña a *El País*, 10 de junio de 1979.

73. Conrado Lizcano, «Cataluña mete la pata», *CNT*, Barcelona, junio de 1979.

74. Luis Andrés Edo a *El Viejo Topo*, loc. cit.

75. *CNT*, Barcelona, junio de 1979.

76. *Ibid.*

Ópticas y dioptrías

tido sus postulados. Por otra parte, la gente llega a la CNT sin saber lo que es la CNT... Quienes transmitimos la imagen de CNT somos los que hablamos en asambleas y puntos de lucha; asocian CNT a las personas que defendemos sus postulados con seriedad... Y claro, siendo éste el mecanismo más normal de acercamiento a CNT, es absolutamente imposible intuir la mierda que hay dentro de la organización, poder saber, conocer de antemano lo que es la CNT, lo que es una burocracia estéril que ha quemado a muchísimos trabajadores... trabajadores que no se han ido a CCOO o UGT, sino a su casa o que han salido organizando grupitos, colectivos que por rechazo se han hecho cada vez más antiorganizativos y que, finalmente, se terminarán yendo cada uno a su casa... También es cierto que hay mucho obrero, mucho compañero que aspira a ser burgués, que no sabe eludir todos esos miles de mecanismos de imitación que se le ofrecen por la televisión, el cine, la radio, las revistas... En CNT hay mucha gente que no es trabajadora, que no se sabe de qué vive... Analizar la componente pequeñoburguesa de la militancia de CNT creo que también explicaría en parte la ineficacia de sus planteamientos en el plano laboral... CNT está ocupada por una base, sociológicamente hablando, no trabajadora.»

tancia— es cerrar los ojos y tapárselos a los demás. Cuando por esta vía vuelvan «las aguas a su cauce», éstas serán más escasas pero igualmente malolientes.

Minimizar la crisis actual, atribuyéndole el carácter de fenómeno local barcelonés, no es sano. En Cataluña reside hoy el grueso de la CNT. No es cierto que esa manifestación sea lo único que amenace «la limpidez y el sosiego reinantes en el País Valencià, País Vasco, Asturias, Cantabria, Andalucía, Aragón, Centro, Albacete y Murcia».⁷³

No insinúo que en esas Regionales reina la paz de los cementerios. Cualquiera enteradillo sabe que fenómenos semejantes se manifiestan en Levante y Centro, y que tienen una relación íntima con la que, más visible hoy, pero no ayer, sacude a la CNT de Barcelona.

Las expulsiones que revelan en superficie la crisis son irregulares. Lo son desde el punto de vista de la moral libertaria, por la adecuación de las «alianzas» que las hicieron posibles. Lo son también en la forma. ¿Por qué medios federalistas, o simplemente democráticos, se expulsa a los afiliados de una organización «en que no funcionan los sindicatos, menos aún las secciones de empresa, los comités de empresa. No funcionan las federaciones locales ni comarcales, en que no funciona ni siquiera bien el Comité nacional»?⁷⁴

No basta que una mayoría real —y no ha sido éste el caso— de un sindicato decida expulsar a uno de sus miembros. La expulsión no puede ser decidida irrevocablemente en el calor de una asamblea. Una asamblea de sindicato puede ser maniobrada, puede ser injusta, antifederalista. Lo prueban, incluso, tardíos documentos orgánicos. Así, la secretaría de Organización del Comité nacional de la CNT afirmará: «En ningún momento ha sido probado que los compañeros expulsados perteneciesen a servicios secretos o fuesen miembros de UCD, como se afirmó públicamente en Barcelona en el mitin del Primero de Mayo».⁷⁵ Y, en respuesta al Sindicato de la Construcción de Barcelona, la redacción de CNT⁷⁶ afirma:

Ópticas y dioptrías

¿Existe correspondencia entre las diferentes fases por las que pasa tu militancia en CNT y la modificación de tus actitudes personales?

«En realidad me estás preguntando si yo he acomodado mis ideales anarquistas a la realidad de la CNT... Puedo decirte que la labor sindical impone una serie de imitaciones a esos ideales... me siento libertario y mis posiciones son antiorganizativas, pero veo la necesidad de una organización como medio de defenderte con un mínimo de eficacia de las agresiones que sufres cada día... Y claro que eso modifica tus actitudes... Un ejemplo: sin ser nunca un espontaneísta, reconozco que antes mis actitudes llevaban una mayor carga de espontaneidad; ahora, conociendo la fauna que pulula por CNT, mido mucho lo que digo... Esto es negativo a nivel personal y a nivel organización porque significa que no existe en CNT libertad de expresión... Y también es un índice de lo que la gente, en el presente momento, puede aceptar... Pero también hay actitudes nuevas en mí: en 1976 no "veía" la lucha contra las cárceles, ahora sí la "veo"... Y sé que tampoco será asumido este tipo de lucha por los trabajadores, pero veo necesario que alguien intente crear ese estado de conciencia en favor de una gente que es asesinada o

1. Creemos que las expulsiones se han realizado de forma apresurada y sin analizar los problemas en profundidad, cometándose alguna injusticia. 2. No nos parece que se pueda justificar esa forma de actuación ni tan siquiera a partir de una pretendida defensa de la pureza anarcosindicalista; más bien parece lo contrario. 3. Consideramos no suficientemente probado, ante la militancia, el asunto de la "paralela" (ellos negaron la paternidad de las actas), sin que ello quiera decir que no lo fueran, pues ahí también tenemos dudas, puesto que no han hecho una defensa precisamente brillante».

Y el propio Comité nacional declarará a *El País*⁷⁷ «que se ha formado una comisión investigadora que deberá señalar las responsabilidades en que incurrieron los llamados "grupos de afinidad" al constituirse como tales». Por ahí se debió empezar.

La manera de «extirpar» a los militantes de los Grupos de Afinidad Anarcosindicalistas desdibuja los contornos de la «tendencia» que esa denominación encubre, impide considerar el fenómeno como la separación de una parte enferma por un todo sano. La parte separada no aparece como más enferma que el todo. Se ha evitado, no obstante, la posibilidad de confrontación ideológica abierta, la posibilidad de crítica teórica clara, orgánica y pública. Y los traspies que los grupos expulsados puedan dar en su evolución «justificarán» la medida, disfrazarán el malestar provocado por los métodos utilizados para llevarla a cabo, encubrirán los problemas reales de que es consecuencia y que la expulsión ha agravado. «No existe debate porque oficialmente no pasa nada dentro de la organización confederal. Y así se vuelve a la lucha por el poder como eje vertebrador de una actividad falsamente libertaria. Una lucha por el poder que, curiosamente, corre "paralela" y de forma oculta a la vida externa de

77. 10 de junio de 1979.

78. José Antonio Díaz, «Todos somos paralelos», comunicado por el autor, manuscrito destinado a

Historia Libertaria, número de julio de 1979.

79. José Antonio Díaz, *loc. cit.*

80. *Nosotros*, junio de 1979.

Ópticas y dioptrías

degradada dentro de las cárceles... Creo, también, que ahora soy menos machista... Y otro tipo de realidades que antes no tomaban cuerpo en mí eran las referidas al movimiento ecologista... En CNT encontré gente que te abre la inquietud a éste y otros campos..., aunque insisto en que a nivel de organización no se hace nada por recoger este potencial de contestación.»

¿Por qué te vas de la CNT?

«Por su inoperancia presente... sumida en una lucha por el poder de la que no participo. Me voy porque la organización está anquilosada... y yo todavía sigo creyendo en la sociedad libertaria, en la solidaridad, en la vida natural, en que las cosas se decidan comunitaria y libremente... Y me salgo para hacer otra organización que responda a todo eso que ya no responde CNT... Me salgo para hacer un Sindicato de Enseñanza donde la autonomía obrera no esté confiscada... y creo que mi actitud es representativa, que refleja la manera de sentir de todos los que dejamos la organización y de muchos otros que están fuera... Los de enseñanza intentaremos federarnos con el resto de los sindicatos que han abandonado o que

la organización, a las actas y a los acuerdos, al escaso trabajo que pueda hacerse aún en los sindicatos».⁷⁸

No se deben interpretar mis afirmaciones como una defensa de los «paralelos». Pero sí como una condena de las «tendencias» confabuladas para lograr su expulsión. Pues lo lamentable es que la vida orgánica de la CNT reconstruida justifique por sí sola la pretensión de defender el anarcosindicalismo contra ella misma, que esa situación dé visos de realidad a la afirmación de que «lo que aparentemente empezó siendo una lucha por el poder se ha convertido en un problema de lucha de clases dentro de una organización».⁷⁹

Los Grupos de Afinidad Anarcosindicalistas constituyen una «tendencia» como las demás que se oponen en la CNT. Nada permite acreditarle una mayor homogeneidad interna, una mayor coherencia teórica. Ni antes ni después de la crisis de mayo de 1979, ha demostrado obrar de acuerdo con un proyecto claramente definido. Como las demás «tendencias», también ésta ha concedido una mayor atención a lo meramente táctico. Su homogeneidad, su coherencia y su rigor se manifiestan en el hecho de que aunque algunos de sus grupos consideran que la CNT «ha fracasado como instrumento de transformación social para la clase obrera» han contribuido no sólo a su reconstrucción, sino que en ella han permanecido y en ella han luchado tan denodadamente como cualquier otra «tendencia» por el «poder orgánico» hasta su expulsión. La homogeneidad, la coherencia, el rigor de su conjunto lo revela el que aun considerando que el anarcosindicalismo ha perdido su validez teórica y práctica en la sociedad actual, la «tendencia» se agrupa bajo el calificativo de Grupos de Afinidad Anarcosindicalistas. Pero para ser miembro de la CNT no es condición necesaria ser anarcosindicalista o *crear* en el comunismo libertario. Basta una conducta compatible con las normas confederales. Y en el documento «Por una CNT anarcosindicalista», publicado por los Grupos de Afinidad Anarcosindicalistas, después de la expulsión de mu-

Ópticas y dioptrías

han sido expulsados de CNT... Y si fuera utilizando las siglas CNT, mejor todavía, porque ello sería un medio que impediría utilizarlas otros para continuar engañando a los trabajadores y remarcar nuestro carácter autónomo... autónomo de la FAI, autónomo de la AIT, autónomo de todo tipo de mafias...»

¿Y cómo será esa CNT alternativa?

«Pues no lo sé, porque eso es algo que no depende sólo de mí... Pero lo que sí se puede anticipar es que se tratará de una organización obrera anarcosindicalista, autónoma... que defienda al trabajador de las agresiones que sufre allí donde las sufre..., porque el obrero no es sólo agredido por el capital en la empresa: vivimos en una naturaleza que se muere, que la están asesinando... Una central nuclear es un atentado contra los trabajadores; vivimos en casas como colmenas que no facilitan la comunicación... Eso que llaman viviendas sociales son agresiones contra los trabajadores; vivimos en ciudades donde la solidaridad ha desaparecido... Eso que llaman planes de remodelación urbana son agresiones contra los trabajadores.

chos de sus miembros no se formula nada en el plano ideológico, teórico y político que esté en contradicción con lo que es todavía *doctrina oficial* en la CNT.

No ha sido demostrado por el debate orgánico que los «paralelos» querían hacer de la CNT una sindical puramente reivindicativa, o, como afirma el portavoz de la FIGA (Federación Ibérica de Grupos Anarquistas), el proyecto de «desgajar el mayor número de sindicatos para crear una Central y dejar CNT para los vivenciales, marginándola del movimiento obrero».⁸⁰ Afirmar que el Congreso nacional al que tendían los Grupos de Afinidad Anarcosindicalistas sería un minicongreso que legitimara ciertas modificaciones estatutarias de forma y funcionamiento, aparentemente inocuas, en pro de la eficacia —soslayando los problemas de finalidad más conflictivos en superficie—, para hacer posible una transformación radical de la CNT después del Congreso, no ha sido demostrado por el debate orgánico, pues no ha habido debate orgánico sobre el congreso. Ninguna de las acusaciones lanzadas contra los Grupos de Afinidad Anarcosindicalistas ha sido probada en un debate a la vez orgánico y público. «El tiempo dirá dónde terminan nuestros paralelos», dirá Beltza. Ya sólo la práctica de los «paralelos» puede resolver con nitidez el problema.

Se puede luchar por la CNT fuera de ella, se puede querer ser de la CNT —es decir, anarcosindicalista— cuando ésta rechaza, y más si el rechazo se produce en un contexto turbio, antifederalista, cuando «tendencias» minoritarias no dejan expresarse en la CNT a las minorías. Y en este sentido, organizarse fuera de ella puede ser políticamente legítimo. Puede

81. Véase Colectivo Autonomía de Clase: [Tribuna libre] «Algunas consideraciones sobre la crisis actual de la CNT», Páginas 231-236.

82. Beltza, «¿Qué pasa con la CNT? ¿Qué pasa con la paralela?», CNT, junio de 1979.

83. Beltza, *loc. cit.*

Ópticas y dioptrías

»En el campo sindical hay que redefinir los conceptos básicos del anarcosindicalismo, no se pueden mantener dogmáticamente los postulados de 1936 o los principios fundacionales de 1911: el obrero ha cambiado; la sociedad en que vive no es la misma... Es necesario preguntarse incluso si en esta sociedad capitalista española es posible un sindicalismo revolucionario... Hay que hacer un sindicalismo de masas ágil, en donde las secciones de empresa se preocupen de realizar cursillos de formación que saquen al obrero de la incultura, de la incomunicación, del individualismo alienante...

»La lucha sindical pasará por reivindicar tiempos muertos, tiempos libres durante la jornada laboral en las fábricas..., y no sólo para reuniones sindicales o asambleas, sino para que el obrero dedique este tiempo a lo que le apetezca. Me opongo a la concepción del sindicalismo de CCOO y UGT que pacta asegurando niveles de producción cuando lo que hay que exigir es trabajar menos, mucho menos... Cuanto más tiempo libre se tenga, más posibilidades se tendrán de poner en tela de juicio, en cuestión, un trabajo alienante... El primer elemento de control del capital sobre el trabajador son las ocho o diez o doce horas que te tiene encerrado en sus fábricas o sus oficinas.»

ser la última vía abierta para influir sobre la CNT, la única vía para volver a ella. Bastaría que la CNT —lo que después de las expulsiones quede— no cerrara a esas organizaciones la puerta del Congreso nacional. Hay un precedente: Zaragoza, 1936. Esa práctica no es un chantaje político. Pero no soñemos.

Sólo si los Grupos de Afinidad Anarcosindicalistas actúan de otra manera —lo que aquí no se excluye—, sólo si las desafiliaciones y las defederaciones no tienen como objetivo provocar una reacción interna en la CNT, sino que están encaminadas a constituir una organización permanente —«la organización revolucionaria amplia y de clase» a que se alude en este mismo lugar,⁸¹ capaz de asumir «la dimensión política del enfrentamiento con el capital, único terreno en el que la oposición no es integrable»— dará apariencia de argumento —escamoteando definitivamente el debate orgánico— a la insinuación de que «si seguimos el hilo de esta cuestión llegaríamos al ovillo de CEOE o al buró central de algún partido político enemigo siempre de la central anarcosindicalista y de la ideología anarquista».⁸² Incluso en este caso el estallido de la «tendencia» es previsible.

Pero ni siquiera entonces —entonces menos que nunca— habrá lugar a cantar victoria. Pues los graves problemas de la CNT reconstruida que no ha resuelto su expulsión, tampoco los resolverá el que los «paralelos» se lancen «por la vía del conformismo, de la marrullería, de la traición».⁸³

Todos los caminos llevan a Roma —y repitémonos— todas las luchas de «tendencias» en el período de reconstrucción de la CNT desembocan en intentos de cambiar la «forma», luego la «función», de la CNT.

Para mantener la apariencia de vida orgánica, puede llegar a ser imperativo —luego justificado— llenar el vacío dejado por los afiliados obreros con afiliados que no lo sean, y el abandono de la forma sindical de la Con-

Ópticas y dioptrías

¿Qué papel jugará entonces la actual CNT?

«Se quedará reducida a grupúsculos testimoniales, que se repartirán los cargos entre ellos... En este sentido la defederación, que la está haciendo día a día la gente que más valía, puesto que, en su mayor parte, se trata de la gente que reconstruyó la CNT, no sólo viene a demostrar que existe un campo anarcosindicalista por cubrir, sino que fue un error admitir en el momento de la reconstrucción a todos estos grupos de nostálgicos (SI, FAI...)... Ellos podrían haberse quedado para mantener una imagen limpia de esa CNT histórica que vivieron y habernos dejado a nosotros levantar una CNT eficaz porque sería más joven, más capaz de afrontar la realidad presente, y estaría igualmente limpia... en lugar de esta herencia de mierda, intrigas y conspiraciones que los anarcosindicalistas de ahora nos vemos obligados a arrastrar.»

federación Nacional del Trabajo y su conversión en organización total se podrá imponer sin encontrar resistencia.⁸⁴ Es razonable atribuir a las «tendencias» —son varias— que cabe calificar de maltusianas un objetivo —consciente, subconsciente o inconsciente, no hace aquí al caso— que la situación parece demostrar que va siendo alcanzado: hacer de la CNT algo «nuestro», algo doméstico, algo para ir por casa. ¿Qué? El «grupo testimonial». ¿Quién? «Los autoproclamados ortodoxos de hoy, las abuelitas de ayer, los manipuladores de plenos y congresos, los adoradores del sello, del monopolio y del oficialismo, los protagonistas de la caza de brujas y de la expulsión de los indeseables, los inmovilistas [...] los mismos de siempre.»⁸⁵

¿Qué será la CNT cuando en ella sólo queden quienes estén dispuestos a seguirlos? Y, ya indiscutidos propietarios de la CNT, ¿qué harán con ella? Mal ocultar sus responsabilidades unos, contemplarse beatamente el ombligo otros.

CNT-familia. CNT «para ir por casa». Familia mal avenida y casa destartada, insalubre para «propios», inhóspita para «extraños». La crisis, planteada con total indiferencia por el contexto que engloba a la CNT —la sociedad española—, se ha resuelto con no menos desprecio del efecto que la solución pueda tener en ese contexto.

Entre las consecuencias del cerrojazo, una de las más negativas habrá sido la imposición de una nueva «línea» ideológica, literaria e informativa a *Solidaridad Obrera*. En sólo dos números se ha logrado aniquilar los resultados de largos meses de esfuerzos.

Conseguir una alianza ha sido preferido a la conservación de uno de los escasos instrumentos que ponían al conjunto de la CNT en relación con el conjunto de la sociedad española, entregando la dirección de *Solidaridad Obrera*, a cambio de su apoyo táctico, a quien ha demostrado ya plenamente no haberse parado a considerar si estaba a la altura de la tarea de hacer de ese periódico lo que la CNT necesita que sea, lo que el prestigio fundado en el pasado del título exige, lo que el entorno de la CNT espera de él; a una personalidad con una lengua vacía de contenido semántico («El sindicalismo de médula libertaria es de integridad exclusiva» [número 44]), con una concepción fanática del anarquismo («Las facultades de siembra ideal, de formación ideológica, son prerrogativa del pensamiento y acción libertaria» [número 44]), con una idea autoritaria de lo que son las relaciones internas en la CNT («Si su actitud [la de los obreros a

84. «La CNT no ha sido nunca un sindicato. No queremos que sea un sindicato. Si ha existido durante tres cuartos de siglo es porque no ha sido sólo un sindicato. Luchamos contra los sindicalistas que quieren ir contra las corrientes anarquistas y contra las corrientes vivenciales.» (Luis Andrés Edo, citado por Alfons Quintà, «El congreso podría exigir responsabilidades a los dirigentes del exilio», *El País*, 29 de abril de 1979.)

85. Freddy en *El Topo Avizor*, julio/agosto de 1978.
86. Juan Gómez Casas, «Saliendo al paso», Madrid, 10 de agosto de 1978.

87. Véase en este mismo fascículo «Los mitos de la CNT».

88. Véase en este trabajo «El horizonte del anarcosindicalismo».

89. Juan García Oliver, *op. cit.*, p. 621. Las cursivas son mías.

quienes se invita a venir a la CNT] es sincera, leal, en el medio confederal hallarán la gratitud que merece la honradez» [número 45]). Los editoriales del primer órgano de la prensa confederal se han convertido en meros galimatías.

Si una de las primeras funciones de la prensa confederal es la de contribuir de puertas a dentro a crear el *estilo* confederal y a exponer ese estilo de puertas a fuera, se puede afirmar que en esta singladura la CNT —quienes en su nombre deciden— no ha temido al ridículo. Ciertamente que nadie hace el ridículo en casa.

No cabe eludir el problema con afirmaciones que no son sino actos de fe, y quizá póstumas manifestaciones de una fe ya perdida: «Nadie ni nada ha podido con la CNT». ⁸⁶ El mito más eficaz en la CNT es la propia CNT, ⁸⁷ utopía en el pasado, rechazo de la realidad concreta, pretexto para la inacción, satisfacción narcisista. La fuerza carismática de la CNT, si es que existe, poco vale por sí misma. La *necesidad* de una Confederación Nacional del Trabajo no la exige su pasada existencia; la impone hoy el contexto social, económico y político, no tan diferente del del pasado como pretenden algunas de las «tendencias», pero presente, actual. ⁸⁸

En las condiciones en que tiene lugar la lucha de «tendencias», la manipulación exterior —es decir, no por elementos que quieren hacer una CNT, la suya, sino por elementos que quieren hacer imposible cualquier CNT— pudo haber hallado terreno favorable. Las consecuencias prácticas de la lucha de «tendencias» han conducido a efectos semejantes a los que hubiera podido alcanzar una estrategia de destrucción previamente programada.

Al dar fin a este triste capítulo, me parece oportuno contrastar el texto de Julio Sanz Oller, transcrito en sus comienzos, con el de un militante confederal del período 1919-1939, al referirse al hundimiento confederal que siguió a la guerra civil: «Fue menester que todo saltase al serle aplicado el freno a la revolución, para que, a la vista de las piezas diseminadas, nos diésemos cuenta del complejo ideológico de que estaba compuesta: obreristas creyendo en el porvenir de la clase obrera eran la mayor parte; sindicalistas revolucionarios y sindicalistas reformistas les seguían en importancia; colectivistas y comunistas, con influencias marxistas, bakuninistas y kropotkinianas; anarquistas *sui generis* y anarquistas individualistas; liberales pacifistas y liberales radicalizados; republicanos jacobinos y republicanos federales. *La unidad sobre la que descansaba nuestra gran mole orgánica era la fe profunda en la revolución.* El freno de la contrarrevolución los desparramó y ahora yacían por los suelos, formando grupúsculos dispersos». ⁸⁹

4. La "columna vertebral": El mito de la FAI

De todas las querellas que desgarran a la CNT en su período de reconstrucción, prevalecerá, finalmente, la que opone a los partidarios de una FAI, «columna vertebral de la CNT», a las demás «tendencias» no expulsadas. Y, sin embargo, ninguna de esas querellas revela en sus manifestaciones menor carga teórica; ninguna como ella deja en silencio el problema del papel de la CNT en la sociedad sometida al Estado español, de su acción inmediata —incluso a nivel táctico— en esa sociedad; ninguna otra da testimonio tan elocuente de la impotencia política de la actual lucha de «tendencias» en la CNT y en el movimiento libertario español; ninguna ha llevado el verbalismo general de las polémicas «tendenciales» a un grado tan elevado, ni la manipulación de los hechos a tal extremo; ninguna ha puesto de manifiesto con mayor crudeza el carácter de lucha por el «poder» sobre el ente que es todavía la CNT —más potencial que real— de esos enfrentamientos.

«¿Rehacer la FAI? La FAI no es de ayer, ni de hoy. La FAI es un movimiento muy antiguo en España. El nombre es de ayer, pero orgánicamente se fundó en 1869.»

La amalgama es el arma de los embusteros. Tamaña serie de genialidades las ha dicho Diego Abad de Santillán, hombre que desde su llegada a España en 1931 imprimió su sello personal a la FAI hasta principios de 1939.¹ Y ha podido decirlo con relativa impunidad porque la imagen de la FAI sigue siendo un ente proteiforme. Es posible afirmar que hay tantas FAI a que echar mano como necesiten sus enemigos, sus antiguos militantes o los grupos más o menos organizados que hoy enarbolan esa sigla. El aspecto mítico, simbólico, de la FAI siempre prevaleció sobre su aspecto orgánico. En el plano organiza-

tivo, institucional, cabe diferenciar entre dos FAI, no sólo distintas sino contradictorias: la FAI constituida en Valencia en 1927 y la FAI «reformada» en Valencia en 1937.

La FAI no fue una creación de la CNT y su constitución y el período que la sigue hasta 1931 pasó sin pena ni gloria. Pero el mito de la FAI sí fue una creación de la CNT o, mejor dicho, de la tendencia confederal que prevaleció entre 1931 y 1936. El «faísmo» era una actitud que compartían muchos miembros de la CNT que no pertenecerían nunca a la FAI. Se podía ser de la FAI sin pertenecer a la FAI, fenómeno de cuyo anarquismo no se puede dudar. Y ese «faísmo» fue también impugnado con frecuencia por grupos de la FAI y a veces por el Comité peninsular de la FAI de 1927.

Cuando la carga simbólica de la FAI se manifiesta con mayor intensidad y eficacia —polémica con el «treintismo»—, la FAI acaba de salir del incógnito, y empieza a vivir en la pública ilegalidad que sería su sino bajo la segunda República hasta 1936. En ese período, los hombres que hablan con eficacia en nombre de la FAI no pertenecen a la FAI o empiezan a pertenecer a ella tardíamente. El grupo «Nosotros», sucesor del grupo «Los Solidarios», se afiliará a la FAI a fines de 1933, con el objetivo de oponerse en su seno, según afirma García Oliver,² a las tendencias anarcoburguesas entonces hegemónicas en la FAI, inspiradas por Abad de Santillán, Miró, Montseny, Peirats y otros. Dice Peirats:

1. Declaraciones a *Posible*. En 1976, no se habla públicamente todavía en nombre de la FAI. De ella hablan los historiadores en pasado, hablan —poco— los *mass media* y, dato elocuente, se habla ya de la FAI en ciertos organismos de la CNT.

2. Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, Ruedo ibérico, Barcelona, 1978, p. 122-123.

«La FAI prestó su bandera contra los "treinta" [...] como organización teníamos muy poca fuerza [...] Fue una marea popular que tomó el nombre de la FAI porque necesitaba una bandera y había un concepto mítico de la FAI. Algunas personalidades que hablaban constantemente en nombre de la FAI tuvieron más influencia que nosotros mismos que la representábamos oficialmente. Me refiero a Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti y Juan García Oliver. Esos hombres tenían su pequeña FAI».³

«La FAI como muchos imaginaron [...] no existió. Pero si la FAI era prácticamente inexistente, cobraba diariamente resonancia el ser "faísta", o sea, partidario de realizar la revolución social en seguida, sin esperar a mañana ni a después.»⁴

Veamos la FAI de 1927.⁵ Es una organización compuesta de grupos de afinidad. Cuando la FAI se constituye, la CNT está en la clandestinidad casi absoluta y prácticamente desarticulada. Sólo tras la proclamación de la segunda República alcanza impulso la reconstrucción iniciada en 1930. En el momento de la creación de la FAI, casi todos los militantes anarcosindicalistas más combativos estaban en las cárceles o en el exilio y tampoco podrán participar en el proceso de reconstrucción de la CNT. El dominio de las tendencias reformistas en los sindicatos de la CNT, que revela la débil presencia de la tendencia revolucionaria confederal en el Congreso del Conservatorio (1931), la hará posible —como probarán los hechos— sólo esa circunstancia.

En una publicación⁶ con toda evidencia patrocinada por el grupo que se ha arrogado durante cuarenta años la representación «legítima» de la CNT y del conjunto del movimiento libertario español, se afirma que «leyendo y releiendo la historia confederal, se va comprobando con exactitud impresionante que *todos los que*

han atacado a la FAI han sido siempre los portavoces del reformismo confederal», lo cual está lejos de ser un hecho histórico. En el Conservatorio, el más conservador de los congresos nacionales de la CNT, la tendencia reformista confederal atacó a la tendencia revolucionaria confederal, alcanzando una victoria pírrica, y no atacó a la FAI, orgánicamente insignificante y carente de doctrina general propia sobre los temas que en aquel congreso se debatieron. En tanto que organización, la FAI ni se propuso ni podía vencer en el Conservatorio al reformismo en la CNT. Pero sí pudo ser la FAI, en el momento de su esplendor organizativo (1936-1939), factor motriz esencial del proceso de burocratización de la CNT, y serlo del inmovilismo de las organizaciones residuales de cenetistas en exilio (1945-1976). Sin embargo, en un período en que la FAI no existía, «desde 1910 hasta 1924, fecha del advenimiento de la dictadura, la CNT no fue nunca una organización desviada, sino rotundamente anarcosindicalista».⁷

La historia nos enfrenta con este hecho: la sigla FAI cubre realidades complejas, ambiguas, fluctuantes, contradictorias, enraizadas en capas diversas de la sociedad. Como todo grupo humano, la FAI no escapa al peligro de «la ley de hierro de las oligarquías». Por ello, las críticas más profundas de que ha sido objeto en algunas circunstancias la FAI vinieron de «faís-

3. *El movimiento libertario español*, Ruedo ibérico, París, 1974, p. 237.

4. Juan García Oliver, *op. cit.*

5. Al Pleno regional de la Federación de grupos anarquistas de Cataluña (marzo de 1927) asistían delegados de una veintena de grupos. No debía haber muchos más en esa región. En la Conferencia nacional de grupos anarquistas, fundadora de la FAI, en Valencia, en julio de 1927, están representados sólo 3 regionales, 2 provinciales, 5 locales y 9 grupos.

6. Floreal Castilla, *El anarquismo ibérico. La FAI y la CNT*, Ediciones CNT, Toulouse, 1977. Las cursivas son del autor.

7. Juan Gómez Casas, *Saliendo al paso*, Madrid, 10 de agosto de 1978.

tas», de anarquistas, al lado de las cuales los ataques lanzados contra ella por «los portavoces del reformismo confederal» brillan por su perfecta inanidad. Cito ampliamente la opinión de uno de sus fundadores: «La FAI ha tenido tres etapas: la primera fue la de su fundación; los compañeros tenían un mínimo de convicciones anarquistas, tanto en su forma de pensar como en su actuación [...] Después de la proclamación de la República, empezó a articularse de una forma que a muchos anarquistas no nos convencía, se creó un comité peninsular que se tomaba atribuciones, lo que estaba en contra de nuestras ideas; al querer aglutinar a mucha gente la FAI tuvo una actuación que no respondía a la idea para la cual fue fundada. [...] Yo dejé de pertenecer a la FAI en 1935, cuando volví de la deportación, porque se veían ya tendencias autoritarias [...] La tercera época de la FAI ya la conocen todos. Dejó de ser una asociación anarquista para convertirse en un partido político».⁸

En el plano organizativo, la Conferencia nacional de Valencia toma los siguientes acuerdos: no mantener ningún pacto, colaboración ni inteligencia con elementos políticos y sólo estar en inteligencia con la CNT; trabajar para que los comités pro-presos sean integrados por representantes de la CNT y de la FAI; propagar que la organización obrera debe volver al anarquismo y «que los grupos, sus federaciones y el Comité peninsular inviten a la organización sindical y al Comité nacional de la CNT a la celebración de plenos o asambleas locales, comarcales, regionales y nacionales de ambas organizaciones [...] formando federaciones generales que sean la expresión de este amplio movimiento anarquista, con sus Consejos generales, llamados así por ser integrados por representantes de la organización de sindicatos y la de grupos [...]».⁹

«La FAI representa un papel de potencia moral más que de potencia organizadora», afirma Shapiro, secretario de la AIT, en 1933. Será difícil establecer el número, la cronología, la dimensión y las actividades de los grupos de la FAI en el período anterior a 1937.¹⁰ Antes de 1931, las actividades de la FAI no dejan huella de ninguna gran empresa. Después, si todos los «faístas» hubieran sido miembros de la FAI, ésta se habría convertido por el número de sus miembros en la primera organización no sindical de España.

La FAI de 1927 es una federación de grupos de afinidad, bastante cercana en sus principios organizativos a los que inspiran la «síntesis» de Faure. No aspira a convertirse en una organización única del movimiento anarquista español. Pero sí manifiesta la voluntad de establecer vínculos institucionalizados con la CNT, y la historia de la FAI será la historia de sus relaciones con la CNT. La confusión de la sigla FAI con la tendencia revolucionaria de la CNT y la doble militancia iban a tener efectos considerables en la vida de la CNT durante ese período. La confusión, corriente ante la opinión pública, llegaría en ocasiones al plano organizativo. Un caso revelador fue el que tuvo como origen el movimiento revolucionario del 8 de enero de 1933. Su análisis es susceptible de esclarecer más que cualquier otro el problema que suscitan las relaciones entre el sindicato «ordinario» y el sindicato «militante», entre las Federaciones de Industria y las Confederaciones regio-

8. Progreso Fernández en *Bicicleta*, enero de 1979.

9. «Síntesis del Acta de la Conferencia nacional», *El movimiento libertario español, op. cit.* Estos acuerdos no fueron nunca homologados por la organización confederal, excepto en lo que se refiere a los comités pro-presos.

10. En el Pleno peninsular de Regionales de la FAI, celebrado en enero-febrero de 1936 —cénit de la FAI de 1927— se hallan representados quinientos grupos sin indicación del número de individuos que los componen.

nales de sindicatos, entre los comités orgánicos y los comités «técnicos» paralelos y sobre la dualidad de cargos que esto suponía. El fracaso del movimiento provocó una polémica en el seno de la CNT y dio lugar a un informe de Alexander Shapiro,¹¹ entonces residente en España. Me creo obligado a citar extensamente fragmentos de dicho informe por interesar directamente a la cuestión que aquí se trata: «[...] el secretario del Comité nacional de la CNT envía, en su calidad de secretario del Comité nacional de Defensa, un telegrama a diversas Regionales notificándoles que Cataluña se alzaba. Este desdoblamiento de personalidad ha jugado un papel excesivamente nefasto en los acontecimientos que a continuación sucedieron [...] La decisión del Comité nacional de que el puesto de secretario sea incompatible con otros puestos en el movimiento no resuelve el problema. [...] Se han impuesto a la Confederación órganos mixtos compuestos por miembros de la CNT y miembros de la FAI, y como en la casi totalidad de los casos los miembros de la CNT eran también o miembros de la FAI o entusiastas de ella sin ser miembros, se desembocaba en organismos mixtos que no eran otra cosa que comités de la FAI». Cabe matizar esta afirmación, pues no siendo por entonces la FAI un organismo monolítico habría que decir que tales organismos mixtos eran comités compuestos por un grupo de afinidad. Shapiro alude en particular a los ya citados Comités propresos y a los Comités de Defensa; la clandestinidad de estos últimos los hacía independientes de hecho cuando no de derecho.

Los acuerdos de la Conferencia de Valencia tuvieron escaso resultado en lo que respecta a la celebración de «plenos y asambleas locales, comarcales, regionales y nacionales de las dos organizaciones». El primer pleno importante de esa natura-

leza de que tengo noticias —y éste fue extraordinariamente importante— fue el Pleno regional de locales y comarcales de la CNT y de la FAI que tuvo lugar en Barcelona el 23 de julio de 1936, cuyo acuerdo fundamental fue rechazar la proposición de Juan García Oliver de «ir a por el todo» tras la victoria de los anarcosindicalistas en las calles los días 18, 19 y 20 de julio.¹²

La FAI, en tanto que organización fue víctima de su propio éxito publicitario. La evolución interna precipitada por la guerra civil —muerte de militantes, dispersión de los grupos de afinidad, asunción de cargos militares y burocráticos por gran parte de sus militantes, afluencia de numerosos viejos simpatizantes y de otros no tan viejos— hará posible una FAI institucionalmente nueva: la FAI que sale del Pleno peninsular de Regionales, celebrado en Valencia en 1937. Según rezan las actas, los acuerdos de este Pleno institucionalizan un partido político clásico. Debo citar ampliamente fragmentos de las actas oficiales del Pleno: «[...] la FAI debe tener una línea uniforme que abarque todos los aspectos de la vida política y social, que le permita saber cómo actuará en todo momento y circunstancias. Si aspiramos a que las multitudes nos acompañen y nos secunden en la transformación que propugnamos, es igualmente indispensable presentar soluciones accesibles a la mentalidad común e identificadas con su íntimo anhelo de emancipación económica y de liberación política. La revolución debe ser

11. Fechado el 15 de abril de 1933. Véanse las páginas 136-137.

12. Esta decisión, que se tomaba inmediatamente después de la gran sangría que supusieron para la CNT las jornadas de julio (400 militantes barceloneses muertos y muchísimos heridos), no respondía verosímelmente a la voluntad del conjunto de los militantes de la CNT. En su adopción desempeñó un papel determinante la FAI, por la voz de sus dos principales líderes: Federica Montseny y Diego Abad de Santillán.

orientada y dirigida, y esas orientaciones y esa dirección deben estar, para seguridad y garantía de todos, en manos de los trabajadores y de los organismos que auténticamente los representan [...] frente a nuestra posición inhibicionista del pasado, *es deber de todos los anarquistas intervenir en cuantas instituciones públicas puedan servir para afianzar e impulsar el nuevo estado de cosas* [...] con la nueva organización que se imprime a la FAI, *la misión orgánica del grupo de afinidad queda anulada*.¹³

El pleno legitima la división entre dirigentes y dirigidos, anula los grupos de afinidad, legitima el gubernamentalismo a todos los niveles, reduce la afiliación a una forma de cooptación administrativa, refuerza los comités orgánicos y deja en el vacío las instancias federales, especialmente el Congreso. E instituye el carnet de anarquista. Acuerdo tan importante que cambia radicalmente la naturaleza de la FAI, es adoptado en un Pleno en el cual sólo cuatro verdaderas regionales —las firmantes del dictamen básico aprobado— están representadas. El acuerdo fue adoptado con un voto de reserva de la más importante de ellas: la catalana. Pero el Pleno evitó dar a sus acuerdos carácter de provisionalidad impuesto por la guerra civil. En buena práctica federalista, semejantes acuerdos sólo podían ser adoptados en un Congreso peninsular *de grupos*. Se puede objetar que las circunstancias creadas por la guerra civil lo hacían imposible. Pero la mutación la hacía posible la evolución que venía operándose en el seno de la federación. En realidad, la infracción notoria del federalismo que suponían los acuerdos del Pleno, era «impuesta» a los «dirigentes» por un objetivo inmediato de orden político: la necesidad de dotar a la federación de un estatuto legal y político y de una forma organizativa que la hiciera equiparable al resto de los partidos que

integraban el Frente popular para que se les abrieran las puertas de acceso a los cargos gubernativos.

La transformación de la FAI en partido político de talante clásico no detuvo la pérdida de influencia del movimiento anarquista español en el curso de los acontecimientos. La FAI se había convertido en un organismo estéril y parásito. Tampoco dio lugar a ninguna gran campaña política.

Los documentos de la actual FAI no aluden explícitamente al Pleno de 1937 y se saltan a la torera sin comentario los acuerdos adoptados en él, a pesar de la reivindicación absoluta de la herencia de la FAI de siempre, a pesar de la asunción triunfalista de todo su pasado histórico (y mítico); para la FAI de hoy no tienen públicamente realidad las soluciones de continuidad que hemos señalado en su historia y que enmascara la permanencia de la sigla: «Fundada en 1927, la FAI ha dejado honda huella en la historia social y revolucionaria de España, a través de la dictadura de Primo de Rivera, bajo la monarquía de Alfonso XIII, durante la segunda República, y, de una manera especialísima, en el transcurso del alzamiento fascista y de la Revolución española de 1936-1939 y en todo el tiempo que va de la entronización del francofalangismo hasta nuestros días».¹⁴

¿Están tan claras las cosas? La sigla FAI actúa como una enseña de neón que oscurece más si cabe lo que detrás de ella existe. Pocos son los puntos luminosos que permiten adentrarse en la más opaca de las «tendencias» que agitan a la CNT. Sólo permiten la hipótesis de que el único cemento de la «tendencia» es la voluntad de mantener la vigencia del vínculo

13. *Actas del Pleno peninsular de Regionales de la FAI celebrado los días 21, 22 y 23 de febrero de 1937.* (Valencia.) Las cursivas son mías.

14. Floreal Castilla, *El anarquismo ibérico, op. cit.*

«sagrado», histórico, que une la CNT a la FAI, la posible organización sindical a un grupo presumiblemente reducido de hombres, difícilmente caracterizable ideológicamente, políticamente: «El vínculo entre CNT y FAI es muy fuerte desde el año 1936, y hasta que no celebremos una conferencia peninsular que nos separe seguiremos así»,¹⁵ dirá Juan Ferrer pocos días después de haber presentado su agresivo informe al Pleno intercontinental del mes de mayo. Se diría que para los hombres de esta FAI lo único importante es ese vínculo «sagrado» y que vigente éste lo demás se les dará por añadidura. Pero, ¿necesita esa FAI algo más? «[...] los apresurados e impreparados específicos se han tomado ya la delantera, usando y abusando de las viejas siglas del anarquismo ibérico, para dárseles de mentores de la organización confederal. No contentos con haber montado su tinglado y, en vez de actuar públicamente —como es hoy característico de las organizaciones afines que algo pintan en el mundo— andar jugando al escondite, ya han celebrado, con las consiguientes gacetillas —una de ellas bastante destacada en el exilio—, dos comicios «peninsulares», y de cuyos parlamentos la mayor parte fue dedicada a lo sindical [...]».¹⁶

Podemos intuir el funcionamiento orgánico real de la FAI de hoy en día; no nos es posible fundar ese funcionamiento en textos claros, oficiales o externos. Los escasos textos disponibles no están contrastados por una acción concreta, por un lado, y, por otro, una práctica de los hombres de esta FAI (o estas FAI)¹⁷ los impugna radicalmente. En la década de los treinta, el afiliado confederal sabía de manera bastante clara lo que eran las sucesivas FAI. El afiliado a la CNT no puede saber hoy otra cosa de esta FAI contemporánea que sus referencias al pasado.

La acción de la FAI y de sus hombres no

se manifiesta en una campaña desarrollada a la luz del día, en asambleas, en actos públicos, alrededor de una temática ideológica y táctica clara, como fue la acción de la tendencia «faísta» en los años treinta. Sus formas de actuar serán otras.

Si se aceptan como válidas las pocas afirmaciones públicas de que se dispone, la FAI ha vuelto a sus fuentes en lo que a organización se refiere. La FAI «está integrada, en primer lugar, por el respeto y la autonomía del militante ácrata y de éste en el grupo de afinidad [...], por la vertebración local, comarcal y regional de los grupos».¹⁸

En *Tierra y Libertad* de abril de 1979, se afirmará que a la Conferencia peninsular de la FAI, celebrada en marzo de 1979, han asistido 60 delegaciones. Pero el órgano de la FAI es parco en la caracterización de esas delegaciones.

Hay que descartar que esa FAI sea una creación sin vínculos orgánicos con el pasado. La existencia de los comités ha sido conocida antes que la de los grupos. «Se han montado esa especie de FAI fantasma, que realmente existe, pero que es fantasma porque no se ha creado desde la base sino entre cuatro amigos»,¹⁹ a pesar de que, según afirma Juan Ferrer, la reconstrucción de la FAI comenzó en 1972.²⁰ Es decir, que lo que menos se puede reprochar a la FAI es el no ser discreta.

En un texto al que su carácter interno autoriza a conceder más crédito que a unas declaraciones oportunistas a un *mass media*, el propio Juan Ferrer descubre, sin

15. *Cambio 16*, 25 de junio de 1978.

16. «El neoespecificismo interior, eco o remedo del oficialismo», *Confrontación*, febrero de 1979.

17. «Se habla de dos FAI, del «grupo de E», del «grupo de F», de la FIGA, de los CLA, etcétera.» («Orígenes y objetivos del Grupo Afinidad Anarcosindicalista.»)

18. *Tierra y libertad*, marzo-abril de 1978.

19. Tres militantes de la CNT en *Teoría y práctica*, n.º 12, octubre de 1977.

20. *Cambio 16*, n.º cit.

embargo, las causas de aquella discreción: «La anulación de la FAI como columna vertebral de la CNT [...] nos lleva al callejón sin salida de dos años sin poder levantar la FAI».²¹

El proyecto de reconstrucción de la FAI no es expresión de una «tendencia» ideológica homogénea, como en la década del treinta, expresión tendencial unánime de los anarcosindicalistas: «Es totalmente falsa la afirmación del entrevistado [Juan Ferrer], en el sentido de que la FAI está formada por los anarquistas que militan en la CNT».²²

En el período de reconstrucción, la posición de los órganos de la CNT no es menos ambigua respecto a la FAI que la de

ésta respecto a aquélla. El problema no será nunca enfrentado claramente a nivel de los acuerdos; a veces los acuerdos no son sino una manera de soslayarlo (Pleno nacional de Regionales del 25 de julio de 1976).²³ Sólo en el acta de la Plenaria del Comité nacional de 26-27 de febrero de 1977 se recogen las manifestaciones claras expresadas por diversos componentes del Comité nacional, bastantes de las cuales transcribo en la nota 23, por expresar no sólo posiciones políticas firmes, sino también sentimientos, a veces contradictorios. Ninguna de ellas aborda el problema de las relaciones entre la CNT y la FAI desde una perspectiva teórica. Traducen de manera casi unánime una voluntad de auto-

21. Informe del País valenciano, *op. cit.*

22. Sindicato de Información y Artes Gráficas de Valencia, en *Cambio 16*, 13-19 de agosto de 1978.

23. «Cuestión FAI. Tras breve debate se decide que este problema no puede debatirse en el Pleno.» (Actas del Pleno nacional de Regionales del 25 de julio de 1976.)

En la Plenaria del Comité nacional de 26-27 de febrero de 1977, se alude considerablemente a la FAI, a consecuencia de la represión contra anarquistas que lleva a cabo entonces el gobierno. Reproduzco fragmentos de sus actas: «Logroño. Advierte que se trata de involucrar a la CNT con una supuesta FAI»; «Cataluña. [...] Según noticias, existe el C [omití] P [eninsular] de la FAI y pretenden conectar con el C [omití] regional de Cataluña [...] El C [omití] Regional se entrevistará con los detenidos y no con el C [omití] Peninsular, del que no tenemos conocimiento oficial de su existencia. No ha habido nobleza, porque deberían haber notificado a la CNT su intento de reconstrucción»; «Zaragoza. [...] Algunos de estos compañeros [participantes en el proyecto de reconstruir la FAI] están intentando acaparar cargos en la organización y no trabajan en favor de ella»; «Galicia. [...] En Galicia hay compañeros que quieren resucitar la FAI y nosotros nos oponemos»; «Albacete. Considera que las condiciones actuales no son las mismas que cuando se creó la FAI»; «Zaragoza. No se debe mezclar una organización con otra»; «Euzcadi. Como CNT no podemos decir que no pueden reconstituir la FAI que es cosa de ellos, pero se debe dejar bien claro que nada tiene que ver una cosa con otra»; «Secretario general. [...] En el Pleno de junio se acordó que el problema de la FAI no se podía tocar allí [...] No podemos estar ni en favor ni en contra [...] No habiendo sido comunicada la existencia de la FAI quieren ahora proponer una trabazón. Yo soy anarquista y la mayoría de los que pertenecen

a la CNT también lo son, por lo que la CNT tiene suficiente contenido. La FAI de 1927 era una organización responsable [...] aquella FAI la asumo plenamente y está justificada [...] Reivindico la historia de la FAI, pero yo, por el momento no creo que la específica sea necesaria. Si se reestructura nadie podrá ni deberá impedirlo [...] pero hoy [...] lo fundamental es la CNT. Se debe interesar en este problema a los compañeros del exilio, haciéndoselo ver fraternalmente [...] La CNT actual tiene suficiente contenido ideológico para no pensar ni remotamente en la posibilidad de que pueda entrar por derroteros reformistas. Si alguien lo intentara sería rechazado unánimemente [...] La CNT de hoy es más radical que lo ha sido nunca»; «Logroño. [...] Se debe hacer en nuestra prensa un análisis ponderado del porqué de la FAI de entonces y la no necesidad de hoy»; «Cataluña. [...] Sería bueno que surgiera una FAI seria y responsable que hubiera aprendido la historia. Pero la FAI, con ese intento, no es anarquista, sino bolchevique»; «Euzcadi. La postura de la CNT está clara. La organización no tiene nada que ver con la FAI»; «Zaragoza. La CNT es anarquista por sus ideas-fuerza y queremos que siga siéndolo, pero nos negamos a manipulaciones de ningún grupo»; «Secretario general. Una vez expuestos los diferentes criterios, y no teniendo conocimiento de la existencia oficial de la FAI, debemos cerrar este debate. Si de aquí a la celebración del próximo Pleno nacional de Regionales se considera que este problema sigue vigente, habrá que tratarlo en él.» (Acta de la Plenaria del Comité nacional celebrada el 26-27 de febrero de 1977.) «El Pleno acuerda que la CNT debe entenderse como una organización más del movimiento libertario, que en la medida de sus posibilidades debe coordinarse con los diversos grupos específicos» (Actas del Pleno nacional de Regionales de 3-4 de septiembre de 1977; las cursivas son mías).

nomía confederal de los militantes que las formulan, pero esa voluntad se bate con armas de retirada, se parapeta detrás de argumentos capciosos u oportunistas: el desconocimiento «oficial» de la existencia de la FAI; la diferencia de situaciones que hacía necesaria la existencia de la FAI en 1927 y desaconseja por inoportuna su resurrección en 1977, en que se refleja la única polémica pública sobre el tema; la diferencia de calidad entre la militancia de la vieja y la nueva FAI; las afirmaciones voluntaristas del radicalismo que, al exorcizar en la CNT reconstruida el fantasma del reformismo, implican automáticamente la necesidad teórica de una organización externa que vele por la estricta observancia de los «principios» en la CNT. No se echa mano al arsenal de los acuerdos confederales del pasado, a la vigencia indiscutible de los del Congreso de Zaragoza que, todos, institucionalizan no sólo la independencia sino la autonomía de la Confederación. Ninguno de ellos hace una institución de la unidad del movimiento anarquista español, pero el fantasma del MLE,²⁴ sietemesina y antiestatutaria criatura de los años de guerra civil, está presente en la Plenaria.

El planteamiento de semejante institucionalización revela ya en sí el sentimiento, o el criterio razonado, de que la CNT no es autosuficiente, que la división del trabajo político-social no hay que abandonarla a la espontaneidad, a la práctica cotidiana, sino que debe ser preestablecida por un organigrama.

Importa despejar las incógnitas del problema que plantean las relaciones entre la CNT y la FAI. No sólo porque disimula la imagen que cada una de ellas se hace de la otra, sino también porque enmascara la idea que cada una se hace de sí misma, de la función que pretende asumir, de lo que quiere ser.

Los organismos de la FAI han incubado

siempre, con mayor o menor calor, la vocación de ser el «ángel guardián» de la CNT. El fenómeno se manifiesta de manera general en toda organización elitista cada vez que se plantea su relación con una organización de «masa» de ideología afín. Se puede ir más lejos. La función aspira a la exclusiva.

Los corolarios de tal actitud se desprenden automáticamente: el anarquismo es monolítico; la FAI es infalible. Se llega, sin provocar mayor alarma, a la afirmación tajante de ambos corolarios: «La FAI fue ese arquetipo de conductor-orientador del instinto revolucionario del pueblo que no abandonó nunca las tesis de Bakunin [...] La anarquía, la más alta expresión del orden terrenal humano, de la cual, hasta que alguien me demuestre lo contrario, la FAI es su expresión más sencilla».²⁵

La afirmación de que «el anarquismo no es una organización operativa para instrumentalizar a la CNT»,²⁶ es sólo válida al nivel en que está formulada: el de las ideologías. Con harta frecuencia, las organizaciones que se denominan a sí mismas anarquistas se manifiestan exclusivamente como grupos de poder.

Y éstos son los polos de una polémica que no tuvo lugar.

El talante de la vida orgánica de la Confederación durante el período de reconstrucción ha sido producto en gran parte de la falta de claridad, de la indefinición incluso, de sus relaciones con la FAI —desde el momento en que se enarbola la sigla en España— y, por extensión, con cualquier grupo «específico» no vinculado a la FAI. Cualquier anarcosindicalista pue-

24. Véase en este trabajo las páginas 121-127.

25. Floreal Castilla, *op. cit.* No estamos en presencia de una toma de posición individual que pudiera hacer tolerable su carácter delirante. Se trata a todas luces de una posición «oficiosa». La organización editora del opúsculo no extendió nunca la libertad de prensa más allá de sus partidarios.

26. J. Gómez Casas, *Saliendo al paso*, *op. cit.*

de ser víctima de esa situación, que ha hecho posibles las arbitrariedades que jalonan la lucha de «tendencias» a lo largo del período.²⁷ El arsenal normativo de los congresos nacionales de la CNT permite un enfrentamiento sin ambigüedad con este problema.

¿Cómo enfoca la FAI de hoy sus relaciones con la CNT? ¿Cómo se ve a sí misma esa FAI? Las declaraciones que en ambos sentidos he recogido proceden de fuentes diversas recientes —la propia FAI o «faístas» notorios— a las que, por su origen, no se puede negar significación.

Sólo atribuyendo un carácter meramente táctico —oportunista— al conjunto y a cada una de ellas es posible explicar sus aparentes contradicciones. Esas contradicciones revelan, sin duda alguna, una realidad turbia, pantanosa. Sería, empero, saludable para el desenvolvimiento de la organización de los anarquistas, que su imagen fuera diáfana. Los datos en presencia contribuyen a lo contrario.²⁸

Los objetivos de la FAI de hoy que revela *Tierra y Libertad*²⁹ son: «La transformación de la sociedad española e ibérica mediante la acción mancomunada del proletariado del campo y la ciudad, intelectual y manual, para la destrucción del sistema estatal y de explotación dominante mediante el doblegamiento y derrota de la infraestructura represiva, militar y policial». Lo desmesurado en su imprecisión del objetivo para una organización del carácter que se atribuye a sí misma la FAI deja perplejo, si se lo relaciona con sus tajantes afirmaciones de no constituirse en vanguardia obrera, su renuncia al terrorismo,³⁰ y el carácter secreto que asume al no acogerse «a la legalidad o ley de asociaciones erigidas por el Estado», lo cual puede ser congruente en una organización que se prepara por si surge la posibilidad de «intervenir y determinar un proceso revolucionario en España, que, aunque no

está en marcha, puede estar en puertas».³¹ Y la perplejidad crece ante el tenor de una serie de axiomas: «El anarquismo es demasiado rico para limitarse a un solo terreno, el sindical, donde no tiene justa cabida la vida del hombre en aras del consumo, ocio, defensa del medio ambiente, enseñanza, etc.».³² «No somos una organización de clase. Esto significa que nuestro análisis de la sociedad capitalista no se detiene ante un simple planteamiento *economicista de la realidad*».³³ Si las palabras quieren decir algo, el terreno sindical es el de la CNT, donde se afirma que no existe FAI. Queda establecida la separación, la división funcional, en forma que evoca, en el sentido más fuerte de la palabra, el espectro de algo impugnado en la CNT desde siempre.

Empecemos —a tal señor tal honor— citando a Esgleas: «Los anarquistas partidarios de la organización propiamente anarquista son siempre los primeros interesados en que no se establezcan confusiones entre la organización específicamente anarquista y la anarcosindicalista».³⁴

27. «El problema de la existencia de estos grupos de afinidad es un tema que CNT mantiene indefinido y que por tanto tiene que plantearse clara y concretamente: qué tipos de organizaciones específicas caben en su seno y la interrelación de éstas con CNT; tiene que marcar [la CNT] unas normas de juego iguales para todos y que todos tengan que aceptar.» (José María Berro, «Mi expulsión por el Sindicato de Construcción».)

28. «Por el momento no haremos ninguna campaña para clarificar nuestra imagen», declara Juan Ferrer a *Cambio 16* (*loc. cit.*). A continuación afirma: «Queremos decir quiénes somos y lo que somos. Pero, si lo dijo a la periodista, ésta se lo calló».

29. *Loc. cit.*

30. «Nada de molotovs, bombas, petardos, ni goma 2.» (Juan Ferrer en *Cambio 16*, *loc. cit.*); «La FAI no es ni una organización armada, ni un grupo terrorista. Es, como no nos cansamos continuamente de afirmar, una federación anarquista cuya finalidad es la propagación de sus ideas». (FAI de la Región catalana en *Tierra y libertad*, marzo-abril de 1978.)

31. Juan Ferrer en *Cambio 16*, *loc. cit.*

32. *Tierra y libertad*, *loc. cit.*

33. Quimet en *CNT*, 17 de agosto de 1978.

34. Germinal Esgleas, en *Enciclopedia anarquista*, edición española. Citado en Floreal Castilla, *op. cit.*

No obstante la «universalidad» del texto precedente, «rechazar la CNT como organización anarcosindicalista lleva precisamente a la anulación de la FAI como columna vertebral de la CNT», nos descubre Juan Ferrer en el Informe ya aludido, y él mismo, a la vuelta del comicio donde lo pronunció —y el hecho es significativo—, declarará:³⁵ «En estos momentos intervinimos [la FAI] a través del sindicato, pues creemos que es lo mejor en la actual situación».³⁶

Se está lejos del postulado contenido en la siguiente cita: «Si los anarquistas se exclusivizan en la militancia cenetista corren el inminente peligro de diluirse en las luchas sindicales de reivindicaciones en el seno de las estructuras actuales, en perjuicio de su labor como forjadores de la sociedad nueva. De ahí la necesidad urgente de que se organicen en agrupaciones específicas».³⁷

En el ánimo de B. Cano Ruiz, la necesidad de la organización específica no la justifica la defensa del anarquismo puesto en peligro en la CNT —luego defensa *dentro* de la CNT—, sino la defensa del anarquismo en peligro de ser diluido *por* la CNT —luego defensa *fuera* de ella.

¿Existe real contradicción entre todos esos textos? El nexo profundo entre unos y otros nos lo revela quizá Floreal Castilla:³⁸ «La CNT no es autosuficiente porque el sindicalismo no es suficiente. Ni los grupos solos son autosuficientes [...] Se impone ahora, en España, la trabazón que nada tiene que ver con la denominada “doble militancia”. Porque los desviacionismos que ayer hicieron perder tanto tiempo perduran todavía [...] [La FAI] vertebrada de acuerdo a los criterios organizacionistas del anarquismo revolucionario, tiene idéntica finalidad que la CNT [...] No ha existido ni existirá dualismo entre la CNT y la FAI».

No hay peligro de «dualismo». La CNT y

la FAI son *una* y misma cosa; tienen la misma finalidad. Pero la clase obrera —la CNT— es propensa al desviacionismo, al aburguesamiento. Nada, pues, de «doble militancia». ¡Trabazón! «Correa de transmisión». *In aeternum!*

Los opositores a la FAI acusan a ésta de concomitancias con «Toulouse», de ser una creación *ex nihilo* del Secretariado intercontinental de la «CNT de España en el Exilio». Esa relación es incluso denunciada en las actas de las Ponencias del Comité nacional de la CNT.³⁹

De la primera manifestación importante de la FAI en la España posfranquista —la reunión de Barcelona del 30 de enero de 1977— dirá Freddy Gómez: «Esa reunión fue vista como el punto culminante de una serie de tentativas abortadas, claramente planificadas desde el sector «oficial» del exilio, cuyo objetivo —confesado, por cierto— era tomar posesión de los Comités de la Confederación y apartar de ellos a las tendencias que pudieran comprometer la esencia «anarquista» de la CNT, tal como era concebida en la cabeza de los ortodoxos».⁴⁰

Una vez más, también en este aspecto el Informe de Juan Ferrer se manifiesta como el documento más elocuente: «En lo que a la FAI se refiere, las diferencias entre

35. *Cambio 16*, loc. cit.

36. Textos estos dos últimos a los que responden —quizá sin saberlo— los siguientes: «La FAI es una federación de grupos anarquistas que como tales ningún interés pueden tener en la CNT, ni como grupo de presión, ni como *convitados de piedra*» (Quimet, en *CNT*, agosto de 1978); «No podemos, queremos, ni debemos tener vínculo orgánico alguno con la CNT» (*Tierra y libertad*, loc. cit.); «La FAI no existe dentro de la CNT» (Manifiesto de la FAI de la región catalana).

37. B. Cano Ruiz y Guilarte, «Necesidad de la FAI», en Floreal Castilla, *op. cit.*

38. *Op. cit.*

39. Plenaria de febrero de 1977.

40. Freddy Gómez, «Grandeurs et misères du mouvement libertaire espagnol aujourd'hui», *Interrogations*, octubre de 1978. [Publicado en este mismo fascículo, páginas 5-27.]

41. *Op. cit.*

exilio e interior no deben existir porque debe ser absolutamente y realmente un solo cuerpo, que lucha y trabaja por la construcción de la CNT».⁴¹

Los procesos de reconstrucción en España de la CNT y de la FAI han sido azarosos y oscuros en demasía. Pero un carácter esencial distingue a uno del otro. El proceso de reconstrucción de la CNT fue impuesto por una necesidad sentida por amplios sectores militantes de la clase obrera española. El proceso de reconstrucción de la FAI obedece a la «necesidad» de la organización residual que en el exilio acaparó la legitimidad y la representatividad confederal. Y en ese sentido prolonga la larga rivalidad entre el «exilio» y el «interior».

El secreto que rodea su vida orgánica, sus contradicciones ideológicas, su vacío teórico, su carencia de estrategia revolucionaria y su ausencia de las luchas políticas dignas de ese nombre podrían llevar a la conclusión de que la FAI no existe hoy. Pero existe. Se manifiesta en una práctica que, unida a las carencias señaladas, permitirían delimitar el perfil de su realidad actual: un conjunto de grupúsculos sin otro vínculo que el estrictamente necesario para hacer de él un «grupo de poder» en la CNT. Ni siquiera una secta. Empero, sea cual sea esa realidad hoy, sea cual sea su evolución mañana, la CNT tendrá que convivir —*si es que existe*— con una o varias FAI,⁴² con una o varias organizaciones «específicas», por eso de que hay que convivir con lo que existe, con lo que no se puede evitar. Lo que debe preocupar a los anarcosindicalistas es el talante que adopte la FAI o adopte cada una de las diversas e inevitables organizaciones «específicas» que puedan surgir con uno u otro nombre. Una FAI de tipo «fauriano», de tipo «síntesis», por su reclutamiento y sus formas de acción, se cruzará raramente en los caminos de la CNT; una FAI «ágora

de buen decir, centro de estudios, laboratorio de experiencias, forja de selección humana»,⁴³ podrá declararse la «organización hermana», pero ese vínculo fraterno no le impedirá vivir en otro planeta que una organización obrera comprometida en luchas sociopolíticas. La hipótesis de renacimiento de una FAI de tipo 1937 es más plausible, aunque sea prematuro identificarla con el fenómeno que es la FAI hoy.

Incluso en el ánimo de concededores de historia confederal, los aspectos míticos de la FAI «histórica» prevalecen sobre sus aspectos reales, lo que les lleva a añorar en la actual singladura una FAI que nunca existió en forma tan perfecta, tan acabada: «Una FAI así, incluso más militante y obrerista que sus homónimas italiana y francesa, podría granjearse el respeto de todos y por ende abrirse fecundos caminos de acción [...] Sus militantes deberían ser ejemplares, los primeros a la hora del sacrificio y de la entrega, los últimos a la hora de aceptar cargos, como por otra parte fue el caso de la mayoría de los militantes de la FAI histórica durante largos períodos».⁴⁴

La presión del entorno, la manifestación de grupos anarquistas que escapan a la órbita de la FAI, no será suficiente para que ésta prescindiera de su pulsión impe-

42. «Hay de hecho tres FAI en la práctica. Una, la que entre ellos denominan FAI burocrática o sindicalera, está capitaneada por gente de Valencia, concretamente por Juan Ferrer, con unos planteamientos muy cercanos a los del exilio, con una concepción partido-sindicato, y otra FAI, la catalana, partidaria de los grupos de afinidad [...] Pero además de estas dos FAI que están reunidas teóricamente en una especie de comisión peninsular, existen grupos, como el que capitanea Luis Andrés Edo, que aunque trata de pasar como independiente está organizado.» (Sebastián Puigcerver a *El Viejo Topo*, mayo de 1979.)

43. Grupo Libre Pensamiento de la FAI, Barcelona, 8 de octubre de 1977.

44. Juan Gómez Casas, «Saliendo al paso», Madrid, 10 de agosto de 1978.

rialista. En la Conferencia peninsular de la FAI de marzo de 1979 será decidido que el principal objetivo de la FAI «será el de tratar de canalizar toda la propaganda y actividades del amplio movimiento anarquista del país, así como la de *absorber o anular* la actividad de todos los grupos de tendencia ácrata mal definidos, partiendo de la base de que *la FAI, por sí sola, no representa a todas las corrientes del pensamiento anarquista, sino únicamente a la más organizada de cara al futuro, lo cual nos permite realizar esa labor aglutinadora sin presiones de ninguna clase, pero con eficacia*».

Como toda organización, ésta —u otra «específica»— no puede por menos que estar acechada por procesos degenerativos que pueden convertirla en una FAI de tipo 1937, que no podría dejar de tener vocación de partido político de la CNT y conseguirlo y romper la unidad confederal en un proceso que acabaría por reducir la CNT a minisindical —lo que ya es—, a *alter ego* de la propia FAI. Su antídoto inevitable —el surgimiento de otra organización «específica» federativa de grupos— sería de efectos aleatorios sobre una CNT en decadencia.

Esa organización ya ha hecho acto de presencia: la Federación Ibérica de Grupos Anarquistas (FIGA). Su enemiga hacia la FAI no es sólo un rumor. La atestiguan los escasos documentos impresos de la FIGA de que dispongo. De su realidad orgánica poco se puede decir fundándose en ellos. En sus «Bases de acuerdo», manifiesta puntos en común con la FAI fundada en Valencia en 1927: «Organización específicamente *anarquista*», «estructurada en grupos de afinidad o individuos que libremente se federan». En lo que respecta a la CNT y a las relaciones que con ella pretende mantener, la FIGA manifiesta una claridad que no se halla en los textos de la FAI, de las FAI. En el primer

número de su órgano,⁴⁵ la FIGA concede una importancia primordial a la actividad sindical y pone de manifiesto un desprecio irónico por el movimiento «vivencial» y por los Grupos de Afinidad Anarcosindicalistas. El rasgo fundamental de la mayor parte de los textos insertados en *No-sotros* es la voluntad de defender un sindicalismo revolucionario fundado en la Carta de Amiens y en los Principios de la AIT, textos desdeñados e ignorados por todas las «tendencias» confederales, incluidas la o las FAI. La tercera base de la FIGA dice: «El apoyo al sindicalismo así como la militancia sindical de los componentes de la FIGA es el entronque fundamental y necesario con el movimiento obrero [...] cuando hablamos de sindicalismo, hablamos de anarcosindicalismo y el apoyo ha de ser a esta corriente del movimiento sindical obrero, potenciando dentro de los sindicatos los métodos revolucionarios que propugna la AIT [...] La actuación dentro de los sindicatos de los miembros de la FIGA será una labor personal, es decir, nunca se actuará en éstos como FIGA, sino como individuos. La FIGA rechaza, pues, todo grupo de presión organizado al margen de los trabajadores sindicados».

Si la FIGA alcanza cierta implantación en el movimiento libertario, obrará como un reactivo. En lo que a las relaciones de la CNT con la FAI —con las FAI— se refiere, será un remedio homeopático. Pero en el estado en que está el enfermo, cualquier remedio es mejor que la enfermedad.

Pero ni siquiera la existencia de esa organización, o de «otras que puedan surgir», modifica los términos del problema de la relación de la CNT con las organizaciones «específicas». El problema que la existencia de una organización específica plantea siempre a la CNT es el de la división de trabajo social, el problema de su autonomía, de su autosuficiencia y, a fin de cuen-

tas, el problema de la dicotomía entre dirigidos y dirigidos, que insidiosamente se introduce en todo planteamiento de relaciones entre la CNT y la FAI. Encarémonos con una fórmula atractiva: «No se trata de que el anarcosindicalismo sea una síntesis superadora de las poderosas corrientes revolucionarias de que se nutre la CNT. Ni el autonomismo obrero ni la acción antiautoritaria *deben* perder sus perfiles propios, sino que deben unirse en un pacto de solidaridad».⁴⁶

Si el pacto es algo tácito entre los afiliados de una organización antiautoritaria («específica») que asume las funciones que le parece oportuno y los afiliados de una organización obrera autónoma (sindical) que, en tanto que autónoma, se reserva las funciones que estima pertinentes, tal pacto no será más que manifestación de la solidaridad entre individuos más o menos afines. Nadie, aunque quisiera, podría oponerse a ese pacto, dado el nivel —el de la conciencia y el de la moral— en que el fenómeno se desarrolla. Pero si el pacto es formulado expresamente, en el plano de un derecho que regula explícitamente unas relaciones interorganizativas, entre una organización que se reserva la acción anti-

autoritaria y otra a la que se confina en el de la autonomía obrera, disminuida de esa acción antiautoritaria, el pacto vuelve a instaurar la división cualitativa de funciones. Y volvemos a la situación planteada en el pasado y en las intenciones por la relación FAI-CNT, MLE-CNT, PLE-CNT y un etc. que cabe prolongar.

Si en los aledaños de la CNT se mantuvo durante un lustro una *federación de grupos anarquistas* cuyos militantes defendieron de hecho sus ideas como afiliados confederales y no como representantes de otra organización en el seno de las asambleas de los sindicatos de la CNT, fue menos por vocación propia de la FAI que gracias a la dinámica de la acción confederal, a la firme conciencia de la autonomía y de la autosuficiencia de la CNT. Y como ayer, como hoy y mañana, la defensa de esa autonomía ante la FAI, ante «la específica», no podrá ser más débil que la ejercida frente a cualquier otro grupo político. Si la CNT quiere ser.

45. *Nosotros*, junio de 1979.

46. Sindicato de Enseñanza de Madrid en 1976 y Federación local de Madrid en 1977. Las cursivas son mías.

5. La unidad institucional del movimiento

«La CNT es más que una sindical», afirman muchos militantes. ¿Qué hay detrás de esta afirmación? No puede ser separada —a veces van unidas en la misma declaración— de otra no menos nebulosa: hoy no basta una sindical. Si detrás de la primera afirmación, aislada, se podría ver el aserto de que la CNT es una sindical *sui generis*, autónoma, esa afirmación aliada a la segunda encara la forma organizativa de la CNT, del «proletariado anarquista». Evoca el fantasma del Movimiento Libertario Español (MLE), la institucionalización burocrática del movimiento anarquista español, la resurrección de una forma organizativa que nunca se realizó: $\text{MLE} = \text{CNT} + \text{FAI} + \text{FIJL}$.

Es necesario establecer netamente el distinguo entre dos conceptos que aparecen con frecuencia amalgamados. Se dice «movimiento libertario español», como sinónimo de movimiento anarquista español, expresando una realidad sociológica, histórica, ideológica, de contornos necesariamente poco rígidos, del que formarían parte o serían producto entes tan diferentes como Ricardo Mella o Francisco Ascaso, *El proletariado militante* de Lorenzo o *La CNT en la revolución española* de Peirats, la huelga de La Canadiense o las colectividades del Bajo Aragón, este sindicato o aquel grupo, la CNT o la FAI, *Solidaridad Obrera* o la revista *Estudios*, Casas Viejas o el «Noi del Sucre». Como las mayúsculas no se pronuncian y su utilización gráfica es elástica, la confusión es posible y voluntaria con el «Movimiento Libertario Español (MLE)», ente resultante de vínculos expresos entre la CNT, la FAI y la FIJL, cuyo contenido semántico es más limitado que el de su homónimo, cuya intencionalidad de empleo es diferente y cuya amalgama beneficia al segun-

do, siendo dudoso el viceversa. Esa amalgama es ya lugar común, sobre el que no cabría detenerse si no fuera instrumento de proyectos concretos en lo que a la Confederación se refiere. La identificación entre ambos homónimos permite rehacer enteramente la historia de la CNT y no precisamente para limpiarla de errores sino para añadirle algunos más.

Desde la fundación de la Sección española de la primera Internacional, se puede hablar de un movimiento anarquista español, con minúsculas —y no de CNT, ni de FAI, ni de FIJL, ni de MLE—, que se expresó en grupos de mayor o menor envergadura, función y grado de institucionalización (periódicos, revistas, editoriales, grupos de afinidad, ateneos, escuelas, cuadros artísticos, organizaciones juveniles y, sobre todo, sociedades obreras, sindicatos). Las relaciones entre ellos fueron siempre íntimas, aunque no siempre de entendimiento, y en más de una ocasión recurrieron a la guerra fratricida.¹

Fue un movimiento que se desarrolló espontáneamente al calor de sus propias actividades y no precisó de ninguna organización común que lo estructurara. Sólo en el período de la guerra civil se llega a cierta semiinstitucionalización, favorecida por las circunstancias. Incluso durante ese período, el MLE es sólo un objetivo de una parte de la militancia anclada en los comités, que no de toda. Hubo un comité ejecutivo del Movimiento Libertario de Cataluña en abril de 1938. En un artículo firmado con las iniciales C. D. («La organización del movimiento libertario»)² se

1. La situación del movimiento libertario español a fines del siglo XIX recuerda en gran manera su situación actual.

2. CNT, n.º 17, agosto de 1978.

afirma que el Pleno nacional de Regionales del Movimiento Libertario (es decir, de Regionales de la CNT, de la FAI y de la FIJL), de octubre de 1938, «tomó el acuerdo de crear el Movimiento Libertario (CNT-FAI-FIJL) con comités a escala local, regional y del país». Un pleno no crea el movimiento que lo convoca. Plenos nacionales y regionales ampliados de las tres «ramas» del Movimiento Libertario habían tenido lugar antes y en *ninguno* de ellos se tomó el acuerdo de crear el MLE, quizá porque el movimiento libertario existía. Se prefirió ir a la chita callando, atacar el problema en diagonal, abusando de la ambigüedad de las palabras, practicando la política del hecho consumado. Porque tal creación en el plano organizativo hubiera entrado en contradicción con acuerdos fundamentales adoptados en los congresos de la CNT que sólo en un congreso podían ser reafirmados o modificados.

El pleno aludido fue eminentemente político. Sus acuerdos de tipo organizativo fueron posibles a causa de las urgencias externas (su fecha basta para demostrarlo). Los acuerdos en esa materia, adoptados por unanimidad, es decir, gracias al compromiso entre las tendencias presentes, revelan la pugna entre los partidarios de coronar los tres comités superiores (¡uno nacional y dos peninsulares!) por un *órgano ejecutivo* y los opositores a esa tesis: «1. Crear un organismo de coordinación y de asesoramiento político del Movimiento Libertario denominado "Comité de enlace del Movimiento Libertario" [...] 3. [...] [que] estudiará los protos de actuación y solución que cada una de las ramas del Movimiento pueda plantear, por mediación de su representante [...] 4. Las materias a tratar y a resolver por el Comité nacional de enlace serán sólo aquellas de carácter general [...] 5. El Comité nacional de enlace no será quien directamente pondrá en práctica

los acuerdos que tome, sino que los transmitirá al Comité nacional correspondiente, que será el encargado de actuar [...] 8. [...] con amplio respeto para las características de cada región, se constituirán organismos de tipo regional, cuya misión será parecida a la enumerada en el presente dictamen».³

Después hubo el Consejo general del MLE.⁴ En 1945, el Partido Libertario de Horacio M. Prieto relanzará, entre otros problemas graves, la polémica organizativa en el marco de las organizaciones constituidas bajo las siglas CNT-MLE y MLE-CNT, en el «interior» y en el «exilio», al pretender «constituir un organismo político que completara el Movimiento Libertario». «La CNT reanudaría su apoliticismo tradicional [...], la FAI desempeñaría el papel de vanguardia ideológica [...], la FIJL agruparía a todos los jóvenes libertarios, ya fueran "políticos" o "puritanos"».⁵

El organigrama que formula expresamente el proyecto de Horacio M. Prieto es el más complejo que se haya propuesto para institucionalizar el movimiento libertario español. Las cuatro ramas en que estarían encuadrados todos los libertarios españoles —que en sí darían lugar a casos de doble, triple o, incluso, cuádruple militancia— estarían coronadas por un «Consejo de Orientación Política que definiría regularmente la estrategia global del Movimiento [...] [que] realizaría la unidad, por lo menos moral, de esas cuatro ramas cuya característica residiría en su independencia recíproca y en la especialización de sus funciones res-

3. Subrayo que la adopción de esos acuerdos no podía atañer a un Pleno nacional y menos a un Pleno nacional único de las tres «ramas». Tal organismo sólo podía ser provisional, era antiestatutario, antifederalista y no hubiera resistido el envite de los sindicatos en un Congreso nacional.

4. Véase en este trabajo «"Interior" - "Exilio": la CNT que no lo fue».

5. César M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*, Ruedo ibérico, París, 1973, p. 925-296.

pectivas». ⁶ Soslayemos los problemas prácticos que se opondrían inevitablemente a la construcción de semejante monstruo organizativo y que verosímelmente lo harían imposible. En la hipótesis de que tal construcción se concretara en los hechos, las contradicciones irreductibles que opondrían entre sí a las «ramas» harían de cada una de ellas y de su conjunto entes sin eficacia operativa en todos los planos o llevarían a una de ellas —el partido— al ejercicio de la hegemonía, con dos secuelas inevitables: la rápida y extremada burocratización del conjunto y el resurgimiento de organizaciones marginales, tras violentos procesos de escisión y de expulsiones.

«La CNT es el eje fundamental del movimiento libertario», se suele decir. Esta afirmación no puede ser impugnada con argumentos históricos o teóricos. El hecho es insólito: una organización de «masas» es el eje de organizaciones fuertemente ideologizadas. Así es, y este hecho, por sí sólo, bastaría para explicar la lucha de «tendencias». Y decir que la CNT es el eje del movimiento libertario puede ser expresión del convencimiento de que así es, o expresión de una necesidad táctica. Ultimamente ya se oyen voces en tono menor en torno a este respecto. Así, Marcos, secretario del Comité nacional de la CNT, declaraba a *Ajoblanco*, como quien dice ayer: «Se ha desorbitado el papel que la CNT juega dentro del movimiento libertario. Antes de la guerra civil, la CNT no era otra cosa que una rama más del movimiento». ⁷

Esta afirmación la contradicen plenamente los hechos. Afirmar que la CNT era todo el movimiento libertario español sería abusivo pero estaría más cerca de la verdad. Sobre la FAI antes de 1927 —la CNT se funda en 1910— no cabe hablar en puridad; sobre su realidad y actividades antes de 1936 ya me extendí prolijamente

en el apartado «“La columna vertebral”: el mito de la FAI». Las Juventudes Libertarias (FIJL) se fundan en 1932. Pero tres historias «confederales» que tengo a mano ⁸ pueden extenderse considerablemente sobre el período republicano de la Confederación sin mencionar a la FIJL. Que esas dos organizaciones —FAI y FIJL— tuvieran escasa o nula actuación propia o que ésta se confundiera con la de la CNT no modifica la conclusión que se impone: la CNT no era «una rama más»; o era «el todo» o era «el eje». Eje fundamental de un movimiento libertario español sin mayúsculas. Por su envergadura y por el lugar privilegiado de su acción. *Era también algo más*. Si ese eje fundamental se articulara en un complejo institucionalizado, dejaría de ser lo uno y lo otro, para convertirse en soporte básico, es decir, en «correa de transmisión», de algo que *es menos que la CNT*.

Hacer del MLE —o de otro modelo de estructuración— el antídoto del pansindicalismo es confundir la autosuficiencia del sindicato con el imperialismo organizativo, que además tiene escasas posibilidades de concreción práctica cuando el sindicato no es instrumento de un poder totalitario o Poder él mismo.

Un MLE constituido de «ramas» ⁹ exige

6. *Ibid.*

7. *Ajoblanco*, n.º 36, agosto de 1978.

8. Diego Abad de Santillán, *Contribución a la historia del movimiento obrero español*; José Peirats, *La CNT en la revolución española*; César M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*.

9. ¿Dónde se detendría el número de ramas? «Y éste [el Movimiento Libertario] no solamente se compone de CNT, FAI, FIJL, sino también de ateneos y de aquellos grupos libertarios que se ocupen de tipos de lucha específicos.» (¡Salud y Anarquía! en *CNT*, n.º 15, junio de 1978.) Al *puzzle* de la rama obrera, la rama «específica», la rama juvenil, la rama femenina —quizá—, la rama ateneísta —¿por qué no?—, ¿cuántas otras ramas habría que estructurar en el MLE? ¿Qué criterio seguirían las admisiones y los rechazos? ¿También un Partido Libertario?

órganos comunes, «superiores» por su propia naturaleza y función a los órganos del mismo nivel de cada «rama», y aboca a una mediatización de la CNT, de la autonomía obrera. Acelera el proceso de burocratización que amenaza a toda organización humana. La experiencia sindical alemana lo prueba. Y más probatoria es aún la historia del Movimiento Laborista inglés.¹⁰ El argumento que se puede oponer de que en esos casos no se trataba de sindicatos anarquistas tiene su peso, es decir, pesa poco.

Muchos de los partidarios del MLE lo son por tradición, por apego a un pasado que no existió y que, por circunstancias cronológicas, a muchos de ellos no les hubiera sido dado conocer.

La tendencia partidaria de la «reestructuración» del MLE recibía hasta no hace mucho lo esencial de su existencia del rechazo opuesto por las demás tendencias. A consecuencia, sin duda, de la evolución de las relaciones de fuerza entre las tendencias, la eventualidad de un «retorno» a esa fórmula se manifiesta con mayor frecuencia y *autoridad*: «[...] habría que potenciar el nacimiento y desarrollo de un movimiento libertario, abarcador de las múltiples facetas del globalismo que el anarcosindicalismo como expresión sindical del anarquismo [*sic*] no puede abarcar sólo por el orden de prioridades que hemos expuesto».¹¹

En el artículo de C. D. «La organización del movimiento libertario», antes citado, se afirma que si en el período de la guerra civil «la CNT y el Movimiento Anarquista se desarrolló de manera beneficiosa, no es descabellado pensar que semejante práctica de organización [el MLE] puede ser útil en la actualidad para descongestionar los diversos *deseos* y *propósitos* que se amalgaman en la CNT». En materia tan seria la seriedad debiera ser de rigor. Estas afirmaciones

exigen comentarios. Los éxitos del movimiento libertario, de la CNT —período republicano y primeros meses de la guerra civil— tienen lugar en momentos en los que ni siquiera se habla de MLE. Fueron presididos por el símbolo CNT-FAI. El período en que se acelera con la burocratización la institucionalización del MLE coincide con la pérdida de velocidad de la CNT, la decadencia y muerte de las conquistas revolucionarias y la derrota total. Otra consideración es más actual: muchos de los más recientes partidarios de la institucionalización del MLE lo son por consideraciones superficialmente tácticas. La aceptación de la necesidad de éste expresa la voluntad de preservar de manera contemporizadora el carácter sindical de la Confederación.

Si la «reconstrucción» del MLE en «ramas» la haría aconsejable, al parecer, la necesidad de *descongestionar la CNT de los diversos propósitos que amalgama*, se puede dudar, en cambio, de la eficacia de «ramas» constituidas *ex profeso* por la CNT para descongestionarse o para hacer frente a prioridades propuestas.

El proyecto de resucitar el MLE no es el único en que pueden desembocar las intenciones de estructurar el movimiento libertario, es decir, involucrar a la CNT en un complejo organizativo. Denodados enemigos ayer de la resurrección del MLE y, especialmente, de la reconstitución de la FAI, se muestran favorables hoy a la «estructuración». «Es urgente, tanto para el futuro del anarquismo como del anarcosindicalismo, que todos los anarquistas sin exclusión iniciemos un proceso de discusión encaminado a potenciar un *fuerte*

10. Los sindicatos alemanes fueron creación de la socialdemocracia y serán siempre un apéndice dócil de ésta. El Partido Laborista fue creación de las Trade Unions y terminará por avasallar a éstas.

11. Secretariado permanente del Comité nacional de la CNT, en *CNT*, n.º 14, mayo de 1978.

movimiento anarquista, acorde con la actual problemática por la que atraviesa la CNT», afirma el *Manifiesto a todos los anarquistas*.¹² En el contexto en que está formulada, esta frase desorienta en más de un sentido. Porque el *Manifiesto* invita a oponerse a la creación de una nueva tendencia organizada dentro de la CNT, al peligro de desembocar en una organización anarcoleninista: la FAI. Los corolarios son, pues, que el MLE es una fórmula que no tiene curso y que el tándem CNT-FAI es nocivo. Pero la conclusión no es que la CNT se basta a sí misma ni que cada elemento del movimiento libertario es autosuficiente. ¿Qué movimiento entonces? Porque el problema gira siempre sobre sí mismo: «¿Qué pauta de vertebración? ¿Cuál ha de ser el tipo de relación existente dentro del movimiento anarquista?», pregunta el *Manifiesto*, seguro quizá de la respuesta. ¿Es el conocimiento de esa respuesta el que provocó la fulminante reacción de una FAI saliendo a flote de la precaria manera como lo ha hecho?

La observación del movimiento libertario español no revela muchas posibilidades de que aquel MLE se concrete en hecho si no es *potenciado* desde el exterior a una «rama», la FAI, cuya implantación, envergadura, eficacia y aceptación suscitan dudas más que razonables, y a otra «rama», la FIJL, sin existencia real. La pelota vuelve siempre a la CNT, que al decir de los partidarios de la «estructuración» no se basta a sí misma, pero que no dispone de otra materia estructurable que la propia.

La empresa de potenciar, a través de un proceso de discusión, un fuerte movimiento anarquista, acorde con «la actual problemática por la que atraviesa la CNT», es una empresa que hace vana su propio planteamiento. No se dice *qué* vamos a hacer los anarquistas. No se dice *qué* va-

mos a hacer los anarquistas *en* la CNT. Se instrumentaliza a la CNT y se plantea: ¿Qué vamos a hacer *con* la CNT?

Es desoladora la inclinación de muchos pretendidos anarquistas hacia la burocratización de su propio movimiento. Antes de ser, ¡démonos un corsé de instituciones que nos impidan ser! La relación de hombre a hombre, la libre y concreta relación de grupo a grupo no bastan. Son necesarias las relaciones contractuales, las relaciones orgánicas, que establezcan derechos y deberes, que instauren la división del trabajo, que establezcan la subordinación. Así, el *Manifiesto* se inquieta por las modalidades de «vertebración» de una larga serie de «colectivos» y de la CNT. Llamando a las cosas por su nombre, tales «colectivos» no son sino grupos de afinidad, como afirma —con razón, ¿por qué no?— una respuesta de la FAI al *Manifiesto*. Nuevas palabras que encubren hechos viejos, tales sustituciones de vocabulario enjabelgan la fachada y no limpian el interior de la morada.

Nuestra argumentación iba dirigida por un camino natural a tratar de convencer de que la CNT no puede aceptar su «estructuración» en un complejo organizativo institucionalizado, sin perder su autonomía, sus características fundamentales y su eficacia, comprometiendo el porvenir de la clase obrera. La argumentación daba por supuesta la existencia previa de las organizaciones que con la CNT debieran constituir aquel MLE. Sólo se puede federar, o confederar, lo que existe. El problema planteado por la «estructuración» del MLE alcanza otras dimensiones y otro significado si es la CNT la que tiene que tomar la iniciativa de crear por sí las otras «ramas» del MLE. Y no hay duda de que aquella posibilidad se plantea a nivel de «tendencia» y se dis-

12. Septiembre de 1977.

cute en los órganos confederales: «De manera que la CNT propicia la necesidad de un movimiento libertario, del que ella sería sólo una fachada concreta, armónica y complementaria de las demás facetas. La faceta «especializada» de CNT sería llevar al campo de las relaciones industriales las ideas-fuerza del anarquismo. La CNT trabajaría junto a las demás corrientes de ese movimiento libertario, aún no estructurado realmente, pero que su necesidad ya ha sido entrevista y hemos tocado en diversos plenos nacionales sin aún haber hecho definiciones claras». ¹³ Se puede objetar que al proceder así la CNT corre velozmente a forjarse cadenas organizativas y a echar leña al fuego de las discordias que, limitadas a su propio marco, siempre podrían ser resueltas a través de sus normas internas, en el calor de la acción sindical y revolucionaria. Se puede objetar que sus actuales fuerzas no permiten a la CNT lujos orgánicos externos, exportar o desplazar o segregar una militancia apreciable por su número y por su ideología. ¿Qué militancia iría a potenciar esas «ramas»? Serían argumentos éstos que correrían el riesgo de ser calificados de tácticos. Y se trata de cuestiones de principio.

La CNT no puede ser una organización complementaria de otra entidad, no puede ser *fachada* de nada ni de nadie sin dejar de ser la CNT. No puede sino regirse por la norma de la responsabilidad colectiva y en consecuencia sólo puede asumir sus propias responsabilidades. Si la CNT no está abierta únicamente a los obreros anarquistas, no es libertario ensamblarla en un conjunto organizativo, y en consecuencia ideológicamente imperativo, que no corresponde a la adscripción ideológica personal de la totalidad, de la mayoría al menos, de sus miembros. No puede ser *complemento* una organización

que se proclama autosuficiente, y no puede convertirse en *faceta «especializada»*, negándose a sí misma: aceptando la división entre la esfera política y la esfera económica. Es una organización de lucha anarcosindicalista y no una organización para *propagar las ideas-fuerza del anarquismo en las relaciones industriales*.

Una objeción cabe formular ya. La polémica entre los partidarios de un movimiento libertario con minúsculas —es decir, de la autonomía confederal— y los partidarios del MLE merece absorber energías si se trata de una polémica sobre bases firmes, de una polémica entre intenciones claras. Es ociosa si lo que encubre es la mera necesidad de existencia de grupos estériles y parásitos que sólo de la CNT pueden recibir vida y la voluntad de ésta de purgar su cuerpo de tales grupos. Intentar estructurar el movimiento libertario sin involucrar en ello a la CNT sino a través de sus militantes sería empresa ardua pero plausible. Nadie ha caído en esa tentación. El que los acuerdos explícitos o implícitos que figuran en numerosos documentos orgánicos de la CNT de «potenciar el nacimiento y desarrollo» de otras organizaciones del movimiento libertario no hayan provocado reacciones positivas de tipo global —la única que en este sentido se haya manifestado es la FAI, es decir, aquella cuya reconstrucción fuera más impugnada por los órganos coordinadores de la Confederación—, es una circunstancia que no cabe atribuir por entero a que la «nebulosa libertaria» concentra sus energías en la batalla interna que se desarrolla en la CNT. No. Aquel proyecto tiene un vicio de origen. Por su propia naturaleza todas las organizaciones que se proponen: «estudiantiles, juveniles, ideológicas, recrea-

13. Secretariado permanente del Comité nacional de la CNT, en *CNT*, n.º 14, 1 de mayo de 1978. Las cursivas son mías.

tivas, etc»,¹⁴ no pueden ser suscitadas, ni mucho menos organizadas, desde el exterior, por decreto, por muy confederal que éste sea. Su nacimiento debe ser espontáneo, expresar la voluntad de quienes las constituyen, voluntad que si no existe no puede prestar la CNT, como tampoco puede aplastarla cuando existe. Cualquier organización autónoma —y la CNT también— puede hacer suyas libremente las aspiraciones, las reivindicaciones, las luchas de otra organización. La CNT puede apoyar las campañas propuestas por otras organizaciones o participar en ellas sin necesidad de vínculos permanentes. Sus militantes pueden propiciar el nacimiento de formas de organización anarquistas fuera de la CNT e independientes de ella, sin más relación unitaria que la comunidad ideológica, sin más vínculo orgánico que la eventual comunidad de militantes, o la confluencia en un programa, en una acción. Esas prácticas son expresión de su autonomía y de su autosuficiencia.

Los partidarios de la «estructuración» se dotan de un arma absoluta atando en un apretado nudo varios hilos, fáciles de desenmarañar por separado: el *status* respecto a la CNT de grupos externos a ésta compuestos en mayor o menor grado por afiliados suyos; la división del trabajo, inventándole a la CNT funciones que no le son naturales, para proponer resolverlas en su lugar; la necesidad de encuadrar militantes que dispersan las formas de vida actuales; y el apremio de dotar de un marco formal a una doble militancia que no lo es tanto.

La precaria salud orgánica de la CNT no prueba a *contrario* la buena salud de los «medios» libertarios españoles. La federación en el MLE de la CNT con otras organizaciones libertarias prácticamente inexistentes y que ella misma debe «potenciar»; el establecimiento de un «vínculo

lo sagrado» entre ella y su «columna vertebral», la FAI; su transformación en organización integral, son todas ellas empresas de vergonzante colonización de la CNT por un movimiento libertario carente de organizaciones auténticas de envergadura nacional. Esos tres proyectos implican la pérdida de la naturaleza genuina de la CNT y ponen de manifiesto la impotencia, la profunda crisis que atraviesa el movimiento libertario español. La ausencia de objetivos propios, dignos de ese nombre, el carácter «reflejo» de sus escasas manifestaciones, sitúan hoy en la sociedad española al movimiento libertario ante un horizonte estrecho cuya apertura no cabe esperar de un verbalismo superficial, por contundente que se quiera, ni a través de formas «vivenciales» accesorias. Esta crisis no puede ser superada mientras individuos y grupos sedicentes libertarios actúen movidos por el sentimiento o el cálculo de que la Confederación Nacional del Trabajo es el último refugio que se les ofrece para afirmarse políticamente, negándose a ver que con ello provocan lo que ya es tan claramente perceptible para todos los demás: el naufragio de la CNT.

14. Actas del Pleno nacional de Regionales de la CNT, julio de 1976.

6. La correa de transmisión

Entre los micropartidos puestos en causa por el *Manifiesto a todos los anarquistas*¹ figuran con sus siglas varios de ideología marxista revolucionaria. Es precisamente su presencia la que puede hacer pensar que la CNT corría el peligro de convertirse en «correa de transmisión». El común origen ideológico permite agrupar, en lo que a sus relaciones con la CNT respecta, a todos los minipartidos marxistas en una sola tendencia, soslayando sus rivalidades de hermanos enemigos. Al encarnarse en organizaciones humanas, el marxismo revolucionario realiza de manera perfecta el «centralismo democrático». Por ello, el marxismo separa más que une: el fenómeno grupuscular no es privativo del anarquismo. Trazar el itinerario de cada uno de esos grupos es tarea ardua. Intentarlo significaría una sobrevaloración de mis fuerzas y lograrlo aportaría poca luz aquí. En el pasado hubo militantes de la CNT adscritos al marxismo y militantes de formaciones marxistas: Nin, Maurín y Rey son los casos más notables. La CNT fue lugar de paso para hombres que, en diversas coyunturas (incluso en el «exilio» [Aliaga, Ordován, Jover, Solsona, Saladrígues, Abella, Rivas...] y el «interior» [Conil...]) emigraron al Partido Comunista: Adame, José Díaz, Vidiella figuran entre ellos. A niveles menos espectaculares, esos fenómenos tuvieron importancia cuantitativa.

El problema de la «nucleación», del «entrismo», sólo lo planteó en el pasado (1910-1936) a la CNT el intento de Andrés Nin y de Joaquín Maurín, un momento secretario del Comité nacional de la CNT y secretario del Comité de la Regional confederal catalana, respectivamente, de llevar a la CNT a la órbita de las organiza-

ciones prosoviéticas, con escasos y breves resultados.

La oposición a la franmasonería fue asunto de mayor interés que la nucleación por los partidos de los sindicatos confederales.

Diversas circunstancias pueden llevar a considerar completamente diferente la coyuntura actual. Las anteriores reconstrucciones de la CNT se hicieron en lo esencial a partir de sindicatos que habían sobrevivido a períodos de represión más cortos, sindicatos en los que la militancia de ideologías anarcosindicalista o anarquista era predominante. La polémica entre ambas tendencias era pública y el conjunto de los afiliados disponía de elementos de juicio suficientes sobre el proyecto confederal de una y otra. Esos períodos de reconstrucción fueron más rápidos y desembocaron inmediatamente en luchas obreras inspiradas por la CNT y que la elevarían a enfrentarse duramente con el Estado y la clase capitalista, por un lado, y con la UGT por otro. Que esas circunstancias, decisivas, no se dan en el actual proceso de reconstrucción es evidente. Otras razones son corolario de las circunstancias expuestas: la influencia de la red comiteril y una pluralidad de «tendencias» difícilmente reductible a la dualidad o a la trinidad.

Se está lejos de saber lo estrictamente suficiente del proyecto confederal de las «tendencias». Sobre las intenciones de los grupos incluidos en este apartado no hay manifestaciones directas relevantes. Sería ingenuo esperar que, a este nivel, cada uno de esos grupos formulase y propusiese una estrategia global para la Con-

1. Barcelona, septiembre de 1978.

federación. O los minipartidos expresamente aludidos en el *Manifiesto a todos los anarquistas* y, aquí y allá, en publicaciones y conversaciones, han dejado de ser lo que pretenden ser todavía a juzgar por su prosa oficial, o tales estrategias no podrían por menos que referirse a la naturaleza del Estado, a las tácticas y a los objetivos de la CNT de tal manera que —aun no siendo unánimes entre sí— lograrían hacer la unanimidad del resto de las tendencias en contra suya.

El antipartidismo es consustancial a la CNT. Los partidos forman parte de la sociedad global en que se desarrolla la CNT y su convivencia con ellos es ineluctable. Las ideologías de éste o aquel partido pueden estar más próximas o más alejadas de las de la CNT. Los programas concretos, la estrategia y las tácticas de éste o aquel partido pueden coincidir o cortarse con las de la CNT en un momento dado, en un punto dado. Pero esas circunstancias no son susceptibles de alterar un hecho esencial: por su propia naturaleza, el partido —todo partido y más un partido marxista— es una organización que sólo puede existir en cuanto se considera poseedor exclusivo de la verdad política. Un partido —y más un partido marxista— es una organización maniquea. Su razón de ser, su propia naturaleza, introduce en la sociedad política un hiato que relega a las asociaciones clasistas obreras a una acción parcial, necesitada de mediaciones políticas externas a ellas mismas, las relega a una acción subordinada. La mera existencia de un partido con finalidades revolucionarias prueba la voluntad de «dirigencia»; prueba que el partido —todos los partidos— niega a la clase obrera su capacidad de autodirigirse. Por el hecho de ser, el partido instituye un foso infranqueable entre él y una organización obrera fundada en su autosuficiencia. Aunque al tratar de

sus relaciones con el movimiento obrero esos partidos emplean vocabularios que difieren de los que fueron habituales en todos los partidos de inspiración marxista —socialdemocracia, leninismo, estalinismo, trotsquismo— del pasado y del presente, y en los partidos comunistas actuales —«eurocomunismo»—, todos esos grupos asignan el papel esencial en el proceso político (o revolucionario) al partido. Esta circunstancia reduce a la nada cualquier afirmación de respeto de la autonomía, de la independencia de la organización sindical.

No cabe aquí señalar las diferencias que enfrentan a las diversas tendencias del anarquismo con los escasos pero fundamentales conceptos que siguen siendo comunes a las organizaciones inspiradas en el marxismo. Los grupos aquí aludidos no han planteado en el seno de la CNT el problema a ese nivel y no cabe lanzar un anatema, o algo semejante, sobre afiliados que a ellos pertenecen. Sólo sus propuestas en el plano de la teoría de la revolución, de la estrategia y de la táctica y de los problemas organizativos permitiría despejar la incógnita que para los anarcosindicalistas —y para las demás tendencias a que aquí se hace referencia— plantean realmente. Pero no es hacer un proceso de intención afirmar ya que la presencia de militantes de partidos cuya característica es una acentuada voluntad de centralización no puede dejar de culminar en empresas de subordinación de la Confederación a las estrategias de esos grupos. Por eso, cuanto aquí se ha dicho sobre las relaciones entre la FAI y la CNT es válido para todos y cada uno de esos grupos. Cabría añadir que el centralismo de las organizaciones anarquistas, por la propia naturaleza del movimiento que les da vida, no puede llegar nunca —sin dejar de ser anarquista— al grado de cen-

tralización ideológica, organizativa, estratégica y táctica de las organizaciones que se inspiran en el marxismo, y que la antropología marxiana es incompatible con la antropología anarquista.

Empero, la CNT no puede ser una organización reservada a los obreros anarquistas. Fue una organización de obreros de acuerdo sobre ciertas reglas organizativas, ciertos métodos de lucha, a su vez inescindibles de ciertas finalidades. Un marxista puede aceptarlos sinceramente, sin duda; puede también, sin aceptarlos, contribuir con su acción al desarrollo de esas formas de organización, a la aplicación de esos métodos de lucha y, en consecuencia, caminar con hombres de ideología diferente hacia objetivos comunes; y puede en aquellos límites defender sus puntos de vista. La CNT fue lugar de síntesis en acción; pero la síntesis no puede ser confundida con equilibrios táctico-ideológicos que la harían inoperante, ni con la pérdida de caracteres que la desnaturalizarían, dejando un vacío que sólo una CNT anarcosindicalista puede llenar.

La coyuntura orgánica actual es favorable a los grupos de inspiración marxista a nivel táctico. Les permite asumir una posición de árbitros, y aprovecharse de ello para asegurarse centros de poder en la CNT.

Alusiones a los intentos de nucleación por parte de algunos de estos minipartidos se hallan dispersas en otros lugares de este trabajo. Si la característica común de todas las «tendencias» que se disputan el «poder orgánico confederal» es la de ir a la conquista de sus objetivos de manera indirecta, solapada, clandestina, a ninguna de ellas como a estos grupos le está vedado por el propio interés táctico inmediato el avanzar a descubierto detrás de su propio programa, afirmando sus reales objetivos. No es cierto que los grupos marxistas insertos en la CNT «en

principio renuncian a participar en la pugna entre sectores de la Confederación».² Actúan de acuerdo con los métodos que dicta su propia concepción de la vida política: «No son muchos [los marxistas] pero trabajan activamente. Personalmente, he tenido que rendirme a la evidencia. Por supuesto, no van a llegar muy lejos. Empiezan señalando que la CNT está teóricamente desarmada para dar respuesta a la complejidad de los problemas actuales. El comunismo libertario es un anacronismo. Lo que se necesita es una CNT nueva. Esta gente adecúa su acción según los momentos: su finalidad es lograr un verdadero proceso de descomposición dentro de la CNT. En ocasiones juegan al asambleísmo radical, sosteniendo al sector ácrata que no tiene clara la delimitación entre anarquismo y anarcosindicalismo, otras apoyan al consejismo, no muy extendido, que se bate en retirada y está neutralizado. Finalmente, han apoyado la ofensiva anarcocomunista dentro de CNT muy activamente, con el fin de aumentar la confusión actual [...] apoyan también a los grupos libertarios que, aún dentro de la CNT, consideran a ésta amarilla porque habla de convenios y no puede sacar de la cárcel a los presos».³

En el lugar citado, Gómez Casas reaccionaba contra el aserto, tácticamente interesado sin duda, de Juan Ferrer; para éste, la penetración marxista de la CNT sería *peccata minuta*. Pero es evidente que la influencia de tales grupos sobre el porvenir de la CNT no llegará muy lejos. Por su propia índole, hay que considerarla de menos importancia que la de otras «tendencias» (unidad institucional, columna vertebral, organización integral, auto-

2. Informe del País valenciano [Juan Ferrer] al Pleno intercontinental ampliado, mayo de 1978.

3. Juan Gómez Casas, *Saliendo al paso*, Madrid, 10 de agosto de 1978.

nomía de la clase, neoanarquismo, etc.) sobre el futuro de la Confederación.

Una vez más, hay que intentar responder al problema con preguntas. ¿Qué CNT? ¿Una CNT «correa de transmisión»? La situación privilegiada de los minipartidos marxistas se debe a circunstancias externas a esos grupos y cuya desaparición hará desaparecer el privilegio.

Es posible que, con la ayuda de todas las «tendencias», esas circunstancias se prolonguen largo tiempo, en cuyo caso la lucha por el dominio de una CNT sumisa a las luchas tendenciales actuales llegaría a ser una empresa de alienados. La multiplicidad de grupos que participan del carácter general propio a los partidos políticos es el gran *handicap* de cada uno de ellos. El dinamismo centrífugo de los grupos marxistas se ha revelado en la historia del movimiento obrero como de eficacia muy superior al dinamismo centrípeto. Los grupos marxistas crecen o decaen. Rara vez se unen. Cuando lo hacen, la unión se reduce a la absorción de uno por otro. Las hipótesis en el plano en que estamos tiene siempre un valor

relativo, están condicionadas de manera decisiva por el desarrollo o la decadencia organizativos de la CNT. En la medida en que es posible formularlas con los datos en presencia, esos grupos, o al menos su mayor parte, seguirán animados por un dinamismo centrífugo y, en consecuencia, se neutralizarán unos a otros. Pero en la hipótesis de que el interés por una presa, cada día más exangüe, les llevará a iniciar un proceso de unificación y las «tendencias» anarcosindicalista o anarquista no se manifestasen con la fuerza necesaria para impedir que el grupo resultante lograra dominar a la CNT, no cabe sino interrogarse de nuevo: ¿Qué CNT? La dominación de la CNT por una fuerza exterior, o por una fuerza incluida en ella, o el mantenimiento de su autonomía, no son circunstancias que puedan tener lugar sobre una organización estática, ni hechos que no modifiquen sustancialmente a la CNT en sus dimensiones, en su acción, en su eficacia y en su significado: en su función en la sociedad española.

7. Las tentaciones reformistas

En su número 12 de 1978, *Fragua Social* señala la tentativa de creación de una nueva central sindical, alrededor de CTI, «en cuyas filas se complicaba a la CNT o a alguna parte de la misma».¹ Con su estilo en demasía sobrio, el «Informe del Secretario permanente de la CNT (salierte)» confirma la noticia: «USO mantiene continuos contactos con grupos como CTI, CDT e incluso el MOA. Según informes fidedignos, la primera de estas organizaciones estaría intentando explotar ciertos problemas dentro de la CNT para trasvasar militantes de nuestra organización».²

Esa operación la confirma el lamentable «Informe del País valenciano [Juan Ferrer] al Pleno intercontinental ampliado» y su descripción y la del entorno que según él la hace posible alcanza en el «Informe» caracteres dramáticos. Para Juan Ferrer, se está en presencia de algo más que de las bascas por agrandar su poder de los grupos que se hallan al frente de las organizaciones que cita. La CNT tiene hoy como enemigo principal «la penetración de la Iglesia en el seno de los sindicatos. En todas las capitales de provincia, en todas aquellas concentraciones laboriosas significativas, la aparición de organizaciones bajo el nombre de MAO (Movimiento por la Autonomía Obrera), TAO (Trabajadores Autonomía Obrera), MAC (Movimiento de Autonomía de Clase), etc., incluso como es el caso más reciente de «Movimiento por la Autonomía Proletaria y la Revolución Social» [...] núcleos todavía existentes de la vieja actividad de la Iglesia a través de ZYX, la editorial más tarde fraccionada en MOA (Movimiento Obrero Autogestionario), con Julián Gómez del Castillo a la cabeza, son y representan el mayor peligro que en

estos momentos tiene la Confederación». «Ese movimiento de penetración y de dislocación no se da en solitario. Es apoyado por sectores de los llamados grupos de Solidaridad de Carrasquer, por sectores del cincopuntismo, como González Inestal en Madrid, los herederos directos de Lorenzo Iñigo y de Cecilio Rodríguez, apoyados eventualmente en la Iglesia a través de ASO, como pueden ser Cases y el Sindicato de Espectáculos públicos de Barcelona, ligados directamente a sectores del vertical. Es en estas condiciones como la penetración se fragua y a la larga o a la corta, los elementos posibilistas y oportunistas se introducen en la CNT dentro de los planes y criterios del gobierno y la CNT dentro del túnel de los proyectos del gobierno ha de llegar necesariamente a su propia destrucción».³

Sería necesario aquilatar la consistencia de estas operaciones más de lo que me es dado hacer a mí a la vista de la documentación de que dispongo. Pero si operaciones de este tipo pueden alcanzar credibilidad en la opinión pública y en la propia CNT es porque ésta siempre albergó en sus filas a una minoría de «sindicalistas reformistas» a la vez que sin adscripción socialdemócrata o comunista. Es plausible atribuir a los grupos hegemónicos de la clase capitalista española la voluntad de dotarse de una sindical que parezca una Force Ouvrière y sea una Confédération Française du Travail con la

1. Sus principales ingredientes serían USO, Partido Sindicalista (Frente Sindicalista Revolucionario), CTI (Confederación de Trabajadores Independientes), MOA (Movimiento Obrero Autogestionario), etcétera, además del sector confederal indicado.

2. CNT, número 15, junio de 1978.

3. «Informe del País valenciano al Pleno intercontinental ampliado», mayo de 1978. Que se me perdone la larga cita: el documento no es todo lo conocido que merece.

que jugar la partida de tute sindical con cartas susceptibles de parar el envite de las CCOO y la UGT.⁴ Es plausible también pensar que, tras la desaparición de la dictadura franquista, el gobierno apostó a una CNT «fuerte y potente para oponerla a las CCOO. Ahora bien, quería una CNT amarillenta, de sindicalismo aséptico».⁵ Cuesta poco aceptar un regalo. Lo importante en este caso sería conocer la importancia de la apuesta gubernamental.

El precedente más frecuentemente citado en este plano es la operación «cincopuntista». El proyecto «cincopuntista» hizo mucho ruido entre los militantes libertarios, sobre todo entre los grupos que por entonces detentaban la propiedad de la sigla CNT, tanto en el «exilio» como en el «interior». Hizo ruido más tiempo del que merecía la operación, y este hecho hay que atribuirlo, una vez más, a la ambigüedad de la situación de esos grupos. La actitud pendular del propio Secretariado Intercontinental en esta circunstancia corrobora esa ambigüedad. No es posible calificar de movimiento «reformista» al proyecto de los «cincopuntistas». Los «cincopuntistas» de «la CNT» vendían lo que no tenían. La trascendencia política de la operación era mayor en lo que respecta al conjunto de la sociedad española que en lo que a la CNT se refiere. El pacto «cincopuntista» era una de las últimas jugadas de los restos del falangismo, de la fracción corporativista más retrógrada —según el baremo de la fracción hegemónica de la propia clase dominante— en defensa de su supervivencia política, de sus posiciones dentro del Estado. De haber tenido éxito, la operación hubiera afectado menos a la entonces futura CNT que algunas de las minitempestades que la han agitado durante el período de su reconstrucción.

Los pactantes «disolvían por su cuenta la

CNT, incorporando a sus miembros, si la operación daba resultado, a la Organización sindical».⁶ Disolvían lo que todavía no existía.

No se trataba de una operación encaminada a cambiar el rumbo de una organización existente, sino de un intento de trasvase —a través de parte de su militancia— del prestigio histórico de la sigla CNT a una sindical subordinada a los intereses de grupos en decadencia en el Estado franquista. El proyecto no se encaminaba a oponerse a un asalto de la fortaleza capitalista por el conjunto de la clase obrera, imprevisible entonces, sino a oponerse al ya entonces iniciado dismantelamiento de la fortaleza franquista por los propios agentes políticos del capitalismo. En lo que a los *promotores* «cenetistas» respecta, era la manifestación de un fenómeno de adaptación de una «élite» en decadencia, obsesionada por su fracaso vital y buscando briznas de poder en una situación vicaria, subjetivamente infame, a cobijo de lo que siempre combatió. Ambos grupos negociadores —«censistas» y «cenetistas»— se hallaban en situaciones homólogas. La prueba de estos asertos no hay por qué buscarla más allá de los propios documentos de los «cincopuntistas»:

«Los militantes que se han incorporado a la línea de los cinco puntos vienen cumpliendo su cometido en las empresas y en los sindicatos oficiales y trabajando por la renovación del sindicalismo. Los otros,

4. Force Ouvrière, escisión de la CGT francesa y sindical reformista si las hay, pero independientemente en los límites que permite su reformismo. La CFT francesa era una simple hechura del patronato.

5. Tres militantes de la CNT en *Teoría y Práctica*, octubre de 1977.

6. «Informe sobre el problema de los cincopuntistas de la Comisión nombrada por el Pleno local de militantes de la CNT de Madrid», junio de 1976. Las cursivas son mías. Sobre los «cincopuntistas», véase en este fascículo el trabajo de Freddy Gómez, «Grandezas y miserias del movimiento libertario español hoy», páginas 5-27.

los militantes que no aceptaron esa tarea siguen ausentes de toda actividad, sin dar señales de vida en ninguna esfera de nuestra sociedad. Son militantes que en ningún sitio militan y sus principios inculcados morirán según vayan desapareciendo de la vida sus agonizantes portadores. Este será el final de aquel gran movimiento que llenó durante cien años la agitada vida española.»⁷

¡Curiosa manera de evitar la muerte de un «gran movimiento obrero»!

Repasando la breve lista de los «cincopuntistas» que da el documento citado, salta a la vista la poca significación sindical de todos ellos —los que perseveraron y los que abandonaron. La mayor parte eran meros epígonos, y conscientes de ello se esforzarían, con variable resultado, en atraerse a viejos militantes con un pasado sindical indiscutible.

Es baldío buscar explicaciones *ideológicas* a la empresa «cincopuntista». El anti-comunismo proclamado por el grupo es una mera coartada. No se puede hablar propiamente de «cincopuntismo»; como tendencia, el cincopuntismo no existe y sólo cabe hablar de «cincopuntistas».

Los antecedentes de ese «reformismo» no hay que buscarlos en el período cenetista anterior a la guerra civil. Están en los fenómenos internos que tienen lugar en la Confederación en el curso de la guerra civil y en el «exilio» y el «interior» de sus militantes en las tres primeras décadas de la dictadura franquista.

En el período agónico de la dictadura franquista, la fracción hegemónica de la clase dominante española gastó más energías en asegurar su porvenir en el terreno político que en el área de la directa confrontación de clases. En la situación en que quedaba la clase obrera tras siete lustros de dictadura, el intacto aparato del Estado franquista y la estrategia des-

movilizadora de los partidos del «consenso» bastaban para romper la ofensiva clasista. El esfuerzo de los aparatos de las futuras sindicales «reformistas» —Comisiones Obreras y UGT— iba a concentrarse prioritariamente en el asedio y el desmantelamiento de la Organización Sindical del Estado, y la vitalidad de la clase obrera se embotaría en una desordenada eclosión de movimientos reivindicativos, «autónomos», instrumentalizados o recuperados, y no se manifestaría en un ataque frontal a la clase dominante y a su aparato estatal.

El poco eco que halló la «Declaración de los Sindicatos Autogestionarios»,⁸ equivalente «laboral» de los documentos fundacionales de la Junta Democrática y de la Plataforma de Convergencia Democrática, constituye un indicio de que tales fueron las conclusiones del análisis de la coyuntura por los agentes políticos de la clase dominante.

En la elaboración de ese documento participan elementos sindicales tan heterogéneos⁹ que su confluencia en el plano organizativo sólo podía conducir a un híbrido sin otra función objetiva —las motivaciones subjetivas hay que suponerlas muy diferentes en cada caso personal— que oponerse a las CCOO —eurocomunistas— y a la UGT —socialdemócrata— desde luego, pero, fundamentalmente, a matar en el huevo a una sindical «salvaje»,

7. De «Proyección del sindicalismo libertario español», documento cincopuntista firmado por la Comisión nacional de coordinación sindical y publicado en agosto de 1971. Transcripción del «Informe sobre el problema de los cincopuntistas», *op. cit.*

8. En noviembre de 1974.

9. «Desde noviembre de 1973 celebramos una serie de reuniones clandestinas entre "sindicalistas" de diversas tendencias (desde Juan Gómez Casas a Narciso Perales, desde Julián Gómez del Castillo a Ceferino Maestú, desde algunos del grupo "Liberación" hasta mí mismo, no vinculado inicialmente a ningún grupo)». (José Luis Rubio Cordón, *Los libertarios y la política*, 1979, mecanografiado.)

es decir, a perfeccionar el encuadramiento integrador de la clase obrera, aportando un nuevo matiz al «consenso». Por sus hipotéticos resultados objetivos, este proyecto puede ser inscrito en la línea de la intentona «cincopuntista» y del amago de 1978, aludido al comienzo de este capítulo.

La relativa autonomía de los grupos con voluntad de poder juega cierto protagonismo en estos procesos, y empresas semejantes pueden ser proseguidas por las «élites» interesadas en la concentración de las dispersas fuerzas de que disponen. Pero su éxito operativo es bastante independiente de la voluntad de esas «élites» y de la fuerza de sus miniorganizaciones. Depende sobre todo de un aporte externo que sólo puede venir del conjunto de la clase dominante, es decir, a través de los órganos del Estado en la forma y la cuantía que inspire su interés por la maniobra. La situación actual de la fracción hegemónica de la clase dominante, es decir, la relación de fuerzas entre la clase dominante y la clase obrera españolas, las características de las sindicales mayoritarias, la propia situación objetiva de la CNT, no hacen plausible el gran esfuerzo patronal, eclesiástico y estatal que sugería el informe de Juan Ferrer. Perder de vista este hecho sólo puede contribuir a desorbitar la significación de ciertos procesos y, en consecuencia, a falsearlos. El éxito de este tipo de operaciones —un «reformismo» de cábala, superficialmente maquiavélico— tiene límites estrechos, como han probado experiencias similares en otros Estados. Ni siquiera merece el calificativo de reformismo. Los resultados que puede alcanzar una amalgama por arriba de microsindicales con funciones contradictorias entre sí han de ser precarios, temporales. Las maniobras encaminadas a lograr la amalgama despiertan exageradas reacciones en los militantes y estimulan

la lucha entre los grupos de poder internos de la CNT, porque en ellos prevalece la visión de la CNT como *organización* que se puede sumar, restar, multiplicar y dividir, y pierden de vista la *función*, inescindible de la organización, que no admite tan sumario tratamiento de tendero. La función de la CNT en la sociedad española no es posible transferirla por tales métodos a tales amalgamas. Queda fuera de ellas y existe siempre fuera de ellas. Seguirá existiendo aunque desaparezca la CNT. Alguien pudo decir que si la CNT no existiera habría que inventarla.

No es posible formular un juicio político ni un juicio moral generales sobre el *reformismo confederal*, porque no hay un solo reformismo, y medirlos a todos con la misma vara es una simplificación peligrosa: puede dejar a alguno de ellos fuera de causa. El grado de sinceridad de los reformistas confederales anteriores a la guerra civil era diferente al de los militantes que se han prestado a ciertas operaciones posteriores a la guerra civil. El «treintismo» pocos puntos en común tiene con ellos. Los «treintistas» se reclutaron entre viejos y duros luchadores con un largo historial en la CNT. Muchos de ellos serían siempre sinceros sindicalistas revolucionarios.

Una verdadera tendencia «treintista», con arraigo en auténticos sindicatos, hubiera hallado un momento favorable para desarrollarse en el período de reconstrucción de la CNT. La situación actual de ésta privilegiaría a un reformismo «treintista» a causa de la debilidad organizativa de la CNT, de su delicuescencia orgánica y de la proliferación de grupos que se disputan el control de sus comités. En el pasado (1910-1936), la minoría reformista de la CNT, integrada por auténticos militantes obreros, tuvo que enfrentarse con una tendencia, también auténticamente

obrero, por sí sola ampliamente mayoritaria, hecho que excluía las alianzas multilaterales, tan frecuentes hoy en la CNT. Los «treintistas» tenían un proyecto plausible, coherente, lo que no es el caso de ninguna de las «tendencias» que hoy se enfrentan en la CNT. En la coyuntura, los «treintistas» sólo podían aspirar, y sólo aspiraban, a hacer de la CNT una sindical más *sindicalista* y menos *anarquista*.

El arma absoluta de que disponían los reformistas entonces era la introducción, como forma organizativa en la CNT, de la Federación nacional de Industria. Fueron derrotados en el Congreso de la Comedia (1919).

Según criterio entonces de la mayor parte de los anarcosindicalistas, la Federación nacional de Industria llevaba en sí gérmenes de burocratización. Incluso en el Congreso del Conservatorio (1931), el más «reformista» de los celebrados por la CNT, que la aprobó como organismo confederal, tras choques polémicos de gran significado, su aceptación fue muy matizada. La función y los límites orgánicos de la Federación nacional de Industria fueron estrictamente establecidos: «La Federación nacional de Industria tiene un carácter más limitado que el sindicato [...] sin que le sea permitido invadir otras zonas de las actividades sindicales de orden general, cuyas funciones competen completamente a los sindicatos y a los organismos federales y confederales no industrialistas». Se vio en la Federación de Industria el peligro de merma de la autonomía de las Confederaciones regionales y, especialmente, los militantes catalanes fueron sensibles a ello. So capa de *reestructuración organizativa exigida por la eficacia y las transformaciones económicas*, se trataba de un asunto político. La Federación de Industria, después del congreso, sería uno de los blancos preferidos de la co-

rriente «faísta». Púdicamente, un documento confederal reciente¹⁰ resume la impugnación anarcosindicalista, victoriosa en la práctica, de los acuerdos del Congreso del Conservatorio, con esta frase: «La CNT prefirió en este período (1931-1939) adoptar el esquema clásico de organización, más flexible y dinámico y más apto por consiguiente ante las luchas a emprender». Anestesiarse los problemas no es resolverlos. Las cosas no estuvieron tan claras en el desarrollo de los hechos. El peligro de disyunción entre las Federaciones nacionales de Industria y las Confederaciones regionales iba a materializarse con consecuencias tan graves que pudo abocar la CNT a una catástrofe con motivo de lo que se viene llamando *putsch* del 8 de enero de 1933.¹¹

Si la CNT alcanza cierta envergadura, las Federaciones de Industria van a coexistir inevitablemente con las demás organizaciones confederales. El problema que ello plantea no es el reparto «equitativo» de funciones entre la estructura sindical industrial *vertical* y la estructura confederal *horizontal*. El problema es el de la subordinación de una a otra, de hegemonía de la una sobre la otra. Cada una de esas hegemonías corresponde a una concepción antagónica de la lucha sindical,

10. *¿Qué es la CNT?*, 1977.

11. Este conflicto puede ser simplificado en su aspecto organizativo: 1) Una Federación nacional de Industria (Ferroviarios) decide el 20 de diciembre de 1932 en Congreso nacional ir a la huelga general ferroviaria y pide al Comité nacional de la CNT el apoyo de todas las organizaciones confederales. 2) El Comité nacional advierte al Comité nacional de Defensa que se apreste a ayudar efectivamente a los ferroviarios; en consecuencia, el Comité de Defensa de la Regional catalana realiza a gran esfuerzo de acopio de armas y moviliza a sus cuadros. 3) El Comité nacional de la Federación ferroviaria, prescindiendo de los acuerdos de su congreso, decide no ir a la huelga, fundándose en el resultado de un referéndum posterior al congreso. 4) Los Comités de Defensa se declaran incapaces de dar marcha atrás en su movilización y desencadenan el movimiento sin huelga ferroviaria. (Véase en este trabajo páginas 110-111.)

de la organización de la clase obrera y, en consecuencia, de sus finalidades últimas. El dinamismo, el tiempo social, son diferentes en cada uno de esos dos planos que han de coexistir, que han de cortarse en la Confederación. La lucha contra la hegemonía del plano vertical no sería tan fácil hoy como lo fue en el pasado. La Federación de Industria facilita el absentismo confederal de los afiliados, y su desarrollo depende menos de éstos, es más automático que el mantenimiento y desarrollo de la hegemonía del plano horizontal. Expresión de la división sectorial de la clase obrera, de la separación entre la esfera económica y la esfera política, la hegemonía de las Federaciones de Industria despolitiza a la CNT. El correctivo realmente eficaz sería la lucha contra el absentismo sindical. El correctivo institucional es el Congreso nacional de sindicatos, al que hay que mantener su carácter, no sólo en teoría, sino luchando por que no se convierta, en la práctica, en un congreso de Federaciones de Industria.

Hay que denunciar la explotación en la actual lucha de «tendencias» de las aparentes similitudes de las querellas que provoca con procesos del pasado. *En la CNT de la reconstrucción no se ha manifestado una tendencia «treintista».*

En el pasado (1919-1936), la tendencia reformista mantuvo el objetivo finalista de la CNT, concentrando sus críticas sobre el «aventurerismo» de la tendencia mayoritaria, sobre la «gimnasia revolucionaria». Hoy, como entonces, no parece posible atacar de frente el finalismo de la CNT. Esta circunstancia no permite, a nivel de las ideologías, de las declaraciones de principio, un reformismo cualquiera. Casi todas las «tendencias» —y entre ellas las calificadas de «reformistas»— no impugnan directamente el finalismo de la CNT, no impugnan tampoco su finalidad

institucionalizada: el «comunismo libertario». En un texto de la más pura agua reformista, Ramón Parareda afirma, sin temor a provocar la carcajada, que «estamos de acuerdo en que nuestro fin primordial es el comunismo libertario».¹² Cabe pensar que haya en la afirmación un cínico juego de palabras, por aquello de que primordial significa «en el origen».

No tengo opinión fundada sobre lo que pueda ser la materialización de una fórmula tan unánimemente asumida por «tendencias» antagónicas como ésta del «comunismo libertario», más allá de lo que deja prever hoy la impugnación radical de la sociedad capitalista. Sé que, a causa de esa impugnación radical, la fórmula «comunismo libertario» tiene una eficacia decisiva para excluir en el presente ciertas prácticas de la organización que se ha dado aquella finalidad, y la tiene igualmente por ello para exigir la aplicación de métodos muy concretos. Sé que si el no comprometedor mantenimiento de la finalidad es instrumentalizado ahora y aquí para abandonar esos métodos, la finalidad queda reducida a un mero señuelo y valdría la pena que fuese olvidada. Reitero mi afinidad en este punto con el pensamiento de Juan Peiró. Su afirmación de que *la CNT puede cambiar sus finalidades, pero no puede, sin dejar de ser, cambiar sus métodos*, sigue siendo uno de los supuestos básicos del sindicalismo revolucionario.

Se dice que «hay que sustituir las armas por el diálogo, las cárceles por las universidades o los institutos de enseñanza, hay que presentar nuestros planes económicos, sociales, de trabajo, de sanidad, debemos enseñar no con gritos, ni protestas, cómo resolver el paro obrero, demostrar que sabemos estar en todos los

12. *Solidaridad Obrera*, 5 de febrero de 1979.

13. *Ibid.*

problemas y que nuestras soluciones son las más correctas».¹³

Si el «comunismo libertario» es impugnación radical de la sociedad capitalista, de la sociedad autoritaria, de la sociedad colonizada por el Estado, el camino expresado por el «reformismo» de Parareda o de Gallego —común a otros cenetistas de hoy— no es el camino que lleva al «comunismo libertario», por muy de *masa*, por muy *ágil*, *independiente*, *imaginativo*, *científico* que, como quiere Parareda, sea ese sindicalismo. «Ni siquiera debemos plantearnos el dilema de con la Monarquía o contra la Monarquía, sino profundizar en el mundo sindical y crear las condiciones para que el sindicalismo asuma funciones cada vez más amplias en la producción, administración y distribución de la riqueza [...] Como contrapeso de las alternativas parlamentarias en la política, manipuladas siempre por minorías y grupos de presión oligárquicos, debemos crear una profunda conciencia democrática en el campo de la producción, la cultura y la sanidad a cargo de los sindicatos».¹⁴ Ese sindicalismo impugna mucho menos la sociedad capitalista de lo que la impugnan las sindicales reformistas inspiradas por la socialdemocracia y el eurocomunismo.

A nivel ideológico, a nivel político, la práctica reformista de las sindicales mayoritarias —UGT, CCOO— es coherente con un proceso que las engloba y que tiene una finalidad declarada que no desdice de esa práctica, que la hace necesaria: el modelo de sociedad que propone la socialdemocracia a la una, el eurocomunismo a la otra.

No es éste el caso de un reformismo cuyos enemigos impugnan con el nombre de «sindicalismo moderno», «sindicalismo de empresa», «sindicalismo puro», según el humor del contradictor. En este reformismo, fines y medios carecen de toda

relación entre sí, lo que reduce la finalidad a pura entelequia, sin valor ideológico operativo.

Resuelta en sentido *anarcosindicalista* o en sentido *anarquista* la actual tensión interna en la CNT, en tanto que «tendencia» ese reformismo sindicalista moderno desaparecerá, como desaparecerá el «amarillismo». Ambos son flores que extraen su sustento del estercolero de la actual lucha de «tendencias». No tienen posibilidad de desarrollo en una CNT que practica métodos *anarcosindicalistas*, ni en una CNT anarquista, replegada sobre sí misma.

A una CNT en desarrollo, inmersa en las luchas sociales que el capitalismo plantea, el peligro de reformismo no le vendrá de las intenciones puramente mecánicas, aludidas al comienzo de estas páginas, ni de este «sindicalismo moderno». El reformismo tiene que venirle envuelto en aires más «revolucionarios» o más «políticos». Menos inmediato, el reformismo apunta por dos horizontes diferentes: la «autogestión» y el «posibilismo». El primero puede alcanzar una autonomía considerable respecto a la CNT. La ha alcanzado ya. El segundo no puede vivir sin el cordón umbilical que lo una a ésta.

En la Confederación se manifestó siempre cierto mesianismo polarizado en la voluntad de construir el objetivo final en el marco de la sociedad capitalista, antes de destruirla. El contexto actual brinda al reformismo un concepto ideológico elaborado ampliamente: la autogestión. No es casual que una fracción confederal aparezca involucrada en un proyecto unitario con el Movimiento Obrero Autogestionario.

La ideología autogestionaria fue un im-

14. Gregorio Gallego, en Isidro Guardia, *Entrevistas con militantes de la CNT*, Madrid, 1978, p. 130-131.

pulso mesiánico subjetivo, una reacción contra el horizonte bloqueado que ofrecían la socialdemocracia y el socialismo autoritario, reacción animada por el personalismo y por un vago proudhonismo, lo que explicaría su éxito entre los anarcocristianos. Las teorizaciones de ese impulso se presentan como una alternativa entre el capitalismo y la «democracia popular»: «La autogestión es una estrategia y un objetivo. Permite superar la divisoria entre reforma y revolución».¹⁵ Negándose a destruir la sociedad de explotación, jerarquizada, copiando los métodos y la estructura de la sociedad que hay que destruir, la autogestión establece «la homogeneidad entre *medios* de la lucha libertadora y el *fin* perseguido que postula una coordinación entre iguales».¹⁶ El movimiento autogestionario realiza en sí mismo sus propias mediaciones políticas. Su desarrollo en tanto que movimiento tiene un curso que corre paralelo o se superpone al sindicalismo, hasta el punto de ser la ideología del sindicalismo reformista independiente de los partidos.¹⁷

Si todos los movimientos se afirman capaces de construir la sociedad que propugnan, a partir de la toma del poder estatal o de la destrucción de éste por la revolución, el movimiento autogestionario no precisa de lo uno ni de lo otro. *Le basta con que el Estado dé fuerza de ley al derecho a la experimentación social y al derecho de lo instituyente sobre lo instituido.* Son éstos dos terrenos de la sociedad civil todavía preservados por la invasión legislativa, dos terrenos en los que la creación social era anterior al derecho. *El movimiento autogestionario pide al Estado los medios de realizarse,* porque teme que si su reivindicación no es asumida por la socialdemocracia (o el «eurocomunismo») está condenado a caer como polvo sobre un mueble viejo. Esto

reduce el objetivo totalizante autogestionario a poca cosa: un intento de transformar estructuras autoritarias parciales en el marco de una sociedad global que continúa siendo autoritaria. Oponer a este esquema operativo la afirmación de que no hay autogestión concedida sino conquistada, como hacen los sectores izquierdistas de la corriente autogestionaria, despoja a la autogestión de su carácter totalizante y la convierte en una técnica de la constitución de poderes moleculares en el marco de la sociedad capitalista, rompe la pretendida identidad medios-fines de la autogestión y hace de ella algo a lo que sólo puede dar sentido el movimiento revolucionario, el triunfo de la revolución. Empero, el movimiento autogestionario francés es la marca más lejana en el horizonte reformista de las izquierdas. ¿Es así en España? Más allá de las declaraciones de principio encaminadas a atraer afiliados o a cosechar sufragios, ¿qué organizaciones vehiculan o pueden vehicular el movimiento autogestionario, qué fuerzas políticas pueden imponer la legislación del derecho a la experimentación social y la primacía de lo instituyente sobre lo instituido?

Un reformista de los años treinta se hubiera sentido separado por un abismo infranqueable de un pretendido anarquista que hubiera afirmado que la pequeña y la mediana industria sólo pueden salvarse «en la convivencia y la colaboración con sus obreros, sus empleados, sus expertos; y a eso podría contribuir la autogestión [...] La autogestión y la cogestión son hoy, no una revolución meramente, sino

15. Pierre Rosanvallon, *L'âge de l'autogestion*, Seuil, París, 1978.

16. Yvon Bourdet, *Pour l'autogestion*, Anthropos, París, p. 13.

17. En Francia, es una de las principales corrientes ideológicas que animan a la CFDT (Confédération Française Démocrate des Travailleurs).

un ancla de salvación en el naufragio».¹⁸ El «choque generacional» es una expresión mágica con la que muchos han pretendido explicar la mayor parte de los conflictos que han desgarrado a la CNT a lo largo del período de reconstrucción. Evoca la imagen de una vieja militancia aferrada a los valores y posiciones que fueron los suyos, oponiéndose a jóvenes innovadores que quieren hacer tabla rasa del pasado. El abismo que separa a muchos de los componentes de las viejas generaciones de las actuales, dejando de lado las manifestaciones folklóricas —«porros», atuendo, costumbres sexuales, etcétera—, lo ahonda más el abandono por los viejos de lo que fueron las posiciones confederales que la novedad de las que defienden los recién llegados. La tabla rasa del pasado son los viejos quienes la han efectuado en numerosos casos, y si la vida de la CNT se hubiera desarrollado de manera natural en un proceso de luchas concretas, muchos de los actuales guardianes de la pureza confederal años ha que se hubieran desprendido como hojas secas del árbol que todavía parasitan. La autogestión permite al reformismo sindical escapar del callejón sin salida que supone su carencia de ideología y de teoría de la sociedad, enmascarando su profunda aceptación de la sociedad capitalista. Le permite establecer un nexo con los reformistas vergonzantes imposibilitados —por el cultivo de la imagen que de ellos dejó su pasado— para aceptar un reformismo descarado. Permite a unos y otros jugar con aires revolucionarios la carta del «realismo» y de la «sensatez». «La autogestión es un primer paso, y muy importante, para acercarnos a logros libertarios [...] No hay duda de que la CNT no puede pretender el logro de un auditorio numeroso con la estrategia de antaño, por lo que se hace necesario, indudablemente, una *revisión* a fondo de nues-

tras estrategias [...] Hay que distinguir [...] entre lo que es propiamente lucha sindical y lo que abraza el anarquista, o sea, lucha revolucionaria tendente a la implantación de una sociedad sin Estado».¹⁹ Para salvar esa lucha revolucionaria por una sociedad sin Estado, abandonemos la CNT al reformismo *político* y *sindical*: «El ariete más contundente al que debería la CNT echar mano debería ser el de la intervención, control y derecho a decisión en lo que a la administración de la “plusvalía” se refiere».²⁰ ¡Autogestionemos la plusvalía! Esta degradación es dudoso que dé a la CNT «un auditorio numeroso», pero es cierto que se trata de la aceptación de las relaciones sociales que hacen posible la «plusvalía» y su extorsión, a trueque de participar en su administración, es decir, no sólo de colaborar con el Estado, sino de integrarse en él.

¿Cómo dejar de observar la confluencia entre cierto apoliticismo confederal y algunas llamadas al intervencionismo político de la CNT? La defensa de un apoliticismo neutral no es sino el arma contra la política autónoma, revolucionaria, de la CNT, y, como el intervencionismo político de los otros, conduce a su integra-

18. Abad de Santillán, en Isidro Guardia, *Entrevistas con militantes de la CNT*, La Piqueta, Madrid, 1978, p. 34-35. Este mismo Abad de Santillán era el que escribía en 1931: «Nos basta la anarquía para dirigir nuestro espíritu y nuestro esfuerzo hacia la liberación del hombre y hacia la conquista del derecho a la vida; nos basta la anarquía para crear movimientos sociales revolucionarios encaminados a la consecución de nuestros objetivos; nos basta la anarquía para responder a todos los interrogantes de la historia presente y del porvenir. ¿Por qué hemos de aceptar una doctrina [el anarcosindicalismo] que no hace, en el mejor de los casos, más que entrar a saco en el arsenal ideológico del anarquismo, con la preocupación exclusiva de poner cortapisas y frenos a la libertad?» («Anarquistas y sindicalistas», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 30 de julio de 1931).

19. Víctor García, en Isidro Guardia, *op. cit.*, p. 89.

20. *Ibid.*

ción en el Estado capitalista. Ambas cosas son expresión del rechazo de lo que fue política de la Confederación: su antigubernamentalismo, su antiestatismo, su *apoliticismo*.

El nexa entre sindicalismo y autogestión lo establece Heleno Saña hasta en el título de su libro.²¹ ¿Cómo define la autogestión?: «Autogestión significa: concordia en vez de discordia, cooperación en vez de confrontación, ayuda mutua en vez de rivalidad, paz en vez de guerra [...], amor en vez de odio». Si Rosanvallon excluye expresamente el moralismo como agente eficaz de la autogestión, la definición de Saña reduce los agentes activos a mediaciones moralizantes: seamos todos buenos y todos seremos buenos. Pero no nos hallamos ante un proyecto meramente mesiánico. Pues si la ideología autogestionaria que la atraviesa apenas afecta a las luchas reivindicativas de la CFDT, la concepción que de la autogestión da Saña es inseparable de su concepción de la sociedad política española y de la función que en ella asigna al sindicato.

El libro de Saña permite establecer netamente los límites del apoliticismo subyacente en el «amarillismo», en el «sindicalismo moderno», en el apoliticismo de los «cincopuntistas»: «Todo pensamiento que parte de una división intrínseca de las tareas políticas y económico-sociales y confía las primeras a una élite de individuos ajenos a la vida del trabajo, es reaccionario y se opone a la autoliberación del proletariado».²² Estas premisas parecen ser una introducción a corolarios anarcosindicalistas. No es así. «En la sociedad de consumo del capitalismo, con una clase obrera ampliamente integrada», «el anarcosindicalismo o sindicalismo revolucionario en su forma clásica» es anacrónico «por muy bello que a algunos les parezca».²³ Y como el sindicalismo marxista

se rechaza por razones obvias y el «sindicalismo creado por el régimen» no fracasó por su propia naturaleza, sino por su impotencia «para defender los intereses y derechos de la clase trabajadora»,²⁴ Saña propone una acción sindical «que aspira a una transformación cualitativa de la sociedad por vía evolutiva y no traumática [que] presupone una decidida voluntad de diálogo por parte de los trabajadores».²⁵ He aquí donde incide la autogestión.²⁶ Y en espera de que la vía evolutiva y no traumática lleve a ella, no hay que desaprovechar «ninguna posibilidad concreta de mejorar la situación de los trabajadores dentro de la empresa y de la vida socioeconómica en su conjunto. Una de las posibilidades inmediatas, en este sentido, podría ser la cogestión».²⁷ Es evidente que esa «decidida voluntad de diálogo» deja inermes a los obreros frente a sus interlocutores. (Esta afirmación es mía, y lo que sigue sale del contexto del libro de Saña.) Ante esta situación, sólo cabe un remedio: el Estado debe amparar a la «clase trabajadora» porque es la más numerosa, porque crea la riqueza y por espíritu de justicia. Y la clase capitalista debe renunciar a considerar al

21. Heleno Saña, *Sindicalismo y autogestión*, Del Toro, Madrid, 1977, p. 213. Fundo esta crítica en las «teorías» de Saña por la escasez de bibliografía autóctona y por su doble relación con el anarquismo y con el movimiento autogestionario. En el libro de Isidro Guardia citado, p. 70, dice Saña: «Nosotros, libertarios...».

22. *Ibid.*, p. 68.

23. *Ibid.*, p. 70.

24. *Ibid.*, p. 175.

25. *Ibid.*, p. 179-180.

26. Asumida la autogestión por la CNT, abriría horizontes a los intentos de diluirla en complejos organizativos que acelerarían su esterilización: «La CNT no está hoy en condiciones de hacer triunfar por sí sola la autogestión. Para ello necesita apoyarse en otras fuerzas obreras que desde su propia perspectiva ideológica optan también por un modelo autogestionario» (Heleno Saña, en Isidro Guardia, *op. cit.*, p. 62).

27. Heleno Saña, en Isidro Guardia, *op. cit.*, p. 62.

Estado y sus órganos de seguridad como instrumento propio y debe renunciar asimismo a negar a los trabajadores el derecho a defender sus intereses y a luchar por una sociedad más justa y más humana.²⁸

Son estas protecciones y estas renunciaciones las que otorgarán al sindicato un evidente papel rector, y del apoliticismo no quedará nada. «Para poder cumplir su papel rector, los sindicatos deben ser la máxima instancia de la vida económica social, deben intervenir *normativamente* en todas aquellas cuestiones que afectan directamente a la clase trabajadora».²⁹ Y así, tras cuarenta años de CNS, el pez se muerde la cola, y volvemos al «nacionalsindicalismo».

Desde antes de nacer, el Partido Sindicalista ha ejercido la función de tentador reformista de la CNT. La autogestión de su Federación Autogestionaria no difiere en sus líneas maestras del proyecto teorizado en Francia por Rosanvallon: «Se afirma un sistema de *autogestión solidaria*: el todo es superior a la parte —elemento socialista—, pero se deja a cada parte la mayor cantidad posible de autonomía dentro de la solidaridad —elemento autogestionario—».³⁰ Y como el proyecto de Rosanvallon, la *autogestión solidaria* exige la vía electoral y parlamentaria que lleve al poder a las fuerzas políticas que hayan hecho suyo el proyecto, para realizarlo desde el Estado: «Si somos partido es porque creemos que el movimiento obrero debe emplear también los instrumentos políticos, como el Parlamento y el Gobierno». «La forma concreta "Estado", como modelo moderno tendente a la máxima concentración burocrática, es abolible, deseamos abolirla. Lo que no parece abolible es algún tipo de maquinaria de Poder político.»³¹

Participemos en el Estado para abolirlo

y sustituyámoslo desde él por otro tipo de maquinaria de poder político. La autogestión y su aplicación tal como las concibe y las propone a la CNT el Partido Sindicalista conducen directamente al posibilismo libertario en la versión que de él ha dado Horacio Martínez Prieto.

La profunda ideologización del término hace que la autogestión halle no menos ecos que en la derecha confederal y sus aledaños en la izquierda confederal y sus más nebulosos aledaños. ¿Cómo un «asambleísta», un «consejista», un «autónomo» podrán escapar al «dulce encanto» de la autogestión? «La autogestión no es sólo un horizonte o proyecto de renovación —la sociedad futura, en abstracto—, sino también la condición y garantía de dicho proceso de renovación —los rasgos indispensables propios a una alternativa al capitalismo, de la revolución hoy planteada— e incluso podríamos decir que el contenido mismo de esa renovación en puertas.»³²

Vehículo, camino y estación final en sí misma, la autogestión de los libertarios de *Ajoblanco* no resuelve el problema de la eliminación del poder, del Estado capitalista, y conduce como referencia última a la aceptación de la mediación estatal, según el proyecto nítidamente expuesto por Rosanvallon, o a la identificación de la revolución con «un desarrollo molecular de contrapoderes dispersos que, como es sabido, puede coexistir con una gestión estatal, tecnocrática, reservada únicamente a los especialistas: una tecnocracia de izquierda (o no) *new look*».³³

28. *Ibid.*, p. 181-182.

29. *Ibid.*, p. 175. Las cursivas son mías.

30. José Luis Rubio Cordón, *Los libertarios y la política*, op. cit.

31. *Ibid.*

32. Colectivo Ajoblanco, en *Ajoblanco*, núm. 25, septiembre de 1977.

33. Christine Buci-Glucksmann, «Eurocomunisme, transition et pratiques politiques», en *Critique des pratiques politiques*, Galilée, París, 1978, p. 111.

Ilusión mesiánica o mito recuperado o medio para superar la tensión entre dirigentes y ejecutantes en la sociedad industrial capitalista, la autogestión no posee más significado revolucionario que el que pueda darle una situación global externa: la revolución. «Las grandes cosas, los acontecimientos portadores de historia han sido siempre en buena parte el fruto de la creencia y de la ilusión. ¿Pero en cuántos casos la creencia, por intensa que haya podido ser, ha carecido de efecto sobre la producción del acontecimiento? ¿Y en cuántos casos, también, la creencia ha sido quizá una de las razones de la no producción del acontecimiento esperado?»³⁴

El «posibilismo libertario» es otro de los entes proteicos que resurge intermitentemente en la vida de la CNT. El término —lanzado desafortunadamente por Salvador Seguí en los últimos años de su vida— ha cubierto cosas muy diferentes, girando siempre alrededor de un problema esencial: la incapacidad o la suficiencia política de la CNT.

Entre el posibilismo tal como lo entendió Seguí —a juzgar por su vida militante y por sus escritos, y no por las intenciones no expresamente formuladas que se le puedan atribuir—, o como lo entendió Horacio M. Prieto —sinceramente formulado—, o como lo entiende hoy perentoriamente Fidel Miró, o es posible rastrearlo en los juicios de otros, existen diferencias abismales. En lo que importa en estas páginas, cabe dividir a los posibilistas libertarios en dos vertientes: los que lo propusieron en tanto que elemento de la estrategia confederal, como una especie de «gradualismo revolucionario», y los que propugnaron la creación de un órgano independiente para llevarlo a cabo. Para Seguí, el posibilismo era un correctivo del simplismo de la concepción de la

revolución de gran parte de la militancia confederal y que hacía malgastar a ésta sus energías. Seguí «se atrevió a decir que las cosas no eran tan sencillas, que hacía falta elaborar una estrategia revolucionaria, buscar aliados eventuales, que el proletariado no cambiaría el mundo de golpe».³⁵

Los límites del posibilismo de Seguí están reflejados en un documento orgánico de gran significación: el dictamen redactado por una ponencia constituida por Seguí, Pestaña, Peiró y Viadú, aprobado por la Conferencia nacional de Sindicatos de Zaragoza (1922) y que sería ampliamente impugnado por los puritanos del anarquismo: «Considerando que [...] los partidos políticos, sin excepción, no suponen valor moral alguno en orden a sus actuaciones [...] Considerando que para ser lógicos con nosotros mismos, estamos obligados a aportar soluciones y a ser valores determinantes para todos y en todos los problemas morales, económicos, sociales y políticos, la ponencia propone que la CNT declare: Que siendo un organismo netamente revolucionario que rechaza franca y expresamente la acción parlamentaria y colaboracionista con los partidos políticos, es a la vez integral y absolutamente política, puesto que su misión es la de conquistar sus derechos de revisión y de fiscalización de todos los valores evolutivos de la vida nacional, y, a tal fin, su deber es el de ejercer la acción determinante por medio de la coacción derivada de los dispositivos y manifestaciones de fuerza de la CNT».³⁶ Este

34. Gustave Joyeux, «La fuite autogestionnaire», en *Le Monde Diplomatique*, septiembre de 1978.

35. César M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*, Ruedo ibérico, París, 1973, p. 41.

36. Citado por Diego Abad de Santillán, *Contribución a la historia del movimiento obrero español*, II, Cajica, México, 1971, p. 294-295.

posibilismo, que limita estrictamente los sistemas de alianzas que imponen las coyunturas políticas, expresa netamente la autosuficiencia política de la CNT y ha sido ampliamente aplicado en la historia de la Confederación.

La otra vertiente del posibilismo lleva en sí misma la negación de esa suficiencia. Su forma más acabada se halla en el proyecto de Horacio M. Prieto. Este parte de la premisa de que el Estado «es eterno, inherente a la condición humana». El instrumento del posibilismo de Prieto es el Partido Libertario, que «pretende controlar al aparato estatal para dominar su tendencia al totalitarismo, a la burocratización y al imperialismo». «Este organismo se pondría *al servicio de la CNT*, a la que defendería *en el parlamento y en el gobierno*, impidiendo las medidas reaccionarias, o incluso haciendo aprobar una legislación que favoreciera la expansión del anarquismo.»³⁷ Ese partido acogerá a todas las corrientes ideológicas y no llama sólo a los anarcosindicalistas de todas las tendencias, sino a los marxistas antiestalinistas, a todos los revolucionarios sinceros.

El particular contexto de la década de los cuarenta influyó en el análisis de Prieto. Era impensable en esa época para el conjunto de los militantes libertarios —políticos y «apolíticos»— no ver a la CNT como a una gran organización que asumiría funciones estatales o paraestatales en diversos planos de la sociedad española. La fracción «política» afirmaba sin ambages el deber de la CNT de participar en el juego político encaminado a reconstruir la democracia española; y la fracción «apolítica» pretendía que la CNT fuera repuesta en las conquistas logradas durante la guerra civil, en cuyo caso quedaba dividida la Confederación en dos vertientes: la administración de potentes uni-

dades económicas propias, en una sociedad que en lo esencial seguiría siendo capitalista, por un lado; y la lucha reivindicativa de los sindicatos que no hubieran accedido a la propiedad social, por otro. Esto es lo que trasluce la siguiente afirmación de Prieto: «El colaboracionismo sistemático conduce al Estado sindicalista y a la dictadura o... al ridículo, pues la Confederación, organización de masas (por definición heterogéneas, ávidas solamente de resultados inmediatos) y no partido (élite ideológica que sacrifica lo inmediato a un objetivo con frecuencia muy lejano), sería apresada entre la necesidad de servir al Estado en detrimento de los intereses de clase del proletariado que desertaría entonces hacia otras centrales sindicales, y el deber de proteger al proletariado en todo momento».³⁸

De este análisis pesimista y contradictorio, sólo cabe retener hoy su carácter ideológico: la inevitabilidad del Estado y de la separación entre la esfera política y la esfera sindical, la hegemonía de la primera y la aceptación de la democracia formal que reduce la organización obrera, no tanto a la función de «correa de transmisión», como a la de reserva electoral.

Los análisis de algunos ilustres antiguos cenetistas y faístas conducen directamente a la manifestación actual del posibilismo. «Los asalariados que un día integraban las filas del proletariado son bastante menores en número que la clase media, sin contar con la integración [...] de la mayor parte del proletariado en la clase media y en la mentalidad burguesa o pequeño-burguesa [...] Hay que buscar y encontrar otras plataformas de sustentación,

37. Los entrecorchetos corresponden a citas del libro de César M. Lorenzo, *op. cit.* Las cursivas son mías.

38. César M. Lorenzo, *op. cit.*, p. 295-299.

y para nosotros no la hay en la supuesta división de clases [...] O hacemos la comunidad entera en el campo de nuestra acción o quedamos atrás, marginados, olvidados, como un lejano recuerdo, si es que quedamos como recuerdo.»³⁹ La tentación de explotar la reserva electoral que constituiría de manera natural una CNT en expansión acechará siempre a sus posibles aliados circunstanciales; hará víctimas también entre muchos de sus militantes. La vía que conduce al electoralismo pasa por la crítica del pretendido apoliticismo confederal. «¿Cuándo la CNT dejará a un lado su abstencionismo político? ¿Cuándo se estudiará la manera de intervenir en la vida política de la nación? ¿Cuándo y cómo se realizará esta intervención estatal?»⁴⁰ Estas angustiadas preguntas del quizá más viejo militante vivo de la CNT, ponen de manifiesto que *se considera al apoliticismo la causa de todos los males y debilidades de la Confederación; llevan implícito que no intervino nunca en la vida política española y que no hay más política que la estatal.* La participación electoral en este contexto es un deber para la CNT. «Si se quiere ser, se tendrá que estar», y la relación entre los términos de la proposición conduce ineluctablemente a un dilema único: si el ensayo electoral debe hacerse «desde las estructuras clásicas de la organización sindical o por medio de un dispositivo complementario que, adecuado a la nueva situación, respondería eficazmente al propósito de potenciar la organización sindical».⁴¹

No se trata únicamente de sueños seniles de viejas glorias confederales que harían ociosas estas disgresiones. La acción política enfrentará a la CNT, mientras exista, con la opción electoralismo-abstencionismo.

Si el actual proceso de reconstrucción de

la CNT tiene una conclusión positiva, se harán oír otras voces menos cascadas en la Confederación en el mismo sentido. Los intentos de dotar a la CNT de un órgano político autónomo han puesto siempre en evidencia el sentimiento de que ese órgano no tiene posibilidad de existencia si no hunde sus raíces profundamente en la CNT. Como los promotores del otro proyecto fallido, el POT,⁴² Horacio M. Prieto condicionaba la creación del Partido Libertario al acuerdo previo de la CNT. El modelo tradeunionista inglés ejerció siempre gran atracción sobre un sector de la militancia confederal. Las Trade Unions crearon el Partido Laborista para que fuera su órgano político y parlamentario. Hoy incluso ese origen ha sido olvidado, y los Congresos del Movimiento Laborista tienen mucho de batallas campales de los sindicatos contra su propio partido que ha conseguido en pocos decenios la hegemonía sobre el movimiento.⁴³

Otro reformismo más insidioso amenaza hoy de manera inmediata a la CNT.

La oposición al «reformismo» en los estrictos límites orgánicos de la CNT no es necesariamente una práctica no reformista. El potencial revolucionario de la CNT es todavía en gran parte una esperanza fundada en el pasado y en el futuro: ese potencial sólo se hace realidad construyéndolo.

Es una reacción políticamente suicida obrar como si todos los peligros de des-

39. Diego Abad de Santillán, «Ayer, hoy, mañana», en *El movimiento libertario español*, Ruedo ibérico, París, 1974. Estas afirmaciones las reitera Abad de Santillán en 1977 (Isidro Guardia, *op. cit.*, pp. 31-35).

40. Domingo Torres, en Isidro Guardia, *op. cit.*, pp. 54-55.

41. Sigfrido Catalá, en Isidro Guardia, *op. cit.*, p. 83.

42. Véase en este trabajo el capítulo «"Exilio" - "interior": la CNT que no lo fue».

43. Véanse en este trabajo los capítulos «La columna vertebral» y «La unidad institucional».

naturalización de la CNT estuvieran dentro de ella y bastara con purgarla de los malos humores para preservarla de caer en el reformismo. Juan Ferrer afirma que la infiltración reformista de la CNT por las fuerzas que denuncia en su «Informe» obedece a un complot encaminado a mermar la eficacia revolucionaria de la Confederación. No hay que tener miedo a afirmar que el mismo resultado podría ser obtenido, sin gasto y con diligencia, propiciando la infiltración de la CNT por elementos anarquistas «puros». Pues la opción que ofrece el «Informe» de Juan Ferrer tiene términos netamente delimitados: la posible desnaturalización del anarcosindicalismo de la CNT que la conduciría a una acción reformista; o la afirmación del signo anarquista de la CNT, que la llevaría a una inoperancia anarquista. ¿Es menos o más reformista un término que el otro?

No se puede confinar el «reformismo» —o el «revolucionarismo»— en las intenciones declaradas de sus partidarios —o de sus opositores—. Ni siquiera a escala individual es enteramente autónoma una actitud vital, y a darle significado reformista o revolucionario contribuye decisivamente el entorno en que esa actitud se manifiesta.

Los problemas del reformismo —o del revolucionarismo— no se plantearán en la CNT en los términos que he expuesto anteriormente si ésta se convierte en una organización narcisista, en una organización girando definitivamente sobre sí misma. En una organización de ese tipo pueden manifestarse tensiones internas entre fracciones que se acusen mutuamente de «reformismo» o de cosas peores. Pero, en ese contexto, el término «reformismo» adquiere un significado especioso que lo aleja de los sentidos corrientes que la palabra recibe en una sociedad abierta. Adquiere el sentido sectario que corres-

ponde a un grupo que termina en secta. En este caso, lo plausible es que la secta sea maximalista, *ultrarrevolucionaria en los «principios»*. Severino Campos ha afirmado en su primer escrito como director de *Solidaridad Obrera* que «los timoneles de la nave cenetista deben ser de autenticidad libertaria».⁴⁴ La frase dice lo que quiere decir. No entro a discutir aquí si la «pureza de los principios» es o no es en sí revolucionaria. Planteada así, la cuestión es puramente escolástica.

Quienes con perseverancia digna de mejor causa luchan en la CNT contra las «tendencias» justificada o injustificadamente calificadas de «reformistas» parecen preocuparse poco de la expansión del reformismo en todas sus formas fuera de la Confederación en el espesor de la clase obrera donde su presencia es necesaria. El triunfo dentro de la CNT de las «tendencias» que se califican a sí mismas de revolucionarias no significa necesariamente un progreso del *no reformismo* en la clase obrera. Una CNT cuyo «antirreformismo» se vuelque sobre sí misma desempeña una función reformista en el conjunto de la sociedad; una CNT que no puede oponerse a un plan reformista, que no puede desarrollar una acción antirreformista más allá de sus lindes, es una organización que contribuye al dinamismo reformista de la sociedad.

Una CNT «de andar por casa» asume inevitablemente en el contexto que la engloba una función reformista, cualesquiera que sean las intenciones de sus componentes. Aun suponiéndoles una voluntad revolucionaria químicamente pura a tantos *microorganismos* anarquistas que en el mundo son, ¿qué influencia «contrarreformista» cabe atribuirles sobre el contexto social en que están incluidos? En

44. *Solidaridad Obrera*, mayo de 1979. ¿Cuál será la piedra de toque de esa autenticidad?

las luchas sociales hay que tener en cuenta los factores subjetivos, hay que tratar de aquilatar las intenciones últimas —tan difíciles de penetrar— de los individuos; pero finalmente lo que da carácter revolucionario o reformista a la acción de un individuo o de un grupo son los resultados de la acción, no la intención o las afirmaciones del actor.⁴⁵

El área de la clase obrera potencialmente no reformista es mucho más importante para el reformismo, y debiera serlo para el antirreformismo, que el estrecho terreno que ahora cubre la CNT. Y lo que el reformismo disputa hoy a la CNT es lo que ésta todavía no encuadra.

Si, como anuncia su última evolución interna, el «anarquismo intransigente» prevalece en la CNT, ésta no se convertirá en una organización *anarquista* —luego no de masas— *rigurosamente revolucionaria*; se convertirá en una organización *anarquista* —luego elitista— *funcionalmente reformista*. Esta circunstancia no hará desaparecer el sector social que corresponde al sindicalismo revolucionario: el que constituye la amplia fracción de la clase obrera española alérgica al reformismo sindical de la UGT y de las CCOO. Pero en el proceso se habrán perdido las potencialidades de arrastre contenidas en la CNT de la reconstrucción. Aquel sector será atraído, lo está siendo ya, por organizaciones sindicales y por grupos «autonomistas» que asumen por mimetismo táctico —y también con cierto grado de sinceridad— rasgos que fueron privativos de la CNT, los rasgos que le dieron su influencia en la clase obrera. La función crea el órgano. En ausencia de la CNT, la instrumentalización de esos rasgos, por superficial que sea, no dejará de tener un éxito relativo. Lo tiene ya.

La ausencia de la CNT en ese plano contribuirá a aumentar la despolitización, la

desestructuración de la clase obrera y acentuará el influjo del sindicalismo reformista mayoritario.

En la más favorable de las hipótesis que es posible formular hoy, el terreno será cubierto imperfectamente por un número considerable de grupos «sindicales autónomos» —algunos procedentes de la propia CNT de la reconstrucción— y por una organización llamada CNT, «pura», secretaria e inoperante o aventurera de sacerdotes de la anarquía y de «marginales» adoradores suyos, en concurrencia con una o varias organizaciones «específicas», por un lado; y, por otro, una organización sindical actuante, entregada a una acción más o menos eficaz, más o menos independiente, pero obrera, enquistada necesariamente en la reivindicación cotidiana. No es posible descartar la hipótesis ya formulada en ciertos grupos de que cada uno de los miembros de la dualidad pueda estar coronado por la misma

45. Tras el Congreso anarquista de Amsterdam (1907), las querellas en el marco de la CGT francesa entre diversas tendencias anarquistas —simplificando, entre *anarquistas* y *anarcosindicalistas*— alrededor del párrafo séptimo de la Carta de Amiens (1906), considerado por los anarquistas «puros» como la cumbre del reformismo obrero, debilitó a ambas tendencias en la Confederación y en la clase obrera francesa, en provecho de las tendencias socialistas. Debilitó considerablemente la capacidad revolucionaria de la clase obrera en vísperas de la primera guerra mundial, facilitando la «unión sagrada» del proletariado francés con su burguesía en guerra contra Alemania. La «reformista» Carta de Amiens sería arrinconada en el cuarto de los trastos y la clase obrera abandonada al reformismo socialdemócrata, primero, estalinista más tarde. Pero los *principios* quedaron a salvo y la capacidad de intervención del anarquismo —el puro y el impuro— se vio multiplicada... en el marco de sus fluctuantes miniorganizaciones. El *anarquismo ortodoxo* francés no ha levantado la cabeza desde entonces. (Dice el párrafo 7 de la Carta de Amiens: «En lo concerniente a los individuos, el Congreso afirma la entera libertad para el sindicalista de participar, fuera de la agrupación corporativa, en tal o cual forma de lucha que corresponda a su concepción filosófica o política, limitándose a pedirle, en reciprocidad, que no introduzca en el sindicato las opiniones que fuera de él profesa.»)

sigla, es decir, que se asista al enfrentamiento de una CNT-movimiento y una CNT-sindical, ambas de reducido calado. En ese terreno, de límites poco amplios, los sindicalistas revolucionarios tendrán que luchar aisladamente contra el reformismo declarado, contra el reformismo disfrazado, contra el reformismo latente,

y contra el reformismo funcional de los guardianes de unos principios anarquistas inefables.

Se habrá llegado a la situación aberrante de que el reformismo se vea reforzado en el conjunto de la clase obrera por el «revolucionarismo» practicado de puertas adentro de la CNT.

Colección España contemporánea

Ortzi (Francisco Letamendia)

Historia de Euskadi

El nacionalismo vasco y ETA

Libro histórico que arranca de un pasado lejano (organización tribal, feudalismo, luchas banderizas, nacimiento de la burguesía y del capitalismo comercial, guerras carlistas), libro de historia cercana (desarrollo del capitalismo industrial y financiero, República y guerra civil), libro de historia que se está haciendo (franquismo y ETA). Índice: Apuntes prehistóricos y medievales para la comprensión de Euskadi. La Edad moderna y los Fueros vascos. Carlistas y fueristas: el antijacobinismo popular vasco del siglo XIX. La Restauración de 1874 y el surgimiento del nacionalismo vasco: independentistas y colaboracionistas. Fascismo contra nacionalismo vasco. El Estatuto de autonomía y el gobierno de Euskadi en la guerra civil y en el exilio. La crisis del franquismo y la cuestión vasca: Euskadi ta Askatasuna (ETA), movimiento socialista vasco de liberación nacional. Epílogo. Reflexiones sobre socialismo y patriotismo vasco. Índice de nombres.

458 páginas

Ruedo ibérico

Ibérica de Ediciones y Publicaciones

8. La "organización integral"

«¿Es [el sindicato] una organización global, plurifuncional y políticamente autosuficiente o es un instrumento con funciones parciales e irremediabilmente condenado a subordinarse a organismos externos?»¹

Tal pregunta puede parecer ociosa si es dirigida a militantes de la CNT, pues es lugar común que el dilema fue resuelto por ellos hace ya muchos años, en favor del primer término de la pregunta, en el marco de su organización. No está esto hoy tan claro. La confusión entre movimiento y sindical, entre movimiento y organizaciones del movimiento, se manifiesta sólidamente instalada entre los militantes de la CNT.

Lo que permite unificar en una «tendencia» a los partidarios de transformar la CNT en una «organización integral» es su indefinición programática —más allá de las escuetas afirmaciones formalistas: anarquismo, anarcocomunismo, libertarismo, autonomismo— y, sobre todo, su silencio en el plano de la estrategia. Como para las demás «tendencias», para los «integralistas» es esencial el «momento organizativo». Las cuestiones que la «tendencia» se plantea a sí misma, a la CNT y al conjunto del movimiento libertario han sido sintetizadas claramente en *La Lanterne Noire*: «La reconstrucción de la CNT, ¿no es un error a corto plazo? Tras haber constituido un polo de atracción, ¿no está la CNT creando la dispersión del movimiento libertario? ¿Hay que batirse para cambiar la CNT o abandonarla para crear estructuras separadas y cuáles serían éstas? ¿O hay que desarrollar las afiliaciones, conservar la estructura anarcosindicalista, a fin de que la CNT pueda convertirse en "muralla" de todo el movimiento libertario? En este caso,

¿cuál es el papel de los comités de barrio, de los ateneos? ¿Cuáles deben ser sus relaciones con la CNT?»²

Lo que se pone en causa no es la naturaleza de los objetivos, la comunidad o la incompatibilidad de los mismos, la posibilidad o imposibilidad de una estrategia unificadora de los esfuerzos encaminados a alcanzarlos, sino la «estructura» de la CNT para hacerla capaz de reunir a todo el movimiento libertario, para hacerla capaz de asumir todas las luchas en que están implicados los militantes libertarios.

Se da por supuesto, o se afirma expresamente, que las finalidades, la función de la CNT, siguen siendo las de siempre, y sólo se impugna su forma, superada por los cambios acaecidos en la sociedad española.

Afirmar que la CNT no es capaz por su estructura organizativa de asumir objetivos globales sin proceder a modificaciones organizativas fundamentales, las más de las veces no es sino una afirmación de puro oriente leninista o luxemburguista. El *aggiornamento* por el *aggiornamento* (como el conservadurismo a ultranza, como las formas insidiosas de lo uno y de lo otro) suele ser expresión de un impulso: desnaturalizar a la CNT, convertirla en una cáscara vacía, conservando sólo la sigla y la aureola, así como a los incautos atraídos por éstas. Pero limitarse a esta constatación deja entero el problema.

«La CNT, nuestra (de todos sus miembros, que no de la historia ni del pasado).» Si como afirma *Askatasuna* así fuera, el empleo de la sigla hoy quedaría reducido a

1. *Cuadernos de Ruedo ibérico*, n.º 58-60.

2. Félix, «El movimiento libertario español», *La Lanterne Noire*, julio de 1978.

un fenómeno de parasitismo histórico. ¿Para qué resucitar una sigla que hay que llenar con un contenido diferente al que fue el suyo? El terrorismo verbal no borra el hecho de que la CNT —la de hoy— es historia y es pasado, historia y pasado con incidencia activa en el presente. Y esto no por un fenómeno de *continuidad organizativa*. Si el poder de atracción de la sigla perdura —tras una larga desaparición— es porque, más allá de los particulares proyectos de apropiación y explotación de su sigla por este o aquel grupo, una organización como *fue* la CNT sigue siendo actual en la conciencia de los trabajadores. Los obreros que acudieron a la CNT sin haber pertenecido nunca a un sindicato confederal lo hicieron por sentirse frustrados en otros marcos sindicales y por su identificación con la imagen que la CNT dejó en la memoria colectiva. Este es el hecho que hay que retener. Y quienes «están saliendo ya de CNT e incluso opinan que fue un grave error el poner estas siglas» no se van porque la acción de la CNT sea arcaica, sino precisamente porque su acción actual —su inacción— no corresponde a aquella imagen, no reproduce lo que se sabe o se cree saber que fue su acción en el pasado.

El *aggiornamento* apunta en dos direcciones opuestas. Para la primera, los cambios acaecidos en la sociedad española hacen imposible la acción revolucionaria que fue la de la CNT de las grandes luchas sociales, y se impone una *sindical moderna*, adaptada a las nuevas circunstancias.³ La otra vertiente de las demandas de *aggiornamento* se funda en que aquellos cambios hacen más necesaria que nunca la revolución y, en consecuencia, la CNT debe adaptarse a las nuevas exigencias revolucionarias, transformándose en «organización integral». Pero las perentorias negaciones de los «integralistas» —no

basta el sindicato, no son aplicables los esquemas de la CNT— no responden a los ineludibles interrogantes ¿por qué?, ¿para qué?

El proyecto de organización «integral» encara la unidad organizativa del movimiento libertario, de un movimiento libertario cuyos contornos no son delimitados nunca con nitidez.

Si en tanto que «movimiento» es imposible establecer límites rígidos, ideológica y sociológicamente, al movimiento libertario, su inclusión en una organización unitaria es en consecuencia imposible. O dicho con otra fórmula, la unificación organizativa de una parte importante de ese movimiento plantea en primer lugar la incógnita de los objetivos que dictan la unificación de la estrategia encaminada a alcanzarlos, de los métodos de esa estrategia, pues son unos y otros los que deciden el contenido humano y la «forma» de la organización propuesta. Encarar la forma organizativa prioritariamente es un proyecto vano.

La incidencia del movimiento contracultural —«vivencial»— se ha dejado sentir en todo el proceso de reconstrucción de la CNT. Pero la intensidad de la influencia ha sido exagerada tanto por las «tendencias» que desde la CNT rechazan en un grado u otro al movimiento contracultural, como por sus partidarios dentro de ella. Esa influencia hubiera sido menor todavía si lo debatido en el enfrentamiento de las «tendencias» hubieran sido opciones estratégicas diferentes, o contradictorias, inspiradas por el análisis de la sociedad española, y no conflictos de poder que se intenta dirimir a través de manipulaciones organizativas.

Hay que dar su verdadero sentido a los fenómenos sociales de mimetismo. Parti-

3. Véase en este trabajo el capítulo «Las tentaciones reformistas».

darios y opositores del movimiento contracultural manifiestan no sólo una sobrevaloración del mismo sino también la tendencia a identificar ciertas formas vivenciales, o simplemente folklóricas, con el conjunto del movimiento contracultural y del «neoanarquismo». El movimiento contracultural nace, se desarrolla y perdura exclusivamente en un área geopolítica determinada: la del capitalismo maduro administrado por democracias formales «avanzadas». Irrumpe con violencia en ese área en una coyuntura en que las clases obreras de esos países dan síntomas evidentes de integración, a través del sindicalismo, en el sistema conocido como «sociedad de consumo».

¿Es «posible» hoy esa sociedad?

En nuestro riguroso presente, el carácter especial de la crisis que atraviesa el área del capitalismo maduro, y con ella toda la sociedad humana, centra la lucha anticapitalista en el terreno económico en el sentido amplio del término.

Los partidarios de la *globalidad* libertaria son propensos a la banalización verbal de la lucha económica. Con harta frecuencia, la *globalidad* se reduce, en realidad, a la separación de «lo político» y «lo económico», y reduce a una *parcialización* las luchas. Ni siquiera en el reformismo la lucha económica es un fenómeno meramente sectorial. La lucha económica es siempre un fenómeno «total» y puede ser revolucionaria, hoy más que nunca.

En las postrimerías de 1976 y a o largo de 1977, tiene lugar en todo el Estado español una explosión de «neoanarquismo», de contraculturalismo, de movimientos «marginales». En las tan traídas y llevadas «Jornadas Libertarias» se manifestaron todas las componentes del movimiento contracultural, del movimiento «vivencial» y del «neoanarquismo». Pudieron ser consideradas como un epifenómeno de

una ola profunda, henchida de fuerza, que removía las entrañas de la sociedad española, como los pródromos de la estructuración de esa fuerza. Así pretendieron verlas sus enemigos y con ellos los *mass media* españoles. Pero de esas jornadas quedaría bien poco. No cuajaron en formas organizativas permanentes. No salieron de ellas ni siquiera los fragmentos programáticos susceptibles de crear ulteriormente una unidad estratégica, una línea de intervención en la sociedad española. «Las jornadas libertarias pusieron en evidencia que si bien existía un eufórico resurgir de la ideología libertaria, lo que no se había dado aún era un movimiento que aglutinara e hiciese coherente el conjunto».⁴

Hoy, la decadencia de los movimientos «vivencial» y contracultural es manifiesta y ello no es un fenómeno peculiar del área española, sino un fenómeno general en todas las sociedades en que esos movimientos se han manifestado.

Entre los reproches que se han formulado contra la CNT de la reconstrucción está el de su incapacidad para encuadrar los diversos grupos en que se han manifestado el movimiento contracultural y el «neoanarquismo». Que el problema pueda ser planteado en estos términos es una prueba más de la crisis profunda en que está sumido el movimiento libertario español, y *no sólo la CNT*. Despojado de su hojarasca ideológica, el problema queda reducido a límites bien estrechos: la CNT debe cambiar de forma para acoger a los grupos libertarios no obreros que no han sido capaces de darse organizaciones globales, instrumentos de intervención adecuados. En todo caso, la afluencia de muchos «neoanarquistas» no obreros a las organizaciones básicas de la CNT hay que atribuirlos a la falta de atractivo —o a la ausencia— de las organizaciones «paleo-

4. *Ajoblanco*, enero de 1978.

anarquistas» FAI y FIJL, es decir, a su fracaso; a la ausencia de estructuras «neanarquistas» capaces de acogerlos, o a la falta de atractivo de las existentes; a la incapacidad del movimiento «neanarquista» y del movimiento contracultural para cuajar en organizaciones globales.

Al incorporarse a la CNT, miembros del movimiento contracultural y «neanarquistas» traerían a ella, con su entusiasmo y otros rasgos menos valiosos, el reflejo de la confusión y de las contradicciones que atraviesan el movimiento contracultural y el «neanarquismo».

Sin ánimo peyorativo, cabe afirmar que la mayor parte de los componentes del movimiento contracultural pueden difícilmente interpretar «vivencialmente» la CNT desde una óptica anarcosindicalista. Este hecho se halla en el origen de un corolario falso: la forma sindical no es la que conviene a la CNT, a la revolución. Es rasgo común a todos los partidarios de la «organización integral», y por ello revolucionaria, el oponerla a la organización de forma sindical, y por ello reformista. Bastaría hacer de la CNT una organización interclasista que asumiera todos los movimientos marginales para convertirla en revolucionaria. Ello no sólo supone una subvaloración de las reivindicaciones obreras respecto a las reivindicaciones marginales; supone que todas las reivindicaciones marginales, por serlo, son reivindicaciones revolucionarias. Supone también una confusión de planos. ¿Cuándo la CNT, organización sindical, confinó sus luchas en los quehaceres económicos y sindicales?

Se confunde la organización autónoma, necesariamente polivalente en su actuación, que se basta a sí misma para luchar sin intermediarios por los objetivos que ella misma se asigna, y la «organización integral», unificadora de lo no unificable, que revela una concepción anarcocentris-

ta, teóricamente totalitaria, de la revolución.

Para la «nebulosa» a que tantas veces se refiere Luis Andrés Edo —«pasotas, ácratas, gais, feministas, autónomos, etc.»— el prestigio de la CNT era más legendario que fundado en un real conocimiento histórico. Una organización cuya sigla había perdurado en la memoria colectiva coronada de una aureola revolucionaria, creada en gran parte por su propia hagiografía, no podía dejar de ser una organización integral; es más, una organización milagrosa. «Neanarquistas» y «contraculturales» han podido ver a la CNT —en su forma «integral»— como organización ideal, como panacea universal. Pero aunque la CNT hubiera renacido como una organización potente, los «neanarquistas», los miembros del movimiento contracultural, los marginados, se hubieran sentido decepcionados por la práctica externa y por a vida interna de la Confederación. La reacción de muchos ha sido el abandono, en ellos un nuevo factor de «pasotismo». Otros perseverarán en las organizaciones básicas de la CNT y su voluntad de desarrollar un proyecto propio, su voluntad de cambiarlo todo, será manipulada positiva o negativamente en la lucha de las «tendencias».

«Queremos cambiar *absolutamente todo*. Ese fue el espíritu que nos animó en la reconstrucción de la CNT, queremos una CNT anarquista, una CNT no sindicalera y que combata al estado y al capital en todos los frentes sin dividir ni parcializar la lucha, una CNT verdaderamente revolucionaria en la práctica diaria y no en los estatutos, la explotación es la misma en la fábrica, en el barrio y en nuestra vida cotidiana. Si esta lucha la parcializamos nos encontraremos con el sindicato para la lucha económica, pero si además somos jóvenes tendremos que estar en las JJLL, y si además de trabajador y

joven, mujer, en Mujeres Libres, y si pensamos que la lucha ecológica no admite demora, más militancia, y la lucha de los presos, y el barrio, y la FAI para la difusión del anarquismo, y así hasta el infinito. Independientemente de que el anarcosindicalismo y la CNT desde sus orígenes fue una organización integral, lo expuesto demuestra la imposibilidad física de parcializar la lucha porque sencillamente no disponemos de ocho días a la semana para militar, además de que tanta militancia conduciría con el tiempo a la alienación suprema. Individualmente no podemos, pero como organización sí es posible».⁵

Cabe retener un rasgo de este texto. Para sus autores, la militancia es vida orgánica, algo que se realiza en el interior de las organizaciones, y no una práctica que se vierte, que tiene lugar prioritariamente fuera de las organizaciones, en el tejido de la sociedad global en que aquéllas se inscriben, en acciones en las que coinciden hombres y mujeres que no militan en las organizaciones de quienes las promueven o las secundan.

La mayor parte de las veces, los «integralistas» se limitan a expresar la necesidad de una organización que aglutine las corrientes y grupos libertarios bajo la sigla CNT, lo que deja un margen teóricamente ilimitado para la adopción de la forma definitiva de la nueva organización, en la que el rasgo fundamental de la CNT —su carácter estrictamente clasista— desaparece en un complejo pluriclasista.

Juan Gómez Casas dice que el «integralismo puede llevar a una mutación cualitativa de fondo, lo que prácticamente haría desaparecer la CNT tal como la entendemos hoy la mayoría de sus militantes, en favor de un movimiento de corte integral».⁶ No se trata de una posibilidad. La «organización integral» haría desapa-

recer indefectiblemente a la CNT como tal; y, como afirma Gómez Casas, esa mutación no aseguraría la supervivencia del «integralismo».

Entra en lo posible que los partidarios de la «organización integral» puedan lograr cambiar la «forma» de la CNT. En caso de decadencia orgánica de la Confederación, ni siquiera serán necesarios los cambios formales. Si la CNT se convierte en una organización «para ir por casa», ¿qué importará su forma sindical o de «organización integral»? Es por lo menos dudoso que la «organización integral» logre unificar a una parte considerable de las corrientes, de los grupos que comprende el movimiento libertario —clásico, neoanarquista, contracultural. La estructura que lo consiguiera sería una amalgama sin llegar a ser una organización de «masa». Tal organización no puede dejar de tener el carácter de la «síntesis» teorizada por Sébastien Faure y, como la puesta en práctica de ésta, sería un fracaso. Para evitar la explosión tiene que confinarse en la inacción, o en empresas de escasa incidencia, y vivir exclusivamente en un laborioso movimiento pendular que va desde la desagregación al reagrupamiento, y viceversa.

Considerar que el acercamiento en la acción de «anarcos», «ácratas», «pasotas», libertarios y antiautoritarios exige la *convivencia* en una organización común es tomar el rábano por las hojas, como lo es plantearse una estructura en función de esa convivencia. No sólo porque la convivencia de todas, o de gran parte, de las corrientes, de las organizaciones, de los grupos, que pueden pretender al calificativo de libertarios es imposible, a la luz

5. Grupos Anarquistas. Federación de Madrid, 1978.

6. Juan Gómez Casas, «Puntualizaciones sobre la crisis de la CNT», *El País*, 25 de mayo de 1979. Las cursivas son mías.

de la historia, en una organización unificadora —y puede ser posible, sin embargo, en el marco de la sociedad global, en la acción—, sino porque ciertas empresas, ciertas luchas, exigen instrumentos de intervención menos caracterizados ideológicamente, formas organizativas más amplias, menos estables, más circunstanciales, más «elásticas» que las organizaciones unitarias; es decir, lo que ha sido definido como «complejos de programa común».

El análisis de los cambios acaecidos en la sociedad española que podría justificar las modificaciones organizativas que se proponen para la CNT si fue hecho, no ha sido expuesto ni siquiera de manera precaria por los «integralistas». El maximalismo de la «organización integral» quizá sólo sea la expresión de un repliegue que aquella ausencia de análisis subraya.

En sus declaraciones a *El Viejo Topo*,⁷ Luis Andrés Edo alude muy indirectamente —otras veces lo hizo explícitamente— a la «organización integral», sin limitarse a fundamentar su necesidad en la disponibilidad ecológica y sociológica de la militancia confederal potencialmente contenida en los movimientos vivencial y contracultural, pero apoyándose en una concepción raquíca del «movimiento obrero»: «En las fábricas mal se puede hablar de movimiento obrero cuando el 80 % de la clase obrera no está sindicada». «Hoy en día el sindicalismo mundial ha cambiado de faz, ha modificado su configuración y su incidencia dentro de los marcos concretos de trabajo. *Hoy no puede hablarse de movimientos obreros*, existen sólo aparatos a nivel mundial.» Esos aparatos —¿las burocracias de las internacionales sindicales?— «han desplazado su centro de atención de los lugares de trabajo, y lo han hecho a partir de *crite-*

rios políticos». La consistencia de estas afirmaciones es más aparente que real. Pero es importante desgajar aquí las consecuencias que se derivan para la lucha obrera de una situación así vista: «Los lugares de acción preferente» ya no pueden ser las fábricas, los lugares de trabajo, porque en ellos la incidencia de las acciones halla «un terreno completamente hostil». No vale la pena preguntarse si cualquier tiempo pasado fue mejor. El desplazamiento del centro de la lucha basta para justificar en sí mismo el abandono de la «forma sindical». ¿Adónde llevar la lucha cuando se afirma que «en el marco de la empresa no se puede decir que la CNT no tenga incidencia en las fábricas», cuando se afirma «nuestro presupuesto fundamental *dentro del marco obrero* es el sindicalismo de acción directa»? ¿Dónde está el centro de una lucha que impone dejar en segundo término los aspectos que «son inabordables desde el punto de vista revolucionario, desde el punto de vista de la CNT»? Hay, al parecer, problemas planteados a la clase obrera cuya solución no puede ser enfocada desde una perspectiva revolucionaria, que no pueden ser englobados en una estrategia general, en este mismo instante en que «nos estamos jugando la orientación del movimiento obrero para los próximos veinte años con *criterios políticos*». Estamos ante una lógica a contracorriente. En breve espacio, Luis Andrés Edo recurre dos veces a la fórmula «criterios políticos». Los de los «aparatos obreros» podemos imaginarlos: consenso nacional, concertación de clases, pacto social, negociación salarial a nivel del Estado. Pero es imposible intuir lo que encierra la fórmula cuando se aplica al «movimiento obrero». Y, sin embargo, es en esos «criterios políticos» donde pudiera ser halla-

7. Abril de 1979. Las cursivas son mías.

da la justificación de la necesidad inmediata, mediata y lejana del cambio de lugar de «acción preferente» de la lucha. En un momento en que el abandono de los lugares de trabajo como centro de atención por los «aparatos obreros», por un «sindicalismo que ha cambiado de faz y modificado su configuración», haría más necesaria y eficaz la presencia de una CNT-sindical en ellos, sólo esos «criterios políticos» pueden ser la piedra de toque del nuevo protagonismo del movimiento obrero, de la lógica que hace «que los lugares de acción preferente del movimiento no sean las fábricas», cuando éste se juega el porvenir para veinte años. Pero al quedar en la sombra el contenido de esos «criterios políticos», cabe preguntarse si *el nuevo protagonismo no será el de la huida, el protagonismo de la impotencia y la CNT-movimiento una posición de repliegue*. Pues, según el propio Luis Andrés Edo, sólo cuando se elimine «el marco totalmente terrorista» de la empresa, sólo cuando los obreros que apoyan a las CCOO y a la UGT se percaten de que ellos son las víctimas de los «criterios políticos» que aquéllas manejan y las abandonen será «posible que el lugar de trabajo vuelva a ser el centro de actuación y lucha que hoy por hoy no es en ningún caso». El protagonismo de la CNT-movimiento queda malparado en el esquema de Luis Andrés Edo.

Ninguna de las afirmaciones reproducidas en los cuatro párrafos precedentes justifica el cambio de lugar de «acción preferente» del movimiento obrero ni, en consecuencia, modificaciones sustanciales en la CNT de los congresos, de las luchas sociales.

Las formas humanas de organizarse no son ilimitadas. Las formas en que puede ser transformada la estructura organizativa vigente de la CNT no son, pues, nu-

merosas. Raras veces han sido detalladas por los «integralistas».

En el pasado, la CNT «ha modificado sus esquemas en dos ocasiones: 1918 y 1931, dándole sin duda a la organización una mayor coherencia con los momentos que estaba atravesando».⁸

En ninguno de ambos casos rompía el nuevo esquema las líneas fundamentales de la CNT: la forma sindical y el carácter uniclasista de la Confederación. La «organización integral» borra enteramente esas líneas.

La «Propuesta de un nuevo esquema orgánico para la CNT», elaborada en el Pleno de la CNT de Cataluña (1976), explica la nueva forma organizativa que se propone, y permite enjuiciar algunas de las consecuencias concretas de su aplicación. Las dos premisas en que se fundamentaba la «Propuesta» eran «considerar a CNT, no sólo como un simple sindicato, sino como *la organización de la clase obrera en general para la lucha por su total emancipación*. [...] Considerar a CNT como una organización perfectamente mutable, transformable, de acuerdo con las necesidades de cada momento (sin afectar para nada a los principios básicos) y en ningún caso estática y anclada en las nostalgias del pasado».⁹ El hecho concreto que motivaba el nuevo esquema organizativo era que «el número de asalariados que *no trabajan en el mismo lugar*

8. Propuesta de un nuevo esquema orgánico para la CNT, Pleno regional de la CNT de Cataluña, diciembre de 1976. [Conviene recordar, sin embargo, dos hechos al respecto. El esquema de 1918 (aprobado en el Congreso regional de sindicatos de la CNT de Cataluña (de Sans), tuvo que ser ratificado por el Congreso nacional de La Comedia (1919). El esquema aprobado en 1931 (Congreso nacional del Conservatorio) no tuvo aplicación práctica, por haber sido impugnado por la mayoría de los sindicatos en un proceso de varios años de duras polémicas entre «treintistas» y «faistas». (Véase en este trabajo el capítulo «Las tentaciones reformistas».)]

9. Actas del Pleno regional de la CNT de Cataluña, diciembre de 1976. Las cursivas son del documento.

donde residen es muy elevado». «Modificando la desfasada estructura de la CNT, con la introducción de la Federación de Comunidades como estructura paralela a las Federaciones de Industria, asumiendo éstas también las funciones sindicales, y coordinadas horizontalmente ambas, damos cabida a un sector de individuos que habían estado desplazados y que también sufren la explotación en razón a la clase que pertenecen (mujeres que no trabajan, jubilados, jóvenes, etc.)»¹⁰

Una vez más se choca en ese documento con la sobrevaloración de la *organización*: la CNT «es una alternativa global de clase y como tal debe organizarse para hacerse lo más posible la consecución del Comunismo Anarquista». Esta afirmación ideológica tiene menos significación que las consecuencias organizativas de la propuesta. La CNT es concebida como una organización sincrética de dos estructuras verticales coordinadas por una estructura horizontal mixta. En el caso de que tal organización llegara a tener existencia concreta, la coexistencia entre las dos estructuras verticales no sería de larga duración y el dinamismo centrífugo de ambas terminaría por prevalecer, a menos que una de las dos estructuras verticales dominara a la otra en el marco de la organización horizontal común, cuyas primeras graves consecuencias son *reducir el sindicato a las «funciones sindicales»* y *desvirtuar la «federación local»*.

No se condenan aquí las organizaciones de barrio, ni ninguna organización de base territorial, suscitada por la voluntad de enfrentar una situación concreta, ni tampoco el carácter multiclasista que puedan adoptar éstas, ni su eventual voluntad de «vertebrarse».

Las organizaciones de barrio, las organizaciones locales existen, animadas en algunos casos por elementos libertarios, como existen los ateneos y los «colecti-

vos» y los grupos de afinidad, etc. Hay que lamentar que el inventario de unas u otros y de sus vínculos entre sí sea hoy imposible. Pero si la vitalidad del movimiento libertario de base local hubiera estado a la altura de las pretensiones de los «integralistas» de vigorizar mediante su amalgama a la CNT para apartarla del «amarillismo» al que al parecer la condena sin remedio su forma sindical, ese movimiento se hubiera manifestado ya en una voluntad «integralista» de sí mismo, federativa o confederativa; hubiera intentado darse una organización común, una estrategia propia, unos fines generales.

El problema de las relaciones de un movimiento de esa naturaleza y la CNT no podría ser planteado de la misma manera que en el caso en que una estructura —sólo en apariencia similar— tenga que ser creada administrativamente por voluntad de la CNT, a partir del desdoblamiento que impondría una doble militancia a los afiliados a los sindicatos confederales, para dar una base «territorial» a la Confederación. Semejante empresa, aun en el caso de dar resultados cuantitativos apreciables, implica un empobrecimiento de la función y del contenido humano de las organizaciones autónomas de base local —asambleas, comisiones, etc.—, cuya integración en una estructura vertical haría de ellas secciones de un sucedáneo de partido político.

Otro proyecto explícito de nuevo esquema organizativo de la CNT es el de *Askatasuna*. Ha sido expresado locuaz y públicamente, por disponer la «tendencia» de un órgano periódico y haber sistematizado sus postulados en un libro;¹¹ la tendencia *Askatasuna* constituye un reactivo eficaz en el análisis de las «tendencias».

10. *Ibid.* Las cursivas son del documento.

11. Mikel Orrantia, *Por una alternativa libertaria y global*, Zero-ZYX, Madrid, 1978.

Condensa el grado notable de confusión en que se debatió en 1976-1978 la CNT. El sincretismo de *Askatasuna* es tal que logra amalgamar la casi totalidad de polos contradictorios que pueden ser discutidos en la CNT y en sus alrededores por el conjunto de «tendencias»: revolucionarismo - reformismo, sindicalismo - «especificismo», «integralismo»-especialización orgánicos, uniclasismo-pluriclasismo, sindicalismo-asambleísmo.¹²

Askatasuna reprocha a la CNT, a una CNT que se ha construido de acuerdo con sus necesidades polémicas,¹³ «su excesivo ideologismo que le resta perspectiva analítica y capacidad de intervención práctica [...] sobre problemas de carácter no laboral», «su incapacidad política cara a la coyuntura histórica», su «maximalismo», su «anticomunismo». Es corriente que las críticas que se dirigen a la CNT la «desestabilicen» excluyendo uno u otro de sus aspectos fundamentales. Ora se la critica considerándola una organización anarquista, luego «maximalista», utópica; ora se la critica como a una sindical cualquiera. El pasado de la CNT demuestra que el «maximalismo» no le impidió conseguir, en tanto que sindical, las más importantes conquistas concretas del proletariado español. Sindical, luego «minimalista», incapaz de asumir funciones globales. Su pasado prueba que tampoco fue así.

Toda la argumentación de *Askatasuna* es una invitación diáfana a la «politización» de la Confederación, pues es su carácter «apolítico» el que se pone en causa. Respondamos ya: el apoliticismo que critica *Askatasuna* no restó capacidad de intervención a la CNT. El apoliticismo de la CNT fue antiparlamentarismo. El apoliticismo de la CNT no pudo no ser «anticomunista», más acá de razones teóricas, porque el partido comunista es el partido por antonomasia. El apoliticismo de la CNT fue la negativa a participar en cual-

quier escalón del Estado, del «Estado mediador». El anarcosindicalismo no tendió a apartar a los sindicatos, a su Confederación, de la política, sino a evitar el contagio de los «políticos»; no significó una renuncia a ser sujeto político: fue la negativa a ser objeto político. *Ese apoliticismo fue una política.*

Pero como en la CNT convivieron «maximalistas» y «minimalistas», *Askatasuna* se revuelve, tras de su ataque a los maximalistas confederales, contra el sesgo «reformista y socialdemócrata de los «minimalistas»». (Socialdemócratas en la CNT —la de las luchas sociales— no lo fueron ni los «treintistas».)

Como organización, lo que propone para la CNT *Askatasuna* es de difícil clasificación. No es una organización obrera. Aunque quienes la propugnan se califiquen de anarcocomunistas, no es una organización «específica». No nos hace avanzar nada definirla como organización pluriclasista de «masas». Esta organización, a la que se sigue llamando CNT, la han de constituir desde ya «asambleas de barrio y de pueblo como eje organizativo o, en otras palabras, federaciones locales de dinámica asamblearia [...] Federaciones de Industria, Federaciones de la Mujer, Federaciones ecológicas», formadas «a su vez por sindicatos o colectivos sociolaborales, colectivos ciudadanos, colectivos ecológicos [...] participantes en la asamblea general». Hasta la Federación internacional de comunas. «Queremos construir una

12. Salvo mención contraria, los entrecomillados atribuidos a *Askatasuna* proceden de su número 16-17, de marzo-abril de 1977.

13. No hay que defender el pasado político (o «apolítico») de la CNT. Hay que defender el presente de la CNT, y uno de los frentes de esa defensa es la defensa de su propia historia. Nada más fácil que proponer o impugnar una determinada CNT hoy fundándose en un pasado recreado al efecto.

14. *Askatasuna*, octubre de 1977. Las líneas de este proyecto organizativo son desarrolladas en *Por una alternativa libertaria y global* de Mikel Orrantia.

organización total que sea de los trabajadores y del pueblo llano de Euskadi». ¹⁴ De entrada, los obreros no se hallan muy favorecidos. Sus organizaciones propias (¿serán sindicatos o serán colectivos sociolaborales?) se pierden en una amalgama clasista mestiza.

Al unificar grupos de diferente origen clasista —sindicatos, «pueblo llano»— la Federación local que propugna *Askatasuna* no es «la organización de la clase» que afirma proponerse su proyecto, y aboca a la organización obrera a ser gobernada por militantes extraños a ella, con más disponibilidad que los militantes obreros, y reinstaura la incapacidad de la clase obrera para asumir sus destinos. Esto no es para preocupar a una tendencia que afirma en otro lugar que «la iniciativa revolucionaria no parte de la fábrica, sino de la universidad, de las cárceles», y que «el sindicalismo dejado a sí mismo es tendencialmente reformista».

El fundamento de la necesidad del tipo de organización propuesto tiene dos vertientes: una de extremado pesimismo; y la otra de optimismo maximalista: «Tenemos que partir de la *realidad* de que vamos a ser una organización *minoritaria* [...] Nosotros no podemos desarrollar un sindicato en competencia con otros sindicatos, lo mismo que no podemos desarrollar un partido en competencia con otros partidos [...] *el espacio que podemos desarrollar es el que corresponde a una organización integral en el campo de la autonomía obrera o desaparecemos del mapa*». Modesto instinto de conservación, pues. Pero la finalidad de esa organización no puede ser más maximalista: «*La organización integral elimina la necesidad del Estado centralista y separado así como la necesidad de la vanguardia dirigente*». ¹⁵

Epidérmicamente, el proyecto de *Askatasuna* calca el esquema de organización

social que proponía para la sociedad anarcocomunista el dictamen sobre el comunismo libertario aprobado por el Congreso de Zaragoza (1936). Pero el último congreso nacional de la CNT no hizo de su esquema de organización de la sociedad futura el modelo de organización que los explotados tenían que adoptar para luchar por esa sociedad.

Aunque la finalidad que *Askatasuna* da a su CNT sea la que le dieron los congresos nacionales de 1919, de 1931 y de 1936, es decir, el comunismo libertario, la aplicación del proyecto organizativo propuesto cambiaría de manera absoluta la naturaleza de la CNT.

En síntesis, *Askatasuna* confluye con la mayor parte de las «tendencias»: la CNT tal cual no es apta para alcanzar sus objetivos, objetivos que *Askatasuna*, como el resto de las «tendencias», no discute frontalmente. «Esperamos que las propias contradicciones de la CNT la obligarán a reconsiderar sus posturas [...] sobre todo con respecto al papel de la organización global (que abarca todos los aspectos de la lucha y no se define como sindicalista), y al problema de las nacionalidades, lo que dará una estructura nueva a la CNT, engarzando con la actual experiencia de las luchas populares y obreras del movimiento autónomo y asambleario [...] Así es como el debate libertario, autónomo, consejista o como se le quiera llamar, se está dando. Dicho debate abarca un amplio sector de trabajadores que va más allá de lo que hoy es —y probablemente fue— CNT, pero que *la incluye*

15. Enrique (de *Askatasuna*), en *P' delante*, n.º 5. Las cursivas son mías.

16. «Pequeña historia de un colectivo», *Askatasuna*, septiembre de 1978. Son numerosos los contactos entre los puntos de vista de *Askatasuna* y las «teorizaciones» de la «autonomía de clase, la autoorganización de la clase como línea política de clase». (Véase en este trabajo el capítulo «Asambleísmo, consejismo, autonomía de la clase».)

superándola, esto es, retomando, crítica e históricamente, sus más profundas reflexiones y prácticas». ¹⁶

No existe adecuación entre los análisis que hace *Askatasuna*, la finalidad propuesta y el instrumento de que pretende dotarse para alcanzarla. El proyecto de *Askatasuna* —organizativo, ideológico, teórico— plantea dos problemas graves: el de la autonomía de la clase obrera y el de la unidad del proletariado del Estado español. *Askatasuna* pone el acento sobre el hecho nacional vasco, que aquí no se discute. Lo que sí impugno es el carácter pluriclasista que *Askatasuna* pretende hacer adoptar a la CNT. Ese carácter pluriclasista refleja el punto de vista de la mayor parte de las organizaciones *abertzales* en lo que respecta a las alianzas de clase necesarias para alcanzar la independencia (o la autonomía) de Euskadi. ¹⁷

La pregunta que se hacía Buendía, miembro de la Liga Comunista: «¿Sí o no es necesaria la unidad de los trabajadores de todos los pueblos del Estado para destruir a éste?», debe ser formulada en el marco de la CNT. ¹⁸

Tomar a la CNT como base de una nueva «organización integral» ha sido el proyecto más extendido entre «neanarquistas» y contraculturalistas. Pero también desde esas coordenadas —e incluso desde el anarquismo clásico— se ha planteado la necesidad del abandono de la CNT por el «movimiento libertario». Y desde las coordenadas «neanarquistas» se han hecho mejores análisis críticos contra la propia CNT y contra las pretensiones de hacer de ella una «organización integral» libertaria.

En «Algunos aspectos de la ideología habitual en España», la Internacional Nexialista expuso en 1977 una crítica de la función que a su juicio desempeña hoy la CNT en España, crítica que será reite-

rada en 1978. ¹⁹ Para el nexialismo, el rasgo más negativo de la CNT es su «faceta *modernista*», ²⁰ la presencia en la CNT de gente «algo agnóstica en sus ideas», «que se las dan de autónomos en cuanto a su práctica habitual», «que no se sienten apenas cenetistas», pero que han decidido desarrollar su labor en el marco de la CNT y «vienen de hecho a proporcionar savia nueva a la vieja organización», «una contribución decisiva para su puesta al día». «Ese personal joven y heterogéneo» —recuperado astutamente por la vieja guardia para poner al día a la CNT— «procede a su vez a recuperar la crítica *nexialista*, consiguiendo lo que la vieja guardia no hubiera jamás soñado ni siquiera en intentar». ²¹ A nivel subjetivo —anecdótico— las co-

17. En el esquema político generalizado entre los nacionalismos periféricos hay dos puntos que entran en contradicción con los fundamentos del anarcosindicalismo. El primero es de orden federalista. El planteamiento acorde con el anarcosindicalismo en este plano es «reconocer sin ningún tipo de cortapisas el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Cada municipio, cada comarca, cada región tiene derecho a la autonomía». Los movimientos patriotas pequeño burgueses tienen un carácter acentuadamente centralista, a nivel de su nación, lo cual está de acuerdo con el sustrato ideológico jacobino de las burguesías. (Véase Horacio Seguí, *Destino*, 2-8 de septiembre de 1976, a quien pertenece la cita.) El segundo problema se sitúa en el terreno de la lucha de clases. En la estrategia de los movimientos *abertzales*, se identifican los objetivos de la pequeña burguesía con los objetivos de la clase obrera; se presupone que «Euskadi constituye el marco autónomo de la lucha de clases» y que por encima de la unidad de la clase obrera del Estado español está la unidad de su fracción vasca con la burguesía *abertzale*. «Al basar la necesidad de una estrategia autónoma en las desigualdades del proceso revolucionario a escala estatal [...] [se] cae en el espejismo de creer que un poder estatal unificado puede destruirse a trozos.» (A. Buendía.)

18. A. Buendía, *Zutik* (de LKI), 89-90, mayo de 1977.

19. «La Internacional nexialista o la crítica radical», *El Topo Avizor*, julio-agosto de 1978.

20. «La CNT arcaísta, los viejos y nuevos «cenetistas» fieles a su credo no son en absoluto «peligrosos», «representan efectivamente una mixtificación muy débil y su propia conducta personal acabará por desautorizarlos a la corta o a la larga.»

21. La alusión a los afiliados confederales partidarios de la «autonomía de la clase» parece evidente.

sas no han pasado así. En su mayoría, la vieja guardia ha intentado desembarazarse desde el comienzo de la reconstrucción de «ese insólito *entrismo*», de «quienes pretendían estar de vuelta del cenetismo», y quizá lo haya conseguido últimamente en buena parte. Pero a nivel objetivo el análisis de los nexialistas no carece de pertinencia. La «vieja guardia» en «activo» no sólo no hubiera logrado «recuperar la crítica nexialista», sino que ni siquiera hubiera logrado conectar con el movimiento obrero.

Para los nexialistas, la CNT es «la versión más *moderna*» de los *sindicatos reformistas* y de *todos los partidos políticos*. «En las condiciones particulares del posfranquismo, la CNT consigue reunir en un proyecto colectivo de autodefensa a un importante número de grupos más o menos anarquistas, más o menos autónomos, más o menos cooperativistas», a los «que sólo concede libertad de ser y de creación dentro de los límites de su propia supervivencia»,²² pues está forzada «a luchar contra toda expresión que vaya en contra de la lógica de su propio desarrollo cuantitativo».

La crítica nexialista no tiende a «reformar» a la CNT; impugna la propia existencia de la CNT. «Jugar a la pertenencia, incluso desengañada, a la CNT, es jugar el juego del poder, jugar la supervivencia del mundo del poder». La CNT no puede distinguirse de las demás formas estatales. No son sus jefes los que burocratizan a la CNT, sino la propia «insuficiencia de la crítica teórico-práctica de la CNT sobre sí misma». Y ésta sólo puede «manifestarse en la fría lógica de organización altamente jerarquizada: asegurando su supervivencia sobre las bases de una *depuración* absoluta de su ser».

La Internacional nexialista excluye la posibilidad de «organización integral».

«Hay que captar concretamente el movimiento de organización como *indisoluble* del movimiento del proletariado: captar la totalidad de las luchas autoorganizadas, y de sus específicos modos de relación, como expresión práctica de dicho movimiento», «romper definitivamente la ilusión de una organización de masas representativa de todos los intereses del proletariado».

«La Internacional nexialista no aporta ninguna respuesta definitiva a la cuestión de la organización»,²³ ni tampoco expresa cómo captar «en acto» y no *a posteriori* «la totalidad de las luchas autoorganizadas» ni dice los «específicos modos de relación» que se establecen entre ellas. En este plano su elaboración no va más allá de la «autoorganización de la clase», pero su crítica de la CNT es mucho más profunda que la que le han dirigido los «autonomistas» españoles.²⁴ Hay en el análisis nexialista dos aportaciones valiosas a la crítica de la «organización integral»: la *indisolubilidad del movimiento de organización* y del *movimiento del proletariado* y lo ilusorio que es aspirar a una «organización de masas representativa de todos los intereses del proletariado».

Más que a los partidarios de una CNT-sindical, alcanza esa crítica a quienes propugnan una CNT-«organización integral». Pues aun en su parca teorización, detrás del proyecto de «organización integral» hay una ideología de la revolución que hace de la *organización* el elemento fundamental de la misma y de una organización única el agente decisivo de la revolución, criterios inseparables de la revo-

22. Todas las citas proceden de «Internacional Nexialista, mayo de 1977», *El Topo Avizor*, julio-agosto de 1978.

23. «La Internacional Nexialista o la crítica radical», *El Topo Avizor*, julio-agosto de 1978.

24. Véase en este trabajo «Asambleísmo, Consejo, autonomía de la clase».

lución concebida como una *toma del poder* y no como una *disolución del poder*; como una alternativa previamente concebida por una organización en posesión de la verdad, y no como un proceso pro-

longado en el que confluyen infinidad de fuerzas —organizadas o no, conscientes o subconscientes— actuando, incluso de manera contradictoria, en diversos planos de la realidad.

Ruedo ibérico Ibérica de Ediciones y Publicaciones

un libro sobre
las elecciones de
la «transición»

Sylvie y Gérard I. Martí

Los discursos de la calle

Semiología de una campaña electoral

En un plazo sorprendentemente breve, la casta política española ha adoptado los modos y modales de la democracia política avanzada (léase «limitada») y las técnicas publicitarias más al día, logrando cocer en su punto el pastel del consenso. Con lo que los partidos políticos prometieron durante la campaña electoral —y con lo que callaron— cabe levantar el mapa detallado del espacio político legal español, mínimo mediterráneo descubierto por los demócratas del último momento o de toda la vida en su marcha hacia el secuestro total de la voluntad popular.

208 páginas

55 ilustraciones

400 pesetas

9. Asambleísmo, consejismo, autonomía de la clase

En el contexto de las luchas «tendenciales» que se han manifestado en el proceso de reconstrucción de la CNT, la polémica entre «asambleístas» y «anarcosindicalistas» dio lugar a algunos documentos de cierto calado teórico y amainó con rapidez. Formalmente, es algo terminado. Superada hoy, la polémica subyace en la CNT, no sólo porque el «asambleísmo» siga teniendo en ella adeptos, sino porque está llamada a resurgir si se aborda en profundidad el problema de los métodos de lucha de la CNT. Una estrategia de la CNT debe serlo para el conjunto de la clase obrera y —sindical minoritaria— no tiene mejor instrumento de contacto con los obreros en lucha que la propia asamblea de éstos.

Esta polémica es instructiva por otras razones. Puso de manifiesto la ambigüedad que rodea a la CNT. De ser consecuentes con sus afirmaciones formales, los militantes «asambleístas» no debieran afiliarse a los sindicatos. Pero han sido numerosos los que se afiliaron a la CNT. El carácter no «asambleario» de las sindicales mayoritarias es simplemente constatado por ellos. Sólo a la CNT se ha pedido que se diluya en la asamblea obrera. Este planteamiento revela el sentimiento de insuficiencia que padece el movimiento asambleario. Llevar al interior de la CNT una polémica que aparentemente debía desarrollarse fuera del marco sindical, niega la posibilidad de crear el «otro movimiento obrero» a que afirma aspirar el «asambleísmo» sin utilizar a la CNT como «correa de transmisión» que se destruya a sí misma. Los militantes asambleístas participarán, pasiva o activamente —de acuerdo con sus motivaciones subjetivas últimas— en la lucha por el «poder orgánico» confederal. La polémica aguijoneará

el patriotismo de campanario de los viejos militantes ya irritados por la propia impotencia de no poder defender sus títulos de propiedad confederal en las fábricas.

Si otras polémicas «tendenciales» quedan circunscritas al ámbito de la CNT, la polémica entre el «asambleísmo» y el «sindicalismo» la desborda ampliamente.

Tengo en cuenta en estas páginas a la tendencia «consejista» porque ha coincidido más de una vez con el «asambleísmo» en la práctica y en la lucha «tendencial».¹

En la lucha por el «poder orgánico», el peso de la «tendencia consejista» ha sido menor que el del «asambleísmo» y en la práctica, aquélla se ha reducido a un «grupo de presión» más, al que ha concedido gran parte de su importancia el estilo adjetivador adoptado por los conflictos tendenciales. «Consejista» será una palabra que se lanza, como muchas otras, un tanto sin ton ni son, a la cabeza del contrincante.

El «consejismo» es marxista. Su finalidad última es productivista y su marco de acción es el de la empresa, caracteres ambos implícitos en el grito del propio Pankoeck: «Organizad la producción por medio de los consejos obreros». El «asambleísmo» desborda el marco de la empresa. Más que de tendencia, merecería el calificativo de «corriente». En ella confluyen grupos ideológicos de diverso origen,

1. Aunque los antecedentes históricos del «consejismo» y del «asambleísmo» diferencien a quienes impulsan el movimiento asambleario de quienes se afirman «consejistas» en el marco de la CNT, en las luchas concretas las formas organizativas a que dan lugar se confunden. A nivel teórico, la divisoria entre ambas tendencias no ha sido siempre clara. Sólo estas razones me llevan a tratarlos indiscriminadamente. Pero ello no debe ser interpretado como una voluntad por mi parte de confundir los grupos «consejistas» que se han manifestado en la lucha de «tendencias».

con frecuencia opuestos al marxismo, otros «neomarxistas», circunstancia que impone todavía hoy a ciertos grupos «autonomistas», en la búsqueda de su unidad, la reivindicación de un carácter «eclectico» para su movimiento: «La autonomía obrera no hace ascos al marxismo [...], lo sustancial del histórico movimiento libertario está realmente incorporado al movimiento autonomista».²

Si extendiendo este capítulo hasta la «tendencia autonomista», partidaria de «la autonomía de la clase», es porque constituye el horizonte ineluctable del «asambleísmo» exacerbado. A caballo, en cierta manera, entre la CNT y su periferia ideológica en el sentido más amplio, el «autonomismo» no carece de conexiones con el «neanarquismo»: el asambleísmo «no es una simple polémica entre la asamblea y el sindicato; es, sobre todo, un movimiento de liberación contra el poder y la autoridad donde quiera que éstos se encuentren».³

El movimiento asambleísta (y el consejista) surge «espontáneamente» cuando el movimiento obrero desborda los límites de las organizaciones que pretenden representarlo y dirigirlo. Las CCOO, expresión genuina en su origen de un movimiento obrero asambleario, nacen a falta de un marco jurídico que permitiera la mera defensa obrera. En este sentido, son una consecuencia de la existencia de la CNS. El autoritarismo del marco estatal en que tuvieron que desarrollar su acción les confirió una importancia política a la que no aspiraban las intenciones de sus promotores.

Es plausible la hipótesis de que tales formas autoorganizativas no se hayan manifestado en España —con esos nombres o con otros— hasta las postrimerías del franquismo, y no en el período de luchas sindicales que va de 1910 a 1936, porque

la CNT no fue entonces desbordada por el movimiento obrero.

Durante varios decenios, la CNS cumple en el Estado español la función de «correa de transmisión», duramente represiva, de la dictadura franquista. La manipulación socialdemócrata o leninista sólo escasa e indirectamente pudo tener lugar en España. La transición del «sindicalismo de represión», al «sindicalismo de integración» sólo empieza a manifestarse a partir del nacimiento de las CCOO y, sobre todo, durante los últimos años de la dictadura franquista. Aquella manipulación —UGT, CCOO, minisindicales— tendrá efectos claramente perceptibles en un período en que el anarcosindicalismo español no afirma su presencia con acciones amplias que reflejen una estrategia coherente. El «asambleísmo», el «consejismo», el «autonomismo» hallarán un eco amplificado por aquellas circunstancias, eco en el que el rechazo del estado de subordinación predomina sobre la reflexión encaminada a elaborar los instrumentos para salir de esa situación.

El «asambleísmo» se presenta, en primer lugar, como antisindicalismo y antipartidismo: voluntad de superar el «sindicalismo burocrático» y el «vanguardismo autoritario». El proyecto de estructurar la clase obrera sobre fundamentos asamblearios es ideológico. El carácter inane de esa potenciación de la asamblea lo revela la propia «tendencia», que, al situar la asamblea «por encima de los sindicatos», reserva a éstos la función de «instrumentos motores e impulsores de la lucha y la organización, como garantía de un real proceso revolucionario».⁴

2. «La autonomía de clase como alternativa», *Emancipación*, abril de 1978.

3. Ignacio Fernández de Castro, en «La autonomía obrera a debate», *Emancipación*, marzo de 1978.

4. *Emancipación*, citado por *Fragua Social*, n.º 12, 1978.

«La asamblea de *todos los obreros en lucha* es el único órgano soberano y decisivo, en el que son elegidos *si es necesario* delegados revocables en todo instante. El único representante de la clase obrera es ella misma. La asamblea deberá aprender a destruir todo lo que amenaza su existencia autónoma: abuso de mandato, difusión de falsas noticias o voluntariamente parciales, acumulación de funciones, intervenciones teatrales con utilización de oradores «profesionales», mártires, líderes, discusiones y proposiciones invasoras y falaces, *tentativas de recuperación de la democracia directa* en el interés particular de partidos políticos o, en caso extremo, en interés de destruir-la».⁵ La enumeración bastante completa de los peligros que amenazan la existencia autónoma de la asamblea demuestra su vulnerabilidad. El texto de *Los incontrolados* sugiere que la asamblea debe defenderse contra su propia institucionalización.

Por su naturaleza, la asamblea es algo abierto, pero estrictamente limitado en el tiempo, en el espacio; es selectiva de manera espontánea de la calidad y del número de sus componentes y de sus propias funciones. Soberana en lo que respecta a los intereses que debaten los individuos que en ella se constituyen, lleva en sí la ruptura de continuidad de los aparatos burocráticos, es eminentemente creadora y no tiene más límites que los que le impone *el grado de conciencia de sus componentes y la circunstancia concreta que la suscita*.

La tendencia natural de la asamblea es su unifuncionalidad. Esa tendencia la determinan su propia intermitencia y su propia localización. La intermitencia, unida a la heterogeneidad ideológica y política, no hacen de la asamblea, aunque sea el marco decisorio, un instrumento de reflexión teórica.

Una sociedad humana de cierta envergadura no puede constituirse en asamblea permanente, y si así lo decidiera su propia decisión no alcanzaría realidad. El movimiento asambleario no puede hacer abstracción del absentismo asambleario; se puede estar ausente de la asamblea aun asistiendo a ella. La reiteración de las asambleas va reduciendo su contenido humano. No cabe atribuir carácter de asamblea —en su sentido activo, creador— a una reunión amputada espontáneamente de parte de los individuos concernidos por sus decisiones. La asamblea puede convertirse en su propio simulacro y en lugar de ser un medio eficaz para destruir la separación dirigidos-dirigentes, puede llegar a ser la vía regia para pulverizar el impulso unificador en la acción subyacente en la clase obrera. Los delegados nombrados en ella no escapan, por serlo, a la «ley de hierro de las oligarquías», porque tampoco las asambleas están a salvo de la degradación de su calidad militante. Cuando la asamblea —de fábrica o de barrio— es el campo de batalla en el que los «tenores» de cada grupo o tendencia se enfrentan para imponerle acuerdos congruentes con estrategias elaboradas o dictadas fuera de su marco, esos acuerdos son raramente considerados como imperativos por quienes a ellos se han opuesto en el curso de la asamblea.

El «asambleísmo» y el «consejismo» tienden a confundir las posibilidades de movilización con las posibilidades de orga-

5. *Los incontrolados*, marzo de 1976. Las cursivas son mías. Este texto «consejista» contiene otras expresiones elocuentes: «El anarquismo repentinamente resucitado detrás del desarrollo de la autonomía obrera»; «las momias de las diversas CNT salen de sus frigoríficos»; «la integración acelerada de la burocracia cenetista en el aparato del Estado republicano»; «las ilusiones sobre el sindicalismo», etc. Tomadas por separado, esas expresiones están sólidamente fundadas en series de hechos, y esta circunstancia pesó gravemente en la polémica alrededor del «asambleísmo».

nización. Estas últimas son siempre más independientes que aquéllas de los determinismos del contexto global. El sindicato (*anarcosindicalista*) es una estructura permanente, que funciona permanentemente, con arreglo a normas libremente aceptadas e impugnables, pero que no son abandonadas a la espontaneidad del momento. En los períodos de gran fluidez social, el sindicato (*anarcosindicalista*) puede ser relegado a segundo término por otras formas organizativas, pero ni siquiera en esos momentos pierde su eficacia, su razón de ser. El sindicato, como el Consejo de fábrica, como la Asamblea obrera, son formas sociales e instrumentos de lucha concretos que no son incompatibles. Tienen tiempos, modalidades, grados de voluntariedad y objetivos diferentes. Les acechan también peligros de degeneración diferentes. El peligro más grave e inmediato que corre la Asamblea obrera es que su institucionalización la convierta en algo que vaya contra su sentido primigenio.

La asamblea en sí no es revolucionaria, ni lo puede ser en sí el «movimiento asambleario»; sólo llegan a serlo cuando su relación con el contexto global les da ese carácter. Fuera de esas ocasiones, su carácter rigurosamente democrático no les hace superar su función meramente defensiva, ni sus «formas» de lucha pueden plantearse positivamente objetivos revolucionarios; y su estricto democratismo no está inmune en sí de convertirse en un democratismo estrictamente «formal». Ni el «consejo» ni la «asamblea» prefiguran formas de vida de la sociedad futura, porque son sólo reflejo del marco represivo de la sociedad que combaten; no son formas ideales de organización, como tampoco lo son los sindicatos; son medios de lucha suscitados por situaciones concretas. Empero, está muy extendido el criterio de que determinadas formas de

lucha contra la sociedad capitalista son formas que prefiguran la sociedad no capitalista. La autonomía de clase lo es siempre respecto a otra clase y la autonomía obrera es sólo concebible en la sociedad capitalista.

Los «asambleístas» llegarían pronto a la conclusión de que había que hallar una vía que permitiera a la asamblea superar las carencias derivadas de su «espontaneidad», su unifuncionalidad, su transitoriedad y su localismo inevitables: su «inmediatez»: «Hay que buscar [...] que la Asamblea de fábrica no se encierre en ella misma, sino que se coordine con otras asambleas buscando una organización integral de clase».⁶

El «movimiento asambleario» sintió profundamente la necesidad de hallar una articulación con el anarcosindicalismo, o, más exactamente, con su forma organizativa, la CNT; en sus críticas más severas a ésta termina por aflorar esa necesidad: «Faltos del proceso revolucionario o en decadencia, los trabajadores que quieren luchar no tienen otra alternativa que la sección sindical o formar sindicales [...] La CNT, como los demás, es un sindicato. Su composición es interesante para los revolucionarios por poderse dar las *condiciones de debate y de coordinación* [...] La CNT no ha sido aún integrada en el sistema».⁷

El anarcosindicalismo no acepta que el «movimiento asambleario» se erija en «representante» de la clase obrera más allá de los límites de sí mismo, ni puede admitir que se tome a la asamblea como forma organizativa privilegiada de la clase obrera; los anarcosindicalistas no pueden aceptar que la CNT se diluya en ella en tanto que organización. No obstante,

6. Editorial de *Emancipación*, diciembre de 1977.

7. «Borrador para una alternativa libertaria», octubre de 1977, citado por *Fragua Social*, loc. cit.

el corolario no es que el anarcosindicalismo, la CNT y los anarcosindicalistas deban adoptar una posición de rechazo ante la asamblea y ante el movimiento asambleario. En el número 15 de *CNT*,⁸ se publican cara a cara dos textos que permiten llevar la polémica a su desenlace. Dice el texto no firmado: «Nosotros no podemos «diluirnos» en una asamblea en la que concurren distintas opciones políticas [...] nunca podemos aceptar que se cuestionen nuestros principios ideológicos [...] Somos conscientes de representar una parte del movimiento obrero [...] y aquellos que no acepten son muy libres de practicar el sindicalismo de su gusto en los demás sindicatos existentes, UGT, Comisiones Obreras, etc., e incluso hacer «Autonomías»».

Esta posición maximalista lleva irremediablemente a resultados mínimos, si es que no son nulos. Que los cenetistas se «diluyan» en la asamblea no implica que la CNT se diluya en el conjunto del movimiento o de la inmovilidad obrera. La asamblea no sólo no se opone a la acción directa: es una de sus formas; permite extender la lucha por «nuestra alternativa antiautoritaria».

Mi respuesta sería idéntica a la que da Anselmo en el citado número de *CNT*: «Donde ha habido posibilidad de desencadenar una respuesta en asambleas masivas y acción directa, se han sacado las luchas adelante; donde no ha sido posible, nos hemos quedado solos mientras los reformistas nos descalificaban desde la prensa burguesa. El abandono radical de la asamblea como herramienta de lucha puede conducir a la CNT al aislamiento y a la inferioridad radical, alejándola del medio donde puede exponer sus alternativas a nivel de mayorías».⁹

En el «autonomismo» —política de determinados grupos con voluntad de poder

y que simplifico con su propia fórmula de «autoorganización de la clase como línea política de clase»— se cortan varios planos. En la literatura «autonomista» la confusión entre ellos es la regla, y su aislamiento no es siempre fácil. Además de la *autonomía como política*, tendré en cuenta aquí la *autonomía como impulso* en que se manifiesta en acciones concretas la voluntad de afirmación de los individuos, los grupos y la clase obrera y la *autonomía como ideología*, que toma como base la hipóstasis de la significación de aquellas acciones autonómicas, y en la que se mezclan elementos de origen dispar. La confusión aludida y la naturaleza polémica de mi trabajo imponen que, con frecuencia, aparezcan imbricados y que preste más atención a los planos político e ideológico que al plano que considero esencial: la acción autonómica de la clase obrera.

La ideología «autonomista» concibe la «autonomía obrera», la «autonomía de la clase», como alternativa, como «algo capaz de organizar la sociedad»: «Es una alternativa política». «Esta autoorganización revolucionaria de los trabajadores, integradora y unificadora de todos los frentes de lucha (económico, político...) en busca de la emancipación total del hombre, es lo que entendemos como autonomía de clase».¹⁰

La «autonomía obrera» presupone un ente mítico —«la clase»— que sustituye a

8. Junio de 1978.

9. Anselmo, Sindicato de Artes gráficas, en *CNT*, *loc. cit.* La historia de la CNT prueba que fue una organización sensible al «consejismo» y al «asambleísmo». Su práctica trató de evitar la confusión entre dos momentos distintos: la asamblea (de tajo, de fábrica, incluso de pueblo), abierta a todos, y la vida orgánica de los sindicatos. Los confederales se manifestaron más frecuentemente en formas asambleístas y consejistas durante el período revolucionario de la guerra civil que de manera estrictamente sindicalista.

10. «Autonomía obrera: una alternativa revolucionaria», *El Viejo Topo*, septiembre de 1978.

su homónimo concreto —la clase obrera—; presupone una aspiración permanente de protagonismo atribuida a una clase *homogénea*, con una ideología enteramente propia, y no ampliamente refleja; da por supuesto que el solo ejercicio de la «autonomía» aparta *globalmente* a «la clase» de todo determinismo, la inmuniza *globalmente* contra el contagio de la escala de valores —la ideología— impuesta a la sociedad por la clase dominante, le evita caer en la trampa de confundir la defensa de los «intereses» que le inculca esa escala de valores con la lucha contra el vínculo de subordinación que la somete a la clase dominante, lucha que exige la impugnación del marco social que lo hace posible y de la escala de valores que lo legitima.

La ideología «autonomista» erige en un todo lo que sólo es expresión de un momento del todo, identifica la organización (la «autoorganización») de la clase con la propia clase. Fin en sí misma, la «autoorganización de la clase» hace de la clase obrera su propio fin. El «asambleísmo» se convierte en una ideología de la organización revolucionaria perfecta, capaz de interpretar a un tiempo a la clase obrera y al movimiento revolucionario obrero. La confusión en una *unidad* de realidades situadas en planos distintos de la sociedad global —alternativa globalizante, movilización revolucionaria y nueva organización revolucionaria— se funda en una aprehensión ideológica de la sociedad. Como hipótesis de trabajo es estéril, pero no puede ser pasada por alto porque es expresión de una ideología extendida que, incluso negándola formalmente, espera, exige de la «organización» más de lo que puede dar, hace de ella el arma absoluta de la liberación humana.

Pero, como veremos, los grupos «autonomistas» organizados sólo superficialmente participan de la ideología de la «auto-

nomía de la clase», que para ellos no es más que eso: una ideología. Estos grupos no tienen todos el mismo origen. También en este caso se podría hablar de «nebulosa», de una nebulosa centrífuga. Pero todos ellos manipulan los mismos conceptos, fijados en fórmulas rígidas, rara vez desideologizadas, de muy frecuente empleo en la literatura «autonomista». ¹¹ La voluntad de hipostasiar tales fórmulas la revela la frecuente elisión del adjetivo *obrero*. «Autonomía de la clase», «autoorganización de la clase», «línea política de clase» son fórmulas totalizantes cuya apariencia ideológica no es disipada por las digresiones que las acompañan. ¿Son otra cosa que nuevos *idola*?

En la situación de desestructuración política de la clase obrera que ha contribuido a crear la interacción de varias líneas de fuerza —la «sociedad de consumo», «la correa de transmisión», la todavía joven vida política parlamentaria, la aceptación del sistema económico y po-

11. El uso —y el abuso— del prefijo «auto-», es una de las características más aparentes del actual lenguaje político. La frecuencia del recurso a su vocabulario nos hace a todos tributarios de él. Ese vocabulario pone de manifiesto un fenómeno que merecería un profundo análisis. El uso del prefijo «resuelve» el grave problema que plantea la ausencia de materia política, la falta de una estrategia que se es incapaz de construir, o que es de imposible formulación. La originalidad de la lengua de los «autonomistas» —una de las más oscuras de la literatura política española de hoy— es muy superior a la originalidad de su pensamiento. He fundado mi crítica del «autonomismo» en textos aparecidos en publicaciones de bastante circulación en los ambientes interesados por parecerme más explícitos y significativos que la sumaria literatura oficial de los numerosos y casi unitendenciales grupos vinculados a través de su propio nombre al «autonomismo»: Movimiento por la Autonomía Obrera, Movimiento de Autonomía de Clase, Movimiento por la Autonomía Proletaria y la Revolución social, Trabajadores Autonomía Obrera, Movimiento Obrero Autogestionario, etc., puestos todos ellos en causa en el «Informe del País valenciano al Pleno Intercontinental Ampliado», de mayo de 1978, y a los que concedo mucha menos importancia que el autor del «Informe» (Juan Ferrer), tanto en la penetración de la CNT, como en la lucha de tendencias por el «poder orgánico» confederal.

lítico por los partidos de «oposición», el «espontaneísmo», etc.—, la aparición de grupos estables partidarios de la «autonomía» podría ser considerada como un retorno del «péndulo» a una nueva estructuración. ¿Pero se trata de algo realmente nuevo?

Más ricos en contenido que las propias afirmaciones, los rechazos que formulan los grupos «autonomistas» tampoco facilitan la aproximación a las finalidades últimas contenidas en la «corriente autonomista». «Autonomía obrera: una alternativa revolucionaria»,¹² se afirma *contra el vanguardismo obrero, contra la parcelación partido/sindicato, contra el reformismo de los sindicatos*. Hay que ir formulando, dirá Manuel Tejedor,¹³ «una alternativa que supere esas insuficiencias históricas: el *espontaneísmo*, la *nueva acción defensiva*, el *parlamentarismo burgués*, el *bolchevismo*, la *escisión partido-sindicato*, el *centralismo democrático*, la *parcialización de las luchas*». Esos rechazos son lugares comunes y definen de por sí poco. Desde las riberas confederales se ha polemizado rara vez con los «autonomistas», lo cual es una grave carencia. La impugnación de la «autoorganización de la clase como línea política de clase» lleva en sí la delimitación del «área política» del anarcosindicalismo en la actual sociedad española. Los grupos que hacen de la defensa de la «autonomía de clase» su objetivo declarado sí polemizan con la CNT, y si no polemizan más es porque ésta, por su propia «forma», escurre el bulto. La CNT está siempre presente, nominativamente presente, en cada cala que esos grupos hacen en la búsqueda de las vías para llegar a la «autoorganización de la clase». Su interés por la CNT termina por convencer de que la ven, en grados distintos, como *sucedáneo* o como posible instrumento de la «autoorganización».

El coloquio «La autonomía obrera a debate», recogido por *Emancipación*,¹⁴ revela los problemas que plantean las relaciones entre la CNT y los grupos defensores del «autonomismo». Su dimensión práctica la centran dos intervenciones reveladoras de diferencias insolubles en el concepto mismo de autonomía práctica de las organizaciones y de los grupos, entre algunos «autonomistas» y la CNT: «Felipe: [...] Mi propuesta es la de abrir un debate con CNT [sobre “autoorganización de la clase”] y el problema es que con CNT no se puede discutir nunca, porque no hay un órgano definido con el que se pueda entablar ese debate amplio». «Chema: [...] El problema es que debatir desde fuera con CNT es muy difícil, salvo en la unidad de acción, en las prácticas concretas».¹⁵

¿A qué términos cabría reducir una polémica sobre la CNT y la «autonomía» entre anarcosindicalistas y «autonomistas»? Los anarcosindicalistas tendrían que afirmar —como hizo uno de ellos— que la CNT no es la «autoorganización de la clase», ni se confunde con «la clase», ni es un fin en sí misma; sino que es una manifestación de la voluntad autonómica de la clase obrera y, en tanto que tal, un instrumento válido de su emancipación.

Las objeciones que oponen los «autonomistas» a la CNT se sitúan en diversos planos: «Es tónica ya la ausencia de comprensión práctica de lo político por la CNT. Y es éste un vacío histórico que esta Organización por la Autonomía quiere cubrir».¹⁶ «El anarquismo ha sido impotente para construir una alternativa

12. *El Viejo Topo*, septiembre de 1978.

13. En «La Autonomía obrera a debate», *Emancipación*, n.º citado. Las cursivas son mías.

14. Número citado.

15. Felipe Aguado y José María Elizalde, *Emancipación*, loc. cit.

16. Felipe Aguado en *ibid.* Véase concretamente en este trabajo «La “organización integral”», p. 149-161.

real al sistema, bloqueado por el antipoliticismo dogmático y por toda una serie de *insuficiencias teóricas y organizativas*».¹⁷

«Será la CNT la que ofrecerá una mínima estructura organizada para una lucha diferenciada de las demás centrales sindicales y que esta diferencia en lo inmediato será reforzada por el conjunto de estos movimientos que se mueven en el rechazo y ante el vacío de una alternativa que los globalice en su movilización revolucionaria, aunque parece poco probable y resulta más que dudoso que la CNT pueda llegar a ser la expresión de esa nueva organización que se atisba en la clase obrera.»¹⁸

«Hay un área de acción política directa de clase; sería un primer paso importante para construir una *alternativa realmente total de poder de clase*. Alternativa que nunca desarrollaremos si nos limitamos a la lucha en la fábrica y mantenemos la subjetividad bloqueada a nivel puramente sindicalista. Esta ha sido la insuficiencia fundamental del anarcosindicalismo. Si la CNT se abriera en la perspectiva que apuntamos, daría el paso que las condiciones históricas le exigen y que muchos esperamos. Pero ¿está en condiciones de hacerlo? O bien, ¿la construcción de un *poder de clase integral* pasa hoy por ejes distintos? Esta es la cuestión».¹⁹ Toda pregunta lleva ya en sí su respuesta. En el ánimo de los «autonomistas» la CNT no está en condiciones de hacerlo y debe pasar la mano. «Lo sustancial del histórico movimiento libertario está realmente incorporado al movimiento autonomista.»²⁰ Dato importante: un anarcosindicalista tendría que concebir a la CNT como *antipoder integral de clase*. El casi monólogo que los «autonomistas» han sostenido en 1977-1978 con la CNT debiera ayudar a delimitar el contenido político de los conceptos utilizados por

la «tendencia». Tampoco es así: «¿Quiere ser CNT una organización de la unificación de la Autonomía Obrera como práctica de la propia clase, o una organización por la autonomía obrera como línea política de clase? Es decir, *una organización de la clase en lucha o una organización que unificaría a los luchadores por la autonomía de clase*. Si CNT se entendiera como la organización que unificara la línea política por la autonomía de clase, necesariamente tendría que aglutinar en su seno a todas las corrientes que defendieran la autonomía de clase, lo que exigiría unas variaciones fundamentales de planteamientos hasta el punto que no podría definirse filosóficamente, por ejemplo, anarcosindicalista, porque inmediatamente se rechazaría, de entrada, a todos los que estando por la autonomía obrera, no fuesen anarcosindicalistas».²¹

El exceso verbalista con aire de abstracción no procura a este texto una claridad meridiana. Pero contiene todos los conceptos que manejan los partidarios del «autonomismo». «Organización de clase en lucha» se opone a «organización que unifica a los luchadores por la autonomía

17. «Autonomía obrera: una alternativa revolucionaria», *El Viejo Topo*, n.º cit. Las cursivas son mías. Nadie tampoco ha sido capaz de crear hasta hoy una *alternativa real al sistema* hoy imperante a escala planetaria.

18. *Teoría y Práctica*. Las cursivas son mías. Esta revista podría haber esbozado en términos concretos esa «nueva organización» que ella atisba y yo no, lo que hubiera evitado un nuevo escolio. Si se juzga por el contexto de la cita, esa nueva organización no es el partido —cualquier partido— ni la organización sindical —cualquier sindical—. Cuando —rara vez— los «autonomistas» describen en términos concretos un proyecto de «organización integral», ésta es presentada como una pirámide que evoca cualquier otro complejo burocrático. Véase en la página 173 nuestra cita de «Autonomía obrera: una alternativa revolucionaria».

19. Editorial de *Emancipación*, marzo de 1978. Las cursivas son mías.

20. «La autonomía de clase como alternativa», *Emancipación*, abril de 1978.

21. Felipe Aguado, en «La Autonomía Obrera a debate», *loc. cit.* Las cursivas son mías.

de clase». El distingo es significativo: «La autonomía como práctica de clase es tan vieja como la clase obrera misma [...] La autonomía como línea política de clase [...] está en mantillas».²²

La autonomía como práctica no es, pues, la autonomía como *línea política* de la clase, quedando sobreentendido que la práctica autónoma puede ser desvirtuada o esterilizada, en ausencia de la *línea política*. El concepto de «autoorganización de la clase como línea política de clase» no lo he hallado definido en términos inteligibles en ningún texto de la «tendencia». Pero si las manifestaciones concretas de la práctica de la autonomía no son «autonomía de la clase», puesto que precisan para serlo de una «línea política de clase», esta última sería la estrategia de la «autoorganización de la clase». Estrategia que queda reducida a la mera defensa de una forma de la socialidad más que de una forma de organización. Como estrategia, pues, la «autoorganización de la clase como línea política de clase» constituye un fin en sí misma, es decir, es una finalidad sin fin. Confunde la vida social con una de sus formas y aboca inevitablemente a una práctica por objetivos reformistas.

Es imposible determinar en la clase obrera española el área del «autonomismo». Pues no cabe identificar las manifestaciones de la voluntad de autonomía contenida en la compleja realidad que es la clase obrera, con la «autonomía de la clase, la autoorganización de la clase como línea política de clase», es decir, con un proceso ideológico y político de instrumentalización de las manifestaciones concretas de aquella voluntad. No sólo porque son realidades diferentes, sino porque pueden entrar en contradicción.

La confusión entre *organización* y *representación* es frecuente en el lenguaje po-

lítico, y en ella se manifiesta la ideología de la «organización» tantas veces reprochada a la militancia confederal. La organización es un instrumento de lucha (o de dominación). Ninguna organización obrera puede representar a la clase obrera. No sólo porque la representación despoje al representado —individuo, grupo, clase— de su poder de decisión política concreta, sino porque únicamente a la clase obrera le es dado, no ya representarse a sí misma, sino manifestarse en tanto que ser autónomo y, cuando lo hace, las formas que adopta esa manifestación son fluidas. La asunción de la representación —declarada o implícita— de la clase obrera por una fracción de la misma —aun constituida en «organización total», en «organización integral»— reinstaura, legítima la separación entre «lo inorganizado» y «lo organizado», entre «la vanguardia» y la «clase».

La «autonomía» —en tanto que práctica autónoma del individuo, del grupo, de la clase obrera, y no en tanto que concepto ideológico— no puede ser concebida más que «como ruptura no sólo con el universo político y económico, sino también con el social, cultural, ideológico, sexual, como la lucha frente a la carencia de posibilidades del sujeto y el grupo para *afirmar su identidad y su autonomía dentro del conjunto social*».²³

La «autonomía» es indivisible del grado de conciencia, rigurosamente presente, del individuo, del grupo, de la clase que en ella se afirman. Este hecho relativiza la ruptura. Empero, el que la práctica autónoma de estos o aquellos grupos no conlleve «una maduración en cuanto a la *forma de organización* de la lucha», no es debido fundamentalmente al hecho de

22. Manuel Tejedor, en *ibid.*

23. Fernando Ariel del Val, «La revolución como crítica de la política», *Negaciones*, otoño de 1978. Las cursivas son mías.

que «la conciencia de esos sectores sociales ha sido trabajada por una ideología y una práctica de sometimiento que, aun estallando, impide por el hábito de sumisión inculcado la elaboración de nuevos principios de organización social autónoma».²⁴

Lo que puede ser calificado de incapacidad pasajera, luego subsanable, de la práctica autónoma, no es sino expresión de la naturaleza misma de la autonomía. La «espontaneidad», la eferescencia, el estado de fluidez que da origen a la práctica autónoma de la clase obrera, representan una irrupción del presente en «el tiempo cortado, organizado y dividido en secuencias dominables por el poder», por cualquier poder, y sólo puede ser irrupción intermitente, provisional, limitada en ese tiempo e incompatible con el mecanismo de la *representación*, de la *organización* institucionalizadas.

Pero mediante la ficción de la «representación institucionalizada» —declarada o implícita— esa irrupción del presente puede ser canalizada, para poner en órbita una nueva élite y circunscribir «su espacio político».

La referencia histórica predilecta de las inmensas posibilidades de la «autoorganización de la clase» es el movimiento que se desarrolló en Vitoria en 1976. «Vitoria-76 marcó un hito importante en la historia reciente del movimiento obrero español. [...] La lucha se dio en el marco de una ofensiva generalizada de la clase obrera, expresada en formas asamblearias de autonomía de clase. El especial valor de Vitoria está en que fue la clase trabajadora en su conjunto la que se autoorganizó: asambleas de fábrica, comisiones representativas elegidas directamente en las asambleas con los criterios de la democracia directa, Coordinadora de fábricas en lucha. Vitoria-76, fórmula en la práctica, de una forma completa,

de cuanto se estaba dando por todas partes de forma más puntual y de cuanto era aspiración real de la propia clase y de las corrientes autonomistas. Este es el gran valor político de Vitoria».²⁵

Sí, ése es el gran valor político de Vitoria. Pero para aducirlo como momento ejemplar hay que omitir varios de sus caracteres más significativos, precisamente aquellos que explican su propia decadencia. Aunque, como afirma el texto citado, el movimiento de Vitoria coincide en un período relativamente breve con una numerosa serie de luchas obreras, es indiscutible que su enlace con ellas es impensable a nivel estratégico. La discontinuidad de los momentos asamblearios de envergadura es el nudo gordiano con el que se enfrentan los defensores de la «autoorganización de la clase» —la diacronía insuperable de tales movimientos y la *necesidad* de una relación sincrónica entre ellos. El corolario parece evidente: la «autoorganización de la clase» precisa de la existencia en función de organizaciones de clase —y de otras— preexistentes, sin las cuales sus más acabadas manifestaciones concretas están abocadas a la derrota o a la victoria pírrica, incluso cuando el movimiento abarca a una ciudad entera.²⁶

24. *Ibid.* Las cursivas son mías.

25. Editorial de *Emancipación*, abril de 1978.

26. En su prólogo a *Dominio y sabotaje* de Antonio Negri (*El Viejo Topo*, Barcelona, 1979), Santiago López Petit pone quizás el dedo en la llaga al afirmar que «parece mentira, pero la autollamada izquierda revolucionaria ha visto pasar ante sus ojos uno de los movimientos autónomos más ricos e importantes sin apenas darse cuenta, prisionera como estaba de sus concepciones tradicionales». La ceguera de la sedicente «izquierda revolucionaria» es voluntaria, está en su propia naturaleza, es conocida y no hay por qué lamentarla. En este caso, podría ser un dato que estableciera la importancia del «movimiento autónomo». Pero la lamentación de López Petit sugiere que el «movimiento autónomo» necesitaría ser visto por esa ciega «izquierda revolucionaria» para ser más o, quizás, para «desautonomizarse».

Ni el carácter heroico de las luchas ni la dureza de la represión que contra ellas se desencadena, ni siquiera su importancia política, bastan para concederles un carácter revolucionario si no lo tienen.

La «autoorganización» no es condición suficiente para que «la clase» asuma en cualquier momento concreto una práctica que sea una práctica revolucionaria, pues el sentido de tal «autoorganización» es inseparable del grado de conciencia de quienes se autoorganizan y de los objetivos que el entorno social, en su sentido más amplio, permita que asuma el grupo «autoorganizado»: fábrica, barrio o ciudad.

En tanto que política, la «autonomía de la clase» necesita sincronizar los movimientos autonómicos, atribuirles un sentido global, hacerles «trascender su propia inmediatez», integrarlos en una «línea política de clase». Si el arma absoluta de la autonomía obrera es la *asamblea*, el «eje de autoorganización popular a todos los niveles (fábrica, barrio, centro educativo...)», hay que centrar «la base organizativa no sólo en la asamblea, sino paralelamente en unidades más pequeñas de debate». La asamblea «debe estar completada con instrumentos de trabajo cotidiano que preparan la asamblea y ejecutan sus decisiones: comisiones de trabajo, asambleas parciales, prensa propia, consejo de delegados, etc.»²⁷

«El poder de los enemigos externos e internos de la autonomía obrera es de tal calibre que la ahogarán, como siempre ha ocurrido históricamente, si no se da el paso adelante de la *organización de los que estamos por la autonomía de la clase*, en aras del desarrollo eficaz y en profundidad de la propia autonomía revolucionaria de la clase.»²⁸

¿Cuáles son los límites que se atribuyen a la organización que unifique «la línea política de autonomía de clase», que «ne-

cesariamente tendría que aglutinar en su seno a todas las corrientes que defendieran la autonomía de clase»? ¿Será una organización de «masas» ella misma, un «frente» o un «partido»?

«Lo que une al conjunto de los autonomistas es un solo punto estratégico: el protagonismo de las masas a lo largo del proceso revolucionario. *En las restantes cuestiones estratégicas hay numerosas divergencias que implican diferencias también tácticas.*» «En el caso de que tal coordinación no sea una utopía hoy, una de las condiciones previas que ha de cumplir es la restricción sistemática de su nivel de discusión o actuación en cuanto tal a la mera discusión de tácticas y actividades inmediatas, *sin entrar en debates teórico-estratégicos.*»²⁹ Es éste un proyecto «frentista» condenado a la nada por su propia indefinición. Pero esa indefinición ideológica, teórica, estratégica, incluso táctica, no puede ser atribuida a otros proyectos «autonomistas», y el leninismo de éstos no por declarado cabe calificarlo de ilusión óptica del lector que es uno. «El carácter de la organización es el de instrumento militante para la construcción del proletariado en sujeto revolucionario.»³⁰

La lógica de los grupos que se dan como objetivo la «autoorganización de la clase como línea política de clase» no es la lógica de la práctica autónoma de la clase obrera, que ha de entrar necesariamente en conflicto con un proyecto que hace de la «autoorganización de la clase» una estructura totalizante que se identi-

27. «Autonomía obrera: una alternativa revolucionaria», *loc. cit.*

28. Editorial de *Emancipación*, diciembre de 1977. Las cursivas son mías.

29. El Moní, «Interrogantes para la coordinación de los autonomistas», *Emancipación*, abril de 1978. Las cursivas son mías.

30. «Autonomía obrera: una alternativa revolucionaria», *loc. cit.*

fica con la propia clase obrera: «Hay que afrontar la problemática global de los hombres en sociedad, buscando respuestas integrales [...] que no los separen no sólo a nivel de principios, sino que incluso los integren a nivel organizativo». El afrontamiento de «la diversidad de frentes» corresponde a la «organización integral con sectores (empresas, barrios...)», sectores que «no se autonomizan convirtiéndose en sindicatos o partidos, sino que tienen una autonomía relativa», «unificación necesariamente vinculante para todos los que participen en el proceso democrático de toma de decisiones».³¹ No se utilizan impunemente ciertos instrumentos.

«Al desarrollo de la línea política por la autonomía obrera no le damos en ningún momento una connotación de dirección [...], sino que le adjudicamos la función de ofrecer instrumentos de desarrollo en la conciencia de clase, de la organización y de la lucha de la propia clase [...] el polo de protagonismo lo pasamos absolutamente, sin reserva de ningún tipo, a la clase trabajadora organizada, [la vanguardia] quedaría como un polo de referencia constructor, impulsor de la autoorganización de los trabajadores como sujeto revolucionario [...] la vanguardia no es el sujeto revolucionario sino que éste es la propia clase. Y no lo es como definición formal, sino que prescindimos de todo elemento "director" de la clase.»³² El problema permanece entero. ¿Qué diferencia puede haber entre un clero regular y un clero secular? Pues está claro que se trata —según la fórmula de Antonio Negri— de la relación entre *clero* y *ecclesia*, entre una *mayoría* «autoorganizada» y una *minoría organizada*, fuera de aquella, encaminadas hacia un fin común, nada explícito; relación en la que la *minoría pasa* el protagonismo a la *mayoría: a la clase obrera organizada*. El sujeto re-

volucionario es «la propia clase», o, más exactamente, una fracción de ella, porque así lo ha decidido la vanguardia, «polo interno a la propia clase que, rechazando todo protagonismo por su parte, toda veleidat dirigida o sustituida de los trabajadores, sepa en cambio *aportar a la clase los instrumentos necesarios para trascender su propia inmediatez*».³³

Voluntarismo. Logomaquia. Poder encantatorio de las palabras. ¿Dónde está la novedad?

A los grupos «autonomistas» hay que considerarlos como élite en busca de organización propia, de «correa de transmisión» propia: «Nueva fase de la lucha de clases, en la que la *vanguardia real* de los trabajadores en lucha se desplazará, desde las *viejas formas organizativas* y de las *viejas alternativas*, hacia estas nuevas formas defensoras e impulsoras de la autonomía de clase».³⁴

Estamos ante una insoslayable voluntad de partido. Un partido que se esconde detrás de definiciones vagas: «Organización que unifica a los luchadores por la autonomía de clase», «Organización por la autonomía». ¿Es responsable de esa pudibundez la existencia de la CNT? Es imposible escapar al sentimiento de insin-

31. «Autonomía obrera: una alternativa revolucionaria», *loc. cit.* Más allá de las convergencias tácticas entre partidarios de una y otra, la «organización integral» en que, desde dentro y desde sus alcances libertarios, se quiere convertir a la CNT y la «autoorganización de la clase», sólo tienen escasos puntos en común. Entre los partidarios de la primera, sólo el grupo *Askatasuna* confunde la «organización integral» con la propia clase obrera. Sólo la membrana de la sigla (CNT) y la insistencia en la finalidad (el comunismo libertario) separan al proyecto de *Askatasuna* del «autonomismo».

32. «Debate con el Movimiento de Liberación Comunista», *Emancipación*, abril de 1978. El texto parece remedo de algunas afirmaciones de la FAI. Las cursivas son mías.

33. «Autonomía obrera: una alternativa revolucionaria», *loc. cit.*

34. «La autonomía obrera como alternativa», *loc. cit.* Las cursivas son mías.

ceridad que inspiran las casi unilaterales relaciones de los grupos «autonomistas» con la CNT. Constatar la doble veleidad de ciertos grupos por la «autoorganización de la clase» y por un «sindicalismo moderno», por un «sindicalismo de empresa», es un dato, pero es un dato de microhistoria que no permite dar por concluido el proceso. Es necesario profundizar en el problema teórico-práctico que ese vergonzante partido de la «autonomía» plantea, pues no se trata sólo de un problema «autonomista».

Con sinceridad subjetiva —con angustia, incluso—, y con mayor rigor que los citados textos de *Emancipación*, Antonio Negri plantea en *Dominio y sabotaje* el problema de la relación entre «masas» y «vanguardia»: «En mi conciencia y en mi práctica revolucionaria *no puedo cancelar el problema del partido*. Puede no plantearse con este nombre: se me planteará como problema de organización, como problema de conmesuración colectiva de medios y fines, de objetivos y estrategia, de participación de masas y acciones de vanguardia, de organización y circulación de la información».³⁵

Tanto cuando se manifiestan en la práctica de los individuos, de los grupos, de la clase obrera, como cuando son formuladas ideológicamente, la «autonomía», la «autoorganización» (¿la «autovalorización» de Negri?) son reacciones contra el Estado, contra la clase dominante, pero inmediatamente son reacciones contra el partido mediador, contra el partido vanguardia, contra el partido separado de las «masas»; en una palabra, contra el *partido*. El problema retorna, se reproduce, se replantea cada vez, para hallar una solución verbal, moral a lo sumo. «*El partido es una función de la fuerza proletaria para garantizar el proceso de autovalorización*. El partido es el ejército que defiende las fronteras de la indepen-

dencia proletaria. Y, naturalmente, no debe, no puede inmiscuirse en la gestión interna de la autovalorización. [...] El partido es una función del mando que el proletariado ejerce contra sus enemigos. [...] El mando reside en el contrapoder de las masas, en la organización de los procesos de autovalorización: el partido es una función de todo eso. *La política de la autovalorización manda sobre el partido.*»³⁶

La contradicción se resuelve con facilidad en una situación abstracta. Pero no basta con declarar subordinada la función del partido, ni con imponer en abstracto «la preponderancia del autogobierno de las masas» para que así sean las cosas. Negri no alude directamente en *Dominio y sabotaje* a la anatomía y a la fisiología del partido que define como «ejército revolucionario», como «ejecutor no sustituido de la voluntad proletaria». «Implantado en la materialidad de la autovalorización», está al mismo tiempo «separado» de ella, y esa separación autonomiza al partido respecto a la clase obrera, al proletariado. El único rasgo *nuevo* de este partido puede venir de la subjetividad del propio militante. El sufrimiento que conlleva la dualidad de la militancia —en el proceso de autovalorización de la clase y en la acción ofensiva-defensiva del partido— es soportable «si por encima, y en caso necesario, contra el partido, pones la autonomía del movimiento proletario».

Negri no aporta una solución teórico-práctica, más allá de la inmediata subjetividad, a la contradicción porque no la hay: «La especificidad de la contradicción “partido” reside en su *no resolubilidad*». Hay que aceptar «con material determinación» y «vivir esta contradictoriedad en el proceso revolucionario», y

35. *Op. cit.*

36. *Ibid.*

concebir éste «como atravesado por esa contradicción, nos permite esperar una solución inminente de la misma, incluso en términos extremadamente determinados, de *propuesta constitucional para la dictadura del proletariado*». La contradicción se resolverá después de la conquista del poder por el proletariado.³⁷ No hemos avanzado un paso.

El partido de la «autonomía», la «Organización por la Autonomía», sólo puede ser un grupúsculo actuando en el seno de una clase compleja —la «composición de la clase» es otra de las fórmulas no explicitadas cara a los «autonomistas»—, trabajada por otras organizaciones con objetivos políticos a los que responden positivamente fracciones más o menos considerables de la clase obrera. No agrupará siquiera a todos los hoy partidarios de la «autonomía». Pues si una CNT anarcosindicalista, inmersa en luchas sociales concretas, puede recibir sin dejar de serlo a todos los partidarios de la autonomía como práctica de la clase obrera, ése no puede ser el caso de una organización-partido, necesariamente excluyente por «elitista», por plantearse en ella las tensiones internas de «poder» en otro plano que en una organización de «masas» autónoma.

La literatura de los grupos «autonomistas» ha privilegiado el *momento organizativo*. Pero al propugnar un nuevo tipo de organización que desplace las *viejas formas organizativas* confunde voluntariamente el impulso —la autoorganización— y la forma —la organización—, se ha refugiado en formas de la socialidad fluidas —la asamblea—, soslayando así el enfrentamiento con la posibilidad de que el repertorio de formas organizativas esté agotado en la sociedad actual, la posibilidad de que ese impulso autoorganizador esté abocado a repetir formas que

los propios «autonomistas» consideran nocivas o caducas. «¿Qué tipo de organización aporta realmente el Movimiento por la Autonomía que sea distinto de lo que haya habido hasta ahora y que tampoco sea la organización libertaria?»³⁸

El privilegio acordado al momento organizativo pone de manifiesto la incapacidad —o la imposibilidad— de abrir un campo de lucha nuevo, original, privativo del «movimiento autonomista».

Cabe distinguir entre la debilidad de la práctica autonómica de la clase obrera (la escasa frecuencia e intensidad de las manifestaciones que puedan ser consideradas como expresión de su práctica autónoma) y la débil incidencia de los grupos que se dan como objetivo declarado la defensa de la «autonomía, de la autoorganización de la clase como línea política de clase», para suscitar esa *práctica* e hilvanar sus manifestaciones en una «línea política». Pero rara vez se distingue. El lenguaje político se inclina con facilidad a la amalgama y, con frecuencia también, en los textos de sus partidarios el «movimiento autónomo» desborda a la propia clase obrera. Buena parte del prestigio, de la carga ideológica acumulada por las fórmulas verbales «autonomistas» es debida a la irrupción en la sociedad española posfranquista —con evidente retraso a veces— de numerosos movimientos, no necesariamente clasistas, calificados indistintamente de «autónomos» o «marginales». «La crisis no es sólo por la

37. En los textos de los «autonomistas» españoles aparecen con frecuencia las fórmulas «alternativa realmente total de poder de clase», «poder de clase integral», sin que su contenido sea explicitado. Para Negri, «la instauración del poder proletario» debe invertir «realmente, no nominalmente, sino sustancialmente», la *forma-Estado capitalista*. «Es decir, que el poder sea disuelto en una red de poderes, que la independencia de clase se construya a través de los sendos movimientos revolucionarios.» (*Ibid.*)

38. José María Elizalde, en «La Autonomía obrera a debate», *loc. cit.*

recuperación del movimiento por parte de la burguesía, sino por la debilidad interna del movimiento autónomo, por insuficiencia en los planteamientos de la lucha actual, reducida a planteamientos organizativos, estrictamente formales, carentes de contenidos revolucionarios, que manifiestan una cierta incapacidad para encontrar un nuevo campo de lucha, una nueva coherencia ideológica o práctica que permita unir las diferentes manifestaciones de autonomía, y que permita una lucha conjunta de todos los autónomos, de las asambleas de fábrica, de los marginados, de los antinucleares [...] Este es el problema grave, encontrar el núcleo práctico-teórico que permita dar coherencia a todo el movimiento y plantear un concepto de autonomía bastante más rico».³⁹

La formulación teórica y la aplicación práctica de ese núcleo costará esfuerzos incalculables a los que poco puede contribuir la «Organización por la Autonomía» si elude los debates teórico-estratégicos dentro y fuera de sí misma. En tanto que estrategia, la «autoorganización de la clase como línea política de clase» no es el núcleo teórico-práctico que pueda dar coherencia al movimiento autonómico: «Cualquier tipo de planteamiento que parta de una organización que generalice esos movimientos, lo único que consigue es crear una superestructura de movimientos que en sí mismos son globales [...] El problema [...] es la conciencia de los movimientos no la organización de los movimientos».⁴⁰

Una golondrina no hace verano.

La literatura «autonomista» española ha pretendido convencernos de que la «organización» —la «autoorganización de la clase como línea política de clase»— es el generador de la estrategia global de la clase obrera que desplaza a las *viejas al-*

ternativas. Ha querido hacernos creer que esa estrategia es el resultado de la unificación organizativa de todas las luchas autónomas, y no causa de esa unificación, eludiendo el problema de si es posible la adición de esas luchas; pasa por alto que las luchas, por muy autónomas que sean, no son necesariamente compatibles, en cualquier tiempo y en cualquier lugar, y que la estrategia es precisamente solución en sí de las contradicciones entre ellas. La literatura «autonomista» manifiesta ignorar que el conjunto de los movimientos anticapitalistas, en tanto que práctica material autónoma y no en tanto que reflejo ideológico «autonomista», sólo son unificables en la *revolución*, fenómeno más complejo que la «autoorganización» y «actividad autónoma en su forma más avanzada».⁴¹

No me parece necesario ser anarquista o anarcosindicalista para estar tentado de concluir las reflexiones que preceden con dos preguntas:

¿Por qué la «Organización por la Autonomía», el «partido de la autonomía», asumirían el papel de «impulsor de la autoorganización de los trabajadores como sujeto revolucionario», de «función subordinada del mando proletario» mejor que la organización anarcosindicalista?

¿Por qué la «Organización por la Autonomía», «polo de referencia constructor de la autoorganización de los trabajadores» dentro de la misma clase, «ejército revolucionario implantado en la materialidad de la autovalorización», sería menos «arrogante e insolente frente al movimiento de masas» que la organización anarcosindicalista?

Si se desnuda a sus huecas fórmulas del

39. Félix García, en «La Autonomía obrera a debate», *loc. cit.*

40. Adolfo (de *Teoría y Práctica*), en «La Autonomía obrera a debate», *loc. cit.*

41. Murray Bookchin, *Spontanéité et organisation*, Rouge et Noir, París, s.d.

pesado manto ideológico que las cubre, si se prescinde del rasgo *original* que supone la voluntad inmanente de realizarse en partido al servicio de la «autonomía de la clase», a los grupos autonomistas no les queda nada propio.

El «autonomismo» se afirma en la negación. Se ha afirmado en la negación de aquello que mejor realizó históricamente el tipo de relación que él pretende establecer con la clase obrera, se afirma en la negación de la actualidad de la CNT. El «autonomismo» impugna los rasgos del movimiento obrero que impugnó siempre la CNT: el *vanguardismo*, la *escisión sindicato/partido*, el *reformismo sindical*, el *parlamentarismo*, el *centralismo democrático*, aunque al hacerlo impugne alguno de los rasgos latentes en el propio «movimiento autonomista». Pero para los «autonomistas» la CNT es portadora en potencia de todos los males de que ellos pretenden preservar a la clase obrera.

De manera positiva y concreta, ¿qué puede aportar el «autonomismo» a la clase obrera? El federalismo a nivel organizativo y la acción directa en el terreno de la práctica. Es decir, lo que la CNT aportó a la clase obrera en su período de luchas sociales. Es decir, anarcosindicalismo.⁴²

Me he extendido prolijamente sobre el «autonomismo» por la ambigua relación que se establece entre él y la CNT. Me he extendido sobre él por estar convencido de que el porvenir que el «autonomismo» puede tener, ante sí o tras de sí, en el marco del Estado español, está en íntima relación con el porvenir que, ante sí o tras de sí, tenga la CNT. *El «autonomismo» es hijo de la impotencia de la CNT* en el período en que éste se manifiesta. Simplificando, es un *sucedáneo* de la CNT. El desarrollo de ésta en tanto que organización anarcosindicalista es una barrera infranqueable para la «autoorganización de la clase como línea política de clase» y para la Organización por la Autonomía. La barrera que opone hoy la CNT al desarrollo del «autonomismo» es una tela de araña. Y si su derrotero actual la lleva a convertirse en una organización «de andar por casa», mucha de la sustancia perdida en esa conversión irá a engrosar el «autonomismo», y el obstáculo que opondrá la CNT a la influencia del «autonomismo» será nulo.

42. No tendría que ser necesario afirmar aquí que estas referencias mías a la CNT aluden estrictamente a la CNT de aquel período y no a la caricatura sin vigor puesta en pie (?) por la reconstrucción y que desdibuja cada día más la lucha de «tendencias».

Ruedo ibérico Ibérica de Ediciones y Publicaciones

Juan García Oliver

El eco de los pasos

El anarcosindicalismo en la calle
en el Comité de Milicias
en el gobierno
en el exilio

«Anarcosindicalista de la primera hora, hombre bregado en huelgas y luchas revolucionarias, este antiguo camarero, huésped asiduo de los más duros penales de la dictadura, había de convertirse en una de las figuras políticas claves del bando republicano» (*Nueva Historia*).

«Personaje fascinante y controvertido, ha sabido convertir su libro —con un título ciertamente poético— en una obra fascinante y controvertida» (Josep M. Huertas, *Tele/eXpres*).

«Las memorias de García Oliver son uno de los textos clave para analizar la historia de la revolución española y la historia de la CNT» (J. P. S., *Solidaridad Obrera*).

«*El eco de los pasos* es exactamente lo que cabía esperar: un documento desmitificador y esencial» (*La Vanguardia*).

«El libro ha levantado una ardua polémica en los núcleos anarquistas y anarcosindicalistas» (Miguel Alzueta, *Mundo Diario*).

«García Oliver es un luchador nato... ¿Quién era capaz de esperar un testimonio bonachón o conformista? ¿Quién creyó que preferiría el amasijo de datos al recuerdo apasionado o que se mantendría respetuoso con los mitos? La versión del personaje había de ser por fuerza tan sincera como polémica: cruda y amarga, aunque no pesimista; reveladora, insólita, desgarrada» (Lluís Permanyer, *Destino*).

656 páginas

1 300 pesetas

Ayuntamiento de Madrid

10. El horizonte del anarcosindicalismo

La reciente evolución de la guerra de «tendencias» en la CNT permite afirmar que el proceso culminará objetivamente en el enfrentamiento de tres modelos de organización: la *CNT-sindicato obrero reformista pero combativo*; la *CNT-sindicato de obreros anarquistas exclusivamente*; y la *CNT-movimiento integral de obreros y no obreros anarquistas*. Ninguno de esos modelos es anarcosindicalista. Esas opciones organizativas implican futuros poco diferentes para la Confederación Nacional del Trabajo. No obstante, si los militantes anarcosindicalistas de la CNT reconstruida adquieren conciencia de lo que la adopción de cada uno de esos modelos significa para el sindicalismo revolucionario, el desenlace del enfrentamiento puede ser la derrota de las «tendencias» partidarias de ellos.¹

La constatación superficial de los cambios estructurales intervenidos en la sociedad humana sirve de punto de arranque a una lógica mecánica que deduce la necesidad de operar cambios sustanciales en las formas organizativas y en los métodos de intervención de quienes impugnan las sociedades capitalistas. Ni las unas ni los otros son inamovibles, pero aquella lógica formal no basta para que se acepte su caducidad como indiscutible. Pues la ya vieja afirmación de la necesidad de «inventar algo nuevo» para enfrentarse con la «nueva sociedad capitalista» es la más de las veces simple manifestación verbal o «reproduce» con un vocabulario nuevo las formas que pretende reemplazar por estar caducas. Quizás estemos ante una constatación concreta de la «invariabilidad de los métodos cuando los medios y los fines siguen siendo los mismos».²

¿Existe hoy un *espacio político* para la CNT, para el anarcosindicalismo? Esta pregunta, que lleva siempre implícita una respuesta negativa, ha

Felipe Orero

El federalismo confederal, la herencia de los congresos
y el sexto congreso de la CNT

El autoritario cree en la disciplina como medio; el libertario considera la disciplina como un fin en sí, como un estado espiritual. Esta contradicción atraviesa todas las organizaciones humanas, pues la vida en grupo comporta la aceptación de la regla del grupo. Teóricamente, los anarquistas han resuelto el problema mediante el federalismo. El federalismo libertario tiene sus raíces en principios muy simples: «Autonomía del hombre en el seno de su grupo, autonomía de los grupos en el seno de la comuna, ciudad y pueblo, autonomía de las comunas federadas por regiones según las necesidades» (Malato). El federalismo es «unidad de fuerzas, pero una unidad salida de la convicción de cada miembro, que se apoya sobre la acción voluntaria y libre de cada grupo particular, sobre la solidaridad viva de la comunidad» (Rocker). Se acata la regla que se ha contribuido a crear libremente. «No se puede pretender la revisión del acuerdo que a *posteriori* se ha rechazado. Esta práctica permite que el acuerdo adoptado no sea

sido formulada por una de las «tendencias» confederales. El escaso desarrollo de la CNT de hoy es un argumento que se aduce para probar la desaparición de aquel espacio político, lo que lleva implícito que la CNT se ha manifestado de manera anarcosindicalista durante este período.

La reducción rápidamente progresiva de las posibilidades de intervención de la CNT en las luchas obreras y políticas ha sido aducida, también, como expresión de la disminución o de la inexistencia del espacio político anarcosindicalista. Sin embargo, la pérdida de aquellas posibilidades no es la consecuencia de la disminución del «posible espacio anarcosindicalista» ni la causa de la posible disminución de éste. Las potencialidades del anarcosindicalismo son independientes estructuralmente de aquella circunstancia.

¿Cómo negar o afirmar que el anarcosindicalismo, es decir, una unidad inescindible integrada por un grupo humano que se da una forma de organización y unos métodos de acción inspirados por la antropología anarquista, e impugnando radicalmente la sociedad en que se manifiesta, no tiene espacio político en la sociedad española?

No se pregunta si el anarcosindicalismo tiene o no una función que asumir en la sociedad española, sino si tiene o no espacio político en ella. Cabe suponer, pues, que se trata del caudal demográfico y de las zonas de intervención que le reserva aquella sociedad. Así planteado el pro-

1. En el terreno de las afirmaciones, al menos, la crisis de la CNT de Barcelona en la primavera de 1979, ha provocado ya reacciones: «El sindicalismo revolucionario, el de la Carta de Amiens, es sin duda uno de los métodos: los sindicatos, autoorganizaciones de la clase obrera para su defensa como oprimidos y al mismo tiempo organización perfecta de ataque, la mejor organización, la que pueda sabotear —como organización de productores— todo tipo

de industria o sector de servicios, la que con su puesta en paro —huelga— puede de la noche a la mañana dar al traste con todo el actual sistema de producción y distribución». («Nuestro espacio», *Nosotros*, órgano de la FIGA [Federación Ibérica de Grupos Anarquistas], junio de 1979.

2. Michel Maffesoli, *La violence totalitaire*, París, 1979.

El federalismo confederal

inamovible» (Peirats). «La disciplina no se convierte en abuso más que cuando es impuesta desde afuera» (Shapiro). Shapiro —y quienes con él piensan— no ha convencido a todo el mundo. La afirmación de Malatesta de que «[...] la verdad anarquista no puede y no debe depender de las decisiones de mayorías reales o ficticias», es indiscutible y extensible a cualquier forma de conocimiento. Empero, ha sido utilizada como arma en un plano diferente a aquel en que está formulada. Pues si en las sociedades humanas las mayorías yerran con frecuencia, la imposición por las minorías de su verdad despoja a ésta de su carácter.

El federalismo hace compatible el acatamiento de los acuerdos mayoritarios en cuyo proceso de adopción se ha participado, con la crítica de tales acuerdos, con la crítica de su modo de adopción, ya que es imposible excluir, citando libremente a Malatesta una vez más, que las decisiones de la mayoría pueden haber estado adoptadas por la mayoría de la mayoría que puede bien no representar más que a una minoría; el corolario malatestiano es que «todo grupo está más cerca de la anarquía cuanto que el acuerdo entre la minoría y la mayoría es más libre, más espontáneo, e impuesto solamente por la naturaleza de las cosas».

Según un talante pesimista extendido, en una organización de gran envergadura,

blema, las nociones cuantitativas pasan a primer plano y las cualitativas se convierten en tributarias de aquéllas.

La expresión «espacio político» revela una concepción fragmentada de la vida política, divide ésta en feudos, sugiere la finitud preestablecida de cada uno de los espacios políticos que constituyen la unidad social que es la sociedad española. La fórmula supone una concepción reformista de la sociedad y del movimiento obrero, sugiere su identificación con el terreno privado en que una élite asienta su poder.

Cuando se manifiesta la posibilidad de existencia de la CNT en España, el movimiento obrero y el movimiento revolucionario se enfrentan con una serie de problemas, algunos de ellos privativos de la sociedad española, pero en su mayor parte —los más significativos— comunes al área del capitalismo «maduro». La ambigüedad del movimiento obrero y la ambigüedad de las sedicentes fuerzas revolucionarias presta a esos problemas una apariencia de insolubilidad.

Lo adecuado o inadecuado de la organización y de la acción anarcosindicalistas no es problema que pueda ser zanjado independientemente de la situación del conjunto del movimiento obrero, del conjunto del movimiento revolucionario. La crítica del anarcosindicalismo ha de hacerse a través del análisis de los problemas que la sociedad capitalista plantea a los dominados y explotados y de las respuestas que a esos problemas dan el sindicalismo reformista, las sedicentes fuerzas socialistas, las sedicentes fuerzas revolucionarias.

Los más importantes de esos problemas son el carácter del capitalismo y del Estado actuales, el área de la revolución, el problema del poder, el periodo de transición, el movimiento revolucionario y la revolución, la subversión, etc. Nada nuevo, pues. Algunos de esos problemas han aflorado en mi crítica de las «tendencias» y han recibido en este trabajo respuestas parciales.

El federalismo confederal

en una organización compleja, el federalismo se convierte en una ficción, en coacción; una organización sólo puede ser federalista si es «embrionaria, dispersa, indeterminada e instintiva más que consciente», aunque los hechos prueben que una organización de esos caracteres puede ser lo contrario de federalista.

La democracia formal, representativa, supone la sociedad de clases y el Estado. El sufragio universal no es pluralista si no se ejerce soberanamente en todo lugar. El juego electoral difumina los contornos políticos de los grupos a que pertenecen los electores. En el marco del Estado, el ejercicio del sufragio universal conduce al acrecentamiento del centralismo. Por su propia naturaleza —por la lógica del derecho— el Estado suprime o tiende a suprimir todo pluralismo. El Estado puede tolerar la pluralidad de entes políticos a él sometidos, pero no puede admitir un par en el área de su dominio. El Estado es totalitario —y por eso repugna el pacto federal—. No admite más límites que los que le impone la sociedad civil. Los partidos sólo se conciben en función de la existencia del Estado. Aspiran naturalmente a agrandar su influencia en el Estado, a lograr un dominio hegemónico o total del mismo. La integración política de los dominados por el canal de los partidos políticos y del juego electoral se traduce en estabilización de los conflictos

El movimiento revolucionario enfrenta tres problemas fundamentales: el de la imprevisibilidad de la insurrección, de la explosión revolucionaria; el de la situación de las clases dominantes en el área capitalista; el de la recuperación por éstas de los movimientos que impugnan su dominio.

Una teoría revolucionaria debe resolver en primer lugar los límites en que la revolución que se persigue es posible. Ello implica delimitar en su unidad concreta el objetivo que el movimiento revolucionario debe destruir. *La revolución anticapitalista sólo es posible en el área entera del capitalismo «maduro»*. Esta circunstancia marca los límites objetivos de esa revolución y la teoría revolucionaria debe estar fundada en esa circunstancia que es, a su vez, la que determina los contornos del movimiento revolucionario que puede llevarla a cabo. Una teoría que se refugia en un nebuloso internacionalismo y propugna estrategias en contradicción con él no es una teoría revolucionaria. Tampoco una estrategia que apunta a fines que no pueden ser alcanzados es una estrategia revolucionaria. Y una teoría, una estrategia revolucionaria que no se encarnan en un movimiento revolucionario, son algo fallido, algo que hay que revisar, situándose en el movimiento revolucionario, porque pueden servir para todo menos para destruir la sociedad capitalista, la sociedad autoritaria.

En la visión catastrófica del movimiento revolucionario español que refleja la guerra de las «tendencias» confederales, subyace el supuesto de que el pacto interclasista está indefectiblemente abocado al éxito. Lo cual está lejos de ser cierto. Las circunstancias coyunturales que lo ins-

3. Michel Crozier, *La crisis della democrazia*.

4. Attilio Chiterin, «Considerazione "ideologiche" sulla transizione», en *Problemi del Socialismo*, 9, 1972. Aun siendo consciente de su imprecisión, he preferido para designar al sistema el término «ca-

pitalismo "maduro"» a los términos más usuales «capitalismo monopolista de Estado» y «capitalismo imperialista».

5. «Critique théorique», *La Nouvelle Gazette Rhénane*, suplemento al número 301.

El federalismo confederal

que oponen los dominados a los dominantes. El sistema electoral obtiene con mayor eficacia el «pacto de clases» que el sistema corporativo.

La voluntad encarnada en el federalismo libertario excluye toda representación indirecta. Los sindicalistas revolucionarios hicieron constanciales el sindicalismo y el federalismo en su oposición a la democracia formal. Sindicalismo y federalismo eran para ellos grados de conciencia que permitían contrarrestar y vencer los efectos de la delegación de poder a los representantes de los «inconscientes» y de los «retardatarios», aún oprimidos y explotados.

El federalismo fue la característica orgánica esencial de la CNT. En la práctica —sobre todo en la práctica de una gran organización que se desenvuelve dentro de una sociedad global no regida por el mismo espíritu— los principios federalistas se traducen en un sistema de reglas complejas, que no son inmutables pero que tampoco pueden ser impugnadas omitiendo sus fundamentos o en contradicción con ellos. En la CNT, las querellas ideológicas o en torno a su acción adoptaron con frecuencia la forma de defensa o impugnación de esas reglas, contenidas explícita o implícitamente en los estatutos y en los acuerdos congresales y muchas de ellas heredadas de la primera Internacional. Una de esas reglas

piraron y lo hicieron posible en la España posfranquista, no deben hacer perder de vista que el pacto es consecuencia localizada en el tiempo —hoy— y en el espacio —España— de una situación general del capitalismo «maduro». La estrategia de los grupos políticamente hegemónicos de la clase dominante española no puede sino inspirarse en las líneas maestras del proyecto de la «Comisión trilateral», expresión más acabada de la «conciencia de clase» de la fracción hegemónica del capitalismo a escala planetaria: «Experimentar modelos más flexibles, que podrían engendrar un mayor control social con una menor presión coercitiva».³

«El carácter sustancial homogéneo y solidario del área capitalista»⁴ se manifiesta en una doble serie de fenómenos conexos: la disminución del peso sociológico de la fracción hegemónica de la burguesía, la acentuación de la dependencia económica de grandes sectores de la burguesía histórica, la unificación capitalista en un número cada vez más reducido de grandes unidades económicas. La consecuencia y el motor de este proceso es el desarrollo monstruoso del Estado totalitario dentro de sus respectivos límites y el aumento de su autonomía respecto a la clase a cuyo servicio está; cada sociedad de capitalismo «maduro» se presentaba ya como «estatificada y compacta», gracias al poder unificador ejercido por el Estado sobre una sociedad que tiende aceleradamente a dividirse en dos únicas clases; estos fenómenos son hoy inseparables del desarrollo de la «solidaridad» entre los Estados capitalistas que se revela en la aceptación de crecientes limitaciones a su «soberanía»; el capital tiende a hacerse autónomo respecto a su propia clase histórica y respecto a los Estados nacionales: «La desaparición de la clase histórica de la burguesía es la condición ineluctable de la perpetuación del capital en tanto que relación social».⁵

La teoría oficial soviética de la «soberanía restringida» y la doctrina es-

El federalismo confederal

instituye la autonomía del sindicato, de la Confederación regional. Otra que la instancia soberana de la Confederación es el Congreso nacional de sindicatos, sin niveles intermedios. Otra establece que los acuerdos orgánicos sólo pueden ser anulados en asamblea del mismo nivel que la que los adoptó. Esas reglas expresan la voluntad de la CNT de escapar a la arbitrariedad y a la burocratización. En la CNT se fue exigente y hasta puntilloso en el respeto de ese conjunto de reglas, al mismo tiempo que indulgente respecto a sus infracciones cuando era evidente que habían sido impuestas por circunstancias externas e inspiradas por intenciones ajenas a la voluntad de poder. De la misma manera que su observación formal no expresa la vigencia de los principios que las inspiran, cuando éstos están profundamente anclados en la conciencia de los individuos su aparente incumplimiento no basta para desvirtuarlos. Una comunidad fuertemente sentida por la mayoría de los afiliados, unida al papel secundario que se atribuía a los comités, daba al conglomerado humano que constituía la CNT la confianza en que las infracciones serían de fácil corrección. Este fenómeno puede ayudar a comprender ciertos procesos de la vida orgánica de la Confederación inexplicables si se los encara desde un ángulo estrictamente ordenancista, y que pueden parecer

tadounidense del derecho de los Estados Unidos a intervenir allí donde se pone en peligro los valores en que se funda, según pretende su clase dominante, la sociedad americana, son reflejos ideológicos del movimiento de internacionalización del Estado. En el bloque de Estados de capitalismo «maduro», las fronteras han perdido su antigua función: garantizar el dominio de una clase sobre un espacio determinado y hacer de éste una base de agresión contra las clases dominantes en otros Estados. Las fronteras desempeñan cada vez más el papel de separación de las clases dominadas. Permiten el fraccionamiento de los explotados sin traer consigo una contradicción entre los explotadores, henchida de potencialidades revolucionarias.

El sistema capitalista lleva en sí mismo su muerte porque no puede escapar a su ley suprema, a la reproducción indefinida del capital y, en consecuencia, al no menos indefinido desarrollo represivo y totalitario del Estado. Producción y consumo se convierten en los únicos vínculos entre los hombres y el Estado, en el único unificador de la sociedad. La sociedad capitalista «no puede decir dónde va, porque ella misma no lo sabe. No dispone más que del provecho, a la vez su fin y su motor, absurdamente, como haría una máquina que sólo fuera apta para reproducirse a sí misma».⁶ Al final del siglo XX, estas afirmaciones no tienen nada de apocalípticas. La ideología capitalista es una utopía negativa, mortal, sin otra función que la de obtener la pasividad de las víctimas.⁷ El desarrollo indefinido que propone sólo es posible perpetuarlo hasta su natural implosión si es aceptado como ideología por la sociedad.

El *progreso* entendido como desarrollo indefinido de la producción y del

6. Olivier Revault d'Allons, en Gilles Lapouge, *La révolution sans modèle*, Mouton, París, 1975.

7. «El "Estado nuclear" convierte a la energía nuclear en el chantaje fundamental, en la base sobre

la cual legitima la vigencia del mando más desestructurado.» (Antonio Negri, *Dominio y sabotaje*, Barcelona, 1979.)

8. M. Maffesoli, *op. cit.*

El federalismo confederal

contradictorios a quienes no hemos tenido la experiencia de su compleja vida orgánica. «Clásica» cabe hoy añadir.

Si en la época de la hegemonía sindical de la CNT, ésta pudo digerir sin perder su carácter federalista aquellas infracciones fue porque su intensa vida interna se extrovertía en un proceso de luchas sociales no menos intenso. Las reglas federalistas se convierten en algo estéril —ritual o folklore—, en una organización estática o que gira sobre sí misma. Vaciadas de su contenido son formas muertas, fácilmente violables.

Una organización sindical tiene que estar regida por su mayoría y ésta expresarse por el voto. Por estar fundada en el principio de responsabilidad colectiva, el sistema mayoritario es ineludible. No hay por qué rasgarse las vestiduras en nombre del anarquismo. El federalismo libertario aporta correctivos a la ley de mayorías. El más eficaz es el que se funda en la solidaridad. La vida interna de un sindicato confederal no puede ser semejante a la de un sindicato de una central «reformista». Si la selección natural de sus afiliados la determinan las luchas concretas, su nivel de conciencia, su nivel moral, tiene que desarrollar una práctica orgánica que conduzca al desarrollo de formas de solidaridad directa

consumo, del «rendimiento» y de las «técnicas de gestión», sin otra referencia ideológica que el dominio sin límites de una naturaleza limitada denuncia la ausencia de proyecto «teórico» de la clase capitalista, disuelve «la teoría en técnica del poder» (A. Negri), «refuerza la opresión y la explotación social, amenaza a cada estadio con transformar el progreso en su contrario, la barbarie» (M. Horkheimer), y excluye la eficacia de toda mediación permanente entre ella y los explotados, instala una crisis que sólo un desenlace revolucionario puede resolver.

Abundan las críticas pertinentes del actual modelo de sociedad, se denuncian los peligros que hace correr al género humano en el presente y se demuestra su inviabilidad futura. Críticas, denuncias y demostraciones han alcanzado el nivel de fenómeno de opinión pública. No obstante, la crítica intelectual de la sociedad capitalista no se traduce en actos *políticos* que la impugnen de manera inmediata y permanente. Los partidos políticos «socialistas» y «eurocomunistas» con vocación gubernamental se sirven de esas críticas para fines electorales pero —parte del propio sistema— no las integran en una síntesis política. Su ingenua coartada es «el diferente sentido que atribuyen a la técnica y al progreso según su integración en el sistema capitalista o en el sistema socialista».⁸

La solidaridad y la homogeneidad capitalista e interestatal aboca toda empresa «revolucionaria» de conquista del Estado en un país a reproducir las líneas esenciales del sistema capitalista, en caso de problemática victoria. Como fenómeno político, el «eurocomunismo» pretende ser una estrategia para romper ese círculo de hierro, estrategia que sólo puede conducir a la integración de los partidos políticos que la promueven en ese mismo círculo. El «eurocomunismo» es el resultado de la plegaria para que nos sea dado milagrosamente a todos el imposible

El federalismo confederal

entre ellos. Esta circunstancia no sólo refuerza la eficacia externa del sindicato. Permite además la coexistencia en el sindicato de militantes de orígenes diversos, capaces de suscitar iniciativas no inspiradas directamente por el anarquismo, pero asimilables en la lucha por las finalidades confederales, al mismo tiempo que hace posible que se exprese y se desarrolle la personalidad de los no adscritos a ninguna ideología concreta.

El respeto estatutario de la minoría, de las minorías, podrá ser siempre desvalorizado si aquella solidaridad está ausente. El *sistema de normas* federalistas debe traducirse en un sistema de *normas de conducta* de los afiliados consecuente con aquél. Si una estrategia, si una táctica, si un acuerdo ha de ser aceptado, llevado a la práctica por todos los afiliados, su adopción tiene que ser el resultado de un proceso razonado abierto y no el resultado de una imposición mecánica por el sistema del voto, victoria que bien puede ser pírrica, si no es seguida de efectos o si es seguida de efectos endebles. Empero, la obstrucción sistemática de la minoría no es expresión de federalismo y tiene que desembocar ineludiblemente en la votación. Que la finalidad última del federalismo libertario, por estar fundado

confort capitalista; pero «como toda plegaria lo único que ha dado es el sacerdote», el mediador con la nada. Cuando la fracción hegemónica del capitalismo despliega su estrategia interestatal, las fuerzas políticas que asumen la «representación» de los dominados perseveran en la proposición de *alternativas* que implican el dominio del Estado y el «período de transición» en una unidad estatal. Los proyectos de la socialdemocracia y del eurocomunismo —en lo esencial idénticos— son el ejemplo perfecto de la alternativa «razonable» en el área del capitalismo «maduro». «Por un movimiento de sustitución, las centralizaciones que el capitalismo ha creado, administración, servicios, ejércitos, etc., las tomaría a su cargo el Estado y eso mismo constituiría el socialismo».⁹ El proceso expuesto, que revela la decadencia de las instituciones políticas burguesas tradicionales, proseguirá su curso sin otros límites tendenciales que los que imponen el planeta y la resistencia de los explotados.

El jacobinismo y el leninismo tienen similitudes profundas. Ambos degeneran hasta negar el carácter de clase del Estado: *Estado nodriza* del conjunto de la sociedad civil en las sociedades burguesas; *Estado de todo el pueblo* en las sociedades llamadas socialistas. La ideología liberal y su Estado árbitro mínimo ha encubierto la hipertrofia del Estado. La ideología leninista y su decadencia del Estado tras la dictadura del proletariado ha justificado la hipertrofia del Estado. Tal desarrollo, sin más límites que los que la sociedad civil logre imponer, o sin más límites que la propia sociedad civil si la resistencia de ésta no tiene efectos positivos, revela la tendencia congénita del dinamismo del Estado, paralelo al desarrollo del capital. Tal desarrollo es «natural». Pero ese pro-

9. *Ibid.*10. «Critique théorique», *loc. cit.*

11. Noam Chomsky, «Sobre la sociedad anarquis-

ta», *Cuadernos de Ruedo ibérico*, n.º 58-60.12. «Critique théorique», *loc. cit.*13. Lenin, *Obras*, XVII, p. 81.

El federalismo confederal

en la unidad del hombre, es la unanimidad, es algo que tiene que tener presente la mayoría. Pero que no debe olvidar la minoría.

Un sindicato puede funcionar como una minidemocracia. Pero una pirámide de minidemocracias puede funcionar con facilidad en régimen oligárquico. Para evitarlo, el federalismo confederal instituyó el sindicato no sólo como unidad básica sino como unidad autónoma. El sindicato no puede admitir más instancia soberana que el conjunto de sindicatos expresándose en congreso. El resto de los organismos confederales —desde el comité de sindicato hasta el comité nacional, pasando por los plenos, plenarias y conferencias— no pueden constituirse en instancias intermedias de la misma naturaleza. Son instancias y organismos auxiliares.

La organización significa siempre acumulación de poder. La acumulación del poder en un punto, o en escasos puntos de la propia organización, es manifestación de un proceso avanzado de burocratización o del comienzo de ese proceso. La organización de la CNT traduce una voluntad de impedir tal concentración y de hacer posible que el poder de la organización circule por toda ella.

Aunque el federalismo confederal haya sido objeto, en sus líneas generales, de

ceso constituye también «uno de los destellos de esperanza que jalonan los caminos de la revolución».¹⁰ «Cuanto más concentración de poder y de autoridad, más rebelión y mayores esfuerzos para organizarse a fin de destruirla».¹¹ Esta situación es la que hace que «los combates proletarios más significativos de nuestra época no son dirigidos contra la burguesía sino contra el Estado [...] La lucha revolucionaria se dirige directamente contra el capital y también contra los que, queriendo justificar su existencia separada, sitúan «mediaciones», partidos y organizaciones en el camino de la revolución [...] La vanguardia separada aparece visiblemente lo que es: la vanguardia del mantenimiento de las separaciones».¹²

El problema de la no «linealidad» del paso de la sociedad capitalista a la sociedad socialista se lo planteó Lenin, siguiendo en ello a Marx. La teoría de la revolución se condensa en un proceso simple: la conquista del Estado por un movimiento insurreccional dirigido por el partido revolucionario fuertemente militarizado que instaura la «dictadura del proletariado» y preside un «período de transición» hacia la sociedad socialista.¹³ Este esquema se funda en el análisis del mundo capitalista en su fase imperialista, «estadio supremo», portador de contradicciones internas insolubles, y supone que el capitalismo puede ser vencido en un Estado, arrancado así a la cadena imperialista. Este sigue siendo el núcleo de las críticas dirigidas por los marxistas leninistas y antileninistas contra los reformistas socialdemócratas, contra quienes rechazan la utilización del Estado como instrumento de la transición y contra quienes desde una vertiente revolucionaria «voluntarista» afirman que la transición al socialismo comienza antes de que la clase obrera se haya señoreado del poder estatal.

En las críticas que la «izquierda revolucionaria» dirige hoy al esquema leninista cabe distinguir dos vertientes. Una, la que constituyen las diver-

El federalismo confederal

acuerdos expresos en el pasado, muchos de sus aspectos quedaron abandonados a la costumbre o al espíritu libertario de los afiliados. Si aquellas líneas generales deben ser confirmadas, hay que explicitar también los aspectos secundarios del funcionamiento orgánico, especialmente allí donde el silencio normativo puede significar el abandono de un poder discrecional a las instancias auxiliares —comités, plenarias, plenos, conferencias—. Por la cesura que establece el silencio normativo es por donde puede introducirse, sobre todo en circunstancias de emergencia, la burocratización y la arbitrariedad.

El desarrollo del federalismo no puede ser abandonado exclusivamente a los controles de orden moral. Nada más fácil que anular ciertas reglas federalistas mediante el recurso al ridículo o al principio de eficacia. Ciertas medidas de apariencia infantil si se las encara con arreglo a las normas de la sociedad autoritaria, expresan la sustancia misma del federalismo y, sobre todo, poseen un valor pedagógico y ejemplar. Aunque el sindicato confederal y la Confederación se conciben —en tanto que organización autogestionada— como una escuela de formación práctica de sus militantes, nada puede inmunizarlos de manera absoluta contra la influencia del entorno social y de los fenómenos —la ley de hierro de las oli-

Las tendencias marxistas que atribuyen la quiebra de la revolución a la degeneración estalinista (burocrática), es decir al agente, al partido, y no al proceso implícito en el esquema, degeneración que no afecta al carácter socialista impuesto a la economía por la aplicación del esquema leninista, cuya validez intrínseca y posibilidad de su repetición en otras áreas estatales no se discute.

En la segunda vertiente coexisten tendencias marxistas con otras de diverso origen ideológico y en ella las críticas manifiestan mayor esfuerzo teórico. La «dictadura del proletariado» no lleva en sí la destrucción del Estado, sino que lo prolonga y lo desarrolla indefinidamente. No hay «sociedades de transición» sujetas a leyes propias de desarrollo. El sistema económico de la «dictadura del proletariado» reproduce el carácter fundamental del capitalismo: «El mecanismo de la formación de la plusvalía permanece y el proletariado continúa siendo sometido al papel que el modo de producción capitalista le ha asignado» (Rossana Rossanda). La imposibilidad de control interno de este proceso inspira las formas de lucha adoptadas por muchos de los grupos «neoanarquistas» y de la «nueva izquierda», en su doble rechazo del juego político de la clase dominante y de la toma del poder estatal por la vía electoral o por la vía insurreccional. Inspira también las tentativas de evasión comunitaria que traducen los términos autogestión, autonomía, control obrero en el seno de la sociedad capitalista.

La aparente desnaturalización de las revoluciones históricas no es imputable a la degeneración del partido revolucionario, sino a un hecho fundamental: «La estructura conservadora que cabe acreditar a la revolución instituida reside en el hecho de que se inscribe funcionalmente en

14. Michel Maffesoli, *op. cit.*

15. Alexander Shapiro, *Crítica de la CNT*, Ruedo ibérico, Barcelona, 1979. (En impresión.)

16. Antonio Gramsci, *Passato e presente*, Turín, 1951, p. 158.

El federalismo confederal

garquías— que acechan a toda organización. El federalismo puede convertirse en una nebulosa ideológica cuya función se limite a justificar una vida orgánica burocrática. El principal fenómeno de este orden es la *entropía democrática*, cuyos efectos más aparentes son la degradación de la calidad de la representación, de la calidad de la participación de los afiliados en la vida orgánica.

El mantenimiento y el desarrollo del federalismo exige que sean establecidas barreras para que la manifestación de aquellos fenómenos no permita la manipulación de la organización con efectos irreversibles, la introducción de cambios en su estructura y en su funcionamiento, que instalen definitivamente la explotación de aquella entropía por una burocracia. En el cuadro del sindicato, la vida orgánica debe paliar los determinismos que impone la sociedad actual a través del urbanismo, de la publicidad, de los *mass-media* de efectos negativos sobre la formación de la conciencia y que son la causa principal de las degradaciones señaladas. El sindicato debe ser un foco informativo que ayude a establecer una relación de causa a efectos en los procesos sociales, un foco de reflexión colectiva que contribuya a la formación de un pensamiento autónomo.

La vida de la CNT tiene que ser una vida pública. Los conflictos internos mismos

el mecanismo de la toma del poder político [...] El poder no cambia de naturaleza, cualesquiera que sean los hombres que lo utilizan o la doctrina que le sirve de fundamento».¹⁴

Los teóricos que se afirman anarquistas hacen de la destrucción del Estado la condición *sine qua non* del paso de la sociedad capitalista a la sociedad socialista libertaria. Rechazan el principio de una dictadura «provisional» (período de transición) que preside la realización de un programa mínimo («sociedad de transición»). «Un movimiento tal como lo concebimos, es decir aquel cuya finalidad es la emancipación *integral* del pueblo sobre la base del comunismo libertario, no puede nunca, por voluntad propia, limitar su actividad y restringirse a un sistema temporal de realizaciones, sea cual fuese», porque determina «la estabilización de un régimen compatible con el programa trazado», régimen que asfixia la revolución.¹⁵

Tan tajantes afirmaciones no resuelven el doble problema de la destrucción del Estado y del paso a la sociedad socialista libertaria. El nudo gordiano que constituyen los dos aspectos no es desatado sino cortado y su unidad escindida.

Gramsci, como otros marxistas sensibles al peligro de degeneración que amenaza a todo proceso revolucionario, resumía esa contradicción: «No es verdad que *destruye* quien quiere destruir [...] Porque no se trata de destruir cosas materiales, se trata de destruir «relaciones invisibles», impalpables, aunque se escondan en las cosas materiales [...] Por eso puede decirse que se destruye cuando se crea».¹⁶

Los teóricos anarquistas han intuido que no basta la destrucción de la unidad del aparato del Estado para destruir aquellas «relaciones invisibles», pero han eludido con frecuencia el problema situándose *a partir* de esa destrucción («el hecho revolucionario»). Pero en el rechazo del «período de transición» está implícita la renuncia a la «toma del poder»

El federalismo confederal

deben desbordar el marco de las propias organizaciones. La información es fuente de poder y la jerarquía de la información tiende a convertirse en jerarquía de poder. Una organización sindical no tiene secretos que sus enemigos no conozcan. Si el secreto puede ser una fuente de eficacia exterior, es sobre todo fuente de poder que se ejerce en el interior de la organización que lo tolera.

La competencia es fuente de poder y su relativa rareza tiene tendencia a traducirse en jerarquía de poder, por un proceso tan simple como negativo: el malthusianismo, la tendencia a no reproducirse, a transferirse entre iniciados. Fue tendencia en alguna fracción de la militancia confederal del pasado que la competencia debía expresarse preferentemente fuera de la organización y a su servicio y en sus asambleas más que en los comités orgánicos. La tan aducida complicación de la vida moderna no plantea a los sindicatos ni a la Confederación problemas que exijan competencias raras. Y si es ley en la CNT que los comités sean administradores de acuerdos que ellos no pueden adoptar, catapultar de manera permanente las «competencias» a los puestos de los comités y mucho más mantenerlos en ellos a causa precisamente de su competencia, contradice ese principio. La movilidad de los cargos debe ser rigurosamente establecida y respetada. No basta con

como agente decisivo de la revolución. Y aunque carezcamos de sistematizaciones al respecto, la hipótesis de que ciertos teóricos anarquistas hayan visto el «período de transición» como previo a la destrucción de la unidad formal del Estado y no como algo posterior es plausible. Kropotkin no ve la revolución como un paso de la noche al día, sino como «un período insurreccional de tres, cuatro, cinco años quizá», período que para Malato puede prolongarse muchísimo más. Más cerca de nosotros, Murray Bookchin entiende la revolución como un largo proceso: «Es necesario que el sistema se derrumbe, es necesario que no combata, y no se derrumbará más que cuando [...] su poder haya sido tan profundamente minado material y moralmente que la insurrección sólo tenga un papel simbólico y no real que desempeñar».¹⁷

Si las palabras tienen algún sentido, ese período tiene el carácter de una «insurrección permanente», de una «transición en acto», y no es posible confundirlo con la creación por los explotados —por sus fideicomisarios— de un nuevo poder asimilable al Estado, ni siquiera como un segundo poder destinado a ocupar el lugar del primero, sino como un *antipoder* permanente, inseparable de la existencia del poder al que se opone. Es posible afirmar que el anarquismo imputa la desnaturalización de las revoluciones a los límites del *desarrollo social*, sobre todo a nivel de conciencia: «La revolución es un acto de conciencia *en el más amplio sentido del término*». La idea de *alternativa* global, en el sentido habitual que le da la lengua política, la rechaza la antropología anarquista como un concepto maniqueo y antirrevolucionario.

Sobre las estrategias a que dio lugar el movimiento revolucionario contemporáneo, incidieron de manera determinante los análisis del capitalismo realizados por Marx y Lenin, cuya profundidad y validez parcial

17. Murray Bookchin, *Spontanéité et organisation*, Noir et Rouge, París, sf.

El federalismo confederal

que los comités remitan en las fechas previstas su mandato a las asambleas. La rotación no es suficiente para impedir la constitución de una burocracia y, al igual que la reelección, debe estar regulada por normas estrictas.

De las reglas federalistas concretas se habla poco, quizá porque se den por sabidas. No han sido expuestas de manera sistemática por considerar tal vez que ello era vaciarlas de sentido. Pero en el conjunto de la Confederación, las reglas instituidas por los acuerdos congresales y por la costumbre confederal deben ser escrupulosamente observadas, no por ordenancismo, sino porque su abandono conduce directamente a la CNT allí donde todas las «tendencias» que en ella se manifiestan hoy afirman expresamente que no quieren llevarla. Ese conjunto de reglas debiera ser objeto de una campaña de divulgación, porque la primera condición para que los afiliados exijan su respeto es el conocimiento directo de ellas y no el que su interpretación sea el atributo de una minoría. Ello no basta. La independencia de la CNT es inimaginable sin la participación activa de sus afiliados en la vida orgánica. Solo la extroversión de la CNT en la sociedad global, sólo la agitación y la lucha externas pueden poner freno al absentismo orgánico, desarrollar la vida interna, dar sentido a los canales normativos que sólo lo tienen cuando por ellos circula la vida. Ayuntamiento de Madrid

son innegables, y los que sobre el Estado hicieron Bakunin y Malatesta, cuya clarividencia probó la historia. En el análisis leninista del capitalismo era esencial la aprehensión de las contradicciones insuperables entre los Estados capitalistas. Hoy éstas pasan a segundo plano y el desarrollo monstruoso del Estado —el «Estado atómico»— y la contradicción del capitalismo consigo mismo se han convertido en el centro de las preocupaciones revolucionarias.

Pero sobre aquellos esquemas estratégicos ha influido con mayor eficacia el peso ideológico de los modelos históricos, sobre todo el que constituye la revolución rusa de 1917. La mitificación del «gran día» no ha contribuido a desarrollar la capacidad combativa de los dominados, pues, a través de la exaltación del papel protagonista del partido, se ha hecho a expensas del movimiento revolucionario. Un análisis severo no «interesado» pone en evidencia que la toma del poder por los bolcheviques es en muy escasa medida el resultado de un movimiento metódicamente preparado. Tampoco la revolución española de 1936 es el resultado de un ataque frontal al Estado y a la sociedad capitalista decidido por los anarcosindicalistas, sino una heroica y transitoria victoria propiciada por el abandono, la destrucción previa por las clases dominantes de su propio Estado.

La identificación de la sociedad socialista con la sociedad de la abundancia ha tenido y tiene efectos negativos sobre la escala de valores de los movimientos revolucionarios. Supone la identificación del consumo con el *consumismo* y de la producción con el *desarrollo industrial ilimitado*. Aquella confusión la hacen posible los residuos de las teorías revolucionarias decimonónicas. Los límites geoeconómicos y demográficos de la sociedad humana excluyen toda posibilidad de desarrollo industrial ilimitado, de sociedad de abundancia que no se funde en la explotación de

El federalismo confederal

¿Qué han dejado los Congresos nacionales de la CNT?¹ Recordarlo nos parece necesario en una coyuntura en que la «vieja» CNT es desvalorizada (o defendida) a ultranza por las tendencias. Los Congresos nacionales no han tenido suerte, ni siquiera con los historiadores anarquistas o simpatizantes. No han sido objeto de un estudio profundo de conjunto, y son tratados en las historias generales que se refieren exclusiva o casi exclusivamente al movimiento anarquista español con menos detalle que otros muchos acontecimientos relacionados con la vida de la CNT que hoy nos parecen irrelevantes. Sin embargo, la médula de la Confederación Nacional del Trabajo hay que buscarla en sus Congresos. Además de las polémicas que en ellos se dirimieron, además de las decisiones cir-

1. Aunque muchas de las líneas maestras de la CNT fueron trazadas por el Congreso de Sans (1918), prescindimos de hacer su inventario. Se puede consultar a este respecto Manuel Lladonosa, *El Congr s de Sants*, Nova Terra, Barcelona, 1975. Hacemos menci3n solamente al Congreso fundacional (Bellas Artes), Barcelona, octubre-noviembre de 1910; al Congreso de Bellas Artes, Barcelona, septiembre de 1911; al Congreso de la Comedia, Madrid, diciembre de 1919; al Congreso del Conservatorio, Madrid, junio de 1931, y al Congreso de Zaragoza, Zaragoza, mayo de 1936.

la mayor parte de la humanidad en provecho de una minoría de la misma.

Sin la resistencia a los determinismos creados por la «sociedad de consumo» y la «cultura de masas» —aunque los modelos de vida que difunden sean inalcanzables para la mayoría de los miembros de la sociedad humana— es imposible desarrollar la conciencia de clase y una ideología autónomas. La despolitización de los dominados es el factor determinante de la politización de los dominantes, el instrumento de la parasitación de la sociedad civil por el Estado. El crecimiento del poder de los dirigentes se traduce en el aumento de la pauperización mental de la sociedad, pero también en un descenso de la capacidad movilizadora de aquéllos sobre ésta.

La sociedad capitalista asimila, integra en su propio desarrollo los correctivos propuestos por los modelos alternativos. La prospectiva prolonga en el futuro las líneas de la sociedad de dominación y de explotación, cierra la vía a lo posible. El realismo político conduce necesariamente al totalitarismo. En el mejor de los casos, al control burocrático, a la violencia «razonable»; en el peor, al delirio represivo. Las políticas que aspiran a la libertad serán siempre más frágiles que las políticas que ofrecen el *confort*. Una política de la libertad es incompatible con la autoridad, con el secreto, con el milagro. Las políticas del *confort* son perfectamente compatibles con la entrega al intermediario político, luego con la esperanza del milagro. Una política del *confort* es compatible con la infelicidad de los otros. Una política de la libertad es incompatible con la opresión del otro. Las políticas de la «felicidad», del *confort*, tienen sus últimas consecuencias en la visión delirante de un Estadonodriz, administrado por una burocracia justa. Las políticas de la libertad llevan en sí, como consecuencia final, no la supresión de los

El federalismo confederal

cunstanciales, susceptibles de informarnos no sólo sobre la interpretación del momento por la CNT, sino sobre las modalidades de su funcionamiento, sobre su propia realidad orgánica, esos congresos han dejado una serie de acuerdos fundamentales, que constituyen el *corpus* de la Confederación. Y ese *corpus* tiene una notable unidad y, por encima de las contingencias, su espíritu sigue siendo válido.

Congreso fundacional. Define el sindicalismo como la «asociación de la clase obrera para contrarrestar la potencia de las diversas clases poseedoras asociadas». No debe ser considerado como una finalidad ni como un ideal, sino como un medio de lucha «para recabar de momento todas aquellas ventajas que permitan a la clase trabajadora poder intensificar con esta lucha la emancipación económica integral de toda la clase obrera, mediante la expropiación revolucionaria de la burguesía tan pronto como el sindicalismo se considere bastante fuerte y bastante capacitado intelectualmente para llevar a efecto la expropiación de aquellas riquezas sociales que arbitrariamente detente la burguesía y la consiguiente dirección de la producción». «El Congreso declara que la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos [...] los sindicatos que integran la Fe-

gobernantes sino la desaparición de los gobernados. Incluso como «utopía» se trata de una utopía fecunda.

Una estrategia revolucionaria debe reflejar la situación concreta de las fuerzas susceptibles de llevarla a cabo, y una escala de valores que hace coincidir la sociedad socialista con la imposible sociedad de la abundancia no contribuye a desarrollar entre los explotados el movimiento revolucionario.

La sociedad a que tiende el movimiento revolucionario no puede ser pensada por sus teóricos en líneas rígidas, como algo acabado, no sólo a causa de la opacidad social, sino porque la sociedad no es nunca un «producto finito, es una tarea infinita». Pero si la teoría revolucionaria no puede preestablecer lo *que será*, sí debe delimitar lo *que no puede ser*, si no quiere convertirse en un reclamo con la misma validez que los programas electorales.

La voluntad de vencer a la opresión y a la explotación, la voluntad de destruir el poder establecido, contiene en sí el deseo de una sociedad diferente, contrapuesta, y desemboca necesariamente en la utopía, término que los teóricos revolucionarios y contrarrevolucionarios y los propios utopistas del pasado han ideologizado hasta el extremo. El enfrentamiento entre el «utopismo» y el «realismo» —tan viejo como el enfrentamiento entre el «reformismo» y el «revolucionarismo»— no es un aspecto del movimiento obrero revolucionario que pertenezca al pasado; conserva toda su vigencia, y porque responde a un impulso profundo del movimiento revolucionario el enfrentamiento adquiere mayor vigor tras el fracaso de las teorías revolucionarias «realistas».

¿Cómo luchar por la nueva sociedad sin una referencia concreta positiva a ella?

Esa sociedad existe en el espesor de la sociedad capitalista y su evoca-

El federalismo confederal

deración [Confederación] nacional sólo pueden estar constituidos por los obreros que conquistan su jornal en las empresas o industrias que explotan la burguesía o el Estado [...] debe considerarse exentos de esta clasificación a aquellos obreros que por su trabajo puedan perjudicar directamente a la organización sindical.»² «La huelga general ha de ser revolucionaria [...] una huelga general no debe declararse [...] sino para lograr una transformación total en el modo de producir y distribuir los productos [...] No obstante, puede darse, y se dan, casos en que la burguesía o los gobiernos [...] obliguen al obrero a declarar una huelga general en una localidad o en una región [...] y únicamente en un caso concreto [...] debe el Congreso acordar ir a la huelga general: en caso de aventuras guerreras.» «[...] la Federación [Confederación], ante un atropello cometido con alguna sociedad en lucha, debe abandonar la actitud casi tradicional en las sociedades obreras, de pasividad y de lamentos estériles para las víctimas, trocándolo por una

2. En 1910, la CNT se prevenía contra el golpe que hace temer esta afirmación: «Quien diga que los policías son también obreros deberá ser considerado como un policía». (*Los incontrolados*, marzo de 1976.)

ción no exige la referencia a construcciones ideológicas ni a perspectivas «realistas» tecnocráticas. El desarrollo de la conciencia de *lo que es* inseparable del desarrollo de la conciencia de *lo que puede ser*. La amputación del segundo término de esa unidad equivale a la destrucción del primero, es negar la posibilidad de toda revolución. «Una sociología de la revolución presupone el postulado de lo que no es visible [...] [la] extracción de lo que es *presente* y sin embargo *invisible*, ha podido ser calificada justamente de *utopía concreta*.¹⁸ «Hay otro mundo, pero es éste», decía André Breton. La «utopía concreta» no enfrenta la realización de un mundo preconcebido perfecto. Es una creación continua que se vive en el presente.

Rechazar ese proceso intelectual, confundiendo lo *extraordinario* (lo no percibido corrientemente) con lo imposible, consolida las formas de vida en la sociedad que los «realistas» dicen combatir y fortalece la sociedad de dominación en general, el poder de las burocracias sobre sus propios grupos, consolida la moral burguesa e impide la construcción de una moral revolucionaria. Pues si «todo proyecto político posee en última instancia una coherencia interna, que es la estructura lógica y cognitiva que le dio origen»,¹⁹ los proyectos políticos carentes de talante utópico son proyectos no revolucionarios. La voluntad de extraer lo que es presente y sin embargo invisible en la sociedad actual es el único nexo posible entre la teoría revolucionaria y el movimiento revolucionario. Sólo este discurso devuelve su sentido al tiempo político, abre el futuro en el presente. La «utopía concreta» descubre las posibilidades enterradas por el capitalismo en el espesor de la sociedad, rompe el umbral de la lógica capitalista y revela que lo que la ideología capitalista define como imposible es posible —y necesario— en cuanto se alcanza la conciencia de ello. La «utopía concreta» es radicalmente diferente de la utopía clásica, que era siempre un modelo, y se opone a todo modelo «revolucio-

El federalismo confederal

acción decidida cuya especificación de detalles y potencia de desarrollo lo determinarán inflexiblemente las circunstancias que concurren en los acontecimientos.» «[...] consideramos que lo que ha de constituir precisamente la redención moral de la mujer —hoy supeditada a la tutela del marido— es el trabajo que ha de elevar su condición de mujer al nivel del hombre, único modo de afirmar su independencia.»

Congreso de Bellas Artes. Sobre este congreso sólo quedan referencias fragmentarias; las actas no han sido halladas.

Congreso de la Comedia. «El Congreso aprueba que la unión de los trabajadores debe hacerse a base de acción directa, desechando los sistemas arcaicos empleados anteriormente.» «Considerando que las tácticas y las ideas de la CNT y las de la UGT son diametralmente opuestas y están ambas completamente definidas, y que no son, por tanto, ignoradas de nadie [...], no debe irse a la fusión de los dos organismos, sino a la absorción de los trabajadores que integran la UGT.» «[...] La CNT de España se declara firme defensora de los principios de la primera Interna-

nario». Es en sí misma un *antimodelo*, un elemento esencial de la impugnación de la sociedad capitalista, un elemento esencial de la subversión, un elemento esencial del movimiento revolucionario.

La experiencia histórica demuestra que la explosión revolucionaria que puede hacer posible la «conquista» o la «destrucción» del Estado capitalista es imposible de prever y de provocar: «Los grandes movimientos que han conmovido la historia no fueron nunca previstos contemporáneamente ni por anticipado. Cada uno de esos momentos ha sido un instante de ruptura de círculo vicioso del miedo, pilar del sistema de gobierno».²⁰

La imposibilidad de determinar el momento y el carácter de la explosión revolucionaria no niega la percepción de los periodos prerrevolucionarios. Esa percepción plantea automáticamente si el proceso de transición a la nueva sociedad se abre antes o después de la conquista del poder político por los explotados, si la destrucción del Estado es un «punto de llegada» o un «punto de partida», si el proceso revolucionario (o político) hay que concebirlo como la preparación metódica de la insurrección (o del enfrentamiento electoral) o hay que concebirlo como «práctica revolucionaria» en términos de lucha cotidiana. La respuesta hace coincidir a la mayor parte de las fuerzas que se pretenden revolucionarias: «Si partiendo de las preocupaciones inmediatas de los trabajadores, se formulan reivindicaciones que no son integrables en el régimen, se produce entonces una fusión entre la lucha por los objetivos inmediatos y la lucha por derribar al capital».²¹ Para los más, los objetivos

18. Yvon Bourdet, *Pour l'autogestion*, p. 44.

19. *Ibid.*

20. Alfredo Gómez, *Anarquismo y anarcosindicalis-*

mo en América latina, Ruedo ibérico, Barcelona, 1979.

21. Ernest Mandel, *Contrôle ouvrier, conseils ouvriers, autogestion*, Maspero, París, 1970, p. 18.

El federalismo confederal

cional sostenidos por Bakunin [...] se adhiere provisionalmente a la Internacional Comunista [...] mientras tanto la CNT organiza y convoca el Congreso obrero universal que acuerde y determine las bases por las que deberá regirse la verdadera Internacional de los trabajadores.»

Congreso del Conservatorio. «Estamos frente a las Cortes constituyentes, como estamos frente a todo poder que nos oprima. Seguimos en guerra abierta contra el Estado.» «El Congreso declara que la socialización de la tierra y de todos los medios e instrumentos que cooperan a la producción agraria, así como su cultivo, uso y administración por los sindicatos agrícolas, de productores federados, es condición primordial para la organización de una economía que asegure a la colectividad laboriosa el goce del producto íntegro de su trabajo.» En este congreso fueron aprobadas las Federaciones nacionales de Industria, asunto sobre el que nos extendemos en las páginas 110-111 y 136.

Congreso de Zaragoza. Sobre los propios congresos nacionales, decía que son «expresión de la soberanía de los sindicatos reunidos en sus asambleas, como norma

concretos, integrables o no, son sólo elementos de una estrategia de «reivindicaciones transitorias» que propulsan día a día un proceso cuyo «objetivo final» es la toma del poder por la clase obrera. Para los menos, la transición —la «transición en acto»— es un proceso de lucha contra el Estado y las clases dominantes, inseparable de la lucha contra el partido o los partidos de «oposición» por ser partidos de Estado.

La ruptura que atribuye finalidades tan diferentes a manifestaciones de una táctica aparentemente única, la establece la disparidad de resultados a que llega el análisis de la sociedad capitalista y del papel del partido revolucionario. Son los resultados de ese análisis los que inspiran las estrategias y, más que las luchas concretas, las modalidades de organización de los explotados.

La «transición en acto» responde a la pregunta: ¿Puede un poder estatal ser destruido de manera que su destrucción no implique la necesidad de un poder «dictatorial transitorio», de un «período de transición» que signifique un interminable proceso de conservación y de reforzamiento de un poder estatal? La «transición en acto» es la reacción del movimiento revolucionario contra el fracaso en el área del capitalismo «maduro» del reformismo socialdemócrata y del reformismo (o revolucionarismo) de los partidos comunistas y contra la perpetuación de la sociedad autoritaria que ambos contienen. La «transición en acto» se funda en el supuesto de que la sociedad capitalista lleva en sí su propia destrucción y que el embate de los dominados contra ella es consecuencia y causa de esa circunstancia, embate no en nombre de lo que podría ser sino en nombre de lo que ya es.

La inevitabilidad de un choque frontal de los oprimidos y explotados con el capitalismo «maduro», cuyo desencadenamiento no depende de ningún voluntarismo, presupone una guerrilla prolongada, un hostigamiento permanente que, al mismo tiempo que asume la propia defensa

El federalismo confederal

para todos los componentes de la Confederación Nacional del Trabajo». Los principios sobre los que había que asentar la unidad sindical los sintetizaba en estas bases: «1. Que la UGT, al firmar el pacto de alianza revolucionaria, reconoce explícitamente el fracaso de la colaboración al actual régimen imperante. 2. Para que sea realidad efectiva la revolución social, hay que destruir completamente el régimen político-social que regula la vida del país. 3. La nueva regulación de la convivencia nacida del hecho revolucionario será determinada por la libre elección de los trabajadores, reunidos libremente. 4. Para la defensa del nuevo régimen social, es imprescindible la unidad de acción, prescindiendo del interés particular de cada tendencia.» Sobre el problema del paro, el congreso aprobaba una serie de puntos que desbordaban el problema concreto que los suscitaba: «1. Jornada de 36 horas semanales sin disminución de sueldo [...]. 2. No consentir el cierre de fábricas, incautándose los sindicatos de las que cierran para explotarlas ellos mismos en común. 3. Abolición de la duplicidad de empleos y horas extraordinarias. 5. Constitución de Bolsas de trabajo dentro de los sindicatos. [...] 7. Retiro obligatorio a los 60 años para los hombres y a los 40 para las mujeres con el 70% del sueldo». Sobre la situación política el congreso tomó los siguientes acuerdos: Reali-

de los oprimidos y explotados, impide al capitalismo la adopción de medidas que retrasen la explosión de su crisis: arrancar concesiones para seguir denunciando la hipocresía de su concesión, para garantizar su aplicación práctica y permanente, para transformar la concesión en base de lucha por una nueva aspiración.

En su significación táctica, muchas de las acciones llevadas a cabo por los explotados pueden ser consideradas como manifestación del movimiento revolucionario aunque no sean la consecuencia de la aplicación de una estrategia consciente, aun siendo el resultado de estrategias políticas a las que hay que negar el carácter de revolucionarias.

La crisis de la sociedad capitalista se manifiesta en realidades sociológicas interclasistas que han sido calificadas de *nebulosas*: nebulosa ecológica, nebulosa contracultural, etc., cuya acción puede asumir diferente significado y que sólo el movimiento revolucionario puede canalizar revolucionariamente. Un análisis de la sociedad contemporánea fundado en la negación y una cultura fundada en ese análisis y encarnada en un número creciente de individuos que la propaguen, son factores que actúan como multiplicadores de la potencia del movimiento revolucionario. Son esos factores los que dan a las manifestaciones concretas del movimiento revolucionario la conciencia de su común identidad de origen, de su común identidad de intereses, de su común identidad de horizonte político. Fundan la estrategia del movimiento revolucionario que da sentido a las acciones que se manifiestan como «desorden», como «desequilibrio esencial», como «impugnación ininterrumpida», que dispone «la constelación del desorden a lo largo de cierto principio de orden».²²

El sentido unitario de las manifestaciones concretas de los oprimidos y explotados no lo dan necesariamente los propios actores, sino la prác-

22. Gilles Lapouge, *La révolution sans modèle*, op. cit.

El federalismo confederal

zar una amplia campaña de propaganda contra las leyes represivas y contra la pena de muerte; intensificar la propaganda de descrédito de todos los partidos políticos, haciendo ver al pueblo que la solución de sus problemas es cuestión de cambio de régimen y de estructuración de la sociedad; exigir la ampliación de la amnistía a todos los presos sociales y a los prófugos del servicio militar; intervención directa de la Confederación contra el fascismo; realizar una campaña contra la guerra y crear comités antimilitaristas; fomentar la aversión a la acción guerrera y el rechazo del servicio militar. «7. En caso de que el gobierno de España declare una movilización bélica, será declarada la huelga general revolucionaria.» En el plano organizativo, el congreso reafirmó la línea tradicional de la CNT, negando el espíritu del Congreso del Conservatorio. La estructura horizontal seguía prevaleciendo; «[...] la organización debe, por excelencia, estar constituida a base de sindicatos únicos de ramo e industria [...] En las poblaciones menos importantes deben los trabajadores agruparse en un solo sindicato [...] las federaciones locales son el nervio de la organización, debiendo, por tanto, todos los sindicatos formar la federación local [...] del sindicato a la federación, de ésta a la Confederación regional, y de ésta a la nacional [...] Así entendemos que debe estar constituida

tica global del movimiento revolucionario. La «transición en acto» no puede ser identificada ni sustituida por «un desarrollo molecular de contrapoderes dispersos». ²³ Estos contrapoderes son la traducción, la institucionalización de operaciones defensivas de la sociedad civil y, con frecuencia, son marginales al movimiento revolucionario, y no cabe confundirlos con el antipoder en que se constituye permanentemente el movimiento revolucionario. La «transición en acto» hay que identificarla con el conjunto de la acción del movimiento revolucionario. En éste pueden hallarse comprendidas organizaciones y grupos institucionalizados, pero el movimiento revolucionario, en sí, no puede ser institucionalizado. Su compleja realidad hace vana cualquier empresa que se proponga esa institucionalización y el propio intento hay que calificarlo *a priori* de antirrevolucionario.

La situación prerrevolucionaria que determina la evolución del capitalismo «maduro» no puede ser enfrentada con esquemas revolucionarios tradicionales, todavía vigentes en el plano ideológico. «La historia no es obra del destino ni de la casualidad, ni de ninguna "ley" inevitable, sino de una necesidad y de una libertad que no es azar». ²⁴ Esta necesidad no determinable y esa libertad que no es azar son las realidades en que se asienta la posibilidad de la revolución. Concebir ésta como el desenlace de una relación de fuerzas cuantificable aritméticamente plantea el proceso revolucionario como alternativa, suprime la posibilidad misma de la revolución.

El movimiento revolucionario es preexistente a la teoría revolucionaria. Ninguna teoría revolucionaria ha logrado crear un movimiento revolucionario. Las teorías se injertan sobre un movimiento revolucionario, para bien o para mal de éste. Los marxistas siguen dando vueltas en busca de la solución de una dualidad que sus teóricos fundadores esta-

El federalismo confederal

la organización obrera». El congreso adoptó el dictamen sobre «Concepto libertario del comunismo libertario».

El dictamen sobre el «Concepto confederal del comunismo libertario», aprobado por el Congreso de Zaragoza, ha sido, y sigue siendo, manzana de discordia en el seno del movimiento anarquista español. No me hallo entre los partidarios —si los hay— de ese dictamen, pero estimo que las reacciones que suscita son exageradas si son sinceras. Para enfrentarse con el uso que de él hacen ciertas tendencias, hay que diferenciar netamente dos aspectos del dictamen. En lo que se refiere al fin último de la CNT, vigente hasta el próximo Congreso, aquel dictamen no aporta nada. Fue el Congreso de la Comedia el que declaró de manera sobria que «la finalidad que persigue la Confederación Nacional del Trabajo es el comunismo libertario». Esa finalidad sigue implícita y explícitamente expresada en los acuerdos del Congreso del Conservatorio.³ En lo que el dictamen innova es en su proyecto de organización del comunismo libertario. Y si lo que se impugna es el co-

3. Véase en este trabajo «El horizonte del anarcosindicalismo», p. 179-212.

blecieron: «Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario» [...] Pero sin movimiento revolucionario, o fuera del movimiento revolucionario, ¡sólo hay teorías reaccionarias!».²⁵ Los hombres no sólo deben tener conciencia de la necesidad de la revolución, tienen que tener *deseo* de ella, pues «la crisis consiste justamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer» (Gramsci). Es la explosión revolucionaria, desenlace de la subversión y de la «transición en acto», la que establece la relación de fuerzas. La explosión revolucionaria expresa la desaparición del soporte esencial de la relación de fuerzas anterior a la revolución, el soporte del poder que establece la relación de fuerzas prerrevolucionaria: el miedo de los dominados. El ordinario retraso de los dominados respecto a los proyectos de los dominantes sólo puede ser colmado por la explosión revolucionaria. Por eso el movimiento revolucionario debe tener como finalidad inmediata devolver la confianza a los hombres. La gran arma del mantenimiento de la «reproducción» de la sociedad capitalista es el haber suprimido la esperanza en el mañana. Una de las formas de esa desesperanza es el rechazo de los signos anunciadores de los peligros que nos amenazan. El miedo es el primer enemigo de la revolución.

El factor esencial de todo movimiento revolucionario es su carácter subversivo. Es la subversión la que permite salir del campo delimitado por la clase dominante, la que da armas propias al movimiento revolucionario.

La explotación es el lugar privilegiado para atacar a la sociedad capitalista, si la impugnación no es confinada en los límites estrictos del lugar de trabajo, del conflicto económico, si se hace trascender la impugnación a un plano global, al conjunto del sistema capitalista. Mu-

23. Christine Buci-Glucksmann, *op. cit.*
24. Herbert Reed, *Revolución y razón.*

25. Pierre Philippe Rey, *Las alianzas de clase*, Siglo XXI, Madrid.

El federalismo confederal

munismo libertario como finalidad de la Confederación, afirmada en tres congresos sucesivos, los ataques al dictamen del Congreso de Zaragoza sobran. Sus enemigos le reprochan su aspecto demagógico, su carácter híbrido y, *a posteriori*, el que el congreso le concediera excesiva importancia en detrimento de problemas más urgentes. Se ha afirmado que su discusión fue planteada para distraer la atención del congreso. Puede que sea cierto. Pero si la discusión del dictamen pudo apasionar al congreso fue porque la ideología que expresaba estaba fuertemente difundida entre los afiliados de la CNT y es innegable que su aprobación colmó las esperanzas de la mayor parte de las delegaciones. Se ha calificado al dictamen de «divorciado en sus grandes líneas de la metodología que podía hacer suya un movimiento sindical de asociación de trabajadores, que había hecho de esas asociaciones el embrión de la futura estructura económica». En efecto, según el dictamen, el núcleo fundamental de la nueva sociedad no es el sindicato sino la comuna. Pero a lo largo de su historia, la CNT no reivindicó para el sindicato en la

4. Diego Abad de Santillán, *Contribución a la historia del movimiento obrero español*, III, México, 1971, p. 304.

chos anarquistas,²⁶ y especialmente muchos «neoanarquistas», afirman que la lucha de clases no agota la «conflictividad social», y escinden las luchas antiautoritarias de la lucha de clases. Esa concepción es errónea. Las luchas antiautoritarias en que se expresa esa «conflictividad social» que no se agota en la lucha de clases, por muy alejadas que parezcan del enfrentamiento clasista, son siempre expresión, más o menos directa, de la lucha de clases. Pero la apariencia subversiva de una acción no presta a ésta necesariamente un sentido subversivo, porque «la infracción de la ley social no constituye una práctica subversiva más que si, a través de la ley, apunta al orden social que esta ley instituye y protege».²⁷ Las luchas antiautoritarias tienen una eficacia específica. Atacan directamente la ideología del sistema capitalista y la destruyen con un vigor que sólo superan las luchas contra la explotación cuando se generalizan. Subversión y voluntad revolucionaria son consecuencia de planos distintos del espesor social. La subversión pone el acento sobre la situación que la provoca. La ofensiva subversiva «apunta menos a la ocupación y a la organización de un lugar que conquistar que a la desorganización del sistema, de dismantelar la dominación».²⁸ En la subversión se expresa el sentimiento de que el sistema contra el que se rebela no puede ser anulado de golpe sino que tiene que ser destruido constantemente. Empero, la subversión no expresa una renuncia a la revolución, pues abre el callejón sin salida a que la lucha política tradicional ha reducido en enfrentamiento entre los explotadores y los explotados, entre los opresores y los oprimidos. La subversión alcanza carácter revolucionario cuando se generaliza en toda la sociedad, cuando se manifiesta en forma de explosión revolucionaria. Y sólo la manifestación permanente del espíritu subversivo hace posible que la revolución fluya ininterrumpidamente, la preserva de encallar en el reformismo o en el totalitarismo.

El federalismo confederal

nueva sociedad más que el papel de organizador de la producción y de la distribución, que el dictamen conserva, y no el de organizador de la vida social. No es cierto que, más allá de sus fines propagandísticos, la eficacia del dictamen fue nula. Sus esquemas organizativos fueron aplicados de manera bastante fiel en muchas de las realizaciones revolucionarias de los primeros meses de la guerra civil y no siempre con malos resultados. Y si lo que se impugna en él es el carácter operativo en una coyuntura que hoy nadie puede juzgar como rigurosamente inmediata, la cosa no corre prisa ni merece mayor esfuerzo. Más claramente expresado: no es el mantenimiento o la abrogación de ese dictamen lo que determina la urgencia del congreso. La vaguedad en que el dictamen deja al «hecho revolucionario» que permita la puesta en marcha de su proyecto de organización es un reproche que no he hallado todavía. Algunos documentos preparatorios del dictamen de que no dispongo trataban, al parecer, este aspecto con más claridad. Pero el dictamen pasa de los principios, ampliamente tratados, a la organización minuciosamente expuesta de la finalidad, saltándose a la torera los medios. Y la discusión de las razones de ese vacío es de planteamiento urgente, pues ese vacío ocupa el lugar del nudo en que

El intento de aplicación de un modelo conduce a la militarización previa del movimiento revolucionario. Las revoluciones programadas, previamente demostrables, no funcionan. *Todos los partidos revolucionarios son termidorianos*. Su función no es la de desencadenar la explosión revolucionaria, sino la de extinguirla cuando se ha producido, de contenerla antes de que se manifieste. La historia resulta de la combinación de procesos autogenerativos y de procesos heterogenerativos (Edgar Morin). La explosión revolucionaria es el proceso heterogenerativo por antonomasia. La explosión revolucionaria desobedece al modelo revolucionario, y la revolución es su fruto. Es la manifestación violenta y generalizada de la lucha contra lo que se combate.

Sólo *a posteriori* una revolución puede ser juzgada como tal, y sólo entonces, cuando se ha convertido a su vez en un modelo cuya reproducción se propone, o en un modelo que se impugna, es posible considerarla inevitable... en el pasado. En el presente, la única manera de concebir la revolución es en la negación constante de lo que se quiere revolucionar.

La pregunta que plantean las páginas precedentes es si una organización anarcosindicalista —la CNT— puede fortalecer o debilitar al movimiento revolucionario español.

Esta pregunta no impone una redefinición del sindicalismo revolucionario que lo pusiera de acuerdo con lo que exige la relación actual capital-Estado y clase obrera. Impone una exposición de los caracteres fundamentales del sindicalismo revolucionario que dé de lado a cuanto de secundario acumuló la historia sobre el concepto.²⁹

26. *Un programa anarquista*, Gruppi Anarchici Federati, junio de 1978.

27. Mikel Dufrenne, *Subversión, perversión*, Ruedo ibérico, Barcelona, 1979. (En impresión.)

28. *Ibid.*

29. Las perentorias afirmaciones que siguen no son otra cosa que las exégesis de dos documentos fundamentales, la Carta de Amiens (1906) y los Principios de la AIT (1923), y de los acuerdos de los Congresos nacionales de la CNT.

El federalismo confederal

confluyen los problemas de organización, de estrategia, de táctica y de finalidad de la Confederación: el problema del tránsito de una sociedad a otra.

La gran enseñanza de los congresos nacionales del pasado es que en ellos hallan su equilibrio las tendencias. Cuando los acuerdos no corresponden a ese equilibrio real en el conjunto de los sindicatos, tienen poco efecto práctico positivo y anuncian el peligro de escisión (Congreso del Conservatorio y separación de los sindicatos de «oposición»).

Una organización, incluso creada *ex nihilo*, hunde sus raíces en el pasado. Una organización afirma su unidad expresándose globalmente. La Confederación Nacional del Trabajo sólo se expresa en tanto que tal en los Congresos nacionales. El Congreso nacional de sindicatos de la CNT es necesario con urgencia por esa misma razón. Plenos locales, Plenos regionales, Plenos nacionales, ampliados o sin ampliar, ni siquiera Conferencias nacionales de sindicatos, pueden sustituir al Congreso nacional, y constituirse en droga permanente para calmar el vacío que deja su ausencia.

Un congreso nacional de la Confederación Nacional del Trabajo no surge de la

Cualquiera que sea su origen anecdótico, el anarcosindicalismo no puede ser reducido a un fenómeno de encarnación del anarquismo —«elitista»— en la clase obrera —«masificada»—. Pero entre quienes se aproximan al problema desde afirmaciones anarquistas —incluso entre los «clásicos»— son corrientes las definiciones del anarcosindicalismo como la síntesis de una *forma* —el sindicato— y de una *doctrina* —el anarquismo—. Prefiero, por más explícito, el término «sindicalismo revolucionario» al término «anarcosindicalismo». La ambigüedad de éste lo ha prestado a superficiales juegos de palabras.

La relación entre el anarquismo y el sindicalismo revolucionario no puede ser programática porque un programa anarquista se niega a sí mismo, y el sindicalismo revolucionario, en tanto que medio poético, implica la adopción de líneas programáticas. «Las ideas políticas de cada uno o sus ideas acerca de la organización social tienen, en el fondo, sus raíces en algún concepto de la naturaleza humana y sus necesidades.»³⁰ El vínculo entre el anarquismo y el sindicalismo revolucionario lo establece el concepto de ser humano y el concepto de revolución.

Un sindicalismo autónomo, que rechaza las mediaciones que pudieran vincularlo permanentemente a la sociedad en la que lucha es un sindicalismo revolucionario. Es un sindicalismo que, si no basta para todo, se basta a sí mismo porque lleva en sí automáticamente una finalidad que lo trasciende y es inseparable de unos métodos de acción y de unas modalidades de organización. Un *sindicalismo que niegue consecuentemente la condición obrera tiene que ser anticapitalista, antiestatal, autosuficiente*. Todas esas fórmulas expresan contenidos revolucionarios. Cada una de sus negaciones lleva en sí una afirmación. Reacción irreductible contra la sociedad en que se manifiesta, *se integra en el movimiento revolucionario de manera natural*.

El federalismo confederal

nada. No basta que un comicio de individuos se reúna y se titule Congreso nacional de la CNT —apelando a ésta o aquella ficción jurídica— para serlo. Los congresos pasados de la CNT fueron determinantes en la historia del movimiento obrero español porque en ellos confluían los hilos terminales de una red que penetraba en todo el espesor de la sociedad española. Desde 1910, cada congreso nacional de la CNT se plantea el presente de la sociedad española, con la voluntad de abrirle un futuro. No cualquier futuro. Y precisamente por eso, los congresos nacionales de la CNT no cortaron nunca la raíz que los unía al primer Congreso de Bellas Artes, ni cada congreso a los congresos que lo precedían. Porque un Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo es soberano sin más límite que el de no negar la realidad historicosocial, en el más amplio sentido de la palabra, que en él converge, que lo hace posible, que a través de él va hacia el futuro.

En la Confederación Nacional del Trabajo organización y acción fueron manifestación de una misma realidad. Son algo indivisible: no puede abandonar la «acción» que le es propia por su propia «forma», sin modificar esa forma; le es imposible cambiar la «forma» sin que la «acción» se desvirtúe. Como afirmaba Juan Periró, *continente y contenido* son inseparables, son una unidad cuya fisión sólo

El finalismo del sindicalismo revolucionario es inseparable de su voluntad revolucionaria. *El sindicalismo no finalista es reformista*, acepta la validez permanente del sistema y del régimen en que se manifiesta.

El carácter ingenuo, *démodé*, de la finalidad de la CNT ha sido aducido reiteradamente con anterioridad al desencadenamiento de la actual guerra de «tendencias». Con menor insistencia, el «Concepto confederal del comunismo libertario», aprobado en el Congreso de Zaragoza (1936), fue puesto en causa en el período de «reconstrucción de la CNT».³¹

La finalidad de la CNT es más vulnerable en las elaboraciones en que la expresa una corriente mesiánica, siempre presente en el ámbito de la CNT, que en la significación real que condensa felizmente la fórmula «comunismo libertario». *Comunismo libertario* es el contrapié, el negativo de *capitalismo autoritario* y, en ese sentido, la fórmula posee una innegable potencia creadora, es expresión del «utopismo concreto» a que aludí antes. Lo demás es folklore.

En sus líneas esenciales el sindicalismo revolucionario que expresa la Carta de Amiens (1906) y el sindicalismo revolucionario de los Principios de la AIT tienen una profunda unidad. Esa unidad la da la común asunción de *la lucha de clases, la independencia* (autosuficiencia) *de la clase obrera y el federalismo organizativo*. La da también la comunidad de las tácticas fundamentales: la acción directa, el antiparlamentarismo, el antiburocratismo, la huelga, la ocupación de las fábricas, el boicot, el lábel y el sabotaje. Esas tácticas expresan la *violencia obrera*, «la violencia como medio de defensa contra los métodos de violencia de las

30. Noam Chomsky, «Linguistic and Politics», *New Left Review*, 57, 1969.

31. Véase en este trabajo la nota «El federalismo

confederal, la herencia de los congresos y el sexto congreso de la CNT».

32. Principios de la AIT (1923).

33. Georges Sorel, *Réflexions sur la violence*.

El federalismo confederal

puede tocar a muerte por la CNT. Peiró afirmaba —revelando el eje maestro de la CNT— que «los congresos confederales pueden modificar todos los principios de la CNT que se estimen de necesaria modificación. Lo que no puede hacer ningún congreso [...] es negar el fundamento y la razón de ser de la CNT: el antiparlamentarismo y la acción directa».⁵ Es decir, el anarcosindicalismo. Este no es —como corrientemente se afirma— una síntesis del anarquismo y del sindicalismo, híbrido que no soporta ni el análisis filosófico ni el análisis histórico. El anarcosindicalismo es un tipo de organización que origina una acción, o, invirtiendo los términos, una acción que exige un tipo de organización.⁶ El congreso nacional es soberano en esos límites, porque su soberanía no basta para hacer el milagro de conservar el carácter anarcosindicalista a la CNT tras haber modificado el continente o el contenido que inseparablemente la definen. De esa unidad le vino a la CNT su eficacia en el pasado. Esa unidad es la que perpetúa su modernidad, su

5. Juan Peiró, «Deslinde de campos», en *Acción Social Obrera*, citado en José Peirats, *La CNT en la revolución española*, Ruedo ibérico, París, 1971.

6. Véase en este trabajo «El horizonte del anarcosindicalismo».

clases dominantes»;³² la violencia repudiada por el reformismo sindicalista, e incluso por cierto sindicalismo que se pretende revolucionario; violencia que hay que reivindicar permanentemente, por su carácter fundador, y por ser el nervio de la potencia negociadora del sindicalismo revolucionario. Arma privilegiada del sindicalismo revolucionario, la huelga «es un fenómeno bélico; por consiguiente se comete una grave falsedad al decir que la violencia es un accidente llamado a desaparecer de las huelgas».³³

La agresiva manifestación de grupos humanos en los que prima el carácter de oprimidos sobre el de explotados no borra el hecho esencial de la explotación. El obrero es el único ciudadano de las sociedades de capitalismo maduro a un tiempo oprimido, dirigido y explotado. No hay por qué atribuir a la clase obrera un poder carismático cualquiera. La clase obrera no es sino la fracción de la sociedad en la que confluyen todas las formas de explotación, de dominación, de opresión, de alienación. Y sean cualesquiera los grados de mediatización política a que esté sometida «voluntariamente», habrá siempre en ella individuos y sectores que aspiran a esa liberación, que sólo colectivamente pueden alcanzar, que sólo es posible a través de un cambio radical de la sociedad capitalista o de las sedicentes sociedades socialistas.

La identificación del movimiento obrero con el movimiento revolucionario tiene su origen en un concepto simplista de la lucha de clases. La expresión *movimiento obrero* cubre una real unidad sociológica. A nivel político, sin embargo, es un movimiento a la vez unitario y plural. La unidad se la confiere la situación de la clase obrera en la sociedad clasi-

actualidad. Esa unidad es vulnerable. En las críticas a la CNT —de ayer y de hoy— hay que separar el grano de la cizaña. Los errores y las carencias pueden ser fácilmente utilizados para romper la unidad —organización/acción— que es la CNT.

La trascendencia de un congreso no es un valor fijo. Es consecuencia directa de la realidad cuyos hilos confluyen en él, de los objetivos que a la vista de esa realidad se proponga a sí mismo, de la coherencia de sus resoluciones con esa realidad. La celebración de un nuevo congreso nacional implica para la CNT aceptar riesgos serios, pues son muchos sus militantes que ven en su celebración una jugada de póker en la que dirimir «a todo o nada» la lucha entre las «tendencias» caracterizadas, las «tendencias» sin caracterizar y los «grupos de presión». ¿Cuáles son esos riesgos?: 1) Que sea utilizado para hacer realidad la perenne tentación de cambiar el *contenido*, los «principios confederales», en el sentido expresado por Juan Peiró, manteniéndolo como mascarón de proa los «principios anarquistas»; 2) Que sea utilizado para cambiar el *contenido*, la «forma» de la CNT, tentación que se ha manifestado obsesivamente a lo largo del período confederal 1976-1979; 3) Que sea

alidad la traducen las diversas formas que adopta en la práctica ese enfrentamiento.

El movimiento obrero, es decir, el conjunto de las acciones desarrolladas por la clase obrera —tendencial y organizativamente dividida, o no organizada— es un factor decisivo de la política española. Los proyectos políticos de la clase dominante y los de los partidos de la oposición gubernamental dependen de la «práctica», de las «prácticas» reivindicativas de la clase obrera. La fracción más combativa de la clase obrera, más consciente de esa situación, debe oponer un profundo rechazo a todo proyecto político encaminado a confinar al movimiento obrero en una función subordinada.

El sindicalismo revolucionario sólo es concebible imbricado en el movimiento obrero «real», es decir, como enfrentamiento con el movimiento obrero «oficial», el de las sindicales reformistas y el de los partidos obreros. El sindicalismo revolucionario rechaza calcar en sus luchas la lógica, las formas, la moral de sus enemigos de clase, pero también las de sus «concurrentes» sindicales.

En los sindicatos reformistas son organizados, con objetivos que difieren levemente entre sí, determinados obreros, y no todos. Por ello, en sus proposiciones concretas, el sindicalismo revolucionario no acepta en la práctica de sus luchas la división entre obreros sindicados y obreros no sindicados, entre afiliados a su propia organización y afiliados a otras sindicales, tiende a la unidad obrera *en torno a sus métodos de acción*. Pues si esos métodos de acción son abandonados por las sindicales reformistas, no lo son necesariamente, no lo son siempre, por los afiliados a éstas y por los obreros no sindicados. Ninguna consideración de táctica intersindical puede poner en causa lo que es un principio estratégico fundamental. La fuerza del sindicalismo revolucionario no resulta de la afiliación de la mayoría de los asalariados a su organización sino

El federalismo confederal

utilizado para alcanzar conjuntamente el cambio de *continente* y de *contenido*;⁷ 4) Que se llegue en él a un compromiso que perpetúe la «provisionalidad» actual. En los cuatro casos, el congreso daría un fundamento institucional a una CNT microsindical-grupúsculo, cerrándole el horizonte en la sociedad española.

Correr aquellos riesgos puede encerrar menos peligro que perpetuar una situación que desembocará ineluctablemente en uno de esos cuatro desenlaces, pues si bien el conjunto de la Confederación no puede hoy superar sin el Congreso esa situación, sí puede defenderse previamente contra los riesgos señalados, mediante la preparación del congreso por sí misma: por todas sus organizaciones básicas, incluidas las organizaciones básicas expulsadas, marginadas o desfederadas, por todos sus militantes, incluidos los militantes expulsados o abandonados en el camino; por sí misma, y no a remolque de sus comités. Sólo el congreso permitirá medir la fuerza real actual de la Confederación y sus posibilidades potenciales. El congre-

7. Empresas las tres para cuyo alcance se pueden aliar «grupos de presión» y «tendencias» hoy agresivamente contradictorios.

de la audacia de sus iniciativas, de la vitalidad de su estilo de vida orgánica.

El sindicalismo revolucionario permite que el campo político de las luchas sociales no se agote en el reformismo ni en la lucha por el poder. Es una manifestación de ese «otro movimiento obrero» que intentan revelar en España algunos grupos políticos no tradicionales, siguiendo los pasos de los proyectos en curso en otros Estados del área del capitalismo «maduro».

El sindicalismo revolucionario organizado es el único vínculo permanente posible entre el «sector central» de la clase obrera, «socialmente estable, productivamente marginado», protegido por el sindicalismo reformista, y el «sector periférico», «descentralizado y marginal, profundamente explotado», división que constituye el rasgo fundamental de la composición de clase de la clase obrera en las sociedades de capitalismo «maduro», rasgo que ya se había manifestado plenamente en las luchas sociales de la última década de la dictadura franquista.³⁴

El sindicalismo revolucionario no limita su impugnación, en cada momento concreto, al lugar de trabajo, proyecta la acción al exterior del marco concreto del conflicto.

Esa voluntad de no confinarse en el ámbito estricto del conflicto es un carácter fundamental del sindicalismo revolucionario. El punto octavo de los Principios de la AIT afirma: «El sindicalismo revolucionario se coloca en el terreno de la acción directa y defiende todas las luchas que no estén en contradicción con sus objetivos».³⁵

La diferencia cualitativa entre la acción sindical revolucionaria y la acción sindical reformista tiene su raíz en la finalidad última de los objetivos concretos perseguidos. En el marco determinado por la pluralidad sindical, el carácter revolucionario de la acción declarada no depende tanto de los objetivos que le han asignado previamente quienes la de-

El federalismo confederal

so y la discusión preparatoria del mismo constituyen una unidad cuya escisión desvirtúa al congreso, reduciéndolo a una formalidad vacía de vida. Esa preparación se debe hacer —según la norma vigente— en el marco de los sindicatos, porque un Congreso nacional de la CNT es, *estrictamente*, un congreso de sindicatos, pero la norma no excluye que la temática del congreso sea discutida, elaborada, al margen de ellos por cualquier militante, por cualquier grupo no sindical, «vertebrado» o invertebrado. Así fue siempre, pero no es una tradición lo que aquí se defiende. Cada sindicato puede asumir, en el marco de sus asambleas, además de sus propias mociones, aquellas ajenas que estime oportuno. Las instancias y los organismos coordinadores confederales deben limitar su intervención, en tanto que tales, a la labor de circulación de los trabajos preparatorios y a superar, en el plazo más breve posible, los obstáculos materiales que puedan frenar, impedir, la celebración del Congreso. Obstáculos ingentes, qué duda cabe, pero que en la coyuntura confederal actual no pueden primar sobre la urgente necesidad del sexto Congreso nacional de la CNT.

claran, como de la *forma* que adopta su desarrollo. Ese carácter es determinado por su *contexto exterior*.

El marco de la acción no puede tener otros límites que los que imponga la relación de fuerzas en presencia, el nivel de conciencia alcanzado *en un lugar determinado y en el conjunto del Estado*. Precisamente esa circunstancia es la que lleva a ciertos marxistas españoles a estimar que el actual movimiento obrero español puede enlazar con su tradición anarcosindicalista. «Desde el punto de vista de la formación de la conciencia de clase y de la educación política lo más importante no es lo que se obtiene sino *cómo* se obtiene».³⁶ Este es el sentido profundo de la «acción directa»: «La acción directa tiene un valor educativo sin par: enseña a reflexionar, a decidir, a actuar. Se caracteriza por el cultivo de la autonomía, la exaltación de la individualidad, el impulso de iniciativa del cual es la levadura, la independencia y la actividad del individuo».³⁷ La vulnerabilidad del movimiento obrero y del movimiento revolucionario reside en que «todos los elementos de desestabilización introducidos por la lucha obrera y proletaria contra el Estado» pueden ser asumidos paulatinamente «por el capital y transformados en instrumentos de reestructuración». Sólo la unión en un mismo proceso de la «desestructura-

34. La terminología la tomo de la introducción de Santiago López Petit al libro de A. Negri repetidamente citado.

35. No es el *sindicalismo revolucionario* de la CNT, no es su *forma sindical* lo que ha impedido que, como se podía esperar de una organización sindical revolucionaria, la CNT se lanzase, o patrocinara, o se sumase de manera eficaz en un «complejo de programa» a una campaña *abstencionista* en todas las consultas electorales del posfranquismo —la batalla política («desestabilizadora») más importante que se planteaba en esas ocasiones al movimiento revolucionario español—, ni lo que impide que hoy

se lance, o patrocine, o se sume en un «complejo de programa» a una campaña centrada sobre el tema *energía-centrales nucleares* —la batalla más importante por sus incidencias *puramente* económicas y *puramente* políticas (a la vez «desestructuradora» y «desestabilizadora») que se plantea hoy al movimiento revolucionario español y al del conjunto de los países del área del capitalismo «máduro».

36. Fernando Claudín en *Les Temps Modernes*, 357, 1978.

37. Emile Pouget, *L'action directe*.

El federalismo confederal

[Compuesto ya este fascículo, llega el «Orden del día provisional del V Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo».¹ Es imposible una crítica detallada en estas páginas de un texto que se considera «provisional» a sí mismo, que merece ser impugnado totalmente en tanto que orden del día del proyectado congreso de la CNT y que quizá sea impugnado realmente. Aun así, merece ciertas consideraciones críticas.

1. El próximo congreso es anunciado como el V Congreso. No me querello aquí por un punto histórico de valor secundario. El Congreso fundacional de la CNT (el primero de Bellas Artes) debe ser considerado como primer congreso nacional de la CNT porque en él se expresó plenamente el espíritu y se trazaron las líneas generales que serán las de la CNT hasta julio de 1936. El segundo Congreso de Bellas Artes (1911) es el menos conocido de los de la CNT y no añade fundamentalmente nada nuevo al Congreso de Bellas Artes de 1910. Peirats da aquél como primer congreso nacional de la CNT, aunque llame en el mismo trabajo (*Bicicleta*, septiembre de 1979) al Congreso de la Comedia «II ordinario», lo que supone que hubo ya antes de la celebración de éste algún congreso nacional «no ordinario». Si en el orden de los congresos, el Comité nacional de la CNT sólo ha tenido en cuenta a los congresos «ordinarios», el que ahora se pretende celebrar no puede ser considerado como V Congreso, pues a todas luces no es, no va a ser un congreso «ordinario».

ción del sistema y la desestabilización del régimen del capital» permite captar «críticamente el nexo existente entre estabilización y reestructuración» capitalistas y atacar ese nexo.³⁸

El sindicato está obligado a aceptar la tregua en el marco de la empresa, en el lugar de trabajo: «El rechazo por principio de la tregua equivale al rechazo por principio de la función del sindicato». La fuerza del sindicato se basa en su capacidad de protagonizar en ciertos momentos la contratación de las relaciones de trabajo. Negar esto es negar su función inmediata, a la que se limita el *sindicalismo reformista*. El dilema que subyace en la querrela superficial entre «maximalismo» y «minimalismo» es falso. En los momentos de repliegue del movimiento obrero «real», el sindicato asegura las inevitables y necesarias operaciones defensivas de la clase obrera. Permite la espera del reflujo.

Pero un *sindicalismo* reducido a la solución institucionalizada de los conflictos originados por la oposición entre la clase obrera y el capitalismo «reproduce» la sociedad capitalista y transforma a una parte de sus militantes en profesionales del *sindicalismo*, en tecnócratas de la negociación, segrega un aparato burocrático. El capitalismo «maduro» exige que las reivindicaciones inmediatas —salariales, de nivel de vida, de condiciones de trabajo, de empleo— sean englobadas en una estrategia coherente con la de él mismo. Satisfacer esa exigencia es la función de las *sindicales reformistas* y de los partidos políticos. *La autonomía interna y externa de una organización sindical sólo puede desarrollarla una estrategia ofensiva que impugne permanentemente todos los mecanismos de opresión y explotación a nivel del Estado del capitalismo.*

Por tener en cuenta que «el éxito sindical reintegra el poder patronal que había sido puesto en discusión» por cada conflicto, la estrategia del

El federalismo confederal

El «orden del día provisional» comprende 12 puntos desarrollados en 14 páginas densísimas. De él se ha publicado un «extracto» de 6 páginas. No es posible evitar que «la primera impresión del documento sea de desmesura y pueda considerarse, por lo copioso, como inadecuado para un primer encuentro nacional de sindicatos».²

El objetivo declarado del «orden del día provisional» es el de «servir de guión a los sindicatos para ganar tiempo». Cabe afirmar, no obstante, que semejante alineamiento no operativo de temas, que el planteamiento de cada uno de sus puntos, henchido de gérmenes de disputas esterilizantes, susceptibles de provocar la explosión del congreso, parecen formulados para hacer perder tiempo a los sindicatos. Semeja a una recopilación de índices de copiosos libros sobre los pasados, los presentes, los contrapuestos, problemáticos e inverosímiles futuros de la CNT. ¿Recoge propuestas concretas discutidas en los sindicatos? Nada sugiere en su lectura que así sea. Todo en ella permite considerarlo obra de una burocracia —o de un solo burócrata— sin contacto con la realidad orgánica y organizativa a la que se somete

2. *Confrontación*, suplemento al número 88, agosto de 1979, París.

sindicalismo revolucionario se plantea permanentemente en qué límites los objetivos reivindicativos se inspiran en una lógica autónoma, es decir, el grado de inmediatez en que pueden ser integrados por el sistema dominante, en qué medida constituyen una base para un combate ulterior. Luchas locales defensivas, luchas parciales ofensivas —necesariamente abocadas unas y otras a la tregua con la clase dominante y con el Estado— y la concepción global revolucionaria han de ser articuladas en una estrategia, en la que las fronteras entre aquellos tres planos no son rígidas y en cuyo establecimiento interviene la evaluación de la coyuntura concreta, pero poniendo siempre de relieve la fractura existente entre los explotados y los explotadores, entre los oprimidos y los opresores, entre la sociedad civil y el Estado, entre la sociedad autoritaria y su negación, y no estableciendo, tácita o expresamente, un nexo mediador entre unos y otros. Este es el principio que inspiraba la tan traída y llevada «gimnasia revolucionaria» desarrollada por los anarcosindicalistas españoles en el período 1931-1936. Entonces —al igual que hoy se propone en otros meridianos—, «desestructurar el sistema enemigo es, inmediatamente, la necesidad de atacar, de desestabilizar su régimen político».³⁹

El sindicalismo revolucionario, el anarcosindicalismo —con estos nombres o con otros— es un factor inseparable, fundamental, del movimiento revolucionario español. La CNT reconstruida ha tenido numerosos rasgos de sindicalismo revolucionario, pero no puede ser considerada plenamente como organización anarcosindicalista.

Las causas de la situación de la CNT no hay que buscarlas exclusivamente en su descomposición interna actual. Si he concedido hoy una

38. Utilizo aquí la terminología de A. Negri, *op. cit.* Véanse las páginas 184-185.

39. Antonio Negri, *op. cit.*

El federalismo confederal

tan ambicioso, tan universal temario.

Del congreso al que se propone ese orden del día dirá Severino Campos: «La determinación de llevarlo a cabo, para la fecha convenida, opinamos que no fue bien calculada [...] se obedeció, más que a un análisis en busca de factores que facilitarían coherencia y éxito en el congreso, a la presión de algunas impacencias»³ y pedirá que el congreso se aplase ocho o diez meses.

El congreso no es, sin embargo, prematuro; cronológicamente es, incluso, tardío. El congreso no ha sido preparado, lo que no es lo mismo. El «orden del día provisional» pone agresivamente en presencia de esta impreparación, y suscita angustia el espíritu con que se pretende *compensar* una impreparación que evidentemente ha debido saltar ante los ojos de los redactores del temario.

El «orden del día provisional» propone al congreso problemas que no han sido planteados ni discutidos seriamente por los sindicatos. El peligro que encierra esa circunstancia ha sido visto por quienes tienen harta experiencia de la vida orgánica de la CNT de la reconstrucción: «Ni en Congresos ni en Plenos pueden ser decisivos

3. *Solidaridad Obrera*, 47, segunda quincena de julio de 1979.

atención prioritaria a los fenómenos que han originado esa descomposición, ha sido por su inmediatez, por el carácter malsano de los mismos, por la urgencia de subsanarlos.

La descomposición orgánica no es privativa de la CNT. Todas las sindicales obreras, todos los partidos políticos de «izquierda» españoles, tanto los tildados de reformistas como los que se afirman revolucionarios, atraviesan crisis ideológicas, teóricas, políticas, organizativas semejantes. Su estructura centralista, su vida orgánica autoritaria, su potencia financiera, la abundancia de sus efectivos pueden enmascarar ese hecho. No lo suprimen.

El sindicalismo revolucionario y su organización tradicional —la CNT— no han escapado a los efectos de la impugnación de que ha sido objeto lo que hasta hace pocos años fue generalmente considerado como parte del movimiento revolucionario, como el propio movimiento revolucionario: doctrinas ideológicas, teorías políticas, métodos de intervención, formas organizativas. Esta impugnación denuncia el fracaso de aquel movimiento, revela el nacimiento de un nuevo movimiento revolucionario en los países del área del capitalismo «maduro». Pero ese movimiento sólo muy parcialmente ha superado su etapa iconoclasta.

El ímpetu iconoclasta se ha manifestado con fuerza tardíamente en España, tras el largo paréntesis para la vida intelectual, informativa, organizativa que el franquismo supuso para los grupos humanos que han de constituir el movimiento revolucionario español. El antifranquismo obstaculizó la crítica revolucionaria tanto como el franquismo, y prolongó insólitamente muchos procesos de senescencia política. Al iniciarse la vida democrática formal en España, hubo que buscar apresuradamente instrumentos intelectuales, modelos políticos, en otras áreas nacionales, sumidas en los mismos problemas básicos que la sociedad española, pero que no habían sufrido en su vida política una solución de

El federalismo confederal

rios los acuerdos a nivel de Junta sindical, ni de Permanente de Comité regional».⁴ Sólo en el número 46 (primera quincena de junio de 1979) abre *Solidaridad Obrera* una tribuna de cara al congreso, por entonces anunciado para el 13 de octubre de 1979, es decir, para cuatro meses después, cortados por la diáspora estival que tanto afecta en nuestro tipo de sociedad a los militantes anarcosindicalistas.

Muchos son los temas propuestos por el «orden del día provisional» que sólo podrían ser eficazmente abordados por el congreso tras un trabajo preparatorio de comisiones nombradas por el propio congreso con pleno conocimiento de causa. Y tal conocimiento sólo podría venir al conjunto de los delegados de una polémica en profundidad pública, anterior al congreso, sobre el tema sometido a su dictamen. El «orden del día provisional» exige del congreso acuerdos sobre el pasado de la CNT y de lo que no es la CNT para cuya adopción carece de tiempo razonable y de documentación conocida y discutida en los sindicatos; exige también del congreso acuerdos sobre el futuro de una CNT que hoy sólo es hipótesis y cuya adop-

4. Severino Campos, *loc. cit.*

continuidad tan larga como la que afectó a la sociedad española. La voluntad de protagonismo político se ha manifestado en la España posfranquista sobre un fondo de inexperiencia e incultura políticas. El «relevo», la «rotación» de las élites políticas revela una notoria confusión general, una inhabitual dispersión de esfuerzos. Ambos fenómenos han afectado especialmente a los grupos sin tradición, a los grupos sin instrumentos autoritarios de control de su vida orgánica. En gran medida esos fenómenos son imputables a la naturaleza de la «transición». Se ha pretendido ocupar «espacios» políticos inexistentes, y se han desdeñado frentes que sólo esperaban la acción. La presencia organizativa ha primado sobre la acción política.

La CNT ha perdido sustancia humana desde el inicio de su reconstrucción. Pero esta circunstancia ha sido la tónica general en todas las organizaciones sindicales y políticas españolas.

La despolitización de la sociedad, y especialmente de la clase obrera, es un fenómeno generalizado en las sociedades de capitalismo «maduro». Las causas de ello son complejas. Constató el hecho de que las consecuencias de la crisis actual del capitalismo no han frenado todavía la despolitización en esas sociedades.

En España, la despolitización tiene caracteres peculiares. Contrariamente a plausibles pronósticos, ha crecido en el posfranquismo. A las causas profundas, estructurales, se une en este caso el desencanto provocado por la vida política oficial, legal, en el período posfranquista. Pero *no ha habido otra política*.

La ausencia de un movimiento revolucionario con verdadera incidencia sobre la sociedad española acentúa la situación de repliegue de la clase obrera, acentúa la desmovilización —si se exceptúa Euskadi— de grandes «masas» humanas.

El nuevo movimiento revolucionario empieza a construirse en la sociedad

El federalismo confederal

ción no puede plantearse la CNT real, si es que sus acuerdos deben tener operatividad interna y externa, tras el vacío polémico que precede al congreso.

Orden del día inductivo si los hay. Más aún, impulsor hacia callejones sin salida. Por ejemplo, el punto V.2.2.a) dice: «*CNT organización de la clase obrera o autoorganización de la clase obrera*». La formulación de otros epígrafes es claramente viciosa. Así, el punto IV.3.1: «*Conductas y responsabilidades; rehabilitación póstuma de los compañeros expulsados, como Cipriano Mera*». Mera no fue nunca expulsado por la CNT, ni tiene necesidad de ser rehabilitado. Pero en algún sindicato se plantea ya el oponer a la «rehabilitación» de Mera la «rehabilitación» de Laureano Cerrada. El enfrentamiento de ambas «rehabilitaciones» es inevitable y dará lugar a una batalla de desgaste que envenenará el ambiente del congreso. ¿Es ése el objetivo?

En el «orden del día provisional» nada sugiere que el congreso deba partir de una exposición y de un análisis de la real situación presente de la CNT, precisamente aquella que exige con urgencia la celebración del congreso, precisamente aquella que impone como deber primordial al congreso el de contar sin trampas a los afiliados, medir con exactitud la potencia orgánica actual de la CNT, el deber de per-

española en condiciones de gran dureza y su desarrollo será lento. Al sindicalismo revolucionario y a su organización, inseparables del movimiento revolucionario, les esperan jornadas duras.

Ser o no ser. Sólo recobrando hoy la confianza en sí mismos, la confianza en la revolución, los anarcosindicalistas pueden emprender un esfuerzo organizativo y una auténtica acción sindicalista revolucionaria que inspire esa confianza a los demás.

El federalismo confederal

mitir a ésta verse a sí misma, directamente, y no a través de espejos deformantes o de lentes de aumento.

La propia materialidad de la celebración del congreso da *a priori* un mentís riguroso a la operatividad del «orden del día provisional». El tiempo necesario para leer la documentación que permitiera discutir su desorbitado temario es irreductible al tiempo que podrán dedicar al congreso auténticos obreros delegados por sus sindicatos. La pretensión de que el congreso escuche, como reza el punto IV.3.5, el «informe de gestión de los diferentes Comités nacionales desde el último congreso», es decir, desde mayo de 1936, hay que considerarla como expresión de la voluntad de llenar la sala del congreso de militantes supervivientes de tantos —¿treinta?, ¿cuarenta?— entes que puedan ser considerados por sus propios componentes o por algunos grupos de afiliados como tales comités nacionales, o hay que considerarla como manifestación de un estado de paranoia de los redactores del «orden del día provisional».

El congreso nacional tiene que ser necesariamente breve, pero no puede ser apresurado, no debe tomar acuerdos que no hayan podido pesar suficientemente las asambleas de los sindicatos, que no hayan podido discutir sus delegados al congreso «por falta de tiempo».

Las críticas que preceden están estrictamente dirigidas al «orden del día provisional» que somete el Comité nacional de la CNT a los sindicatos de ésta. No invalidan la imperiosa necesidad en fechas breves del Congreso nacional de la CNT.

La impreparación (voluntaria) del congreso impone moralmente a éste ciertos límites y ciertos deberes. En el estado actual de la CNT, su congreso nacional —si quiere construir sobre bases sólidas el futuro de aquélla— no puede plantearse más que escasos puntos de orden general que exigen acuerdos urgentes y operativos que permitan la intervención del anarcosindicalismo en la vida de la sociedad española, que permitan el desarrollo de la CNT, que hagan posible su propia supervivencia, hoy en peligro. Ello exige un orden del día breve, claramente formulado, ampliamente discutido sobre documentación suficiente en las asambleas de los sindicatos. Si las superestructuras orgánicas actuales de la CNT se manifiestan incapaces de llegar a ese punto, sólo cabe esperar que los delegados de los sindicatos, *constituidos en congreso, elaboren en congreso* el propio orden del día de éste.

La experiencia de la práctica de la vida orgánica de la CNT de la reconstrucción, la práctica de sus Plenos y Plenarias, nacionales y regionales, el propio «orden del día provisional» que aquí he criticado sumariamente, prueban que sólo un congreso nacional de sindicatos puede preparar hoy el congreso nacional de sindicatos de la CNT. Esta afirmación tiene el carácter de una incongruencia formal, pero es la expresión de una situación real.]

Tópicos, mitos, iconofilia y hagiografía del movimiento libertario

¿Qué grado de esclerosis produce en una organización que presume ser iconoclasta —combatir la ideología dominante en todas sus formas— la proliferación de mitos, reducir el discurso teórico a tópicos, a lugares comunes de obligado recurso, sustituir la historia por la hagiografía?

Buscar la reafirmación de uno mismo a través del mito, fundamentar tu razón a base de tópicos, ¿no supone *de facto* negar lo que se pretende afirmar? ¿Qué subyace realmente en un mito?

Las contradicciones entre lo que se pretende ser y lo que se es señalan los límites de la propia eficacia de la organización, su capacidad o incapacidad para llegar hasta donde se propone. Pero si incluso el fin está mistificado por el abuso del tópico, del mito, el camino hacia él se convierte en un proceso circular donde medio y fin están condenados a girar eternamente sin la menor oportunidad de coincidir: el medio irá progresivamente segregando más mixtificaciones que recrearán constantemente un fin reflejo de éstas y a su vez, dialécticamente, él mismo se irá modificando.

El mito, los tópicos, los lugares comunes, la repetición de las autoafirmaciones, no son factores externos, reflejos involuntarios e inconscientes, de una organización: son consecuencia de fallas de la propia organización quien los posibilita por obturar de alguna manera la profundización del discurso, la desmitificación del pasado, de conceptos o de personas. El tópico y el mito aspiran a ser algo acabado, in-

cuestionable, de ahí su proximidad al dogma o a la veneración religiosa.

Cuando el mito, el tópico y la institucionalización de su hagiografía se convierten en puntos de referencia, en señas de identidad de una organización, señalan su decadencia, su encorsetamiento. Es entonces cuando más claramente se manifiesta la ideología dominante subyacente en toda organización. Ninguna está exenta de ciertas dosis de ese componente ya que difícilmente se puede establecer una clara frontera entre ideología dominante e ideología dominada. Existe una ósmosis constante entre ambas, se confunden, se mistifican.

La ideología dominante asume formas y conceptos, prácticas incluso, de la ideología dominada y viceversa. La ideología dominante se reproduce a partir de su propia degradación y de la asunción de valores que se le anteponian como alternativos.

Cuando en una organización revolucionaria prevalece más la ideología dominante que la propia pierde su carácter revolucionario, queda integrada en la sociedad establecida y se convierte en un fin en sí misma.

En el caso que nos ocupa, en la CNT actual, la reproducción de mitos, el recurso al tópico, actúan más como rémoras de ésta que como activantes. La prolija historia de la CNT se presta a la recreación de mitos a través de deformantes exégesis de su pasado. El análisis y la valoración objetiva desaparecen para dejar paso al

cliché, a la imagen estereotipada. La repetición ritual de lugares comunes como reafirmación ideológica, vacíos de contenido, pero sacralizados, se convierten en solemnes actos de fe, hitos *in memoriam* o certificados genealógicos.

Los tópicos son las líneas generales de un discurso. Son los argumentos simplificados de éste. El tópico es el lugar común al que se suele recurrir como argumento sin desarrollar.

En estas notas se puede confundir el tópico con el mito o viceversa. Sus lindes son difíciles de establecer: ambos forman una unidad en ciertas ocasiones: el mito tiene valor en sí mismo, pero la banalización en su uso le convierte en tópico. El tópico se constituye cuando se recurre a él dando al argumento que le sustenta un valor incuestionable.

Posiblemente uno de los tópicos mayores, si es que existen jerarquías en los tópicos, sea el fin que justifica la existencia de la CNT: el comunismo libertario.

El concepto de comunismo libertario ha sido usado como tópico justificatorio con tanta profusión como impugnado. El tópico resulta cuando se identifica al comunismo libertario con el dictamen sobre el mismo aprobado en el Congreso de Zaragoza de 1936. Recurrir al dictamen dándole un valor acabado, un valor de panacea, es desvirtuar el concepto mismo de comunismo libertario. En la actualidad, en la CNT sucede así: el tema es considerado incuestionable, ha entrado en un estado de dogma. Y no tanto por su repetición mecánica sino porque se utiliza para especular sobre el fin obviando el medio para llegar a él.

Ni siquiera en su época se le daba un valor acabado. En el mismo dictamen se dirá: «La pretensión de esta ponencia es mucho más modesta. Se conformaría con que el congreso viera en él las líneas generales del plan inicial que el mundo pro-

ductor habrá de llevar a cabo, el punto de partida de la Humanidad hacia su liberación integral.

Que todo el que se sienta con inteligencia, arrestos y capacidad mejore nuestra obra».¹ A pesar de este final no tan modesto, los delegados del Congreso, conscientes de las carencias, añadieron al dictamen una adición que asignaba a una comisión de cinco miembros la tarea de elaborar «debidamente articulado, un dictamen más completo en su forma y con los asesoramientos técnicos debidos.»² La guerra civil impidió que esto se llevara a cabo. De haberse podido realizar, el dictamen hubiera variado substancialmente dadas las modificaciones orgánicas de la CNT y del anarquismo español³ y las experiencias prácticas que ocasionó la guerra.

La necesidad de una definición del comunismo libertario, de cómo debía ser la futura sociedad libertaria, cómo estaría organizada, a partir de qué organismos básicos —municipios o sindicatos—, cómo se organizaría la producción y la distribución, los tipos de relaciones sociales que se darían en ella, es producto de un prolongado debate mucho anterior al Congreso de Zaragoza. La polémica que se da entre anarcocomunistas y anarcocolectivistas a principios de siglo ya establece esta necesidad. Durante la década de los años 30, el debate se acentúa. Los proyectos de Pierre Besnard, de Abad de Santillán, de Gastón Leval, de Christian Cornelissen, de Federico Urales o Isaac Puente,⁴ se contrastan y polemizan desde la prensa confederal o anarquista. El Pleno peninsular de la FAI de octubre de 1933 encarga una ponencia a cuatro miembros⁵ de la organización para que «revisando la obra de los teóricos del anarquismo en su aspecto realizador, con las consiguientes modificaciones y aportación que reclaman los tiempos modernos», formulase un estudio sobre el significado del comunismo

libertario. Ese mismo cuestionario apenas modificado será el que servirá de base a los sindicatos para redactar ponencias sobre el dictamen de definición del comunismo libertario. Las ponencias de los sindicatos se irán publicando en las páginas de *Solidaridad Obrera* a partir del 17 de abril de 1936.

La lucha de tendencias en la CNT en aquellos momentos determinó el redactado final del dictamen. Este será el resultado de un acuerdo ecléctico suma de diversas ponencias⁶ donde aparecerán detalladas referencias al organismo económico de la revolución, de clara inspiración de Abad de Santillán, a través de la ponencia del Sindicato de Artes gráficas,⁷ junto a referencias a temas amorosos,⁸ procedentes de la ponencia del sindicato de Profesiones liberales y de inspiración de Urales, Carbó y Puig Elías.⁹ Del dictamen dirá Abad de Santillán:

«Hay en el dictamen emitido exceso de declaraciones y un cúmulo de contradicciones y oscuridades que no esperábamos. Debiendo haber significado la parte mejor y más práctica del Congreso, ha resultado la concepción más pobre e insostenible» («Comunalismo y comunismo». *Tiempos Nuevos*, III, 6, p. 261).

A pesar de no llevar firma, posiblemente sea de Santillán el artículo sobre el Congreso de Zaragoza que aparece en *Tierra y Libertad*, del 22 de mayo de 1936:

«El punto del debate [interpretación confederal del comunismo libertario] estaba mal enunciado. No es una definición del comunismo libertario lo que debía dar el congreso de la CNT, porque esa definición se ha dado por lo menos desde el año 1876, es decir desde hace más de sesenta años, con una claridad insuperable. Lo que importaba era una aplicación al momento actual de España para demostrar su viabilidad».

La perentoridad por definir el comunismo libertario estaba impuesta por el elevado grado de deterioro de la sociedad do-

minante. Su quiebra era tan inminente que se palpaba la necesidad de sustituir la sociedad caduca por otra nueva. Dado que la fuerza hegemónica por entonces dentro del movimiento revolucionario era la CNT, el comunismo libertario, su fin, cobraba rasgos de realidad. Hoy, cuando la CNT ha perdido no sólo su hegemonía dentro del movimiento revolucionario sino incluso dentro de la clase obrera, el empleo abusivo del concepto de comunismo libertario basado en el dictamen del congreso de Zaragoza no puede ocultar su propia vacuidad. El comunismo libertario representa actualmente un lejano pun-

1. Congreso confederal de Zaragoza, mayo de 1936, CNT, Toulouse.

2. *Op. cit.*

3. En especial el Pleno peninsular de la FAI de 1937 y el Pleno económico ampliado de la CNT en Valencia en enero de 1938.

4. Sobre este tema destacan las siguientes obras: Pierre Besnard, *Los sindicatos obreros y la revolución y El mundo nuevo. Su plan, su constitución, su funcionamiento*; Diego Abad de Santillán, *La bancarrota del capitalismo y El organismo económico de la revolución*; Gastón Leval, *Problemas económicos de la revolución social española*; Christian Cornelissen, *El comunismo libertario y el régimen de transición*; Federico Urales, *El ideal y la revolución y Los municipios libres*; Isaac Puente, *El comunismo libertario*.

5. Los miembros designados fueron E. Carbó, Isaac Puente, Higinio Noja Ruiz y José María Martínez. Citado por Juan Gómez Casas en *Historia de la FAI, Zero*, 1977.

6. La ponencia que sirvió de base al dictamen fue la del Sindicato Fabril y Textil (publicada en *Solidaridad Obrera* el 18 de abril de 1936). Junto a esta ponencia contribuyeron al dictamen las ponencias de los sindicatos de Artes gráficas, Profesiones liberales, ya citados en el texto, más las del Sindicato de la Madera y la del Sindicato Único de la Construcción (publicadas en *Solidaridad Obrera* el 28 y 17 de abril, respectivamente).

7. Publicada en *Solidaridad Obrera* el 24 de abril de 1936. Firmaban la ponencia A. Martínez, Germinal Suárez, B. Castillo y Diego Abad de Santillán.

8. Un ejemplo lo tenemos en este fragmento del dictamen: «Para la enfermedad del amor, que es enfermedad al convertirse en tenacidad y ceguera, habrá de recomendarse el cambio de Comuna, sacando al enfermo del medio que le ciega y enloquece, aunque no es presumible que estas exasperaciones se produzcan en un ambiente de libertad sexual».

9. Publicada en *La Revista Blanca*, 8 de mayo de 1936.

to de referencia. Un fin. Pero difícilmente se le puede identificar con lo que el dictamen del Congreso de Zaragoza describe. El comunismo libertario sólo tiene sentido en los propios fundamentos que lo configuran: anteponerse a capitalismo autoritario o a cualquier forma de Estado centralizado y jerárquico. Su valor hoy está en esa negación y no en especulativas descripciones de sus detalles.

La carencia actual de debate sobre el origen o el contenido del concepto es total. Incluso una de las pocas acciones de la secretaría de formación del Comité regional de la CNT de Cataluña, cuyo titular era por entonces Francesc Boldú,¹⁰ fue la reproducción sin más del dictamen. Al concepto se le daba por acabado.

Es necesario, pues, realizar un debate en profundidad que vivifique el concepto, que plasme las necesidades de los explotados y los oprimidos; debate que no debe circunscribirse sólo al interior de la CNT sino que tenga una proyección exterior, como oferta, deseada y realizable, a la clase obrera, a todos los dominados.

Etiquetar con la facilidad que se prodiga hoy en la Confederación, revive, a modo de parangón, el tópico de lo que en otro tiempo fue pugna entre «treintistas» y «faístas».

La división maniquea «reformista/revolucionario» se usa en la CNT con más frivolidad que argumentos. Si en aquella época el contraste entre «faístas» y «treintistas» se establecía a través de estrategias concretas, hoy, la división «reformista/revolucionario» se funda en presupuestos. Bien es cierto que sobre la calificación de reformistas actúan algunos datos objetivos como ser sindicalista, su rechazo al pasota y a la violencia gratuita, centrar su actuación en el mundo del trabajo antes que asumir la problemática «integral» de la sociedad... Constantes todas ellas

que se manifiestan con una cierta regularidad. Pero, ¿qué criterios objetivos existen para jerarquizar la acción revolucionaria? ¿En qué se basan para llamarse revolucionarios? ¿Es más revolucionario hoy, en el Estado español, formar grupos armados o defender movimientos marginales que organizar a los trabajadores en los sindicatos confederales? «Faístas» y «treintistas» pese a sus diferencias se complementaban en la acción del conjunto de la CNT. En las coyunturas revolucionarias difícilmente se les podría distinguir. Incluso existieron notables traspasos entre ambos lindes, mostrando, una vez más, que desde posiciones radicales se pueden ocultar concepciones no ya reformistas sino contrarrevolucionarias.

La división «reformista/revolucionario», obviamente, la establecen estos últimos, ocultando el mecanismo por el cual han accedido a ese estado de gracia. Los reformistas nunca se definen a sí mismos. Ser reformista en los criterios de valor confederales es algo interpretado erróneamente como vergonzante. Reformista se usa peyorativamente y como oposición al grupo, a la tendencia del etiquetador. La carga negativa del concepto refuerza lo que ellos creen ser. Se confirman en una negación. Este es su único argumento, pues ni sus planteamientos ni su práctica justifican la gracia con que se han autodesignado: no por ser radicales ciertos planteamientos y algunas prácticas utilizadas necesariamente se es revolucionario, porque la realidad social hoy deja poco margen para ser revolucionario; porque quienes se definen así no poseen una estrategia, un proyecto, una continuidad en sus planteamientos; porque acciones vanguardistas han frenado más que potenciado el desarrollo de la CNT.

La participación de los anarcosindicalistas en las instituciones republicanas —comité de Milicias, Generalidad, gobierno,

ayuntamientos—, durante la guerra civil se plantea en la actualidad a caballo entre el mito y el tópico. En el primer caso porque marca un hito en la historia del anarquismo mundial propiciando una extensa literatura en pro o en contra que ha idealizado el suceso. En el segundo caso —el tópico—, porque las explicaciones que se han dado del asunto no pueden esconder la ausencia de análisis históricos más críticos. O bien el hecho es utilizado para conformar partido, rememorando los tópicos del litigio que provocó la escisión confederal de 1945, o bien se liquida su explicación con la fácil salida del error político inconsciente. Las abjuraciones públicas y estertóreas, las confesiones lacrimosas, de la participación institucional en el Estado basadas en el error de una política circunstancialista no borran el hecho histórico ni definen claramente cómo y por qué se llegó a él. Sólo sirven, en su justificación, para distraer la carencia de análisis más rigurosos.

¿Por qué no pudo ser consumada la revolución anarquista cuando todos los elementos aparentemente jugaban a su favor? ¿Por qué declinaron el poder alcanzado en los primeros días de la guerra y lo diluyeron en las instituciones del Estado? ¿Puede significar esto la inviabilidad del anarquismo, su impotencia revolucionaria, o, por el contrario, abría nuevos caminos teóricos e ideológicos? ¿Cabría otra alternativa fuera de revolución/gubernamentalismo/contrarrevolución?

Si no se colaboraba con el Estado y tampoco se le destruía, permanecer junto a éste, aunque se le opusieran, ¿no significaba formar *de facto* parte consustancial del Estado? ¿La colaboración gubernamental es algo que provoca la guerra o era un elemento latente dentro de la CNT anterior a ésta? ¿Es válido negar la experiencia que supuso el gubernamentalismo?

Las críticas a la participación anarcosin-

dicalista en las instituciones del Estado desvían incluso la atención de las modificaciones habidas en el interior de la CNT. Se omiten éstas o se echa la culpa de ellas a la misma política circunstancialista: el Pleno ampliado económico de Valencia de 1938, la restructuración de la FAI, la creación de los comités de asesoramiento político (CAP), la desvinculación entre comités superiores y la base militancia que propicia amplios márgenes de ejecutividad a los comités, la constitución del Consejo general del movimiento libertario..., son hitos organizativos de la CNT que se ocultan o disimulan como si fueran estigmas, pecados inconfesables.

Son demasiadas preguntas sin respuestas sobre la actuación institucional de la CNT como para cerrar el análisis histórico de ese periodo con la simple contestación de que fue un error político.

El mito, en el caso que nos ocupa, es la idealización de personas o hechos a los que se les confiere unas características excepcionales ya sean paradigmáticas o no. A la idealización se ha llegado por muchos caminos. Conscientemente unos, inconscientemente otros. El efecto es el mismo: desvirtúa la realidad de lo que fue la persona o el hecho porque es el coste de recrearlos: por la paulatina pérdida de la claridad en la memoria histórica, colectiva, o por la subjetividad en las interpretaciones. El mito es peligroso por aquello a lo que incita: idealizar un hecho o un hombre tienta, casi obliga, a seguir su ejemplo, a tomarlo como modelo, a intentar superarlo. Su excepcionalidad puede suponer cotas difíciles de alcanzar, pero también inalcanzables. Puede suponer perderse en la búsqueda de su utopía.

El mito puede convertir ideas concretas

10. El folleto fue publicado en abril de 1977.

en metafísicas. Dependerá del delirio del mitificador:

«El anarquismo jamás será extirpado en Iberia. No es una epidemia. Es un factor vital, un agente esencial en el desarrollo revolucionario y evolutivo de los pueblos ibéricos. Lo llevan los hombres y las mujeres de esa zona geográfica del mundo en sus entrañas, en la sangre, en las células cerebrales, en el corazón. Lo nutre la tierra, el mar, el sol, el mismo aire que se respira. Más de siglo y medio de desenvolvimiento sociológico en Iberia vienen a confirmarlo. No es un resabio del pasado. Es una fuerza natural nueva bien arraigada. Abre anchurosa vía, desde el presente y hacia el futuro inmediato, a las nuevas generaciones y civilizaciones emancipadas y exentas de todos los prejuicios totalitarios [...] Sólo así, constituyendo ambas [la CNT y la FAI] una potente, formidable y dinámica fuerza revolucionaria y creadora, podrán ser determinantes: la invencible e irreductible vanguardia incesantemente propulsora de la libertad, de la transformación social, de las realizaciones libertarias constructivas en las sociedades humanas, en el despertar y resurgir victorioso de los pueblos de la nueva Iberia.»¹¹

«La CNT vive en España, no dejó nunca de existir. Y es rica de su pasado, rica de su presente, rica del porvenir que lleve en sus flancos. Sin ella jamás ha podido concebirse a España y no podrá concebirse a España en el futuro. Porque la CNT y el anarquismo forman parte de toda la mística y la tradición españolas y porque no habría tradición ni mística españolas sin los imponderables morales que en nuestra historia y en la perspectiva de los años a venir representan la CNT y el anarquismo.»¹²

Cuando una organización ha tenido un dilatado pasado cae con facilidad en la idealización de su historia.

Al igual que los tópicos, los mitos se sustentan de los silencios, de las omisiones que podrían dar otra perspectiva al hecho histórico, variar la idealización del mito. Es sin duda durante el periodo comprendido entre 1931-1939 donde, por su excepcionalidad histórica, se forjan los mitos mayores del movimiento libertario.

La abstención y la «gimnasia revolucionaria» se constituyen como mitos en los

años del régimen republicano anterior a la guerra. En el primer caso se ha dicho que la abstención confederal dio el triunfo a derechas o izquierdas ya fuera practicada o no. Esto puede ser aparentemente cierto aunque todavía no se ha verificado exactamente, entre otras razones porque sería difícil de constatar. Es un hecho que, a pesar de que la CNT era por principio antiparlamentarista y en consecuencia partidaria de la abstención en las elecciones parlamentarias, muchos afiliados a ella, ya fuera por militar en partidos o porque se sentían realmente representados por éstos, votaron en todas las elecciones de la República. Las cifras de abstención en todos los comicios no reflejan oscilaciones ostensibles en función de las llamadas o no a la abstención por la CNT. La abstención política giró siempre alrededor del 10 %. El resto de abstención no puede ser capitalizado por la CNT.

Sobre la «gimnasia revolucionaria» a excepción del libro de Shapiro¹³ sólo se han escrito apologías o condenas de escaso rigor. Hay una carencia en el análisis de su aplicación, desarrollo y consecuencias. ¿Qué grado de conciencia se tenía de que las insurrecciones sólo eran gimnasia revolucionaria? ¿Qué psicología tenían los insurrectos; qué grado de voluntarismo, mesianismo y utopismo les envolvía; qué contradicciones se presentaban entre principios y fin cuando se proclamaba el comunismo libertario; quiénes propiciaban los preparativos conspirativos y cómo; con qué medios; eran decisión de las bases confederales o de unas minorías; existieron alianzas con otras fracciones de las clases dominadas o éstas se opusieron a la insurrección; qué frustración suponía no sólo no conseguir el objetivo perseguido, el comunismo libertario, sino ver que gran parte de la propia CNT no apoyaba las insurrecciones; cuánto de fe ciega había en ellas?

La «gimnasia revolucionaria» entronca con otro mito, éste ya dentro de la guerra: la batalla de Barcelona. Se ha dicho que la victoria popular en Barcelona galvanizó en todo el Estado español la resistencia a la sublevación militar y que esta victoria no hubiera sido posible de no tener la experiencia de la «gimnasia revolucionaria»:

«Barcelona daba ejemplo al resto de España. Las restantes guarniciones catalanas no se atrevieron a moverse. En Valencia y en toda la zona de Levante los intentos de alzamiento fueron rápidamente reprimidos [...] Barcelona había abortado el *pronunciamiento* de los generales [...]».¹⁴

Si bien es cierto que la «gimnasia revolucionaria» facilitó la victoria en la batalla de Barcelona, es también cierto que en ésta intervinieron otros factores, tanto objetivos como subjetivos, que impidieron que prosperase el golpe militar. El mito surge cuando se sobrevalora la actuación anarcosindicalista, cuando a hechos accesorios se les da un valor determinante, cuando se omiten factores importantes que escapan del marco ideológico de los protagonistas: en la batalla de Barcelona también intervinieron otros sectores de las clases dominadas, así como efectivos de la Guardia civil o algunos sectores militares que permanecieron fieles a la República:

«El plan del Ejército [...] era conocido tan al detalle por el gobierno separatista, que éste sabía incluso cuáles eran los itinerarios que habían de seguir las unidades desde sus cuarteles hasta los objetivos deseados, y al salir a la calle las fuerzas, en esos itinerarios tenía el gobierno catalán colocados emboscados compuestos por Guardias de Asalto, Guardia civil y elementos armados de la CNT y la FAI, los cuales, al pasar ante ellas nuestras gentes, sin previo aviso abrían sobre los mismos fuego, destrozándoles y apoderándose de su material [...]»¹⁵

Incluso suponiendo que en la batalla de

Barcelona la «gimnasia revolucionaria» fuera el factor determinante del triunfo popular, ¿cómo se explica que ésta no sirviera en zonas donde también se había practicado, como Aragón o Andalucía occidental, para imponerse a los militares sublevados?

Cuando se habla de colectivizaciones industriales o colectividades agrarias durante la guerra civil se suelen identificar mecánicamente éstas con el anarcosindicalismo. Incluso desde los medios de éste se ha abusado del ejemplo para reafirmar sempiternamente su capacidad constructiva revolucionaria. Es precisamente en este proceso, mistificar el pasado para ocultar la inacción del presente, donde se soslaya la contradicción entre la espontaneidad popular que realizó las colectivizaciones y la capitalización de éstas por parte de un sector ideológico, por el que se han idealizado las colectivizaciones y las colectividades entrando a formar parte de los mitos. Afortunadamente, se están realizando estudios sobre el tema que pueden aportar datos nuevos a aquellas experiencias a la vez que sirvan para romper esquemas preestablecidos.

Las colectivizaciones no fueron únicamente propiciadas por los anarcosindicalistas. Su preponderancia en ellas se debe a que en aquella época era el sector hegemónico dentro del movimiento obrero. Otros sectores también las impulsaron: «Hubo colectividades de todas las organizaciones, hasta del Partido Comunista, en Cataluña y Aragón (Ariestoles y Cofites), y del

11. Floreal Castilla, *El anarquismo ibérico. La FAI y la CNT. Realidades y perspectivas*. CNT, Toulouse.

12. Federica Montseny, *Afirmación de la CNT*, en Floreal Castilla, *op. cit.*

13. Alexander Shapiro, *Crítica de la CNT*, Ruedo ibérico, 1979. (En prensa.)

14. H. E. Kaminski, *Los de Barcelona*. Ediciones del Coral, S. A., 1977.

15. Manuel Goded, *Un faccioso cien por cien*, Zaragoza, 1938.

POUM (Raimat, Lérida). En muchos casos, en Extremadura, en Tarragona, la colectivización era apolítica, lo que muestra que esta voluntad de llevar de consuno la guerra y la revolución la sentían los trabajadores españoles».¹⁶

La idealización de las colectividades y las colectivizaciones va íntimamente ligada al supuesto de que son fruto de un alto nivel de conciencia del proletariado y del campesinado. Esta es una verdad a medias. Es necesario analizar, en el caso de las colectivizaciones, los límites a la espontaneidad que impuso la economía de guerra, los decretos del Estado y los de la Generalidad, las formas y métodos de gestión que en ellas se utilizaron, etc. Por lo que respecta a las colectividades también es necesario hacer un análisis exhaustivo sobre el papel que juegan en la creación de colectividades las columnas confederales de Aragón: ¿cómo transmitieron los valores anarquistas de que eran portadores, por qué mecanismos, si existió coacción, si la colectivización supuso un atraso en la producción agraria... etc?

Incluso respecto a las colectividades es preciso romper el tópico de la preponderancia de las colectividades de Aragón, de su ejemplar constitución, para abordar estudios más rigurosos de las colectividades que posiblemente fueran en su funcionamiento el mejor ejemplo: las que se dieron en el Levante.

Los hechos de mayo de 1937 constituyen un suceso que por sus múltiples exégesis, por lo apasionado, por la vehemencia, de sus defensores o detractores, los caracterizan como un mito. Posiblemente sus cimientos estén constituidos por la suma de numerosos tópicos en su interpretación. Se ha dicho que aquellas jornadas fueron la ofensiva de la contrarrevolución, la venganza de la pequeña burguesía catalanista, un ajuste de cuentas del estalinismo, la claudicación de los comités confedera-

les, el triunfo del estatismo, la oportunidad de volver a los gloriosos días de julio de 1936, etc.:

«Debo hacer constar que no toda la CNT secundaba el movimiento. Gran parte de sus dirigentes estaban en contra del mismo [...] A las cuarenta y ocho horas de empezada la *rebelión*, parecía estar vencida.»¹⁷

«Los dirigentes de la *contrarrevolución* se quedaron solos. No secundaron el movimiento los obreros catalanes ni siquiera los confederales.»¹⁸

«Fue precisamente en mayo de 1937 cuando la *contrarrevolución* cumplido su trabajo preparatorio, juzgó llegado el momento de pasar de la ofensiva verbal a la ofensiva armada, avalanzarse sobre la revolución, desarticularla, obli-

garla a retroceder, aniquilarla.»¹⁹

«El *aplastamiento* de los obreros revolucionarios de Barcelona abrió la puerta a la reacción estalinista-burguesa y, en consecuencia, a Franco.»²⁰

«El día 3 de mayo se consumó la *agresión de los partidos pequeñoburgueses* y de las fuerzas del orden público, que sintiéndose impotentes ante el avance de las fuerzas revolucionarias se dispusieron a ahogar en sangre nuestras ansias justas y de un contenido altamente humano.»²¹

En las interpretaciones de los hechos siempre se establece, según sea el sector ideológico que las haga, una dualidad entre buenos y malos. Difícilmente se escapa a este maniqueísmo. Tampoco a las especulaciones que hubieran hecho que las jornadas no acontecieran o tuvieran otro desenlace.

La crónica novelada a lo George Orwell²² o las apologías de protagonismos concretos como el libro de Munis o los escritos de la agrupación de los Amigos de Durruti, poco esclarecen. Los silencios confederales poco explican también.

Sublimación del protagonismo y explicaciones acríticas dependientes de las notas oficiales desvirtúan la realidad, la transcendencia histórica de aquellos sucesos. Existe todavía una carencia de una investigación crítica de por qué se producen, cuál es su origen, si eran inevitables como

coste de las tensiones de la guerra, si realmente la conmoción que provocaron fue trascendente, si son consecuencia de la descomposición propia de la CNT, si fue una provocación, o si la frustración de la abortada revolución fue su causa. Las respuestas a estas preguntas ya han sido apuntadas, pero nunca se verificaron. Poco se sabe, también, de la actitud y actuación del proletariado catalán ante los hechos, cómo afectan éstos a la producción, la imbricación de esta crisis con la general del gobierno de Largo Caballero, las compenendas entre los grupos políticos, incluida la CNT.

Los hechos de mayo de 1937 no pueden separarse, haciendo abstracción, de todo el proceso general de la guerra civil. De ahí la poca validez de los que le asignan el valor de partida o fin de procesos sociales complejos. Es necesario pues situar en su justo lugar a los hechos de mayo, desmitificar protagonismos y consecuencias, suprimir especulaciones.

Aunque no sean exactamente mitos, por la sublimación de la realidad que suponen, es necesario hacer un alto sobre las pretendidas superestructuras universales a que la AIT y sobre todo el Secretariado intercontinental (SI) aspiran. Si bien en el caso de la AIT se le puede criticar más como continuador del mito de la Primera Internacional, como ente voluntarista, testimonial, sin capacidad de intervención en el ámbito que se reserva a sus siglas por la propia incapacidad de los organismos que la forman, que por intereses oscuros, ya que su voluntad, su razón de ser, internacionalista a la que no puede renunciar justifica su existencia; en el caso del Secretariado intercontinental intervienen factores en su constitución no siempre explicables.

El Secretariado intercontinental nace como comité superior para coordinar la dispersa militancia confederal exiliada por

todo el mundo. No siempre cumplió esta función.

El Secretariado se utilizó como arma política de camarilla, como algo de disposición familiar, donde los cargos se repartían como prebenda entre el reducido número de fieles a los patriarcas de la rue Belfort o entre ellos mismos. Conforme iba languideciendo la CNT exiliada esa superestructura cobraba vida en sí misma. Se identificaba como supremo comité de una CNT del mundo. Si se daba por supuesto la existencia de una CNT en España, de una CNT en Francia, los mismos argumentos servían para considerar la existencia de una CNT mundial.

El final del Secretariado intercontinental era obvio: cuando la CNT se reconstruyera en el lugar de su origen, en España. Sin embargo el Secretariado intercontinental sigue existiendo.

Si ficticia es, aunque alguna justificación tiene, una AIT, organización internacional de un sindicalismo revolucionario minúsculo, casi inexistente; imaginémosnos otra superestructura, paralela a la AIT, basada en una inexistencia orgánica y con pretensiones poco claras de universalidad. ¿Es mito o aberración presumir de ser antiburocrática y crear unas estructuras burocráticas sin nada que burocratizar?

No he tratado en este trabajo, por aparecer más detallados en este mismo fascí-

16. Frank Mintz, «La autogestión en la España revolucionaria», en *El movimiento libertario español*, Ruedo ibérico, 1974.

17. Coronel Jesús Pérez Salas, *Guerra en España*, México, 1947. Las cursivas son mías.

18. Dolores Ibaruri, *El único camino*, Bruguera, 1979. Las cursivas son mías.

19. G. Munis, *Jalones de derrota: promesas de victoria*, Lucha Obrera, México, 1948. Las cursivas son mías.

20. M. Casanova, *La guerra de España*, Fontamara, 1978. Las cursivas son mías.

21. Hoja volante firmada por la Agrupación de los Amigos de Durruti. Las cursivas son mías.

22. George Orwell, *Homenaje a Cataluña*, Ariel, 1970.

culo, los mitos de la FAI y de la CNT del Exilio. Entienda el lector que la selección que he hecho de mitos no es exhaustiva. He intentado señalar, según mi criterio, los más importantes, pero asumo que la práctica del movimiento libertario en aquella época está plagada de pequeños mitos. Todos en su conjunto conforman los grandes mitos y éstos en su unidad constituyen el mito mayor, el más sublime, el más manido, el más deformado, el más viciado, el mito de la CNT organización revolucionaria. Imagen ésta que por sublimada es factor determinante en la creación de sus propios fantasmas, de su narcisismo, de su nostalgia de viejas glorias. Acabar con el mito de la CNT hará posible la existencia de la CNT. La pervivencia del mito es contradictoria con los mismos fundamentos ideológicos de la CNT. Lastrada, obtura, anula su desarrollo, su intervención en la realidad social, su función, su razón de ser. Recreándose en el mito, está encerrada en un mundo de ficción que nada tiene que ver con la realidad presente. Se convierte en simple testimonio de una historia que ya pasó.

¿Qué contradicción supone, qué grado de reproducción de la ideología dominante traduce, una organización con vocación, por principio, iconoclasta, que presume de no estar supeditada a ritos, ídolos ni esquemas fijos, cuando su práctica nos muestra profundamente su iconofilia?

Personas, símbolos, ritos multitudinarios y objetos son producto en la Confederación de una veneración casi religiosa. Pocos se escapan a ella. A lo sumo en su práctica adoptarán distintos iconos, formarán variadas cofradías, pero en conjunto serán iconofílicos.

En la extensa literatura de la hagiografía confederal, ayer y hoy, vemos la veneración por la necrología, por los héroes muertos. Sus biografías se conocen al detalle, fotografías de ellos presidirán luga-

res destacados en las paredes de los hogares de muchos militantes, se les admira, se les beatifica. Participan de su fama todos los que les conocieron personalmente. Como apóstoles, cuenta las vidas y milagros de aquéllos sublimando, en la identificación con el héroe, su propia importancia.

Los líderes vivos restan veneración a los héroes muertos. Los líderes en la CNT se dice que no existen, pero en realidad los cabezas de fila de los distintos grupos o tendencias hacen corte de sus fieles. La veneración por los líderes lleva a éstos a encasillarles en funciones fijas: los oradores, los activistas, los teóricos, los pacificadores, los venerables... y hasta los reformistas. En los vivos y en los muertos es difícil explicar los complejos canales en la formación de su carisma: ¿por qué este líder o héroe y no aquellos otros?

El pañuelo negro anudado al cuello es utilizado como distintivo ácrata del que lo lleva. Actúa a modo de uniforme, de símbolo fetichista. Insignias, pañuelos, mecheros, bolígrafos, llaveros, pegatinas, carteles..., toda una surtida gama de mercancías reproducen en las magnas concentraciones confederales —mítines, manifestaciones, conferencias— la sociedad de consumo que se pretende suprimir.

Saludar con las dos manos unidas. La rúbrica de bienvenida o despedida del «salud y anarquía». El peculiar lenguaje confederal. Los tópicos menores usados como latiguillos o muletillas: guerra a las instituciones, paz a los hombres; no elijáis a vuestros tiranos; rompamos las cadenas de la explotación, ... Todos ellos forman un rito folklórico, complemento inseparable de la iconofilia.

La bandera rojinegra y la canción de combate *A las barricadas* representan para la Confederación algo totémico, algo así co-

mo el comunismo libertario y su himno nacional.

Nada como las letras de las canciones libertarias para expresar esa concepción sentimental, mística y patriotertera. A veces incluso delirante:

*Anarquista fiel y generoso,
esforzado luchador
a quien el tiempo ni el martirio
el entusiasmo apagó*

(Juventud)

*Acracia al fin triunfará
bello jardín la tierra será.
Todo lo vil a eliminar.
Pueblo viril.
Luchar, luchar.*

(Salud proletario)

*Hijos del pueblo te oprimen cadenas
y esa injusticia no puede seguir.
Si tu existencia es un mundo de penas,
antes que esclavo prefiero morir.
Esos burgueses asaz egoistas
que así desprecian a la humanidad,
serán barridos por los anarquistas
al fuerte grito de libertad.*

(Hijos del pueblo)

*Ya no más pobres y ricos,
suprimamos de una vez la esclavitud.
Es misión del anarquismo
si no lo sabe defender la multitud.*

(A luchar obreros)

*Alza la bandera revolucionaria
que llevará al pueblo a la emancipación*

(A las baricadas)

*Luchemos obreros
por el anarquismo
ideal hermoso
lleno de altruismo.*

(Luchemos obreros)

*Arroja la bomba
que escupe metralla
Coloca el petardo,
y empuña la star.
[...]
A luchar los anarquistas
empuñando la pistola
hasta morir,
con petróleo y dinamita,
toda clase de gobierno
a combatir y destruir*

(¡Arroja la bomba!)

*Marcha en pos de la Anarquía
y el yugo debe finir
con amor, paz y alegría,
de una existencia feliz
donde los hombres sean libres,
libres cual la luz del sol,
donde todo sea belleza,
libertad, flores y amor.*

(Amarrado a la cadena)

*Viva la anarquía
no más el yugo sufrir,
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.
Guerra a muerte, gritan los obreros,
guerra a muerte al infame burgués,
guerra a muerte, repiten los héroes
de Chicago, París y Jerez.*

(¡Viva la anarquía!)

En toda manifestación política subyace algo de religioso, de místico, pero cuando ese misticismo se exhala de la inmensa mayoría de las obras que tratan de la vida de los hombres y los hechos de una organización convierten la historia de ésta en hagiografía de las vidas y milagros de sus santos, vírgenes, taumaturgos y mártires. Los cronistas de la CNT no sólo no eluden esta tentación sino que en muchos casos se recrean en ella. Existe un gozo morboso en reproducir la martirología confederal, en hacer de sus muertos un culto. Durruti sería el prototipo del santo confederal.

¡Imitad al héroe!, decía un cartel a su muerte. Su entierro, según cuentan, junto con el de Lenin fue el más acompañado de multitudes dolientes. Inmediatamente su nombre denominó calles, avenidas, se le hicieron estatuas y sus fotos, en vida o yaciendo ya inerte, se multiplicaron entre los cenetistas. Dos mascarillas mortuorias de bronce inmortalizaron su último ric-tus.²³ Su cadáver viajó desde Madrid a Barcelona y fue mostrado, privadamente, pueblo por pueblo de la ruta, únicamente a los notables confederales de los lugares de paso. Incluso el enigma de su muerte se convirtió en un mito y desató polémicas exégesis. Cuando la toma de Barcelona por los franquistas, al parecer su cadáver, junto con el de Ascaso y Ferrer Guardia, fue sustraído de su tumba y depositado en un lugar desconocido para evitar que lo profanasen. Entraba así Durruti también en la historia de los cadáveres errantes.

La veneración de Durruti es tal que incluso un ligero intento por desmitificar su figura en el libro de Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, ha desatado virulentas reivindicaciones de Durruti: «¡Yo no he leído el libro, pero todo lo que dice y en especial sobre Durruti es mentira!», decía una furibunda mujer en la presentación del libro en el Sindicato de Artes gráficas de la CNT de Barcelona.

Junto a Durruti existen santos y mártires menores según devoción: Seguí, Ascaso, Peiró, Sabaté, Facerías, etc. Folletos, libros, páginas especiales en los periódicos confederales reproducirán periódicamente, cíclicamente sus vidas:

«Durruti era un hombre, en el más alto concepto de la palabra. Fuerte y robusto en el terreno físico y en el moral. Su moral era de granito, como las altas montañas leonesas que le vieron nacer. [...] Estas dos figuras [Ascaso y Durruti], gigantes del anarcosindicalismo cata-

lán, simbolizan ante la historia el espíritu y la acción de la CNT, que sintetiza cuanto de más recio y pujante existe en la Península ibérica. [...] Ascaso y Durruti deben clasificarse en la antología española entre los hombres de temple de Pizarro, Hernán Cortés, Vasco de Balboa, El Cano [...]»²⁴

«Para nosotros, Seguí fue siempre un hombre, todo un hombre, nada menos que un hombre.»²⁵

«Seguí fue un hijo del pueblo, un hijo de la calle. Un hombre generoso de corazón, altruista, que había sufrido mucho. Un ser de vigorosa vitalidad que por temperamento desborda estrechos conceptos de "puritanismo" [...] Un auténtico catalán, por naturaleza, con el "seny" [...] No era un visionario. Era realista, un organizador. Le faltó tiempo, le faltó vida, a él, que la tenía rebosante; que tanto la amaba y que tan cobardemente y traidoramente le fue arrebatada.»²⁶

«Fue, en su tiempo, el hombre más popular del país; y en su región natural, una verdadera institución.»²⁷

«Salvador Seguí era físicamente un hombre grandón y bonachón. De talla prócer, de pelaje endrino y complexión hercúlea.»²⁸

Depende del hagiógrafo, incluso puede confundirse con el folletín:

«Una descarga sonó. María sintió las balas penetrar en su carne. Una última imagen: Miguel, su madre, su hijo. Después nada... Cayó blandamente, con una pierna encogida, con el semblante vuelto hacia el cielo, la boca entreabierto, en un gesto que era quizá beso, quizá sonrisa. [...] Por la carretera avanzaba, apoyándose en un cayado, con un morralillo a cuestas, una vieja, una de esas viejas andaluzas sarmientosas, cubiertas de andrajos, renegridas, desdentadas, imagen de sibila o de bruja. El ruido del cayado hizo volver a los hombres que no se cansaban de mirar a la muerta. La vieja avanzó hacia ellos, hasta llegar frente al grupo de los fusilados. Al ver el cuerpo inerte de María, lanzó un alarido y huyó, gritando con voz bronca y rota: «¡Verdugos! ¡Verdugos! ¡Habéis matado a una santa!»²⁹

La hagiografía es moralizante, redentorista, se usa con fines paradigmáticos. La hagiografía es vivero de mitos. Adjudicataria de virtudes o valores excepcionales:

«[...] A más de que como *titanes* se yerguen algunas figuras de las que antaño tuvieron militancia destacada, es la juventud el campo más fecundo en la formación de comportamiento que den solidez y amplitud a la CNT...»³⁰

La hagiografía también se usa para conformar partido: identificando a los venerados con las posturas políticas o ideológicas del hagiógrafo capitaliza éste las virtudes excepcionales de aquél. Capitalización que puede tener una proyección externa a la organización o en las luchas intestinas de ésta. Los muertos pueden ser usados para justificar la propia vida de los hagiógrafos. Esta ha sido una práctica corriente en los exiliados confederales: los muertos libertarios en la lucha contra el franquismo son utilizados para encubrir la inacción, la inoperancia global de la organización o la lucha desde la barrera de los titulares de comités orgánicos. Muchos de éstos, ya figuras históricas, por complejos recursos, han abundado en su fama por la sublimación de los muertos: han sido albaceas de la fama que éstos, por su muerte, no pudieron disfrutar. Se reivindicará esa fama incluso y aunque en vida fueran enemigos de tendencia —o personales— dentro de la organización.

En la hagiografía la acción del héroe borra el entorno en que se movió. La historia gira alrededor de él y cualquier acción simultánea queda disipada por la excepcionalidad del héroe. La microhistoria se convierte en macrohistoria por la hagiografía. Existen también hagiografías de vivos, pero éstos forman parte de la élite de los líderes y no de los héroes. Será preciso que se mueran para entrar en el reino —¿acracia?— de los inmortales. Muchos de ellos a pesar de tener una vida histórica densa, aunque de segundones, siguen intentando sumar méritos en su *curriculum* para llegar a ser primeras figuras. Méritos proporcionales a su real valía o a las dimensiones de la CNT actual. Esta, por lo

reducido de su ámbito orgánico, permite acceder a cargos que por sublimación se identifican con la transcendencia que tuvieron cuando la CNT era una organización prepotente: comités nacionales, comités regionales, dirección de *Solidaridad Obrera*... No importa la carencia de concurrentes, de competidores de valía, la mediocridad, el escaso mérito de una elección sin apenas refrendo: lo importante es que su nombre aparezca en la lista de los grandes prohombres históricos confederales: Peiró, Felipe Alaiz, Peirats ..., Severino Campos.

Se han escrito obras que parcialmente han abordado aspectos desmitificadores de la CNT. Pocas. Algunas son buenas historias parciales cuya objetividad es aceptable. Sin embargo está por hacer todavía la historia, en el sentido estricto de la palabra, de la CNT.

La importancia de la desmitificación de la historia confederal, de acabar con su hagiografía, de enterrar definitivamente a sus fantasmas, no necesita ser más razonada: es vital, como ya he dicho, para la propia existencia de la CNT.

23. Una de las máscaras la posee la hija de Durruti; la otra Ricardo Sanz.

24. S. Cánovas Cervantes, *Durruti y Ascaso. La CNT y la revolución de julio*. Páginas libres, Toulouse.

25. José Viadiu, *Salvador Seguí. Su vida, su obra*, Solidaridad Obrera, París, 1960.

26. Germinal Esglesas en José Viadiu, *op. cit.*

27. Manuel Buencasa en *ibid.*

28. Angel Samblancat en *ibid.*

29. Federica Montseny, *Figuras de la revolución española, María Silva la libertaria*. Ediciones Universo. Toulouse.

30. Editorial de *Solidaridad Obrera* del número 45 de la primera quincena de junio, posiblemente redactado por alguno de los titanes a que se alude. Las cursivas son mías.

Pedro Bergés
José García

Una experiencia frustrada de prensa confederal: *Solidaridad Obrera* (1978-1979)

Desde que en junio de 1978 iniciara su andadura quincenal, con una nueva redacción a su frente, *Solidaridad Obrera* fue planteado como un periódico que desbordara los límites de la CNT, para ser puesto a disposición de toda la clase obrera. Su editorial del 1 de junio de 1978 decía: «No vayamos a engañarnos, no hay prensa libre. Ni siquiera prensa independiente [...] La carrera por el Poder está competitísima, y tras el inicio de supresión del monopolio franquista, todo lo que corre tras las publicaciones y periódicos no es la libertad, por mínima que sea, sino el oligopolio [...] *Solidaridad Obrera* no engaña a nadie: es una publicación anarcosindicalista [...] Pero no pretende dirigirse sólo a los cenetistas [...] es un periódico que la CNT pone al servicio de toda la clase trabajadora [...] una publicación dirigida de dentro a fuera, y no un boletín interno, sólo para incondicionales».

Con estos propósitos se iniciaba una nueva etapa, en unos momentos en que la CNT comenzaba ya a dejar de ser el cauce al que convergieran todos los trabajadores que no querían ser manejados por aparatos sindicales. La responsabilidad de la dirección recayó en Ramón Barnils, avalado por el Pleno regional de la CNT de Cataluña. Barnils planteó a la antigua redacción el proyecto de que *Soli* pasara a ser quincenal, con 16 páginas y, en consecuencia, con una dedicación mínimamente profesional de su redacción. Uno de los problemas originados por esta proposición fue la resistencia de muchos militantes que entendían que confeccionar *Soli* era una actividad militante más y que, por tanto, *Soli* no podía hacerse con «liberados»: ninguno de sus redactores debía cobrar. La polémica la refleja el número del 5 de agosto de 1978: «Hacer una publicación quincenal, cuidada, informativa, de dieciséis páginas, que no desmereciera ante los periódicos “profesionales” presentes en los quioscos exigía por parte de algunos de la redacción una dedicación de varias horas al día a la *Soli*, y esto necesitaba ser pagado. Cuatro miembros de la redacción decidieron que podían dedicarse diariamente a la *Soli*. Les tocaron diez mil pesetas a cada uno. Posteriormente, dos miembros más decidieron lo mismo, pero recibiendo cinco mil cada uno [...] A eso le llaman algunos “suedazos”».

Pero éste no fue el problema fundamental. Pronto comenzó a ser criticado el intento de sacar a luz pública los trapicheos internos de la «organización». La expulsión del grupo *Askatasuna* de la CNT de Euskadi, así como la crisis de la CNT del País valenciano fueron tratados en *Soli* con ánimo informativo; pero ello sentó mal a numerosas personas que consideraban que los trapos sucios de la Confederación debían ser lavados en casa.

Por los motivos enunciados, a lo largo del verano de 1978 las relaciones entre la redacción y determinados militantes llegaron a ser tirantes. Existían un director y una redacción reconocidos; pero no se había elaborado ningún texto orgánico que delimitara sus atribuciones en materia periodística. Para que quedara claro el papel de la prensa confederal y la posición de quienes confeccionaban la *Soli*, la redacción preparó una ponencia y emplazó a la Confederación regional a dar una respuesta a la misma. A comienzos de febrero de 1979, el Pleno regional de la CNT de Cataluña aprobó la propuesta de la redacción de *Soli*.

Además de una serie de consideraciones sobre el papel de la prensa burguesa, de

partido y de la *Soli*, la ponencia se limitaba a los siguientes puntos fundamentales: 1. *Dedicación*. «Si se tiende hacia la elaboración de un diario, pasando previamente por una periodicidad semanal, se debe tender también hacia una dedicación exclusiva por parte de una serie de compañeros que, lógicamente, tendrán que comer y, por tanto, la organización deberá asegurarles una retribución suficiente, que debería ser la de cualquier trabajador.» 2. *Condiciones de trabajo*, «que permitan un trabajo eficiente, desde el punto de vista técnico: [...] un local propio, teléfono y el material de oficina necesario». (Esta resolución no llegó a ser aplicada. La redacción tuvo que trabajar en una sala habilitada a tal efecto en el Comité regional de la CNT de Cataluña.) 3. *Autonomía* «con respecto a los comités de la organización [...] la prensa confederal se encontraría en una situación mucho más holgada si quien fiscalizaba la trayectoria, el contenido [...] de la publicación era el Pleno, del mismo modo que era éste quien designaba al director responsable». 4. *Papel del Comité regional*. «El Comité regional solamente podrá censurar aquellas páginas o escritos en que se hable de la Confederación, de sus problemas internos o de sus militantes. Si el Comité no está de acuerdo con la línea editorial, o no lo está algún sindicato, deberá convocar un Pleno y en el mismo se dilucidará cualquier tipo de problema». 5. «En el mínimo tiempo posible, la publicación debe pasar a ser semanal.» Simultáneamente a la elaboración de la ponencia, la redacción de *Soli* había sido remodelada.

A principios de 1979, la redacción de *Soli* decidió publicar unas páginas centrales sobre los temas más acuciantes de la crisis de la CNT de Cataluña: la polémica «convenios sí, convenios no»; la convocatoria por parte del Sindicato de la Construcción de Barcelona de una reunión de todos los sindicatos que no estuvieran por la firma de convenios, asumiendo con ello funciones del Comité regional de la CNT de Cataluña; las agresiones a un miembro de dicho comité y las recientes expulsiones de numerosos militantes acusados de fomentar una organización «paralela» a la CNT. El número elegido fue el correspondiente al 20 de abril de 1979. Pero esas páginas aparecieron con sólo las frases siguientes: «Solicitamos entrevistas con todas las partes implicadas, así como artículos. El Grupo de Afinidad Anarcosindicalista se presentó para ser entrevistado y dio a la redacción su documento "Origen y objetivos". En cambio, el Sindicato de la Construcción de Barcelona y la Federación local de la CNT, después de haberlo prometido, no se presentaron a la entrevista ni hicieron llegar a la redacción artículo ni documento alguno. Por su parte, el Comité regional, dimisionario y en funciones, opuso enérgicas dificultades al proyecto de la redacción». Esta fue la gota de agua que colmó el vaso de la paciencia de ortodoxos y depositarios vitalicios de la doctrina anarquista. No existía la crisis para ellos; sólo existían los buenos —ellos— y los malos —el Grupo de Afinidad Anarcosindicalista—. «Con nosotros, o contra nosotros», era su razonamiento. La redacción de *Soli* no estaba con unos ni con otros. Sus miembros entendían que las tendencias son algo natural en la CNT. El pensar de esta manera hacía de ellos unos heterodoxos poco manejables y tenían que ser expulsados de la redacción de *Soli*. Fue el Pleno regional de la CNT de Cataluña del 6 de mayo de 1979 —sin haber sido consultados previamente los sindicatos— quien decidió la expulsión.

La noche en que *Solidaridad Obrera* sale a la calle, se presentaron en la redacción diez o doce miembros del Sindicato de la Metalurgia de Barcelona, afirmando que venían a recoger todos los ejemplares de *Soli* en nombre de su junta sindical. Pero el periódico estaba distribuido en los quioscos y poco se podía hacer ya. Días después, la Federación local de la CNT de Barcelona convoca una Plenaria para tratar de *Soli*. En esta reunión, el representante del Sindicato Mercantil, Navarro —libertario donde los haya—, afirma que «hay que echar al director y la redacción aunque para ello tengamos que romperles la cabeza». Así consta en el acta de la Plenaria. Con ello coinciden las declaraciones de Luis Andrés Edo a *El Viejo Topo*; sus manifestaciones revelan que el gran defecto del equipo de *Soli* era el de hacer un buen periódico. Días después, ante la inminencia de un Pleno regio-

nal, el Sindicato de Sanidad publica su boletín interno en el que Carmen Díaz Mayo dice que la redacción de *Solidaridad Obrera* quiere convertir a ésta en una sucursal de *Mundo Diario*, fundándose en que había publicado una nota relativa a las Jornadas de Sanidad sin contar con su sindicato. En el boletín del Sindicato de Químicas se reprocha a *Solidaridad Obrera* no haber publicado íntegramente una esquila y haber dicho a su portador que sería resumida. Severino Campos, afiliado de «reconocida» militancia, pronuncia un discurso en Perpignan en el que pone de vuelta y media al conjunto de la CNT —salvo a su «tendencia»— y afirma que la *Soli* es «un nido de intrigas». Al margen de estas anécdotas, el objetivo de las «tendencias» coaligadas contra el equipo de Ramón Barnils era: «Nos cargamos la *Soli* porque no nos gusta, porque los redactores que la hacen no nos gustan, porque sí, porque somos los más grandes; y si tenemos que apelar a la ortodoxia o a los demás mitos, apelamos a ellos, pero nos la cargamos...».

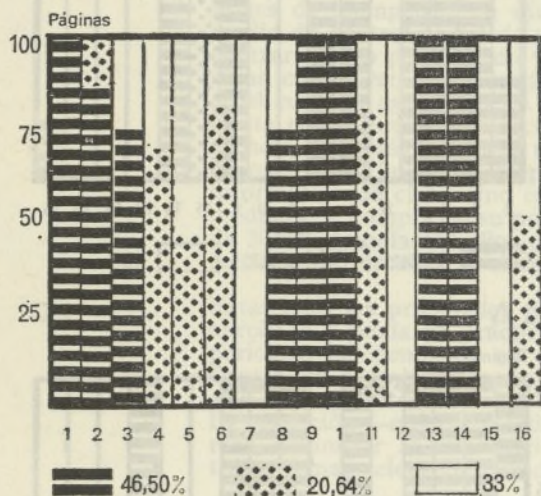
El Estado centra su interés preferente en el control de la radio y la televisión, pues son estos *media* los que alcanzan a los 35 millones de españoles, y no los tres millones de ejemplares de diarios que se venden cada jornada. La prensa es un medio de control social de tercer orden; el discurso revolucionario es fácilmente contrarrestado por la radio y la televisión. La mayoría de las publicaciones periódicas consideran la información como un producto que se ofrece al mercado, y en el cual hay que competir. Este tipo de prensa no cubre el vacío informativo que existe en los medios obreros. La prensa de partido tampoco consigue cubrir ese espacio, pues sólo procura una información unívoca. Quien compra la prensa de partido no lo hace como lector que valora una eficiente información de clase, sino como militante dispuesto a favorecer a su organización mediante la compra de su prensa. ¿Por qué si no *Mundo Obrero* no supera la tirada de 50 000 ejemplares? ¿Por qué el reciente Congreso del PSOE ha adoptado la resolución de inscripción obligatoria de todos los militantes a *El Socialista*?

Estas eran las principales coordenadas del análisis de la redacción de *Soli*. Si se aprobaba y ponía en práctica su ponencia, *Solidaridad Obrera* podía ser el único periódico independiente en condiciones de ofrecer una información autónoma. Dentro de esos límites, algo se ha conseguido. El Comité regional de Cataluña sólo ha supervisado en ese corto período las informaciones referentes a la CNT. La redacción —abierta a todos los militantes que quisieran colaborar— ha procurado dinamizar la información procedente de los sindicatos, se ha esforzado en tratar temas relegados por el resto de la prensa.

Solidaridad Obrera. Análisis de los números 44 y 45, realizados por la nueva redacción.

Con su nuevo director, Severino Campos, *Solidaridad Obrera* parece estar destinada a un público muy cerrado, pretendidamente anarcosindicalista, y cumple la función de reforzar la ideología de ese público, desdiciendo informar a otros sectores obreros que antes adquirirían la publicación.

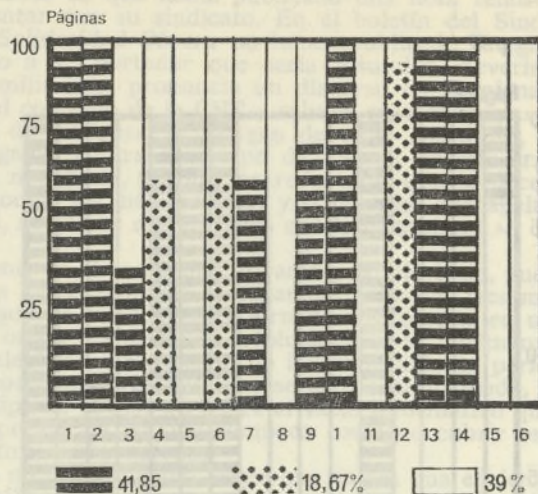
Número 44. Primera quincena de junio de 1979



Número total de artículos (artículos, reportajes, comunicados, noticias, cartas): 60. El comunicado recoge desde el panfleto hasta el comunicado propiamente dicho. Está cargado de opinión y de subjetividad.

Artículos que finalizan con una arenga: 6; artículos que finalizan dando vivas a la CNT, a la anarquía o similares: 6. Total: 12 (20%). El emisor está presente en casi todos los artículos con expresiones del tipo: «Nosotros...», «Lucharemos por...», «Haremos...». El trato al receptor es acosante y familiar: «Compañeros...» y las siglas CNT aparecen en multitud de ocasiones en los textos. El lenguaje es decimonónico, peca de ampuloso y redundante y está impregnado de mesianismo revolucionario.

Número 45. Segunda quincena de julio de 1979



Número total de artículos: 48

Artículos que finalizan en arenga: 5; artículos que finalizan dando vivas a la CNT o similares: 3. Total: 8 (16,5%).

En lo que respecta al lenguaje, a la omnipresencia del emisor y al trato del receptor, las características son similares a las del número 44.

A la vista de los porcentajes, se aprecia que ha bajado el nivel informativo de la publicación. Si en el primer número que realizó el equipo de Ramón Barnils, el índice de información ascendía al 56,3% y en el último era del 63,7%, en los números dirigidos por Severino Campos (dos cuando se efectuaba este análisis), el índice ha bajado ostensiblemente. Ha descendido al 33% en el primero, y al 39% en el segundo. La información ha sido suplida por comunicados, de carácter híbrido en su mayoría, y por artículos de «fondo» de retórica trasnochada («Nada sin la CNT»; «Tomemos medidas contra los que se salen de la línea establecida»; «Anarquismo = CNT = comunismo libertario»). (Cabe destacar que en estos dos números se publican anuncios de la revista *Askatasuna* y que, en otras fechas, un artículo de Miguel Orrantia fue totalmente impugnado por la tendencia que hoy dirige *Solidaridad Obrera*.)

Algunas consideraciones sobre la crisis actual de la CNT

1. La crisis de la CNT es atemporal

Las explicaciones que tienden a situar el inicio de la crisis en el mitin de Montjuich, en las jornadas libertarias o en el asunto de La Scala, son siempre insuficientes, por limitarse a una manifestación exterior —fenomenología o sociología— del problema. Nosotros preferimos analizar la crisis como un *proceso continuo tendencial* que desemboca en la situación actual de descomposición que afecta no tanto al aspecto organizativo (no aplicación de las normas) como al ideológico (validez del anarcosindicalismo clásico como ideología revolucionaria hoy).

Planteada así, la crisis de la CNT es para nosotros, fundamentalmente, la crisis de una alternativa de clase, en cuanto pierde su carácter de punto de referencia operativo para el proletariado del Estado español. No existe un momento inicial a partir del cual deja de ser utilizable como instrumento de transformación social para la clase obrera, sino que existe un proceso de ruptura interna que conduce a la CNT a encerrarse en sí misma, sin más compañía que sus propios fantasmas históricos, a la vez que se desconecta casi totalmente de la lucha obrera.

La ruptura interna se manifiesta en enfrentamientos cada vez más agudos y generalizados entre dos líneas políticas que presentan cada una diversas variantes organizativas y tácticas. Cuando este proceso de ruptura alcanza su cénit (expulsiones, bajas y desfederaciones), se abandona prácticamente la intervención, como CNT, dentro de la lucha de clases.

Por consiguiente, descartamos la interpretación de la crisis dentro del marco ideológico del anarcosindicalismo, porque el análisis de la buena o mala aplicación de los principios, tan cara a los ex combatientes libertarios, no nos parece una hipótesis válida de trabajo. No se trata de saber si los principios han sido bien aplicados, desde una óptica anarcosindicalista, y si los grupos que se han adueñado de la CNT son auténticos anarquistas, porque esta lectura interna de la crisis permanece prisionera de la misma ideología que pretende analizar.

Nuestro análisis pretende permanecer abierto, para extraer el mayor número de conclusiones políticas y de enseñanzas sobre la organización de clase.

2. CNT histórica y autonomía obrera

La CNT —y ésta es una de las hipótesis de este trabajo—, por su práctica constante de enfrentamiento con el capital y por su rechazo al modelo del sindicato-correa de transmisión, fue la expresión política estable de la autoorganización de la clase. No se trata de desarrollar, en el marco de este artículo, las premisas de nuestra hipótesis, pues ello supondría un recorrido histórico demasiado amplio, analizando en cada período el tipo de relaciones establecido por la CNT con la clase obrera, y viceversa, la intervención de la CNT en el Estado no-proletario, así como el papel jugado por la FAI en su intento de establecer en su favor el modelo de sindicato-correa de transmisión. Estudios, éstos, que será preciso realizar, pero que una primera aproximación al tema que nos ocupa nos autoriza a avanzar algunas conclusiones en forma de hipótesis.

El terreno en el que nos situamos es el de las relaciones de la CNT con el movimiento obrero. En este terreno, la crisis de la CNT puede plantearse según la fórmula clásica que hace referencia al espacio político. O, desde nuestra hipótesis, cabría formular la siguiente pregunta: ¿Por qué no se tuvo en cuenta, en la reconstrucción de la CNT, el carácter de representación política estable de la autonomía obrera? Y si se hubiera tenido en cuenta, ¿hubiera sido posible reconstruirla con esa perspectiva?

Antes de responder directamente a esta pregunta, cabría concretar las relaciones que se establecen entre toda organización obrera revolucionaria y el Estado capitalista moderno. Este último segrega una serie de mecanismos de autorregulación, que pueden clasificarse en dos bloques: mecanismos con efecto dinamizador y mecanismos con efecto estabilizador.

Los primeros son mecanismos de mediación y conciliación de clases, y comprenden desde los sindicatos hasta los organismos arbitrales, aparato jurídico, etc. Su finalidad es la de suprimir la lucha de clases, sustituyéndola por la colaboración entre las clases, es decir, integrar políticamente a la clase obrera dentro del capital, sin por ello anularla como clase. La intervención de estas instituciones son las que permiten la gestión capitalista del ciclo productivo.

El segundo mecanismo supone el paso histórico de la ley del valor a la ley del mando. Por esta razón, las instituciones que lo desarrollan en la práctica se comportan en su globalidad como un simple aparato coercitivo, desde la represión directa hasta la política monetaria. Este mecanismo tiende a aplicar y hacer respetar las bases políticas sentadas mediante el primer mecanismo. El efecto de esta segunda intervención estatal es el de modificar de forma permanente la relación del capital respecto a la clase obrera. La clase obrera no sólo está *dentro* del capital, sino que está *para* el capital, es *función* del capital.

En este mecanismo, que tiende a integrar a la clase obrera, a hacerle perder su identidad política, entran los sistemas de reproducción de la ideología dominante. La cultura popular, por ejemplo, refleja una imagen distorsionada de lo que es la clase obrera.

Lo contrario de una clase obrera *dentro, función de y negada por* el capital, es una clase obrera *fuera, independiente y afirmada contra* el capital. Sin embargo, cuando el desarrollo de esta afirmación permanece en la lógica del capital (aceptación de hecho de la sociedad capitalista actual) se produce el mismo resultado, es decir, la anulación política del movimiento, ya sea por un proceso de *marginalización* (ghettización), ya sea por un proceso de *absorción* (integración).

La conclusión práctica es evidente. Toda propuesta política y organizativa cuyo sentido sea «la clase obrera dentro del capital», entra inmediatamente en un proceso de absorción. Por el contrario, si la propuesta política tiene el sentido de «clase obrera fuera del capital», pero se mueve en el terreno de juego del capital, queda marginada. O sea, que la intervención conjunta de todos los mecanismos de autorregulación estatal conducen a un resultado único: la anulación política.

3. La interrelación «organización obrera-estado capitalista»

Cualquier propuesta política, organizativa o no, debe tener presente la realidad de estos procesos. Como dice P. Mattick, «todas las organizaciones obreras forman parte de la estructura social general, y esto hace que en un sentido puramente ideológico, no puedan ser siempre y coherentemente anticapitalistas [...]. Este parece ser el dilema del radicalismo. Para hacer cualquier cosa que tenga algún peso en el campo social, las acciones deben organizarse. Las organizaciones eficaces, sin embargo, tienden a entrar en los canales capitalistas. Parece que para hacer cualquier cosa sólo se pueda actuar equivocadamente».

La teorización de esta impotencia política desde el campo obrero adopta tres formas, mantenidas por distintos grupos de extrema izquierda:

1. «Toda organización obrera amplia tiene que optar entre mantener planteamientos reformistas o ser necesariamente ilegal.» Es el argumento de Carlos Semprún contra la CNT (cf. *Ni Dios, ni amo, ni CNT*, Tusquets, Barcelona, 1978), utilizándola incluso como explicación de su crisis actual.

La afirmación es falsa, pues hace corresponder mecánicamente la contradicción absorción-marginación con legalidad-ilegalidad. El error estriba en que esta última no es un dato fijo, sino un espacio de actuación política, resultado de una correlación de fuerzas, en un momento dado, entre el capital y el proletariado. Para una organización autónoma y de clase, permanecer en la legalidad es empezar a imponer ya su propia legalidad. Una organización revolucionaria no puede moverse por razón de principios en la legalidad, sino que debe actuar en función de las necesidades que la lucha impone y de los objetivos de clase libremente establecidos en cada momento por el proletariado. Es una cuestión de correlación de fuerzas en cada etapa del proceso revolucionario. Es evidente que el crecimiento de la organización revolucionaria debe ir unido, no puede ser de otra manera, a la generalización de los comportamientos de ilegalidad de masas, al crecimiento del contrapoder.

2. «Todo organismo surgido en un lugar de explotación como expresión de la autonomía de clase tiende a desaparecer o a convertirse en algo parecido a un partido político o a un sindicato.»

Esta aseveración reposa en la experiencia histórica (CUB en Italia, CCOO iniciales en España) de la confusión de las organizaciones autónomas. La ideología subyacente es la catastrofista, propia de Rosa Luxemburgo y de los consejistas «ortodoxos». O reforma o revolución. No hay espacio intermedio.

Nuestra crítica a esta postura se apoya en el carácter formalista de la misma, en la ausencia de todo planteamiento dialéctico. Los consejistas siguen prisioneros de la forma, olvidando que una organización obrera de fábrica puede ser un elemento de la red burocrática del sindicato, o bien una articulación de la autonomía obrera, según los contenidos políticos que den a su lucha. Falta, pues, un planteamiento dialéctico: crisis-no crisis; sindicato-partido; lucha reivindicativa-lucha revolucionaria, etc., como si la lucha revolucionaria, por ejemplo, no fuera la forma superior de la lucha reivindicativa, como si lo económico estuviera cortado de lo político.

3. «Todas las organizaciones de defensa de los asalariados (independientemente de su ideología inicial) acaban por defender a los asalariados dentro de las perspectivas del trabajo asalariado. Toda organización permanente de defensa de los asalariados lleva a la defensa del capitalismo.»

Es la postura de J. Barrot, asimilando sindicato obrero a cualquier forma de organización proletaria defensiva, como si una organización autónoma no pudiera defender también los intereses inmediatos de los trabajadores. Para J. Barrot, toda lucha defensiva se mueve al nivel del valor de cambio y, por consiguiente, no modifica la relación de fuerzas, si no es en el seno del propio capital.

Contraoponer lucha defensiva y lucha ofensiva reproduce el mismo error anterior, oponiendo lucha reivindicativa y lucha revolucionaria, como si la clase obrera fuese un ente metafísico con dos almas. Es como si sólo el proletariado consciente (el «comunista» de J. Barrot) fuese el encargado de organizar la lucha ofensiva. De hecho, lo único factible es organizar a toda la clase obrera, pero *fuera* del capital, en oposición al plan del capital. Este es el camino que ha permitido históricamente una recomposición política de la clase trabajadora.

Rebatir la fatalidad de estas tres posturas es el primer paso para afirmar que una organización revolucionaria que se mueve en el espacio social y que tiende a ser una expresión política estable de la autonomía obrera, no está necesariamente condenada a degradarse (integrarse) ni a desaparecer. Las argumentaciones que sos-

tienen de modo irreversible esta evolución se quedan en consideraciones apriorísticas cuyo interés reside en ser un mero aviso de los peligros que acechan a quienes luchan contra el capital.

4. ¿Por qué se ha dado la crisis de la CNT?

Para comprender todo el alcance y las causas de la crisis de la CNT habríamos de elaborar una teoría de la burocratización. Por supuesto, no nos sirve la explicación idealista de la «traición de los dirigentes», tópico trotsquista tan en boga en otros tiempos. Lukács explica la burocratización por el desfase entre la teoría y la práctica, lo que supone una explicación cierta, pero parcial. Como también es parcial la tesis de Cardan y de *Socialisme ou Barbarie*, cargando el acento casi exclusivamente sobre la división en dirigentes y dirigidos, pensantes y ejecutantes. Es necesario partir de una concepción de la burocratización, en un sentido amplio, integrando en una misma idea tanto la problemática exterior (espacio político existente, relación con el Estado, etc.) como la interior (relaciones de poder, grupos o tendencias que luchan por el dominio del aparato, etc.). Bajo esta perspectiva, en la cual la burocratización engloba la formación de la burocracia como un momento en su desarrollo, es más fácil analizar la crisis de la CNT.

5. La crisis de la CNT es la crisis de una alternativa de clase

La CNT ha fracasado como instrumento de transformación social para la clase obrera. No ha sido capaz de convertirse en la organización autónoma de clase, con posibilidad de plantearse, a partir de la fábrica, la lucha en todos los frentes. Por otra parte, la CNT ha perdido la oportunidad de convertirse en sindicato obrero —si es que alguna vez lo pretendió— capaz de desarrollar una política de oposición de clase, anticapitalista, por la autoorganización y la unidad de la clase obrera. La crisis de la CNT es una crisis compleja y profunda que no puede reducirse a los clásicos tópicos, tales como «la no aplicación de los principios del anarcosindicalismo», o a las luchas por el poder, o a la existencia en su seno de provocadores profesionales, etc. Todo esto es cierto, pero sólo se trata de manifestaciones externas de una crisis que tiene otras causas, que trataremos de enumerar y comentar brevemente.

La crisis de la CNT es la crisis de una organización revolucionaria. En la sociedad capitalista actual, a causa de los elementos de autorregulación que posee, una organización revolucionaria está sometida a una dinámica que le obliga a integrarse o a aislarse paulatinamente de los centros de representación, información, expresión y decisión. Esta dinámica repercute dentro de la organización en forma de tensiones, entre los partidarios de una mayor integración (reformistas) y los partidarios de una mayor radicalización que desemboca en la lucha armada (extremistas).

Históricamente se ha demostrado que sólo cuando la organización revolucionaria es interna a los movimientos de clase y democrática en su funcionamiento, puede llegar a efectuarse una síntesis que supere los dos extremos, dinamizando las posturas revolucionarias.

La CNT ha sido incapaz de conseguir esta síntesis dinámica y las dos tendencias se han enfrentado ya al primer escollo, el de la valorización de la lucha reivindicativa. Los unos planteaban su superación ideológica, lo que conduce directamente a la organización marginal que es hoy la CNT. Los otros proponían la reducción de la práctica organizada a la lucha reivindicativa y dura, pero integrable hasta un límite bastante amplio por el capital.

La CNT no ha podido superar la tensión destructiva generada por esta oposición, que ha conducido posteriormente a un enfrentamiento entre militantes-afiliados,

organización específica-organización sindical, etc., que han acabado por anular a la CNT como propuesta política y organizativa para la clase obrera. Este resultado ha sido acelerado por el hecho de que la CNT no ha sido en ningún momento (desde su reconstrucción) interna a la clase obrera.

a) En efecto, la manera en que se procedió para su reconstrucción no respondió nunca a unos criterios de clase, ni se vigiló la extracción social, condición de asalariados, criterios anticapitalistas, etc., de los «reconstructores». El único acuerdo comúnmente aceptado versaba en torno a la voluntad de resucitar la CNT de 1936, pues ésta era la única referencia.

b) No ha existido nunca en la CNT una verdadera democracia interna, a pesar de la constante referencia a la «asamblea soberana». En la práctica hay mil medios para impedir que la asamblea cumpla esta función democrática, y a nadie que haya asistido a una asamblea de la CNT le cabe la menor duda de que se han utilizado los mil.

c) La fórmula sindical, incluso radicalizada (ejemplo: huelga de gasolineras) ha señalado rápidamente sus propios límites. La experiencia ha demostrado siempre que no se puede olvidar la dimensión política del enfrentamiento con el capital, único terreno en el que la oposición no es integrable.

6. La crisis de la CNT es la crisis del anarcosindicalismo clásico como ideología revolucionaria hoy

Plantearse la reconstrucción de la CNT sin plantearse la validez teórica y práctica del anarcosindicalismo en la sociedad actual, significa tanto como creer en la perennidad de las ideologías, los métodos y las tácticas. La CNT fue útil para recomponer la unidad ideológica y práctica de la clase obrera en otros tiempos. Hoy, ha perdido esta función:

a) Porque ha habido un corte teórico y práctico con el pasado del movimiento obrero. No se han explicado los errores del anarcosindicalismo a partir de 1936 (participación en el gobierno, pérdida de la hegemonía y de la iniciativa política a partir de 1937, fracaso de la organización clandestina, etc.). Al ser incapaz la CNT de encontrar solución a los problemas que se plantearon en los momentos límite y al ser incapaz más tarde de encontrar una explicación válida a esos errores, se ha perdido credibilidad en la eficacia de la ideología anarcosindicalista.

b) El anarcosindicalismo clásico es la glorificación del productor, del buen obrero, del trabajo. La clase obrera moderna, por el contrario, plantea la lucha anticapitalista en toda su extensión, utilizando el boicot a la producción como una de las armas principales a esgrimir contra el capitalismo.

c) La aplicación del anarcosindicalismo clásico hoy reproduce respecto a la clase obrera una relación burocrática. Para la afiliación a CNT no se parte de un planteamiento de clase, sino que se solicita la adhesión a un espacio ideológico.

d) La crisis de la CNT es la crisis de un espacio político y social desde el cual desarrollar una lucha subversiva, es decir, anticapitalista, de clase y libertaria. La CNT, reducida a una alternativa más ideológica que real, evidencia la dificultad de levantar una alternativa de clase que tiene que construirse en un momento de derrota de la clase obrera.

Conclusiones

Por más declaraciones triunfalistas que prodiguen los comités, «aquí no ha pasado nada», «ya han vuelto las aguas a su cauce», etc., la CNT ha entrado en la fase de grupuscularización y en una práctica de violencia desesperada que nada tiene que ver ya con la lucha de clases. Todos los «salvadores» que le van sa-

liendo a la CNT van cayendo en la tentación de las armas, para defenderse o atacar en la lucha que se avecina entre los diferentes grupos o burocracias mafiosas.

Esta derivación hacia falsas opciones no demuestra la imposibilidad de construir una organización revolucionaria amplia, sino la de querer hacerlo a partir de una ideología previa. Conectar con el legado histórico de la CNT, sin querer aplicarlo indiscriminadamente; recoger la práctica autónoma de la clase obrera; proponerse como objetivo reconstruir la unidad de la clase, sin discusiones ideológicas abstractas previas. He aquí otros tantos objetivos previos para los trabajadores empeñados en el proceso de reconstrucción de la organización revolucionaria y de clase.

Sumario del número 61/62 de Cuadernos de Ruedo ibérico

- I. La reestructuración del Estado. La institucionalización del nuevo modelo justificativo.

Genaro Campos Ríos: *El poder político y la Constitución*

La reforma política, el Ejército y la representación orgánica del capital (Alber to Hernando y Juan Martínez Alier); *La democracia parlamentaria como instrumento legitimador del capitalismo* (Juan Martínez Alier); *Abstencionismo y política* (Aulo Casamayor); *La clase trabajadora frente al capital* (Colectivo Autonomía de Clase); *La discriminación de la mujer en el nuevo marco institucional* (Verena); *Un ejemplo de reestructuración antipopular: Las Cajas de Ahorro* (Emiliano Vega).

- II. El nuevo discurso político. La manipulación del consenso: elecciones y referéndum de la transición.

1. G. I. Martí: *Aproximación a una teoría del discurso político*
2. G. I. Martí: *El gran show político o las trampas de la comunicación: las elecciones del 15 de junio de 1977.*
3. Beatriz y André Job: *El metadiscurso. Un discurso electoral que cuestiona sus propios mecanismos.*

- III. Un ejemplo de instrumentalización política de lo cotidiano

1. Aulo Casamayor: *¿Fiesta? ¿Política? ¿Partido Comunista de España?*
2. J. M. Peña: *La fiesta política del PCE: 1977 y 1978*

- V. Textos. Sobre el Estado

Arthur Lehning: *Sobre igualdad y libertad*
Noam Chomsky: *Los intelectuales y el Estado*

Libros recientes de Ruedo ibérico
Dibujos de Daumier

Raúl Forbe
Alfredo Gómez

Apuntes para una anarquización de la anarquía

presentados a partir
de un ejemplo de Sartre

Introducción

El título que hemos dado a nuestro trabajo revela, por una parte, que partimos del convencimiento de que la anarquía actual es una anarquía que, en gran medida, no es anárquica, es decir una anarquía que, por olvidarse de que es lo completa y absolutamente otro y, en cuanto tal no realizable a partir de lo existente, en lugar de dar un claro y rotundo «no» a lo existente, gasta sus fuerzas en el proyecto absurdo de infiltrar, de ir minando la sociedad actual para cambiarla. Y cambiarla, para colmo, posiblemente en el sentido de gobernarla, tal como suelen hacer los marxistas; pues es bien sabido que, para éstos, cambiar el mundo es sinónimo de gobernarlo.

No, no se trata, en efecto, de anarquizar «lo-que-hay», sino de hacer que *haya* anarquía; y que la *haya*, por cierto, no sobre la base de «lo-que-hay», según el esquema marxista que pretende levantar el nuevo orden socialista sobre el fundamento creado por la época capitalista, sino a partir de «lo-que-no-hay» y de «lo-que-no-ha-habido», es decir, a partir de sí misma. Sólo la anarquía puede hacer que *haya* anarquía; sólo la anarquía puede ir anticipando el reino de la anarquía.

El futuro de la anarquía depende, pues, de la anarquía del futuro, esto es, de la anarquización de la anarquía desde sí misma, pero entendida como utopía-a-realizar. No hace falta decir que, para nosotros, el sustantivo «utopía» significa, simple y llanamente, aquello que *hic et nunc* no se encuentra en ninguna parte. En este sentido, pues, decir que la anarquía es utopía-a-realizar es decir que la anarquía es aquello que actualmente no es localizable ni espacial ni temporalmente, pero que pide su realización y nos apura con su exigencia de ser vivida.

Por otra parte, el título de nuestro trabajo manifiesta que hemos conectado nuestras reflexiones en torno a la posibilidad de la anarquización de la anarquía con un pensador que, si bien se ha dicho anarquista, no ha dudado en hacer pública su lejanía insuperable con respecto al movimiento anarquista tradicional. Esta decisión nuestra, pensamos, necesita una breve explicación.

Sartre se entiende, en efecto, muy lejos del anarquismo tradicional o, más concretamente dicho, de la anarquía del siglo XIX. Más aún, piensa que la anarquía de nuestros días no tiene nada que ver con la anarquía tradicional. Y aunque pueda sonar un tanto paradójico, es precisamente por ello por lo que nos ha parecido que su anarquía puede ser tomada como punto de partida para una anarquización de la anarquía. Pues su actitud es verdaderamente anárquica; en el sentido de que no solamente rompe la autoridad moral, intelectual y política de los llamados «padres» de la anarquía y, con ello, también su posible monopolio de las posibilidades del proyecto anarquista, sino que nos recuerda, además, que en el fondo el anarquismo es ya una degeneración de la anarquía; la degeneración de la anarquía en sistema a defender o, si se prefiere, en doctrina a profesar.

No, la anarquía no es un «ismo». Ser anarquista no puede significar, en consecuencia, pertenecer a un movimiento doctrinario ni, mucho menos, pensar desde un sistema determinado. Ser anarquista es eso: *ser* anarquista; o sea vivir la anarquía y rechazar así, existencial y vivencialmente, todo lo que indique poder, dominación, autoridad y gobiernismo, tanto en nosotros mismos como en nuestras relaciones concretas con los otros. Anarquía es vivencia de libertad personal, pero siendo y queriéndose como la libre dimensión en la que todas las libertades personales se enriquecen fundiéndose no en una abstracta y vacía libertad común, sino en una libertad de y en comunidad que no destruye sino que potencia la libertad individual, ya que la libertad de y en comunidad que aquí proponemos no es otra cosa que la libre comunidad de las libertades. Por lo que hace a la estructuración de nuestro trabajo, queremos indicar que, en una primera parte, tratamos de esclarecer las razones por las que Sartre no se ha reconocido nunca en el movimiento anarquista tradicional, pasando revista a las ideas fundamentales de algunos de los pensadores más representativos de las diversas corrientes anarquistas. Las ideas centrales que revisamos en esta primera parte giran, principalmente, en torno a estos tres temas capitales: el hombre, la libertad y el mal.

En la segunda parte de nuestro artículo pasamos a exponer los rasgos fundamentales del filosofar sartriano para mostrar cómo a partir de él se puede llegar a una radicalización de la anarquía como proyecto libertario históricamente abierto.

I. Los anarquistas y sus ideas fundamentales en torno al hombre, la libertad y el mal

Para algunos estudiosos del anarquismo el pensador anarquista que más claramente ha influido en Sartre sería Johann Kasper Schmidt, más conocido por el seudónimo de Max Stirner. Se cree descubrir, en efecto, una cierta continuidad entre el «individualismo existencialista» de Sar-

tre y el anarquismo individualista o, si se quiere, el individualismo anarquista defendido por Stirner con tanta claridad y radicalidad en su obra fundamental *Der Einzige und sein Eigentum*.

Sin embargo, la lectura atenta de esta obra y, sobre todo, la reflexión crítica sobre lo que en ella se nos dice en torno al hombre y la libertad humana, nos obligan a rechazar esta interpretación como superficial y falsa. Tratemos, pues, de justificar nuestra opinión.

Comparando la historia de la humanidad con los diferentes periodos de la vida de un ser humano, interpreta Stirner el desarrollo del ser humano en el sentido de una evolución hacia el egoísmo, que marcaría la verdadera mayoría de edad de un hombre. El sentido de la vida de todo hombre consiste, por tanto, en llegar a ser un egoísta; esto es, un yo único y solitario que se desprende del mundo y la historia para apropiarse el mundo y la historia desde sí mismo. No se trata, por consiguiente, de llegar a sí mismo por la mediación del mundo, sino precisamente de lo contrario, de escapar del mundo, de desmundanizarse y refugiarse en un sí mismo abstracto y vacío, como condición de la posibilidad de tener mundo, de adueñarse del mundo. Dicho en otros términos, se trata de redescubrir el mundo en el yo y desde el yo, y no el yo en y por el mundo, pues sólo así podré hacer del mundo *mi propiedad*. Para Max Stirner, el hombre debe llegar a ser un egoísta; y esto implica que se descubra y afirme como individualidad propia; o sea, como individualidad que se sabe en posesión de sí y, a partir de sí, propietaria del mundo. De donde se desprende que el hombre egoísta de Stirner es un «propietario» y que, en cuanto tal, quiere y debe realizarse como «único». Pues, ¿qué propietario no quiere ser propietario-único o único-propietario?

Consecuente con su concepción del hombre como egoísta-propietario-único, interpreta Stirner la libertad no como el momento realmente fundante y fundamental del ser humano, sino más bien como un instrumento de la individualidad propia. No es, pues, la libertad la que funda el egoísmo. Al contrario, el egoísmo es el que funda la libertad. En verdad, la libertad es el resultado de un acto de egoísmo; el acto por el que el egoísta se desprende de esto o aquello. Aquí se pone de manifiesto, además, que, para Stirner, ser-libre significa simplemente librarse-de..., desprenderse de... Y precisamente por ello la libertad es, para el egoísta, un valor sólo cuando la sabe y la tiene como únicamente suya, como instrumento de su individualidad propia; es decir, sólo cuando es *su* propiedad y, con ello, expresión de su poder sobre el mundo y los otros.¹ A nuestro parecer, entre estas ideas de Max Stirner y las de Sartre a este respecto media un abismo. Sartre, es cierto, parte también del hombre individual concreto. Pero el hombre individual del que parte Sartre no tiene nada que ver con el individualista egoísta de Stirner. La individualidad de Sartre es una existencia concreta que está siempre atrave-

1. Max Stirner, *Der Einzige und sein Eigentum*, Stuttgart, 1972, p. 171 y s.

sada por el mundo y habitada por los otros. No olvidemos que el para-sí sartriano es, en y por sí mismo, un ser-para-otro. Por ello el hombre sartriano no emplea su libertad para usar el mundo y los demás como simples objetos de su autosatisfacción. Para el egoísta de Stirner la libertad es un instrumento de poder, para el para-sí sartriano la libertad es lo que define y funda y realiza su modo de existir; es decir, que la libertad es aquí fuente y fin de la vida, y no un simple medio de afirmación vital egoísta. Lógico, pues, que Sartre no pueda reconocerme en esta tradición del anarquismo individualista o del individualismo anarquista. Muy otra es la concepción del hombre y de la libertad que encontramos en los representantes del anarquismo colectivista o del socialismo libertario. Tomemos a Bakunin como ejemplo y veamos si sus ideas a este respecto concuerdan o no con las de Sartre.

Bakunin, a quien, conviene decirlo desde un principio, se puede considerar como representante de un cierto biologismo, hace suya la llamada concepción materialista del hombre y nos dice que «el hombre, como todo el resto del mundo, es un ser completamente material».² O sea, que debemos entender el ser humano como un producto natural. El hombre es el producto de la sociedad y ésta, a su vez, no es otra cosa que «la última gran manifestación o creación de la naturaleza sobre esta tierra».³ De aquí que, según Bakunin, el hombre esté sometido a las fuerzas naturales. Frente a la naturaleza y sus leyes el hombre nada puede, pero la naturaleza o la materia pueden sobre el hombre. Y puede tanto que Bakunin no duda en afirmar que «cada uno viene al mundo con una naturaleza personal o con un carácter personal que está desde luego, materialmente determinado».⁴

Y, sin embargo, quién va a negarlo, Bakunin es un apasionado defensor de la libertad humana. Pero, ¿qué entiende Bakunin por libertad? A esta pregunta es difícil responder, pues Bakunin trató de precisar su concepción de la libertad en muy diversas ocasiones y, consiguientemente, también de muy diversas maneras. Así tenemos, por ejemplo, que en sus escritos juveniles de 1838 considera la libertad como aquella dimensión que, posibilitada por la experiencia del dolor, nos abre a la infinitud del ser como verdad infinita. Frente a esta concepción, que está indudablemente influenciada por Hegel, encontramos incluso en una misma obra —*Dios y el Estado*— diferentes concepciones de la libertad humana; unas veces se la define como la condición fundamental de todo lo bueno en la humanidad, otras como una fuerza natural, otras como un derecho que brota de la vida en sociedad y otras como la resignada comprensión de la necesidad natural y social. Sin embargo, todas estas determinaciones de la libertad están mediadas por un rasgo común fundamental que constituye, a nuestro juicio, el verdadero núcleo de la concepción bakuniniana de la libertad, a saber el rasgo de la libertad humana como resultado de un trabajo social y colectivo. Y es que, para Bakunin el hombre es un ser esencialmente social; y esto hay que entenderlo literalmente, es decir, en el sentido de que el hombre gana su esencia humana, su hu-

manidad, en, por y a través de la sociedad. Lógicamente, pues, el hombre sólo puede ser libre en sociedad. Más aún, es la sociedad la que lo hace libre. Así nos dice Bakunin que: «La explicación materialista, realista y colectivista de la libertad, totalmente opuesta a la de los idealistas, es la siguiente: sólo en la sociedad y sólo mediante la acción colectiva de toda la sociedad llega el hombre a ser hombre, alcanza tanto la conciencia como la realización de su propia humanidad».⁵ O, como expresa en otro lugar con mayor claridad aún, «la libertad del individuo no es una realidad individual, sino colectiva, un producto común; ningún hombre puede ser libre fuera de la sociedad humana y sin su cooperación».⁶

A partir de este rasgo fundamental que, directa o indirectamente, se encuentra presente en todas las definiciones bakuninianas de la libertad y que, como hemos indicado anteriormente, nos presenta la libertad humana no solamente enraizada en la comunidad social, sino, lo que es más decisivo todavía, como el fruto de la vida colectiva de los hombres en la sociedad, bien puede deducirse que Bakunin hace coincidir la libertad humana, al menos en lo que él solía denominar su parte positiva, con el movimiento del desarrollo de las potencialidades de cada ser humano. Y ésta es justamente la explicación última por la que Bakunin concibe la libertad como un asunto eminentemente social, puesto que ese desarrollo de las facultades corporales, espirituales y morales del hombre, que representa justo el elemento positivo de la libertad, sólo puede lograrse en el seno de la sociedad. A este respecto resulta sumamente ilustrativa la siguiente afirmación de Bakunin: «Ya hemos observado que nosotros entendemos por libertad, de una parte, el desarrollo más completo posible de las capacidades naturales de cada hombre, y, de otra parte, su independencia; independencia no frente a las leyes naturales y sociales, sino frente a todas las leyes impuestas por la voluntad de otro, sea ésta una voluntad general o una voluntad individual».⁷

Pero, como se ha patentizado, por lo demás en el pasaje que acabamos de citar, Bakunin encuentra un segundo elemento en la libertad humana, un segundo momento, una segunda cara; una cara que él entiende como el lado negativo de la libertad y que representa justamente la capacidad del hombre para indignarse, para rebelarse, para romper las cadenas de toda forma de autoritarismo.

En resumen, podemos decir, pues, que Bakunin considera la libertad humana, por un lado, como desarrollo de las facultades del ser del hombre y, por otro, como rebelión o negación de toda autoridad humana y divina. Naturalmente envuelve la libertad humana estos dos momen-

2. M. Bakunin, *Gott und der Staat*, en M. Bakunin, *Philosophie der Tat*, Köln, 1968, p. 177. La traducción española es responsabilidad nuestra.

3. *Ibid.*, p. 260.

4. *Ibid.*, p. 262.

5. *Ibid.*, p. 251.

6. M. Bakunin, «Drei Vorträge vor den Arbeitern des Tals von St. Imier im Schweizer Jura», en Bakunin, *Staatlichkeit und Anarchie und andere Schriften*, Frankfurt, 1972, p. 324-325.

7. M. Bakunin, *ibid.*, p. 205-206.

tos, pero no los envuelve como aquello que ella es, sino como aquello que ella posibilita. Dicho de otra forma, la libertad no es ni desarrollo de potencialidades ni rebelión; pero sí condición de ambos. La libertad es la condición que posibilita tanto el desarrollo humano como la rebelión, porque es ella la que crea las posibilidades que el hombre desarrolla y la que abre el futuro, a cuya luz se manifiesta el presente como aquello que debe ser negado por la rebelión.

Además de esta imprecisión, se puede observar que la concepción bakuniniana de la libertad se asienta, en realidad, sobre una confusión de graves consecuencias. Pues si, como piensa Bakunin, la libertad es el fruto de la sociedad humana y ésta, a su vez, representa la última manifestación de la Naturaleza, ¿no se impone concluir que la libertad es una fuerza natural o, si se prefiere, un producto más de la Naturaleza? Desde luego. Adivinando posiblemente las funestas consecuencias que de aquí se sigue, Bakunin trata, no obstante, de precisar su concepción concibiendo este momento natural de la libertad como el momento por el que la Naturaleza se niega a sí misma. Sólo que esta negación no es propiamente una negación, pues lo negativo aparece aquí tan sólo como momento de lo positivo absoluto —la Naturaleza—, es decir, no como un principio independiente e incondicionado que apunta a un desarrollo propio, sino más bien como un elemento auxiliar y, en cuanto tal, sólo necesario para la evolución general de la Naturaleza. De esta suerte la libertad queda sujeta al determinismo natural. Y Bakunin es perfectamente consecuente cuando asegura que contra las leyes de la Naturaleza y del mundo social es imposible toda rebelión. Sin embargo, ¿ironía de la lógica?, al ser consecuente en este punto, Bakunin le ha quitado toda base a su impulso revolucionario y, en general, a la capacidad del hombre para revelarse. En efecto, pues, por ser consecuente con su naturalismo, ha concebido el mundo social como algo natural y esto le ha llevado a su vez a reconocer en el mundo social leyes que, por ser en el fondo leyes naturales, no permiten ningún tipo de rebelión. «El hombre no es ni llegará nunca a ser libre frente a las leyes naturales, frente a las leyes sociales, estas leyes, que para comodidad de la ciencia se dividen en dos categorías, son en realidad de una misma categoría, pues todas ellas son en la misma forma leyes de la Naturaleza, leyes inevitables que conforman la base y la condición de vida de cada ser, de forma que ningún ser puede revelarse contra ellas sin suicidarse».⁸ La consecuencia lógica de semejante argumentación es que el hombre es un esclavo tanto de la Naturaleza como del mundo social. ¿Cómo explicar entonces la rebelión? Por la libertad, contesta Bakunin. Pero ¿no nos ha dicho que la libertad humana es impotente frente al mundo natural-social? Y si esto es cierto, entonces es una incoherencia monumental el querer explicar la rebelión por esa libertad naturalista.

Bakunin encadena, además, la libertad a la materialidad. En realidad, su naturalismo lo acerca bastante al determinismo de Marx. Así, por ejemplo, afirma categóricamente: «sin duda alguna los idealistas se equi-

vocan y sólo los materialistas tienen razón. Ciertamente, los hechos preceden a las ideas; cierto, el ideal es, como dijo Proudhon, sólo una flor cuyas raíces se encuentran en las condiciones materiales de la existencia. Ciertamente, toda la historia espiritual y moral, política y social de la humanidad es un reflejo de su historia económica». ⁹ Sobre la base de este determinismo es lógico, pues, que Bakunin no acierte a ver la absoluta autonomía de la libertad humana, que, en el fondo, es la única que puede garantizar la posibilidad de la rebelión, en cuanto que ésta no se encuentra ni brota del mundo material, sino de un hombre que, a pesar de todas las alienaciones, es suficientemente libre como para querer ser libre de todas las alienaciones. Así, si la rebelión ha de ser posible, es necesario que la libertad humana no esté determinada fatalmente por el peso del mundo material-histórico.

Por otra parte, no obstante, Bakunin vio muy acertadamente que el hombre individual sólo puede ser verdaderamente libre en un universo de hombres libres, y que, por consiguiente, la libertad del otro lejos de representar un límite para mi libertad, es precisamente aquello por lo que mi libertad se ve potenciada al infinito: «Soy verdaderamente libre sólo cuando todos los seres humanos que me rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres. La libertad de los otros, lejos de ser una limitación o la negación de mi libertad, es, al contrario, su condición necesaria y su confirmación. Sólo a través de la libertad de los otros devengo verdaderamente libre...». ¹⁰

Como en el segundo punto de nuestro artículo tendremos ocasión de exponer los rasgos fundamentales del filosofar sartriano, nos limitaremos aquí a señalar únicamente las razones más obvias por las cuales Sartre tampoco puede reconocerse en la tradición del anarquismo bakuniniano.

Mientras que en Bakunin la libertad y el hombre mismo se conciben como un producto de la evolución social, que a su vez se presenta como el resultado del movimiento general de la evolución de la Naturaleza, con la consecuencia de que la libertad queda aquí inscrita en las leyes de la causalidad del universo natural-social, en Sartre se parte de un concepto del hombre que, desde un principio, corta al hombre del determinismo del mundo natural-social, justo porque el ser del hombre se concibe en términos de libertad. Una libertad que es originariamente negatividad: porque el hombre es libre, es decir, porque su conducta no está ineluctablemente determinada por las leyes de la Naturaleza, el hombre puede proponerse y realizar el modelamiento de su vida desde una perspectiva de liberación.

Además, por esta identificación del ser humano con la libertad, Sartre no puede suscribir la idea bakuniniana determinista en virtud de la

8. M. Bakunin, «Beiträge zur Genfer Zeitung Egalité», en Bakunin, *Staatlichkeit und Anarchie*, ed. cit., p. 202.

9. M. Bakunin, *Gott und der Staat*, ed. cit., p. 97.

10. M. Bakunin, *ibid.*, p. 254-255.

cual los hombres vienen al mundo con una naturaleza o carácter personal que, por estar materialmente determinado, puede determinar sus conductas.

Un aspecto en el que sin embargo sí se nota una comunicación entre Bakunin y Sartre nos parece ser el de que el hombre sólo puede ser libre en el seno de una humanidad libre, pues para Sartre el otro, si bien no es fundamento de mi libertad, sí que es aquel con el cual y por el cual yo alcanzo a ser plenamente libre.

Pasemos pues ahora a presentar las ideas fundamentales de los anarquistas a propósito de la temática del mal, que por suponer determinadas concepciones del hombre y de la libertad, nos permite precisar mejor algunos puntos relacionados con la problemática que veníamos tratando. Dentro de las corrientes anarquistas que hemos podido analizar, se pueden distinguir los siguientes modos de abordar y explicar el problema del mal:

a) *La sociedad, fuente del mal*

La primera sería aquella que atribuye el origen del mal a la sociedad, que jugaría una influencia corruptora sobre el individuo que nace naturalmente inclinado hacia el bien, esto es, al ejercicio de la libertad y el amor, de la solidaridad y la fraternidad, de la justicia e igualdad.

Esta idea, de marcada influencia rousseauista, impregnó poderosamente el anarquismo del siglo XIX y en gran medida lo sigue impregnando. En la inmensa mayoría de las publicaciones anarquistas, europeas y latinoamericanas, se aludía al hombre naturalmente bueno, deformado y desviado del buen camino por el Estado, el Capital y la Iglesia. El crimen y demás comportamientos antisociales debían pues su origen al estado de ignorancia y explotación de las masas, de desigualdad y de injusticia social.

Las consecuencias políticas —siempre que utilicemos este término lo haremos en el sentido amplio— de este diagnóstico son fácilmente deducibles. A nivel «estratégico» —a nivel del proyecto anarquista en sí— se trata pues de eliminar las tres causas del mal: Estado, Capital e Iglesia, para que el hombre pueda recuperar su estado natural, a saber su bondad originaria que le ha sido robada.

Libres de estas malas influencias, ¿pueden los hombres recaer en el mal? No, responde Kropotkin, siempre que estén organizados correctamente. Para este autor, en efecto, el problema parece reducirse a un asunto de técnica organizativa: para que el individuo no abuse de su libertad molestando al vecino, para contrarrestar los efectos del egoísmo y del interés personal —que Kropotkin presenta como móviles de las acciones del individuo—, es necesario encontrar un modo de agrupación en donde el interés particular derive del interés general. Así se suprimirá en los individuos la idea de oprimir a sus semejantes y se realizará el ideal social del «comunismo anárquico».¹¹

Esta idea es retomada incesantemente por los propagandistas anarquistas e inclusive por aquellos pertenecientes a otras corrientes del socialismo. Para la generalidad de los autores y políticos marxista, por ejemplo, el hombre nuevo deberá necesariamente aparecer, progresivamente, una vez que las relaciones de producción capitalistas hayan sido destruidas y reemplazadas por otras, de tipo socialista.

A nivel «táctico» —a nivel de las tareas a corto y mediano plazo destinadas a contrarrestar y/o anular la influencia corruptora de la sociedad sobre el individuo naturalmente bueno—, se pone el acento en la educación y la propaganda.

Las escuelas racionalistas —que llegaron a extenderse a los lugares más apartados de Andalucía y del Río de la Plata, en forma de escuelas «móviles» o permanentes— constituyeron una avanzada de esta gran cruzada contra las ideas perniciosas. «El individuo, formado en la familia con sus desenfundados atavismos, con los errores tradicionales perpetuados por la ignorancia de las madres, y en la escuela con algo peor que es el error, que es la mentira sacramentada impuesta por los que dogmatizan en nombre de una supuesta revelación divina, entraba en la sociedad deformado y degenerado, y no podía exigirse de él, por lógica relación de causa a efecto, más que resultados irracionales y perniciosos» decía Francisco Ferrer, fundador de la Escuela Moderna de Barcelona.¹²

La propaganda, por su parte, posee virtudes prácticamente mágicas en ciertos autores anarquistas. Kropotkin afirma que la victoria estará del lado de aquellos que hayan mejor extendido sus ideas y que se hayan hecho comprender adecuadamente por las masas;¹³ constata más adelante que es cierto que las ideas anarquistas no son realizables en lo inmediato, pero que lo serán en lo futuro por la energía que sabrán desplegar aquellos que las han comprendido, estableciendo finalmente una relación directamente proporcional entre la intensidad de la propaganda y el momento de realización de las ideas.¹⁴ En ciertos casos en que la difusión de las ideas se hacía por medio de la propaganda por la acción, el desenvolvimiento trágico de los acontecimientos («Comuna» de la Baja California por ejemplo) acabó no obstante por mostrar a muchos anarquistas cuáles pueden ser los límites de la propaganda y de la bondad «natural» del hombre.

Más adelante volveremos sobre este problema. Por el momento, resumamos lo dicho en este primer punto: para los anarquistas que creen en la bondad natural del hombre, deformada y desviada por las influencias negativas de la sociedad, la solución al problema del mal sería la instauración de una sociedad que, suprimiendo la ignorancia, la desigualdad social y toda otra forma de opresión y de explotación, suprimiría de esta

11. P. Kropotkin, *Liberté et autorité* —Sélection et préface de Vladimir Muñoz—, Toulouse, 1973, p. 8.

12. Francisco Ferrer Guardia, *La escuela moderna*, Madrid, 1976, p. 25.

13. P. Kropotkin, *op. cit.*, p. 17.

14. *Ibid.*, p. 20.

forma las condiciones que hacen posible la existencia del mal, inscribiéndose de esta manera dentro del optimismo científico, muy propio del siglo XIX.

Este razonamiento tropieza no obstante con serios obstáculos que lo llevan a contradecirse a sí mismo, como trataremos de demostrar en los dos puntos siguientes:

—Si es cierto que el mal emana de la sociedad y que el hombre es naturalmente bueno, es oportuno preguntarse de dónde emana la sociedad. Tratándose de la sociedad humana, forzoso es responder que no emana de las abejas sino de los hombres concretos, de carne y hueso, provistos de la facultad de pensar, y por consiguiente de optar, de elegir un proyecto de ser-para-sí-mismos-a-través-de-y-con-los-otros. Si los hombres están determinados al bien —a la solidaridad, a la libertad— ¿cómo puede explicarse que la sociedad que han construido se halla en gran parte regida por el mal —la autoridad, el conflicto?

El intento de responder a esta pregunta atribuyendo el origen del mal al escaso desarrollo de las sociedades humanas que nos han precedido no nos aclara mayormente el problema, lo aplaza, y de hecho sólo sirve para escamotear nuestra responsabilidad. En efecto, quedaría por demostrar que la historia sigue un curso lineal y que exista una relación directa entre el grado de desarrollo económico y el grado de desarrollo moral. Creemos al respecto que tanto la deshumanización alcanzada por las sociedades super-industrializadas de nuestra época como la existencia de modos de ser basados en la solidaridad y en la igualdad en ciertas sociedades llamadas primitivas —sin que pretendamos aquí rendir culto al «buen primitivo»— constituyen hechos que contribuyen a despejar la ilusión de que el progreso de las relaciones sociales es inherente al progreso técnico-científico.

La creencia en la naturaleza bondadosa del hombre no es pues más que eso, una creencia; por otra parte, como veremos más adelante cuando abordemos algunos aspectos de la filosofía de Jean-Paul Sartre, lo que se viene abajo aquí no es la creencia en la naturaleza bondadosa del hombre, como tampoco aquella que sostiene la idea de una naturaleza malévola; lo que tiende a desplomarse ante nuestros ojos es sencillamente la idea de que existe una naturaleza humana, necesariamente preestablecida y que, por consiguiente, predetermine las acciones de los hombres.

—Si tenemos en cuenta que la negación de la forma de sociedad existente es obra de la sociedad misma y no de una pequeña fracción de individuos; si no olvidamos que la anarquía no sería posible si no abarcase el conjunto de los hombres, resulta absurdo pretender que la sociedad —fuente del mal— será capaz de destruir el mal y contruir la anarquía —fuente del bien.

Por ende, si el mal emana ineluctablemente de la sociedad, ¿cómo puede explicarse que en su seno coexisten aun formas de comportamiento ba-

sadas en la solidaridad, la libertad, el amor? ¿Cómo explican estos autores anarquistas la existencia de sus propias ideas? Porque los anarquistas pueden estar contra una forma determinada de sociedad, pero forzosamente se hallan al interior de ella, viven en ella o mejor aún, son esa sociedad misma en la forma de su negación. El anarquista es aquel que, estableciendo distancias negadoras con la sociedad vigente, construye un proyecto de otra sociedad; la condición de la realización de ese proyecto negador de la sociedad vigente es precisamente su existencia dentro de esa sociedad.

Si no entendemos el bien y el mal como posibilidades, es decir, como resultado de la elección libre del hombre, como aquello de lo cual el hombre es absolutamente responsable porque justamente son manifestaciones de su querer ser libre, resulta muy difícil avanzar en la solución de estos interrogantes. De aquí el gigantesco valor del aporte sartriano a la anarquía; de hecho, más que un aporte a la anarquía Sartre anarquiza la anarquía, le restituye su fundamento libertario. Pero no nos adelantemos.

b) *La naturaleza, fuente del mal*

Los individuos son como la vida los hace, dice Bakunin, y si algunos son más sensibles que otros al bien y a la bondad, es porque la naturaleza los ha dotado de facultades que les permiten asimilar la moral. Así, ni Napoleón III ni Bismarck eran responsables de lo que eran, de igual manera que el sapo y la serpiente venenosa no son responsables de ser animales asquerosos y dañinos, ni el caballo y el perro de ser inteligentes y fieles.¹⁵ A pesar de ello, Bakunin no cree ser injusto al aplastar al sapo y a la serpiente, y cree pertinente extender al mundo de los hombres sus consideraciones sobre el reino de los animales. Según Bakunin, en el mundo actual no existen ni cualidades ni defectos en sentido moral, sino propiedades naturales desarrolladas en mayor o menor medida en las diferentes especies e individuos animales.¹⁶

En otro de sus escritos, Bakunin sostiene que en todos los hombres existe un «instinto natural de mando», que se originaría en la lucha por la subsistencia; esta lucha entre los hombres habría comenzado con la antropofagia, habría continuado con el esclavismo y la servidumbre, y hoy se encontraría presente en las relaciones propias del trabajo asalariado y en todas las demás formas de opresión, suscitando en los individuos la necesidad de dirigir y de explotar a sus semejantes.¹⁷

Así pues, este gran combatiente de la libertad, este eterno denunciador de la tiranía celeste, del malvado Dios que pretende erigirse en suprema autoridad y dirigir el destino de los hombres; este hombre que dedicó

15. M. Bakunin, *Considérations philosophiques*, citado por G. Leval, *La pensée constructive de Bakounine*, París, 1976, p. 41.

16. *Ibid.*, p. 41.

17. M. Bakunin, *Protest der Allianz*, en Bakunin, *Staatlichkeit und Anarchie*, Berlín-Viena, 1972, p. 350.

largos escritos a demostrar las relaciones existentes entre la autoridad celeste y la autoridad del Estado, parece caer de rodillas ante otro Dios, tal vez más terrible y severo que el Dios del Antiguo Testamento: la Naturaleza.

Ante este nuevo Dios, el hombre nada puede. La Naturaleza lo condena a masacrar o a amar a sus semejantes, a ser un torturador o un hermano de los demás hombres, a ser serpiente o caballo.

Este determinismo absoluto lleva al hombre a ser absolutamente irresponsable. Después de Napoleón III y de Bismarck, podría decirse que Hitler, Stalin y Pinochet no son responsables de ser lo que son; en última instancia, no serían más que pobres víctimas, producto de alguna temible combinación química.

La esclavitud sería así una estructura ontológica del hombre. ¿Qué sentido tendría pues el hablar de libertad humana? ¿En qué medida puede seguirse afirmando que la anarquía basada en tales presupuestos filosóficos, es un proyecto de libertad, es decir, la libertad de un proyecto?

Porque las atribuciones del terrible Dios de Bakunin no se detienen aquí. La rebelión contra la autoridad, que podría entenderse como un momento de liberación en el que se rompe el determinismo cósmico, tampoco es resultado del ejercicio de la libertad humana. Por el contrario, la solidaridad y la libertad mismas son también determinaciones de este super-Dios que no nos deja por consiguiente la posibilidad de hacer el menor gesto en contra de su voluntad.

La naturaleza es, para Bakunin, la solidaridad y la causalidad universal; es la combinación universal de la serie infinita de acciones y de reacciones que todos los seres ejercen los unos sobre los otros. Cada uno de estos seres es pues un producto de esta universal combinación, y se desarrollan en una relación de mutua dependencia. Este estado de mutua dependencia obligada es lo que Bakunin parece denominar solidaridad universal.¹⁸

Dentro de este universo material, cada ser que lo compone es una pequeña pieza en el engranaje de una gigantesca maquinaria; como en toda máquina, cada pieza del engranaje desempeña una función dada que le ha sido asignada, y de la cual no puede escapar. Desde la más simple partícula hasta el hombre, el funcionamiento de cada cual es determinado por la cadena de acciones y reacciones. Los más bellos sentimientos —dice Bakunin—, los más grandes pensamientos, los hechos heroicos, los actos de entrega, los deberes como los derechos, el sacrificio como el egoísmo, constituyen, al igual que la electricidad, la luz, el calor y la mutua atracción de los cuerpos, diferentes evoluciones estrechamente solidarias de la totalidad de seres que componen la materia.¹⁹

El comportamiento de todos los seres —de la materia— estaría regido por un conjunto de leyes naturales, inherentes a ellos, contra las cuales no existe ninguna rebelión posible, puesto que el hombre mismo no es sino un simple producto de esta naturaleza y existe solamente en virtud de ellas;²⁰ el individuo y la sociedad humana no son sino un producto

de la «universal y omnipotente naturaleza»,²¹ al igual que las hormigas, las abejas y las «repúblicas de castores».²²

Dentro de este humanismo de culebras, sapos y castores, ¿cómo puede Bakunin fundamentar un humanismo revolucionario? Si todo comportamiento humano es resultado de fuerzas descomunales que lo sobrepasan, y si los mismos actos anti-sociales son un producto del causalismo universal, ¿cómo puede Bakunin explicar la rebelión?

En un primer momento, Bakunin trata de establecer una diferencia entre «leyes naturales» o inherentes y leyes autoritarias. Las primeras no serían otra cosa que modos regulares de desarrollo de los fenómenos y de las cosas que se producen de una manera desconocida para nosotros en el seno de la causalidad universal.²³ Las segundas, establecidas por los hombres, por la voluntad del legislador, serían antinaturales y arbitrarias, en tanto que no son inherentes a los seres, y contra ellas es factible rebelarse. No obstante, dentro de un sistema filosófico basado en el materialismo determinista y el causalismo universal, en donde el pensamiento mismo no es sino el último resumen de las «condiciones orgánicas e inorgánicas», esta distinción entre leyes naturales y leyes autoritarias resulta contradictoria, incoherente e inconsecuente. En efecto, los autores de las leyes autoritarias son también hombres —a menos que se piense que el legislador goza de naturaleza divina—; en última instancia, las leyes autoritarias mismas no son sino una resultante de esta gran cadena de acciones y reacciones que rige el comportamiento de los hombres y de las sociedades.

En un segundo momento, Bakunin introduce la noción de voluntad. Partiendo del hecho de que el hombre es el único ser viviente dotado de la facultad de abstraer, y de que esta facultad es precisamente lo que le permite elevarse sobre el mundo exterior y sobre sí mismo, Bakunin afirma muy acertadamente que el despertar de la conciencia y de la voluntad parte de esta posibilidad de tomar distancia frente al mundo y frente a sí mismo, de comparar, aceptar y rechazar en función del ideal que se haya forjado.²⁴

No obstante, intuyendo probablemente que esta idea podía ser peligrosa para su sistema filosófico y amenazaba con hacerlo desplomar, Bakunin rechaza inmediatamente la idea de responsabilidad que ella implica y, más aún, destruye su noción misma de voluntad, al afirmar que ésta no es más que un desarrollo de circunstancias independientes de nosotros.²⁵

18. M. Bakunin, *Considérations philosophiques*, en Leval, *op. cit.*, p. 11.

19. M. Bakunin, *L'empire knouto-germanique et la révolution sociales*, en Leval, *op. cit.*, p. 14.

20. M. Bakunin, *Considérations philosophiques*, en Leval, *op. cit.*, p. 21.

21. *Ibid.*, p. 20.

22. *Ibid.*

23. M. Bakunin, *Gott und der Staat*, en M. Bakunin, *Philosophie der Tat*, ed. cit., p. 125-126.

24. M. Bakunin, *Fédéralisme, socialisme et antithéologisme*, en Leval, *op. cit.*, p. 36.

25. M. Bakunin, *Lettre aux Internationaux du Jura*, en Leval, *op. cit.*, p. 35.

Volviendo a tomar como punto de referencia los animales, esta vez Bakunin se ve obligado a humanizarlos con el fin de demostrar que el hombre no es absolutamente responsable de sus actos. Los animales estarían pues «incuestionablemente» dotados de inteligencia, de voluntad y habría en ellos un comienzo de responsabilidad moral.²⁶ La pretensión de presentar al hombre como único ser responsable de sus actos no sería más que una manifestación de nuestra vanidad, estimulada por una «aberración teológica o metafísica».²⁷ Para Bakunin la humanidad no es nada más que un desarrollo de la animalidad sobre la tierra; de manera que, si no hubiese responsabilidad animal, no podría haber ninguna responsabilidad humana, ya que el hombre está sometido, al igual que el animal más imperfecto, a la «absoluta omnipotencia de la naturaleza»,²⁸ de donde se deduce que, aunque el hombre tenga un grado de responsabilidad que corresponde a su grado de animalidad, los animales y los hombres serían, en términos absolutos, igualmente irresponsables.²⁹

De lo dicho hasta ahora podemos destacar dos puntos fundamentales:

—La significación bakuniniana del término solidaridad parece restringirse a su definición en tanto que hecho social. En este sentido, Bakunin anota acertadamente que la vida por fuera de la «sociedad» conllevaría la muerte intelectual, moral y material del individuo, y que la personalidad humana no puede desenvolverse por fuera de la sociedad humana.³⁰ En este primer sentido, la solidaridad se presenta en efecto como un hecho social ineluctable, a la cual no puede escapar ningún ser humano; sus raíces se encontrarían probablemente en la estructura ontológica de la misma existencia humana.

Sin embargo, esta primera significación del término solidaridad, que en un sentido aún más amplio puede extenderse al resto de la naturaleza (solidaridad de dos fenómenos, solidaridad en una estructura molecular), no nos debe ocultar su otra significación en tanto que valor moral y a cuya luz no aparece el primer sentido como algo impropio.

En este segundo sentido, la solidaridad aparece como una posibilidad específicamente humana, que implica la existencia de la conciencia y de un ideal de lo que debe ser el hombre: el ayudar al prójimo víctima de alguna desgracia se considera como «natural» y humano. En este segundo sentido la solidaridad no puede existir en el mundo animal: Bakunin, hombre del siglo XIX, no podía probablemente conocer los alcances del instinto entre los animales; este desconocimiento lo llevó a emitir apresurados juicios sobre la presencia de una actitud reflexiva y de una moral embrionaria en el mundo animal.

En su sentido moral, la solidaridad es siempre una posibilidad, resultado de una elección libre; en este sentido, no aparece como fenómeno natural e inherente al ser humano. Este último puede elegir ser solidario o ser opresor —directo o indirecto, por medio de la complicidad del

silencio—. Así, la solidaridad y la no-solidaridad comprometen la responsabilidad del ser humano.

Bakunin, al ignorar e incluso negar la responsabilidad en los actos humanos, se encierra en el universo de la solidaridad fáctica, de la ineluctable dependencia de los seres unos con otros, cortándose así la posibilidad de explicar la rebelión contra el mal como producto de la libertad del hombre.

—El determinismo materialista de Bakunin, su filosofía basada en el principio de la causalidad universal, tienden naturalmente a negar la libertad ontológica del ser humano. En efecto, si el comportamiento del hombre obedece a un conjunto de fuerzas incontrolables y exteriores a él, se le niega consecuentemente la posibilidad de tomar distancias frente a esas fuerzas y frente a sí mismo, de negarlas, aceptarlas o transformarlas y de negarse, aceptarse y transformarse. No obstante, la libertad ontológica del ser humano radica precisamente en esta posibilidad de negarse-negando-al-mundo, de proyectarse hacia el futuro, de construir múltiples posibilidades y de desarrollar las unas desechando las otras. En este sentido decíamos que el Dios-Naturaleza de Bakunin es aun más severo que el Dios del Antiguo Testamento que le concede al hombre la libertad de actuar en contra de El.

Esta negación conduce a Bakunin a des-responsabilizar al ser humano. Si el hombre no es libre, no será naturalmente y en consecuencia responsable de sus actos; la opresión y la explotación serían pues fatalidades, producto de ese destino inexorable que la Naturaleza crea en su incesante juego de acciones y reacciones; la rebelión misma no sería otra cosa que un instinto «vital», que el hombre comparte hasta con los gusanos.³¹

Des-responsabilizando al hombre, Bakunin aleja la posibilidad de la anarquía. El pesimismo que invadió al viejo luchador al final de su vida y que llevó a Malatesta a afirmar —injustamente a nuestro modo de ver— que Bakunin se hallaba en «descomposición» podría en parte ser explicado por la fragilidad del edificio filosófico bakuniniano.

Esta fragilidad se observa por otra parte en la imagen que Bakunin ofrece de la sociedad anárquica. A pesar de que coincide en ciertos aspectos de Kropotkin —a saber que la revolución social, al destruir la desigualdad económica y social asienta las premisas de la libertad—, Bakunin no parece deducir el final del mal del triunfo de la revolución social. Según Leval, Bakunin admitiría, en último caso, la existencia de tribunales y condenas para los individuos peligrosos y señalaría la

26. M. Bakunin, *Considérations philosophiques*, en Leval, *op. cit.*, p. 36-37.

27. *Ibid.*, p. 36.

28. *Ibid.*

29. *Ibid.*

30. M. Bakunin, *Les endormeurs*, en Leval, *op. cit.*, p. 26.

31. M. Bakunin, Fragment d'une suite de *l'Empire knouto-germanique*, citado por Leval, *op. cit.*, p. 49.

persistencia de conductas antisociales.³² Esta hipótesis es naturalmente comprensible desde la perspectiva de una naturaleza maligna pre-establecida en ciertos individuos; dentro de esta lógica es absolutamente aceptable que en la sociedad anarquista sigan existiendo individuos que sean peligrosos para otros individuos —y por consiguiente, que subsistan formas de autoridad necesarias para garantizar la vida en sociedad.

En este punto el pensamiento de Bakunin difiere un tanto del de otros autores anarquistas creyentes únicamente en la naturaleza bondadosa del hombre. Esta creencia lleva a Malatesta a decir que la máxima «haz lo que quieras» resume todo el programa anarquista, dado que en una sociedad sin gobierno y sin propiedad «cada cual querrá lo que deberá».³³ Como anota Maitron, Malatesta se incluiría entre aquellos anarquistas sostenedores de una concepción providencialista de la sociedad futura, en la que, luego de la destrucción del Estado y de la propiedad privada, todos se pondrán *naturalmente* de acuerdo; en la que todos trabajarán porque el trabajo es una necesidad fisiológica y en la que la producción deberá *naturalmente* corresponder a las necesidades del consumo.³⁴

Para Malatesta —y un importante sector de la corriente anarquista— la armonía es pues posible e inevitable, una vez que se hayan destruido las causas —Estado, Capital e Iglesia— que corrompen al hombre. Para Bakunin —y otro importante sector anarquista— esta armonía natural no será posible: en la sociedad anarquista podrán existir individuos peligrosos susceptibles de ser llevados a los tribunales. Finalmente, para autores como Max Stirner, la anarquía no es posible, a menos que entendamos por anarquía aquella sociedad regida por el principio de la fuerza, en donde los fuertes gozarán de derechos por el solo hecho de ser fuertes, y en donde a los débiles no les quedará más remedio que someterse.³⁵

La fragilidad de la filosofía que parte de la concepción de la naturaleza bondadosa del hombre, por una parte; la dictadura de la Naturaleza y el causalismo universal de Bakunin que determinan en última instancia todo comportamiento humano, hacia el mal como hacia el bien, por otra, nos llevan a concluir que, si tomamos como soporte teórico estas dos filosofías, el mal no podrá ser eliminado en la sociedad de la anarquía. Si seguimos estas dos filosofías, la Autoridad —ese mal supremo de que hablaba Faure— subsistirá en la anarquía, con todo lo que de ella se desprende: opresión y explotación, tribunales y cárceles, crímenes y masacres. Tan rápidamente como los habrá destruido, la sociedad «anarquizada» construirá nuevos sistemas de poder y de coerción, inaceptables desde luego para un anarquista: la autoridad, aunque llevase la absurda etiqueta de «anarquista», seguiría siendo autoridad. Luego de un período de incesantes guerras civiles, los más fuertes terminarían instaurando su poder y reconstruyendo el Estado.

Así, el pensamiento anarquista se estrella contra el problema del mal, llegando a la asombrosa paradoja de una filosofía de la libertad que se nos revela incapaz de esclarecernos el problema del mal a partir de la libertad. En efecto, las consideraciones precedentes nos muestran que el anarquismo ubica el origen del problema del mal en la sociedad o en la naturaleza, estableciendo con ello una explicación causalista del mismo. No se acierta a ver que el mal es en realidad un modo humano de vivir la libertad, de elegirse la libertad. El mal viene al mundo por el hombre, o, más concretamente dicho, por el hombre que no ve otra posibilidad de ser «hombre» que la de constituirse en enemigo del otro, que de usar su libertad como poder sobre el otro, y este uso —que en realidad es un abuso— es en el fondo un problema de decisión moral, y en cuanto tal, un problema que se inscribe plenamente en el ámbito de la libertad, sin negar por ello el hecho de que la libertad está condicionada por el mundo histórico.

II. Filosofar sartriano y vida anárquica

La piedra angular del filosofar sartriano es la libertad. Tratemos pues de esclarecer su manera de concebirla y mostrar al mismo tiempo no solamente su innegable raigambre anárquica, sino además su importancia para la rehabilitación radicalizadora de un proyecto anárquico en la vida cotidiana.

Para Sartre, la libertad del hombre es algo irreductible, pues ser libre es ser hombre, y el hombre para Sartre es lo absoluto, es decir, para la realidad humana ser libre no significa un estado o una cualidad que el hombre puede conseguir o no; la libertad es su «ser». Pero tengamos en cuenta que la libertad es precisamente, según Sartre, el mismo «ser» del hombre porque su ser es carencia de ser, o sea, que la libertad se identifica, como él mismo dice, «avec le néant qui est au coeur de l'homme».³⁶ Desde esta perspectiva, la libertad nos aparece como la capacidad negadora que distingue al ser humano. Libertad es negatividad; la negatividad por la que el hombre se distancia de lo dado, de lo existente, al proyectarse o elegirse en el mundo de tal forma que por esa misma elección el mundo en su estado presente aparece como aquello que debe ser superado. En este sentido la libertad es la condición de la posibilidad de toda acción humana, pues es ella la que, al proyectarse, crea un futuro que

32. G. Leval, *La pensée constructive de Bakounine*, p. 57.

33. E. Malatesta, *L'anarchie*, en J. Maitron, *Le mouvement anarchiste en France*, tomo 1, p. 20.

34. E. Malatesta, *L'individualisme dans l'anarchisme*, en Maitron, *op. cit.*, t. 2, p. 164.

35. «Mi propiedad alcanza hasta donde alcanza mi fuerza; y reclamo como propiedad todo aquello que mi fuerza pueda alcanzar...». Max Stirner, *op. cit.*, p. 285. De hecho, la realización de este modo de comportamiento no se debe esperar para el mañana: la sociedad capitalista constituye un buen ejemplo de sociedad regida por este principio.

36. Jean-Paul Sartre, *L'Être et le Néant*, París, 1973, p. 516.

debe ser realizado por la acción. Pero, como a su vez ese futuro que la libertad hace aparecer como una nada, sólo puede ser realizado en y a partir del mundo presente, la realización de la libertad implica no la huida del mundo sino el compromiso del hombre con el mundo. Por ello nos dice Sartre que «no hay libertad sino en situación y no hay situación sino por la libertad».³⁷

Del hecho de que la libertad, a pesar de ser siempre libertad en situación en el mundo, es la que decide de que el mundo sea nuestra situación, es decir, de que se nos presente o lo vivamos en tal o cual sentido, se desprende la absoluta responsabilidad del hombre. En efecto, para Sartre, ser libre es ser responsable, es tener que decidir siempre y en cada momento de qué manera queremos «realizar» el mundo, de qué manera cada uno de nosotros realiza su ser-con-los-otros y con ello también de la manera en que el mundo aparece para los otros.

Veamos ahora cómo, a partir de esta concepción de la libertad, cuyos rasgos fundamentales acabamos de esbozar, se puede ir hacia una anarquización de la anarquía como forma de vida.

La concepción sartriana de la libertad, en cuanto proyecto o elección de sí mismo, implica que cada hombre, por el mismo hecho de ser hombre, no solamente puede sino que tiene que poder autodeterminar su vida, con lo cual se manifiesta que la realización de la libertad conlleva necesariamente la negación de todo tipo de poder, de todo tipo de manipulación, en fin de toda instancia que obstaculice el ejercicio de la libertad como autodeterminación.

Sin embargo, no se puede olvidar que esta vivencia de la libertad como autodeterminación supone en realidad una conversión en el hombre; una conversión por la que el hombre deponga su mala fe, su capacidad de engañarse y acepte la verdad de que vivir la libertad como autodeterminación es no tener ninguna instancia más que lo excuse o lo disculpe de su manera de ser, de su manera de convivir, etc. Autodeterminarse es sinónimo de realizarse a sí mismo, o mejor dicho, de realizar desde cada uno de nosotros mismos la humanidad de nuestro ser humano. Lógicamente, el sí-mismo que cada hombre debe realizar en autodeterminación no es el sí-mismo solitario y raquíctico del egoísta stirneriano. Se trata de realizar el sí-mismo de un «nosotros»; de un nosotros que brota como segundo momento de la conversión que supone la vivencia de la libertad como autodeterminación. O sea, del momento en y por el que descubrimos que determinarnos desde nosotros mismos es determinarnos con los otros, pues somos sí-mismo sólo por la mediación de los otros.

En realidad, la vivencia de la libertad como autodeterminación no viene facilitada por el descubrimiento de una libertad individual sino más bien por la experiencia profunda y original de que la libertad es aquello que nos hace precisamente hombres, o sea que la libertad es vivida desde un principio como condición humana y no como condición individual. El descubrimiento de la libertad es de este modo descubrimiento de nuestro ser-con-los-otros-en-libertad o de la libertad en comunidad. En este sentido

bien podría decirse que la experiencia misma de la libertad no se puede separar de la conversión por la que decidimos convertirnos a nuestra humanidad oculta por tantos siglos.

Desde la perspectiva que abre la conversión ética de que estamos hablando, el respeto a la libertad de los otros resulta un «mandamiento» poco menos que insuficiente. Pues la libertad-descubierta-en-conversión es la condición de la posibilidad de encontrarnos con el otro no como otro sino como aquel que pertenece a mi mismidad y cuya libertad es mi libertad, mi libertad la suya, y por consiguiente una libertad que no basta con que la respete sino que exige ser amada como aquello que nos despoja de nuestro ser ajenos a nosotros mismos.

Hablamos de descubrimiento de la libertad en conversión o de la conversión a la libertad porque como el mismo Sartre lo señala, sólo una conversión radical puede hacer que el hombre, abandonando la actitud de mala fe, se abra y ponga en práctica esta nueva actitud. Porque lo que no podemos negar es que nuestro ejercicio de la libertad y de nuestra manera de relacionarnos con los demás, están atravesados, en la sociedad actual, por la mala fe. Usamos en efecto nuestra libertad como instrumento o mejor todavía empleamos nuestra libertad como un poder, el poder de dominar al otro, no aceptándolo como un sujeto libre sino convirtiéndolo en un objeto de nuestros intereses particulares.

Nos erigimos en el centro del mundo y con ello vemos a los otros como simples elementos auxiliares. Y como el otro trata naturalmente de hacer lo mismo en su libertad, es lógico que las relaciones humanas en un contexto semejante estén basadas en el conflicto, como muy acertadamente ha escrito Sartre. En una sociedad cuyas relaciones humanas vienen definidas por el conflicto, por el que la libertad es única y exclusivamente ejercida como medio de control, de dominio, de neutralización del otro, en una sociedad semejante en la que obligatoriamente cada uno de nosotros está obligado a privatizar la vida, no es posible la anarquía. Más aún, es la negación de la anarquía, pero por ello precisamente aparece la anarquía en el horizonte que abre la libertad como la negación de lo establecido, de la realidad existente. La anarquía es así denuncia de lo que hay y anuncio de lo que debería haber o ser; en otras palabras, la anarquía nos es abierta hoy por nuestra misma experiencia de la libertad como la utopía a realizar de nuestra libertad. Y por ello precisamente hemos insistido antes en el aspecto de la conversión. En definitiva, se trata de dejar de ser realistas porque en la realidad en que nos movemos no solamente no hay sitio para la libertad sino que se elimina además todo posible elemento de esperanza. La realidad debe ser revolucionada pero ella misma no es revolucionaria, como ha dicho Sartre. O sea, que el proyecto de revolucionar la realidad viene de aquella otra dimensión de la realidad que es la libertad vivida como utopía a realizar y en cuanto tal como fuente de esperanza en lo mejor del

hombre y, por consiguiente, como aquello por lo que al hombre le es permitido esperar de sí mismo un hombre mejor.

Otro aspecto importante de la concepción sartreana de la libertad que nos parece sumamente fructífero para una crítica de la anarquía actual es el momento de que esa elección de sí mismo que es la libertad debe ser y estar en continua renovación, pues a partir de esta base se puede concebir mejor cómo y por qué un proyecto de vida anárquica sólo puede concebirse en términos de permanente apertura histórica. Además, vivida la libertad desde la dimensión de la renovación perpetua de sí misma aparece la libertad como la mejor garantía contra su institucionalización. Lo que es más, esta forma de vivir la libertad constituye por sí misma una denuncia constante contra todo intento de reorganizar el futuro desde una perspectiva ajena, y por tanto alienante, del proyecto trazado por la libertad misma al buscarse como plenitud.

Las reflexiones precedentes creemos que bastan para justificar al menos nuestro punto de vista inicial de que desde el filosofar de Sartre se puede llevar a cabo una anarquización de la anarquía en el sentido concreto de convertir la anarquía en una vivencia de la libertad que nos apura a modelar nuestra vida cotidiana, desde ya, en formas tales que nos vayan acercando al reino de la libertad-en-comunidad presentido como utopía a realizar en la vivencia de la libertad.

La anarquía debe ser en resumen el arco que se abre con la vivencia de la libertad en conversión y que se cerrará quizá con la creación de una humanidad en la que «cada cual querrá lo que deberá», es decir, con la realidad de la plena libertad en comunidad.

Ruedo ibérico

Ibérica de Ediciones y Publicaciones

un libro sobre el poder

Jacques Attali

ruídos

Ensayo sobre la economía política de la música

Best seller en Francia en 1977-1978, *Ruidos* marca un hito en la sociología y en la economía de la música. Pero también en la política. Jacques Attali —economista brillante, consejero del Partido Socialista Francés— demuestra en *Ruidos* cómo en su producción, en su reproducción y en su ejecución, la música precede, *anuncia* la evolución de la sociedad en su conjunto: la música ha sido *feudal, aristocrática, burguesa, democrática, totalitaria, es socialista autogestionaria*, antes de que las instituciones y las relaciones sociales hayan alcanzado esos estadios. La música es el pivote central de la actividad comunitaria. *Ruidos* es un análisis de las relaciones entre el dominio y la creación, entre el poder y la música. *Ruidos* es un libro sobre el poder político.

288 páginas

400 pesetas

**CNT
SER**

**O NO
SER**

la crisis de

1976 - 1979

**suplemento
cuadernos de**

ruedo

ibérico

ri